

BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES

**Historia eclesiástica
del
Cisma de
Inglaterra**

**Obras
escogidas del**

P. Pedro de Rivadeneira

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

OBRAS ESCOGIDAS

DEL

PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

CON UNA NOTICIA DE SU VIDA

Y JUICIO CRITICO DE SUS ESCRITOS

POR

DON VICENTE DE LA FUENTE.



MADRID,

M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,

CALLE DEL DUQUE DE OSUNA, 3.

—
1868

INDICE.

Págs.

DISCURSO PRELIMINAR.	v
INTRODUCCION AL LIBRO DE LA VIDA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA.	1
Comienzo la <i>Vida de Ignacio de Loyola</i>	9
Libro primero.	12
Libro segundo.	35
Libro tercero.	54
Libro cuarto.	96
INTRODUCCION AL LIBRO DE LA VIDA DEL PADRE DIEGO LAINEZ.	119
VIDA DEL PADRE MAESTRO DIEGO LAINEZ.— Libro primero.	123
Libro segundo.	139
Libro tercero.	154
INTRODUCCION A LA HISTORIA ECLESIASTICA DEL SCISMA DE INGLATERRA.	177
<i>Historia eclesiástica del scisma de Inglaterra</i> , en la cual se tratan algunas de las cosas más notables que han sucedido en aquel reino tocantes á nuestra santa religion.	181
Libro primero del scisma de Inglaterra.	187
Libro segundo del scisma de Inglaterra, en el cual se trata del rey Eduardo, y de las reinas doña María y Isabel,	

Págs.

sus hermanas.	234
Libro tercero del scisma de Inglaterra, en el cual se tratan algunos martirios y otras cosas que han sucedido en aquel reino despues que se publicó la primera parte desta historia.	301
TRATADO DE LA TRIBULACION.— Libro primero, en que se trata de las tribulaciones particulares y del remedio dellas.	361
Libro segundo, en que se trata de las tribulaciones generales y de sus remedios.	411
TRATADO DE LA RELIGION Y VIRTUDES QUE DEBE TENER EL PRINCIPE CRISTIANO PARA GOBERNAR Y CONSERVAR SUS ESTADOS, CONTRA LO QUE NICOLAS MAQUIAVELO Y LOS POLÍTICOS DESTE TIEMPO ENSEÑAN.	419
Libro primero de la religion y virtudes que debe tener el Principe cristiano para gobernar y conservar sus estados.	458
Libro segundo de la religion y virtudes que debe tener el Principe cristiano para gobernar y conservar sus estados.	518
EPISTOLARIO.	589

INTRODUCCION

Á LA HISTORIA ECLESIASTICA

DEL CISMA DE INGLATERRA.

LA *Historia del Scisma de Inglaterra* (1) por RIVADENEIRA es una de las obras más populares de España, como lo acredita el gran número de ediciones que de ella se han hecho. Puede asegurarse que por espacio de dos siglos fué precisamente el libro por donde se conocieron en España las sangrientas escenas de aquella revolucion. Con todo, el libro no es enteramente original. Nicolas Sander (2) habia escrito la historia de aquellos tristes sucesos, y el PADRE RIVADENEIRA habia, en parte, sido testigo de ellos, durante los cinco meses de su estancia en aquel país, segun queda dicho en su biografía. El libro de Sander comprendia hasta el año 1587, y en 1588 ya lo publicaba RIVADENEIRA, vertido al castellano y aún mejorado, pues cortaba algunas digresiones inútiles, añadía noticias interesantes, y en vez de sujetarse á dar una traduccion servil, por el contrario, la refundia de tal manera, que hizo un libro *original* y puramente español. No hay que temer el que se confunda este libro con las versiones, que en todos tiempos ha solido hacer el *servum pecus* de los traductores.

Buen testigo es el padre fray Luis de Granada, que fué el informante para la ejecutoria de nobleza literaria á favor de RIVADENEIRA, pues en su carta de 13 de Agosto de aquel mismo año expresa que nada dice de su estilo, porque es el peculiar de RIVADENEIRA, y necesitaria tenerlo para elogiar la obra. Conviene insertar aquí esta carta, malamente omitida en las várias ediciones hechas despues de 1604.

Muy reverendo en Cristo padre: No sé con qué pueda servir á vuestra paternidad el cuidado que tengo de regalarme con el fruto de sus trabajos, y particularmente con esta *Historia de Inglaterra*, que la tengo por muy semejante á las historias sagradas, donde se cuentan tambien, como aquí, los desafueros de los malos reyes, y el estrago de la religion en tiempo de Manassés y Sedequías, y en el primero de los Macabeos. Todo el libro pasó de tabla á tabla, y lloré muchas lágrimas en algunos lugares dél, mayormente en la muerte de la Reina de Escocia. Tienen aquí grandisima doctrina los privados y consejeros de los reyes, donde verán cumplido lo que se dice: *Malum consilium consultori pessimum*. Y verán cómo las pretensiones de subir á lo alto con artificios y medios humanos, sin temor de Dios, vienen á dar grandes caidas; que aquel malaventurado arzobispo Volseo, no contento con el lugar á que el mundo le habia levantado del polvo de la tierra, aspiraba á ser papa. Nuestro Señor pague á vuestra paternidad el trabajo deste libro, que ha de hacer gran fruto doquiera que se leyere. Del estilo no digo nada, porque sé nació con vuestra paternidad, y *ése habia yo menester para saber alabar esta obra*; y por no decir tan poco della, concluyo suplicando á Nuestro Señor more siempre en el ánima de vuestra paternidad. De Lisboa, á trece de Agosto de mil y quinientos y ochenta y ocho años.—FRAY LUIS DE GRANADA.

Salió á luz aquel libro por primera vez en Madrid, en 1588, y habiéndolo ya leído fray Luis de Granada en 13 de Agosto, claro está que debió principiarse la edicion en 1587, y acabarse en la

(1) Así intituló su libro el PADRE RIVADENEIRA aun en la edicion de 1604; pero luégo, en vez de *scisma*, principiaron á imprimir *cisma*.

(2) El PADRE RIVADENEIRA le llama Sander, pues la-
P. R.

tinizaba o quizá españolizaba los nombres propios ingleses, tanto de sujetos como de pueblos. En la mayor parte de ellos la reduccion es fácil; en los que ofrezcan alguna dificultad se salvará ésta por medio de notas,

primera mitad del 88, segun la lentitud con que entónces se imprimia. Publicóse poco despues en Ambéres, el año 1594. Estas primeras ediciones contenian solamente los dos primeros libros de su *Historia*; el primero, relativo á la época de Enrique VIII, y el segundo, á los reinados de Eduardo y de las reinas doña Maria é Isabel, sus hermanas.

A estos dos libros, que el mismo RIVADENEIRA llamó despues la *Primera parte de su Historia*, añadió más adelante un tercer libro, en el cual recopiló las crueldades que esta segunda reina ejecutó con los católicos, concluyéndolo con un catálogo de víctimas sacrificadas por aquella mujer; víctimas, por cierto, mucho más ilustres y en mayor número que las sacrificadas por la Inquisicion de España, y eso sin contar las de Escocia y las de Irlanda.

En la compilacion de las obras de RIVADENEIRA, hecha en 1604, salió ya completa la obra, y sirvió de tipo para las que se hicieron durante el siglo XVII, por lo que llegó á ser uno de los libros más populares de España, y que dieron á conocer el nombre de RIVADENEIRA al paso mismo que su *Flos Sanctorum*. Más de una vez lo he oido citar á personas poco literatas, llamándolo á secas el libro de *La Cisma de Inglaterra*, en vez de la *Historia eclesiástica del scisma del Reino de Inglaterra*, que fué y es su propio y verdadero titulo. Mas este solecismo, frecuente en boca de personas vulgares, indica cuán conocido era este libro por las generaciones que nos han precedido.

Entre las muchas ediciones qué pudieran citarse, me referiré solamente á cuatro de las últimas, á saber: la edicion esmerada de 1674, en la imprenta Real de Madrid, para la cual se obtuvieron las licencias nuevas, previas las censuras del licenciado don Juan Lúcas Cortés, cura de San Gines, y del doctor Antonio de Ibarra, electo obispo de Canarias, nombrado el primero por el Consejo, y el segundo por la Vicaría de Madrid.

En 1781 la reimprimió en Madrid Manuel Martin, en un tomo en 4.º, y poco despues volvió á salir á luz, en igual tamaño, de la imprenta de Plácido Barco Lopez, el año 1786.

Finalmente, acaba de ser reimpresa en Cádiz, el año 1863, en la imprenta de la *Revista Médica*, en un tomo en 8.º, de 346 páginas. Esta serie de ediciones, antiguas y modernas, acreditan á la vez el mérito de la obra y la importancia que en su tiempo tuvo.

Las censuras civil y eclesiástica, dadas en 1674, dicen así:

Muy poderoso señor: De comision y orden de vuestra alteza, he visto y leído con gran cuidado y atencion, y no con menor fruto y aprovechamiento mio, la primera y segunda parte de la *Historia eclesiástica del Cisma del reino de Inglaterra*, compuesta por el venerable PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA, de la Compañía de Jesus, que otras veces ha sido impresa en esta villa de Madrid, año de 1588, y en Ambéres, el de 1594, con las licencias y aprobaciones necesarias, y que el gran crédito, suma virtud y doctrina de su autor (1), la utilidad de la obra y la aprobacion general con que todos la han buscado y leído, habiendo consumido las impresiones antecedentes, la hacen desear al presente, porque siempre su leccion es y será muy útil y conveniente á todo género y estado de personas, porque verán en ella un espejo muy claro del castigo de Dios en los que se apartan del gremio y uniñ de nuestra santa Iglesia católica, á los cuales juntamente san Ambrosio (2) compara con Datan y Abiron, diciendo: *Per Datan et Abiron quid aliud, quam qui hæreses, et schismata in Ecclesia introducunt significati? Ii sacerdotis auctoritate contempra à Deo, et Dei Ecclesia se segregantes, alias Ecclesias, aliud altare, alios mores somniant, et Dei ordinatione relictæ, proprias conantur statuere vanitates*. Así sucedió en aquel reino (feliz patria en otro tiempo de innumerables santos), donde por los vicios y malas costumbres se introdujo la herejía y un abismo de errores; porque, segun san Juan Crisóstomo (3): *Sicut mala dogmata impuram inducere consueverunt vitam, ita et vita perversa dogmatum perversitatem sæpe parit*. De esta verdad es la presente historia un ejemplo continuado, y tambien en ella se reconocerán muy raros ejemplares de verdadero valor y constancia cristiana en los que derramaron su sangre y padecieron martirio por defender la pureza de nuestra santa fe católica, de cuya fortaleza, mejor y con mayor razon se puede decir lo que de los romanos dijo Séneca (4): *Acrior omnino ad occupanda pericula fuit virtus, quam crudelitas ad irroganda*. Y así, y por no hallarse en toda la obra cosa contraria á nuestra santa fe y á las buenas costumbres, puede vuestra alteza, siendo servido, dar la licencia que se pide para volverla á imprimir, para utilidad, beneficio y aprovechamiento comun. Madrid y Abril 14 de 1674.—LICENCIADO DON JUAN LÚCAS CORTÉS.

(1) De la vida, virtudes y obras del venerable PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA, se puede ver Felipe Alegambe, en la *Biblioteca de los escritores de la Compañía de Jesus*; el eruditísimo don Nicolas Antonio, en la de los de España, y en los *Claros varones de la Compañía*, del padre Juan Eusebio Nieremberg, tomo. IV.

(2) En el *Tratado de las cuarenta y dos mansiones*, en la diez y siete.

(3) En el sermón sobre las palabras de san Juan: *Nolo vos ignorare*.

(4) Epístola 24.

Censura del doctor Antonio de Ibarra, cura propio de la parroquia de San Gines de esta corte, examinador sinodal de este arzobispado, y electo obispo de las Canarias.

Por comision del señor don Francisco Forteza, abad de San Vicente, dignidad de la santa iglesia de Toledo y vicario de esta corte, he visto el libro que con título de *Historia eclesiástica del Cisma de Inglaterra*, escribió y dió á la estampa el PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA, de la Compañía de Jesus, y uno de los que entre tan innumerables con su erudicion, vida ejemplar y escritos, ilustró su sagrada religion en los primeros lucimientos de su oriente, y siento que se le deben dar gracias al celo de quien quiere repetir su impresion para dar á la noticia pública un libro cuya estimacion grande le ha hecho raro, sin que el hacerle comun para doctrina y edificacion de los fieles, pueda quitarle algo de lo precioso. En San Gines de Madrid, Abril 17 de 1674.—DOCTOR ANTONIO DE IBARRA.

En las ediciones últimas tambien se ha omitido la interesante dedicatoria de RIVADENEIRA á Felipe III, que se halla en las de 1588 y 1604; en cambio, se halla una advertencia poco importante del editor Anison, puesta en el siglo xvii, que dice así :

FLORIAN ANISON, Á LOS LECTORES.

Es la historia el compendio de toda la prudencia; en ella el sabio halla grados de asenso de más sabio, el militar esfuerzos para el valor, y los príncipes la balanza justa del modo de conservar en equidad sus súbditos. Por esta razon son grandes y merecidos los aplausos que cogen sus autores en las sembradas fatigas del sudor de su ingenio. Alábanse los ancianos consejos, porque la larga edad los laureó de más prudentes; pero aventájase á éstos la excelencia de los historiadores, cuanto está la distancia de abrazar sus obras ejemplos de viva enseñanza de siglos del tiempo, á la edad de un hombre, para instruir al hombre en una vida perfectamente moral y política. Instado desta doctrina (discreto lector), he querido repita la imprenta la que escribió el doctísimo PADRE RIVADENEIRA del *Cisma de Inglaterra*; historia en que se advierten, para ser perfecta historia, las tres singularidades que notó Justo Lipsio, de verdadera, clara y juiciosa. Y no siendo el fin de las historias (como advierte un gran político) el divertir, sino el enseñar, entónces es más excelente por el argumento, cuando los sucesos que refiere son más relevantes para asuntos de la pluma que para copias del pincel. La más sublime entre todas las cosas humanas es la religion, por ser el único medio para comerciar con el cielo y adquirir el cielo; de donde será la consecuencia, que las que tienen por materia la religion son tanto más superiores á las demas materias, cuanto lo es el cielo sobre la tierra. Esta que te presento, tercera vez sale á ilustrar las luces de tu atenta contemplacion; hallarás en ella el vivo temor de tempestad horrible en que zozobró la nave de la Iglesia en el reino de Inglaterra, siendo los vientos que combatian, un rey con una voluntad por razon, desenvolturas y torpezas de una mujer, adulaciones cautelosas de ministros, estragos y asolamientos de un reino noble, regado con sangre de gloriosos mártires. ¡Horrendos ejemplos, pero ejemplos en que hallan los príncipes virtud, piedad y fortaleza que emular; y tú, espejo en que mirando el veneno de errores tan execrables, saques el antidoto preservativo de instruir y adornar tu vida de aciertos de prudencia, y yo con deseos de servirte, imprimiéndote todo lo que fuere de tu mayor provecho! *Vale.*

HISTORIA ECLESIASTICA

DEL

SCISMA DEL REINO DE INGLATERRA,

**EN LA CUAL SE TRATAN ALGUNAS DE LAS COSAS MÁS NOTABLES QUE HAN SUCEDIDO EN AQUEL REINO
TOCANTES Á NUESTRA SANTA RELIGION;**

RECOGIDA DE DIVERSOS Y GRAVES AUTORES

POR EL PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA,
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

AL PRÍNCIPE DON FELIPE NUESTRO SEÑOR.

Es tan grande bien el de todo el reino , cuando Dios le da de su mano un rey piadoso , celador de su gloria, favorecedor de buenos, perseguidor de malos, justo , pacífico y moderado , que ninguna otra felicidad de las de acá puede tener mayor ; porque , como el Rey es la cabeza del reino y como la vida y ánima dél, al paso que anda el Rey, anda el reino, que depende del mismo Rey. A esta causa, todos los vasallos del Rey, nuestro señor, y más los religiosos , tenemos obligacion de suplicar continuamente á nuestro Señor tenga á vuestra alteza de su mano , y desde esta su tierna edad le encamine por las derechas sendas de su justicia y verdad. Porque todas las gracias y mercedes que dél recibiere vuestra alteza, no las recibirá para sí solo, sino para bien de todos sus reinos y señoríos, que, por ser tantos y tan grandes , es el rey don Felipe , nuestro señor, el mayor monarca que ha habido entre cristianos, y vuestra alteza, que es su heredero y sucesor, lo será despues de los largos y bienaventurados años de su majestad ; la cual , juntamente con la monarquía de tantos y tan poderosos reinos y estados, dejará por su principal herencia á vuestra alteza el ser defensor de nuestra santa fe católica, pilar firmísimo de la Iglesia, amplificador del nombre de Jesucristo ; dejarále la piedad , la religion , la justicia , la benignidad , la modestia y compostura de su ánima y cuerpo en todas sus acciones , y las otras heroicas y admirables virtudes con que resplandece en el mundo , para que vuestra alteza las imite y saque un perfecto dibujo dellas , que es la mejor parte y la más preciosa joya deste riquísimo y abundantísimo patrimonio. Pues para que vuestra alteza sepa imitar las virtudes del Rey nuestro señor (como su majestad ha imitado las del Emperador, su padre , de gloriosa memoria), y hacer lo que sus reinos desean y han menester , conviene que se asiente en el pecho de vuestra alteza que hay otro Rey en el cielo , que es Rey de todos los reyes, delante cuyo acatamiento y soberana majestad todos los otros reyes son como unos gusanillos de la tierra, y que ninguno dellos puede reinar bien sino por Él , y que cuanto es más encumbrada su grandeza y más largo su poder, tanto mayor debe ser su agradecimiento y humildad para con Él , y que más estrecha será la cuenta que se les pedirá, y más riguroso el juicio , porque los poderosos poderosamente serán atormentados si no hacen lo que deben, como lo dicen las divinas letras , en las cuales, y en las historias eclesiásticas y aún profanas , se hallan admirables ejemplos de reyes excelentísimos, que supieron juntar con la grandeza y majestad de sus personas y estado real, la piedad y temor santo para con Dios, la devocion y reverencia para con sus ministros, la templanza para consigo , la benignidad para con sus vasallos, la suavidad para los buenos, la severidad para los malos , la misericordia para los pobres, el terror y espanto para los que atropellan á los que poco pueden,

la buena correspondencia para los amigos, el valor para los enemigos; y finalmente, la vara de la justicia tan igual y tan derecha para con todos, que no se deje torcer de nadie, ni doblar. Que estos todos son oficios del buen rey, los cuales vuestra alteza debe procurar saber y obrar; y no menos de entender las caidas de los malos reyes, y los castigos terribles que nuestro Señor ha dado á sus maldades y tiranías, y los desastrados fines que tuvieron, porque así sabrá lo que ha de huir y evitar; pues para servir en algo á vuestra alteza, como el menor de sus súbditos, le ofrezco yo una historia de nuestros mismos tiempos, de la cual se pueden sacar maravillosos ejemplos para lo uno y para lo otro; porque en ella se trata del rey Enrique VIII de Inglaterra, el cual, habiendo sido ántes justo y valeroso principe, y grande defensor de la Iglesia católica, despues se cegó con una aficion deshonestá, y volvió las espaldas á Dios, y se trasformó en una bestia fiera y cruel, y destruyó todo su reino, y se engolfó en un piélago de infinitos males, por los cuales fué desamparado de Dios, que es el mayor y más temeroso mal de todos los males. A Enrique imitaron Eduardo VI, su hijo, que le sucedió en el reino, engañado y pervertido de sus tutores, é Isabel, que ahora reina, hermana de Eduardo y hija del mismo rey Enrique, cuyos ejemplos debe vuestra alteza aborrecer por ser tan abominables, y tener delante los ojos las grandes y reales virtudes de la esclarecida reina doña Catalina, hija de los Reyes Católicos, vuestros progenitores, y de la reina doña María, su hija, nuestra señora, que fueron dechado de reinas cristianas; y no menos el celo, prudencia y valor con que el rey don Felipe, nuestro señor, restituyó la religion católica en aquel reino; que todo esto se cuenta en esta historia, para que vuestra alteza, sin salir de su palacio real, sepa lo que debe hacer, y sea en las obras tan vivo retrato de su padre, como lo es en la naturaleza. Guarde Dios á vuestra alteza, como todos estos reinos lo han menester, y estos sus siervos y devotos capellanes de la Compañía de Jesus continuamente se lo suplicamos. En Madrid, á veinte de Junio de mil y quinientos y ochenta y ocho años.

PEDRO DE RIBADENEYRA (sic).

EL AUTOR AL CRISTIANO Y PIADOSO LECTOR.

A mis manos ha llegado un libro del doctor Nicolas Sandero, varon excelente, inglés de nacion, de profesion teólogo, y de vida ejemplar, en el cual escribe los principios y el progreso del cisma que comenzó en Inglaterra el rey Enrique VIII, y los pasos y escalones por donde ha crecido y subido á la cumbre de maldad en que al presente está. Despues de haberle pasado con alguna atencion, me ha parecido libro digno de ser leído de todos; porque, demas que contiene una historia de reyes poderosos, cuyas hazañas, por ser grandes y várias, los hombres desean saber, es tambien historia eclesiástica, en que se pintan las alteraciones y mudanzas que nuestra santa y católica religion, por espacio de sesenta años, ha padecido y padece en aquel reino; y esto con tanta verdad, llaneza y elegancia de estilo, que oso afirmar que ningun hombre de sanas entrañas le leerá que no quede aficionado al libro y á su autor; porque en él se ve muy al vivo, y con sus propias colores pintada, una de las más bravas y horribles tempestades que dentro de un reino ha padecido hasta ahora la Iglesia católica. Vese un rey poderoso, que quiere todo lo que se le antoja, y ejecuta todo lo que quiere; una aficion ciega y desapoderada, armada de saña y poder, derramando la sangre de santísimos varones y profanando y robando los templos de Dios, y empobreciéndose con las riquezas dellos; quitando la verdadera cabeza de la Iglesia, y haciéndose á sí cabeza monstruosa della, y pervirtiendo todas las leyes divinas y humanas. Vese la constancia y santidad de la reina doña Catalina, la entereza y justicia del romano Pontífice, el sentimiento de los otros principes, la desenvoltura y torpeza de Ana Bolena, las lisonjas y engaños de los ministros del Rey, la paciencia y fortaleza de los santos mártires, y finalmente, el estrago, confusion y asolamiento de un reino noble, católico, poderoso (1), y que con grande loa luégo á los principios de la primitiva Iglesia tomó la fe, y despues que san Gregorio, papa (á quien el venerable Beda (2) llama apóstol de Inglaterra), por medio de Agustino y

(1) Polidoro Virgilio, lib. II de su *Historia*, y el cardenal Polo, lib. II *De unione Ecclesiarum*, dicen que

fué el primer reino que públicamente recibió la fe. (2) Lib. II, cap. I de su *Historia eclesiástica*.

sus compañeros la tornó á aplacar, y por espacio de casi mil años la habia conservado y perseverado en la obediencia de la santa Sede Apostólica. En este libro se ve la niñez tierna del rey Eduardo, hijo del rey Enrique, oprimida y tiranizada de sus tutores y gobernadores del reino, y por mano dellos suelta y sin freno la herejía, hasta que Eduardo murió (no sin sospecha de veneno), y la esclarecida reina doña María, su hermana, le sucedió, y con el resplandor de su vida santísima y celo de la gloria de Dios, y consejo y poder del católico rey don Felipe, su marido, fueron desterradas las tinieblas de las herejías, y volvió el sol de la religion, paz y justicia á mostrarse sereno y alegre á aquel reino, que por sus pecados no mereció tanto bien; porque, llevándose el Señor á otro mejor reino á la reina doña María, en ella se acabó todo el bien que por ella habia revivido; y sucediéndole su hermana, la reina Isabel, tiene todo aquel reino puesto en el conflicto y miseria que cuenta esta historia, de la cual, los que la leyeren, aprenderán á guardarse de sus pasiones, y irse á la mano y tener la rienda á sus gustos y apetitos; pues una centella de fuego infernal que salió de una aficion desordenada de una mujer, no muy hermosa, en el corazón del rey Enrique, de tal manera le encendió y transformó, que de defensor de la fe le trocó en cruelísimo perseguidor de la misma fe y en una bestia fiera, y abrasó y consumió con vivas llamas todo el reino de Inglaterra, el cual hasta hoy padece y llora su incendio, sin que las continuas lágrimas de los católicos afligidos, ni la sangre copiosa de los mártires que cada día se derrama, sea parte para le extinguir y apagar. Y juntamente sacarán los prudentes de aquí, que pues la fuente manantial de este cisma y tiranía está inficionada y es ponzoñosa y fundada sobre incesto y carnalidad, no puede manar della sino muerte y corrupcion. Este es un grande desengaño para todos los simples y engañados que desean saber la verdad, entender, digo, las causas y vientos desta tormenta, y los efectos, movimientos y alborotos que della se siguen, para acogerse al puerto seguro de la santa fe católica; pues luz, tinieblas, mentira y verdad no se pueden juntar, y Cristo y Belial no son para en una. Y esto mismo es de maravilloso consuelo para los católicos y buenos cristianos, y para despertar y esforzar su esperanza, pues de aquí sacarán que no puede durar ni ir adelante maldad tan aborrecible y abominable. No solamente porque la mentira y falsedad herética es flaca contra la verdad y religion católica, pero tambien porque esta misma mentira, que al presente parece que florece y reina y triunfa de la verdad en Inglaterra, está tan armada de embustes, engaños y tiranías, que ellas mismas la han de acabar, como acabaron y dieron fin á las idolatrías, herejía y errores que infestaron y turbaron la misma fe en tiempo de los emperadores gentiles y cruelísimos tiranos, que eran señores del mundo y se tenian y hacian reverenciar como dioses en la tierra; los cuales la persiguieron con todo su poder y artificio, y se apacentaban de las penas, y se embriagaban de la sangre de los fieles, y al fin quedaron todos sus consejos burlados, pues la sangre que ellos derramaban de los cristianos era, como dice Tertuliano (1), semilla que se sembraba en el campo de la santa Iglesia, y por un cristiano que moria, nacian mil, y las penas y tormentos que padecian por la fe eran estímulos á otros para venir á ella, la cual al cabo siempre prevaleció, y dado caso que pasó por el crisol y fuego, no padeció detrimento el oro de su verdad; ántes se afinó y apuró y resplandeció mucho más, quedando todos los tiranos sus enemigos derribados en el suelo, acabadas miserablemente sus vidas con ignominia y afrenta. Esto es de grandísimo consuelo y alegría para todos los católicos y siervos de Dios, pues lo que fué, será, y lo que leemos en las historias eclesiásticas, vemos en nuestros días. Y así, pues es agora el mismo Dios que fué en los siglos pasados, y Él es el piloto y capitan desta nave de la Iglesia, al cual obedecen los vientos y las olas que contra ella se levantan, aunque parezca que duerme y que no tiene cuidado de nuestro trabajo, y que ha ya pasado la noche y que estamos en la cuarta vigilia, no desmaye ni desconfie nadie; que Él despertará á su tiempo, y sosegará la braveza de los vientos y quebrantará el orgullo de la mar, y quedará ahogado Faraon, y sus huestes y carros en ella, y los hijos de Israel (que son los católicos, afligidos y oprimidos de los gitanos), libres de espanto y temor, cantarán un día cantares de júbilo y de alabanzas al glorioso Libertador y piadosísimo Redentor de sus almas y sus vidas. Tambien los reyes y príncipes poderosos de la tierra pueden aprovecharse desta *Historia* y escarmentar en cabeza ajena, para no usar de disimulacion y blandura con los herejes, ni darles mano y libertad, pensando por este camino conservar mejor sus señoríos y estados; porque la experiencia nos ha mostrado lo contrario, y toda buena ra-

(1) En el fin de su *Apologético, adversus gentes*.

zon nos enseña que no hay cáncer que así cunda, ni fuego que así se extienda, ni pestilencia que así inficione y acabe, como la herejía, y que el remedio es cortar el mal árbol de raíz, y atajar dolencia tan pegajosa en sus principios. Pueden asimismo aprender los príncipes del discurso del rey Enrique (que fué, ántes que se cegase con la pasión, estimado en todo el mundo, y glorioso en paz y en guerra), á no querer todo lo que pueden, y á no atropellar la razón y justicia con el mando y poder que tienen, sino moderarle y medirle con la ley del Rey de los reyes, á la cual todo el poderío del mundo se ha de sujetar. Y aún conviene que estén advertidos los reyes á no declarar fácilmente su voluntad, ni los gustos ó disgustos que tienen, si no fueren muy regulados y medidos con la medida justa de la razón; porque, como son tantos los lisonjeros y hombres que pretenden darles gusto, muchas veces se abalanzan á aconsejarles cosas desmedidas y apasionadas, pensando que son conformes á lo que ellos quieren, aunque realmente no lo sean, y una vez aconsejadas, no quieren ó no pueden volver atrás, como se ve en esta *Historia*, en el consejo que dió el cardenal Volseo al rey Enrique, que se descasase de la reina doña Catalina, pensando con esto ganarle la voluntad. Y no es ménos de notar el respeto que deben á las cosas sagradas y á los bienes de la Iglesia, pues es cierto que el rey Enrique, despues que metió las manos en los templos de Dios y los despojó de sus tesoros y riquezas, se halló más pobre y con mayores necesidades, y cargó y afligió á su reino con mayores pechos y estorsiones que habian hecho todos los reyes sus predecesores en quinientos años atrás. A los ministros y privados de los mismos reyes no les faltará aquí tampoco qué aprender, ni á los lisonjeros, que á manera de espejo representan en sí el semblante y rostro del Príncipe, y como unos camaleones, toman la color que ven en él, y alaban y engrandecen todo lo que él quiere, y por sus particulares intereses le aconsejan lo que piensan le ha de dar gusto, y se desvelan en hallar medios y trazas para facilitarlo, y lo ejecutan, rompiendo por todo lo que se les pone delante, aunque sea justicia, religion y Dios; pues aquí verán el fin que tuvieron todos los principales ministros del rey Enrique y los atizadores de sus llamas y torpezas, y ejecutores de sus violencias y desafueros, y el paradero de sus favores y privanzas, que pretendieron y alcanzaron con tanto daño y corrupcion de la república; porque á la fin perdieron la gracia de su rey, y con ella, las vidas, honras, estados y haciendas (que las ánimas ya las tenian jugadas y perdidas); dando ejemplo al mundo de cuán poco hay que fiar en lo que con malos tratos y peores medios se alcanza, y que los servicios que se hacen á los reyes contra Dios, el mismo Dios los castiga por mano de los mismos reyes. Pues ¿qué diré de otra utilidad maravillosa que podemos todos sacar desta *Historia*? Ella es la compasion por una parte, y por otra la santa envidia que debemos tener á nuestros hermanos los que en Inglaterra, por no querer adorar la estatua de Nabucodonosor y reconocer á la Reina por cabeza de la Iglesia, cada dia son perseguidos con destierros, cárceles, prisiones, calumnias, falsos testimonios, afrentas, tormentos, y con muertes atrocísimas despedazados; por lo cual debemos alabar al Señor, que nos da en nuestros dias soldados y capitanes tan esforzados y valerosos, que poniendo los ojos en la inefable verdad de su promesa y en aquella bienaventurada eternidad que esperamos, desprecian sus tierras, deudos, amigos, casas, haciendas y honras, y sus mismas vidas por ella, á los cuales debemos nosotros recoger, abrazar y socorrer, é imitar con el deseo, y suplicar á la divina Majestad que les dé perseverancia y victoria de sus enemigos y nuestros, que tales son todos los que lo son de nuestra santa fe católica. El parecerme que todos estos provechos se pueden sacar desta *Historia*, me ha movido á poner la mano en ella, y á querer escribir en nuestra lengua castellana la parte della que he juzgado es bien sepan todos, cercenando algunas cosas, y añadiendo otras que están en otros graves autores de nuestros tiempos y tocan al mismo cisma, y distinguiendo este tratado en dos libros, y los libros en sus capítulos, para que el lector tenga donde descansar. Y demas destos motivos que he tenido para hacer esto, que son comunes á las otras naciones, dos cosas más particulares y propias me han incitado también á ello. La primera, ser yo español, y la segunda, ser religioso de la Compañía de Jesus; porque el ser español me obliga á desear y procurar todo lo que es honra y provecho de mi nación, como lo es que se sepa y se publique en ella la vida de la esclarecida reina doña Catalina, nuestra española, hija de los gloriosos Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, que fué mujer legítima del rey Enrique VIII de Inglaterra, y repudiada y desechada dél con los mayores agravios que se pueden imaginar, los cuales ella sufrió con increíble constancia y paciencia, y dió tan admirable ejemplo de santidad, que con muy justo titulo se puede y debe llamar espejo de princesas y reinas cris-

tianas. De manera que así como la vida del rey Enrique puede servir á los reyes de aviso para que sepan lo que han de huir y evitar, por ser llena de increíbles vicios y maldades, así la de la reina doña Catalina, su mujer, puede ser dechado á todas las reinas y princesas de lo que deben obrar, por las extremadas y excelentísimas virtudes con que resplandece. El ser yo religioso de la Compañía también es causa y motivo para tomar este trabajo, pues el ser religioso me obliga á favorecer y adelantar con mis flacas fuerzas todas las cosas que tocan á nuestra sagrada religion, como es ésta, y el ser de la Compañía aún más particularmente, así porque Dios nuestro Señor la instituyó y envió al mundo en estos miserables tiempos para defender la fe católica y oponerse á los herejes (así lo dice el Vicario del mismo Dios, en la bula de su confirmacion), como por la merced tan señalada que el mismo Señor nos hace á todos los hijos de ella, tomando por instrumento á la reina de Inglaterra, Isabel, hija del rey Enrique y de Ana Bolena (que fué la levadura desta lamentable tragedia y la fuente y raíz de tantas y tan graves calamidades), la cual, siguiendo las pisadas de tales padres y hinchendo la medida dellos, con extraordinaria crueldad y tiranía persigue nuestra santa fe católica, apostólica y romana, y hace carnicería de los que la profesan y enseñan, atormentándolos, descoyuntándolos y despedazándolos con atrocísimos linajes de penas y muertes, y haciéndoles por este camino los mayores bienes que ellos podian desear. Entre éstos que han muerto por la fe en tiempo de Isabel, los principales han sido algunos padres de nuestra Compañía, ingleses de nacion, los cuales quisieron ser ántes á puros tormentos descoyuntados y muertos, que apartarse un pelo de la confesion de la verdad católica. Y éste es beneficio tan grande y regalado del Señor, que nos obliga á todos los hijos desta mínima Compañía á reconocerle y servirle, y á desear seguir á nuestros hermanos, y dar la vida por él, y á suplicar instantemente á la divina Majestad que por su infinita misericordia se apiade de aquel ilustrísimo reino, y dé fin á tantos males y miserias, y alumbre con su luz á la Reina y á los de su Consejo, para que se reconozcan, arrepientan y salven, ó que les ate las manos para que no las ensucien con la sangre de sus hermanos, ó á lo ménos que les dé á ellos fortaleza y constancia para derramarla (como lo hacen) por su santísima fe; que lo que el Señor con su incomprehensible providencia dispusiere y ordenáre, eso será lo más acertado, y para su esposa la santa Iglesia lo mejor.

ARGUMENTO DE ESTA PRESENTE HISTORIA, Y EL PRINCIPIO DEL MISERABLE SCISMA DE INGLATERRA.

Los británicos, que son los que ahora llamamos ingleses, fueron convertidos á la fe de Cristo nuestro Señor por Joseph ab Arimathia (1), el cual plantó en aquella isla las primicias de nuestra santa religion. Despues fueron confirmados en ella por Eleuterio, papa, que fué, segun la cuenta de unos, el doceno, y segun la de otros, el catorceno papa despues de san Pedro; el cual envió á Inglaterra á Eucacio y Damiano, y ellos bautizaron al rey Lucio y gran parte de aquel reino; y creció tanto la piedad cristiana, que Tertuliano, escritor antiguo y vecino de aquellos tiempos, escribe estas palabras (2): «Los lugares de Bretaña, á los cuales los romanos no han podido llegar, se han sujetado á Jesucristo». Sucedió, despues desto, que los anglos y sajones, pueblos de Alemania, hicieron guerra á los británicos y los vencieron, y arrinconaron en cierta parte de la isla más remota, y se apoderaron del reino; y como ellos eran infieles, se perdió la fe de Cristo, y por esto san Gregorio, papa, les envió á Agustino y á Melito y á otros santos monjes de la orden de San Benito, los cuales los convirtieron de la idolatría y los hicieron cristianos, y bautizaron á Ethelberto, rey de Cantlo. Desde aquel dia hasta el año 25 del reinado de Enrico VIII, que fué el de 1534 despues del nacimiento de nuestro Señor, por espacio de casi mil años, no hubo en Inglaterra otra fe ni otra religion sino la católica romana, y esto con tanta sujecion, obediencia y fidelidad á la Silla Apostólica, que desde el muy poderoso rey Ina, fundador de la iglesia welense y del insigne monasterio de Glasconia, hasta los desdichados tiempos del rey Enrique, que son más de ochocientos años (3), cada casa de Inglaterra daba al Pontífice romano una moneda de plata, á manera de tributo ó de oblation voluntaria, á honra del glorioso príncipe de los apóstoles, san Pedro, para testificar la devocion particular que todo aquel reino tenía á la Sede Apostólica; y por esto las monedas que se ofrecian, se llamaban *los dineros de san Pedro*. Pero Enrique VIII mudó la fe de Cristo, y apartó de la comunión y obediencia del romano Pontífice aquel reino, al cual, por ser tan antiguo y fiel en ella, algunos llamaban *hijo primogénito de la Iglesia*. La ocasion que tomó Enrique para hacer lo que hizo, fué la que se sigue.

Arturo, hermano mayor de Enrique, tomó por mujer á doña Catalina, hija de los Católicos Reyes de España,

(1) Esto prueba Polidoro Virgilio, y lo trae de Gilda, autor antiquísimo, lib. II et IV.

(2) In lib. *Adversus judæos*.

(3) Polid. Virgil., lib. IV.

don Fernando y doña Isabel, de gloriosa memoria, y murió en breve sin hijos, y aun por su tierna edad, flaca salud y muerte acelerada, dejó á la Princesa, su mujer, tan entera como vino á él (1). Enrique, con dispensacion del sumo Pontífice, para conservar la paz entre los españoles é ingleses, se casó con su cuñada, y habiéndola tenido por su legítima mujer y vivido con ella veinte años, y habido hijos de ella, y reconocíolos por sus herederos, la repudió y se apartó de ella, tomando por achaque que no podia ser su mujer la que lo habia sido de su hermano; pero realmente por casarse con Ana Bolena, con la cual tenía más estrecho parentesco por via de afinidad, y más fuertes impedimentos para no se poder casar con ella, que no con la reina doña Catalina; porque Ana era hermana de una de las amigas de Enrique (que tuvo muchas) é hija de otra, las cuales á la sazón vivían. Y aunque parece cosa increíble é indigna de escribirse aquí, por ser tan abominable y espantosa, todavía la diré, por decirlo el doctor Sandero, para que mejor se entienda (si es verdad) la paciencia y sufrimiento de Dios, y el abismo de maldades en que cae el hombre desamparado de su poderosa mano. Por hija del mismo Enrique era tenida Ana Bolena, y esto con muy graves fundamentos, como adelante se verá. Para casarse con ésta, se descasó y apartó de su legítima mujer; salió de la obediencia de la Iglesia romana, y no quiso allegarse á ninguna secta antigua, ni á las modernas de Lutero y de Zuinglio, sino fundar él una nueva y monstruosa, de la cual se nombró soberana cabeza, y como á tal se mandó obedecer. Y para que veamos en qué paran los amores desenfrenados de los hombres ciegos, hizo cortar públicamente la cabeza á la misma Ana Bolena, su querida (que siempre fué hereje luterana), por haber sido deshonesta y revuéltose con muchos hombres ántes que se casase con el Rey y después, y por haber tenido abominable ayuntamiento con su propio hermano; condenándola por adúltera y incestuosa los jueces, entre los cuales fue uno Tomas Boleno, que llamaban su padre, aunque no lo era, sino marido de su madre de ella, como en esta historia se verá. Sobre esta hipocresía y falso color del rey Enrique, con el cual quiso dar á entender que repudiaba á la reina doña Catalina por puro temor de Dios; sobre este diabólico incesto y casamiento del Rey con su hija, ó por lo ménos con la hija de su manceba; sobre el adulterio de Ana Bolena, con que afrentó al Rey, y estando públicamente casada, ó por mejor decir, amancebada con él, tuvo abominable y nefario acceso con su propio hermano; sobre este primado eclesiástico, que el primero de todos los mortales Enrique se usurpó, está fundada toda aquella religion y falsa creencia que debajo del mismo rey y de sus hijos, Eduardo y Elisabeth, profesa el reino de Inglaterra. Para que evidentemente se entienda qué edificio sobre tales cimientos, y qué obra se puede levantar. Aunque, como la mentira es vária, y la herejía es bestia de muchas cabezas, lo que Enrique después de haber hecho divorcio con la esclarecida reina doña Catalina, cuando ya se llamaba *suprema cabeza de la Iglesia*, estableció en materia de la fe, Eduardo y Elisabeth, sus hijos, lo alteraron y pervirtieron, introduciendo en aquel reino otro evangelio diferente del que su padre habia mandado. Las cosas maravillosas y espantosas que después que comenzó el cisma en Inglaterra, Dios nuestro Señor ha obrado en aquel reino para reducir los corazones de los hijos á la antigua fe de sus padres, son tantas, tan extrañas y várias, que no se puede bien comprehender sino leyendo la historia del mismo cisma y el discurso de todo lo que ha pasado en él. El cual quiero yo aquí escribir con toda llaneza y verdad, é ilustrarle con la novedad y variedad de cosas tan admirables, sacadas de las historias de nuestros tiempos, y particularmente de la del doctor Sandero, el cual las recogió de los instrumentos y escrituras públicas, y de las relaciones que de palabra ó por escrito hombres gravísimos le dieron, y de lo que él mismo vió y observó.

(1) En la Real Academia de la Historia se conserva una copia del curiosísimo expediente seguido en Zaragoza ante el Abad de Veruela y Prior del Sepulcro de Calatayud, en virtud de letras re-

misoriales de Roma, en que se prueba lo que aquí dice Rivadeneira, y otras cosas curiosísimas y dignas de ver la luz pública. (F.)

LIBRO PRIMERO

DEL

CISMA DE INGLATERRA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del casamiento de la infanta doña Catalina con el príncipe de Inglaterra, Arturo, y de los desposorios que, muerto el Príncipe, hizo con Enrique, su hermano.

Presidiendo en el imperio Maximiliano emperador, y en España los Católicos Reyes, don Fernando y doña Isabel, y en Inglaterra Enrique VII deste nombre, parecía que las cosas de la cristianidad florecían y estaban en toda prosperidad. Porque Maximiliano fué príncipe en paz y en guerra magnánimo, y los Reyes Católicos en la una y en la otra felicísimos, y Enrique VII fué valeroso y prudente, vencedor siempre en todas las guerras que hizo, y poderoso y rico en todo género de tesoros y riquezas. Ya la superstición del falso profeta Mahoma, con la nueva interpretación de Ismael Sofi, hijo de una hija de Asuncasal (que había ocupado el reino de Persia, y con la majestad del nuevo imperio hecho que sus pueblos la recibiesen), se iba desmembrando y partiendo en varias sectas. Ya los sarracenos, que habían poseído casi ochocientos años la Andalucía, después de la toma de Granada habían sido echados de toda España. Ya el Nuevo Mundo, descubierto por la misericordia infinita del Señor á los españoles, había comenzado á obedecer al sagrado Evangelio de Cristo, propagando y dilatando la gloria de su santísima fe, los castellanos hacía el Poniente, y los portugueses hacía el Oriente y Mediodía, con la autoridad de Alejandro VI, sumo pontífice. Teniendo pues la Iglesia católica este dichoso curso, el año de mil quinientos se concertaron los poderosos reyes Enrique VII de Inglaterra y don Fernando y doña Isabel de España, que Arturo, hijo primogénito de Enrique y príncipe de Inglaterra, se casase con la infanta doña Catalina, hija de los mismos Reyes Católicos; lo cual se hizo el año siguiente de mil quinientos uno, y se celebraron las velaciones en la iglesia de San Pablo de Lóndres, el día de San Erchenualdo, que cae á los catorce de Noviembre (1). La noche de la fiesta fueron lleva-

dos el príncipe Arturo y la princesa doña Catalina á su tálamo con toda la pompa y majestad que á tan grandes príncipes convenia; mas el rey Enrique había ordenado que estuviese aquella noche con ellos una señora principal, para que no se tratase como marido y mujer; porque el Príncipe, demás que era muy muchacho (que no llegaba aún á quince años) tenía una calentura lenta, la cual le acabó la vida, cinco meses después que se casó.

Muerto Arturo, pidiendo los Reyes Católicos su hija, el rey Enrique les propuso que se desposase con Enrique, su segundo hijo, hermano de Arturo, y en lugar del, heredero de su reino; el cual era entonces de doce años; y que para que esto se pudiese hacer legítimamente, se alcanzase la dispensación del romano Pontífice. Dieron oídos á esto los Reyes Católicos, y habiéndose consultado, en el uno y en el otro reino, los mayores letrados que había en ellos, teólogos y canonistas, y mirándose y examinándose mucho si aquel matrimonio se podía lícita y honestamente hacer, y habiendo parecido á todos que sí, se dió cuenta del negocio por los embajadores de los reyes á la santidad del papa Julio II, que había sucedido en el pontificado á Alejandro VI y á Pío III (que vivió muy pocos días), en cuyo tiempo se había comenzado á tratar; y Julio, con parecer de varones doctísimos y gravísimos, dispuso con ellos para que se pudiesen casar, quitando el impedimento y vínculo del derecho humano, que sólo lo estorbaba, por el bien público de la cristianidad, y por conservar la unión y paz que entre los reyes y reinos de España é Inglaterra había. Los teólogos claramente decían, el derecho divino, que en las sagradas letras está consignado (2), no ser contrario á este matrimonio, porque si se miraba al estado de la ley natural, Júdas patriarca había mandado á Ona, su hijo segundo, que se casase con Tamar, mujer que había sido de Her, su hermano mayor, el cual era muerto sin dejar hijos, para resucitar la memoria y sucesión de su hermano (3). Y si se consideraba lo que dispone la ley de Moisés,

(1) Acerca de la brillante comitiva que acompañó desde España á doña Catalina, y de las fiestas que se hicieron, da curiosas noticias el expediente citado.

(2) Gén., 38.

(3) Deut., 15, y Ruth., 1 et 2.

ella manda que esto mismo se haga, so pena de mal caso y infamia; lo cual no es posible que Dios hubiese mandado, ni aun permitido, si fuese contra la ley natural, la cual ha querido que sea siempre la compañera, ó por mejor decir, la guía y regla de toda la naturaleza humana. Porque esto no fuera sino haber criado una naturaleza para que nunca se mudase ni alterase, y mudarla y alterarla él, y ser contrario por esta razon á sí mismo, y negarse á sí. Lo cual siendo tan ajeno de Dios, como dice san Pablo (1), no se debe poner duda sino que el matrimonio que se hace entre el hermano y la mujer que fué de otro hermano, principalmente difunto, sin hijos, no es contrario ni repugna á la ley divina, eterna ó natural, sino solamente á la humana y eclesiástica, y en la cual puede y debe el Pontífice romano dispensar cuando hay justas causas para ello, como en este negocio las hubo. Lo cual todo, como dijese los teólogos, y lo confirmasen con la autoridad de la sagrada Escritura y de los santos y doctores gravísimos, y no hubiese en toda la Iglesia católica debajo del cielo hombre que dijese lo contrario, dió el papa Julio (como so ha dicho) la dispensacion que pone el cardenal Gaetano, y es la que se sigue (2):

JULIO PAPA II.

A nuestro amado hijo Enrique, hijo de nuestro carísimo hijo en Cristo, Enrique, rey ilustre de Inglaterra, y á nuestra amada en Cristo hija Catalina, hija del carísimo en Cristo hijo nuestro Fernando y de la carísima hija nuestra Isabel, reyes ilustres de las Españas y de Sicilia, Católicos, salud en el Señor.

«La autoridad soberana del romano Pontífice usa de la potestad que nuestro Señor le ha dado, conforme á lo que, considerada la calidad de las personas, negocios y tiempos, juzga ser expediente en el mismo Señor. Por vuestra parte se nos ha presentado una petición, en la cual se contiene: que vos, nuestra hija en Cristo, Catalina, y Arturo, que entónces vivia, hijo primogénito de nuestro carísimo en Cristo hijo Enrique, ilustre rey de Inglaterra, para conservar la paz y amistad entre el carísimo en Cristo hijo nuestro Fernando y la carísima hija nuestra Isabel, reyes de las Españas y Sicilia, Católicos, y el sobredicho rey Enrique de Inglaterra; habiendo contraído matrimonio legítimamente por palabras de presente, y por ventura consumádole con cópula carnal, el sobredicho Arturo, no habiendo tenido hijos deste matrimonio, falleció; y que para conservar este vínculo de paz y amistad entre los dichos reyes y reina, deseais casaros y contraer entre vos matrimonio legítimamente por las palabras de presente, para lo cual nos habeis suplicado que

»queramos dispensar con vosotros, y con la benignidad apostólica concederos gracia de poderlo »hacer. Nosotros, que deseamos afectuosamente y »procuramos que todos los fieles cristianos, y más »los reyes y príncipes católicos, gocen de la hermosura de la paz y concordia, absolviéndoos de »cualesquiera excomuniones, etc.; inclinándonos »á vuestros ruegos y suplicaciones, con la autoridad apostólica, por el tenor destas nuestras »presentes letras, dispensamos con vosotros para »que, no obstante el impedimento de la afinidad »dicha, que nace de las cosas sobredichas, y las »constituciones y ordenaciones apostólicas, y otras »cualesquiera cosas que sean contrarias, podais »contraer matrimonio legítimamente por palabras »de presente, y despues de haberle contraído, perseverar en él. Y para que si por ventura ya de hecho le habeis contraído, ó pública ó clandestinamente, y consumádole con cópula carnal, podais »licitamente vivir en él. Y con la misma autoridad »os absolvemos á vos y á cualquiera de vosotros »(si ya habeis contraído, como está dicho, el matrimonio) deste exceso y de la sentencia de excomunion que habeis incurrido por ello, declarando que los hijos que nacieren, ó por ventura hubieren ya nacido deste tal matrimonio, ahora se haya contraído, ahora se haya de contraer, »son legítimos. Con tal que vos, nuestra hija en »Cristo, Catalina, no hayais sido rapta y tomada »por fuerza para este efecto. Y queremos que si »antes desta nuestra dispensacion habeis contraído el dicho matrimonio de hecho, el confesor »que cada uno de vosotros eligiere, os imponga »por ello la penitencia saludable que le pareciere; »la cual seais obligados á cumplir. Dada en Roma, »el primer dia de Enero del año de mil quinientos »y cuatro, y en el primer año de nuestro pontificado.» Hasta aquí son palabras de la dispensacion por virtud de la cual se hicieron los desposorios entre Enrique (por ser menor de edad) y la princesa doña Catalina.

CAPÍTULO II.

Cómo se casó el rey Enrique VIII con la princesa doña Catalina, y de los hijos que tuvo en ella.

Entre tanto que se aguardaba que creciese Enrique y tuviese la edad cumplida para casarse, murieron en España la esclarecida reina doña Isabel, madre de la princesa doña Catalina, y en Inglaterra el rey Enrique VII, padre del príncipe don Enrique, el cual habiendo ya heredado y siendo rey, y de edad de diez y ocho años, y muy gentil hombre, y que con la gravedad y hermosura del rostro representaba muy bien la majestad real, con entero juicio y como hombre que sabía lo que le convenia, y que no tenía que temer á su padre muerto; aunque una vez habia dicho que no se queria casar con la Princesa, todavía, mirándolo mejor y habiéndose leído públicamente la dispensacion del Papa, por parecer de todo su Consejo

(1) II, Timot., 2.

(2) Tom. III, opúsc. 14.

(sin que hubiese persona que moviese escrúpulo ó sintiese lo contrario), se casó con la reina doña Catalina, á tres de Junio del año de mil y quinientos y nueve; y el día de San Juan Bautista del mismo año, con grandísima fiesta y regocijo, se coronó él y hizo coronar á la reina su mujer en Lóndres, en el monasterio de San Benito, que se llamaba Vumester (1), que está á la parte de Occidente. Tuvo el rey Enrique, de la reina doña Catalina, tres hijos y dos hijas; el mayor de los hijos, que tambien se llamó Enrique, como el padre, murió de nueve meses, y los demas asimesmo murieron de tierna edad; sola su hija doña María fué de dias despues reina de Inglaterra; la cual nació á los diez y ocho de Hebrero de mil y quinientos y quince, en Grevinga. A esta hija crió el rey Enrique con toda la grandeza y aparato que á tal hija, heredera de su reino, convenia, y dióle por aya á Margarita, sobrina del rey Eduardo IV, hija de su hermano y madre de Reginaldo Polo, que despues fué cardenal; la cual era una matrona señora honestísima y santísima. Y como á heredera legitima de su reino, la declaró princesa de Walia (2), que es el título que en aquel reino se suele dar á los que tienen derecho de suceder inmediatamente al reino, y el que en el imperio se llama César ó rey de romanos, en Francia delfin, y en España llamamos príncipe. Y para que la princesa doña María tomase posesion de aquel estado, y le gobernase como suyo (el cual es muy grande y está repartido en cuatro obispados, hácia la parte occidental de Inglaterra), fué enviada de su padre á él con grande acompañamiento de caballeros y señores. Por esta causa muchos reyes y príncipes de la cristiandad deseaban casarse con ella, como con heredera de tan grande reino y estado. Entre los cuales fueron Jacobo V, rey de Escocia, y Carlos, emperador, y el rey Francisco de Francia la pidió para uno de sus hijos, que eran el Delfin y el Duque de Orlens; y porque ellos eran de tierna edad, el mismo rey Francisco se ofreció de casarse con ella. De donde se ve claramente cuán asentado estaba en los pechos de todos los príncipes de la cristiandad que el matrimonio entre el rey Enrique y la reina doña Catalina era legitimo y sin sospecha; pues tantos reyes y príncipes desearon y procuraron casarse con la hija que habia nacido de este matrimonio, porque habia de suceder en el reino de Inglaterra, lo cual no pudiera ser si ella no fuera hija legitima y de legitimo matrimonio. Al fin, con ciertas condiciones, se desposó con el Delfin de Francia, y los desposorios se celebraron con mucha solemnidad en Grevinga (3), en Inglaterra, y el obispo Eliense pasó á Francia, é hizo de ello una elegante oracion delante el rey Francisco y de su córte. Todo esto se ha de notar para entender mejor lo que vamos tratando.

CAPÍTULO III.

De las costumbres desemejantes de la Reina y del Rey.

Habia desemejanza grande en el trato y costumbres de la reina Catalina y del rey Enrique; la cual le fué ocasion y primer motivo para que él se aficionase á otras mujeres. Porque, aunque la Reina no era más de cinco años mayor de edad que el Rey, pero en la vida y costumbres parecia que le llevaba mil años. La vida que la Reina hacia era ésta: levantábase, siempre que podia, á media noche, y hallábase presente á los maitines de los religiosos. Vestíase á las cinco de la mañana y componíase, y decia que ningun tiempo le parecia que perdía sino el que gastaba en arrear y componerse. Debajo de las ropas reales traía el hábito de la tercera regla de San Francisco. Todos los viérnes y sábados ayunaba, y las vigiliass de nuestra Señora á pan y agua. Los miércoles y viérnes se confesaba, y los domingos recibía el santísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Rezaba cada dia las horas de nuestra Señora, y estábase casi toda la mañana en la iglesia, ocupada en oracion y en oír los divinos oficios. Despues de comer se hacia leer, por espacio de dos horas, las vidas de los santos, estando sus dueñas y damas presentes. A la tarde volvía á su oracion en la iglesia, y cenaba con mucha templanza. Oraba siempre las rodillas en el suelo, sin estrado ni sitial, ni otra cosa de regalo ó autoridad, y hizo siempre esta vida; pero quiso nuestro Señor, para que el suave olor de las grandes virtudes desta santa reina se deramase más fácilmente por todo el mundo, que se derritiesen en el fuego de la tribulacion que pasó. Por otra parte, el rey Enrique era mozo brioso, dado á pasatiempos y liviandades, y de las mismas criadas de la Reina tenía dos, y á las veces tres, por amigas, y de una de ellas, que se llamaba Isabel Blunta, tuvo un hijo, al cual hizo duque de Rechmundia (4). Maravillábase él de la santidad de la Reina algunas veces; mas seguía contrario camino, dejándose arrebatarse de sus vicios y pasiones. Por esta causa, siendo la vida tan desemejante y las costumbres tan diferentes del Rey y de la Reina, no pudo corazon tan desenfrenado como el de Enrique tener paz con princesa tan recogida y tan religiosa como era su mujer; y así, comenzó á dar muestras de su descontento, de manera que sus criados y privados lo vinieron á entender.

CAPÍTULO IV.

De la ambicion del cardenal Eboracense, y del consejo que dió al Rey acerca de su matrimonio.

Uno de los privados del Rey que esto vino á saber fué Tomas Volseo (5), hombre sobre todos los hombres atrevido y ambicioso, cuya vida era más semejante á la de Enrique que á la de la Reina;

(1) La célebre abadía de Westminster.

(2) Más comunmente se ha llamado por los escritores españoles *princesa de Gales*.

(3) ¿Greenwich?

(4) ¿Richmond.

(5) Volsey.

por esto buscaba todas las ocasiones para agradar al Rey y dañar á la Reina, y hacer su negocio. Era Volseo hombre de baja suerte y vil, hijo de un carnívero, á lo que algunos escriben (1); el cual, habiendo entrado en casa del Rey con maña y artificio, fué al principio su capellan, y despues su limosnero, y poco á poco acrecentado con las rentas del obispado de Tornay (que el rey Enrique habia tomado al Rey de Francia), y finalmente hecho obispo, primero Linconiese, despues Dunelmense, y de allí Vintoniese, y juntamente arzobispo Eboracense, que eran dos riquísimos obispados, y por remate, tambien le hizo el Rey cancelario del reino, que es como si dijésemos presidente del Consejo Real de Castilla, y procuró que el Papa le hiciese cardenal y legado á *latere* en Inglaterra. No contento con esto, tenía muchas pensiones y ricos dones que le daban el Emperador y el Rey de Francia, y otras abadías riquísimas y beneficios eclesiásticos; porque el rey Enrique le favorecia de manera, que habia puesto en sus manos su persona y reino, no haciendo ni proveyendo cosa en él, que no fuese por consejo y mano de Volseo. Por esta causa el emperador don Carlos y el rey de Francia, Francisco (deseando cada uno tener de su parte al rey Enrique, por lo mucho que les importaba para las guerras que entre si traian), procuraban á porfia tener contento y ganado al cardenal Eboracense, de cuya voluntad sabian que dependia la voluntad del Rey su señor. Toda esta grandeza y favor que tenía le parecia poco al Cardenal, no poniendo tasa á su codicia y ambicion; ántes creciendo ella (como suele) tanto más cada dia, cuanto más crecian las dignidades y favores, deseó y procuró subir hasta la cumbre del sumo pontificado y asentarse en la silla de San Pedro, teniendo lo que poseia en poco, pues podia tener más; y no era tan grande el gusto que le daba todo lo que tenía, como el disgusto que recibia con la falta de lo que deseaba. Olié el emperador don Carlos esta ambicion del Cardenal, y para servirse de ella y cebarle por este camino (como lo suelen hacer los reyes cuando les viene á cuento), comenzó á honrarle y á escribirle á menudo cartas de su propia mano, muy regaladas y llenas de extraordinarios favores, en las cuales se firmaba: *Vuestro hijo y pariente*, CARLOS. Y para entretenerle y ganarle más, le daba á entender que si el rey Enrique, por su medio, se confederase con él perpetuamente, y rompiese guerra con Francia, él procuraria que muerto el papa Leon X, él le sucediese en el pontificado. Y como los hombres fácilmente creen lo que desean, fácilmente creyó esto el Cardenal, y por no faltar á sí mismo, y perder tan buena ocasion, persuadió al rey Enrique todo lo que el Emperador queria. Poco despues, muerto Leon X, aunque por toda Italia se publicó que el cardenal Eboracense habia sido elegido papa, no fué verdad, sino que el Emperador, aun-

que á la sazón era mozo, procuró que Adriano, su maestro, lo fuese, varón doctísimo y santísimo, y bien diferente en todo de Volseo. El cual no se maravilló que el Emperador le hubiese antepuesto á Adriano en el pontificado, por las obligaciones particulares que le tenía; y así, disimuló y tuvo paciencia hasta que, muerto Adriano, Clemente VII le sucedió. Entónces, viendo que el Emperador no habia hecho caso de él, y que despues de haber preso á Francisco, rey de Francia, le escribia pocas veces y de mano ajena, y que no firmaba más que su nombre CARLOS, comenzó el Cardenal á embravecerse y salir de sí, y á enojarse con el Emperador, y á serle contrario en todo lo que podia, y favorecer á sus enemigos, y entregarse del todo á Francisco rey de Francia. Con este furor y enojo, causado de su loca ambicion, tramó y urdió una tela, que despues no pudo destejer y le salió mal. Porque, viendo al rey Enrique desaficionado de la reina doña Catalina (por la razon que tocamos arriba), y que ella le era contraria por su ambicion, buscó manera para apartar totalmente al Rey de la Reina, y por esta via ganar más su gracia del, y á ella hacerle pesar y vengarse del Emperador, su sobrino. Algunos dicen que tambien se movió á perseguir á la Reina porque un astrólogo le habia pronosticado que una mujer seria causa de su ruina y perdicion, y dando él crédito á sus palabras, y pensando que esta mujer seria la reina doña Catalina, quiso quitarle el poder y apartarla del Rey; y cómo se engañó adelante se verá. Movido desto, ó de aquel intento de vengarse, que he dicho, hizo llamar al confesor del Rey, que era Juan Longlando, obispo Linconiese, y tomándole aparte con mucho secreto, le dice las grandes obligaciones que tenía de servir al Rey por las mercedes señaladas que de su mano habia recibido y por haberle puesto en aquel estado y levantándole del polvo de la tierra. Y que para pagar lo que por tantos titulos le debia, de ninguna cosa tenía más cuidado, despues de su salvacion, que de la del Rey, y que no podia callar cosa en que tanto iba, ni decirle á otro primero que al que era confesor del Rey y sabia los secretos de su alma y tenía cargo de ella. Por acortar razones, dícele que el matrimonio del Rey con la Reina le parece escrupuloso y peligroso para la conciencia del Rey, y los motivos que para esto tenía. El confesor, creyendo que el Cardenal le hablaba con toda llaneza y verdad, sabiendo que el Rey no disgustaria de la plática, no se atrevió á contradecir á un personaje tan grande y tan poderoso, y respondióle que le parecia que el Rey no habia de oír negocio tan grave de nadie primero que del Cardenal; y así, se ofreció el Cardenal de tratarlo con el Rey. Pero el Rey, cuando lo oyó, respondió al Cardenal: «Mirad no pongais en duda lo que una vez está determinado.» De allí á tres dias el Cardenal volvió al Rey, llevando consigo al confesor, al cual persuadió lo suplicase que por ser aquel negocio tan importante y que tocaba á su salvacion, á lo ménos

(1) Polid. Virg., lib. xxvii.

su majestad diese licencia para que se tratase y examinase; y dándola el Rey, dijo el Cardenal: «En Francia está Margarita, hermana del rey Francisco, que ha sido casada con el Duque de Alanson y es señora de extremada hermosura; ésta es la que conviene que vuestra majestad tome por mujer.» Respondió el Rey: «Eso despues lo veremos; ahora guardad secreto, porque no se publique ántes de tiempo cosa que amancille nuestro honor.» Porque el Rey muy bien sabía la mujer que habia de tomar, apartándose de la reina doña Catalina.

CAPÍTULO V.

De las diligencias que hizo el Rey acerca del matrimonio con la Reina, y de lo que propuso el Embajador de Francia para deshacerle.

Habiendo pues el Cardenal y el confesor prometido secreto, comenzó el Rey á tratar muy de propósito este negocio y á desvelarse en él, y á conferir con algunos teólogos las razones que el Cardenal le habia propuesto en su favor, fundadas en algunos lugares del *Levítico* y *Deuteronomio* (1) mal entendidos, y á examinar las letras apostólicas del papa Julio II, en que dispensaba con el Rey para que se pudiese casar con la reina Catalina. No hallando cosa á su propósito que le satisficiera, ni en los lugares de la Escritura, ni en la dispensacion del Pontífice, parecióle que era mejor dejarlo y no tratar más de ello, y del mismo parecer fueron todos los otros con quien el Rey por espacio casi de un año secretamente lo consultó. Y ello se hiciera así, si por una parte el Cardenal no urgiera tanto y fuera importuno al Rey, y por otra, el mismo Rey, cansado de la santa vida de la Reina y herido del amor de Ana Bolena, no se dejara llevar de la pasión, y de la esperanza falsa que ella le daba, que se podría legítimamente deshacer el matrimonio de la Reina. Vinieron en este tiempo de Francia embajadores al rey Enrique, pidiéndole que la princesa doña María, su hija, la cual estaba desposada (como dijimos) con el Delfin de Francia, se casase con el hijo segundo del rey Francisco, que era duque de Orlens. Entre estos embajadores, era uno el obispo Tarbiense. El Rey, con esta ocasion, mandó á Volseo que, como de suyo y como amiguísimo del Rey de Francia, diese parte al Obispo de este negocio, y que le dijese lo que se trataba, y que si se hallase forma honesta para deshacer el matrimonio del Rey con la Reina, el Rey sin duda se casaria con la hermana del Rey de Francia. Hizo Volseo lo que el Rey le mandó, y comunicó con el Obispo el negocio del divorcio; y más le dijo: que era de tal calidad, que no estaba bien á ningun vasallo del rey Enrique ser el primero que tratase de él, y tomar sobre sí tan gran carga y ódio de todo el reino, como se le seguiria al que quisiese poner dolencia y sospecha en el matrimonio del Rey, y en una cosa tan recibida de todos. Que al Obispo le estaba bien hacer esto, como á hombre que mi-

raba el pro de su rey, y deseaba asentar y establecer la quietud y paz de los reinos. Pareció bien al Obispo la razon de Volseo, y habiéndolo comunicado con los otros embajadores sus compañeros, se determinó de tratar del negocio, y un dia, en presencia del rey Enrique y de su consejo, dijo que muy sabida cosa era entre todos los ingleses y franceses que no habia cosa más deseable y que á todos mejor estuviese, que la paz entre aquellos dos reinos, y que para establecerla y apretarla con vínculo de estrecha amistad, se habia tratado que la serenísima princesa de Walia, doña María, se casase con el Duque de Orlens, y que no dudaba sino que este matrimonio sería de grandísimo acrecentamiento y gloria para los reinos; pero que otro camino se le ofrecia á él, sin comparacion mejor, para alcanzar lo que se deseaba, si tuviese licencia de proponerlo. «Mas ¿por qué (dice) no me será lícito el proponerlo, pues hablo en este senado, y con hombres, no solamente cristianos, sino piísimos y prudentísimos, que sin respeto alguno de su interes particular, tienen siempre por blanco en sus consejos el bien público? ¿Cuánto más provechoso será que personas mayores de edad, y no niños; que las cabezas de los reinos y que los han gobernado felicísimamente, y no otros príncipes inferiores y sin experiencia; y finalmente, que las mismas personas reales hagan este casamiento y se junten entre sí, y no los hijos de ellas? Por lo que á nosotros toca, sabida cosa es que la Duquesa de Alanson, hermana de nuestro rey Cristianísimo, tiene la edad y todas las demas partes para casarse que se puedan desear en una princesa, y que no le falta sino un marido, el cual con el resplandor de su persona y estado ántes ilustre la sangre real de ella, que no la disminuya ó escurezca; y si en Inglaterra hubiese algun varon principal, ó por mejor decir, el primero y cabeza de todos los principales y señores, el cual no tuviese mujer, este tal se habria de casar con esta señora, para bien universal, descanso y seguridad de estos reinos. Vuestra majestad (oh rey poderosísimo Enrique), si queremos mirar, no la falsa apariencia de las cosas, sino la existencia y la verdad, libre está de la obligacion del matrimonio, y es señor de sí para tomar la mujer que quisiere. Lo cual digo, no sólo por mi parecer, sino por el de casi todos los hombres doctos y de mejor juicio del mundo. Porque, dado caso que la serenísima doña Catalina sea de sangre esclarecida y de vida santísima, mas habiendo sido ántes mujer del hermano de vuestra majestad, no sé yo con qué razon ni con qué derecho, contra lo que manda el sagrado Evangelio, hayais vos, señor, tomado por mujer la mujer de vuestro hermano, y la tengais y hagais vida maridable con ella. Yo cierto no dudo sino que los ingleses, vuestros vasallos, no tienen otro evangelio sino el que nosotros tenemos, y que sienten lo que nosotros sentimos, y que no osan hablar hasta que vuestra majestad les dé licencia para decir libremente lo que sienten. Porque las otras naciones

(1) *Levit.*, 18; *Dent.*, 25.

siempre han hablado pesadamente de este negocio, y tenido mucha lástima á vuestra majestad, viendo que su real persona en su mocedad ha sido engañada de sus consejeros y de las personas de quienes se fiaba. Pero ya es tiempo que vuestra majestad mire por sí, y es verdad que ninguno, conforme al sagrado Evangelio (1), puede tomar por mujer á la mujer de su hermano, y que halle manera de deshacerse y librarse de la mujer que tiene, pues fué mujer de su hermano, y casarse con la hermana del Rey Cristianísimo, y con este dichoso casamiento unir y hermanar estos dos poderosísimos reinos, para que ellos en sí sean tan bienaventurados como á todos los otros reinos y señoríos sean espantosos. Vuestra majestad con su grandísima y real prudencia maduramente considere lo que en esto ha de hacer; que yo sólo he pretendido con libertad cristiana decir lo que se me ha ofrecido para la entera felicidad de estos reinos y la salvacion eterna de vuestra majestad.» Oido este razonamiento, el Rey fingió y dió muestras que le pesaba dello y que le era cosa nueva y nunca oída; pero, porque tocaba á su salvacion y honra, dijo que él tendria su acuerdo y lo miraria. El Obispo, pareciéndole que habia hecho una gran jornada, voló luego á Francia para dar al rey Francisco la nueva de cosa tan deseada, á su parecer. Mas todo el pueblo y reino de Inglaterra, cuando supo lo que se habia tratado, comenzó con gran libertad á echar maldiciones á los embajadores franceses, y hablar mal del propósito y artificio del Rey; porque no habia hombre que dudase que todo lo que se habia tratado habia sido por su orden y voluntad.

CAPÍTULO VI.

De otro medio que tomó Volseo para salir con su intento, y de su ida á Francia.

En este mismo tiempo se publicó que el duque Carlos de Borbon, con el ejército del Emperador, habia entrado, saqueado y profanado la santa ciudad de Roma (aunque con su muerte pagó este sacrilegio y maldad), y que tenia cercado al pontífice Clemente VII, y aún preso y cautivo (2). Con esta ocasion, persuadió Volseo al Rey que socorriese luego al Papa, así porque, teniendo el título de *Defensor de la Fe* (el cual le dió la Sede Apostólica por haber escrito un libro contra Martin Lutero), no podia dejar de hacerlo, como porque ganaria la voluntad del Papa, y le tendria en el negocio del divorcio que se trataba propicio y favorable, y juntamente obligaria al Rey de Francia, procurando por este camino de sacar sus dos hijos (que estaban en rehenes) de mano del Emperador. Parecieron bien estas razones del Cardenal al Rey, y determinóse de enviarle á Francisco con trescientos mil ducados y otros dos embajadores en su compañía, á los cuales todos dió el Rey su instruccion y comision de los negocios que habian de tratar juntos, y otros

aparte al Cardenal, para que los tratase por su persona, que fueron el divorcio de la reina doña Catalina, el casamiento con la hermana del Rey de Francia, y el dar libertad á sus hijos y sacarlos de poder del Emperador. Partió pues el Cardenal con esta embajada para Francia, con grande acompañamiento y majestad; que hay autor (3) que escribe que llevaba mil y doscientos caballos, aunque todo era poco para su ambicion. Llegado á Calés, recibió nuevas cartas del rey Enrique, en que le mandaba que tratase con el Rey de Francia todos los demas negocios que llevaba en su instruccion, pero que no hablase palabra del casamiento con la hermana, porque ya él habia determinado en su corazon de casarse con Ana Bolena en caso que se pudiese deshacer el matrimonio de la reina doña Catalina. Quedóse helado el Cardenal, y sintió este golpe más de lo que se puede encarecer, viendo que se le iba despintando la traza de su ambicion; porque todo lo que él pretendia con el divorcio de la reina doña Catalina, y casamiento del rey Enrique con la Duquesa de Alanson, era ganar al rey Francisco, su hermano, con este casamiento, y obligarle de manera, que le tuviese á su voluntad para todas sus pretensiones. Bien sabia él que el rey Enrique estaba ciego y miserablemente llagado del amor de Ana Bolena; pero nunca creyó que la queria por mujer, sino por manceba, como lo habian sido la madre y la hermana de la misma Ana Bolena, sin que ninguna de ellas hubiese tenido pensamiento de casarse con el Rey; mas engañóse en esto como en lo demas que el insaciable apetito de su ambicion falsamente le hizo creer. No falta autor que diga que la causa de haberse mudado el Rey en el casamiento de la Duquesa de Alanson fué porque entre tanto que el Cardenal aprestaba su jornada para Francia, envió él con diligencia un caballero de su corte para que le trajese el retrato de la Duquesa, el cual, como le vió, se desagradó de él, pareciéndole que no era tan hermosa como se la habian pintado y él deseaba. Y como estaba ya preso de la ciega aficion de Ana Bolena, escribió luego al Cardenal que no tratase del casamiento con la hermana del Rey de Francia, como queda dicho.

CAPÍTULO VII.

Quién fué Ana Bolena, y su disposicion y habilidades.

Era Ana Bolena hija de la mujer de Tomas Boleno, caballero principal; digo que era hija de su mujer, porque hija de él no podia ser; porque estando él por embajador del Rey de Francia y ausente de su casa por espacio de dos años, su mujer concibió y parió á Ana Bolena (4). La causa de esto fué que, como el Rey amaba á la mujer de Tomas Boleno, por gozar más á su salvo y con ménos sospecha de ella, envió á Francia á su marido, con color de quererle honrar con oficio de embajador; y

(1) Math., 6.

(2) Año 1527.

(3) Guicciardino.

(4) Esto cuenta Guillelmo Kastalo, en la *Vida de Tomas Moro*,

estando él ocupado en su embajada, Ana Bolena (como se ha dicho) fué concebida en su casa y nació. A cabo de dos años, volviendo Tomas Boleno á Inglaterra, supo el mal recaudo de su mujer, y quiso apartarse de ella, y tratólo con los jueces del arzobispo Cantuariense; de lo cual la mujer avisó al Rey, y él envió á decir á Tomas Boleno con el Marqués de Dorcestria (1) que no pleitease con su mujer, sino que la perdonase y recibiese en su gracia. Lo cual él nunca quiso hacer, aunque veía su peligro, hasta que su mujer se echó á sus piés y le confesó su flaqueza, y que se habia dejado vencer de la importunidad del Rey, que la habia perseguido y molestado, cuya hija, y no de otro, era Ana Bolena. Por tanto, suplicaba á su marido la perdonase, porque de allí adelante ella le seria leal y le guardaria la fe como era razon. Con esto, y con ver que el Marqués de Dorcestria y otros caballeros y señores principales se lo pedian con mucha instancia, en su nombre y en nombre del Rey, Tomas Boleno perdonó á la mujer, y mandó criar á Ana Bolena como si fuera su hija. Antes que Ana Bolena naciese, habia tenido Tomas Boleno de su mujer otra hija, que se llamó María, en la cual puso los ojos el Rey cuando iba á casa de su madre, y despues que volvió su padre de Francia, por tenerla más á mano, la mandó llevar á su palacio real, y trataba con ella deshonestamente. De manera que no contentándose el Rey de haber tenido por manceba á la madre, y tener al presente la una hija, abrasado de torpe aficion, quiso juntamente gozar de la otra hija, que era Ana Bolena, y hermana de la que tenía. Era Ana alta de cuerpo, el cabello negro, la cara larga, el color algo amarillito, como atiriciado, entre los dientes de arriba le salia uno que la afeaba; tenía seis dedos en la mano derecha, y una hinchazon como papera, y para cubrirla, comenzó ella, y siguiéronla otras, á usar un alzacuello. El resto del cuerpo era muy proporcionado y hermoso; tenía mucha gracia en los labios, y gran donaire y desenvoltura en danzar y tañer, y extremada curiosidad en el vestido, con nuevas invenciones y trajes y galas. Cuanto á sus costumbres, era llena de soberbia, ambicion y envidia y deshonestidad. Siendo muchacha de quince años, se revolió con dos criados de su mismo padre putativo Tomas Boleno. Despues fué enviada á Francia, y habiendo entrado en el palacio real, vivió con tan grande liviandad, que públicamente era llamada de los franceses *la haca ó yegua inglesa*, y despues la llamaban *mula régia*, por haber tenido con el Rey de Francia amistad. Y para que la fe y creencia desta mujer fuese semejante á su vida y costumbres, seguía la secta luterana, aunque no dejaba de oír misa como si fuera católica; porque, siéndolo el Rey, juzgaba que para sus intentos y ambicion le podia aprovechar. Volvió de Francia á Inglaterra con esta fama y opinion que he dicho, y entró en palacio, y luego entendió cuán

cansado estaba el Rey de la Reina, su mujer, y cómo Volseo procuraba de apartarle della; y poco á poco vino á descubrir las llamas que ardian en el pecho del Rey, y la aficion que le tenía á ella, y la facilidad con que se enfadaba de sus amigas y las dejaba; y demas de los otros ejemplos que desto tenía, acordábase que su misma madre y su hermana habian ya caído de aquella gracia y favor que habian tenido del Rey (2). Y considerando todo esto, aunque la sensualidad la incitaba á entregarse á la voluntad del Rey desde luego, la ambicion y el deseo de perseverar en la maldad y grandeza la refrenaban y detenian. Venciendo pues la ambicion á la sensualidad, con gran sagacidad se determinó de no dar oídos á las recuestas y combates amorosos del Rey, si no se casaba con ella; porque, del amor que le mostraba, y del aborrecimiento que tenía á la Reina, se prometia que lo podia alcanzar. Y así, cuanto más el Rey la combatía, tanto ella más resistía, jurando que ninguno habia de gozar de la flor de su virginidad sino el que fuese su marido. Entreteníase con el Rey, jugaba y danzaba con él, y usaba de los otros pasatiempos y solaces que usan las damas con sus galanes, pero no pasaba de aquí; y cuanto ella más fuerte se mostraba, tanto el Rey más se enflaquecía, y con la exterior tibieza de ella se encendía él más en su amor. De manera que cada dia más se confirmaba y asentaba en su pecho el deseo de dejar á la Reina, su mujer, y casarse con una doncella tan honesta y tan santa como Ana Bolena. Habiéndose derramado esto y publicado en Francia, decian los franceses que el Rey de Inglaterra queria tomar por mujer á la mula del Rey de Francia. Bien veo que cuento algunas cosas que, ó por ser menudas, ó de la calidad que son, las podria dejar; mas, mirando en ello, me ha parecido las debía escribir, así por escribirlas un hombre tan grave y modesto como lo fué el doctor Sandero, y ser provechosas para el hilo y verdad de la historia, como principalmente porque declaran más la ciega pasión del Rey; pues no bastaron para apartarle de su mal propósito y loca determinacion las fealdades de Ana Bolena, ni su mala vida y fama, ni el ser tenuta por hija suya, ni todos los medios que los de su consejo, y el mismo Tomas Boleno, padre putativo de Ana, tomaron para divertirle de tan extraño desvario, fueron parte para ponerlo en razon, como en el capítulo siguiente se verá.

CAPÍTULO VIII.

Lo que Tomas Boleno y los del Consejo dijeron al Rey acerca de Ana Bolena, y lo que él les respondió.

Estaba todavía en Francia Tomas Boleno, que (como dijimos) era el padre putativo de Ana, enviado del rey Enrique á ciertos negocios con otro caballero, que se llamaba Antonio Bruno; y habiendo sabido el ciego amor del Rey y su loca determinacion, sin licencia del Rey (fuera de lo que

(1) Dorchester.
P. R.

(2) Polo, card., lib. iii, *De unione Ecclesiarum*.

usan los embajadores), tomó la posta, y á gran priesa volvió á Inglaterra para descubrir al Rey con tiempo lo que si despues por otras vias viniera á su noticia, le pudiera parar peligro. Rogó Tomas á un camarero del Rey que excusase su apresurada venida con su majestad, y le alcanzase audiencia secreta; húbola, y entrado al Rey, le contó (tomando el agua desde su fuente) cómo estando él en su servicio en Francia, habia nacido en su casa Ana Bolena, y que por esta causa hubiera dejado á su mujer si su majestad no le hubiera mandado que no lo hiciese, y ella no le hubiese dicho por cosa cierta que Ana Bolena era hija del mismo Rey. A esto respondió el Rey á Tomas: «Callad, necio; otros ciento han tenido cuenta con vuestra mujer, y de cualquiera de ellos que sea hija Ana, ella ha de ser mi mujer; volvéos á vuestra embajada, y no habéis palabra de esto.» Y así, con la boca llena de risa, se apartó el Rey, dejando á Tomas Boleno como estaba, de rodillas. Y para que no se entendiese la causa de la súbita venida de Tomas, publicóso que habia venido á traer al Rey el retrato de la Duquesa de Alanson. Pero viendo que la última y determinada voluntad del Rey era casarse con Ana Bolena, determinaron tambien Tomas Boleno y su mujer de no perder tan buena ocasion para su acrecentamiento, y el llevarlo adelante, instruyendo, enseñando y favoreciendo á Ana en todo lo que podian. Mas todos los hombres graves, cuerdos y temerosos de Dios que habia en Inglaterra sentian y hablaban muy mal de este negocio. Especialmente los que eran del Consejo del Rey, por cumplir con la obligacion de su oficio, determinaron de hablarle y avisarle de lo que á su servicio convenia. Y porque, siendo hombres legos, no les estaba bien meterse en averiguar el derecho divino y causas de la legitima dispensacion del matrimonio del Rey con la Reina, solamente quisieron tratar de la vida rota y deshonesta de Ana Bolena, ó á lo ménos de la mala fama y voz que en el reino della habia. Para no tratar cosa tan grave con poco fundamento, tomaron primero informacion de la verdad. En este tiempo vino al Consejo un caballero, criado del Rey y cortesano principal, que se llamaba Tomas Viato, el cual, habiendo sabido lo que se trataba en consejo, y temiendo que no viniese á noticia del Rey, con su daño, por otro camino, confesó públicamente que habia tenido parte con Ana Bolena, no entendiendo ni sospechando que el Rey la quisiese por mujer. Con esta informacion y otras vinieron los del Consejo al Rey, y le dijeron que su oficio y obligacion era advertirle de todo lo que convenia, no solamente á la vida y estado real, sino tambien á la honra y fama de su majestad, y que por cumplir con esta su obligacion, le hacian saber que Ana Bolena tenia en su córte muy mala fama de mujer liviana y deshonesta, y esto con tanta nota, que no estaba bien á su real persona casarse con ella, y declarándole lo que Viato habia confesado. El Rey, habiendo callado un rato, al fin les respondió que bien sabía que ellos se habian mo-

vido á decirle lo que decian por el amor y reverencia que le tenian y por el celo de su servicio; pero que él creia cierto que todo lo que se decia de Ana Bolena era falso, inventado de gente maligna y ruin, y que él se atrevia á jurar que Ana Bolena era una castísima y honestísima doncella. Pero Tomas Viato, teniendo por afrenta que no se hubiese dado fe á sus palabras, dijo á algunos del Consejo que si el Rey queria saber la verdad, él daria órden para que el mismo Rey de secreto los viese á él y á ella juntos (porque Ana amaba extrañamente á Tomas Viato); y como refiriese esto al Rey Carlos Brandon, duque de Sufolcia, respondió el Rey: «Viato es un sucio, sospechoso y atrevido; yo no gusto de esas vistas.» Y contó á Ana todo lo que pasaba, y por esta causa Ana desechó á Viato de sí. Aunque esta confesion de Viato despues le dió la vida, cuando el Rey hizo matar á Ana Bolena y á sus amigos, como adelante se dirá.

CAPÍTULO IX.

Lo que trató Volseo en Francia, y de su vuelta á Inglaterra.

El cardenal Eboracense despachó en Francia muy á su gusto los demas negocios que habia llevado á su cargo, fuera del que él más deseaba, que era el casamiento del Rey su señor con la Duquesa de Alanson; porque (como arriba se dijo) el Rey le habia mandado que no tratase de ello. Concluyó con el rey Francisco que tuviese perpétua amistad y confederacion con su rey en la guerra contra el Emperador en la Italia, hasta que pusiese en su libertad al Papa y á los dos hijos del Rey de Francia que estaban en su poder, y que para los gastos de la guerra contribuyese Enrique treinta y dos mil ducados cada mes, y ella se administrase por Mos de Lutrech, como capitan general del Rey de Francia, y que Milor Casal le asistiese en nombre del Rey de Inglaterra. Despachados estos negocios con el rey Francisco, y habiendo recibido de su mano grandes presentes y dones, queriendo el Cardenal partirse de Francia para Inglaterra, le aconsejó el Rey que despachase primero á Roma al protonotario Ganvara, y que hiciese saber al Papa lo que habia trabajado en su servicio, y que le suplicase que, en pago de lo mucho que habia procurado la libertad y autoridad de su Santidad y de aquella santa silla, fuese servido hacerle su legado y vicario general en los reinos de Francia é Inglaterra y Alemania. Pero, aunque el rey Francisco en lo público mostraba favorecer esta peticion del Cardenal, en secreto la contradecia, y ella era tal, que no podia agradar al Papa, el cual, por la necesidad en que al presente estaba, disimuló y no respondió á ello, hasta que algunos meses despues se vió en su libertad. Vuelto pues á Inglaterra el Cardenal, el Rey le mandó que solicitase y diese calor al negocio del divorcio; y pareciéndole que estaba tibio en él, le reprehendió y trató ásperamente, y decia que si él podia descasarse de la reina Catalina, como se lo habia aconsejado el Cardenal, tambien podia casarse con una mujer de su reino

como con otra de fuera. El Cardenal, viéndose ya engolfado en este negocio, y que no podia volver atras, aunque lo sentia en el alma, tuvo por bien sufrir y disimular, y prometió al Rey de hacer lo que su majestad le mandaba, y para ganarle más la voluntad, le hizo á él y á Ana Bolena un solemnísimoy real banquete en el palacio Eboracense, que tenia en Londres.

CAPÍTULO X.

De otras cosas que hizo el Rey, y de las congojas de su corazon y del de Volseo.

Ya el negocio del divorcio andaba muy público y por las plazas, del cual diferentemente se hablaba. Porque los que pensaban con el nuevo casamiento del Rey medrar y acrecentar sus intereses, decian que era cosa muy acertada, y los que sólo miraban á Dios y á la verdad, sin otro respeto, defendian la causa justisima de la reina doña Catalina. Con esto, se escribieron muchos libros, unos en favor de ella, y otros en su disfavor. Aunque el Rey no era tan bobo, que no entendiese la verdad, viendo que los que decian que se podia descasar era gente ignorante, perdida y de mal vivir, y que todos los graves, doctos y santos varones de su reino decian lo contrario. Y así, para ver si podia hallar alguna color y buen título para lo que deseaba, mandó llamar á Tomas Moro, de su consejo, varon de grande ingenio, excelente doctrina y loables costumbres, y tenido por tal en todo el reino, y pregúntale qué le parece de su matrimonio con la reina doña Catalina. Moro con pecho y libertad cristiana respondió al Rey que en ninguna manera le podia parecer bien el divorcio y apartamiento de la Reina. Sintió esto mucho el Rey, pero disimuló, y para ganarle más la voluntad, le ofreció de hacerle grandes mercedes y darle grandes dones si condescendia con su voluntad. Y para inclinarle más á ella, le mandó que tratase y confiriese el negocio con el doctor Foxio, rector del colegio real de Cantabrigia, que era el principal promotor de este negocio y defensor de la voluntad del Rey. Confirió Moro con él lo que se le mandó; pero despues de muchas altercaciones y disputas, quedó más firme y constante en su parecer, y de allí adelante con más libertad exhortó al Rey que no dejase á la Reina. Y esto de manera, que no se atrevió más el Rey á hablarle palabra en ello, aunque so servia de él más que de otro ninguno en los negocios graves de su reino; y decia claramente el Rey que estimaria más atraer á Tomas Moro á su voluntad, que á la mitad de su reino.

En este tiempo, viendo María Bolena, hermana mayor de Ana, que el Rey regalaba más á su hermana que á ella, y que no solamente el Rey, sino la misma hermana, no hacia caso de ella, se fué á la Reina y le dijo que su majestad no tuviese pena; porque el Rey, su marido, aunque andaba perdido por su hermana, no era posible que se casase con ella. Porque las leyes eclesiásticas prohiben que

ninguno se pueda casar con la hermana de la que ántes carnalmente hubiere conocido; «y el Rey, dice, no negará haber tratado conmigo, y si él lo negare, yo lo confesaré miéntas que viviere. Y así, no casándose el Rey con mi hermana, vuestra majestad esté segura que no la dejará.» La Reina se lo agradeció, y respondió que todo lo que se hubiese de hacer se haria con parecer de sus letrados. Mas Enrique ya no hacia tanto caso de las leyes de la Iglesia, cuanto temia que el Emperador no se enojase, viendo á su tia ignominiosamente desechada, y que sus súbditos y vasallos llevarian mal que dejando la antigua amistad y comercio tan provechoso que todo aquel reino habia tenido con la casa de Borgofia, se buscasen nuevas y dudosas amistades con Francia. Demas de esto, veia que las virtudes de la reina doña Catalina eran conocidas y amadas de su reino, y que tenía ganadas las voluntades de todos los buenos con extraordinaria benevolencia y admiracion, y que Ana Bolena era tenida públicamente por mala mujer é infame, y que el Cardenal, á quien habia encargado el gobierno de su reino, ya no le apretaba, como solia, que se descasase; y finalmente, que habia de dar cuenta estrecha á Dios de todo lo que hacia, en el tribunal de su rigurosa justicia. Estos pensamientos y cuidados traian tan desasosegado el ánimo del Rey, que ni de dia ni de noche no podia reposar, sino que andaba como alma en pena, sin saber tomar consejo; y perdido el sueño, desconfiado de sus amigos, temeroso de sus enemigos y condenado con el testimonio de su propia conciencia, vivia una vida miserable. Por otra parte, como estaba herido del amor, se le representaba que no podia gozar de Ana Bolena si no se casaba con ella, y que algunos decian que lo podia hacer, por no haber sido legítimo el matrimonio con la Reina, y que el papa Clemente le estaba tan obligado, que podia tener esperanza de alcanzar del todo lo que le suplicase, y que si en los otros principes y en su reino hubiese algun sentimiento, con la autoridad del sumo Pontífice se podia aplacar. Y al fin, vencido de su carne, y arrebatado de las olas y vientos de su desapoderada pasion, con obstinada resolucion, se determinó dejar á la Reina y casarse con Ana, y no hacer caso del Emperador, contra el cual, en aquel tiempo, Francia, Venecia y Florencia se aligaban. En estas congojas y fatigas se hallaba el Rey; mas no eran menores las tormentas y contrarias alteraciones que el corazon de Volseo padecia. Porque, ya se holgaba que el Rey no hiciese caso del Emperador, ya le pesaba que Ana Bolena subiese á la dignidad real; unas veces temia que el Rey le dejase á él, y tomase otros ministros, para apartarse de la Reina; otras tonia esperanza que el Rey volveria en sí, y traspasaria su aficion á la hermana del Rey de Francia y se casaria con ella. Y así, entre la alegría y la pena, entre la esperanza y el temor, no sabía qué medio se tomar para salir de aquel afan y penoso cuidado, que le despedazaba las entrañas y le martiri-

zaba, habiéndole traído á tan miserable estado de su mal consejo y ciega ambicion. Pero al fin, derribado y rendido de aquel insaciable deseo que tenía de mandar, se determinó de hacerse violencia, y dar en todo gusto y contento al Rey. Y adelante se dirá cómo le pagó este gusto el mismo Rey.

CAPÍTULO XI.

De los embajadores que envió el Rey al Papa, y de la determinacion que su Santidad tomó en el negocio del divorcio.

Andando pues el Rey y Volseo con estas bascas y congojas, y tratando de lo que se podia hacer, se determinaron de enviar al Papa Estéban Gardinero, que era gran letrado jurista (el cual habia sido ántes criado de Volseo, y ahora era secretario del Rey), y en su compañía á Francisco Briano. Estos dos fueron á esta embajada, y para ganar más la voluntad del Pontifice, de camino trataron con los venecianos, en nombre de su rey, que volviesen á la Sede Apostólica á Ravena, que á la sazón tenían; lo cual por entónces los venecianos no quisieron hacer. De allí fueron á Orvieto, adonde estaba el Papa en su libertad, salido ya del castillo de San-Angel. Y despues de dada á su Santidad la enhorabuena de su libertad, y mostrado el contento que de ella tenía su rey, le propusieron de su parte dos cosas. La primera, que se dignase entrar en la liga y confederacion que poco ántes se habia hecho entre los reyes de Inglaterra y Francia contra el Emperador. La segunda, que con su autoridad suprema y apostólica declarase que el matrimonio del Rey con la reina doña Catalina habia sido inválido é ilegítimo. Porque aunque la Reina era mujer santísima y de sangre tan esclarecida; pero, como habia sido mujer de su propio hermano del Rey, no habia él podido tomarla por mujer, y que el papa Julio II, dando la dispensacion, se habia engañado, pues no tenía potestad para dispensar contra el derecho divino. Que él bien pudiera librarse de este escrúpulo con el parecer de los obispos de su reino; mas que habia querido acudir al supremo tribunal de toda la Iglesia católica, para que ni el Emperador, sobrino de la Reina, ni otro ningun principe pudiese sospechar que los obispos de Inglaterra seguan en esto más la voluntad del Rey que la justicia. Y que su Santidad podia con mucha facilidad hacer lo que se le suplicaba, porque era tan grande la santidad de la reina doña Catalina, y su vida tan áspera y penitente, que sin duda se recogeria á vivir en algun monasterio, si se viese libre en conciencia de las cargas del matrimonio. Añadian que para que todo se hiciese con más consideracion y suavidad, su Beatitud nombrase en Inglaterra jueces para ello; los cuales podrian ser, siendo servido, el cardenal Volseo, porque, como hombre natural del reino, sabía muy bien las cosas de él, y el cardenal Campegio, al cual, por haber sido legado de Leon X en Inglaterra, no le faltaba noticia y experiencia suficiente de los negocios de aquel reino. Concluyeron los embajadores su em-

bajada con decir que demas de hacer su Santidad en esto justicia, obligaria al Rey su señor con un perpétuo é incomparable beneficio, y que para que no tuviese recelo ni del Emperador, ni de otro principe (si alguno por ventura se ofendiese de esta declaracion), el Rey pagaria de su bolsa cuatro mil infantes para la guarda y perpétua defension de su santa persona.

El Papa, despues de haber con pocas y graves palabras hecho gracias de la buena voluntad del Rey, y declarado que no le convenia por entónces entrar en la liga, respondió que en lo que tocaba al divorcio se tratase con los cardenales y teólogos que él nombraria, y que si lo que el Rey le pedia era cosa que legitimamente y segun Dios se podia hacer, él la haria con muy entera voluntad, y se tendria por dichoso que se le hubiese ofrecido ocasion para gratificar á un rey que tan bien lo merecia, y que con sus buenas obras habia obligado á la Iglesia católica, así por haber escrito un libro doctísimo, de *Los siete sacramentos de la Iglesia*, contra Lutero, como por haber poco ántes amparado y defendido la Sede Apostólica, que estaba oprimida, y librado su misma persona de mano de sus enemigos, y puéstola en libertad.

Los cardenales y teólogos nombrados por el Papa, habiendo visto, examinado y conferido muy particularmente todas las razones y argumentos que traian los embajadores, de comun consentimiento de todos, respondieron que el matrimonio del Rey con la Reina era legitimo, firme, y no prohibido por el derecho divino; y dieron sus razones, respondiendo á todas las que en contrario se traian, con gran doctrina y resolucion. Y así, dijeron que en un negocio tan claro y cierto no habia para qué nombrar jueces, y ménos en Inglaterra, donde no se haria sino lo que el Rey quisiese, especialmente que los jueces que ellos pedian eran tales, que por las grandes mercedes que habian recibido del Rey, le estaban muy obligados, y no podian dejar de acudir á su servicio. Dióse esta respuesta al embajador Estéban, y él volvió al Papa, y le dijo que á otros teólogos de Roma parecia lo contrario que á los que habia nombrado su Santidad, y que aunque el matrimonio del Rey no fuese prohibido por derecho divino, el Rey mostraria que la dispensacion del papa Julio no habia sido canónica ni legitima. Pero que dejando esto aparte, de lo que más se maravillaba era, que dándose jueces á personas particulares, se negase á un rey tan poderoso y tan grande defensor de la Iglesia, y que otra respuesta más benigna y más graciosa habia esperado de su Santidad. A esto respondió el Papa: «Yo haré por el Rey todo lo que con buena conciencia pudiese hacer; porque aquí no se trata, dice, de una causa que se puede decidir por el derecho humano, sino del matrimonio de los fieles, en el cual, por ser sacramento instituido de Jesucristo nuestro Redentor, no podemos nosotros añadir ni quitar; y trátase de deshacer un matrimonio, que habien-

do sido atado de Dios, no le puede desatar el hombre; trátase de un matrimonio contraído con la autoridad de nuestro predecesor, confirmado con la cohabitacion y vida maridable de veinte años, y con la generacion de muchos hijos; y ¿qué? ¿no se trata tambien de la honra de la reina doña Catalina y de Carlos V, emperador? ¿Quién nos asegurará que desta declaracion no se siga alguna guerra y turbacion en la cristiandad, y que se emprenda un fuego, que despues no podamos apagar? Nuestro oficio es prevenir estos daños, y procurar que no haya escándalos y alborotos en la Iglesia de Dios.» Con esto, el Papa nombró otros cardenales y teólogos, que de nuevo examinasen este negocio. Y aunque hubo algunos que dijeron que mejor se veria y decidiria en Roma, adonde solamente se tendria cuenta con la justicia, que no en Inglaterra, adonde no se habia de hacer sino lo que quisiese el Rey; pero no faltaron otros que, por algunas razones engañosas y políticas, fueron de contrario parecer. Porque dijeron que habiendo crecido tanto las herejías en Alemania, y vistose tanta tibieza en los príncipes católicos para reprimirlas y atajarlas, sólo el rey Enrique, con gran celo y fervor, se habia opuesto al furor de aquella tempestad, y escrito un libro contra ellos, y que por esto habia de ser tratado de la Sede Apostólica con más blandura que otros príncipes. Especialmente que la Reina se queria entrar en un monasterio, y parecia cosa dura negar al Rey los jueces que pedia, pues se podia esperar que mientras se trataba el negocio en Inglaterra, él se reportaria y volveria sobre sí, y que á lo ménos no habia ningun peligro en probarlo; pues el Papa podria á su salvo, siempre que quisiese, avocar á sí la causa. Este parecer escogió el Papa, por el deseo que tenia de agradar al Rey, y porque creyó que era verdad lo que se le decia del consentimiento de la reina Catalina, y de su entrada en el monasterio; y así, fueron nombrados por jueces los dos cardenales Lorenzo Campegio, obispo, y Tomas Volseo, presbítero de la santa Iglesia romana.

CAPÍTULO XII.

Lo que la Reina escribió al Papa, y lo que su Santidad proveyó, y de algunas cosas particulares que pasaron en este negocio.

No supo cierto la reina Catalina que se enviaban á Roma embajadores; pero, sospechándolo, suplicó al Papa que no consintiese su Santidad que el negocio de su matrimonio se juzgase en Inglaterra, porque esto seria hacer al Rey juez, siendo parte. Juntamente escribió al Emperador, su sobrino, las marañas de Volseo y la determinacion del Rey, y le pedia con grande encarecimiento que no la desamparase en este trabajo y afrenta, la cual le habia venido por los enemigos suyos del, y sólo por ser tia suya. El Emperador mandó á su embajador que estaba en Roma, que en su nombre se quejase al Papa, así de los embajadores que el rey Enrique le habia enviado sin saberlo la Reina, tratándose de negocio tan grave della, como de los

jueces que su Santidad habia dado sin oirla. Que mirase bien los daños que de esto se podian seguir; pues él no podia dejar de amparar á su tia, y defenderla contra el rey Enrique. Y que considerase qué sucesor se podia esperar en Inglaterra, donde todos los lisonjeros y perdidos y desalmados, que pretendian complacer al Rey por su interese, serian honrados y puestos en los cargos y oficios, y todos los buenos y cuerdos, que por solo el temor de Dios favorecian á la verdad y á la justicia de la Reina, despojados, abatidos y perseguidos. El sumo Pontífice, habiendo entendido que lo que el rey Enrique le habia propuesto era falso, despachó cuatro correos con toda diligencia, por diversas vias, al cardenal Campegio, mandándole que en el camino se vaya poco á poco; que llegado á Inglaterra, procure primero reconciliar al Rey con la Reina, y que si no pudiere, persuada á la Reina que se éntre en algun monasterio, y que cuando esto tampoco no pudiere alcanzar, á lo ménos no dé sentencia ninguna en favor del Rey, sin nuevo y expreso mandato suyo, y añadió: *Hoc summum et maximum sit tibi mandatum*; «Esto os encomiendo sobre todas las cosas.» Y en otras cartas que escribió desde Viterbo, claramente dice que si se tratase solamente en este negocio de su persona, de buena gana se pondria á cualquier riesgo por el rey Enrique; pero tratándose de lo que se trataba, no podia satisfacerle sin agravio de la justicia y público escándalo de la cristiandad. Llegó á Londres Campegio, á siete de Octubre del año de mil y quinientos y veinte y ocho, y acompañado del cardenal Eboracense, su colega, fué al Rey, y de parte del Papa, de los cardenales, clero y pueblo romano, le ofreció todo lo que podian hacer por él, como por libertador de aquella santa ciudad; y habiendo respondido Foxio, en nombre del Rey, al Cardenal, se quedaron solos los dos cardenales con el Rey, y tuvieron un largo y secreto razonamiento entre sí. La venida de Campegio fué universalmente muy desagradable y odiosa á todos los estados del reino, porque decian que venia á apartar al Rey de la santísima Reina, su mujer, la cual los dias y noches pasaba en lágrimas y suspiros. Y queriéndola consolar Campegio, y aconsejándola que si queria, por asegurar su vida, se entrase en alguna religion, respondió con grande constancia y valor que ella estaba determinada de defender hasta la muerte el matrimonio que la Iglesia romana habia dado por bueno y legitimo, y que no le queria por juez; pues no habia sido enviado por mera voluntad del Papa, sino á pura importunidad y fuerza del Rey, impetrado y como estrujado con mentiras y calumnias. Campegio, entendido esto, escribió luego al Papa el ánimo de la Reina, instancia y priesa que daba el Rey, y la inclinacion á deshacer el matrimonio, de su compañero Volseo (que era el primero que habia de votar), para que su Santidad, lo más presto que fuese posible, le mandase lo que habia de hacer. El Pontífice, que pensó poder curar este negocio con el

tiempo, callaba, disimulaba, y no respondia á las cartas del Legado, de manera que se pasaron seis meses sin hacerse cosa alguna en él. Pero el Rey, viendo que el pueblo tomaba mal que por gozar de una mala mujer, quisiese apartarse de una princesa tan alta y tan santa como la Reina, á los ocho de Noviembre de mil y quinientos y veinte y ocho, mandó llamar á los grandes y señores de su corte, y á mucha gente del pueblo, y delante de todos juró que no le habia movido á tratar deste negocio aficion que tuviese á alguna mujer, sino solo el remordimiento y escrúpulo de su conciencia. «Porque, ¿qué mujer, dijo, hay en el mundo, ni más santa, ni de más alto linaje, ni de mayores parientes, que la Reina? ¿Qué cosa puede haber en ella que me descontente, sino el haber sido mujer de mi hermano?» Los que estaban presentes y oían jurar al Rey, mirábanse unos á otros, maravillándose de tan grande desvergüenza; porque, sabiendo su mala vida, y los estupros, adulterios é incestos que á cada paso cometia, entendian que no era tan escrupuloso como se les hacia, y que eran otros sus fines y sus intentos. Campegio aconsejó al Rey que no se tratase esta causa por tela de juicio, sino por via de transaccion y concordia; y pareciéndole bien al Rey, por su orden fueron los dos cardenales á hablar á la Reina. Apenas habian comenzado á decirla que eran enviados del Pontífice para examinar si el matrimonio de su majestad con el Rey era válido, cuando con grande autoridad interrumpió el razonamiento dellos y les dijo: «Quereis tratar una cosa ya tratada, y tratada no solamente en el consejo de dos reyes prudentísimos, sino tambien en el consistorio de Roma, y determinada por el papa Julio, y establecida con la cohabitacion de veinte años, y confirmada con la sucesion y hijos, y recibida y aprobada con el aplauso del mundo. Pero esta mi calamidad y miseria, de tu mano me viene, Volseo, y tú tanto me aborreces y persigues, ó porque no he podido sufrir tu desenfrenada ambicion y maldad, ó porque el Emperador, mi sobrino, no ha acudido á tus insaciables apetitos, y procurado que fueses papa.» Viendo los cardenales encendida á la Reina de dolor, y que se derretia en lágrimas, parecióles no pasar por entónces adelante, y que por terceras personas se podria despues tratar lo demas.

Celebraba Enrique el dia de su nacimiento con juegos, fiestas, banquetes y regocijos; á los cuales convidó á los cardenales, y trajo á Ana Bolena con gran regalo delante de todo el pueblo. Avisó Volseo al Rey que por su honra la apartase de sí, mientras duraba el pleito, y la tuviese en casa de su padre. Con gran dificultad concedió el Rey que en el tiempo de la cuaresma saliese de su casa; y luego, en pasando aquellos sagrados dias, mandó á Tomas Boleno, á quien ya habia hecho señor de Rupe Forte (1), que secretamente la volviese á pa-

lacio, y el mismo Rey la escribió á ella cartas amorosas, pidiéndola y rogándola que volviese. Respondió ella que no habia de volver á quien una vez la habia echado de sí; y nunca su madre pudo acabar con ella que volviese al Rey, hasta tanto que Tomas Boleno le dijo que el Rey se enojaria mucho, y seria causa de su muerte y de la destruccion de su casa y linaje. Entónces dijo ella: «Pues así es, yo volveré; pero en teniendo al Rey entre mis uñas, yo le arañaré como él merece, y le trataré de manera que se acuerde de mí.» El Rey estaba ya tan perdido, que para aplacarla la comenzó á regalar y á favorecer más, sin tener cuenta con su autoridad y estimacion; y viendo que todos los teólogos y canonistas convenian en que el matrimonio con la Reina fuera nulo sin la dispensacion del papa Julio, determinóse por todos los medios y vias posibles de enflaquecer la dicha dispensacion del Papa, y mostrar que no habia sido legítima ni canónica; y así, escribió á sus embajadores, que todavia estaban en Roma, que no tuviesen cuenta ninguna con gastos, sino que ofreciesen grandes dones y presentes á todos los cardenales y teólogos que trataban este negocio, y suplicó al papa Clemente, lo primero, que declarase por subrepticia y nula la dispensacion de Julio, y despues que dispensase para que doña María, su hija y de la reina doña Catalina, se casase con el Duque de Richmundia, hijo bastardo del mismo Enrique, para más establecer y asegurar la sucesion real. Estaba tan ciego el desventurado, que no veia que con pedir esto daba á entender que no pretendia el divorcio con la Reina por escrúpulo de conciencia, sino por pura maldad y deseo de cumplir con su propia pasion; pues tenía por legítimo el matrimonio entre hermano y hermana, haciéndose con dispensacion del Papa, y por otra parte decia que no lo era entre el hermano y la mujer del hermano muerto, habiéndose hecho con la misma dispensacion; y haber suplicado esto el Rey al Papa, se ve claro por las cartas que el mismo Papa escribió al cardenal Campegio, su legado. Demas de esto, escribió el Rey de su propia mano, en una carta al Papa, que aunque él habia conocido carnalmente á María Bolena, hermana de Ana, y segun las leyes eclesiásticas no podia casarse con Ana, su hermana, suplicaba á su Santidad (á quien tocaba relajar y moderar el rigor de las leyes eclesiásticas) que dispense con él para que se pueda casar con ella. Esto se saca del cardenal Gaetano y de lo que escribió el cardenal Polo (2), para que se vea cómo trataba un negocio de tanta calidad este pobre rey, y cuán ciego y desatinado le traia su pasion, pues por una parte decia que el Papa no habia podido dispensar, y por otra pedia que dispensase en semejante y más dificultoso negocio; pero el corazon del impío, como dice el Espíritu Santo (3), es como mar albo-

(1) Nombre latinizado del inglés Rockford, como si dijéramos *Roca-fort* ó *Pena-fort*, titulos equivalentes en castellano. (F.)

(2) Lib. III, *De unione Ecclesiarum*.

(3) Isal., 57.

rotado, que es combatido de diversas olas y contrarios vientos.

Mucho sintió el Papa estas demandas del Rey, y reprehendió á su legado Campegio porque no las habia atajado en Inglaterra, y procurado que no fuesen á Roma; ántes habia dado esperanza que se alcanzaria del Papa lo que con razon y justicia no se podia conceder; y porque los embajadores del Rey se habian desvergonzado, y encendidos con la cólera, habian amenazado á la Sede Apostólica, y dicho que se le seguiria algun grave daño si no se concedia al Rey lo que pedia, Juan Bautista Sanga, secretario del Papa, escribió estas amenazas de los embajadores al Legado en la misma carta del Papa, y añadió: «Como si su Santidad hubiese de hacer contra su conciencia y contra lo que por razon de su oficio está obligado, aunque supiese por ello ganar todo el mundo, ó como si estas amenazas no hubiesen de caer primero sobre los que las hacen, que no sobre el Papa, en caso que el Rey, por cumplir con sus apetitos, quisiese dar libelo de repudio, no solamente á su mujer en su reino, sino tambien en fuera dél á la Sede Apostólica, que es la raíz y madre de toda la Iglesia cristiana.» De aqui se saca que estaban ya los legados muy ciertos del ánimo y determinacion del Rey, y persuadidos que ántes dejaria la fe católica con la Reina, su mujer, que de gozar de los abrazos y regalos de Ana Bolena, la cual era la que habemos dicho y adelante se dirá.

CAPÍTULO XIII.

Cómo se comenzó á tratar jurídicamente la causa del divorcio, y de la apelacion que interpuso la Reina.

Viendo pues Enrique que el Papa no le concedia lo que le pedia, y que se habia hecho paz entre su Santidad y el Emperador, y temiendo que el mismo Emperador y el Rey de Francia y los otros principes cristianos harian una paz universal (como despues se hizo en Cambray), y que por este camino vendria el Papa á no tener tanta necesidad dél, y á hacer ménos caso de sus ayudas y ofrecimientos, y que el Emperador con esto seria muy poderoso, y que el Rey de Francia, habiendo recibido sus hijos, no se le daria nada de su amistad, y que así, desamparado de todos, no podria repudiar á su mujer ni casarse con Ana sin gran detrimento de sus cosas; comunicándolo primero con Volseo y con sus letrados, se determinó de apretar al cardenal Campegio, que con muy justas y graves razones se excusaba y dilataba este negocio. Finalmente, con amenazas, regalos, promesas y dones, y una continua importunidad, le acosó tanto, que temiendo el Cardenal de su vida, á veinte y ocho de Mayo del año de mil y quinientos y veinte y nueve, en el refectorio de los frailes de Santo Domingo, se sentó con su colega Volseo en su tribunal, para tratar y juzgar la causa del divorcio. Allí, habiéndose leído ante todas cosas las letras apostólicas del Papa, llamaron primero al rey Enrique, en cuyo nombre parecieron dos procurado-

res, y despues á la Reina, la cual pareció personalmente, y diciendo que no los conocia por sus jueces, apeló al Papa dellos; pero no queriendo ellos admitir la apelacion, si no mostraba con algun rescripto apostólico que los primeros mandatos del Papa habian sido revocados, el dia siguiente, despues que se sentaron los legados en su tribunal, la Reina vino, y habiendo tornado á hacer su excepcion y apelacion, dijo las causas que tenia para apelar al Papa, que fueron éstas. La primera, que el lugar de aquel juicio le era sospechoso y desigual, porque ella habia nacido en España, y allí era extranjera (1), y Enrique, que era el actor é inventor deste pleito, era juntamente rey de Inglaterra. La segunda, porque los jueces le eran sospechosos, por ser, no solamente obligados al Rey por súbditos suyos, Volseo por los obispados que tenia, Vintoniense y Eboracense, y muchas abadías, y Campegio por el obispado Sarisburiense, que habia alcanzado por merced del Rey. Lo tercero, hizo solemne juramento que ninguna cosa la movia á recusar los jueces, y apelar al Papa en este negocio y lugar, sino por el temor justísimo que tenia de no alcanzar dellos su justicia. Los cardenales, por contentar al Rey, no querian admitir la apelacion de la Reina; mas, como no daban la sentencia del divorcio á su voluntad, ninguna cosa que hacian le agradaba. Y así, el mismo Rey se presentó en el juicio, y públicamente dijo que no por ódio ó descontento que tuviese de la Reina, sino por puro escrúpulo de conciencia y por parecer de hombres doctísimos habia venido á tratar de este negocio; y que aunque él tenia en su reino al cardenal Eboracense legado á *latere*, á quien sólo se pudiera cometer la decision de esta causa, todavia, por quitar toda sospecha y los vanos juicios de los hombres, habia pedido y impetrado los jueces que estaban allí presentes del Papa, como de suprema cabeza de la Iglesia, y que él prometia de obedecer á la sentencia que ellos diesen, cualquiera que fuese. Habiendo acabado de hablar el Rey, la Reina instaba que los jueces admitiesen la apelacion que ella habia interpuesto, y no queriendo ellos admitirla, se levantó de su lugar, y se fué adonde estaba el Rey sentado dentro de su cortina, y le suplicó, hincada de rodillas, que pues su majestad estaba en su reino, y ella en él era extranjera, le diese licencia que en Roma, delante del padre comun de todos los cristianos y juez universal y amigo del Rey, pudiese seguir su justicia. Levantóse el Rey y miróla con ojos blandos y amorosos, y respondió que de muy buena voluntad le daba la licencia que pedia; llorando muchas lágrimas todo el pueblo que estaba presente á este espectáculo, y miraba con curiosidad los rostros y los gestos y meneos de la Reina y del Rey; y así, se partió la Reina de aquel lugar. Ya que se iba, tornáronla á llamar por parte del

(1) La Reina no podia decir que era extranjera; diria que era mirada como extranjera.

Rey y de los jueces, y ella respondió: «Obedeceré á mi marido, mas no á los jueces.» Pero siendo avisada de sus procuradores que si volvía al mismo lugar, pararía perjuicio á la apelacion que habia hecho, envió á excusarse con él, y fué al castillo de Bainardo, de donde habia venido. En llegando dijo á los de su consejo: «Hoy es la primera vez que, por no hacer daño á mi causa, no he obedecido al Rey, mi señor; en viéndole, hincada de rodillas, le suplicaré me perdone.» ¡Oh mujer santa, digna de mejor marido! Pero quiso nuestro Señor, con esta cruz y nuevo linaje de persecucion, afinarla y perfeccionarla, para que recibiese más ilustre corona de gloria.

CAPÍTULO XIV.

Lo que dijo Rofense y otras personas graves en favor de la Reina, y lo que respondió Campegio acerca de dar la sentencia.

Vióse bien que Enrique por ceremonia y por no parecer mal cortesano habia dado aquel contento y licencia á la Reina; porque tornó luego á apretar á los legados que pronunciasen la sentencia y abrogasen el decreto del papa Julio. El cual habiéndose leído allí delante, los procuradores del Rey le impugnaron con muchas razones frívolas, á las cuales respondieron con eficaces y vivas razones los procuradores de la Reina, para que se entendiese en cuánta verdad y justicia estaba fundada su causa. Los que por parte de la Reina trataban este negocio eran los más graves y doctos teólogos y prelados de todo el reino, y entre ellos, Gulielmo Varano, arzobispo Cantuariense y primado de Inglaterra, y otros cinco obispos de grande autoridad; pero el que más se mostraba era Juan Fischero, obispo Rofense, varon por cierto ejemplar, y no solamente lumbrera del reino de Inglaterra, sino de toda la cristiandad, espejo de santidad, sal del pueblo y verdadero doctor de la Iglesia; el cual salió en público, y presentó á los legados un libro doctísimo que habia escrito en defension del matrimonio del Rey y de la Reina, y amonestóles con un razonamiento gravísimo que no buscasen dificultades donde no las habia, ni permitiesen que se pervirtiese la verdad clara y manifiesta de la sagrada Escritura, y se debilitase la fuerza de las leyes eclesiásticas, que en esta causa eran evidentes y estaban tan bien entendidas; que pensasen y considerasen atentamente los daños innumerables que deste divorcio se podian seguir: el ódio entre el rey Enrique y Carlos emperador, las parcialidades de los príncipes que los seguirían, las guerras crueles de fuera y dentro del reino, y lo que más importaba, las disensiones en materia de la fe, cismas, herejías y sectas infinitas. «Yo, dice, por haber estudiado esta materia, y gastado en ella mucho tiempo y trabajo, oso afirmar que no hay en la tierra potestad que pueda deshacer este matrimonio, ni desatar lo que Dios ató; y esto que digo, no solamente lo

pruebo claramente en este libro con los testimonios irrefragables de la sagrada Escritura y de los santos doctores, pero tambien estoy aparejado á defenderlo con el derramamiento de mi sangre.» Dijolo Rofense, y como lo dijo, así lo cumplió; habiendo hablado desta manera aquel varon ilustre por la fama de su doctrina, excelente por la santidad de la vida, admirable por la dignidad de prelado, y por sus canas venerable; otros cuatro doctores y tres obispos ofrecieron otros libros que habian compuesto en defensa del matrimonio de la Reina; lo mismo hicieron despues otros cuatro insignes teólogos, protestando que no escribian en sus libros sino lo que hallaban ser conforme al Evangelio y las sagradas letras, y que ninguna cosa les movia sino el celo de la verdad y el temor de Dios. Con esto, y con ver los legados que todos los buenos y doctos eran de la parte de la Reina, y que cada dia se declaraba más su justicia, no sabian qué corte dar en este negocio, ni cómo poder pasar adelante en él; pero el Rey con su acostumbrada violencia instaba y los apretaba que acabasen ya y diesen la sentencia en su favor. Entónces Campegio, viendo por un cabo que el Rey no admitia ninguna excusa, y por otro que él no podia pronunciar la sentencia que el Rey quería, por ser contra las probanzas tan claras que se habían hecho, y contra la voluntad certísima del Papa, y contra la apelacion justísima de la Reina, con mucha resolucion y libertad dijo que él habia tratado muchos años negocios graves, y sido auditor de Rota, y que nunca habia visto en negocio de alguna importancia, cuando ménos en tan grave como éste, tanta priesa y aceleracion; y que siendo costumbre que cuando se ha de sentenciar una causa se den sus términos, y algunos dias para examinar los dichos de los testigos y el peso de su verdad, apénas habian pasado otros tantos dias como para esto se suelen tomar, despues que públicamente se habia comenzado á tratar de aquella causa del Rey, y «¡qué causa! (dice), ¡de cuánto peso é importancia! ¡de cuánta ofension y escándalo! Y si ya por ventura no parece á alguno, simple é ignorante, que va poco en disolver un sacramento, en apartar repentinamente un matrimonio por espacio de veinte años confirmado, en ilegitar una hija de reyes, en irritar la majestad de un poderosísimo monarca, en despreciar la dispensacion y autoridad de la Sede Apostólica, determinado estoy, en negocio tan grave, irme muy poco á poco, y caminar áutes con paso lento y seguro que no con acelerado y peligroso.» Dijo esto Campegio con mucha libertad, y causó varios afectos y semblantes en los oyentes; de los cuales, unos se holgaban de la libertad del Cardenal, y otros, que pensaban valer más por otra via, les pesaba; otros habia que aunque interiormente se alegraban, exteriormente mostraban dolor, por lisonjear al Rey, como se suele en las cortes; destos era Volseo, cardenal, el cual, aunque se entendia que sentia lo mismo que el cardenal Campegio, todavía, por ir

al amor del agua y agradar al Rey, daba gran priesa á la expedicion del negocio.

CAPÍTULO XV.

Aprieta el Rey al Legado, y el Papa aboca á sí la causa, y Volseo es preso.

Viendo pues el Rey que Campegio no tenia voluntad de acabar, y que cada dia buscaba nuevas excusas y dilaciones, envió con grande acompañamiento á Carlo Brandon, duque de Sufolcia, y á Tomas Hábaro, duque de Norfolcia (1), á los legados, que estaban sentados en su tribunal, á rogarlos, en nombre del Rey y suyo, que acabasen ya de despenar al Rey, y de desmarañar y serenar su conciencia real, que estaba tan afligida. Aquí Volseo, aunque estaba sentado en el primer lugar, calló, porque con el gran temor estaba turbado. Campegio tomó la mano y quiso dar satisfaccion; pero los duques no quisieron aceptar ninguna, apretándole y haciéndole fuerza que aquel dia mismo, ó el siguiente á más tardar, pronunciase la sentencia. Y como el Cardenal respondiese que en ninguna manera lo podia hacer, el Duque de Sufolcia con gran furia dió un gran golpe en la mesa que estaba delante de los legados y dijo: «Por la hostia consagrada, que ningun legado ni cardenal ha traído cosa buena á Inglaterra.» Lo cual dijo el pobre Duque, ó tomado del vino, ó veneno de su furor y cólera, ó de la ambicion y deseo de agradar al Rey. Mas, cómo haya nuestro Señor castigado la soberbia y adulacion con que estos duques querian ganar la voluntad del Rey, tomando por instrumento al mismo Rey y á sus hijos, especialmente á la hija que nació del matrimonio que ellos tanto deseaban, bien claro nos lo enseñan las calamidades que á ellos y á sus casas han sucedido. Partiéronse del juicio los duques, encendidos de enojo, y atizaron al Rey, que estaba abrasado de las llamas de su lujuria, echando leña al fuego para que ardiese más.

El Papa, sabiendo lo que pasaba, admitió la apelacion justisima de la Reina, y abocó á sí la causa, mandando á los legados que no trataran más della, y que se viese en la Rota. Lo cual habiendo sabido la Reina, envió al Rey á Tomas Moro, que era de su consejo, y varon de insigne doctrina y virtud (como se ha dicho), para avisarle lo que el Papa habia mandado, y saber dél si era servido que se le notificase este mandato, y cómo ó por quién. El Rey, aunque interiormente lo sintió mucho, disimuló por entónces, y respondió á Tomas Moro que ya él lo sabia, y que no era su voluntad que á él le notificasen aquel mandato, pero que se podria notificar á los legados, y que él se holgaba que se viese este negocio en Roma, por ser lugar comun á las partes y sin sospecha, y que él procuraria que allí se acabase. Decia esto el Rey de palabra mansamente, porque esperaba que el Papa revocaria este mandato, y con esta esperanza

se sustentaba y no recibia tanta pena. Hízose la notificacion á los legados por algunos procuradores de la Reina y uno del Rey, el cual públicamente dijo que la voluntad del Rey era que no se tratase más deste negocio en Inglaterra, sino que se decidiese y acabase en Roma.

Obedecieron los legados al mandato de su Santidad, y comenzaron ya á tener esperanza que el rey Enrique tomara mejor consejo, cuando á deshora el Papa mandó volver á Roma al cardenal Campegio con diligencia. Aquí se heló el Rey y quedó atajado, y perdió la esperanza de poder salir con su intento, y sobremanera se embraveció, y acordándose que Volseo habia sido el primer autor deste divorcio, comenzó á echarle la culpa y á enojarse con él, y á aborrecerle y dar muestras dello. Habia en la corte del rey Enrique muchos que aborrecian á Volseo (como los hay en las otras córtés de grandes principes, que están mal con los que privan y mandan), unos por envidia, otros por las pretensiones que tenian ó agravios que recibian, y otros porque sufrían mal que un hombre tan bajo los mandase y hiciese en el reino todo lo que queria, mas callaban y disimulaban, y acudian á él y le acompañaban y servían (como vemos que se hace con los tales cada dia), porque le temían, y porque por este camino pensaban agradar al Rey. Pero cuando entendieron que el Rey estaba trocado para con él, descubrieron su ánimo y soltarón la represa que tenian detenida de su indignacion, y sacaron á plaza las maldades de Volseo, las cuales con el favor del Rey estaban ántes encubiertas y sepultadas. Juntáronse, pues, algunos señores principales, y confiriéndolo entre sí, escribieron un memorial de agravios y desafueros que habia hecho Volseo en su gobierno, y firmado de su mano, le presentaron al Rey. El cual, por ser en aquella coyuntura, mostró holgarse tanto con él y agradecersele, cuanto le pesara si se le dieran cuando Volseo estaba en su gracia; y disimuló hasta la partida para Roma del cardenal Campegio, que fué á los siete de Setiembre, y mandó que se desenvolviese y mirase la recámara de Campegio, cuando partia, por ver si hallaba alguna carta de Volseo, aunque no halló ninguna. Fué Volseo al Rey, no sabiendo nada de lo que contra él se urdia, y trató con él y con los de su consejo lo que se habia de hacer para proseguir la causa en Roma. Mas Estéban Gardinero, que era secretario del Rey, y habia sido su embajador en Roma y tratado en ella este negocio, comenzando ya á temer el fin dél, y viendo que se le echaba la culpa, como si por su parecer el Rey lo hubiera intentado, allí delante del Rey y de los que estaban presentes rogó á Volseo que dijese la verdad, y manifestase quiénes habian sido los primeros autores deste divorcio. Respondió Volseo: «Nunca negaré que yo solo he sido el autor, y estoy tan poco arrepentido dello, que si no lo hubiera comenzado, agora de nuevo lo comenzára.» Las cuales palabras dijo Volseo por agradar y aplacar al Rey; porque bien se sabia que aunque á los

(1) Duque de Suffolk y de Norfolk.

principios aconsejó al Rey que se descasase de la Reina, despues, viendo que queria tomar en lugar della á Ana Bolena, le pesó de habérselo aconsejado; mas fué á tiempo que no pudo volver atras; porque amaba más la gloria de los hombres que la de Dios.

Calló el Rey por entónces cuando habló Volseo; pero partido ya el cardenal Campegio, volviendo Volseo al Rey y queriéndole hablar, no le quiso oir, y entónces entendió que el Rey estaba trocado y enojado con él. Pero despues mandó el Rey al Duque de Norfolcia que le arrestase, y le privó del oficio de cancelario, y luego del obispado Vintoniense, y poco despues le quitó y despojó del palacio y casas principalísimas que habia labrado en Lóndres, y de toda la recámara y joyas y riquezas infinitas que en él habia, y le envió desterrado á una casa de placer, y de allí á su iglesia Eboracense. Dió el Rey el oficio de cancelario á Tomas Moro, pensando por ventura que con esta merced y honra le traeria á su opinion, y el obispado Vintoniense se dió á Estéban Gardinero.

CAPÍTULO XVI

De otros medios que tomó el Rey para dar color á su maldad, y lo que le sucedió en ellos.

¿Quién creyera que rey que trataba á quien tan mal consejo le habia dado de aquella manera, no se reportára, y condenára el mismo consejo? Mas en el mismo pecado que Enrique castigó tan severamente á Volseo, perseveró él con extremada pertinacia y obstinacion; por lo cual se hizo inexcusable y se condenó á sí mismo en lo que juzgó á otro, y sabemos (como dice san Pablo) que el juicio de Dios es verdadero contra los que tal hacen (1).

El Rey, pues, viendo que no le habia sucedido la venida del Legado, envió á Roma sus agentes y procuradores para seguir la causa; entre los cuales fué uno Tomas Cranmero, que despues fué arzobispo Cantuariense, y buscó con gran cuidado todos los teólogos y juristas en las universidades que pudo, para que firmasen que era inválido el matrimonio con la reina Catalina. Porque si el Papa (como ya se entendia) diese la sentencia contra él, se pudiese valer de la autoridad dellos, como si fuera decreto de las mismas universidades; pensando con esto engañar al mundo. Porque queria que pareciese á la gente ignorante que los colegios é insignes y várias universidades de la cristiandad eran de su parte, y que sentian y juzgaban lo que algunos pocos indoctos, con nombre de letrados y teólogos, comprados con los dineros del Rey, firmaban en su favor. Para alcanzar esto, el Rey encomendó á Reginaldo Polo, inglés y de la sangre real, mozo de grandes virtudes y esperanzas y que gozaba grandes mercedes del Rey, que procurase las firmas de los letrados de la uni-

versidad de Paris, donde él entónces estaba (2). Mas como Polo se mostrase tibio en este negocio, ó por mejor decir, no quisiese tratar dél, dióle el Rey por acompañado á un hombre de su consejo, para que le avisase y despertase; y no bastando aún esto, ántes excusándose por cartas Polo con el Rey, se dió el cargo á Gulielmo Langeo, frances, el cual, teniendo más cuenta con la moneda del Rey que con su propia fama, á fuerza de dinero compró las firmas de algunos teólogos y juristas (como he dicho), los cuales ninguna cosa ménos sabian que leyes y teología (3). Desta negociacion que hubo en Paris para corromper y pervertir á los letrados con dádivas en nombre del Rey, hubo grande escándalo y murmuracion (4). No se contentó el Rey con esto, mas procuró lo mismo en la universidad de Colonia (aunque no halló quien le saliese á ello) y en otras universidades de Alemania, Francia é Italia; y no falta autor que escriba que algunos de los ministros que sirvieron al Rey de esto, y de los doctores que por lisonjear le vendieron sus votos y sus almas, perecieron malamente y fueron visiblemente castigados de Dios. Reginaldo Polo, que tuvo entera noticia destos tratos y engaños, escribe que se maravillaba extrañamente de la locura del Rey, que con tanta copia y derramamiento de hacienda hubiese querido comprar su infamia y deshonra, y dar á entender al mundo que veinte años enteros habia perseverado en un matrimonio incestuoso (5). En su reino, cierto no pudo Enrique alcanzar que la universidad de Oxonia (6) aprobase lo que él queria, aunque con cierta fraude y engaño que usaron, publicaron algunos que sí. Aconsejaron al Rey que procurase ganar á Reginaldo Polo, el cual habia ya vuelto á Inglaterra de Paris; y procurólo, ofreciéndole por sus deudos y amigos uno de dos obispados que vacaban, de los más ricos y honrados de Inglaterra. No quiso él aceptar ninguno, y rogándole sus deudos que á lo ménos buscase alguna manera honesta para satisfacer al Rey y quitarle la ocasion de destruirle á él y á todo su linaje, y haciéndole grande premio y fuerza en esto, vencido de sus ruegos, respondió que él lo miraria; y como son tantos los lisonjeros y los que desean dar gusto á los reyes, por tenerlos benévolos para sus intentos, con esto solo que respondió, se fueron al Rey los que se lo habian rogado, diciéndole que ya Polo estaba de su parte y que presto vernia á hablar á su majestad sobre ello. De lo cual el Rey extrañamente se holgó, y de allí adelante le miraba con buenos ojos, y aguardaba que le viniese á hablar, como le habian dicho que lo haria. Polo encomendaba á Dios el negocio con mucha instancia y fervor, y supli-

(2) Polo, lib. III, *De unione Ecclesiæ*.

(3) Se sabe que la universidad de Salamanca, por el contrario, dió su dictámen á favor de la validez del matrimonio. (F.)

(4) P. Leidensis, epist. dedic. com. cardi. 4, seu Joann. Coclæ in epist. *Ad Ricardum Morisonum Anglum*.

(5) Lib. III, *De unione Ecclesiæ*.

(6) Oxford, en latin *Oxoniensis universitas*. (F.)

(1) *Roman.*, 2.

cábale que le abriese camino para que ni ofendiese al Rey ni á Dios. Cuando le pareció que le habia hallado, estribando más en la prudencia humana que en la verdad, fué á hablar al Rey, el cual le recibió muy amorosamente y le metió en otro aposento más adentro, con grande contento y alegría. Estando allí, y queriendo decir lo que habia pensado, se turbó (cosa maravillosa) y de repente se cortó de tal manera, que por un buen rato no pudo hablar palabra. Despues, volviendo en sí, comenzó á hablar y á decir todo lo contrario de lo que habia pensado, porque sin lisonja ni artificio, como convenia á un hombre cristiano é ilustre, con gran modestia descubrió su pecho y todo su parecer al Rey. Con una novedad y caso repentino como éste, quedó el Rey atajado y como fuera de sí, y se le iban unos colores y venian otros, y puso muchas veces mano á la daga para herirle, y despidió á Polo (como él mismo lo contaba) con palabras injuriosas. Y el mismo Rey dijo despues á sus privados que tuvo pensamiento de matar allí á Polo, y que se detuvo por ver la simplicidad y sumision con que le hablaba. Tenia entónces Polo obra de treinta años, y favoreciéndole Dios, por intercesion de sus amigos, alcanzó licencia del Rey para irse á Padua, gozando de la pension que tenia del mismo Rey. Muchos varones doctisimos y señalados en la sagrada teologia y en el uno y otro derecho escribieron y publicaron libros muy eruditos y graves en favor del matrimonio del Rey y de la Reina, no solamente en Inglaterra (como se ha dicho), pero en las demas provincias de la cristiandad. Y no faltó un grande hereje, llamado Felipe Melancthon, que escribió al Rey una carta, en que le aconsejaba que quedándose la Reina por su mujer, tuviese á Ana Bolena por su amiga. Lo cual digo para que se vea los consejos que dan los autores desta nueva y pestilente doctrina, tan contrarios á la ley de Dios como lo es la misma doctrina que profesan.

CAPÍTULO XVII.

De los temores que puso el Rey al Papa, y de la muerte de Volseo.

Estando las cosas en este estado, volvió á escribir el Rey de nuevo al Papa, y mandó que algunos señores de su reino le escribiesen, suplicándole que porque importaba mucho al Rey tener hijo varon para la sucesion, se dieso priesa y acabase con brevedad este negocio, para que libremente pudiese casarse con otra mujer y tener hijos varones della. Respondió el Papa que él cumpliria con la obligacion de su oficio; pero que no estaba en su mano que el Rey tuviese hijo varon de ninguna mujer con quien se casase. No contento con esto el Rey, para apretar más al Papa y espantarle, mandó publicar que ninguno de sus súbditos, inglés ni irlandés, de allí adelante tratase ni pidiese ó procurase negocio alguno en Roma sin su licencia. Y entendiendo que Volseo en su obispado se estaba holgando y se daba á placer con

fiestas y banquetes, y que pedia que se le volviese una mitra pontifical riquísima y de muchas piedras de gran precio que él tenia, y el Rey le habia tomado (porque Volseo queria usar de ella en cierta fiesta), el Rey, interpretando esto á soberbia, y pareciéndole que era cosa indigna de sufrir, mandó á Enrique, conde de Northumbria, que el mismo dia de la fiesta, cuando toda la nobleza y muchedumbre del pueblo estuviese congregada, le prendia, y preso, le traiga á Lóndres. Hizo el Conde lo que se le mandó, y trayéndole preso, murió en el camino el Cardenal, á los veinte y ocho de Noviembre, en Leicestria. Publicóse que el mismo Cardenal, por no verse en afrenta, se habia muerto con yerbas; creo que se lo levantan; lo cierto es que cuando le prendió el Conde, como á hombre que habia ofendido á la majestad real, dijo el pobre: «Pluguiese á Dios que no hubiese yo ofendido más á la Majestad divina que á la humana; pero, habiéndome desvelado toda mi vida en servir al Rey y en darle gusto y contento, he ofendido á Dios y perdido la gracia del Rey.» Dicen algunos que Volseo en vida hacia una suntuosa sepultura para su entierro, y que yéndola á ver un dia, le dijo un loco que tenia y llevaba consigo: «¿Para qué gastas tanto dinero en vano? ¿Piensas enterarte aquí? Pues yo te digo que cuando mueras, no tendrás con qué pagar tu entierro»; y así fué. Éste es el pago que dió el mundo á Volseo, digno, cierto, de su soberbia y lisonja, castigándole desta manera nuestro Señor, por ventura, por no condenarle eternamente. Pero grande ejemplo es éste para que los privados y ministros y consejeros de los reyes tengan á Dios delante, y no le ofendan por agradar á los hombres. Aunque no bastó este ejemplo y caida miserable de Volseo para escarmantar á otros, que hicieron tambien sus personajes y fueron representantes en esta lamentable y triste tragedia. Entre éstos fué uno Tomas Cranmero, del cual hablaremos en el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO XVIII.

Cómo el Rey nombró á Cranmero por arzobispo Cantuariense, y de su mala vida, y engaño que usó contra el Papa.

Siendo ya tan atroces las culpas y delitos del Rey, y queriéndole nuestro Señor castigar dejándole correr á rienda suelta, sin respeto ni temor alguno, llevó para sí en aquellos mismos dias á Gulielmo Varamo, varon excelente, arzobispo Cantuariense, el cual con grande calor ayudaba á la justicia de la Reina. Este arzobispado dió el Rey, á suplicacion de Tomas Boleno y de su querida Ana Bolena, á Tomas Cranmero, que habia sido primero capellan del mismo Tomas, y despues agente del Rey en Roma, y por esto se le dió, y asimismo porque lo pareció que era de tales costumbres y vida, que podria servirse dél para todo lo que él quisiese, en caso que el Papa diese la sentencia en favor de la Reina. Fué Tomas Cranmero hereje, como despues se mostró, y por ello fué quemado en tiempo de la reina María, y deshonesto

y carnal en tanto grado, que volviendo de Alemania, sonsacó de la casa donde estaba, y trajo consigo á Inglaterra, una mujercilla, la cual, siendo arzobispo, llevaba públicamente en una litera por todos los caminos que él andaba, teniéndola por manceba, hasta que muerto Enrique, en los días del rey Eduardo, su hijo, viéndolo todo el mundo, se casó con ella. A éste tomó el Rey por ministro y escogió por arzobispo y primado de su reino, para servirse dél á su voluntad, y él se amoldaba tanto á ella y á todo lo que podia dar gusto al Rey, que le oyeron decir muchos años despues: «Un solo Cranmero, arzobispo Cantuariense, hay en mi reino, que en ninguna cosa jamas ha faltado á mi voluntad.» Pero dado caso que Cranmero era tal, todavia el Rey, para asegurarse más dél, le dió el arzobispado con condicion que si el Pontífice romano diese sentencia en favor del matrimonio con la Reina, él, como arzobispo y primado, diese contraria sentencia y declarase, contra el Papa, que el Rey estaba obligado á apartarse della. Y porque el Rey aún no habia perdido la vergüenza del todo á la Sede Apostólica, ni desunídose della, y porque Cranmero estaba obligado á pedir la confirmacion de su iglesia al Papa, y para alcanzarla, hacer el juramento solemne en forma, que suelen hacer los obispos en su consagracion, de seguir la comunión de la Sede Apostólica y de obedecer á sus mandatos; por no ofender al Rey con este juramento, ni dejar de alcanzar con él lo que pretendia, buscó forma para poder servir á dos señores, aunque le mandasen cosas contrarias. Y porque amaba de corazon al Rey, que le era más semejante, y solamente temia al Papa, quiso con un voluntario y deliberado juramento falso ganar la gracia del Rey para ofender más al Papa. Llama pues un escribano público y dícele que él con juramento prometerá al Pontífice romano la acostumbrada y canónica obediencia; pero que ántes de hacer esto quiere que el escribano haga otra escritura aparte, en la cual proteste que hace el juramento contra su voluntad, y que en ninguna cosa que sea contra la voluntad del Rey guardará fidelidad al Papa ni lo obedecerá. Hecha esta escritura y protesta, y autorizada delante de testigos (para quitar toda la sospecha al Rey), hizo despues su solemne juramento y tomó la posesion de su arzobispado. Esta fué la entrada de Cranmero en él; despues verémos la salida, y el fin y pago que tuvo despues su artificio y falsedad. Y son cosas muy para notar, así para ejemplo y escarmiento nuestro, como para entender bien la providencia inestimable y justicia del Señor, el cual, aunque permite que por algun tiempo prevalezcan los malos y salgan con sus intentos, al fin los castiga y derriba con tanto mayor ímpetu, cuanto fué mayor su blandura y paciencia, de que ellos no se pudieron aprovechar.

CAPÍTULO XIX.

Las vistas de los reyes de Inglaterra y Francia,
y lo que en ellas se trató.

En este mismo tiempo estaba el emperador don Carlos en la guerra peligrosísima de Viena contra el turco Soliman, el cual habia bajado en persona con un ejército innumerable y poderosísimo, talando y destruyendo las tierras por donde pasaba, y si el Emperador, fiado en Dios, con su grandísimo poder, valor y prudencia no se le opusiera, tuviera mucho que llorar la cristiandad. No quiso perder esta ocasion Enrique. Pasó á Calés (1), que entónces era suya y plaza tenida por muy fuerte, y llevó consigo, secretamente, á Ana Bolena, y sabiendo que el rey de Francia, Francisco, estaba muy disgustado con el Emperador, procuró verse con él. Viéronse en un lugar entre Calés y Bolonia (2) los dos reyes, con grande acompañamiento y aparato. En estas vistas echó el resto Enrique para irritar más al Rey de Francia y confederarle consigo, y persuadirle que juntando ambos sus fuerzas, asaltasen al Emperador, que estaba (como dijimos) embarazado en la guerra contra el Turco. No le fué difícil persuadir esto al Rey de Francia, que se tenía por agraviado del Emperador, porque no le habia querido dar sus hijos, como él queria. Demas desto, le aconsejó y rogó Enrique que pusiese algun espanto al Papa, para que por este medio le pudiesen atraer más fácilmente á su voluntad, y aún queria y apretaba al rey Francisco que por su propia autoridad impusiese al clero de su reino, y le mandase pagar la décima parte de sus rentas eclesiásticas, en menosprecio del Papa. En fin, lo que alcanzó fué, que se enviaron dos cardenales franceses al Papa, que fueron Turnon y Tarbiense (3), en nombre de los dos reyes, con grandes amenazas si no hacia lo que de su parte se le pedia. Esto mandó en público el rey Francisco á los cardenales que tratasen con el Papa; mas en secreto les avisó que usasen de más blandura, y que con la sumision debida y suavidad, y no con rigor y espanto, procurasen inclinarle á lo que los reyes deseaban. Y que particularmente tratasen de casar á Catalina de Médicis, hija de Lorenzo el mozo y sobrina del Papa, con Enrique, duque de Orleans, su hijo segundo, el cual casamiento despues tuvo efecto. El rey Enrique habia ya determinado de casarse en aquel mismo lugar y en aquellas vistas, con toda la pompa y solemnidad posible, con Ana Bolena; mas no lo ejecutó, porque, fuera de lo que él pensaba, vino nueva que Soliman turco con gran inominia habia huido de Viena, y el Emperador victorioso vuelto á Italia, y trocándose las cosas, el rey Francisco se habia entibiado, con estas nuevas, en la amistad del rey Enrique.

(1) Calais, especie de Gibraltar que tenían en Francia los ingleses. (F.)

(2) Boulogne, ó Bolonia en castellano.

(3) No son apellidos de los obispos, sino los títulos de sus diócesis de Tournon y Tarbes. (F.)

CAPÍTULO XX.

La primera vejacion que hizo el Rey al clero de Inglaterra.

Volvió de Francia á Inglaterra Enrique lleno de saña y furor, y comenzó descubiertamente á hacer guerra á los ministros de Dios, y con nuevas calumnias y enredos despojarlos de todos sus bienes. Porque con una nueva y nunca oída tiranía, puso pleito y mandó citar á todo el clero del reino, con achaque que habia reconocido la potestad de los legados del Papa, que era forastero (que este lenguaje entónces se comenzó), y contra la voluntad del Rey la habia obedecido y defendido, y que por esto habia caído en mal caso y perdido todos los bienes eclesiásticos que tenía en todo el reino, y se debian confiscar para el Rey, y allende de esto, que las personas debian ser encarceladas y perder su libertad. Quedó asombrado y pasmado todo el clero con este como trueno y rayo espantoso, y viéndose desamparado de los caballeros legos y vendido de sus mismos arzobispos y metropolitano, que eran Cranmero y Leio, á quien se habia dado el arzobispado Eboracense (con los cuales se habia concertado Enrique), y que de ninguna manera podia resistir, se rindió y sujetó á la voluntad del Rey, y le suplicó humildemente que se contentase con cuatrocientos mil ducados, y que les perdonase lo demas con aquella suma potestad que tenía en su reino, así en el clero como en todo el pueblo; y ésta fué la primera vez que en él se habló desta manera. De la cual tomaron ocasion los consejeros del Rey para que de allí adelante él se llamase suprema cabeza de la iglesia anglicana. Y poco á poco comenzaron los malos y atrevidos á decir que no tenía que ver el Pontífice romano en el reino de Inglaterra, si ya el Rey, por su bella gracia, no le quisiese conceder alguna parte de su potestad. Porque sin ella todos los mortales deben ser sujetos al Rey, no solamente en las cosas civiles y temporales, mas tambien en las eclesiásticas y espirituales. Todas estas invenciones y maldades iban fundadas en que no se creyese ni se dijese que el Rey sin legítima y verdadera autoridad se habia descasado de la Reina. Que son cosas mucho para notar y para atajar en sus principios. Porque la lisonja de los súbditos y la ambicion de los reyes, acompañada con su soberano poder, suelen causar muy malos efectos, cuando no anda Dios y la razon y justicia de por medio. Entendieron esto algunos varones graves y cristianos de los que andaban en la corte del Rey, y viendo de lejos la horrible tempestad que amenazaba al reino, quisieron con tiempo acogerse á puerto seguro y salirse fuera de las olas y peligros del mar alborotado. Entre éstos el primero fué Tomas Moro, que era cancelario del reino y excelente varon, como se dijo; el cual, habiendo tenido ya tres años aquel oficio, suplicó al Rey que diese descanso á su cansada vejez y alguna quietud á los grandes trabajos que continuamente tenía en escribir contra los herejes, y que fuese servido

poner aquel cargo sobre otros hombros que mejor lo pudiesen llevar que los suyos. Entendió el Rey lo que Moro pretendia, y queriendo tener cancelario más á su propósito y gusto, concedióle lo que le suplicaba, y proveyó el oficio de cancelario á Tomas Audleo, hombre de mediana suerte, pero muy pobre, y para que pudiese honradamente sustentar aquella dignidad, le dió un monasterio que estaba en Lóndres, de canónigos reglares, que se llamaba la iglesia de Cristo, con todas sus rentas y edificios, y traspasó los religiosos que estaban en él á otros monasterios de su misma orden; y éste fué el primer indicio del mal ánimo que Enrique tenía contra las religiones.

CAPÍTULO XXI.

Cómo el Rey, contra el mandato del Papa, se casó con Ana Bolena secretamente.

Cuando supo el Pontífice lo que pasaba en Inglaterra, y el ánimo determinado del Rey, recibió gran pena, y quiso ver si le podia curar. Habia antes escritole y rogádole encarecidamente que no se dejase llevar tanto de la pasion, ni innovase ó hiciese cosa, durante la litispendencia, en perjuicio del primer matrimonio con la Reina. Visto que esto no habia bastado, escribió otras cartas públicas en forma de breve, mandándole severamente, con autoridad apostólica, so pena de excomunion, que no pasase adelante hasta que el pleito se acabase. Mas Enrique, que estaba ardiendo en vivas llamas de amor infernal, ni por el consejo que el Papa le habia dado como padre, ni por el mandato que agora le hacia como juez, no dejó su mal propósito; ántes cada dia se encendia más con estas cosas su mal deseo. Viendo pues que no le faltaba ya para descasarse de la Reina, y casarse con Ana, sino la sentencia del divorcio, y que no tenía esperanza de alcanzarla del Papa, determinóse de mandar á Cranmero que la diese, y estaba cierto que la daria, pues para esto le habia hecho arzobispo Cantuariense. Y porque no pareciese que se casaba con una mujer sin titulo y dignidad, primero dió titulo de marquesa á Ana Bolena, y despues se casó secretamente con ella. Casóse, porque no podia gozar de ella si no la tomaba por mujer, por la resistencia que ella con grande artificio hizo siempre á los amores y ruestras del Rey, como se dijo (1), y casóse secretamente, porque no se habia aún pronunciado sentencia alguna de divorcio por ningun juez contra la reina doña Catalina. Habia en palacio un clérigo, que se llamaba Rolando (al cual por este servicio le hizo despues obispo); á éste mandó llamar el Rey una mañana, ántes de amanecer, en su capilla, y le dijo que ya en Roma se habia dado sentencia en su favor para que se pudiese casar con cualquiera mujer que quisiese. El clérigo, pensando que los reyes no mienten, creyólo y calló, y despues dijo: «Creo que vuestra majestad tendrá letras apostólicas de su Santidad»; y como

el Rey hiciese señas que sí, volvió el clérigo al altar para hacer su oficio, y casarle allí con Ana Bolena. Pero, remordiéndole la conciencia y temiendo hacer cosa contra Dios, volvióse de nuevo al Rey y díjole: «Los sagrados cánones mandan, y á mí me va mucho en ello, que se lean aquí delante de todos las letras apostólicas y se publiquen.» Entonces respondió el Rey: «Yo tengo las letras del Papa, pero están guardadas en mi escritorio secreto, y ninguno las podrá hallar y traer sino yo; y no es decente, ni parecerá bien, que á esta hora yo salga deste lugar y vaya por ellas.» Sosegóse con esto el clérigo; hizo sus ceremonias, veló á Enrique con Ana, dióle la segunda mujer viviendo la primera, la cual por ninguna autoridad habia sido apartada de su marido.

Estas son las bodas que todos los herejes de Inglaterra, luteranos, zuinglianos, calvinistas, puritanos, y todos los otros monstruos que arruinan é inficionan aquel reino, reverencian y adoran como fuente de su evangelio, fundamento de su iglesia, origen y principio de su fe. Arrebató la furia infernal de la carnalidad y torpeza al rey Enrique, y despeñóle en el abismo de tantas maldades y abominaciones como habemos visto y adelante se verá más. Vistióle de una extraña y ciega hipocresía, con la cual quiso dar á entender que se apartaba de la Reina por escrúpulo de conciencia, y por no poder ser su mujer por haberlo sido de su hermano (puesto caso que no habia contraído afinidad, pues habia quedado doncella dél, como el mismo Rey lo confesó al Emperador; y cuando alguna hubiera, habia quedado sin hijos, y habia sido dispensada por el Papa); y por otra parte, sin dispensacion ni licencia alguna, se casaba con la hermana de su amiga y con la hija de su amiga, y lo que es más, con su propia hija del Rey, pues con tantas razones y tan fundadas era tenida por tal. Esto es contra toda ley natural, divina y humana, y no tiene Enrique escrúpulo de cometer tan horrible y nunca oida maldad. Tiénle en el matrimonio de la Reina. «¡Oh osadía increíble, dice Sandero (1), hipocresía nunca oida, lujuria infernal y digna de fuego eterno! Pero al fin no es maravilla que el hombre peque, ó que habiendo llegado al profundo y colmo de sus maldades, vuelva las espaldas á Dios y le desprecie. Lo que es de maravillar y de espantar, lo que asombra y saca de juicio, es ver una infinidad de gente que con tanta paz y seguridad sigue, no su gusto y apetito, sino la lujuria é hipocresía y maldad de un hombre, y la alaba y reverencia de tal manera, que sobre tal fundamento edifica su fe, su esperanza y su salvacion. ¿Quién se maravillará oyendo esto, que antiguamente haya habido los herejes cainanos, los cuales adoraban á Caín, matador de su hermano, como procreado de la poderosa virtud? ¿O los ofitas, los

cuales, como dice Tertuliano (2), reverenciaban á la serpiente que engañó en el paraíso terrenal á nuestros primeros padres, como á autor de la ciencia del bien y del mal? ¿O que haya habido otros hombres desvariados y locos, pues vemos en nuestros dias una muchedumbre innumerable de herejes que adoran el matrimonio, ó por mejor decir, el aborrecible y espantoso incesto del padre con su propia hija, y dicen que por él han salido de las tinieblas de Egipto, y entrado en la luz y pureza del Evangelio? Verdad es que con estas bodas se os ha abierto (¡oh hombres ciegos y miserables!) la puerta para todas las desventuras y herejías. Pero bendita sea y glorificada para siempre la bondad inmensa del Señor, que con esto nos declaró que siendo ellas hijas deste maldito parto, son hijas de confusion y tinieblas. Menester fué que la hija durmiese con su padre, y la hermana con su hermano (como lo hizo Ana Bolena), para que este vuestro tenebroso parto saliese á la luz, y sobre él se asentasen los cimientos de vuestra religion, y vuestra iglesia no manase del sagrado costado de Jesucristo, como mana la Iglesia católica, sino de la deshonestidad de una ramera degollada, porque lo era por justicia.» Todo esto dice Sandero. Tenía ya Enrique á Ana Bolena por mujer casi en público, y con esta ocasion apartó de sí á la santa Reina, no sólo de su tálamo, como habia hecho ántes, pero de su palacio real y comun habitacion; y así se fué la bienaventurada Reina á una casa en el campo, que estaba puesta en lugar mal sano, acompañada de solas tres criadas y de muy pequeña familia. Aquí de dia y de noche se ocupaba en oracion, ayunos y penitencias y otras santas obras, y particularmente en suplicar á nuestro Señor por la salud de los adúlteros que habia dejado en palacio. Divulgóse esto en el pueblo; y extendiéndose ya que Ana Bolena sin duda sería reina, no se puede creer (sino es del que supiere bien la vanidad y engañosa inestabilidad del mundo) la gente de todos los estados que comenzó á acudir á ella para ganar su gracia: los unos por conservar y defender con ella sus bienes, como eran muchos eclesiásticos; otros por medrar y crecer con la novedad.

CAPÍTULO XXII.

De Tomas Cromwel, y de los herejes que acudieron á la corte del Rey, y lo que le propusieron contra los eclesiásticos.

Como se supo que Ana en su corazon era hereje luterana, fueron innumerales los luteranos que acudieron á ella; y así muy en breve se hinchó la corte del Rey de una manada de gente tocada de la herejía y perdida. Esta gastaba el tiempo en burlarse de las cosas sagradas, en escarnecer á los sacerdotes, en reirse y mofar de los religiosos, y fingir y componer mil patrañas dellos; en vituperar las riquezas y potencia de los prelados y eclesiásticos; y sobre todo, en decir mal del Papa y

(1) De quibus D. August., lib. *De hæresibus*, c. xviii, et Philaster, quos Chaldeos appellat., lib. *De hæresibus*, Tertul.

(2) Tertul., lib. *De præscript. adversus hæret.*, et August., lib. *De hæresibus*, cap. xvii, Philaster.

calumniarle; y el que en estas cosas era más desvergonzado y atrevido, ése llevaba la palma y era más favorecido de Ana, y por ella del Rey. Entre éstos fué como principal Tomas Cromwel, hombre astuto, cruel, ambicioso y avaro, y no menos hereje, y por esto enemigo capital de todo el estado eclesiástico; al cual (por agradar á Ana, y porque para sus intentos era á propósito) quiso el Rey levantarle y acompañarle con el arzobispo Cranmero, y con Audleo, cancelario. Para este fin, primero le hizo su secretario, despues caballero y baron, y conde y gran camerario del reino, y custodio del sello secreto, y al cabo el primero de su consejo en las cosas seglares, y en las eclesiásticas y espirituales su vicario general. De suerte que ya parecia estar todo el reino en su mano, como ántes lo habia estado en la de Volseo. Con esta ocasion, los herejes determinaron de no perder tiempo, sino echar aceite en el fuego, y encender el ánimo del Rey contra todos los eclesiásticos de su reino, porque ya le habian visto enojado contra ellos y perdido el respeto al Papa, y comenzado á picar en la herejía por medio de Ana. Para alcanzar mejor su intento, comenzaron á sembrar muchos libelos echadizos por el pueblo y por las casas de los señores, y á derramar pasquines llenos de mentiras y engaños é impiedades contra las personas eclesiásticas, para hacerlas odiosas y aborrecibles; que éstas son las artes y mañas de los herejes, con las cuales procuran derribar á los que les pueden resistir y matar, ó ahuyentar los perros para que no muerdan ni ladren, y ellos, como lobos, más á su salvo puedan derramar y matar el ganado del Señor. Entre estos libelos se presentó uno al Rey, con titulo de peticion de los pobres mendigos, en el cual, despues de haber encarecido la infinidad que habia en el reino de los verdaderos pobres, y su extrema necesidad, decian que la verdadera causa desto eran otros pobres robustos y ociosos, eclesiásticos, los cuales con artificio y engaño poseian y gastaban más de la mitad de todos los bienes del reino, y dejaban morir de hambre á los verdaderos pobres. Suplicaban á su majestad que, como supremo ministro de Dios en la tierra, y padre de los pobres, socorriese á los menesterosos, proveyese á los necesitados, diese la mano á los caidos, amparase y recogiese á los desamparados y perdidos. Lo cual podria hacer con mucha facilidad, si siguiendo la justicia distributiva, diese á cada uno lo que era justo, y quitase al clero, de las cien partes de las rentas que poseia, las noventa y nueve, y las aplicase á su fisco, para que á su voluntad los verdaderos pobres fuesen sustentados, y que la una parte quedase para los eclesiásticos, depositada tambien en poder de su majestad. Bien pareció que este tratado no se habia publicado sin aprobacion, ó á lo ménos disimulacion, del Rey. Y no osando ningun eclesiástico responder á él, porque no se creyese que lo hacia por su propio interese, salió á la causa Tomas Moro (que era lego y varon de las prendas que hemos dicho), y escribió

un libro doctísimo y prudentísimo. En él, despues de haber refutado las calumnias que contra el clero en el libelo se decian, y con la luz y resplandor de la verdad, desechó las tinieblas de los herejes; mostraba claramente que los bienes y rentas eclesiásticas no llegaban con mucho á lo que los bur-ladores herejes decian, y que no solamente habian hecho cosa piadosa, sino tambien necesaria, los que habian dejado aquellos bienes á la Iglesia para conservar perpetuamente con ellos el culto divino, sin el cual no puede conservarse la república. Añadia que estas rentas, no sólo servian para sustento de los clérigos, sino tambien de infinitos legos que dellos dependen, y que todos los pobres reciben grandes limosnas de los eclesiásticos, por cuya mano muchos hospitales, colegios, monasterios y obras pías (que son guarida y refugio de la gente pobre y miserable) han sido fundadas. Finalmente, que las riquezas de los eclesiásticos son verdaderos tesoros de los pobres en la tierra y en el cielo. Y todo esto escribió Moro con grande espíritu, doctrina y elocuencia; y atapó de tal manera las bocas á los herejes, que no hubo ninguno que osase abrirla para responderle. Y se ha visto ser gran verdad lo que Moro escribió, y lo que importa que las iglesias y prelados eclesiásticos sean ricos y tengan autoridad, por lo que vemos en Alemania y en otras provincias septentrionales. Porque la fe católica se ha conservado en la parte dellas que es sujeta á los obispos y prelados de la Iglesia, por ser ellos poderosos y principes del imperio y señores de los pueblos; y con esto han podido enfrenar á sus súbditos y vasallos, y conservar en sus tierras la religion católica. Y si no tuvieran brazos y fuerzas para ello, se hubiera perdido en ellas, como se ha perdido en otras muchas, por falta de este brazo fuerte y poder de los eclesiásticos. Y demas de emplearse y gastarse esta renta en las manos de los eclesiásticos comunmente mejor que en las de los seglares, y remediarse más número de los pobres presentes, mírense bien las memorias que hay en la cristiandad para remedio de pobres, huérfanos y doncellas, y hallaráse que la mayor parte dellas la han dejado personas eclesiásticas, y que por ellas se sustenta hoy dia infinidad de gente, que sin ellas pereciera.

CAPÍTULO XXIII.

Lo que se mandó en las Córtes á los eclesiásticos, y la sentencia que dió Cranmero en favor del Rey.

Aconsejaron al Rey que para que Cranmero pudiese dar mejor la sentencia en su favor, convenia mucho á su servicio que en las Córtes del reino que entónces se celebraban, se mandase á todos los eclesiásticos que hiciesen el mismo juramento de obedecer al Rey, que solian ántes hacer de obedecer al Papa; y que para proponer esto con autoridad, escogiese al obispo Rofense, que la tenía grande en todo el reino, y que si él quisiese, se haria; y si no, mostraria el ánimo dañado que tenía contra el Rey. Esto segundo era lo que Ana deseaba,

porque queria á Rofense á par de muerte, desde el tiempo que con tanto valor habia defendido la causa de la Reina. Por este ódio habia procurado ántes quitarle la vida, y corrompido con dádivas á un cocinero del Obispo, que se llamaba Richardo Riseo, el cual echó veneno en la olla de la cual él y sus criados habian de comer (que toda era una), y fué Dios servido que aquel dia no comió el Obispo en la mesa como solia, y los criados que comieron, casi todos murieron, y el cocinero públicamente fué justiciado; y con este suceso, el odio y saña de Ana más se embraveció contra el Obispo. Envió el Rey su recaudo á Rofense acerca del juramento, y el santo Obispo se alligó y enterneció extrañamente, porque por una parte veía que era contra Dios lo que el Rey mandaba, y por otra, que el Rey no admitia dilacion ni excusa alguna; y estando su corazon de varios pensamientos, como de contrarios vientos, combatido, al fin se dejó vencer. Veía venir sobre sí y sobre todo el clero una horrible y calamitosa tempestad si no obedecía, y que para quitar el escrúpulo de la conciencia, decía el Rey que se añadiese al juramento que ellos juraban, en cuanto les era licito y permitido segun las leyes divinas, y tenia esperanza que con el tiempo se reportaria el Rey y volveria sobre sí, y cansado de la aficion de Ana, tomaria mejor consejo, y entenderia que lo que pedia y mandaba no era licito ni se podia hacer. Engañado pues del temor y desta vana esperanza y razones aparentes, so dejó llevar Rofense, y persuadió á los eclesiásticos (que todavía estaban firmes y constantes) que obedeciesen al Rey é hiciesen el juramento que pedia, con aquella condicion, en cuanto fuese licito y conforme á la ley de Dios. Tuvo despues Rofense tan grande pesar y arrepentimiento deste su engaño, que le pareció que no podia purgar la culpa dél sino con su propia sangre, y públicamente se acusaba y reprehendia, y decía: «Siendo yo obispo, mi oficio era no tratar negocio tan grave con dobleces y condiciones dudosas, sino sencilla y abiertamente enseñar á los otros la verdad, y lo que Dios manda y veda en su santa ley, y sacar de error á los que viven engañados.» Con este juramento que hicieron los eclesiásticos, el Rey salió con su intento, y mandó á Cranmero que pues estaba ya libre del juramento de obediencia que habia hecho al Papa por autoridad de las Cortes y del brazo eclesiástico, pronunciasse la sentencia del divorcio; lo cual él hizo en esta manera. Llevando consigo á los obispos, letrados, procuradores y escribanos que le pareció, se fué á una aldea que estaba cerca de la casa donde vivia la Reina, á la cual mandó citar muchas veces por espacio de quince dias; pero ella nunca respondió. Amonestó despues al Rey (que así estaba concertado entre los dos) que no tuviese por mujer á la que habia sido mujer de su hermano, pues era contra las leyes del Evangelio, ni perseverase más en aquel propósito, porque si no obedecía, él no podria (aunque le pesaria mucho dello) dejar de

usar, por razon de su oficio, de las armas de la Iglesia contra el Rey, que son las censuras eclesiásticas. Y no faltaban lisonjeros y embaucadores, inficionados ya de la herejía, que á grandes voces magnificaban al falso y perverso arzobispo, y decian que bien se veía que era verdadero prelado y dado de la mano de Dios, pues con tanta libertad, y sin respeto ni temor alguno amonestaba y reprendia al Rey, y le obligaba á hacer lo que debia. Tales son las mañas, embustes y artificios de los herejes; tan oscuras son sus tinieblas, con las cuales piensan escurceer la verdad. En fin, sin oir la parte de la Reina, á gusto y voluntad del Rey, que era parte y actor, Cranmero publicó la sentencia, y declaró que conforme al derecho divino, el Rey estaba obligado á apartarse de la Reina, y tenia libertad para casarse con otra á su voluntad. Pero el Rey (como dijimos) no habia aguardado esta sentencia para casarse con Ana (aunque secretamente) y conversar con ella como con su mujer; y así lo escribió el mismo Rey al Rey de Francia. La solemnidad de las bodas se hizo en Sábado Santo, públicamente, el año de mil quinientos treinta y tres, y á dos de Junio Ana fué coronada por reina, con la mayor pompa y aparato que ninguna otra reina lo habia sido. Salió de la torre de Lóndres, descubierta, en unas andas, para que todos la pudiesen ver. Iba delante toda la caballeria y todos los señores de salva y grandes del reino muy ricamente aderezados. Seguian las damas y señoras en sus acaneas. Ana iba vestida de una ropa de brocado carmesí, sembrada de infinita pedrería; al cuello llevaba un hilo de perlas mayores que grandes garbanzos, y un joyel de diamantes de inestimable valor, y sobre los cabellos una guirnalda á manera de corona riquísima, y en la mano unas flores, y volvíase de una parto á otra, como quien saludaba al pueblo, y del cual apenas hubo diez personas que la saludasen y dijesen: «Dios te guarde», como lo solian decir á la reina doña Catalina. Este fué el triunfo de Ana Bolena, bien diferente del triste y lastimoso espectáculo y fin que tuvo cuando, poco despues, le fué cortada la cabeza, como ádelante se verá (1).

CAPÍTULO XXIV.

Lo que pareció en la cristiandad del casamiento del Rey, y la sentencia del papa Clemente contra él.

Salió de Inglaterra la triste fama deste hecho, y derramándose por todas las provincias de la cristiandad, no se puede creer el espanto, indignacion y sentimiento que causó en los pechos de todos los príncipes cristianos. Particularmente el Emperador (como era razon) se agravió y enojó mucho, y suplicó al Papa que no permitiese que el rey Enrique se saliese con su desvergüenza y maldad, y quedase un ejemplo tan abominable sin castigo, del cual se seguirian gravísimos daños á toda la cristiandad. El Papa, aunque lo sentia mucho, así

(1) Lib. I, cap. xxxiv.

por lo que la cosa era en sí, como por la instancia que con tanta razon le hacia el Emperador, todavía pensando poder sanar á Enrique con blandura y con otros medios suaves, y queriendo tomar por medianero al Rey de Francia, dilató la cura hasta que se vió con él en Marsella, y el hijo segundo del rey Francisco se casó con su sobrina Catalina de Médicis. Pero despues que volvió á Roma, vista la insolencia de los embajadores del rey Enrique, los cuales en presencia del rey Francisco habian osado interrumpir al Papa, y apelar dél al futuro concilio, y animado del mismo Rey de Francia (el cual habia respondido á los embajadores de Enrique, con ánimo y voz de rey cristianísimo, que en las demas cosas él sería su hermano, mas que en las que fuesen contra la religion no queria su compañía ni amistad); examinada de nuevo la causa del matrimonio entre el rey Enrique y la reina Catalina, pronunció la sentencia que se sigue, el año de mil quinientos treinta y tres, que fué un año ántes que muriese.

« CLEMENTE PAPA VII. Como quiera que pendiente la lite ante nos y por nos cometida, en consistorio de los cardenales, á nuestro dilecto hijo Capisucco, nuestro capellan y auditor, y decano de las causas de nuestro sacro palacio apostólico, entre nuestros carísimos en Cristo hijos Catalina y Enrique VIII, reyes de Inglaterra, sobre si era válido el matrimonio entre ellos contraido, el dicho Enrique haya echado á la dicha Catalina, y de hecho casándose con cierta Ana, contra los mandatos y decretos nuestros, en que le amonestábamos y prohibíamos que no lo hiciese, con nuestras letras despachadas en forma de breve, con consejo de nuestros hermanos los cardenales de la santa romana Iglesia, despreciando temerariamente y de hecho todas las cosas aquí contenidas; por tanto, nosotros, con la plenitud de la potestad que Cristo, Rey de los reyes, en persona del bienaventurado san Pedro, sin nuestro merecimiento, nos concedió; sentados en el tribunal y trono de la justicia, y teniendo á solo Dios delante de nuestros ojos, por cumplir con nuestro oficio, de consejo de nuestros hermanos los cardenales de la santa Iglesia, congregados consistorialmente en nuestra presencia, por esta nuestra sentencia pronunciamos y declaramos el apartamiento y desposeimiento de la dicha reina Catalina, y privacion de casi la posesion del derecho conyugal y dignidad real, en la cual estaba al tiempo que se movió esta lite; y el matrimonio contraido entre el dicho Enrique y la dicha Ana (siendo todas estas cosas sobredichas notorias y manifiestas, como por tales las declaramos) ser y haber sido nulo, injusto y atentado, y sujeto al vicio de la nulidad é injusticia y atentacion, y que los hijos nacidos ó que nacerán de este matrimonio de Enrique con Ana han sido y son ilegítimos, y que la dicha reina Catalina debe ser restituida en su antiguo estado y casi posesion del derecho conyugal y dignidad de reina, y

P. R.

» que el dicho rey debe echar de sí y de su cohabitacion, y casi posesion del derecho conyugal y de reina, y apartar á la dicha Ana. Y así lo pronunciamos en estas nuestras letras apostólicas, decretamos y declaramos, restituimos, reponemos, echamos y apartamos. Y asimismo, con esta misma nuestra sentencia, por el mismo consejo y puro oficio nuestro arriba dicho, declaramos que el dicho rey Enrique ha caído é incurrido en las censuras y penas de excomunion mayor y otras contenidas en nuestras dichas letras, por no haberlas obedecido y haberlas despreciado; y como á tal, mandamos que todos los fieles cristianos le eviten. Pero queriendo usar de oficio de piadoso y benigno padre con el dicho Enrique, suspendemos la declaracion de las sobredichas censuras hasta y por todo el mes de Setiembre próximo venidero, para que pueda con más comodidad obedecer á nuestra sentencia y á nuestros mandatos; y si en este tiempo no obedeciere, y no restituyere á la dicha Catalina en el estado en que estaba cuando se movió la lite, y no apartare de su cohabitacion, y casi posesion del derecho conyugal y de reina, á la dicha Ana, y purgare con efeto todo lo que ha atentado, quedemos y decretamos que desde ahora para entónces tenga su lugar y fuerza esta nuestra presente declaracion.

» Así lo pronunciamos. »

CAPÍTULO XXV.

Lo que hizo Enrique despues que supo la sentencia del Papa.

Recibió Enrique esta sentencia por gravísima injuria y afrenta, y en lugar de reportarse y recogerse, determinó de vengarse, y luégo mandó, so graves penas, que de allí adelante ninguno llamase á doña Catalina reina ni mujer suya, sino la viuda del príncipe Arturo. Despues, siendo avisado de Ana que estaba preñada y para parir, desechó á la princesa María, su hija, y la apartó de sí como á ilegítima y bastarda, y la envió, despojada de toda la autoridad y nombre real, á su madre, para que viviese pobremente con ella; siendo entónces la Princesa ya de diez y siete años, y declarada por princesa de Walia, y jurada por heredera y sucesora del reino (como se ha dicho). Fué cosa maravillosa que habiendo el rey Enrique VII, padre deste Enrique el VIII, mandado matar á Eduardo Plantagineta, hijo del Duque de Clarence y sobrino del rey Eduardo el IV, y hermano de Margarita, condesa Sarisburiense, que era madre del cardenal Reginaldo Polo (1), no por culpa alguna que hubiese cometido, sino por asegurar la sucesion del reino en su hijo y en sus herederos, viniese su mismo hijo Enrique VIII á impugnar esta sucesion, y á ser contrario el padre á su propia hija, y que la defendiese Reginaldo Polo, que era sobrino de aquel á quien Enrique VII habia quitado la vida para establecer su sucesion. ¿Quién

(1) Polo, lib. III.

creyera que el padre habia de ser contrario á su hija, y que el que era tenido por enemigo, la habia de defender contra su propio padre, como lo hizo Polo en cuatro libros que escribió á Enrique VIII, *De la union de la Iglesia*. El cual, no contento con esto, en lugar de los criados que tenía la Reina, le puso sus guardas y espías para que le avisasen los que entraban en su casa della, y lo que en ella se hacia, de quién se fiaba, con quién se aconsejaba, quiénes eran sus amigos, á los cuales por muy ligeras causas y sospechas encarcelaba y maltrataba. Y para espantar y atemorizar á los demas, comenzó por el confesor de la Reina, que era un fraile venerable de la orden de la Observancia de San Francisco, llamado Juan Foresto, al cual prendió, y tras él á tres sacerdotes y doctores teólogos, que habian defendido delante los legados la causa de la Reina. Y andando así embravecido y furioso, permitió nuestro Señor que á los siete de Septiembre del año de mil y quinientos treinta y tres le naciese una hija, que se llamó Isabel, y es la que ahora reina; la cual, por la mucha sangre que ella ha derramado, y por su causa se ha derramado, con mucha razon algunos han llamado hija de sangre. Muchos, al tiempo que nació, sabiendo la deshonestidad de Ana Bolena, dudaron si era hija del rey Enrique; porque era cosa muy sabida desde entónces los amigos que tenía Ana, con los cuales fué despues sentenciada á muerte. Y así la princesa doña María, que sabía muchas cosas secretas por medio de su madre la Reina, y de los criados de su madre, nunca, siendo reina, quiso reconocer á Isabel por hermana ni por hija de su padre, el cual la mandó bautizar con gran pompa y majestad en la iglesia de los frailes de San Francisco de Grenvico; lo cual fué un infeliz pronóstico de la destruicion y calamidad que á todo el orden de San Francisco despues habia de suceder en Inglaterra, como luégo se dirá.

Habia en este tiempo en Inglaterra una monja, que se llamaba Isabel Bertona, tenida públicamente por santa, á la cual mandó matar por justicia el rey Enrique, y á otros dos monjes de San Benito, y á dos padres de San Francisco, y dos clérigos seglares. A éstos, porque la tenían por sierva de Dios, y decian que hablaba con su Espíritu; y á ella, porque decia que Enrique no era ya rey, porque no reinaba por Dios, y que María, su hija (que era tratada como bastarda), se sentaria en el trono real; lo cual despues se cumplió como ella lo dijo. El mismo dia que se hizo esta justicia, se mandó á todos los señores y principales del reino que delante del arzobispo Cantuariense Cranmero y del cancelario Audleo, y del secretario Cromwel y de los otros consejeros del Rey, jurasen que el segundo matrimonio era legítimo, y que Isabel, que dél habia nacido, era verdadera heredera del reino, y que la princesa doña María, como ilegítima y espuria, debia dél ser excluida. Desde aquel dia que esto se mandó, la reina doña Catalina comenzó á estar mala y afligirse notablemente, y no

tuvo más dia de salud. Y porque el obispo Rofense y Tomas Moro no quisieron jurar, fueron presos, y porque los frailes menores públicamente hablaban mal del segundo matrimonio, se enojó el Rey, y los aborreció de manera, que á los once de Agosto mandó echar á todos los frailes de sus monasterios y ponerlos en várias cárceles. Y eran tantos, que habia más de doscientos frailes de San Francisco en un mismo tiempo presos, y las cadenas y prisiones que se habian hecho para castigar á los adúlteros, homicidas y ladrones, se empleaban en atormentar y consumir á los siervos de Dios. También procuraron que todo el reino hiciese el mismo juramento, y reconociese al Rey por soberana cabeza de la Iglesia, y que los extranjeros (que en aquel tiempo estaban muchos en Lóndres) jurasen como los demas. Supieron esto algunos españoles que vivian á la sazón en aquella ciudad, y acudieron al embajador del Emperador para que lo estorbase, y de su consejo salieron de Lóndres y se ausentaron por algunos dias, hasta que el Embajador compuso la cosa, y acabó con Cromwel que los españoles no jurasen. Y desta manera se libraron.

CAPÍTULO XXVI.

De las Córtes que se hicieron para aprobar el casamiento del Rey y destruir la religion.

Vió Enrique que su divorcio con la Reina no se recibia tan bien en el reino como él deseaba, y que toda la gente piadosa, cuerda y grave trataba con mucho sentimiento dél; y queriendo prevenir y atajar los daños de sus principios, tomó un consejo desatinado y fuera de todo término: resolvióse de no tratar este negocio más por via de mandato, sino de autoridad pública y determinacion de todo el reino; y conociendo que podria salir con su intento (como comunmente suelen salir los reyes), le llamó á Córtes á los tres de Noviembre del año de mil y quinientos y treinta y cuatro. Sabia que las cabezas eclesiasticas eran de su parte y que algunos otros obispos no resistirian, y que Rofense estaba en la cárcel, y que era fácil á los demas que podian hacer contradiccion, ó apartarlos de las Córtes, ó con promesas, amenazas y persuasiones atraerlos á su voluntad; de los señores y caballeros asimismo tenían gran parte, porque él habia sublimado á muchos, y tenía por cierto que éstos y todos los que estaban inficionados de la herejía luterana (que no eran pocos) no harian ni querrian más de lo que él mandase. Las cabezas de toda la nobleza eran dos: el uno era Cárlos Brandon, duque de Sufolcia, cuñado del Rey, casado con su hermana María, hombre perdido y desalmado, y en su vida muy semejante á Enrique, cuya casa y posteridad, por castigo del cielo, miseramente fué asolada y destruida; el otro era Tomas Havardo, duque de Norfolcia, católico y buen soldado; mas por no perder la gracia del Rey se dejó llevar de la corriente; aunque no permitió nuestro Señor que gozase mucho de la gracia del Rey, que con sus ser-

vicios lisonjeros habia alcanzado, porque poco despues fué condenado á cárcel perpétua, y su hijo primogénito, heredero de su casa, llamado el conde Surreo, por mandado del mismo Rey murió degollado. Con estos ministros y malos medios, alcanzó Enrique que las Córtes determinasen cuanto él quiso; y lo primero fué, que la princesa doña María, su hija, fuese privada del título, honra y sucesion del reino, y se diese á Isabel, hija de Ana Bolena; lo segundo, que se quitase al Papa la potestad y jurisdiccion que tenía en los ingleses é irlandeses para siempre jamas, y que se tuviese por traidor y reo de lesa majestad cualquiera que de allí adelante diese á la Sede Apostólica la menor honra ó autoridad del mundo; lo tercero, que fuese habido por suprema cabeza de la iglesia de Inglaterra solo el Rey, por cuya autoridad plenísima se corrigiesen todos los errores y herejías y abusos della, y que, como á tal cabeza, se le pagasen las anatas de todos los beneficios el primer año, y las décimas de todas las rentas de los beneficios y dignidades eclesiásticas; lo cuarto, que ningun pontifice romano fuese llamado papa, sino solamente obispo; y mandó ejecutar con tanta crueldad esta ley, que condenaba á muerte á cualquiera persona en cuyo poder se hallase algun libro en que este nombro de papa no estuviese borrado. En todos los calendarios, índices, tablas de las obras de los santos padres, en todo el derecho canónico, en todos los teólogos escolásticos, el nombre de papa se borraba; no contento con esto, en el principio de las obras de san Cipriano, san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustin y los demas sagrados doctores y lumbreras de la Iglesia, mandaba (¡oh furor increíble!) escribir á cada uno que las tenía, que si en aquellas obras hubiese cosa que defendiese ó confirmase el primado del Pontífice romano, renunciaba y contradecía aquella palabra, sentencia y razon; vedó asimismo á todos el tratarse ó comunicarse por cartas con el Papa ó con sus ministros fuera de Inglaterra. Demas desto, en todos los oratorios, iglesias y monasterios donde se decian las letanias y otras plegarias, mandó raser dellas aquella peticion que se hace por el Papa, y en su lugar poner una blasfemia contra él; y queriendo tener compañeros en su maldad, envió embajadores al Rey de Francia para persuadirle que hiciese lo mismo; los cuales el Rey Cristianísimo no quiso oír (1). Pasaron á Alemania, con esperanza que los principes luteranos se juntarian con él; mas ellos, aunque alababan al Rey por haberse apartado de la obediencia del Papa, tuvieron por tan mala y fea la causa desta desobediencia, que nunca se quisieron juntar con Enrique; y así, despreciado y desamparado de los de fuera de su reino, mandó que los de dentro, en sus sermones y libros impresos, defendiesen la nueva y eclesiástica autoridad que él habia usurpado; tentó asimismo de nuevo á Reginaldo Polo, y le envió á Padua los ca-

pítulos de las Córtes, y cartas suyas muy amigables y regaladas, pidiéndole con mucho encarecimiento que escribiese en favor de aquellos capítulos y pragmáticas del reino y de su nueva autoridad, pues era su sangre y su amigo, y obligado por tantas mercedes como de su mano habia recibido; pero Polo escribió cuatro libros elegantísimos *De la union de la Iglesia*, y dedicólos y enviólos al Rey, y hízoselos dar en su mano, en los cuales reprehende doctísimamente al falso primado del Rey y sus maldades, y le exhorta á hacer penitencia dellas; sintió esta respuesta extrañamente el Rey, y encendióse y embravecióse, y dió bramidos como un leon, y condenó á Polo como á traidor y reo de lesa majestad, y por muchas maneras le procuró hacer matar.

CAPÍTULO XXVII.

Do la persecucion crueíísima que movió el Rey á todas las religiones.

Eran las cosas del Rey tan sin término de razon ni de justicia, que no podian dejar de parecer mal á todos los hombres cuerdos y desapasionados; y cuanto eran más santos y de vida más ejemplar, tanto más las aborrecian; y entendiendo él esto, se congojaba y carcomia; porque, aunque era tan malo y tan desenfrenado en su vida y gobierno, como se ve, todavía queria serlo y no parecerlo, á lo ménos á los buenos y siervos de Dios. Habia en Inglaterra en aquel tiempo muchas órdenes de religiosos y grandes siervos de nuestro Señor, los cuales florecian en santidad y doctrina, pero los que más se esmeraban entre todos eran tres, de la sagrada Cartuja, de San Francisco de la Observancia y de Santa Brígida. Determinó pues Enrique embestir con estas órdenes y combatir las, para que rendidas á su voluntad, y ganados todos los religiosos dellas, todos los demas se le rindiesen y sujetasen; vióse en esto la providencia de nuestro Señor, que permitió que asentase el su artillería y acometiese la más fuerte, para que no pudiendo entrar y derribar la fuerza inexpugnable de la verdad, quedase más corrido y confuso, y estos santos religiosos triunfasen más gloriosamente, y diesen más ilustre testimonio con su esfuerzo á nuestra verdadera y santa religion; fueron pues llamados, á los veinte y nueve de Abril del año de mil y quinientos y treinta y cinco, tres venerables priores de la Cartuja; propusieronles lo determinado en las Córtes, mandándoles que reconociesen y jurasen al Rey por suprema cabeza de la Iglesia; respondieron ellos que la ley de Dios mandaba lo contrario. Entónces Cromwel (que, como dijimos, era el vicario general del Rey en las cosas espirituales) con gran desden les dijo: «Vosotros habeis do jurar entera, clara y distintamente lo que se os manda, siquiera la ley de Dios lo permita, siquiera no.» Excusándose ellos, y diciendo que la Iglesia católica no habia enseñado tal cosa, respondió el malvado vicario: «No se me da nada de la Iglesia; ¿quereis jurar ó no?» Y como

(1) Esto dice Cocleo, lib. *Contra Morison*.

ellos quisiesen ántes desagradar al Rey que á Dios, fueron condenados á muerte y ahorcados, sin ser degradados, en su mismo hábito religioso de cartujos, para mayor desprecio y menoscabo de la religion. Hiciéronles compañía Juan Ayalo, presbítero, sacerdote y cura, lleno de celo, y Reginaldo, insigne teólogo y monje de Santa Brígida, varon señalado en santidad y letras, el cual estando al pié de la horca, exhortó al pueblo que hiciese oracion continua por el Rey, para que, pues en el principio de su reinado habia representado á Salomon en piedad y sabiduría, no acabase, como él, engañado y pervertido de las mujeres. Murió, á lo que escribe el cardenal Polo (1), con tan grande alegría y constancia, que cuando metió el cuello en el lazo del cabestro con que le habian de ahorcar, parecia que se echaba un collar de riquísimas piedras. Murieron estos cinco en un mismo lugar, fuera de la ciudad de Lóndres, á los cuatro de Mayo; y para espantar á los demas monjes cartujos, hizo poner los cuartos del prior de Lóndres, que era el uno dellos, en la misma puerta del monasterio, y dos hombres seglares por superiores en él, para que con halagos y amenazas pervirtiesen á los otros monjes mozos; estos seglares vivian con mucho regalo y abundancia, y mataban de hambre á los monjes, y con golpes y afrentas los maltrataban y perseguian; y viendo que se defendian con la autoridad de la sagrada Escritura y de los santos doctores, les quitaron todos los libros; pero el Señor los enseñaba sin ellos lo que habian de decir y hacer; y viendo que no aprovechaba nada, mandó prender otros tres sacerdotes cartujos, á los cuales por espacio de catorce dias los hicieron estar amarrados y derechos en pié, con argollas al cuello y á los brazos y piernas, y de manera que no se pudiesen para ninguna cosa menear; á éstos llevaron arrastrando, extendidos en unos zarzos de mimbres, por todas las calles principales y plazas de Lóndres, y colgados en la horca con una cuerda gruesa para que no se ahogasen tan presto, ántes que espirasen les cortaron la soga y los dejaron caer; y el verdugo, cortándoles las partes naturales, y despues sacándoles las entrañas estando aún ellos medio vivos, los echó en el fuego; y finalmente, cortada la cabeza, los hizo cuartos, y cocidos (para que durasen más), los pusieron en los caminos reales; cuando los mataban hacian que el compañero que se seguia estuviese mirando los tormentos y muerte de su compañero que iba delante, y era despedazado ante sus ojos, porque así pensaban atormentarlos y espantarlos más; pero ellos todos fueron tan constantes con el esfuerzo y espíritu del Señor, que ni mudaron la color del rostro, ni mostraron flaqueza en sus palabras, ni en el semblante y gestos algun rastro de temor. A otros dos padres cartujos, por grande favor y gracia, á los doce de Mayo los colgaron en la horca, sin atormentarlos más. No se contentó con

esto el cruel tirano, sino que hizo prender y encarcelar á otros diez santos cartujos, y tratarlos entre los ladrones con tanta crudeza y bárbara crueldad, que del hedor, hambre y mal tratamiento murieron todos en la cárcel, sino fué uno, el cual hizo el fin que habian hecho los otros sus santos compañeros; y fué grande el sentimiento que tuvo Cromwel porque eran muertos en la cárcel sin otro mayor tormento.

CAPÍTULO XXVIII.

De los ilustres varones Tomas Moro y Juan Rofense, y su martirio.

Tenía todo el reino puestos los ojos y los corazones en el obispo Rofense y en Tomas Moro, que estaban presos, para ver lo que el Rey hacia de ellos, y cómo ellos en esta batalla y trance se habian. El Rey, que sabía muy bien la autoridad que estos dos ilustrísimos varones tenian, deseaba por extremo ganarlos, especialmente á Tomas Moro, que por ser lego juzgaba le importaba más. Nació Tomas Moro en Lóndres, de familia ilustre; fué muy docto en todas letras, y en la lengua griega y latina elocuentísimo; ejercitóse casi cuarenta años en el gobierno de la república; fué embajador muchas veces de su rey; tuvo grandes cargos y preeminentes oficios, y administrólos con grande loy y rectitud, y con esto, y con haber sido casado dos veces y tenido muchos hijos, fué tan poco codicioso, que no acrecentó su patrimonio cien ducados de renta; tuvo grandísimo cuidado siempre de amparar la justicia y religion, y de resistir con su autoridad y doctrina y obras que escribió á los herejes, que venian de Alemania secretamente á inficionar el reino de Inglaterra, y entre todos los ministros del Rey se señaló en enfrenarlos é irles á la mano, y por esto, así como era amado y reverenciado de todos los buenos, era aborrecido y perseguido de los malos. Estando en la cárcel, despojado ya de sus oficios y bienes, nunca se vió en él señal de tristeza ni pena ni caimiento de corazon; ántes mostraba grande alegría y decia que todo este mundo, en el cual estamos desterrados despues del pecado, no es sino una cárcel y prision, de la cual á la hora de la muerte cada uno es llamado para oír su sentencia; y que él hacia gracias á nuestro Señor porque su cárcel no era tan estrecha ni tan apretada como la de los otros, pues siempre de dos males se ha de escoger el menor. A este varon tan calificado y excelente envió Enrique muchos de sus privados para atraerle á su opinion; y viendo que con todo su poder y artificio no le podia vencer, con grandes fatigas y congojas de su corazon, comenzó á dudar lo que más á cuento le vendria, ó dejar con la vida á un enemigo capital suyo y reprehensor de su adulterio, ó quitársela y caer en la indignacion de todo el reino. Al fin se determinó de comenzar por Rofense y acabarlo, porque habia sabido que el papa Paulo III le habia hecho cardenal estando en la cárcel, y no tenía esperanza ninguna de poderle

(1) Lib. III, *De unione Ecclesiarum*.

reducir, y ver si por este camino podia espantar y ablandar á Tomas Moro con la muerte de su amigo. Con esta resolucion, á los veinte y dos de Junio de mil y quinientos y treinta y cinco, fué llamado el obispo Rofense á juicio, siendo ya muy viejo y de edad casi decrepita. Lleváronle muy acompañado de soldados y sayones, parte á caballo y parte en barca por el rio Támesis, desde la torre de Lóndres hasta Vumenster, porque por su mucha edad y flaqueza no podia ir á pié; y por no querer confesar el primado eclesiástico del Rey, fué condenado á ser arrastrado, ahorcado y desentrañado, como lo habian sido los tres padres cartujos que contamos en el capítulo pasado; mas despues mitigaron esta pena, temiendo (á lo que se cree) que si le arrastraban, moriria el santo obispo ántes de llegar al lugar del suplicio, por su grande flaqueza. Llevándole á él, cuando le vió desde lejos, con grande alegría arrojó el santo viejo el báculo que llevaba en la mano y dijo: «Ea pues; haced vuestro oficio, que poco camino os queda.» Y llegado á él, levantó los ojos al cielo, y habló algunas breves y graves razones al pueblo, y luego suplicó á nuestro Señor por el Rey y por el reino y dijo: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*. Y acabando aquel himno, bajó la cabeza al cuchillo, dió su alma á Dios y recibió la corona del martirio; su cabeza fué puesta en una asta en la puerta de Lóndres, á vista de todo el pueblo; pero fué cosa maravillosa, que cada dia parecia más fresca y graciosa y de más venerable aspecto, y por esto el Rey la mandó quitar; este varon fué uno de los más santos, doctos y vigilantes pastores, y más lleno de todas las virtudes que en su tiempo tuvo la cristiandad; en tiempo del rey Enrique el VII fué tan estimado y reverenciado de todo el reino, que la madre del Rey le tomó por su consejero y confesor, y por aviso de Rofense hizo dos colegios muy señalados en la universidad de Cantabrigia, de la cual despues él fué cancelario, adonde, y en la de Oxonia, se instituyeron lecciones de teología, la cual por su industria y cuidado floreció mucho en Inglaterra. El mismo rey Enrique VII, por sola virtud y merecimientos, y sin otro favor ni negociacion, le nombró obispo Rofense; y porque no era tan rico aquel obispado como él merecia, Enrique VIII le quiso pasar á otro más rico, y nunca lo pudo acabar con él, porque decia el santo prelado que aquella iglesia habia sido su primera esposa, y él trabajado en ella, y que no queria trocarla por ninguna otra, pues no sería para él pequeña merced de Dios poderle dar buena cuenta, el dia de su muerte, de aquella pequeña manada que le habia encomendado; siendo verdad que en aquel punto la cuenta será más rigurosa que nadie piensa, y que ninguno estará mas seguro que el que tuviere menos ovejas y menos hacienda de que darla, y que él de aquella carga de su pequeño obispado sacaba cuánto más pesada le sería la de otro más rico y mayor. Habia Enrique VIII sobre todos los mortales amado y reverenciado á Ro-

fense, y dicho, como escribe el cardenal Polo (1), públicamente que le tenía por el más docto teólogo de cuantos en su vida habia conocido; mas despues, arrebatado de su ciega pasion, le mandó prender (como se ha dicho), y cuando supo que el Papa le habia dado el capelo estando preso, mandó á los jueces que le preguntasen si lo habia él procurado ó sabido; y él respondió que ni él habia deseado aquella honra ni otra ninguna en su vida, y mucho ménos en aquel tiempo, siendo de la edad que era y estando aprisionado y á las puertas de la muerte. Escribió maravillosamente, con increíble órden y fuerza, contra los herejes de su tiempo, y aún se dice que él fué el autor del libro de los *Siete sacramentos*, que se atribuye á Enrique, el cual libro despues doctísimamente defendió; gobernó su iglesia treinta y tres años, y con sus santísimos institutos y continuas vigiliass, estudios, ayunos, limosnas y obras de verdadero y santo prelado, de tal manera la cultivó, que de todos era amado y reverenciado como verdadero prelado, varon de Dios; porque ni dejaba cárcel ni hospital, ni pobre ni enfermo, que por sí mismo no visitase, y con su consejo, limosna y presencia no consolase. Luego que le prendieron los ministros de la justicia, echaron mano de todos los bienes, y pensando que un hombre ya viejo, y que habia sido obispo tantos años, tendria amontonado gran tesoro, abrieron con gran curiosidad todas las arcas, buscando la moneda, y habiendo hallado un cofre muy cerrado y fuerte con barras de hierro, lo quebraron, para ver si hallaban en él lo que tanto deseaban. Lo que hallaron fué un cilicio, y una disciplina y otros instrumentos, con que el santo varon se solia todavía afligir y castigar (con ser de la edad que era, y debilitado de tantos trabajos), y algunas blanquillas, que solia dar á los pobres acabada su penitencia; y así quedaron burlados de su vana esperanza, y maravillados por una parte, y por otra confusos. Vivió este glorioso confesor en una cárcel rigurosa, estando consumido de su mucha edad, y de los trabajos y cuidados y penitencias de toda la vida, quince meses enteros sobre toda la esperanza de las gentes; que parece que nuestro Señor le guardó con particular milagro, para que con tan ilustre martirio y deramamiento de su purísima sangre defendiese la prerogativa y preeminencia de la Sede Apostólica contra la tiranía y violencia de tan malvado Rey.

CAPÍTULO XXIX.

El martirio de Tomas Moro.

Fué avisado en la cárcel Tomas Moro de la muerte de su santo compañero Rofense (aunque el Rey habia mandado que no se lo dijesen), y temiendo que por sus pecados no merecia la corona del martirio, con el corazon lleno de amargura, y el rostro de lágrimas, se volvió á nuestro Señor y le

(1) Lib. 1, *De unione Ecclesiarum*.

dijo (1): «Yo confieso, Señor mio, que no merezco tanta gloria; no soy yo justo y santo como vuestro siervo Rofense, el cual entre todos los deste reino habeis escogido varon conforme á vuestro corazon; mas, oh buen Señor, no mireis á lo que yo merezco, sino á vuestra misericordia infinita, y si es posible, hacedme participe de vuestro cáliz y de vuestra cruz y gloria.» Dijo esto Moro con gran sentimiento y dolor, y los que no oian lo que decia, pensando se enternecia con el temor de su muerte, creyeron que se podia ablandar é inclinar á la voluntad del Rey; para moverle fueron muchos á la cárcel, y entre ellos su misma mujer, llamada Luisa, por orden del Rey, para persuadirle que no se echase á perder á sí y á sus hijos. Preguntóla él: «Señora, á vuestro parecer, ¿cuántos años podré yo vivir?» Respondió ella: Veinte años, mi señor, si Dios fuere servido. Entónces dijo él: «Pues ¿queréis vos, señora, que por veinte años yo trueque la eternidad? Si dijérades veinte mil años, algo dijérades, aunque tampoco ese algo no es nada, comparado con la eternidad.» Viendo pues los ministros de Satanas que no podian hacer mella en aquel ánimo, que á guisa de una fuerte roca estaba firme, quitáronle todos los libros que tenía y todo el aparejo para escribir, para que ni pudiese entretenerse con los muertos, ni comunicarse con los vivos. Aunque ántes desto escribió dos libros estando preso: el uno, del consuelo en la tribulacion, en inglés, y el otro, en latin, de la pasion de Cristo nuestro Señor. Despues que estuvo casi catorce meses en la cárcel, el primer dia del mes de Julio fué llevado de la torre de Lóndres delante de los jueces, y preguntado qué le parecia de la ley que se habia hecho estando él preso, en la cual se quita la autoridad al Papa, y se da al Rey, respondió con grande gravedad, agudeza y constancia. Finalmente, acusado de haber escrito á Rofense y animádole contra el decreto de esta ley, fué condenado á muerte. Entónces él con grande alegría dijo: «Yo, por la gracia de Dios, siempre he sido católico, y nunca me he apartado de la comunión y obediencia del Papa, cuya potestad entiendo que es fundada en el derecho divino y que es legítima, loable y necesaria, aunque vosotros temerariamente la habeis querido abrogar y deshacer con vuestra ley. Siete años he estudiado esta materia, y revuelto muchos libros para entenderla mejor, y hasta agora no he hallado autor santo y grave, ni antiguo ni moderno, que diga que en las cosas espirituales y que tocan á Dios, hombre y príncipe temporal pueda ser cabeza y superior de los eclesiásticos, que son los que las han de gobernar; tambien digo que el decreto que habeis hecho, ha sido muy mal hecho, porque es contra el juramento que habeis hecho de no hacer jamas cosa contra la Iglesia católica, la cual por toda la cristiandad es una é individua, y no teneis vosotros solos autoridad para hacer leyes ni decretos

ni concilios contra la paz y union de la Iglesia universal. Esta es mi sentencia, ésta es mi fe, en la cual moriré, con el favor de Dios.» Apénas habia dicho estas palabras Moro, cuando todos los jueces á grandes voces comenzaron á llamarle traidor al Rey, y particularmente el Duque de Norfolcia le dijo: «¿Cómo declarais vuestro mal ánimo contra la majestad del Rey?» Y él respondió: «No declaro, señor, mal ánimo contra mi rey, sino mi fe y la verdad; porque en lo demas yo soy tan aficionado al servicio del Rey, que suplico á nuestro Señor que no me sea más propicio á mí, ni de otra manera me perdone, que yo he sido á su majestad fiel y afectuoso servidor (2). Entónces el cancelario dijo á Moro: «¿Pensais vos ser mejor ó más sabio que todos los obispos, abades y eclesiásticos, que todos los nobles, caballeros y señores, que todo el concilio, ó por mejor decir, que todo el reino?» A esto respondió el santo: «Señor, por un obispo que vosotros teneis de vuestra parte, tengo yo ciento de la mia, y todos santos; por vuestros nobles y caballeros, tengo yo toda la caballería y nobleza de los mártires y confesores; por un concilio vuestro (que sabe Dios cómo se ha hecho), están en mi favor todos los concilios generales que en la Iglesia de Dios se han celebrado mil años há, y por este vuestro pequeño reino de Inglaterra, defienden mi verdad los reinos de Francia, España, Italia y todas las otras provincias, potentados y reinos amplísimos.» Oyendo estas palabras que habia dicho Moro delante del pueblo, pareciendo á los jueces que no ganarian nada, le mandaron apartar, habiéndole dado la sentencia de muerte. Acabado esto, le tornaron á la cárcel; llevándole, salió al camino su hija Margarita, muy querida dél, á la cual habia enseñado la lengua latina y griega, para pedirle su bendicion y el ósculo de paz, el cual dió el padre á su hija con mucho amor y ternura; vuelto á la cárcel, dióse más á la oracion y contemplacion, recreando su santa ánima el Señor con muchas y suavísimas consolaciones divinas. El dia ántes que le sacasen al martirio, escribió con un carbon (porque no tenía pluma) una carta á su hija Margarita, en que le decia el deseo grande que tenia de morir el dia siguiente, y ver á nuestro Señor, por ser dia de la octava del príncipe de los apóstoles, san Pedro (pues moria por la confesion de su primado y cátedra apostólica), y vispera de la Translacion del glorioso mártir santo Tomas, que en su vida habia sido siempre su abogado; y así se hizo como él lo deseaba, porque á los seis de Julio padeció; y estando en el lugar del martirio, acabadas sus oraciones, y llamando por testigo de la fe católica, en que moria, á todo el pueblo, y encargándole que rogase á Dios por el Rey, y protestando que moria como fiel ministro suyo, pero más de Dios, que es Rey de los reyes, tendió la cerviz al cuchillo, con

(1) Cap. vii.

(2) Del cardenal Pelo, lib. iii; y de una carta del cardenal Capua, que escribió de la muerte de Moro.

el cual el sayon cortó aquella cabeza de justicia, verdad y santidad, llorando todos, y pareciéndoles que no habia sido quitada la cabeza á Moro, sino á todo el reino. Quedó Enrique muy contento, como si fuera oficio de la cabeza de la Iglesia, cual él se tenía, quitar las cabezas á varones tan insignes en todo género de letras y virtud. Deseó Margarita, su hija, enterrar á su padre decentemente, porque supo que el cuerpo de Rofense habia sido arrojado sin clérigo, sin cruz y sin una sábana, y que no habia habido quien osase enterrarle, por la tiranía del Rey. Temiendo que no aconteciese otro tanto á su padre, y no habiendo traído de su casa ni lienzo en que envolverle, ni dineros con que comprarle, entró en una tienda, y concertó las varas de lienzo que parecieron bastantes para aquel oficio de piedad; y queriendo que se lo diesen fiado, echó acaso mano á la faldriquera, y halló el justo precio del lienzo que habia comprado, sin faltarle ni sobrarle un maravedí; y animada con este milagro, envolvió el cuerpo de su padre (porque, por ser mujer, y hija de tal padre, ninguno se atrevió á estorbarla), y cumplió la obligacion que á padre y á santo martir se debía.

CAPÍTULO XXX.

La sentencia del papa Paulo III contra el rey Enrique.

Presidia en la Iglesia de Dios en este mismo tiempo el papa Paulo III, el cual habia sucedido en el pontificado á Clemente VII, ya difunto; y como era varon magnánimo y prudentísimo, y supo lo que pasaba en Inglaterra, y que el Rey no habia tenido cuenta con las cartas, embajadas, amonestaciones, mandatos y amenazas de su predecesor, ántes iba cada dia de mal en peor, despues de haberlo pensado y encomendado mucho á nuestro Señor, movido de su celo y justicia, quiso usar de remedios más ásperos para curar (si fuese posible) la llaga encancerada: pues con blandos y piadosos no se habia podido sanar. Despachó una bula en el primer año de su pontificado, á los treinta de Agosto de mil quinientos treinta y cinco, en la cual, despues de haber dicho la obligacion que, como pastor universal, tenía de velar sobre todas las iglesias y ánimas de los fieles, y su amor antiguo al rey Enrique, por sus grandes merecimientos, cuenta con cuanto dolor de su ánima habia sabido que el mismo Enrique, olvidado de su antigua piedad y de la reverencia que debía á Dios y á su Iglesia, y de su propia honra y salvacion, contra el derecho divino y la prohibicion de la Iglesia, habia ignominiosamente dejado á la nobilísima y religiosísima reina doña Catalina, su legítima mujer, habiendo vivido con ella muchos años y tenido della muchos hijos, y que viviendo ella, habia efectuado matrimonio con otra mujer inglesa, llamada Ana Bolena, y que pasando delante con su maldad, habia promulgado impías y heréticas leyes contra el primado del Pontífice romano, y tomado y usurpado para si, con una nove-

dad jamas oida, el título de *cabeza de la Iglesia en su reino*, y forzado á sus súbditos que recibiesen y aprobasen los dichos decretos impíos, y á los que no querian, así legos y seglares como religiosos de todas órdenes, los habia muerto con exquisitos tormentos, y entre ellos al santísimo obispo Rofense, que resplandecía con la dignidad de cardenal, y que por estas obras habian incurrido en excomunion y en las otras penas y censuras eclesiásticas, conforme á los antiguos y sagrados cánones, y habia perdido el derecho del reino, y que aunque él, viendo la obstinacion y dureza de Faraon, con que habia despreciado todos los remedios, mandatos y sentencias de su predecesor Clemente, tenía poca esperanza de la penitencia del Rey, mas que para usar oficio de piadoso padre, habia dilatado el castigo, y ahora, forzado, procedia á él con la mayor blandura y suavidad que su oficio de pastor universal le permitia. Así le pide y ruega por las entrañas de Jesucristo que vuelva en sí y se arrepienta de sus culpas y maldades, anule las leyes injustas, y no compela á sus súbditos que las aprueben, y se abstenga de encarcelar y perseguir á los inocentes. Amonestá gravísimamente á todos los fautores, consejeros y cómplices del Rey, que de allí adelante no le den favor, consejo ni asistencia; y si no quisiere el Rey y sus cómplices obedecer, los descomulga, y priva al Rey del reino, y pone entre dicho en él, y declara ser ilegítima é infame cualquiera sucesion que de tal matrimonio con Ana hubiese; absuelve á los vasallos y súbditos de la obediencia y juramento hecho al Rey; manda á todos los fieles que no tengan comercio con Enrique, ni con los pueblos ó personas que le obedecieren; da por nulos é inválidos todos los contratos que entre ellos se hicieren; manda á los prelados y personas eclesiásticas que salgan de Inglaterra, á los principes y barones que se opongan á él y procuren echarle del reino; anula todas las ligas y confederaciones de los otros reyes y principes con Enrique, y otras cosas y penas semejantes, que en la misma bula del Papa se pueden ver.

CAPÍTULO XXXI.

Despoja Enrique los monasterios, y empobrece con sus bienes.

Mas Enrique, como desamparado de Dios, cada dia acrecentaba sus males. Luégo despues de haber muerto á los siervos de Dios, quiso despojar los monasterios de sus bienes, y para esto dijo que, como suprema cabeza de la Iglesia, mandaba se visitasen, y nombró para ello un jurista, llamado Leo, hombre lego y profano. La instruccion de la visita que se dió fué ésta: que inquirese y pesquisase muy particularmente las culpas y pecados de todos los religiosos. Que el que tuviese ménos de veinte y cuatro años saliese del monasterio, y volviese al siglo aunque no quisiese, y si tenía más de veinte y cuatro años, no fuese forzado, pero tuviese libertad de irse á su casa. Que á los que saliesen, en lugar del hábito religioso, se les diese hábito de

clérigos y ocho ducados, y á las monjas se les diese hábito seglar. Finalmente, que todos los religiosos y religiosas de todas las órdenes diesen á los ministros del Rey todas las joyas, ornamentos y reliquias de los santos que tenían. Esto se hacia para que el Rey tuviese ocasion de asolar todos los monasterios y robar sus bienes. Y el malvado visitador Leo, para reformar los monasterios de las monjas y vírgenes á Dios consagradas, las solicitaba á toda deshonestidad y torpeza. Con esto, á los cuatro de Hebrero, publicando grandes maldades contra los religiosos, que sus ministros habian fingido, alcanzó en las Córtes que todos los monasterios que no tenían más que setecientos ducados de renta cada año se diesen y entregasen al Rey con todas sus rentas. Comenzó por estos monasterios de menor cuantía (como él decia), porque eran ménos necesarios á la república, y porque no se podia guardar en ellos (siendo pocos los religiosos) la disciplina y vida regular; pero verdaderamente para ir poco á poco ganando tierra, y con ménos sentimiento y dificultad pasar de los menores á los mayores, y para que los abades de los monasterios más opulentos y ricos hiciesen menos resistencia á la voluntad del Rey, viéndose ellos libres y que no se trataba de sus rentas. Oprimió y asoló, con este primer ímpetu, Enrique trescientos setenta y seis monasterios, y cogió de los despojos dellos como ciento veinte mil escudos de renta cada año, y de los bienes muebles cuatrocientos mil ducados, sin lo que sus ministros robaron y tomaron para sí. Y entre frailes y monjas renunciaron los hábitos, y volvieron al siglo, más de diez mil personas. De lo cual se puede sacar lo que despues ataló y arruinó en espacio de tres años, cuando no dejó este desventurado rey monasterio en pié. Y no es ménos de notar que despues destos primeros robos y sacrilegios, comenzó á empobrecerse y á tener tan grandes necesidades, que para salir dellas fué forzado echar grandes pechos y tributos sobre los pueblos, por los cuales tomaron ellos las armas contra el Rey. Aunque en mayor pobreza se vió despues que robó todas las iglesias y se hizo señor de sus bienes, como adelante se dirá (1).

CAPÍTULO XXXII.

Lo que la Reina escribió á su confesor, animándole á la muerte, y lo que él la respondió.

Vivia en este tiempo la santa reina doña Catalina en un perpétuo llanto y afliccion, que le causaba, por una parte el ver á su marido en estado tan miserable y sin remedio, y por otra las molestias que con mucha desvergüenza Ana Bolena le hacia. Pero más sentia la bárbara y inhumana crueldad con que los ministros del Rey maltrataban al venerable viejo y santo padre Juan Foresto, de la orden de San Francisco, su confesor. Oyó decir que le habian condenado á muerte y á

ser ahorcado y juntamente quemado vivo, despues de haberle tenido dos años preso, entre ladrones y hombres facinerosos, en una dura y horrible cárcel, con muchos y muy graves tormentos y penas. No pudo la santa Reina, cuando oyó esto, dejar de enternecerse y derretirse en lágrimas por la compasion de su padre espiritual. Y aunque era cosa de mucho riesgo, dándole fuerzas el dolor, le escribió una carta con estas palabras, que dan bien á entender el gran conocimiento y estima que el Señor le habia dado de sí y de las cosas perecederas de este miserable mundo.

«Padre mio venerable: Pues que tantas veces »habeis aconsejado á otros y consoládoles en sus »trabajos, bien sabeis lo que agora os conviene »en este tiempo, cuando el Señor os llama á pelear »por él. Si pasáredes con alegria estas pocas y »breves penas y tormentos que os están apareja- »dos, ya sabeis que recibiréis vuestro eterno ga- »lardon. Loco sería y desatinado el que le quisiese »perder por librarse de cualquier tribulacion desta »presente y miserable vida. Mas, ¡oh padre mio fe- »licísimo, á quien Dios ha hecho tanta merced, »que conozca lo que muchos hombres no conocen, »y que acabe tambien la carrera de su vida santí- »sima y los trabajos de su tribulacion con las pri- »siones, tormentos y muerte cruel, padecida por »Cristo! Y ¡ay de mí, miserable vuestra hija, que »en un tiempo como éste, de tanta soledad y des- »amparo, he de perder un amonestador tan queri- »do, y un padre tan entrañable y tan amado en »Jesucristo! Cierto, si os pudiese hablar, y decla- »rar á vuestra caridad el afecto ardentísimo de mi »corazon (como os he descubierto mis secretos y »los íntimos pensamientos de mi conciencia y de »mi alma), veríades en ella el deseo tan encendi- »do de morir, ó con vos ó ántes que vos. Y si el »Señor lo quisiese, ó no se desagradase dello (al »cual yo sujeto humildemente mi vida y todos mis »deseos), yo compraria esta muerte con todas las »penas y tormentos desta vida. Porque ni puedo »vivir ni tener contento en este mundo desdichado, »viendo que se me quitan los santos, de los cua- »les no es digno el mundo. Pero por ventura he »hablado como una de las mujeres insipientes. Y »pues parece que Dios así lo ordena, id delante »vos, mi padre, con fortaleza y bienaventurado »fin, y con vuestros ruegos alcanzadme del Señor »gracia para que presto y seguramente os siga por »este mismo camino, aunque sea áspero y dificul- »toso, y que entre tanto me haga, por su miseri- »cordia, particionera de vuestros santos tormen- »tos, trabajos y peleas. Ésta recibiré por vuestra »postrera bendicion en esta vida, porque despues »de vuestras victorias y coronas, mayores gracias »y favores espero del cielo. No hay para qué yo os »exhorte á correr tras aquella bienaventurada y »eterna corona que os está aparejada, y anhelar »por ella, aunque sea padeciendo todos los tor- »mentos y penas que el mundo os puede dar; pues »vuestra noble sangre y maravillosa doctrina, y el

(1) Lib. 1, cap. XLV.

» conocimiento y amor del cielo, y la institucion y
 » profesion de tan santa religion como es la de
 » San Francisco (la cual abrazastes en vuestra
 » tierna edad), os enseñan y amonestan lo que en
 » un trance tan riguroso como éste habeis de hacer,
 » y os dan fuerzas para hacerlo. Pero, porque es
 » gran dón de Dios padecer por él, yo, en mis con-
 » tinuas oraciones, lágrimas y penitencias, supli-
 » caré á la divina Majestad que os dé gracia para
 » que acabeis valerosamente esta batalla, y alcan-
 » ceis por ella la gloriosa corona de vida inmortal.
 » El Señor sea con vos, padre mio de mi alma;
 » acordáos de mí siempre en la tierra y en el cielo
 » delante de Dios.—Vuestra hija desconsoladísima,
 » CATALINA.»

Recibió con gran consuelo esta carta el religioso confesor, y respondió á ella desde la cárcel con estas palabras :

«Serenísima señora, Reina y hija mia en las en-
 » trañas de Cristo carísima: Tomas, vuestro criado,
 » me dió la carta de vuestra majestad, la cual en
 » esta mi afliccion y continua esperanza que tengo
 » de ser presto desatado de las ataduras deste mi-
 » serable cuerpo, no solamente me ha dado con-
 » suelo y alegría, sino tambien ánimo y esfuerzo
 » para pasar con paciencia y perseverancia mis tor-
 » mentos. Porque, aunque es verdad que veo la mi-
 » seria y poquedad de todas las cosas humanas, y
 » que toda la felicidad y adversidad desta vida so-
 » deshace en un punto y desaparece como humo, y
 » que en comparacion de la inmortalidad y gloria
 » que esperamos, no se ha de estimar ni hacer caso
 » dellas; pero no puedo negar á vuestra majestad
 » que las dulcissimas palabras de su carta y de su
 » caridad han despertado y esforzado en grande
 » manera al desprecio de todas las penas y muer-
 » tes mi ánima (la cual á las veces siente su tris-
 » teza y teme su flaqueza, y está cuidadosa y so-
 » lícita por considerar su indignidad), y la han
 » levantado y encendido á la esperanza y conside-
 » racion de los bienes eternos. Nuestro Señor Jesu-
 » cristo pague á vuestra majestad, señora y hija
 » mia, de mí más que todas las cosas de la tierra
 » querida, esta caridad que conmigo ha usado, y
 » por este breve consuelo le dé aquella paz y ale-
 » gría de su rostro, que no tiene fin. Pido humil-
 » mente á vuestra majestad que con sus fervorosos
 » y continuos ruegos suplique al Señor que me es-
 » fuerce en esta batalla; porque con esto no terná
 » que temer de mi constancia y fortaleza, ni que
 » tener cuidado de los tormentos, por terribles que
 » sean, que me están aparejados. Porque no sería
 » cosa decente ni conveniente á mis canas que en
 » un negocio de Dios tan grave como éste, yo me
 » moviese con estos cocos y espantajos de niños, y
 » que habiendo ya vivido sesenta y cuatro años,
 » huyese como flaco la muerte, y que á cabo de
 » cuarenta y tres que há que he aprendido y ense-
 » ñado á los otros, en este hábito de San Francisco,
 » á despreciar todas las cosas perecederas, no ama-
 » se yo y con todas mis fuerzas anhelase á lo que

» para siempre ha de durar. De vos, señora, hija
 » mia amantísima, vivo y muerto, siempre tendré
 » cuidado, y suplicaré al Padre de las misericordias
 » que á la medida de vuestros dolores sea la de
 » vuestros gozos y consuelos. Entre tanto rogad
 » al Señor por este vuestro siervo y devoto cape-
 » llan, y dignáos de hacerlo con mayor instancia y
 » fervor, cuando entendiéredes que estoy en los
 » horribles tormentos que me están aparejados. En-
 » vio á vuestra majestad mi rosario, porque, á lo
 » que dicen, no me quedan más de tres dias de
 » vida.»

Hasta aquí son palabras deste siervo de Dios. Y aunque una criada de la Reina le escribió el continuo llanto en que estaba su señora por la muerte que á él se le aparejaba, rogándole encarecidamente que si queria que viviese la Reina, procurase escaparse de tal muerte, él le respondió reprehendiéndola y diciendo que no habia la criada aprendido de su señora á escribirle lo que le escribia. «Co-
 » mo si no hubiésemos (dice) de resucitar para la
 » gloria, ó como si no hubiese de ser tanto más glo-
 » riosa nuestra corona, cuanto fuere mayor nuestra
 » paciencia, y más ásperos los tormentos con que la
 » alcanzáremos.» Y que á la misma Reina convenia que él muriese por la justificacion y abono de su causa, lo cual él hacia de muy buena gana, por morir juntamente por la verdad.

CAPÍTULO XXXIII.

La muerte de la reina doña Catalina, y la carta que escribió al Rey.

Esto respondió el santo padre, pensando morir luego é ir ántes al cielo que la Reina; mas nuestro Señor, con su eterna providencia, ordenó otra cosa. Porque la Reina, del mal aire y continuo dolor y tristeza de corazón, murió dentro de pocos dias (no sin sospechas de veneno), á los seis de Enero, el año de mil quinientos treinta y cinco, á los cincuenta de su edad, y á los treinta y tres despues que llegó á Inglaterra. Su cuerpo fué enterrado con mediana pompa en la ciudad llamada Petriburgo. Fué por cierto admirable esta reina en la santidad y en la prudencia y en la constancia y fortaleza que tuvo. Porque, siendo ella de suyo tan amiga de recogimiento y de penitencia (como habemos visto), nunca se pudo acabar con ella que se entrase en un monasterio ó hiciese cosa en perjuicio de su matrimonio. Y siendo ya echada de palacio, y maltratada y perseguida del Rey y de sus ministros, nunca quiso salir de Inglaterra, ni venir á España ó á Flándes, como se lo rogaba el Emperador, su sobrino, donde fuera muy regalada y servida. Llevó con grande paciencia y sufrimiento sus trabajos y calamidades, diciendo que más merecian sus pecados, y que creia que la causa principal de su desastrado casamiento habia sido la muerte del inocente mancebo Eduardo Plantagina, hijo del Duque de Clarencia y sobrino del rey Eduardo el IV, al cual el rey Enrique VII hizo matar sin culpa ninguna, por asegurar la sucesion

del reino en sus hijos, é inclinar más á los Reyes Católicos que le diesen su hija para casarla con el príncipe Arturo, su hijo, como despues se hizo. Solia decir la santa Reina que, siendo Dios servido, ella no queria ni sobrada felicidad ni extremada miseria, porque la una y la otra tienen sus tentaciones y peligros. Pero que cuando se hubiese de escoger la una de las dos, más querria una muy triste fortuna que muy próspera, porque en la triste, por maravilla falta algun alivio y consuelo, y en la muy próspera, ordinariamente falta el seso. Estando para morir escribió la carta que se sigue al Rey, su marido:

«Señor mio y rey mio, y marido amantísimo: El amor tan entrañable que os tengo me hace escribir en esta hora y agonía de muerte, para amonestaros y encargaros que tengais cuenta con la salud eterna de vuestra alma más que con todas las cosas perecederas desta vida, y más que con todos los regalos y deleites de vuestra carne, por la cual á mí me habeis dado tantas penas y fatigas, y vos habeis entrado en un laberinto y piélagos de cuidados y congojas. Yo os perdono de buen corazon todo lo que habeis hecho contra mí, y suplico á nuestro Señor que él tambien os perdone. Lo que os ruego es, que mireis por María, nuestra hija, la cual os encomiendo, y os pido que con ella hagais oficio de padre. Y tambien os encomiendo mis tres criadas, y que las caseis honradamente, y á todos los demas criados, para que no tengan necesidad, y demas de lo que se les debe, deseo que se les dé el salario entero de un año. Y para acabar, yo os certifico y prometo, señor, que no hay cosa mortal que mis ojos más deseen que á vos.» Dos traslados hizo la Reina desta carta; el uno envió al Rey, el otro al embajador del Emperador, que era Eustaquio Capucio, rogándole que si el Rey no cumpliese lo que ella le suplicaba, él se lo acordase, ó hiciese al Emperador que lo cumpliese.

Como Enrique recibió la carta de la Reina, no pudo dejar (por duro que fuese su corazon) de enternecerse y llorar muchas lágrimas, y rogó al embajador del Emperador que fuese luego á visitarla de su parte. Mas, por mucha priesa que se dió el embajador, cuando llegó ya habia espirado. Luego que lo supo el Rey, mandó que toda su casa se vistiese de luto y que se hiciesen las obsequias de la Reina; y haciéndolo todos así, sola Ana Bolena dió muestras de su alegría y regocijo, y se vistió de colores y muy galana ella y sus damas. Y dándole algunos el parabien de la muerte de la Reina, la mala hembra dijo que le pesaba, no que hubiese muerto, sino que hubiese muerto tan honradamente. No se puede decir el sentimiento que hubo en toda la cristiandad de la muerte de la Reina, y con cuanta honra, pompa y gastos, casi todos los príncipes cristianos le hicieron las honras, alabando y ensalzando sus virtudes, y reprehendiendo y detestando al rey Enrique y á los de su consejo, que le habian apresurado la muerte con un tratamiento

tan cruel y tan extraño. Este fué el fin de la santa reina doña Catalina, esclarecida, cierto, por haber sido reina y hija de reyes, y de tan grandes reyes como fueron los Reyes Católicos, de gloriosa memoria; pero mucho más ilustre y bienaventurada por las excelentes virtudes con que resplandeció en el mundo, y ahora reina con Cristo. Pasemos adelante, y veamos el fin de Ana Bolena, que le sucedió en el reino, y cotejemos linaje con linaje, vida con vida y muerte con muerte. Por aquí entenderemos cuán secretos é incomprensibles son los juicios de Dios, y cuán poco empece la tribulacion al justo, y lo mucho que daña la prosperidad al malo, pues con la una se apura y afina el oro de la virtud, y la otra es tropiezo y cuchillo para el pecador. Y aunque los vicios y maldades de Ana Bolena fueron tan feos y abominables, que no puede un hombre cristiano, y más religioso, hablar dellos sin cubrirse el rostro de vergüenza, todavía escribiré yo aquí algunos dellos, por ser ya muy sabidos y públicos, y estar escritos é impresos por muchos y graves historiadores, y procuraré de guardar tal moderacion, que ni ofenda á las orejas castas y limpias, ni falte á la verdad de la historia. De lo que dijere, á lo ménos podrán sacar todos que tarde se pierden las siniestras y malas mañas que se aprenden en la tierna edad, y que donde hay más libertad hay más peligro, y donde más grandeza y poder, más desenvoltura y flaqueza, si la libertad no está enfrenada con el freno de la razon, y el poder más sujeto y rendido á la ley y espíritu del cielo. Pero sigamos nuestro camino y volvamos al hilo de nuestra historia.

CAPÍTULO XXXIV.

Manda matar el Rey á Ana Bolena públicamente, y por qué.

Quedó Ana Bolena tan contenta y tan ufana con la muerte de la Reina, que no cabia de placer, porque se veia ya libre de competencia y asentada con seguridad en su trono, y que todos la llamaban á boca llena *reina*, y ella se podia tener por tal. Pero por justo juicio y castigo de Dios, á deshora, cuando decia *paz. paz*, se levantó la guerra contra ella, para que cayese de su estado, y pagase con su pena las culpas graves de su soberbia y deshonestidad. Cuatro meses despues que murió la reina Catalina, el Rey se comenzó á cansar de Ana, y aficionarse á una doncella de las que la servian, llamada Iana Semeira, y poco á poco pararon los amores en lo que aquí se dirá. Habia movido Ana, despues que parió á Isabel, y pareciéndole que, pues no habia tenido hasta entónces hijo varon del Rey, tampoco le podria tener adelante, y que pues era mujer de rey, era justo que tambien fuese madre de rey, para asegurar el reino y para que el hijo que naciese de ambas partes fuese de la casa Bolena, y en ella se perpetuase la corona, por más secreto convidó con su cuerpo á Jorge Boleno, su hermano, y tuvo abominable ayuntamiento con él. Pero no le sucedió lo que deseaba; porque no le nacieron hijos, y con el desco dellos y con las malas

mañas que habia aprendido en su mocedad, fácilmente se inclinó y se determinó con otros; de manera que no solamente se aficionó á algunos hombres nobles, y tuvo acceso con ellos, mas tambien con un músico ó maestro de danzar, que se llamaba Márcos, hijo, como algunos dicen, de un carpintero. Y como eran muchos los amigos de Ana, y ella era libre y muy osada, no se pudo encubrir su maldad al Rey. Pero él con extraña disimulacion calló hasta que un día, estando en Grevinga, en ciertas fiestas y en grandes regocijos, vió que Ana echó, desde la ventana donde estaba, un lienzo suyo á uno de sus galanes que andaba en la plaza, para que se limpiase el sudor del rostro. Entónces se levantó el Rey con grande saña, y sin decir nada á nadie, se partió luego con pocos criados para Lóndres, quedando todos maravillados, y Ana turbada, desta repentina partida del Rey. El día siguiente tomó ella sus barcos para irse por el rio Támesis á Lóndres, que estaba como cinco leguas de allí, y á medio camino los ministros de justicia la estaban aguardando para llevarla presa al castillo de Lóndres, que está sobre el mismo rio. Cuando se vió prender Ana, al principio comenzó á maravillarse y á embravecerse, despues á quejarse y á lamentarse, y finalmente á rogar y suplicar que la llevasen delante del Rey. El cual no se lo quiso conceder; porque, como estaba ya cansado della, y enamorado de Ana Semeira, habia determinado de castigar y despachar á Ana Bolena, lo cual se hizo de esta manera. Sacáronla de la cárcel donde estaba, y lleváronla públicamente al tribunal; presentáronla delante de los jueces, entre los cuales estaba asentado, por mandado del Rey, Tomas Boleno (que, como dijimos, era marido de su madre), y siendo convencida de adulterio y del incesto con su hermano, fué condenada á muerte, y á los diez y nueve de Mayo le fué cortada la cabeza públicamente, no habiendo gozado del título de reina sino cinco meses, despues que falleció la santa reina Catalina. Dicen que no se quiso confesar ántes de su muerte, porque era hereje, y que mostró que no recibia tanto pesar della, como contento por haber subido de una pobre mujer que habia sido, á ser reina, y que daba la culpa de su desastrado fin á su soberbia, y al mal tratamiento que por su causa y persuasion habia hecho el Rey á la reina doña Catalina. Tambien dicen que el día que se hizo justicia della, el Rey se vistió de color, permitiéndolo así nuestro Señor, para pagarle en la misma moneda la desvergüenza y libertad con que ella se habia vestido de colores el día que se hicieron las honras de la santa reina doña Catalina, como queda referido (1). Fué tan grande el dolor que Tomas Boleno desta justa sentencia recibió, que dentro de pocos días le acabó la vida. Tres días despues que se hizo la justicia de Ana, fueron tambien ajusticiados sus amigos y galanes, que fueron Jorge Boleno, su hermano, Enrique Noresio,

Guillelmo Bruertono, Francisco Vestono, caballeros que habian sido de la cámara del Rey, y el músico que dijimos, llamado Márcos Esmetono. Y á una vieja de la cámara de Ana, que era la medianera y encubridora, la quemaron ántes, dentro de la plaza de la torre de Lóndres, á vista de la misma Reina. En esto paró el amor tan vehemente y desatinado que el Rey tuvo á Ana Bolena. Éste fué el remate de la deshonestidad y soberbia della. Así castigó nuestro Señor á él y á ella, y vengó la muerte de la santa reina doña Catalina. Buen ejemplo es éste para conocer el paradero que tienen los apetitos desenfrenados de los hombres, y cómo despeñan á los que se dejan arrebatar dellos; y que no hay otro más cruel verdugo para el malo que la propia conciencia y el saber que tiene por enemigo á Dios. Consideremos la entrada en el reino de Ana Bolena, y su salida, sus principios y sus fines, su triunfo y su ignominia, y entendamos que á tal vida se debia tal muerte, y á tal gloria tal suplicio y afrenta, y que es más costoso el vicio que la virtud. Ningun sentimiento se hizo en el reino de la muerte de Ana Bolena, ántes hubo universal contento y alegría, porque todos la aborrecian por los vicios notorios é infames que tenia en el ánima y en el cuerpo. Y fuera de Inglaterra hubo el mismo regocijo. ¡Triste mujer, que nació y se crió, y se casó y murió con tal oprobio é infamia! Malaventurada, porque destruyó á su padro y á su hermano, y á muchos otros consigo, y más por la arrogancia y presuncion que tuvo en querer competir con una reina, en sangre y virtud clarísima, de la cual en todas las cosas ella era tan desemejante. Pero sobre todas las cosas infelicitísima y abominable, por haber sido el origen y fuente manantial del cisma y destruicion de su patria, y por habernos dejado una hija que así la imita, é hinche y colma la medida de su madre.

CAPÍTULO XXXV.

El casamiento del Rey con Iana Semeira, celebracion de córtes, y alboroto que hubo en el reino, y nacimiento de Eduardo.

Luégo, el día siguiente despues que murió Ana, se casó el Rey con Iana Semeira (2), porque estaba ya tan preso y cautivo de su amor, que no pudo aguardar ni un día más; y se entendia que el haber muerto á la una, habia sido por casarse con la otra. Mandó juntar córtes del reino y sínodo de los obispos, en las cuales propuso dos cosas. La una, que se deshiciese y diese por inválido todo lo que ántes se habia hecho contra la princesa doña María, en favor de Isabel, hija de Ana. La otra, que se diese forma de la religion que se habia de guardar en Inglaterra; porque habia tan gran confusion y desórden el tiempo que vivió Ana, que muchos no sabian lo que habian de creer, hacer ó afirmar. Y para que no pareciese que temia al Papa, ó queria volver á su obediencia, ante todas cosas mandó que ninguno fuese osado en aquel sínodo

(1) Cap. xxxiii.

(2) Juana Seymour.

hablar palabra de su primado, ó poner duda en él. Y para ejecutarlo con más fuerza, declaró por su vicario general y supremo en todas las causas eclesiásticas y espirituales á Tomas Cromwel, y le dió un sello particular para el despacho de los negocios, y ordenó que presidiese en aquel sínodo á todos los obispos y prelados. Lo cual él hizo muchas veces, siendo hombre lego y sin ningunas buenas letras; y con esta autoridad de vicario, hizo algunos cánones y decretos, y sellados con su sello, los mandó guardar á los arzobispos, obispos, abades y á todo el clero de Inglaterra. Entre ellos habia un decreto, en que se mandaba á todos los curas, so graves penas, que de allí adelante enseñasen en sus iglesias en inglés el Pater noster y el Ave María, Credo y Mandamientos de la ley de Dios, y las demas cosas tocantes á la doctrina cristiana. Despues hizo un libro, con la autoridad pública de las córtes y del sínodo, en que se mandaba lo que se habia de creer y guardar, y fueron seis puntos católicos. El primero, la verdad del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. El segundo, que basta recibirle en una especie para nuestra salvacion. El tercero, que se guarde el celibato de los sacerdotes. El cuarto, que se cumplan los votos de castidad y continencia hechos á Dios. El quinto, que las misas se celebrasen como cosa ordenada de Dios, y necesaria para nuestra salvacion. El sexto, que la confesion de los pecados con el sacerdote se conservase en la Iglesia, y que el que contraviniere á estos puntos fuese castigado como hereje severísimamente. Hame parecido poner aquí estos capítulos y determinaciones de las córtes de Inglaterra, para que se vea cuán ciega é inconstante es la herejia, y cómo va siempre creciendo de mal en peor. Pues cuando ella comenzaba, y era aún flaca en aquel reino, se determinaron y publicaron en él estos capítulos, que son católicos y verdaderos, los cuales despues, creciendo la maldad, los han revocado, y deshecho lo que ántes habian hecho. Que esto es propio de los hombres herejes y engañados, tejer y destejer, afirmar una cosa y luégo negarla, y no tener firmeza ni estabilidad en ninguna cosa. Y como el demonio se va apoderando dellos cada dia más, caen de uno en otro, en mayores y más desvariados errores; y como dice el Apóstol (1): *Proficiunt in peius*. Pero volviendo á nuestra historia, esto se determinó, mas poco se guardó, porque no aprovechan las determinaciones de los hombres sin Dios; no puede ningun miembro tener vida, apartado de su cabeza, ni el sarmiento dar fruto si está cortado de la vid; ni pudo el rey Enrique, ni los obispos ó prelados y grandes de su reino conservar la verdadera y católica fe, estando ellos desunidos del vicario de Jesucristo y sucesor de san Pedro, que es pastor universal y suprema cabeza de la Iglesia católica. Para que se vea cuán grande verdad es lo que dijo san Cipriano (2), «que las

herejias y cismas nacen, porque no se obedecen en la Iglesia á un sacerdote y á un juez, que está en lugar de Cristo.» Por esto no bastaron las leyes del Rey, ni los decretos de las Córtes, para que el reino estuviese limpio de herejias, y tambien porque el mismo Rey, que con estas leyes queria parecer buen cristiano y pío, por otra parte robaba las iglesias y profanaba los monasterios, despojabas los altares sagrados y reliquias de todos los tesoros y riquezas que tenian, con un sacrilegio é impiedad tan extraña, que parecia que, ó no creía ninguna cosa, ó que, como otro Mahoma, queria componer un alcoran de várias sectas y religiones. Y así, el mismo Rey, aunque se mostraba severo contra los luteranos y zuinglianos, tenía muchos de los errores dellos; y su primado Cranmero, y su vicario espiritual Cromwel, y otros obispos y prelados que él habia hecho, estaban ya inficionados de la pestilencia de las herejias, y tras ellos, muchos caballeros y gente principal. Porque estando, por sus culpas, desamparados del verdadero espíritu de Jesucristo, y de la union é influjo de su cabeza, no es maravilla que cayesen en varios errores, y abriesen la puerta á las herejias, que entónces comenzaron, y despues crecieron, y al cabo abrasaron el reino de Inglaterra. No parecia que habia en aquel tiempo otro Dios en él, sino la voluntad del Rey; éste era el norte de todos sus lisonjeros y ministros. Viendó esto los católicos, y que no tenían esperanza de remedio, se levantaron contra el Rey en algunas partes del reino, y tomaron las armas más de cincuenta mil hombres. Y para mostrar que su intento era defender la religion católica, pusieron por armas en sus banderas y estandartes las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo, y el cáliz con la hostia, y el nombre de Jesus en medio dellas. El Rey temió mucho este alboroto y movimiento de los católicos, y aunque envió gente de guerra contra ellos, procuró sosegarlos, y prometió y juró de enmendar todo lo que ellos querian, y de no castigar á nadie por aquel alboroto; y con este engaño, dejaron las armas los católicos, y el Rey despues mandó matar treinta y dos personas dellos, entre los cuales hubo algunos caballeros, barones, abades, sacerdotes y frailes. Y en el mismo tiempo que él ejecutaba esta justicia, nuestro Señor ejecutó otra contra él, quitándole al Duque de Richmundia, su hijo bastardo, al cual amaba tiernamente, aunque poco despues le dió un hijo de su mujer Iana Semeira, que se llamó Eduardo, el cual nació á los diez de Octubre del año de mil quinientos treinta y siete. Estando su madre muy fatigada de los dolores del parto y en peligro de la vida, preguntaron los médicos al Rey cuál queria más que viviese, el hijo ó la madre. Él respondió que el hijo; porque estaba en su mano tomar otra mujer, y no lo estaba tener otro hijo; y así, vivió el hijo y murió la madre.

(1) II, Timot., 3.

(2) Lib. 1, epíst. 3.

CAPÍTULO XXXVI.

La venida del cardenal Polo á Flándes, y lo que della resultó.

Habíase entretenido el papa Paulo III, como padre piadoso, sin ejecutar su sentencia contra el Rey, teniendo grandes esperanzas de su enmienda y correccion; porque, viendo que habia castigado á Ana Bolena, la cual habia sido la fuente original de tantos males, y declarado en sus córtés que no queria seguir las opiniones de Lutero, y hecho severas leyes contra ellas; y que todo el pueblo habia tumultuado por el nuevo cisma, y que por ser muerta la santa reina doña Catalina, estaba viudo, y libre para casarse con cualquiera otra mujer, ¿quién no creyera que el Rey habia de volver en sí y reportarse, y tomar otro mejor consejo? Por estos motivos, y por habérselo rogado muchos príncipes cristianos, quiso el Papa tentar de nuevo el ánimo de Enrique; y habiéndolo comunicado con el Emperador y con el Rey de Francia, envió á Reginaldo Polo (á quien poco ántes habia dado el capelo) por legado *à latere* á Flándes, para que estando cerca de Inglaterra, en su nombre y de los otros príncipes, rogase é importunase á Enrique que se reconociese y volviese á Dios. Llegó á París el Legado, y fué recibido con grande pompa y solemnidad. Súpolo Enrique, y despachó con toda diligencia á Francisco Briano para pedir al Rey de Francia que le entregase al Legado, y que si no lo hiciese, tuviese por perdida su amistad. No pudo el Rey de Francia hacer lo que Enrique le pedia, porque habia venido el Legado sobre su fe y palabra; mas, por no irritar á Enrique (con quien por entónces le estaba bien tener amistad), mandó avisar secretamente al Legado que se partiese otro dia luégo de su reino. Así lo hizo, y se fué á Cambray, con muy gran peligro de su vida, hallando todo el camino lleno de soldados, no solamente imperiales y franceses, sino tambien ingleses, que venian en favor de Francia. De manera que los criados que acompañaban al Legado tuvieron tan grande sobresalto y pavor, que ninguno se atrevia á llevar la cruz delante dél, como delante de los legados se suele llevar; y fué menester que el mismo Legado con grande ánimo y esfuerzo la tomase y llevase con sus manos, hasta que los criados, corridos, se la quitaron y hicieron su oficio. Llegado á Cambray, supo que Enrique le habia mandado pregonar por traidor, y prometido cincuenta mil ducados al que le matase; y viéndose en mayor peligro, entre gente armada y atrevida, no sabía qué hacerse, sino volverse á Dios, cuya era su causa. Y como él nunca desampara á los suyos, movió á Everardo de la Marchia, cardenal y obispo de Lieja (que á la sazón era presidente del consejo de Flándes), para que le convidase y enviase á llamar debajo de su palabra, y humanísimamente le acogiese y le tratase. Lo cual sintió Enrique extrañamente, y envió luego á Flándes á ofrecer que si le entregaban al Legado, dejaria al Rey de Francia, y se volveria á la parte del Em-

perador, y le ayudaria con cuatro mil infantes, y luégo depositaria la paga de diez meses en manos del consejo de aquellos estados. Tanta era la rabia que tenia contra el cardenal Polo. Supo el Papa el peligro de su legado, y mandóle volver á Roma, y dióle gente de guarda contra el furor de Enrique; y al Cardenal de Lieja hizo legado de los estados de Flándes, en pago de la buena obra que habia hecho á Polo, y servicio á la Sede Apostólica. Mas Enrique, como vió que se le habia escapado el cardenal Polo, con increíble braveza y furor se volvió contra todos sus deudos y amigos, y hizo prender á la madre del cardenal Polo, Margarita, condesa de Sarisburia (1), hija de Jorge, duque de Clarenceia, el cual fué hermano de padre y madre del rey Eduardo el IV. A la cual, siendo ya mayor de edad, y venerable por su santa vida y costumbres, porque era madre de tal hijo, echándola que habia recibido cartas dél, públicamente la hizo despues degollar, á los veinte y ocho de Mayo del año de mil quinientos cuarenta y uno. Y en el mismo juicio condenó á muerte al mismo cardenal Polo, y á Gertuda, marquesa Exoniense, y á Adriano Fortescuto, caballero principal, y Tomas de Ingleo, del hábito de San Juan; y á estos dos postreros cortaron la cabeza á los diez de Julio. Juntamente con Margarita, madre del Cardenal, fueron presos su hijo mayor, llamado Enrique Polo, señor de Monteagudo, y Enrique Curteneo, marqués de Exonia y conde de Devonía, nieto del rey Eduardo el IV, y hijo de su hija, y otro caballero principal, llamado Eduardo Nevelo; los cuales todos, porque no obedecian á los impíos decretos del Rey, fueron justiciados, y otros dos sacerdotes con ellos, el mismo dia.

CAPÍTULO XXXVII.

La crueldad del Rey contra los religiosos de San Francisco, y muerte del padre fray Juan Foresto.

Era atrocísima y horrible la persecucion y afliccion de los católicos deste tiempo en Inglaterra, y el atizador y fomentador della era el malvado vicario espiritual Cromwel. El cual, porque era hereje y deseaba que el Rey se juntase con los herejes de Alemania contra el Emperador, instigaba al Rey contra Polo y los de su casa, como contra personas confidentes del Papa y del Emperador, á cuya contemplacion decia que el Papa habia hecho á Polo cardenal. Tuvo ocasion Cromwel para atizar y encender más al Rey, porque en aquel mismo tiempo era muerto Cárlos, duque de Gueldria (2), príncipe muy católico, y habia sucedido en el estado Gulielmo, duque de Cléves, el cual, porque secretamente favorecia á los herejes, y porque temia que el Emperador le habia de quitar el estado de Gueldres, se habia confederado con el Rey de Francia y con algunos príncipes de Alemania, que eran enemigos del Emperador, y deseaba, por su mayor se-

(1) Salisbury.

(2) Gueldres.

guridad, aliarse y confederarse tambien con el rey Enrique, y darle por mujer á su hermana Ana de Cléves; la cual cosa agradaba al Rey, y á Cromwel era provechosa, y de los príncipes de Alemania era muy deseada. Con esta ocasion, Cromwel perseguia á los católicos con calumnias y falsos testimonios, teniéndolos por amigos del Papa y del Emperador. Y así, procuró que se echasen á un cabo los santos religiosos de San Francisco, que algunos años ántes habian sido presos; y aunque algunos dellos eran muertos en la cárcel, muchos todavía vivian. A estos todos deseaba el Rey acabar; mas temiendo la infamia (porque eran muchos), escogió algunos y mandólos matar con diversos géneros de muerte. A uno ahogaron con el cordon que traia de su religion. A otro mataron de hambre en la cárcel. A otro con el hedor della y mal tratamiento. Treinta y dos dellos, en cadenas de dos en dos, fueron enviados á diversas partes, para que muriesen en las cárceles con ménos escándalo y murmuracion del pueblo. Pero porque el bienaventurado padre fray Juan Foresto, fraile de San Francisco (de quien se ha hecho mencion), habia sido muy amado de la reina doña Catalina, y él se habia mostrado más animoso en resistir al primado del Rey, quisiéronle atormentar más cruelmente, y enviar al cielo con más atroces penas. Por esto, á los veinte y dos de Mayo de mil quinientos treinta y ocho, en un campo de la ciudad de Lóndres, llamado Fabro, le colgaron con dos cadenas á dos horcas por los brazos, y le quemaron vivo con un fuego lento, comenzando por los piés, hasta que dió su espíritu al Señor. Y juntaron con esta bárbara inhumanidad que usaron contra este siervo de Dios, otra mayor impiedad contra el mismo Dios; porque, estando en Walia, que es cerca de Glasconia, una figura de Cristo, de madera antigua y de gran veneracion, á la cual concurría el pueblo con mucha devocion; los ministros de Satanás la quitaron de donde estaba, y la trajeron á Lóndres, y la quemaron juntamente con el santo confesor. Y para no dejar parte ninguna de crueldad y desvergüenza contra este santo mártir de Jesucristo, escribieron muchos versos y canciones, y las publicaron y fijaron por los cantones de la ciudad, mostrando y haciendo escarnio dél, porque negaba su evangelio y que el Rey era cabeza de la Iglesia. No solamente se encruelcía el Rey contra los religiosos y siervos de Dios, sino tambien contra sus ministros y criados, por más privados y favorecidos que fuesen. Porque, si en la menor cosa le ofendian ó contradecian á sus apetitos y gustos, por el mismo caso los hacia matar, olvidándose de sus antiguos servicios. Y destos fueron Nicolas Carco, su caballerizo mayor, de la orden de San Jorge y de la Jarretera, y Leonardo Grayo, virey de Ili-vernía. Y aún los mismos herejes no se escapaban de su saña y furor, si alguno se desmandaba en decir mal de las leyes del Rey; y así, hizo quemar á un Juan Lamberto, zuingliano, aunque habia apelado de Cromwel, su vicario espiritual, al Rey.

CAPÍTULO XXXVIII.

De la impiedad de Enrique contra las sepulturas, reliquias ó imágenes de los santos, y la sentencia del Papa contra él.

Pero, porque no pareciese que solamente tenía autoridad en la tierra, y poder sobre los mortales y vasallos suyos, quiso tambien hacer guerra á los santos que están en el cielo; y por consejo y parecer de su vicario, mandó quitar de su reino todas las imágenes de nuestra Señora y de otros santos, á los cuales acudia la gente con mayor concurso y devocion, y por mostrar nuestro Señor en ellas con milagros manifiestos y beneficios soberanos más su misericordia por intercesion de sus santos, todo el pueblo ofrecia grandes dones y riquezas; los cuales por este camino pretendió el Rey robar, y así lo hizo; porque no quedó cosa rica ni de precio en estos santos lugares, que no viniese á poder del Rey. De aquí pasó á las sepulturas de los santos mártires, y á perseguir sus reliquias. Habia en Inglaterra tres memorias de tres mártires ingleses, que entro todos eran de mayor concurso y veneracion. La primera, de san Albano, mártir, el cual fué el primero (que se sepa) que en aquella isla, en el año del Señor de trecientos, en tiempo de Diocleciano emperador, derramó su sangre por la fe de Jesucristo, y por esto con mucha razon le llaman «el protomártir de Inglaterra.» La segunda era del santo rey Edmundo, el cual por la misma fe fué martirizado de los gentiles, el año de ochocientos sesenta y uno. La tercera fué de santo Tomas, arzobispo cantuariense, el cual padeció por la justicia y por la defension de la libertad eclesiástica, en tiempo del rey Enrique el II, el año del Señor de mil ciento setenta y uno. Las sepulturas destos tres mártires eran los más señalados santuarios de todo el reino, y por la liberalidad de los reyes pasados y devocion del pueblo, los más ricos. En éstos embistió con grande ímpetu Enrique, y los despojó y asoló con tanta rabia é impiedad, que un varon docto que se halló presente, lamentándolo, dice estas palabras: «Si fueras presente (1), y hubieras visto, como yo vi, profanar los templos, derribar los altares, robar los sagrarios, maltratar con injurias y afrentas las imágenes y reliquias de los santos, creo cierto que no pudieras tener las lágrimas ni los gemidos y sollozos, viendo que hombres que se tienen por cristianos hacian cosas tan crueles y bárbaras, que ningun enemigo de Cristo, ni tirano, en ninguna historia se lee haberlas hecho. ¿Qué dijera Enrique VII, padre deste impío tirano, si resucitara ahora, y viera que todos los dones y cosas preciosas que él y todos los otros príncipes cristianos y reyes de Inglaterra, sus predecesores, con tanta piedad habian dado á la Iglesia y consagrado á Dios, este su hijo las robaba y profanaba? Maldijera, cierto, á la hora en que lo engendró, y al dia en que nació un monstruo tan aborrecible y espantoso.» Esto dice

(1) Ricardo Hiliardo.

aquel autor. Mas, aunque Enrique perseguia á todos los santos del reino, contra quien más se embriaveció fué el gloriosísimo arzobispo Tomas Cantuariense, así porque habia muerto por la libertad de la Iglesia, como por las riquezas infinitas que en su iglesia tenia. El tesorero que en aquel tiempo ~~er~~ del Rey confesó que habia tanta copia de oro y plata, y joyas y piedras preciosas, y ornamentos riquísimos, que se sacaron veinte y seis carros cargados de sola ella. Y de aquí se puede ver lo que se sacaria de todos los otros templos, oratorios y monasterios de todo el reino, que despojó. Y no se contentó este bárbaro é impío tirano de haber puesto las manos sacrilegas en los tesoros de Dios y de su santo mártir, sino que con una infernal y diabólica rabia le mandó citar y parecer delante de su tribunal, al cabo de casi cuatrocientos años que era muerto por la defension de la justicia, y canonizado en el cielo y en la tierra, y resplandecido en el mundo con infinitos milagros. Y le condenó como á traidor, y le mandó borrar del catálogo de los santos, y en las Córtes estableció, so pena de muerte, que ninguno celebrase su dia, ni se encomendase á él, ni le llamase santo, ni tuviese libro ni calendario en que no estuviese borrado su nombre. Y para que mejor se entienda la impiedad y blasfemia increíble con que esto se hizo, quiero poner aquí parte de la sentencia de Enrique contra este glorioso y santo pontifice, al cual con razon podemos llamar dos veces mártir: una en vida, y otra despues de su muerte. En la cual sentencia habiendo dicho muchas mentiras y tratádole indignamente, dice al cabo estas palabras: «Por lo cual, su majestad ordena expresamente y manda que el dicho Tomas Becquet (así llama al santo por escarnio) de aquí adelante no sea tenido ni llamado ni estimado por santo, sino por el obispo Becquet, y que todas las imágenes y pinturas suyas sean quitadas de todos los templos, capillas y lugares de todo el reino, y que no se guarden ni se celebren los dias de fiesta que ántes á honra suya se solian celebrar y guardar, y que se borren todos los libros, los oficios divinos, collectas, antifonas y oraciones que se habian hecho para su memoria é invocacion.» Estas son las palabras de la sentencia; en las cuales se ve tan extraña arrogancia, braveza y más que diabólica impiedad, que apenas se hallará otra semejante en ningun tirano y perseguidor de nuestra santa fe, gentil ó hereje, en todos los siglos pasados. Pero no paró aquí la de Enrique, porque luégo, tras las palabras que habemos referido, añade las siguientes: «Manda asimismo su majestad que ninguno sea osado de celebrar los otros dias de fiestas que han sido abrogados, sino que se guarden los estatutos y mandatos que su majestad ha dado sobre esto, para que sus pueblos y súbditos no sean más engañados, ántes sean librados de toda la supersticion y idolatria que en los tiempos pasados han tenido; y esto se mande, so pena de la indignacion y desgracia de su majestad, y de otras penas arbitrarias.» ¿Qué an-

tipapa, ó por mejor decir, que Anticristo pudiera decir más de lo que dice en estas palabras Enrique, pues echa los santos del cielo, y manda que no sean tenidos ni honrados por santos los que como á tales ha reverenciado siempre la Iglesia católica, y áun tan glorioso pontifice é ilustre y fuerte mártir como fué santo Tomas, cancelario y primado, gloria de su reino, y lumbrera y ejemplo de toda santidad en la Iglesia de Dios, le trata como á hombre facinoroso, rebelde y traidor? Y en esto ha sido más cruel y más impío que el mismo Enrique II, que fué causa, ó á lo ménos ocasion, con sus palabras, de la muerte deste santo pastor; porque Enrique II, en algunas cosas (aunque sin razon), se tuvo por ofendido de santo Tomas arzobispo; Enrique VIII, de ninguna cosa pudo recibir disgusto ni tener desabrimiento con él, sino es por haber muerto por la libertad de la Iglesia, cuya suprema cabeza es el Papa. Enrique II no quiso amparar ni defender á los que le mataron, ántes los envió al Papa para que le pidiesen perdon y penitencia de aquel delito, y se purgó dél, y dió satisfacion que no habia sido cometido por su orden ni voluntad, y cumplió con toda obediencia y humildad la penitencia que le impusieron los legados del Papa, por la ocasion que habia dado á la muerte del Santo con sus palabras (1). Enrique VIII, en su sentencia, justifica á los matadores, y dice que el Santo fué causa de su misma muerte. Enrique II honró mucho al santo mártir y se prostró delante de su sepultura, y con su hijo Enrique, reverenció muchas veces sus sagradas reliquias, y con devotas lágrimas le suplicó le perdonase. Y el mismo dia que hizo esto la primera vez, alcanzó una vitoria muy señalada de sus enemigos, y prendió al Rey de Escocia, y tuvo otros muy prósperos sucesos por intercesion deste santo. Enrique VIII, á cabo de cuatrocientos años, mandó quemar estas mismas reliquias y derramarlas al viento, y le persiguió como si hubiera sido algun hombre infame ó hereje. Enrique II dió muchos y ricos dones al templo donde fué enterrado santo Tomas, y por su respeto enriqueció aquel monesterio y le tuvo siempre en grande veneracion. Enrique VIII asoló el monesterio, profanó el templo, robó todos los tesoros y riquezas que Enrique II y todos los otros reyes sus sucesores habian dejado para el culto divino y honra del santo mártir. Finalmente, Enrique II deshizo luégo las leyes que habia hecho contra la libertad de la Iglesia, por la cual murió santo Tomas. Enrique VIII resucitó estas mismas leyes y otras peores (como se puede ver en esta historia) para hacerse cabeza monstruosa de la iglesia de Inglaterra. Y ordenó otras cosas tan abominables é increíbles como éstas; las cuales el papa Paulo III cuenta en una bula que despachó, el año de mil quinientos treinta y ocho, contra el rey Enrique. En la cual, despues de dar las causas por que se habia detenido en proceder contra él, esperando su

(1) P. Blasensis, epist. LXVI ad Gulterum Panorm t., archieplsc,

correccion y enmienda, y que ya le tenia por desahuciado y sin remedio, dice estas palabras: «Porque, no contentándose de haber muerto con extraños y atrocísimos tormentos á los sacerdotes y prelados vivos, no ha tenido grima de ejecutar su crueldad contra los muertos, y contra tales muertos, que por muchos siglos han sido reverenciados como santos canonizados de toda la universal Iglesia. Porque, despues de haber citado y llamado á juicio, por mayor escarnio y desprecio de la religion, al bienaventurado mártir Tomas Cantuariense, y condenádole por contumaz y declarádole por traidor, le hizo desenterrar y quemar, y derramar al viento sus cenizas sagradas; habiendo sido este glorioso mártir, por los innumerables milagros que el Señor obraba por él, reverenciado en todo el reino y acatado con suma veneracion; mostrándose Enrique en esto más bárbaro que todos los bárbaros; pues aún los enemigos, cuando son vencedores en la guerra, no suelen ejecutar en los muertos su crueldad; y el mismo Enrique ha robado el arca de oro en que estaba el santo cuerpo, y todos los dones y cosas preciosas que le habian sido presentadas, y ha despojado el monasterio dedicado á aquel bienaventurado san Agustin, que fué apóstol de Inglaterra, el cual estaba en la misma ciudad Cantuariense, muy rico de joyas. Y como él se ha transformado en una fiera bestia, así ha querido honrar á las otras fieras sus compañeras; porque, habiendo echado los monjes de aquel monasterio, lo ha hecho corral de fieras y bestias, que es un género de maldad jamas oido, no solamente entre cristianos, sino entre infieles y turcos.» Todo esto dice el Papa, y añade que viendo que esta llaga estaba encancerada é incurable, se habia determinado de hacer lo que hace un buen cirujano, que es cortar el miembro podrido, para que todo el cuerpo no perezca. Y que por tanto lo descomulga, y pronuncia y renueva todas las censuras y penas en la otra bula contenidas, el primer dia de Enero del año de mil quinientos treinta y ocho, y el quinto de su pontificado. Y manda que esta sentencia se publique en algunos pueblos de los estados de Flándes, que eran del Emperador, y en algunos otros de Francia y de Escocia, que es señal de haberse comunicado con estos principes, en cuyos estados se habia de publicar y fijar, y que ellos fueron de parecer que se hiciese.

CAPÍTULO XXXIX.

El asolamiento de los monasterios de Inglaterra, y la tiranía con que se hizo.

Mas Enrique no por eso se enmendó, ántes hizo otros insultos, rapiñas y violencias. Porque, despues de haber echado de sus casas á todos los frailes de las cuatro órdenes mendicantes, y usurpádolas y tomádolas para sí, y dado el monasterio de San Agustin de Lóndres, con su iglesia y todos los bienes muebles, á su vicario Cromwel (por cuyo parecer todo esto se hacia), y haber comenzado él á labrar

un suntuoso palacio en él (aunque Dios no quiso que lo acabase), mandó juntar Córtes el año de mil quinientos treinta y nueve, y juntáronse á veinte y ocho de Abril. En las cuales, no habiendo quien se atreviese á resistir al Rey, ni repugnar á la proposicion que hizo Cromwel, se determinó que todos los monasterios del reino, así de hombres como de mujeres, fuesen del Rey, y todas sus rentas y bienes se confiscasen para su corona. En publicándose este decreto, viérades una cuadrilla de sayones asir de los santos religiosos, y con baldones y afrentas echarlos de sus casas, y con violencia romper las puertas de los monasterios de las monjas, y solicitar y violar las sagradas vírgenes; las cuales, ni podian estar en su religion, ni tenian adónde volver la cabeza. En Lóndres, en este tiempo, fueron saqueados cuatro monasterios de monjas, y ellas echadas fuera de sus casas, con miserable y lloroso espectáculo. Y porque algunos clérigos y religiosos hablaron con alguna libertad desta impía crueldad del Rey, fueron presos y despues hechos cuartos. No se contentó el Rey con haber quitado las haciendas á los religiosos, sino que halló otra invencion más diabólica para hacerles perder las ánimas. Mandó componer una escritura pública, en nombre de los mismos religiosos, en la cual suplicaban al Rey que los librase, como juez supremo, de la servidumbre y cautiverio que tenian en los monasterios, con manifiesto peligro de sus ánimas, y les diese libertad; y que recibiendo esta tan grande merced de su mano, libre y espontáneamente, sin fuerza, apremio, engaño ni inducimiento de nadie, le cederian, y desde luégo le cedían de su misma voluntad, los monasterios, casas y rentas que hasta allí injustamente habian poseido, y las ponian en manos de su majestad, á quien de derecho pertenecian. Y esto, para que se entendiese que lo que él hacia no era por codicia de los bienes que robaba, sino por condescender con la suplicacion que los mismos religiosos le hacian. Que ésta es la hipocresía y artificio de los herejes para colorar sus maldades, cometerlas ellos, y echar la culpa dellas á los mismos que las sufren y pasan por sus tiranías y violencias. Envió el Rey sus ministros por todos los monasterios con este impío instrumento, para que, de grado ó por fuerza, los abades y conventos lo firmasen y sellasen. Y á los que, vencidos de temor y flaqueza, le obedecian, los regalaban y favorecian, y con dones enviaba á sus casas, como á varones de Dios, quietos y pacíficos, y amigos de la república, y á los que hallaban constantes y fuertes los maltrataban y calumniaban, y llamaban fariseos, soberbios, sediciosos y rebeldes al Rey. De manera que en aquel tiempo no habia cosa más miserable en Inglaterra que un pobre religioso, pues aún no podia perder los bienes de su religion sin perder su alma. No succediendo al Rey este artificio como deseaba, hizo martirizar á tres abades y á dos clérigos, porque no habian querido firmar la escritura que he dicho; y entre ellos, el principal fué Vitingo, abad Glasconiese,

varon venerable, del cual hablaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XL.

La muerte de Vitingo, abad de Glasconia, y el fin de las religiones en Inglaterra, y principio de la Compañía de Jesus.

Glasconia es un lugar en la parte occidental de Inglaterra, el cual se tiene, por tradicion y autoridad de muy antiguos escritores, ser aquel que José de Arimatía (el cual sepultó á Cristo nuestro Señor, y fué echado de los judios de su tierra, y vino en tiempo de Neron emperador, con muchos compañeros, á Bretaña) alcanzó del rey Arvirago, para edificar en él una capilla á Dios del cielo, el año del Señor de cincuenta. Así lo dice Gilda Britano, autor cristiano y gravísimo, que escribió habrá mil y cien años, y por su excelente sabiduría es llamado *el Sabio*, y los anales de Inglaterra, que despues se han escrito, confirman lo mismo. Este lugar acrecentó despues Lucio, rey de los britanos, habiendo sido lavado con el agua del santo bautismo. Y Inas Principelos de Vestanglos, prudentísimo y santísimo, que fué el primero que hizo tributario el reino de Inglaterra al romano Pontifice, cerca de los años del Señor de setecientos y cuarenta, edificó en él un suntuosísimo monasterio, el cual muchos reyes despues acrecentaron y dotaron y ennoblecieron, llamando aquel lugar *la primera tierra de los Santos*. Deste monasterio era abad Vitingo, varon por su mucha edad venerable, y por su santa vida y religion (que habia conservado en la abundancia grande de bienes temporales) admirable. Porque en su monasterio y en los demas de Inglaterra, en aquel tiempo, todos los religiosos vivian en comunidad, asistian con gran cuidado al coro, guardaban la clausura estrechamente. Vitingo tenía en su monasterio cerrados obra de cien religiosos, y en otras casas apartadas como trescientos criados y familiares, y entre ellos muchos hijos de hidalgos y caballeros, los cuales sustentaba despues en las universidades y les daba estudio. Ejercitaba la hospitalidad y acogia de buena gana á todos los peregrinos; y acontecióle en un mismo tiempo tener quinientos huéspedes de á caballo en su casa. Todos los miércoles y viérnes repartia grandes y ciertas limosnas á los pobres que de toda la comarca concurrían; y en estas obras y en otras semejantes se gastaban las rentas de los monasterios y abadías más ricas en aquel tiempo en Inglaterra. Volviendo pues á Vitingo, como no quisiese firmar la escritura que el Rey habia enviado por todos los monasterios, y secretamente se hubiese hallado entre sus papeles un tratado contra el divorcio del Rey (el cual los mismos ministros del Rey, que revolvían los dichos papeles, habian echado entre ellos, sin saberlo él, para con este achaque hacer lo que hicieron), con varios embustes y engaños lo trajeron bien acompañado á Lóndres, y le hicieron volver á su casa; y estando cerca della el buen viejo, bien descuidado de lo que le estaba aparejado, llegó á la litera en que iba

P. R.

un sacerdote, y dícele que se confiese luégo, porque en aquella misma hora ha de morir. Turbóse el venerable abad, y con muchas lágrimas pide y suplica por la pasion de Cristo que le den un dia ó dos de tiempo para aparejarse á morir, ó á lo ménos que le dejen entrar en su convento para encomendarse en las oraciones de sus monjes y despedirse dellos. Mas ni lo uno ni lo otro pudo alcanzar, sino que luégo le arrebataron y le sacaron fuera de la litera, y puesto en un zarzo de mimbres, lo arrastraron hasta la cumbre del monte que está sobre el monasterio, y allí, en su propio hábito de monje, fué ahorcado y hecho cuartos. Herido y muerto el pastor, se derramaron luégo las ovejas, y no hubo despues religiosos que osasen ladrar como buenos mastines contra el lobo carnicero, y se opusiesen á la tiranía de Enrique. El cual, como vencedor que triunfa de sus enemigos, arruinó, destruyó y asoló todos los monasterios, y se entregó en todas sus posesiones y bienes. Y para que sus sucesores no los pudiesen restituir á la Iglesia, los repartió á los nobles y caballeros de su reino; á unos trocándolos por otras rentas, á otros vendiéndolos de contado; y para obligar á todos á defender esta tiranía y crueldad, forzaba á muchos á comprar estos bienes, aunque les pesase. Este fué el fin lamentable de los monasterios y monjas en Inglaterra, despues de mil años que ellos habian plantado la fe de Cristo en aquel reino, y crecido, y sido enriquecidos de la liberalidad de los reyes y devocion de los pueblos. Enrique, para triunfar más en su maldad, mandó á los obispos y personas eclesiásticas que en sus sermones diesén el parabien al pueblo desta hazaña, y que les predicasen la merced que Dios les habia hecho por haberlos librado del grave yugo del Obispo de Roma y de la importunidad de los religiosos. «Mas ¡oh inefables y secretos juicios de Dios! (dice el doctor Sandero), que así quiso con este castigo de Inglaterra avisar á los religiosos de todas las órdenes que viven en otros reinos, para que con la verdadera penitencia y reformation de sus vidas, y verdadera observancia de sus institutos y reglas, aplaquen la ira del Señor, y no venga sobre ellos otro semejante azote como éste. El cual, aunque gravísimo, mitigó el Señor y ablandó con su acostumbrada misericordia y dulzura. Pues en el mismo tiempo que en Alemania por la lengua blasfema de Lutero, y en Inglaterra por la crueldad nunca oida deste tirano, estaba ya como desterrada la profesion de la vida religiosa y perfecta, y la obediencia y reverencia del vicario de Cristo tan desarraigada y perdida, que el nombre del Papa, que es tan amable y venerable á todos los fieles, era aborrecido de los malos; en este mismo tiempo, digo, excitó con su divino espíritu el espíritu de Ignacio de Loyola y de sus santos compañeros para que entrasen por las estrechas sendas de la perfeccion; y demas de los otros sus loables institutos y votos, con particular luz y instinto de Dios, añadiesen el cuarto voto, que

hacen los profesos. Por este voto se ofrecen de servir al Papa y á la Sede Apostólica en todos los oficios y ministerios tocantes á la religion, en que su Santidad los quiera emplear, y de ir á cualesquiera tierra y provincias, de fieles ó infieles, por su mandado, sin contradiccion ni pedir viático, para procurar con todas sus fuerzas la salud de las almas, como si fuesen enviados de Dios; deshaciendo con obras y con esta nueva promesa y obligacion la impiedad de Lutero y la tiranía de Enrique. Estos padres hicieron congregacion, y instituyeron una nueva órden y religion, que fué llamada *la Compañía de Jesus* por el mismo Papa, y con la maravillosa industria y santísimos documentos de Ignacio, se ha extendido y propagado este dulcísimo nombre y la fe católica, fundada en la comunión de la Iglesia romana, en las más apartadas tierras y provincias de la India, Japon y China. No contentándose con esto, han plantado sus casas y colegios en las provincias setentrionales, peleando valerosamente y haciendo guerra á los herejes deste nuestro miserable siglo; y han entrado en Inglaterra, para alumbrar á los que están ciegos y apartados de la obediencia de la Iglesia católica por la violencia y tiranía de los que la gobiernan. Lo cual ellos han hecho no con menos trabajo ni con menos peligro que en la India; pues con su propia sangre han dado ilustre testimonio á la verdad, y ofrecido sus vidas por ella y por la confesion de la fe de Cristo, muriendo con cruelísimos tormentos, en tiempo de la reina Isabel, que agora vive. Bendito sea el Señor, que nos ha dado otro hijo en lugar de Abel, á quien mató Cain, su hermano.» Hasta aquí son palabras de Sandero; las cuales dice, porque el mismo año que se acabaron las religiones en Inglaterra, que fué el de mil quinientos cuarenta, comenzó y fué confirmada de la Sede Apostólica en Roma la religion de la Compañía de Jesus. Pero volvamos á nuestra historia. No se puede fácilmente creer la ruina y calamidad de los monasterios y casas sagradas que en tiempo deste Nabucodonosor hubo en Inglaterra. Porque, demas que los monasterios y templos eran casi infinitos, estaban, con las memorias antiguas, imágenes y reliquias, llenos de una celestial devocion y fragancia, y no menos de grandes riquezas y tesoros. Los edificios eran suntuosos y admirables, los cuales todos derribó Enrique, diciendo, como bárbaro, que se habian de quitar los nidos de los cuervos, para que no volviesen á ellos. Y por esto no perdonó á libro ni á librería, ni á cosa de doctrina y letras, ni de piedad y devocion. Así que, todo lo que la piedad, religion, devocion y liberalidad de todos los cristianos que hubo en Inglaterra desde el primer día que entró en ella la fe, habia dado, ofrecido, allegado y acrecentado en todos los siglos pasados para el culto divino, en los templos y monasterios de los siervos y siervas de Dios, todo eso asoló y consumió en brevisimo tiempo la codicia insaciable y tiranía de Enrique.

CAPÍTULO XLI.

Cásase Enrique con Ana de Cleves, y ensalza á Cromwel, y ceba nuevas gravezas al reino.

Dijimos arriba (1) que el Duque de Cleves deseaba mucho dar su hermana por mujer al rey Enrique, por aliarse con él. Esto pasó muy adelante y tuvo efecto. Llegado el tiempo de concluir el casamiento que estaba concertado, ella vino á Inglaterra, al principio del año de mil quinientos cuarenta. Estas bodas, juzgaban muchos habian de ser causa de grandes bienes para los protestantes de Alemania y para Cromwel, que habia sido el autor dellas, y mucho más para Guillelmo, duque de Cleves, el cual por esta via quedaba confederado con Enrique y con los principes de Alemania y con el rey de Francia, Francisco, con cuya sobrina, hija de la Reina de Navarra, se habia desposado; y con estos brazos pensaba defenderse del Emperador, y conservar el ducado de Gueldres contra todo su poder. Mas todo sucedió al contrario (por voluntad divina) de lo que ellos pensaban; porque el Emperador despues sujetó y venció á todos los principes de Alemania que habian tomado las armas contra él, y Enrique se pasó á su parte, y el duque Guillelmo, no solamente no se casó con la sobrina del Rey de Francia, con quien estaba desposado, mas perdió casi los estados de Gueldria y de Julia, y se vió en tan grande aprieto y necesidad, que se echó á los piés del Emperador, suplicándole le perdonase; y Cromwel, que habia sido el inventor deste matrimonio, vino á caer por ello en extrema miseria y á perder su vida y dignidad, como adelante se verá. Aunque, para que cayese de más alto, y su caída fuese más miserable, permitió Dios que fuese un poco de tiempo sublimado y puesto en mayor estado, como suelo á las veces hacerlo con los que quiere derribar; porque el Rey le hizo conde de Essexia y gran camerario del reino, y á su hijo Gregorio le dió dignidad de baron. Queriendo pagar Cromwel esta merced que habia recibido del Rey, sabiendo bien su codicia y pobreza, propuso en las Córtes del reino, é impetró casi por fuerza, que de todos los bienes y posesiones del reino le diesen al Rey dos quintas partes; de manera que el que tenía veinte diese ocho, y el que tenía ciento diese cuarenta. Esto se hizo aún no habiendo pasado un año despues que el Rey robó todas las iglesias del reino y se apoderó de todos sus bienes, para que se vea y note el grave castigo de Dios, y se entienda que cuanto el Rey más se entregaba en los bienes de la Iglesia, tanto más se empobrecia, y que no por tomar más era más rico ni tenía más, ni dejaba de cargar más á sus súbditos. En las mismas Córtes determinaron que la órden de los caballeros de San Juan, que todavía duraba en Inglaterra, se extinguiese, y todas sus rentas fuesen para el Rey; y el prior de la religion, llamado Guillelmo Bos-

(1) Cap. xxxvii.

tono, hombre de grande esfuerzo y valor, murió de pena, al cabo de diez días.

CAPÍTULO XLII.

Enfádase el Rey, y descásase de su mujer, habiendo ántes mandado matar á Cromwel.

Comenzó en este tiempo Enrique á enfadarse de su cuarta mujer, Ana de Cleves, y desto hubo muchas causas. La primera, que habiendo enviado sus embajadores á los príncipes protestantes de Alemania, con quien estaba aliado, para que aprobasen y tuviesen por buena la religion de Inglaterra, que él llamaba *reformada*, nunca lo pudo alcanzar dellos, y como era hombre soberbisimo, sintiólo por extremo. La segunda, que el Emperador habia pasado por Francia á Flándes, y sido regalado y festejado del rey Francisco, y llegado á sus estados, y castigado severamente á los de Gante, que comenzaban á tumultuar, y causado grande espanto, con su súbita venida, al Duque de Cleves; por lo cual Enrique comenzó tambien á temer y á quererse confederar con nueva amistad con el Emperador. La tercera y más principal causa fué, que Ana de Cleves era tudesca, y no sabia la lengua ni las costumbres de Inglaterra, y así no podia acariciar ni regalar al Rey tanto como él deseaba; y por estos respetos se cansó, y puso los ojos en otra dama, que se llamaba Catalina Havarda (1). Y para poderse casar con ella, se determinó de matar ó dejar á Ana de Cleves; y ante todas cosas propuso de castigar á Cromwel, que habia sido el casamentero. En este tiempo estaba Cromwel en su trono, y habia subido, de hijo que (dicen) fué de un pobre herrero, á tan alto estado, que no se hacia en toda Inglaterra sino lo que él mandaba; y atropellaba á los señores y grandes della, y habia una infinidad de hombres que traian su librea por todo el reino, y se tenía por bienaventurado el que podia ser y llamarse su criado. Finalmente, era el segundo rey del reino, y ejercitaba una crueldad tan extraña contra los católicos, que mandó encarcelar y echar en la torre de Lóndres algunos caballeros y obispos, no con otro título, sino porque eran bienquistos del pueblo, ó porque habian socorrido con sus limosnas á algunos pobres católicos que estaban presos por haber negado la suprema potestad eclesiástica del Rey. Queriendo pues el Rey destruir á Cromwel, y buscando causas para ello, halló la que aquí contaré. Cuando el Duque de Sajonia y Lantgravio y algunos otros príncipes de Alemania quisieron tomar las armas contra el Emperador, y hicieron la primera liga, que llaman Smalcaldica, rogaron á Enrique que entrase en ella, y así lo hizo. Poco despues el Emperador pudo tanto con Enrique, que le sacó della; y como los príncipes de Alemania tornasen á importunarle que se confederase con ellos, y renovase la liga que ántes habia hecho, él no se atrevió á quebrantar la palabra que

habia dado al Emperador. Mas Cromwel, ó porque el Rey secretamente se lo mandó, ó porque, como hereje luterano, queria complacer á los príncipes, que eran de su secta, ó porque sabia que su rey temia al Emperador, y que se holgaria de verlo apretado y embarazado con la guerra de Alemania, y que el no confederarse con aquellos príncipes nacia más de no osar hacerlo, que de no quererlo, determinóse de firmar él los capítulos de la liga en nombre del Rey. Quejóse el Emperador al Rey que hubiese firmado aquellos capítulos, y el Rey lo negó; y como el Emperador le enviase los mismos capítulos, firmados en nombre del Rey, quedó corrido; y no hallando otra excusa, echó toda la culpa á Cromwel, diciendo que él los habia firmado contra su voluntad; y con esta ocasion el Emperador se quejó gravísimamente de Cromwel al Rey; él, que no deseaba otra cosa, lo despachó de la manera que aquí diré.

A los ocho de Julio del año de mil quinientos cuarenta estuvo Cromwel con el Rey, tratando de varios negocios con el mayor regalo y favor del mundo; á la despedida mandóle el Rey con palabras amorosas y risueñas que el día siguiente madrugase y le fuese á hablar al palacio Eboracense, porque tenia negocios de grande importancia que tratar con él. Vino luégo por la mañana, muy alegre, con gran pompa, acompañamiento y majestad; y entrado en consejo, se sentó y comenzó á proponer algunas cosas. Estando en esto, el Duque de Norfolcia, gran mariscal del reino, y tío de Catalina Havarda, con quien el Rey se queria casar, interrumpió el razonamiento de Cromwel y le dijo: «De esos negocios despues se tratará; lo que agora insta es, que hablemos de vos, por cuya maldad y traicion está perdido este reino, y por esta causa yo, por mandado del Rey y en nombre del reino, os prendo, y os mando que me sigais y que vayais á la cárcel»; y tocóle el Duque con la vara que tenia en la mano, como es costumbre de Inglaterra. Cromwel quedó pasmado y atónito, y luégo, delante de una gran multitud del pueblo, fué entregado al capitan de la guarda, para que le llevase preso. De allí á diez días, acusándole el mismo Rey, fué condenado á muerte, de los estados del reino, por cuatro delitos: de herejía, de lesa majestad, que es por traidor á Dios y al rey, y de felonía (en la cual se comprehenden en aquel reino hurtos, homicidios y otros semejantes delitos, mereciendo los de muerte) y de peculado, que es por robador de los bienes públicos. Ejecutóse la sentencia y públicamente le fué cortada la cabeza, y para mayor infamia, fué ajusticiado juntamente con él, en el mismo tiempo y lugar, un hombre bajo, que habia sido condenado por delito nefando. Este fué el fin de la felicidad y ensalzamiento de Cromwel, del cual apenas gozó tres meses despues que el Rey le encumbró en aquella alta dignidad. Y es de notar que el mismo Cromwel habia sido autor que se estableciese una ley, en que se disponia que si alguno de allí adelante fuese

(1) Howard.

condenado de crimen *læsæ maiestatis*, aunque estuviese ausente y no fuese oído, fuese tenida por tan justa su condenación como si fuese condenado de los doce barones (que es un juicio solemnísimo en Inglaterra); y por esta su ley fué él condenado; queriendo Dios que pagase él la pena de su inicua ley, y quedando todos alabando al Señor por ello, y diciendo, con el Profeta (1): «Vimos al impío encumbrado y levantado sobre los cedros del Líbano, y á vuelta de ojos habia ya desaparecido; buscámosle, y no hallamos su lugar.» Para que los hombres aprendan á no fiarse de sus grandezas, ni se tengan por seguros cuando el aire de la privanza y favor humano les fuere muy próspero y favorable, y sepan coger las velas y recogerse á buen puerto con tiempo, y á no tener en su navegación otro norte sino la ley y voluntad de Dios. Muerto Cromwel, le confiscaron los bienes y se hizo almoneda dellos, y el Rey mandó llamar á los criados de Cromwel, y les dijo que de allí adelante buscasen otro mejor señor. Y envió luego á decir á Ana de Cleves, su mujer, que no convenia, por muchas razones, que estuviesen juntos en el matrimonio, y que aunque él tenía graves causas para proceder rigurosamente contra ella (de las cuales era una saber que estaba tocada de herejía), mas que queria usar de blandura, y tener respeto á ella y á los príncipes de Alemania; que por esto le permitia que ella misma buscase alguna honesta causa para apartarse dél; porque él holgaría de ello, con tal que se hiciese presto y bien. La pobre señora, en recibiendo el recaudo del Rey, entendió el peligro que corría su vida si le hacia la menor contradicción del mundo, y luego el día siguiente entró en consejo, y confesó que antes de casarse con el Rey se habia casado con otro secreto y clandestinamente. Lo cual fué falso, como ella misma lo dijo despues, y lo certificó á la reina María, porque vivió hasta que ella fué reina. Oída la confesión de Ana, luego las Cortes interpusieron su autoridad, y hicieron un decreto que se apartasen Enrique y Ana, y que Enrique pudiese tomar otra mujer.

CAPÍTULO XLIII.

De Catalina Havarda, quinta mujer de Enrique, y cómo, despues de haberla mandado matar, se casó con Catalina Parra.

Al cabo de ocho días se casó el Rey con Catalina Havarda, sobrina del Duque de Norfolcia, hija de su hermano. Mas aunque estaba el Rey alegre y regocijado con la nueva novia, no por eso dejaba de ejecutar su crueldad contra los católicos. Y así, á los treinta de Julio hizo matar á tres santos varones, y doctores en teología, porque habian defendido ántes la causa de la reina doña Catalina, y agora negaban la potestad pontifical del Rey. Juntamente con ellos condenó á otros tres herejes zuinglianos, y mandó que los arrastrasen de dos en dos, un católico y un hereje juntos, para

mayor escarnio de la religion y mayor tormento de los católicos, que recibieron mayor pena desta mala compañía que de su misma muerte. Y como un caballero de la casa del Rey los viese llevar al suplicio, acompañados de la manera que digo, y supiese que los unos iban condenados porque eran católicos, y los otros porque no lo eran, dijo: «Por eso me guardaré yo bien, y de aquí adelante seré de la religion que es el Rey, quiero decir, de ninguna.» Luego, á los dos de Agosto, despacharon tambien al prior del monasterio de Dancaastro, con otros tres monjes y dos legos, por la misma causa, y por no querer confesar el primado del Rey. Andaba en este tiempo el pobre Rey muy acosado del remordimiento de su propia conciencia, y con algunos deseos, aunque flacos, de volver á Dios y á la union de su Iglesia. Porque veia que ni se mostraba católico ni hereje del todo, y que los católicos y los herejes por esto le aborrecian, y que en las sectas de los herejes habia cada día mudanzas y nuevas opiniones, y en sola la religion católica certidumbre, constancia y seguridad. Por esto envió á sus embajadores al Emperador, que estaba en la dieta imperial de Alemania, para tratar con él que se buscase medio para reconciliarse con el Pontífice romano. Mas queria que esto fuese salvo siempre su honor, y sin confesar públicamente su error, ni hacer penitencia dél, ni restituir sus bienes á las iglesias, que eran todas cosas contrarias á los sagrados cánones y á la eterna salvación de su alma. Y así, todos aquellos buenos pensamientos y propósitos pararon en humo y se secaron, porque no tenían raíces, y estaban fundados más en la gloria de los hombres que en la de Dios. Y como el desventurado Rey habia sido desleal á su primera mujer, y era traidor á Dios, así lo eran á él sus mujeres; porque Catalina Havarda, no habiendo aún gozado dos años del matrimonio con el Rey, siendo el mismo Rey el acusador, fué convencida y condenada á muerte por adúltera, y con ella los adúlteros, que fueron Tomas Gulpero y Francisco Dirrho. Y porque se entendió que estos hombres habian tenido amistad con Catalina, no sólo despues de ser reina, sino ántes, para evitar este daño en lo porvenir, se hizo una ley en las Cortes, que cualquiera mujer con quien el Rey se quisiese casar, y siendo tenida por doncella, no lo fuese, y no descubriese la verdad al Rey, por el mismo caso cayese en crimen *læsæ maiestatis*, y muriese por ello, y en la misma pena incurriesen los que hubiesen tenido ayuntamiento con ella si no lo manifestasen al Rey. El cual estaba tan encendido y ardia en tan vivas llamas de su sensualidad, que no podia estar un momento sin mujer, y por esto quiso tomar la sexta; y por no engañarse, pensando que era doncella la que no lo era, tomó por mujer una viuda, llamada Catalina Parra (1), hermana del Conde de Essex, que fué despues marqués de Northantonia, la

(1) Psalm. 36.

(1) Parr, hermana del Conde de Essex.

cual habia sido casada con el baron Latimero. Ella fué dichosa, por haber muerto el Rey ántes que la quitase la vida; lo cual se dice que estaba determinado de hacer; porque de las dos Catalinas primeras, una repudió y otra mató, y lo mismo hizo de las dos Anas; y así, se cree que no tuviera otro fin esta tercera Catalina, si con la breve muerte del Rey, no hubiese Dios estorbado sus propósitos.

CAPÍTULO XLIV.

Cómo Enrique se llamó rey de Hivernia, y el título que tienen los reyes de Inglaterra para llamarse señores della.

Antes deste tiempo, por espacio de casi cuatrocientos años, los reyes de Inglaterra se llamaban *señores de Hivernia*, de la cual los reyes de Escocia pretenden ser suya alguna parte. Mas Enrique, á los veinte y tres de Enero del año de mil quinientos cuarenta y dos, por público edicto se mandó llamar *rey de toda Hivernia*. Y para que esto mejor se entienda, es de saber que cerca del año del Señor de mil ciento sesenta, teniendo la silla de san Pedro Adriano IV, inglés de nacion (el cual, ántes de ser papa, habia convertido á la fe de Cristo, con su santa vida y predicacion, los reinos de Noruegia y de Suecia), los hivernios, que desde que recibieron la doctrina del santo Evangelio se habian dado á sí y á todas sus cosas al Pontífice romano, y á él solo reconocian por supremo señor de su tierra, comenzaron á tener discordia entre sí, y á ser afligidos en gran manera con las guerras y armas de algunos señores poderosos. Para librarse de ellos y tener paz, gran parte del pueblo deseó obedecer á Enrique II, rey de Inglaterra, que á la sazón habia entrado en Hivernia con poderoso ejército; y es aquel rey por cuya causa fué despues martirizado santo Tomas Cantuariense, queriendo más tener un señor que muchos señores. A esta causa, en nombre del Rey y de los obispos y señores de Hivernia, se suplicó á Adriano IV, aunque otros dicen que á Alejandro III, y ponen esto algunos años despues (1), tuviese por bien de conceder á Enrique el dominio de toda Hivernia; porque con esto se quitarían las discordias perpétuas que habia en la isla entre los señores, y el culto divino se trataria con mayor aparato y reverencia, y se desarraigarian algunos abusos que con la licencia de la guerra se habian introducido en los matrimonios de los naturales della. El Pontífice romano, por estas causas, condescendió con lo que se le suplicaba, y tambien porque no sacaba provecho ninguno de aquella isla, ni la podia socorrer, estando tan apartada, sin mucha pesadumbre y gastos. Así se dió el dominio de Hivernia á Enrique y á sus sucesores, pero con ciertas condiciones, las cuales el mismo Enrique y los señores y principes de Hivernia dos veces las juraron y tuvieron por buenas, primero en las Córtes de Dublin, y despues en las de Case-

lli. Desta manera, con autoridad apostólica, el Rey de Inglaterra fué declarado y se llamó *señor de Hivernia*. El cual tenía tan grande respeto y reverencia al Papa en este tiempo, que por ventura no fué pequeña causa que su Santidad tomase la resolucion que tomó, en traspasar el dominio útil de Hivernia en el rey Enrique el II, y hacerle señor della; porque, habiéndose levantado contra él sus propios hijos, y con ellos gran parte de su reino, escribió una carta al papa Alejandro el III, dándole cuenta deste su trabajo, y suplicándole que le diese consejo y favor. La cual quiero trasladar aquí al pié de la letra, para que mejor se entienda la obligacion y obediencia que tenía todo aquel reino al sumo Pontífice, y la parte que tenía él en él para sosegarle y ponerle en razon (2).

«Porque nuestro Señor ha levantado á vuestra Santidad, y puéstole en la cumbre del oficio pastoral, para que enseñe la ciencia de la salud á los pueblos; aunque estoy ausente con el cuerpo, pero con el ánimo presente, me prostro á vuestros sagrados piés, y os pido consejo saludable. El reino de Inglaterra es de vuestra jurisdiccion, y en lo que toca á la obligacion de feudatario, á vos sólo reconozco y me tengo por obligado. Experimente Inglaterra el poder del pontífice reino, y pues no se sirve de las armas materiales, defienda el patrimonio de san Pedro con el cuchillo espiritual. Bien pudiera yo por fuerza de armas castigar la injuria de mis hijos, mas acuérdome que soy padre; y puesto caso que la desobediencia y atrevimiento dellos sea tan grande que me da mucha pesadumbre y enojo; pero es de manera, que no he perdido el afecto de padre, y esta condicion y amor natural me hace fuerza para que los ame. Ea pues, Padre santo, despierte el espíritu de consejo vuestra prudencia, y busque medio para convertir al padre los corazones de sus hijos; porque el corazon del padre está en vuestras manos, y á vuestro beneplácito se convertirá á sus hijos. Yo os doy mi palabra, y sobre la fe de aquel Señor por el cual reinan los reyes prometo á vuestra grandeza, que en todo y por todo haré lo que me mandáredes y dispusiéredes. Jesucristo nuestro Señor, Padre santo, guarde á vuestra santidad para bien de su Iglesia.»

Desta carta se saca que el Rey de Inglaterra, más há de cuatrocientos años, se confiesa por feudatario del Papa, y dice que su reino es de la jurisdiccion de su Santidad, y le pide consejo y favor para reducir á su obediencia sus hijos, y promete de obedecerle en todo lo que le mandáre. Mas volvamos á nuestra historia, y sigamos lo que comenzamos del dominio de Hivernia, despues que él se rindió al rey Enrique, como los otros. Mas como despues los reyes de Inglaterra no guardasen las condiciones impuestas en la Sede Apostólica, y particularmente Eduardo II (el cual, por haber gobernado mal, por las Cór-

(1) Polyd. Virg., in *Hist. Angl.*, lib. XIII.

(2) Inter epist. P. Blasensis, epist. CLXX.

tes del reino fué privado dél) maltratase á los hivernos, y en muchas maneras los afligiese, acudieron ellos al Papa, como á su supremo príncipe y juez, y quejáronse del Rey, suplicándole que lo remediase. El Papa, que era en aquella sazón Juan XXII (á quien Platina pone por XXIII), frances de nacion, cerca del año del Señor de mil trescientos veinte, escribió al rey Eduardo, avisándole con graves palabras que se abstuviese de las molestias é injurias que hacia á los hivernos, y se acordase de las condiciones con que se habia dado aquel dominio á los reyes de Inglaterra, sus predecesores; y le envió el traslado dellas, como se puede ver en una de sus constituciones perpétuas, que es la quinta de Juan XXII (1). Lo cual he querido tocar aquí para que se entienda la ingratitude de Enrique, que habiendo recibido del romano Pontífice el dominio de Hivernia, así le volvió las espaldas; y la injusticia é insolencia con que se llamó *rey de Hivernia*, no reconociendo más, y habiendo renunciado públicamente, y mandado renunciar á su reino totalmente á la suprema potestad espiritual y temporal del Pontífice romano, sin la cual, ni él era señor de Hivernia, ni se podía llamar rey della. Y hoy dia los herejes y consejeros de la Reina de Inglaterra confiesan que es bueno y firme este título y derecho que tienen de la Sede Apostólica los reyes de Inglaterra sobre Hivernia, aprovechándose de la autoridad del Papa para tiranizar aquella isla, y negándola para vivir sin freno y con mayor libertad. De la cual habiendo usurpado Enrique título de rey, por hacer un aspaviento y ostentacion de su poder, en un mismo tiempo movió guerra al Rey de Francia y al Rey de Escocia, y renovó la persecucion de Inglaterra contra los católicos, haciendo morir algunos clérigos y seglares, porque negaban en las cosas eclesiásticas su primado y suprema potestad.

CAPÍTULO XLV.

Las necesidades que tuvo Enrique despues que robó las iglesias, y los pechos que echó sobre su reino.

Vino el año de mil quinientos cuarenta y cuatro, que fué el treinta y seis del reinado de Enrique, y quiso el justo y misericordioso Dios dar á entender cuán aborrecibles le habian sido los robos que el Rey habia hecho de los bienes de las iglesias, y cuán dañosos al mismo Rey y reino; porque habiendo sido tantos y tan graves los tesoros y riquezas que habia amontonado de todos los monasterios de Inglaterra, que parece que una pequeña parte dellos bastaba para satisfacer y hartar cualquiera codicia (por más insaciable que fuese) del más avaro rey del mundo, todos juntos no sirvieron sino de avivar y encender más la de Enrique, como lo hacen en un gran fuego pocas gotas de agua. Habia metido las manos en todos los tesoros de la Iglesia, en las cruces de oro

y de plata, en los vasos sagrados, en los ornamentos preciosos de los altares, en las joyas y riquezas de casi mil monasterios, y apoderándose de las heredades, dehesas, tierras, derechos, acciones y censos dellos; cogia los diezmos y anatas de todos los beneficios de todo el reino; vendia el plomo y la madera y las piedras de los mismos monasterios; y finalmente, habia allegado tanta suma de oro y plata, que parecia habia de ser el más rico rey de toda la cristiandad, y que podia muy justamente perdonar á sus pueblos todos los pechos y alcabalas, como se lo habia dado á entender que lo haria cuando puso las manos en los bienes de los monasterios, para que el pueblo no repugnase y lo tuviese por bien; habiendo de ser esto de razon así, por voluntad y castigo de Dios sucedió tan al revés, que muy pocos años despues deste despojo y asolamiento de las iglesias, se empobreció, y vino á tener mayor necesidad, que ni él ántes, ni ninguno de los reyes pasados habian tenido. Y fué esto de manera, que echó más tributos y cargas el solo al pueblo, que todos los otros reyes pasados habian echado en espacio de quinientos años, como de sus historias y vidas, y de los anales de Inglaterra se puede sacar. Y es de advertir que ántes que sucediesen estos robos, en el tiempo que las religiones florecian y los monasterios tenian sus rentas, publicaban y blasonaban los falsos consejeros y verdaderos engañadores del Rey que si su majestad se hiciese señor de aquellos bienes, no habria pobre en toda Inglaterra; porque de ellos mismos se podria dar á todos lo que cada uno hubiese menester. Fué ésta tan grande mentira, que donde ántes habia un pobre hay agora veinte, y donde ántes habia muchos que socorrian y daban al mendigo lo que pedia, agora por maravilla se halla quien lo haga. Y para que mejor esto se entienda, mírense con atencion las invenciones y artificios que buscó el Rey para salir de necesidad, despues que dió en el suelo con todos los monasterios del reino, y robó sus rentas y bienes. Porquo primeramente, el mismo año que esto hizo, mandó que cada uno le diese más de la tercera parte de los bienes que poseia (como está dicho); es á saber, de cinco partes las dos; y esta manera de pecho muchas veces despues la ejecutó. Lo segundo, inventó otra forma de tributo, y mandó que cualquiera que tuviese más de doscientos ducados en bienes raíces, emprestase al Rey alguna cantidad, mas ó ménos, conforme á los bienes que tuviese. Lo tercero, ordenó, para que cada uno diese muestras de la buena voluntad que tenía de agradar y servir al Rey, le hiciese algun donativo y presente, el cual llamaba él benevolencia. Pero para cobrar esta benevolencia odiosa nombró unos cobradores tan poco benévolos, y tan rigurosos y crueles, que ninguno se podia valer con ellos; porque, no solamente con llaneza y de buena voluntad tomaban lo que les daban, mas mandaban á cada uno dar cuanto se les antojaba, y apretaban, perseguian y aprisionaban á los que

(1) En el libro de las *Bulas de los papas*, impreso en Roma, se halla esta constitucion.

así no lo hacian. El cuarto género de robo y tiranía fué más injusto, y de mayor interese para el Rey, y fué bajar y falsificar la moneda de plata que corria en Inglaterra; porque, siendo de plata fina y acendrada, y que no tenía mezcla, apenas de once partes la una de cobre ó estaño (que era lo que bastaba para hacer buena liga), despues poco á poco vino el Rey á falsificarla de suerte, que apenas habia en las monedas dos onzas de plata con once de cobre ó estaño. Y para ganar más, con nuevas invenciones se apoderó de todo el dinero del reino; y teniéndolo ya en su poder, hizo batir otra moneda más baja y de ménos quilates, y con ésta pagó á todos sus oficiales, ministros y soldados, y aún á los mismos que le habian vendido la otra moneda antigua y mayor. Y como todo esto no bastase para la codicia y desperdicio del Rey, en otras Córtes mandó que le pagasen una décima y otra quindécima de todos los censos de todo el reino, y de los bienes muebles dos décimas enteras; y alcanzó (porque no habia quien resistiese á su furor) que todos los hospitales, seminarios, colegios, capellanías, fundaciones y memorias que los fieles para bien de sus ánimas habian dejado, estuviesen en su poder, y dellas, y de todas sus rentas y bienes, ordenase y dispusiese á su voluntad, para que no hubiese en todo el reino cosa, de la cual pudiese sacar provecho ó interese, que no estuviese en su mano, si ya no quisiese vender, ó las cabezas de los vivos, ó las sepulturas de los muertos.

CAPÍTULO XLVI.

La crueldad del Rey, y el castigo que dió nuestro Señor á los ministros de sus maldades.

Esta fué la última tiranía de Enrique contra las iglesias, aunque no la pudo ejecutar, porque la muerte no le dió lugar. Y hase de notar que cuanto más se acercaba á ella, más parece que se embriavecia y mostraba los filos y aceros de su crueldad. Y así, no un mes ántes que muriese, echó de su córte y condenó á cárcel perpétua al Duque de Norfolcia, varon muy anciano, y del cual se habia servido en paz y en guerra en todos los negocios del reino, y en llevar adelante el divorcio que hizo con la reina Catalina y en la condenacion de Rofense y Tomas Moro, como se ha dicho, y al hijo mayor del Duque, llamado Enrique, que era conde de Surria y hombre de grandes prendas, le mandó cortar la cabeza, no tanto porque ellos le hubiesen ofendido, como por engaño de los herejes, á quien pesaba mucho que príncipes tan poderosos fuesen católicos y estuviesen al lado del Rey. Mas en esto, como en todo lo demas, quiso nuestro Señor manifestar su justicia contra todos los que sirvieron á Enrique en el divorcio que hizo contra la reina doña Catalina y en las otras cosas injustas, por darle contento; porque todos tuvieron mal fin, como en esta historia se ha visto de algunos, y de otros adelante se verá. Porque el Duque de Norfolcia y su hijo mayorazgo pararon en lo que acabamos de decir; y el

hijo del mismo conde, llamado Tomas, tambien murió degollado por mandado desta reina Isabel, á la cual no poco habia servido en la mudanza que ha hecho de la religion, y el hijo y hermana desto todavía están presos. Pues Volseo, cardenal, que fué el autor y promotor del divorcio del Rey, y Ana Bolena, que fué la causa final, y Tomas y Jorge Boleno, su padre putativo y hermano, y Cromwel, que fué el instrumento principal de toda esta tragedia, ya se ha visto cómo pagaron sus culpas con la muerte y con el castigo que tomó dellos el mismo Rey, al cual desearon ellos servir y agradar. Y adelante veremos cómo se acabó el Duque de Suolcia y toda su casa, y el malvado Cranmero, arzobispo Cantuariense, que dió la sentencia del divorcio, en vivas llamas fué quemado por hereje y traidor, en tiempo de la reina Maria. Para que de aquí aprendan los mortales, y particularmente los ministros de los reyes, á tener siempre delante los ojos la justicia, y hacer más caso de la voluntad de Dios que no de la de los hombres, aunque sean reyes, cuando discrepa de la de Dios. Mas volvamos á Enrique.

CAPÍTULO XLVII.

La última enfermedad y muerte del rey Enrique, y lo que dispuso en su testamento.

Cayó malo el Rey de una grave y peligrosa enfermedad, y viendo que no podia escapar della, atormentado del cruel verdugo de su conciencia, comenzó á tratar con algunos obispos en particular por qué camino podria reconciliarse con la Sede Apostólica y volver á la comunión de la Iglesia. Mas no mereció hallar quien le dijese la verdad el que bárbara y cruelmente habia hecho matar á muchos por habérsela dicho y por haber hablado por su mandado con libertad. Y así no tuvo agora quien se atreviese á decirle lo que le convenia oír. Antes uno de los obispos, temiendo alguna celada, y que con engaño le preguntaban su parecer, respondió que el Rey era sobre todos los hombres sapientísimo y habia abrogado el primado del Pontífice romano por divina inspiracion y con autoridad pública de todo el reino, y que con esto no tenía que temer. Dícese que Estéban Gardinero, obispo Visontense (1), secretamente avisó al Rey, y le aconsejó que llamase todos los estados del reino y les comunicase aquel negocio de tanta importancia, y que si no tuviese tiempo para hacer esto, declarase su ánimo y voluntad por escrito; pues nuestro Señor se contenta con nuestro buen deseo cuando no se puede poner por obra. Pero en acabando de decir esto el Obispo, luégo acudió al Rey una cuadrilla de truhanes y lisonjeros, apartándole deste pensamiento y quitándole el escrúpulo que tenía; porque temían ellos perder los bienes que les habia cabido del despojo de las iglesias, si el Rey volvía á la obediencia del Papa. Fácilmente desistió el Rey de su buen propósito, como suelen

(1) Gardiner, obispo de Winchester.

los que no están fundados y arraigados en la caridad y amor de Dios. Y para que no pareciese que no habia hecho buena obra alguna en su vida, y que se moria sin dejar memoria de sí para los pobres, mandó abrir y limpiar la iglesia de San Francisco, en la ciudad de Lóndres (que habia estado cerrada y llena de inmundicia desde que se quitó á los frailes), y decir misa en ella, y que de allí adelante fuese iglesia parroquial. El limosnero del Rey aquel dia predicó al pueblo, y en el sermón alabó la piedad del Rey, y engrandecié con muchas palabras su liberalidad y magnificencia, y leyó una cédula del Rey, en que decia que dejaba aquella iglesia, con el hospital de San Bartolomé y otras dos iglesias parroquiales, con mil ducados de renta cada año para los pobres, y que se pusiese sobre ella este título: *ECCLESIA CHRISTI AB ENRICO OCTAVO, ANGLIÆ REGE, FUNDATA*, que quiere decir: «Iglesia de Jesucristo, fundada por Enrique VIII, rey de Inglaterra.» Donosa restitucion, por cierto, y donosa satisfaccion hizo Enrique á la hora de su muerte! Mil monasterios y diez mil iglesias habia arruinado y asolado en su reino, y en recompensa dellas mandó abrir una iglesia que no era suya, y quitó otras dos que tampoco eran suyas, y un hospital, para que se vca que el fin fué conforme al progreso y discurso de su vida. Y hallóse predicador lisonjero y hereje que engrandecié y magnificó esta soberana liberalidad del Rey, desvaneciéndolo y engañando al mismo Rey y cegando al pueblo para que no viese lo que veia. Estando ya al cabo y desahuciado de los médicos, fué avisado de su peligro, y mandó traer una copa de vino blanco, y volviéndose á uno de sus privados, dijo: *Omnia perdidimus*; Todo lo hemos perdido; y con unas palabras congojosas y de mortal angustia, nombrando algunas veces á los religiosos y monjes, se dice que espiró. Murió á los veinte y ocho de Enero del año de mil quinientos cuarenta y seis, vivió cincuenta y seis, de los cuales reinó treinta y siete y nueve meses y seis dias, y destos, los veinte y uno en paz como católico, y los cinco siguientes en grandes pleitos y desasosiegos, y los doce postreros en manifesto cisma y division de la Iglesia. Poco ántes que muriese, por quitar dudas y inconvenientes, los estados del reino permitieron á Enrique que, con consejo de varones prudentes, mandase lo que se habia de hacer en la sucesion del reino, porque ellos seguirian en esto su última voluntad. Y así ordenó su testamento, en el cual mandó que Eduardo, hijo suyo y do Iana Semeira, que era de nueve años, le sucediese en el reino, y despues dél María, su hija y do la reina doña Catalina, y en el tercer lugar Isabel, hija de Ana Bolena, y que muriendo ellos sin hijos, viniese el reino á quien de derecho pertenecia. Y con esta declaracion dió á entender que no habia repudiado á la reina doña Catalina por escrúpulo de conciencia, ni por haber podido ser su mujer, sino por satisfacer á su apetito y casarse, como se casó, con Ana Bolena. Y aún escriben que un dia ántes de que el Rey muriese,

mandó llamar á la infanta doña María y le dijo con mucha ternura y con las lágrimas en los ojos: «Hija, muy contraria os ha sido la fortuna; mucho me pesa de no haberos casado, como deseaba; pero, pues no se ha hecho, ó por mi desdicha ó por vuestra poca fortuna, yo os ruego que os esforceis y seais madre de vuestro hermano, que queda niño.»

CAPÍTULO XLVIII.

De los dones naturales y costumbres de Enrique.

Fué Enrique de agudo ingenio y de juicio grave cuando se ponía de propósito á pensar en algun negocio de importancia, especialmente las horas de la mañana y ántes de comer, porque muchas veces comiendo se tomaba del vino; y por esto toda la gente perdida de su casa y los que trataban con él aguardaban que hubiese comido para alcanzar dél lo que querian; porque entonces estaba más alegre y regocijado con el vino, y más dispuesto para conceder lo que se le pedia. Otros, jugando con él, se hacian perdidizos para darle contento, y despues le decian que ya que ellos habian perdido lo que tenían jugando con su majestad, le suplicaban les diese la hacienda de Fulano, que era mal hombre y traidor, ó las rentas de tal monasterio, ó los bienes de alguna iglesia, ó otras cosas de gran precio, con las cuales salian de su pérdida con ganancia. A los extranjeros acariciaba y hacia mercedes, y por maravilla llegó á él forastero que se partiese descontento dél. Fué amigo de hombres doctos y los favoreció, y acrecentó los salarios á los profesores públicos que leían en las universidades. Comunmente tuvo cuenta de nombrar buenos obispos y doctos, y de los que nombró, muchos, reinando Eduardo y Isabel, sus hijos, padecieron, por la confesion de la fe católica, cárceles, prisiones y tormentos. Tuvo gran reverencia al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y trayéndosele poco ántes que muriese, se levantó y se hincó de rodillas para adorarle; y diciéndole que estando tan flaco le haria daño á su salud, respondió: «Aunque yo me postrase en el suelo y me metiese debajo de la tierra, no podria honrar á este Santísimo Sacramento tanto como debo.» Desde que conmenzó á desviarse del camino derecho de la virtud y de la obediencia del Papa, como caballo desbocado y sin freno, corria tras todos los vicios y maldades, y principalmente tras la lujuria, avaricia y crueldad. La lujuria fué de manera, que por cumplir con su apetito y deshonestidad hizo tantos y tan grandes desatinos y desafueros, y cuanto se hacia más viejo, tanto ella más crecia, y él era ménos señor de sí. Apenas vió mujer hermosa que no la codiciase, y á pocas codició que no las violase. La avaricia, por lo que se ha contado en esta historia se puede ver, pues no dejó cosa sagrada ni profana que no usurpase, ni eclesiásticos ni legos que no despojase y robase sus haciendas. La crueldad fué de manera, que con haber sido ántes benigno y tan amigo de perdonar, que todo el reino

le queria extrañamente y le amaba (porque en todo el tiempo que reinó en su seso no murieron sino muy pocos por justicia, y dos solos caballeros, y de ellos uno por mandado de su padre, y el otro á instigacion del cardenal Volseo), despues que se apartó de la reina doña Catalina, y juntamente de la obediencia de la Sede Apostólica, no se puede decir ni creer el estrago y carnicería que hizo en el reino. De las escrituras públicas se saca que despachó tres y áun cuatro reinas, dos grandes señoras, dos cardenales, y el tercero ausente condenó á muerte; duques, marqueses, condes, hijos de condes, doce; barones y caballeros principales, diez y ocho; abades, priores y guardianes de monasterios, trece; monjes, clérigos y religiosos, sesenta y siete; de hidalgos y gente comun, una muchedumbre innumerable. Y cuanto uno estaba más llegado al Rey y era mayor privado suyo, tanto estaba más cerca del cuchillo y muerte, y por esto le aborrecian como á tirano, y su muerte fué grata á todo el reino, y no ménos á los de fuera dél. Al Emperador y á los reyes de Escocia y Francia, porque le tenian por sospechoso ó por enemigo. Al papa Paulo III y á todos los príncipes católicos, y á los prelados y padres que estaban en aquel tiempo congregados en el concilio de Trento, por la esperanza que tuvieron que con la muerte de Enrique se acabarían las calamidades y miserias del reino de Inglaterra.

CAPÍTULO XLIX.

Cómo castigó Dios al rey Enrique en las mismas cosas en que pecó.

Para que se vea el castigo que Dios nuestro Señor da á los hombres notablemente malos, áun en esta vida, lo cual hace para mostrar él su incomprehensible providencia, y que, como verdadero y recto juez, da á cada uno el galardón conforme á sus obras, y los malos comienzan aquí á gustar de las penas del infierno, y sean castigados en sus deleites, y de sus mismos gustos reciban disgustos y desabrimientos; tratemos en este capítulo, por remate y conclusion deste primer libro, del castigo que nuestro Señor hizo en Enrique, atormentándole en las cosas en que él más procuró esmerarse y desvanecerse en esta vida; porque el castigo del infierno, que su desventurada ánima ya padece, y despues del día del juicio universal, unida con su miserable cuerpo, padecerá eternamente, no se puede explicar ni entender, y durará para siempre y mientras que Dios fuere Dios. Primeramente castigó nuestro Señor al rey Enrique en el cuerpo, cuyos deleites y pasatiempos tanto procuró, que por ellos se olvidó de su ánima y destruyó á sí y á su reino. Porque habiendo sido, cuando mozo, muy bien dispuesto, gentil hombre y agraciado, vino, por su insaciable carnalidad y torpeza, á ser tan feo y tan disforme y pesado, que no podía subir una escalera, y apenas habia puerta tan ancha por donde pudiese entrar. Cuando muerto le abrieron para embalsamarle, dicen que no le hallaron gota

de sangre, sino todo cubierto de una ejundia y grosura espantosa. Y asimismo le castigó en el cuerpo, quitándole la honra de su real entierro y sepultura. Porque con haber reinado sucesivamente los tres hijos que él dejó, ninguno dellos ha tenido cuenta con el cuerpo de su padre. La reina doña María, su hija, deseó mucho hacerlo; mas, como era católica, no pudo, por haber sido él cismático y apartado de la comunión de la Iglesia católica. Eduardo y Isabel, que, como herejes, lo pudieran hacer sin hacer ellos escrúpulo de conciencia, de ninguna cosa han tenido ménos cuenta que de la sepultura y memoria de su padre, y esto por justo castigo de Dios. Porque no tenga honra de sepultura real el que impiamente arruinó las sepulturas de los mártires y derramó sus santas cenizas y reliquias. También le castigó en el ánima, dejándole caer en tantos pecados y maldades, y en las bascas y remordimientos de conciencia y quebrantos de corazón que pasó en toda la vida, despues que cayó en el abismo de tantos males. Porque sin duda fueron innumerables las fatigas y congojas que como olas y contrarios vientos le combatieron y anegaron; y él dió hartas veces muestras dello, sin saber volver atras. Castigóle en la honra, de la cual él fué muy codicioso; porque no solamente perdió el renombre y título de «Defensor de la Iglesia», que con tan justas causas le habia dado el papa Leon X, por haberla defendido contra Lutero; pero perdió el nombre de rey justo y moderado, y quedó con fama de uno de los más impíos, crueles y espantosos tiranos que jamas hasta ahora ha perseguido la Iglesia católica. Y no es ménos de notar otro castigo que recibió de su honra; pues dos de sus mujeres y reinas, por cuyo amor ciego y desatinado él hizo tantas maldades, le fueron desleales, y vivieron con tanta rotura y deshonestidad, que merecieron que públicamente se les cortasen las cabezas. Dejábase arrebatarse tan fuertemente de su voluntad, que no sufría consejo ni resistencia, y no ménos en esto le castigó Dios, cuando en el fin de su vida y en su último trance deseó volver en sí (como dijimos) y reconciliarse con la Iglesia, y no halló quien le diese consejo y quien le dijese la verdad. Porque le tenian por tan enemigo della y tan hecho á su voluntad, que cada uno temia de contradecirle y hablar cosa que le pudiese ofender. Porque sabía que con la vida lo habia de pagar, y los lisonjeros y truhanes, á quien él se habia entregado en vida, le estorbaron en la muerte que no hiciese lo que cumplía á la salvación de su alma. De manera que el que no queria oír la verdad cuando se la decian, al tiempo que la quiso oír no halló quien se la dijese, por justo juicio de Dios. Y por el mismo tampoco se cumplió su testamento y última voluntad. Ordenó Enrique en su testamento que su hijo Eduardo tuviese diez y seis tutores y curadores con igual potestad, y él se los nombró, y en gran parte católicos, y mandó que su hijo fuese criado en la fe católica (excepto lo que tocaba al primado de la Iglesia), y que el

reino estuviese siempre limpio de herejía. Pero, como él habia quebrantado las últimas voluntades de innumerables hombres y anulado sus testamentos, derribando los monasterios, templos, altares y sepulturas de los santos y memorias de los fieles; apenas habia espirado, cuando algunos hombres poderosos escondieron su testamento, y manifestaron otro falso, con nombre del rey Enrique, en el cual pervertian la voluntad del mismo Rey y lo que él habia dispuesto de la sucesion del reino. Y excluyendo y desechando, ó espantando y aun encarcelando algunos de los diez y seis tutores que el Rey habia nombrado (porque eran católicos), los demas eligieron un gobernador hereje, al cual llamaron protector, para que gobernase y administrase á su voluntad el reino. Y finalmente, entregaron el rey niño á maestros herejes, deshicieron las leyes de Enrique, y hicieron otras contrarias á ellas, y poco á poco destruyeron la fe católica del reino, é introdujeron la secta de los sacramentarios

y zuinglianos, que era la que más Enrique aborrecia. Desta suerte Dios nuestro Señor, que paga á cada uno como merece, castigó la perfidia y maldad de Enrique con otra perfidia de los suyos y maldad. Y no es ménos de considerar que, habiendo él casádose tantas veces y tomado tantas mujeres, para tener hijos dellas y perpetuar en ellos la sucesion del reino (á lo que él mismo decia), con haber reinado Eduardo, María y Isabel, hijos suyos, por la órden que él ordenó, y teniendo edad para tener hijos, á quienes dejasen el reino, ninguno dellos los ha tenido; porque Eduardo murió muchacho de diez y seis años sin casarse, y la reina María, aunque se casó, no parió, y Elisabeth no se ha querido casar; y todo ha sido para que no quede pimpollo ni fruto de tan mala raíz y cepa, y para que el que hizo tantos desafueros, fuerzas y violencias por arraigar la sucesion del reino en sus hijos, sea castigado en lo propio que deseó y pecó.

LIBRO SEGUNDO

DEL SCISMA DE INGLATERRA,

EN EL CUAL SE TRATA DEL REY EDUARDO, Y DE LAS REINAS DOÑA MARÍA Y ISABEL, SUS HERMANAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo no se cumplió el testamento del rey Enrique, y el Conde de Herfordia se hizo protector del reino.

Tuvieron encubierta la muerte del rey Enrique algunos dias los que gobernaban, y cuando les pareció tiempo la publicaron, y juntamente á Eduardo, su hijo, muchacho de nueve años, por rey de Inglaterra y de Hivernia (1). Y estando el pobre niño debajo de tutores, y siendo gobernado por cabeza ajena, le declararon por suprema cabeza de la iglesia de Inglaterra é Hivernia, y inmediato á Jesucristo, como si él tuviera tan poco cuidado y providencia de ella. Habiéndose, ante todas cosas, de tratar en cumplir el testamento del Rey difunto, de ninguna cosa se tuvo más cuenta que de hacerlo todo al revés. Porque, como entre los diez y seis tutores que Enrique (como dijimos) habia dejado á su hijo, hubiese algunos católicos, que deseaban el bien del reino y reducirle á la union de la Iglesia y á la obediencia de la Sede Apostólica (alegando que Enrique á la hora de su muerte habia tenido esta voluntad), no fueron oídos de los otros tutores, que eran herejes y tenian mayores

esperanzas de su honra y acrecentamiento, llevando adelante el cisma comenzado. Estos pudicron más, y atemorizaron y echaron del gobierno á todos los católicos, y entre ellos á Tomas Urisleo, á quien el Rey habia dejado por cancelario, y al conde de Arundel, y nombraron por único tutor y protector del reino á Eduardo Semeiro, hermano de la reina Iana Semeira y tio del niño Eduardo, y conde de Hefordia, que despues por su propia autoridad se hizo duque de Somerset. Este era hereje zuingliano, y para acrecentar su dignidad y tener poderosos brazos de otros amigos suyos, asimismo herejes y aliados con la misma secta, antes que se coronase el Rey, procuró que se diesen nuevos títulos y honras á algunos caballeros principales, y entre ellos fué uno Juan Duleyo, baron Lislense, el cual fué honrado con título de conde de Varvicio; porque, aunque entre todos estos amigos del Protector sólo era católico, mas era muy obediente á la voluntad del Protector, y esto con artificio y disimulacion para destruirle, como adelante se verá.

Habiendo pues usurpado este nombre de protector, contra la voluntad de Enrique, y llamándose duque de Somerset, quiso luego hacerse señor de todo el reino en todas las cosas espirituales y tem-

(1) Irlanda.

porales, y ser virey y vicepapa de Inglaterra; porque todo esto le pareció se encerraba en el nombre de protector. Para esto mandó que ningun eclesiástico fuese osado ejercitar potestad ó jurisdiccion alguna de su dignidad ó oficio sin nuevo y especial mandato del Rey, que era tanto como decir sin el suyo. De manera que los obispos y arzobispos que habian sido ordenados ántes con autoridad del Papa, y despues con la de Enrique, no podian sin licencia y particular comision del rey niño dar ordenes ni ejercer sus oficios. Y el mismo Cranmero, arzobispo Cantuariense y primado de Inglaterra, no podia (cosa maravillosa) usar de su potestad sin nuevo mandato y licencia del muchacho, la cual no se daba una vez para siempre, sino á beneplácito del Rey y mientras que fuese su voluntad; y la forma de la licencia era ésta:

«Eduardo, por la gracia de Dios, rey de Inglaterra, de Francia, de Hibernia, suprema cabeza en la tierra de la iglesia de Inglaterra y de Hibernia, al reverendo Tomas, arzobispo Cantuariense, salud, etc. Como quiera que toda la autoridad de juzgar y toda la jurisdiccion, así la que se llama eclesiástica como la seglar, mane, como de su fuente y de su suprema cabeza, de la potestad real, etc. Os damos facultad por estas nuestras presentes letras, las cuales queremos que duren á nuestro beneplácito y por el tiempo que fuere nuestra voluntad, para que en vuestra diócesi Cantuariense podais ordenar á todos los que os pareciere, y promover á todos órdenes, aunque sean sacros y de sacerdote.»

Y como el Protector era zuingliano y hereje sacramentario, no contentándose con los daños que habia hecho Enrique, y pareciéndole que la forma de la religion que habia dejado no estaba á su gusto ni á su sabor, y que algun dia podria reformarse, y volver á su antiguo estado y resplandor, quiso, á ejemplo de Jeroboan (1), proponer al pueblo nuevos dioses; es á saber, otros ritos de orar y honrar á Dios, otra ley de creer, otros sacerdotes, los cuales no fuesen ordenados en la forma que manda la Iglesia romana, para que con más cuidado apartasen al pueblo de su obediencia. Para alcanzar esto más fácilmente, detuvo los vientos, y mandó que no soplasen sobre la haz de la tierra. Ordenó á los obispos y pastores católicos de todas las iglesias que ninguno predicase ni enseñase. A solos los herejes luteranos y zuinglianos se dió licencia que hablasen, para que, no habiendo predicador católico que repartiese el pan de la doctrina saludable y verdadera á los que le pedian, estando ellos hambrientos, apeteciesen más y comiesen con más gusto y sabor el manjar ponzoñoso de la falsa doctrina.

Pareció á los herejes buena ocasion la que el favor y poder del Protector les ofrecia para salir de sus cuevas y quitarse la máscara, y descubrir con más libertad que ántes los malos propósitos que tenian en su corazon. Entre los cuales Tomas

Cranmero, arzobispo Cantuariense, que ántes se habia entregado en todo y por todo á la voluntad del rey Enrique, y por su respeto habia oido misa cada dia, y algunas fiestas solemnes díchola, por tener nombre de católico, luego comenzó á mostrar lo que era, y escribió un catecismo pestilencial, lleno de herejías, y le dedicó al rey Eduardo, y se casó públicamente con la manceba que habia traído de Alemania (como dijimos) y tenido encubierta por temor de Enrique. Tambien subió al púlpito otro hereje diabólico y blasfemo, llamado Hugo Latimero, al cual habia quitado un obispado el rey Enrique, por haber comido carne en dia de Viérnes Santo. Y otros venian de Alemania y de otras partes, como cuervos y aves de rapiña al cuerpo muerto, á los cuales se repartian los beneficios y dignidades eclesiásticas y obispados. Con estas ayudas comenzó el Protector á desarraigar totalmente la fe católica de todo el reino, y para salir más fácilmente con su intento, usó de los medios que aquí diré.

CAPÍTULO II.

Los medios que tomó el Protector para pervertir al Rey niño y al reino en la fe.

Primeramente, para poder extender y derramar las herejías más fácilmente en el tiempo que, por ser el Rey niño, estaba en su poder, y para que despues que fuese crecido y ya señor de sí, tuviese por bueno lo que su tio y protector habia hecho, púsole toda la casa de su mano, y todos los criados herejes. Ante todas cosas, dióle por maestros dos insignes herejes, el uno lego, y el otro sacerdote casado. Los cuales con la gramática y primeras letras le enseñaron tal doctrina contra el Papa, contra los sacerdotes, religiosos y personas eclesiásticas, que el pobre Rey niño bebió desde luego la ponzoña, y vino á aborrecer todo lo que le habia de dar vida y salud. Los pajes y meninos eran hijos de caballeros inficionados ya de herejia, las damas y mujeres asimismo, para que con regalos y blanduras amorosas le pervirtiesen en la fe. Entre éstas fueron Ana de Cleves y Catalina de Parra, que habian sido reinas, las cuales acudian á menudo á palacio; y como eran herejes, en sus palabras y razonamientos escupian la ponzoña que en su pecho tenian. Asegurado de la crianza é infección del Rey, que era el alcázar y mayor fuerza de su maldad, tomó otro medio, el más eficaz que pudo ser, para dar al traves y acabar con la fe católica en Inglaterra; y fué corromper y inficionar las universidades del reino, que son como las fuentes comunes de los pueblos, para que todos los que bebiesen dellas quedasen atosigados, y la pestilencia cundiese sin remedio y se arraigase más. Porque no hay cosa de mayor provecho que la buena institucion y doctrina de la juventud que comunmente acude á las universidades, ni de mayor daño que la mala. Y aunque en aquel tiempo habia algunos mozos libres y curiosos y amigos de novedades, que habian picado en los libros de Lute-

(1) III, Reg., 12.

ro, traídos de Alemania, pero eran pocos; y como los rectores de los colegios, que tenían mucha autoridad en el reino, y los profesores públicos de todas las ciencias eran hombres graves y amigos de conservar la antigua fe y disciplina, estaban las universidades todavía enteras, y eran unas plazas y castillos fuertes, en que se entretenía y defendía la fe católica. Pues para derribarlas, ordenaron que en nombre y con autoridad del Rey se visitasen todas las universidades y colegios del reino, y los visitantes fueron las personas más á propósito para lo que pretendían: los cuales deshicieron todas las ordenanzas y estatutos que los fundadores habían dejado para la conservación y aumento de la religion y buenas letras y costumbres. Hicieron nuevas leyes para criar la juventud licenciadamente y disponerla á seguir su secta; quitaron las cátedras y púlpitos á los doctores católicos y eclesiásticos, y repartieronlos á mozos disolutos, atrevidos y parleros. Privaron á los rectores y gobernadores de los colegios y universidades de sus oficios, ó usando de artificios y calumnias, ó acusándolos públicamente; y pusieron en su lugar á herejes y maestros pestilentísimos, para que pervirtiesen los estudiantes en la fe y buenas costumbres. Desterraron de todas las universidades y librerías todos los libros de los teólogos que llamamos escolásticos, como el Maestro de las sentencias (1), santo Tomas, y otros santísimos y doctísimos varones, que clara, breve y resolutamente averiguan las verdades de la sagrada teología, y nos dan luz para convencer los errores contrarios. Y para hacer mayor escarnio dellos, dieron orden que algunos mozos traviesos y libres tomasen una gran cantidad de estos libros, y que en unas andas los llevasen como muertos por la ciudad, y los quemasen públicamente en la plaza, haciendo dellos una hoguera, y que los llorasen y plañiesen con endechas y canciones lúgubres; y éstas llamaron las obsequias de Escoto y de todos los escotistas. Y en lugar de los doctores sólidos y de doctrina segura y maciza, así teólogos como filósofos, llenaron las universidades y ciudades de todo el reino de oradores parleros, de mozos locos, de poetas y gramáticos presuntuosos y arrogantes, para que con pinturas, comedias, versos y canciones ridículas atrayesen la gente á la libertad de la vida, y por ella á la perdición eterna de sus ánimas. Y pareciéndoles que fuera del reino habría hombres más diestros y más ejercitados en este género de maldad, llamaron de Alemania á Martin Bucero, tudesco, y á Pedro Martir (2) y á Bernardino Ochino (3), italiano, que todos habían apostatado de la religion, y á otros apóstatas impurísimos, para que predicando en sus sinagogas al pueblo, y enseñando en las universidades sus errores á los estudiantes, más

fácilmente los engañasen á todos. Para esto les dieron las cátedras de prima de teología en las universidades de Cantabrigia y de Oxonia (4), y con ellas las canongías y prebendas que se solían dar á los antiguos y católicos profesores. Y como ellos eran deshonestos y carnales, luego hinchieron los colegios en que enseñaban (que hasta allí habían sido como unos monasterios de religiosos muy recogidos) de sus amigas, mozas livianas, y otras mujeres sucias y de mal vivir, que habían traído consigo de Alemania ó pervertido en Inglaterra, para que con el trato y canto destas sirenas, la gente moza se adormeciese y ablandase, y estuviese más dispuesta á abrazar y seguir sus errores y herejías. Tras esto comenzaron á predicar, ó por mejor decir, á dar voces con grande artificio y fraude, y mandaron que todos los que podían entender latín se hallasen presentes y oyesen sermón cada día. Y lo que se les enseñaba era todo lo que les podía dar licencia y desenfreno para que á rienda suelta corriesen tras sus apetitos y gustos, y aborreciesen todo lo que es penitencia, arrepentimiento de pecados, aspereza de vida, imitación y cruz de Jesucristo. Y para ser creídos, y engañar más fácilmente, y no tener resistencia, procuraban quitar la autoridad á nuestros santísimos padres y gloriosos doctores de la Iglesia, con mil falsedades y calumnias. Tradujeron la sagrada Biblia en latín y en inglés, y la corrompieron en infinitos lugares con glosas y anotaciones ponzoñosas y contrarias al texto y á la verdad, y la propusieron á todos para que la leyesen. Mofaban y escarnecían en los púlpitos del Papa con increíble desvergüenza, y de los prelados de la Iglesia y personas religiosas y eclesiásticas, para que todos hiciesen burla dellas. Con estos y otros medios semejantes sembraron y derramaron estos pestilentes y nuevos maestros su doctrina, la cual bebieron los hombres más inquietos y perdidos del reino. Muchos muchachos que apenas sabían hablar, con una osadía espantosa subían á los púlpitos, y enseñaban lo que ellos no sabían, y habían oído á estos advenedizos preceptores. Y á ninguna cosa se daba más la gente en aquel tiempo en Inglaterra, que á oír ó decir algo de nuevo, y tratar y disputar de la fe; lo cual se hacía en las tiendas, mesones y bodegones con increíble desvergüenza y libertad.

CAPÍTULO III.

Lo que se estableció en las Cortes contra nuestra santa religion.

Aunque andaban las cosas de la religion revueltas, de la manera que habemos visto, en Inglaterra, y los católicos estaban afligidos y arrinconados, no hacían los herejes tan grande progreso en dilatar su secta como deseaban; porque, como eran muchas y varias, y contrarias entre sí, no convenían ni se concertaban en ninguna cosa sino en apartarse en todo y por todo de la Iglesia ca-

(1) Teología de Pedro Lombardo. (F.)

(2) No debe confundirse con Pedro Mártir de Angliera, llamado comunmente de Angleria, dean de Granada. (F.)

(3) El fundador de los capuchinos, que, después de muchas penitencias, vino á parar en casarse y hacerse hereje. (F.)

(4) Cambridge y Oxford, las dos célebres universidades de Inglaterra. (F.)

tólica. Porque las cabezas de los herejes y maestros, como habian ya vendido sus ánimas, querian tambien vender sus lenguas, para ganar por aquí más, y enseñar lo que diese más gusto al Protector y al primado Cranmero, los cuales aún no habian bien declarado su creencia. Bucero mucho se inclinaba á juntar con la doctrina de Zuinglio la de los judíos, porque eran de casta de ellos. Pedro Mártir al principio fué luterano, y despues se transformó en calvinista, por agradar más á los que gobernaban. Y como ellos no concordaban, ántes andaban varios y dudosos, no tenian tanto crédito con el pueblo ni tanta autoridad. Pues para esforzar más su partido y dar más color á su maldad, el año de mil quinientos cuarenta y siete comenzaron nuevas córtes en Lóndres, y á tratar en ellas (siendo legos) la forma que se habia de tener en el reino en la fe y religion. Por comenzar por lo que más hacia al caso al Protector, lo primero que se mandó fué que el resto de los bienes eclesiásticos que habia escapado de las uñas del leon y Rey muerto, se entregase al cachorrillo y nuevo Rey. Conforme á esto, se estableció una ley, en que se mandaba que todos los templos, iglesias, oratorios y capillas, que habian sido instituidas y dotadas para que en ellas se hiciese oracion, limosna, ofrenda ó sacrificio por las ánimas del purgatorio, todas fuesen del rey Eduardo. Y asimismo todas las capillas y memorias que tuviesen alguna renta, censo ó emolumento, y todas las cofradías, hermandades y congregaciones instituidas para cualquiera obra pia, se confiscasen para el Rey. Tras este capítulo, que fué el primero, y para sus intereses el más importante, vinieron á tratar lo que tocaba á la religion, y mandaron que de allí adelante los obispos y sacerdotes no se consagrasen ni se ordenasen con la forma y ceremonias que manda la Iglesia romana (como hasta entónces se habia hecho, quitando solamente lo que toca á la obediencia del Pontifice romano), sino con otra nueva forma; y lo mismo ordenaron de la administracion de los sacramentos, y publicaron un libro dello. Despues desto, porque aún habian quedado en el reino algunas imágenes de santos de mucho precio y estima, mandaron que se quitasen todas; y así se hizo, derribando unas y quemando otras. Y enviaron hombres perdidos y desalmados para que con la autoridad real, acompañada con su propia impiedad y osadía, no dejasen pintura ni figura de santo. Y juntamente enviaron predicadores herejes que predicasen al pueblo contra las imágenes que quitaban; y con esto no quedó imagen de nuestro Señor, ni de su bendita Madre, ni de apóstol, ni de mártir, ni de santo, ni de santa en todo el reino. Y en lugar de la cruz, que en cierta parte derribaron, pusieron las armas del Rey, que son tres leopardos y tres flores de lis, las cuales se sustentaban en unos piés de serpiente por una parte, y de perro por otra. Con esto dieron á entender que no adoraban ni tenían por Dios aquel Señor, cuyo estandarte glorio-

so y preciosas armas (que es la cruz) habian derribado, sino al Rey de Inglaterra, cuyas armas habian puesto en su lugar. No se contentaron los zuinglianos con estas maldades tan extrañas, sino procuraron que se ordenasen (como se ordenó en las Córtes) que el santísimo sacrificio de la misa (que es la vida, sustento y salud de las ánimas de los fieles, y la honra, gloria y amparo de la Iglesia católica) se quitase. Y por este camino se apoderó el Rey de todos los cálices, cruces, candeleros, vinageras, incensarios, atriles, portapaces, y todos los demas vasos, y piezas de oro y plata, y ornamentos riquísimos de gran precio que habia en el reino para el culto divino. Y porque les pareció que sentiria mucho el pueblo el quitarles este consuelo y santo sacrificio de la misa, poco á poco fueron introduciendo una nueva forma de misa, quitando el cánón y las ceremonias antiguas, y mandando que se dijese en lengua inglesa, para que el pueblo simple creyese que no se le habia quitado nada de lo que antes tenía, sino solamente mudádolo de la lengua latina en la suya vulgar, en la cual tambien se mandó que se dijese los otros divinos oficios; solamente quisieron que se pudiese responder y usar desta palabra, *Amén*, como ántes se hacia. Tratáronse en estas córtes de legos (como si fuera un concilio de prelados y obispos) las causas espirituales, que pertenecen al fuero eclesiástico, y muchas veces las determinaban al revés de lo que siempre ha usado y usa la Iglesia católica. Aconteció en la causa matrimonial de una mujer, que habiéndose casado con un hombre, y teniendo hijos dél, se casó, viviendo el primer marido, con otro, del cual tuvo tambien hijos; y venido el pleito de las Córtes sobre cuál de los dos habia de ser el marido legítimo de la mujer, se determinó que el segundo, porque era más poderoso contra la doctrina del Evangelio.

CAPÍTULO IV.

El sentimiento que tuvieron los católicos, y la flaqueza que mostraron.

Los católicos más doctos y más graves de Inglaterra pensaron que con la muerte de Enrique se acabarian las calamidades y miserias de aquel reino; mas cuando vieron que crecian y que cada dia eran mayores, comenzaron á sentir más su daño, y afligirse y acusarse porque á los principios no habian resistido con mayor ánimo y esfuerzo, y opuéstose á la voluntad del Rey. Porque, leyendo por una parte en san Juan Crisóstomo (1), que en su tiempo habia iglesias fundadas y altares levantados á Jesucristo en Inglaterra, y los naturales della alabados por ello; y por otra, viendo que estos mismos altares y templos, que habian sido edificadas de sus antepasados, al cabo de mil y doscientos años que murió san Juan Crisóstomo, eran derribados, no de gentiles ni judíos ni paganos, sino de los que se llaman cristianos, ¿qué do-

(1) Homil. *Quod Christus sit Deus*.

lor habian de sentir? ¿qué lágrimas habian de deramar? ¿qué quebranto y caimiento de corazon habian de tener? Porque si los altares fueron antiguamente argumento que floreció la fe de Cristo (como lo testifica aquel glorioso y santísimo doctor), el derribar los mismos altares, señal es manifiesta de la peridia y maldad del Antecristo. Lloraron esto los obispos de Vintonia, Lóndres, Dunelmia, Vigoria, Licestre, varones graves y de excelente doctrina, que tenian voto en las Córtes, y en su corazon eran católicos, y hicieron alguna resistencia á las novedades que cada dia salian. Mas, como habian sido ordenados obispos fuera de la Iglesia católica, ó por mejor decir, contra la Iglesia, por mandado, no del Papa, sino del rey Enrique, para establecer su divorcio y el primado eclesiástico, no tenian aquel vigor de espíritu para defender la verdad que suele dar nuestro Señor á los que son ordenados y ungidos canónicamente en la unidad de la Iglesia católica; y así, remisa y flojamente resistieron al primado espiritual del Rey niño, y aprobaron llanamente todos los decretos y novedades que á su parecer no contenian manifiesta herejía. por no perder sus obispados, honras y rentas; y pagaron bien poco despues este pecado, porque en tiempo del rey Eduardo, por no querer en todo conformarse con su voluntad, fueron maltratados y perseguidos, como verémos; y en el desta reina Isabel mucho más, quitándoles los obispados y affigiéndolos con duras cárceles hasta la muerte; lo cual ellos sufrieron con grandisima paciencia y constancia, alabando por un cabo la misericordia del Señor, y por otro su justicia, que así los castigaba.

Pues, como estos obispos hubiesen aprobado por temor los decretos que habemos dicho, y otros que se ordenaron con la autoridad del Rey niño, descan- do los herejes establecerlos y dilatarlos por todo el reino, en llegando el tiempo señalado por las Córtes, se dejó de decir misa en público, y de administrar los divinos oficios y sacramentos en la forma que lo hace la Iglesia católica. No faltaban algunos que secretamente decian misa ó la oian; mas no por eso dejaban de ir á los templos y tomar los sacramentos como lo usan los herejes; pensando (como dice san Agustin, de algunos que en África seguian á los donatistas) que basta reverenciar á Cristo de cualquiera manera, y no sabiendo que él quiere ser reverenciado en la unidad de la Iglesia, y que no se puede juntamente beber el cáliz de Cristo y el de los demonios.

CAPÍTULO V.

La constancia de la princesa doña María en la religion católica, y los medios que tomaron los herejes para apartarla della.

Sola la serenísima princesa doña María, hija del rey Enrique y hermana de Eduardo, siguiendo la fe y constancia de su santa madre doña Catalina, jamas consintió que el oratorio que tenía en su casa se cerrase, ó que no se dijese misa en él, ó que se dijese secreta, y no públicamente, aunque esto

era en menosprecio (como algunos decian) de los mandatos reales. El Protector y los otros tutores herejes tomaron todos los medios que pudieron, de ruegos y amenazas, para vencerla; pero no les valió, porque la santa doncella, no solamente estuvo firme y constante en esta resolucion, mas reprehendió severamente de palabra y por cartas al Protector, y á los otros consejeros de su hermano les avisó que mirasen bien lo que hacian, porque vendria tiempo que se les pediria cuenta de los daños del reino y de haber usado tan mal de la niñez de su hermano, y pervertido el testamento y última voluntad de su padre. Por esto, y por ver que era hermana del Rey, y despues dél llamada á la sucesion del reino, y porque, finalmente, Eduardo la amaba como á hermana, y siendo ya un poco mayor de edad, ella se le habia quejado, y él enterrecidose con sus lágrimas, no se atrevieron, como deseaban, á poner las manos en la persona de la Princesa. Tornaron otra vez con blandura y con rigor á tentarla; y viendo que estaba fuerte como una roca, se determinaron de perseguir á sus capellanes, para que no tuviese quien le dijese misa; y así, los encarcelaron y apretaron como á transgresores de sus leyes. Avisó deste agravio la princesa doña María al Emperador, su primo, y él mandó á su embajador que se querellase de su parte al Rey y á los gobernadores del reino, y que les dijese que se maravillaba mucho que siendo el Rey niño y estando debajo de tutores, no concediesen á su prima, y hermana del Rey, lo que á los embajadores de otros reyes y príncipes se concedia (que era dejar decir misa en un oratorio de su casa), y que con violencia la quisiesen apartar de la manera de creer y honrar á Jesucristo que todos los cristianos del mundo tienen por buena, y sus antepasados habian guardado. Tuvieron los del Consejo respeto á esta tan justa querella, y no molestaron más, en lo que toca á la misa, á la Princesa; y tambien porque el rey Eduardo, aunque dejaba, como muchacho, gobernar al Protector y á sus consejeros, pero habia dado muestras que le pesaba que hubiesen tratado á su hermana tan inhumanamente sin saberlo él. Mas verdaderamente ella fué muy particular merced de Dios nuestro Señor, que hizo á la santa doncella en tiempo tan calamitoso, dándole manera para tener en su oratorio su Santísimo Cuerpo y gozar de su regalo y presencia. Porque todo el tiempo que reinó Eduardo lo tuvo en un lugar decente y seguro y con real aparato, y se estaba buena parte del dia y de la noche delante dél, acudiendo en todas sus tribulaciones (que fueron muchas y muy grandes) á él, como á verdadero consolador de los affigidos, y suplicándole con devotas lágrimas y gemidos que le diese alivio, esfuerzo y remedio para tantos males suyos y en todo el reino; y no fué vana su oracion ni su confianza. Que de la resistencia que hizo á los herejes que gobernaban, y de la libertad y autoridad con que los reprehendió y avisó que mirasen bien lo que hacian, porque vendria

tiempo en que se les pediría cuenta de todo, parece que la tenía grandísima, y muy ciertas prendas de lo que despues le sucedió, como adelante se verá. Y demas de la seguridad que nuestro Señor debia dar á la santa doncella, y los regalos interiores de su corazon, tambien la debian de consolar y esforzar mucho las palabras que cuando la despojaron de toda la dignidad real que tenia, y declararon por bastarda, le escribió su santa madre en una carta, que por ser de tal madre y tan santa reina, traducida del original inglés, escrito de su propia mano, quiero poner aqui.

«Hija: Hoy me han dado unas nuevas, que si son verdaderas, el tiempo es llegado en que Dios todopoderoso os quiere probar. Yo me huelgo mucho dello, porque veo que os trata con mucho amor, y os ruego que os conformeis con su santa voluntad con alegre corazon, y que sepais cierto que él nunca os desampará si vosuviéredes cuenta de no ofenderle. Yo os pido, hija mia, que os ofrezcais á este Señor, y que si en vuestra ánima sintiéredes alguna pasion y amargura, os confeseis luego y la alimpies de todo pecado, y guardéis los mandamientos de Dios y los cumplais muy puntualmente; que él os dará gracia para hacerlo, y con esto estaréis bien armada y segura. Si aquella dueña viniere á vos (como se dice), y trajese alguna carta del Rey, creo que en la misma carta se os dará orden de lo que habeis de hacer; mirad que le respondais con pocas palabras, y que obedezcais al Rey en todo lo que os mandare, que no sea contra Dios ni contra vuestra conciencia. Y no os pongais en largos razonamientos con ella, ni en disputas deste negocio, sino que de cualquiera manera que sea, y cualquiera compañía que os dé el Rey, useis de muy pocas palabras y no os metais en nada. Yo quiero enviaros dos libros en latin para vuestro consuelo: el uno es un *Vita Christi*, con la declaracion de los evangelios; y el otro las *Epístolas de san Jerónimo*, que él escribia á algunas mujeres; en los cuales hallaréis muchas cosas buenas. Algunas veces, para vuestra recreacion y alivio, tañed el clavicordio ó el laud, si le teneis. Pero sobre todas las cosas, os ruego que por el amor que debeis á Dios y me teneis á mí, guardéis vuestro corazon limpio con santos pensamientos, y vuestro cuerpo puro y santo, apartándoos de toda mala y liviana compañía, y no tratando ni descando algun marido. Y mirad que por la sagrada pasion de Jesucristo os pido que no escojais algun estado, ni os determinéis en tomar alguna manera de vida, hasta que pase esta tempestad y tiempo borrascoso; porque yo os aseguro que tendréis muy buen fin, y mejor que podemos desear. Mucho querría, oh buena hija, que conociédeses las entrañas con que os escribo esta carta; que cierto ninguna he escrito con más amorosas ni mejores. Porque ya voy entendiendo que Dios os quiere mucho, y le suplico que por su bondad lo lleve adelante y os guarde. Agora, hija, vos habeis de co-

menzar é ir adelante en los trabajos; que yo os seguiré de buena voluntad; y no estimo un pelo todos los que nos pueden venir, porque cuando hubieren hecho lo peor que pudieren, entonces confio que estaremos mejor. Dad mis encomiendas á la buena Condesa de Salisbery; decidle de mi parte que tenga buen ánimo, porque no podemos llegar al reino de los cielos sino por cruz y tribulaciones. Hija, do quiera que fuéredes, no tengais cuidado de enviarme recaudos; que si yo tuviere libertad, yo os buscaré ó enviaré por vos. —Vuestra querida madre, CATALINA reina.»

CAPÍTULO VI.

Los medios que tomaron los gobernadores para desarraigat la religion católica.

Procuraron luego los herejes que se obedeciesen las leyes y que se ejecutasen las nulidades y alteraciones que ellos mismos habian ordenado acerca de la religion; y para esto mandaron á los dos arzobispos que solos hay en Inglaterra, Cantuariense y Aboracense, que tuviesen cuenta que así se hiciese, y lo ordenasen á los otros obispos, sus sufragáneos; y ellos escribieron sus mandatos en esta forma:

«Tomas, por la permission divina, arzobispo Cantuariense, y por el ilustrísimo in Christo principe y rey Eduardo Sexto, suprema cabeza en la tierra de la iglesia de Inglaterra y de Hivernia, legitima y suficientemente autorizado, á vos, Edmundo, obispo de Lóndres, y á todos los demas obispos, nuestros hermanos, mandamos, en nombre y por parte de la majestad del Rey nuestro señor, cuya autoridad tenemos para esto, que se quiten las imágenes de las iglesias en todas las diócesis, y no se digan misas», etc.

Y porque los obispos no se descuidasen, se enviaron visitadores y comisarios para ejecutar lo que se mandaba; y éstos llevaban consigo algunos predicadores de ánimo y lengua pestilentes, para que avivasen y animasen á los pueblos. Y juntamente llevaban la sagrada *Biblia* traducida en inglés falsísimamente, y las paráfrases de Erasmo Rotedoramo sobre el Nuevo Testamento, en la misma lengua, ordenando que se comprasen á costa del pueblo, y se pusiesen en las iglesias, para que todos las pudiesen leer; pareciéndoles que con estos dos libros se cebaría y engañaría más la gente. Tambien llevaban algunas homilias ó sermones sobre los evangelios, llenas de blasfemias y de errores, para que se leyesen los domingos al pueblo. Mandaron que no se hiciesen procesiones; quitaron la invocacion de los santos, el agua y pan bendito que se solía ántes repartir los domingos en las iglesias; los rosarios y cuentas de perdones; los misales y libros católicos; y finalmente, todo lo que olia y sabia á piedad, y podia conservar la memoria de la antigua y verdadera religion. Y porque sabian que cuanto uno fuese más lascivo y carnal, y más esclavo de su sensualidad, estaria más dispuesto y hábil para la doctrina de la libertad que

ellos predicaban, y más obstinado y pertinaz en ella, usaron de increíbles astucias, mañas y espantos contra los clérigos para que se casasen, y los apretaron y afligieron de manera, que muchos lo hicieron; unos por su flaqueza, gozando de la ocasion; otros por temor, porque los que no lo hacían eran ultrajados y acusados como sospechosos y traidores, y con diversas calumnias depuestos de sus dignidades y encarcelados. Mas, como destos casamientos naciese gran copia de hijos espurios é ilegítimos, y la república se hinchiese de tan ruin mercadería, y las mujeres de los tales fuesen tenidas y tratadas como ramera y personas infames, y no ménos los hijos, suplicaron en las Córtes que se declarase que los tales hijos podían ser tenidos por legítimos, y así se hizo. Después enviaron otros comisarios y receptores del Rey para que recogiesen todo lo que había quedado de los bienes de las iglesias; lo cual ellos hicieron con tanto cuidado y violencia, que no dejaron cosa de oro, ni de plata, ni de brocado, ni de seda, ni de paño, ni de metal, ni de hierro, ni de acero, ni de estaño, que no robasen. Hasta las campanas, que eran de muy fino metal, quitaron de las iglesias, dejando en cada iglesia una sola para convocar y llamar al pueblo.

He contado tan por menudo todo esto, para que se entienda la malicia y perversidad de los herejes, y los modos que usan para arrancar de raíz nuestra santa fe católica, y sembrar la zizaña de sus sectas de perdicion, y para que los gobernadores y prelados católicos velen sobre su grey, y usen de los medios contrarios para apacentarla, conservarla y acrecentarla en toda virtud y santidad. Y asimismo para que por este ejemplo de Inglaterra y otros, se conozca que la gente perdida y que quiere vivir sin Dios y sin ley, ésta es la que está á pique de caer en herejías; los facinerosos, los lujuriosos, los holgazanes, los que ó no piensan que hay otra vida, ó viven como si no la hubiese, éstos están muy dispuestos á tomar aquella secta y creencia, que es conforme á su vida y libertad. He puesto también estas cosas en particular, para que no nos maravillemos que nuestro Señor castigue tan ásperamente aquel reino, y dure tanto tiempo este azote. Porque habiendo él en sus córtes públicamente hecho cruelísima guerra á los santos y al mismo Dios, y desterrado de sí los santos sacramentos, y el Sacramento de los sacramentos y tremendo sacrificio de la misa, ¿qué medio pueden tener para amansar la ira del Señor y alcanzar misericordia, habiendo cortado las cañas por donde suele Dios comunicar esta misma misericordia? Los pecados que se cometen son infinitos y espantosos, y cada día se multiplican más; los remedios (que son las oraciones y penitencias, la intercesion de los santos, el uso de los sacramentos) cesan, y les ha faltado la hostia viva y sacrificio suavísimo del verdadero cuerpo y sangre de Cristo nuestro Redentor, que sola basta para aplacar y desenojar el pecho del Padre. Pues ¿qué maravilla es

que creciendo los males y faltando los remedios, dure el azote y castigo del Señor en aquel reino? Pero confiamos, en su inefable bondad, que la sangre de los mártires, que en él continuamente se derrama en testimonio y prueba de su verdad, alcanzará de su divina Majestad perdon y misericordia. Y para hacérnosla cumplida, da él fortaleza y constancia á sus siervos para que peleen y venzan gloriosamente. Y ésta no es pequeña misericordia de Dios, y que haya en Inglaterra y fuera della un número innumerable de católicos ingleses, tan finos y constantes en la fe, que á trueque de conservarla limpia y entera, padecen alegremente todas las penas y afrentas que los enemigos della pueden imaginar. Ayudémoslos nosotros con nuestras oraciones, esforcémoslos con nuestro ejemplo, demosles alivio y consuelo con nuestra compasion y limosnas, y supliquemos instantemente al Señor que dé fin á una tiranía tan espantosa y bárbara como es ésta. Volviendo pues á nuestra historia, con estos medios y visitas acrecentaron mucho su partido los herejes, y enflaquecieron y debilitaron el de la Iglesia católica. Y pareciéndoles que ya estaba por ellos el campo y que triunfaban de la verdad, hicieron grandes alegrías y regocijos, no solamente en aquel reino, sino también en Alemania y en las demas provincias donde estaban derramados. Y escribieron muchas cartas y libros dello, alabando al Rey niño y su felicidad, y la fortaleza y ánimo del Protector, y dándose el parabien de su libertad. Lo cual hacían de mejor gana, porque en aquel mismo tiempo, el emperador don Carlos, por partiular favor de Dios y por la justicia de la causa que defendía, venció á todos los principes y rebeldes del imperio que habían tomado las armas contra él; mas estando ellos en este gozo, muy presto se les aguló con las cosas que sucedieron en Inglaterra, como en los capítulos siguientes se dirá.

CAPÍTULO VII.

Las cosas que sucedieron, con que se reprimieron los herejes.

Primeramente, nacieron entre los mismos herejes grandes diferencias y debates, queriendo cada uno defender su secta y opinion; y porque eran muchas y muy contrarias entre sí (que la herejía es monstruo de muchas cabezas), necesariamente habia de haber entre los maestros dellas rencillas y contiendas; y esto no podia dejar de dañar al progreso y curso de su falsa religion. Llegó la cosa á tanto, que los zuinglianos, que con una falsa blandura solían engañar á los simples y predicar que ninguno debese ser apremiado á la fe, sino dejarle creer lo que quisiere, quemaron á un Jorge Parisio por hereje arriano, y á otra mujer, llamada Joana Buchera, que seguía los errores antiguos de Valentin hereje. Demas desto, viendo los católicos graves, prudentes y doctos los debates y peleas de los herejes entre sí, tomaron ánimo y salieron en campo, y quisieron disputar con ellos, y comenzaron con

gran desnudo y valor á examinar la falsa doctrina y convencer sus mentiras, y ponerlas delante los ojos con tanta evidencia y claridad, que los herejes tuvieron por bien de retirarse, y tratar su negocio con más encogimiento y temor; porque ni Pedro Mártir, que era el principal ministro de Sathanas, osó en Oxonia disputar con Ricardo Smitho (1), excelente doctor teólogo, ni supo responder á otros dos teólogos católicos, llamados Tresa-mo y Chedseo; ántes quedó en la disputa tan atajado y perdido, que todo el auditorio le silbó y pateó y casi le echó de la cátedra; y lo mismo aconteció á Bucero en Cantabriga, y en otras partes á otros. Para reprimir á los católicos, y espantarlos con fuerza (porque no podían con razon), dieron en prenderlos y afligirlos, y así echaron á muchos de sus iglesias y los despojaron de sus dignidades, y los apretaron con cárceles y tormentos. Los católicos, parte por el buen suceso, y parte porque estaban corridos del temor y flaqueza que ántes habían mostrado, tomaban nuevo esfuerzo y defendían (como en satisfaccion de su culpa) con grande ánimo la causa de Dios. Particularmente hacían esto algunos obispos que fueron presos en estos días, y depuestos de sus obispados, como el de Lóndres, Vintonia, Dunelmia y Vigoria. Otros, viendo por una parte el peligro de sus conciencias si consentían y aprobaban los edictos del Rey; y por otra, de sus vidas, casas y haciendas si no consentían; por quitarse de ruido, se salían del reino, y voluntariamente se desterraban ellos mismos de su patria, queriendo ántes padecer pobreza y necesidad fuera della, que ver en ella lo que veían con tan grande riesgo de sus ánimas. Con esta ocasion salieron de Inglaterra muchos varones graves y eminentes en letras y virtud, y se fueron á los Estados Bajos de Flándes, adonde nuestro Señor les proveyó de consuelo y remedio, con la caridad y benignidad de un mercader muy rico y poderoso, llamado Antonio Bonviso, italiano de nacion y natural de la ciudad de Luca, el cual, por haber estado en Inglaterra muchos años, y cobrado amor á aquella nacion, y mucho más por ser hombre piadoso, tuvo lástima de las calamidades y miserias que padecían los católicos de aquel reino; y miéntras estuvo en él los socorrió, especialmente á Tomas Moro, todo el tiempo que estuvo en su afliccion. Y despues que salió de Inglaterra, estando él mismo en Lovaina, recogió y amparó á los demas, y con sus grandes riquezas les dió alivio y consuelo con tanta prontitud y liberalidad, que le pesaba porque no salían más católicos de Inglaterra y se guarecían en su casa. También en este mismo tiempo de tantos monstruos, y de tanta variedad de sectas y errores en la religion, sucedieron en el reino otras cosas prodigiosas y terribles, que atemorizaban y asombraban la gente. Porque á cada paso se veían partos de mujeres y animales monstruosos. El rio Támesis, que baña y riega la ciudad de Lóndres, creció y men-

guó tres veces en espacio de nueve horas, y tuvo su creciente y menguante fuera de todo su curso. El mismo año, que fué el de mil quinientos cincuenta, se vió en Inglaterra una nueva enfermedad y de los médicos no conocida, la cual arrebató una infinidad de gente, porque en sola la ciudad de Lóndres, dentro de siete días, murió gran número de personas, y en las otras partes del reino muchos millares dellas. Y fué una manera de sudor pestífero y mortal, que ni era pestilencia ni landre, ni le parecia, y despachaba y mataba como si lo fuera. Tuviéronla muchos por cosa milagrosa, juzgando que Dios nuestro Señor con este castigo los amonestaba y avisaba que se enmendasen de sus errores; y con esto los católicos se animaban, y los herejes se encogían y temían. Hubo asimismo otra cosa de descontento, porque en todo el gobierno y negocios públicos había grandísima confusion; y como los que gobernaban atendían solamente á su interese y ambicion, y á agraviar y despojar á los católicos, y á robar y afligir á todo el pueblo con pechos injustos y cargas insufribles, no podían los que eran afligidos y maltratados dejar de sentir y llorar su vejacion. Vióse esto más en una crueldad y tiranía que los que gobernaban usaron en todo el reino. Porque el año de mil quinientos cincuenta y uno, á los nueve de Julio, estando todo el pueblo bien descuidado, se quitó á todos, por público edicto, la cuarta parte de toda la hacienda que tenían en moneda de plata, y de allí á otros cuarenta días se les quitó otra cuarta parte. De suerte que el que tenía hoy cien ducados en reales, dentro de cuarenta días no se hallaba sino con cincuenta, aunque no los hubiese gastado ni jugado ni perdido. Porque se mandó primero que el real valiese tres cuartillos, y al cabo de cuarenta días, que no valiese sino medio real, y así en las otras monedas de plata, de más y ménos valor. Y como los que gobernaban el reino eran autores destas tiranías y estragos, y sabían cuándo había de subir y cuándo de bajar la moneda, anticipábanse y dábanse priesa á pagar á los acreedores lo que les debían, y los salarios á sus criados, y á comprar heredades y tierras de contado, en la moneda que hoy valia veinte, y mañana había de valer quince. Y estos males permitió nuestro Señor para que el pueblo entendiese cuán poco había que fiar en el Protector y en los otros sus consortes, y cuán malos dispensadores de la gracia de Dios y de los dones celestiales eran los que trataban las cosas de la tierra con tanta injusticia y maldad. Pues es verdad eterna lo que dijo Cristo nuestro Señor (2): «Si en tratar la hacienda inicua y vana habeis sido infieles, ¿quién os fiará los bienes espirituales, verdaderos y eternos?» Por todas estas causas que he dicho, se les agrió á los herejes el alegría y contento que tenían, pero mucho más por otra que se sigue.

(1) Smith.

P. R.

(2) Luc., 16.

CAPÍTULO VIII.

Cómo el Protector mató á su hermano, y él fué derribado y muerto por el conde Virvacense.

Nacieron entre el Protector y su hermano tan crueles enemistades, que el Protector mandó matar á su hermano, y Dudleyo despachó al Protector, y al rey Eduardo atosigaron el mismo Dudleyo y el Duque de Sufolcia, y ambos, con sus hijos, fueron condenados y muertos por justicia; y todo esto en espacio de solos cuatro años; que es cosa maravillosa y digna de saberse, para alabar y temer los secretos y justos juicios de Dios. Tenía el Protector, Eduardo Semeiro, un hermano, llamado Tomas Semeiro, almirante y capitan general de la mar, el cual se habia casado, despues de la muerte del rey Enrique, con Catalina Parra, su última mujer. Hubo gran rencilla y discordia entre la mujer del protector y Catalina Parra, sobre la precedencia; porque la una, como mujer del rey muerto, y la otra, como mujer del protector vivo, queria preceder á la otra. Pasó esta discordia de las mujeres á los maridos, atizándolos Juan Dudleyo, conde Virvacense, que por este camino los esperaba á ambos derribar. Y creciendo cada dia mas la enemistad (porque la mujer del Protector, que era la que le gobernaba, no le dejaba vivir), determinóse el Protector de quitarse al hermano de delante, para no tener brega ni embarazo. Y porque no tenía crimen verdadero, digno de muerte, que oponerle, buscó uno falso, y procuró que Hugun Latimero, grande hereje (á quien llamaban apóstol de Inglaterra los que eran como él), desde el púlpito le acusase delante del pueblo como á traidor al Rey. Él lo hizo, y de manera, que fué preso y condenado á muerte, y degollado á los veinte de Marzo del año de mil quinientos cuarenta y ocho, por mandado de su mismo hermano; y Catalina Parra, su mujer, casi en los mismos dias, murió de parto, envidia y pena. De suerte que el Protector quedó libre de su hermano, y la mujer de su competidora. Mas no paró solamente entre los hermanos la rencilla y disension, porque muchos pueblos de Inglaterra tomaron las armas por la religion, y cercaron la ciudad de Exonia, y pelearon con la caballería, que contra ellos habia venido del ducado de Cleves, y la hicieron retirar y volver las espaldas, y en otras partes hubo grandes alborotos y desasosiegos, y se hicieron graves daños y estragos en el reino; y los franceses, aprovechándose desta ocasion, tomaron algunas fuerzas cerca de Bolofia, que todavía tenían los ingleses. Y como la culpa destos insultos y daños se echase al mal gobierno del Protector, Juan Dudleyo le acusó públicamente, con parecer y consentimiento de los otros grandes, de su mal gobierno, y el Protector se retiró con el Rey á una fortaleza, para su mayor seguridad. Mas viendo que pocos le seguian, y casi todo el reino acudia á Dudleyo, y que no podia resistir, tuvo poco ánimo y se rindió, y fué preso á los catorce de Octubre de mil quinientos cuarenta y nueve.

Y aunque al cabo de cuatro meses le dieron libertad y se concertó con Dudleyo, fué paz falsa y fingida, y así no duró, porque Dudleyo no se contentó que el Protector no tuviese más el nombre ni usase del oficio y autoridad de protector (como no le usó despues que le prendieron), ántes viendo que con este hecho habia ganado fama de hombre de pecho y de valor, y las voluntades de gran parte del reino, que le seguia, se determinó de acabarle, para ser señor del campo, y gobernar el reino á su voluntad. Para poderlo hacer con más autoridad (queriéndolo así el Rey), se llamó duque de Northumbria (1), y procuró que muchos caballeros, amigos suyos, fuesen honrados y acrecentados con nuevos títulos y mercedes del Rey, lo cual se hizo el año de mil quinientos cincuenta y uno. Viéndose ya poderoso, y rodeado de tantos amigos y señores principales, mandó prender de nuevo á Eduardo Semeiro y á su mujer y algunos otros sus amigos; y acusándole que habia entrado un dia en su casa, armado, para matarle, y condenado por ello, le cortaron la cabeza. Y poco despues se ejecutó la misma sentencia en otros cuatro caballeros, como consortes del mismo delito.

CAPÍTULO IX.

La ambicion del conde Virvacense, que se llamó duque de Northumbria, y muerte del rey Eduardo, y sucesion de la reina Maria.

Habiéndose quitado de delante á su enemigo, y acabado este negocio (á su parecer felizmente), comenzó Dudleyo á tener esperanza de otros mayores sucesos y pretender el reino. Pensaba que lo podria alcanzar, pues estaba todo el gobierno en su mano, y lo que es más, el mismo Rey, el cual estaba enfermo de una enfermedad lenta, que poco á poco le consumia; y si no lo estaba, parecia á Dudleyo que lo podria estar todas las veces que él quisiese, pues le tenía en su poder, y que le sería fácil quitarle, con la vida, el reino, y aún á las dos hermanas de Eduardo, y sus sucesores en él. Habia tenido el rey Enrique dos hermanas, Margarita, que fué la mayor y se casó con el Rey de Escocia, y Maria, hermana menor, la cual fué casada con Ludovico XII, rey de Francia, y despues con el Duque de Sufolcia, de quien tuvo una hija, llamada Francisca, que se casó con Enrique, marqués de Dorcestria, á quien se dió titulo de duque de Sufolcia por favor de Dudleyo. Desta señora tenía tres hijas el Duque, las cuales, siendo hijas de la sobrina del Rey, y nietas de su hermana, parece que tenían muy propincuo derecho al reino, si los hijos de Enrique no lo estorbáran. Porque, aunque eran nietas de hermana menor, y segun razon, los hijos y herederos de la mayor, que era reina de Escocia, habian de ser preferidos, decia Dudleyo que no se habia de tener cuenta con la que estaba en Escocia, sino con la que tenían presente en Inglaterra. Juntáronse pues los dos duques de Sufol-

(1) Northumberland.

cia y de Northumbria, y tuvieron su consejo, y concertáronse que las tres hijas del Duque de Sufolcia y de su mujer, que era sobrina del rey Enrique, se casasen desta manera. Las dos menores con los hijos mayorazgos del Conde de Pembruchia y del Conde de Huntingtonia (que eran señores muy ricos), para tenerlos á su devocion y más obligados con el parentesco; y la mayor de todas, que se llamaba Jana (á la cual, faltando los hijos de Enrique, habia de venir el reino), con el cuarto hijo de Dudleyo, que se llamaba Gilforde, y que hechos estos casamientos, se diese fin á los hijos de Enrique. Hiciéronse los casamientos del Conde de Pembruchia (1) y del hijo de Dudleyo con las dos hijas del Duque de Sufolcia, en un mismo dia, en Lóndres, con gran pompa y solemnidad, y luégo comenzó el rey Eduardo á estar malo ó peor, y consumirse lentamente. Para no perder tiempo ni ocasion, envió luégo Dudleyo á llamar á la princesa doña Maria (á la cual sola temia), para tenerla en Lóndres con buena guarda en su poder. Viniendo ella muy descuidada al llamamiento de Dudleyo, y llegando cerca de Lóndres, fué avisada de sus criados que el Rey su hermano estaba muy al cabo de su vida, y que aquel llamamiento no era por bien, y que sin duda le estaba armada alguna traicion y celada. Fué este aviso de Dios; porque la santa doncella dejó el camino comenzado, y á gran paso se recogió á una fortaleza suya no muy fuerte. Murió el rey Eduardo, el año de mil quinientos cincuenta y dos, á los diez y seis años de su edad y á los siete de su reino, y á los seis de Julio, que fué el mismo dia que algunos años ántes el rey Enrique mandó cortar la cabeza al excelente y santo varon Tomas Moro, para que se entendiese que la muerte del uno habia sido en venganza de la muerte del otro, y que castigó Dios nuestro Señor esta maldad y tiranía del rey Enrique con la muerte de su hijo. Fué avisada secretamente la princesa doña Maria que el rey Eduardo su hermano era muerto dos dias despues que entró en la fortaleza; y aunque era mujer, y estaba sola, desamparada y desproveida, confiada en Dios nuestro Señor, verdadero protector de la justicia y inocencia, con grandísimo valor, ánimo y esfuerzo, se mandó pregonar y publicar á són de trompetas por reina de Inglaterra.

CAPÍTULO X.

Cómo los duques de Northumbria y Sufolcia pregonaron á Jana por reina de Inglaterra, y lo que les sucedió.

Los duques de Northumbria y de Sufolcia, aunque se turbaron con la muerte de Eduardo, más apresurada de lo que ellos habian pensado, porque no tenían las cosas tan á punto como era menester; todavia, por no enflaquecer su negocio con la tardanza, á gran priesa entraron en el castillo de Lóndres, y llamando secretamente la mayor parte de

los nobles y personas de cuenta, les hicieron jurar que recibirian por reina á Jana, hija mayor del Duque de Sufolcia; y el mismo juramento tomaron al Gobernador y á seis senadores de los más principales de Lóndres; y con esto, pregonaron por reina de Inglaterra á Jana. Hizo su entrada en el castillo con grande pompa y majestad; llevábale la falda su misma madre, que era la que tenía más derecho al reino (si alguno tenía) que la hija, la cual sólo por ser hija de tal madre le podia pretender. Pero, como dice un autor, que fué testigo de vista, éste fué un monstruo, y otro, y no menor, que su misma madre, que habia de ser reina ántes que la hija (como dijimos), y su padre la hablasen á ella y sirviesen de rodillas, engañando á la pobro señora, apretándola con malos tratamientos y con palabras y obras injuriosas, haciéndole fuerza para que contra su voluntad tomase el personaje de reina, y con el cetro y la corona real entrase, á guisa de representante, en una comedia, que habia de ser tragedia para ella, y durar tan pocos dias. Castigarou los duques á algunos que habian hablado mal deste negocio, y aún cortaron las orejas á un hombre que se llamaba Gilberto, por ello; y el mismo dia que se hizo esta justicia del pobre hombre, el acusador, que fué su amo, y se llamaba Sanderó, se ahogó en el rio Támesis, con una barca en que iba. Tambien otros fueron presos y maltratados por no haber querido firmar el edicto y mandato de los duques contra la reina Maria. Entre éstos, el primero casi y más principal fué Francisco Inglefildo, caballero de grande entereza, el cual, porque era católico y criado de la reina Maria, quiso ántes poner su vida y hacienda en peligro que apartarse de la justicia y verdad. Y así fué encarcelado con otros muchos, los cuales tenían por muy cierta su muerte si el Duque de Northumbria salia con su intento, como él pensaba, por muy grandes, y á su parecer ciertas, esperanzas que tenía dentro y fuera de Inglaterra. Porque tenía de su parte toda la nobleza del reino, asegurada con el juramento, la gracia y favor del pueblo, las fuerzas de todo el reino, la autoridad del rey muerto, y su última voluntad, que mostraba escrita en cierto testamento. Por otra parte, le parecia que no tenía que temer á la princesa doña Maria, porque era mujer y estaba sola y desamparada, ni ménos las armas y potentados de fuera del reino. Porque poco ántes habia hecho paces con Enrique II, rey de Francia, y entregádole á Boloña, que era plaza para los franceses muy importante, y la reina de Escocia, Maria, se habia ya casado con Francisco, delfin, hijo primogénito de Enrique, y el emperador don Carlos (de quien sólo podia esperar socorro la reina Maria, su prima) estaba muy apretado en este mismo tiempo, y cercado por muchas partes de sus enemigos. Con estas esperanzas de buen suceso, el Duque ordenó todas las cosas en Lóndres como le pareció. Publicó á Jana por reina, púsola en el castillo de Lóndres por mayor seguridad, recibió el juramento y fir-

(1) Pembrok.

mas de los caballeros y señores, animó al pueblo, repartió los cargos y oficios, escogió algunos predicadores para que predicasen y favoreciesen en los púlpitos el partido de Jana, y deshiciesen el de la reina María; con esto, juzgando que no le faltaba sino tenerla á ella en su poder para asegurar su negocio, recogió la gente de guerra; y dejando al Duque de Sufolcia en su lugar para que conservase las cosas de Lóndres, partió con su gente con celeridad en busca de la reina María, la cual se estaba en su castillo (como hemos dicho) sola y desproveida. Mas Dios nuestro Señor, que favorece siempre la justicia é inocencia, la favoreció á ella en esta sazón. Porque todo el pueblo, por el amor y reverencia que le tenia, y por el aborrecimiento del Duque de Northumbria, se movió á ayudarla y servirla con tanta gana y voluntad, que dentro de diez días se juntaron de todas las partes del reino, y vinieron á ella, más de treinta mil personas armadas; y hubo tanta abundancia de mantenimientos en su campo, que se daban las cosas casi de balde. Algunos señores y caballeros que estaban fuera de Lóndres acudieron á la Reina, y los que estaban dentro, sabiendo esto, y viendo que el Duque de Northumbria habia salido con el ejército de la ciudad (aunque cuando estaba presente no le habian osado contradecir), le declararon por traidor, y prendieron al Duque de Sufolcia, que habia quedado en su lugar, y á su hija Jana, poco ántes pregonada por reina; y restituyeron á la reina María su honra, preeminencia y autoridad real, y deshicieron con edictos públicos todo lo que ántes se habia hecho en favor de Jana. Con las nuevas deste suceso tan repentino y inopinado, desmayó el Duque de Northumbria; y viendo que se le iban sus soldados, y se pasaban al campo de la reina María, perdió el ánimo. Para no acabarse de perder, determinó correr tras la fortuna de la Reina, y declararla él mismo por tal (como lo hizo en Cantabrigia), y entregarse al magistrado diez días despues de haberse pregonado Jana por reina, y cinco despues fué llevado preso á Lóndres, de donde poco ántes habia salido triunfando. Fué condenado por traidor él y cuatro hijos suyos, y como á tal, le fué cortada la cabeza, á los veinte y dos de Agosto de mil quinientos cincuenta y dos. Antes de su muerte abjuró la herejía, y confesó sinceramente la fe católica, la cual dicen que siempre tuvo en su corazón por única y verdadera, sino que, ciego de su ambicion, hizo demonstracion de lo contrario, porque pensó por este camino y disimulacion alcanzar el reino para su casa; queriendo más la ganancia temporal, que no la fe católica y salvacion de su alma. Ésta es la loca ambicion y engañosa esperanza de los hombres, los cuales, por justo juicio de Dios, por donde se piensan ganar se pierden, y levantados en alto, caen en los abismos, derribados de su misma ambicion. Para satisfacion desta grave culpa y desengaño del pueblo, que habia concurrido á un espectáculo tan nuevo y maravilloso, de toda la ciudad de Lóndres, dicen que el Duque,

estando ya en el tablado, habló á los circunstantes desta manera:

«Gente honrada, que estáis presentes para verme morir, yo os ruego que aunque mi muerte sea horrible y espantosa á la carne flaca, la tengais por acertada, pues viene de la divina voluntad. Yo soy miserable pecador, y he merecido esta muerte, y soy condenado justamente segun las leyes; y si he ofendido á alguna persona, le pido perdon, y os ruego que me ayudeis con vuestras oraciones en esta postrera hora de mi vida. De una cosa os quiero avisar, por descargo de mi conciencia, y es, que os guardéis destes falsos predicadores y maestros de nueva y perversa doctrina, los cuales dan muestras de predicar la palabra de Dios, mas realmente no predicán sino sus sueños y desvarios, y no tienen firmeza ni estabilidad en lo que enseñan, ni hoy saben lo que han de creer mañana; porque cada día y cada hora en su creencia y opiniones se mudan. Acordaos de los daños y calamidades que han llovido sobre este reino despues que entró esta pestilencia en él, y la ira de Dios que tenemos probada contra nosotros, despues que nos apartamos de la Iglesia católica y de aquella santa y saludable doctrina, que fué predicada de los santos apóstoles de Cristo, regada con la sangre de los mártires, enseñada de tantos y tan santos doctores en todos los siglos, y que hoy día conservan y tienen todos los reinos de la cristiandad, en cuya comparacion nosotros somos como una hormiga. Padecido habemos guerra, hambre, pestilencia, la muerte de nuestro rey, alteraciones y alborotos y discordias entre nosotros mismos, y lo que es peor, division en las cosas de nuestra santa fe, y apenas hay plaga y miseria que no hayamos sentido, y que no haya nacido desta mala raíz y fuente de calamidades; y lo mismo veréis en las otras provincias, que han sido tan locas como nosotros. Por tanto, yo os amonesto que volvais á casa y os unais con el resto de la cristiandad y con la Iglesia católica, para que seais miembros del cuerpo de Jesucristo, el cual no puede ser cabeza de cuerpo monstruoso y disforme. Lo que os digo, no os lo digo por agradar ni lisonjear á nadie, ni movido de nadie, sino estimulado de mi propia conciencia y del amor y celo que tengo al bien de mi patria. Muchas más cosas os podria decir á este propósito, si no tuviese otro negocio propio mio y más urgente, que es aparejarme para esta muerte que Dios me envia, porque el tiempo vuela, y estoy ya en el último trance y punto de la vida. Sedme testigos que muero en la santa fe católica. Suplico humildemente á la majestad de la Reina que me perdone, y confieso que por haber tomado las armas contra su majestad, merezco esta muerte y otras mil. Mas su majestad, pudiendo mandarme luego morir afrentosamente, y ejecutar en mí el rigor de su justa indignacion, quiso, como piadosa y clemente princesa, que por tela de juicio se viese y examinase mi causa; y habiendo yo, conforme

á las leyes, de ser arrastrado, colgado y descuartizado, ha usado conmigo de su clemencia, y mitigado las penas justas de la ley. Y así, ruego á todos los que aquí estáis que supliqueis á Dios que la conserve largos años, y le dé gracia que reine con sosiego y quietud, fidelidad y obediencia de sus vasallos.» A las cuales palabras respondió el pueblo: *Amén*.

Luégo el Duque se hincó de rodillas, rezó el psalmo del *Miserere mei*, y despues el *De profundis*, y el *Pater noster*, y el psalmo *In te, Domine, speravi*, y acabó con *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*; y haciendo una cruz en el tajon, y besándola, bajó y le fué cortada la cabeza.

CAPÍTULO XI.

Lo que la reina María hizo en tomando la posesion del reino.

Desta manera favoreció nuestro Señor á su religion y verdad, dando el reino, con una vitoria tan ilustre, sin derramamiento de sangre, á la reina María, al cabo de veinte años que el rey Enrique, su padre, habia comenzado el cisma en Inglaterra. Colocóla en su trono, libróla de las armas, poder y malicia de casi todos los grandes del reino, y castigó á los que por su ambicion le habian turbado y pervertido. Para que los mortales sepan que tiene su divina Majestad providencia de las cosas humanas, y que aunque espera y, á nuestro parecer, tarda, al fin á su tiempo galardona y castiga, y con esto los buenos no desmayen, y los malos no prevalezcan. Luégo que la reina María alcanzó del cielo una vitoria tan señalada y fuera de toda esperanza, entró en la ciudad y castillo de Lóndres con gran triunfo y majestad. Y sin otro consejo ni consulta, sino movida de su cristiandad, renunció y desechó el título profano del primado eclesiástico, y mandó que se borrara de las cartas y provisiones reales. Dió libertad á los obispos que estaban presos por la fe católica, y restituyó en su honra y estado al Duque de Norfolcia y al hijo del Marqués de Exonia, que habian sido condenados á cárcel perpétua, del rey Enrique, su padre. Perdonó al pueblo el tributo que el rey Eduardo le habia echado, y dió orden que el precio de la moneda fuese el justo y el que habia de ser, para que los súbditos no fuesen agraviados ni perdiesen sus haciendas; y con esto, todos los que tenian los ojos limpios viesan lo que va de rey á rey y de princesa católica á príncipe hereje, y se gozasen con tan maravillosa mudanza. Y porque la Reina no podia con su propia autoridad mandar al pueblo que usase de los oficios divinos y de los otros ritos católicos y eclesiásticos sin juntar las Córtes; miéntras que ellas se convocaban, suspendió con edicto público la ejecucion de las leyes que en favor de los herejes se habian establecido en tiempo de su hermano. Y exhortó á todos que dejando los templos y el trato y comunión de los herejes, volviesen al uso y comunión de la Iglesia católica; y ella con su ejemplo iba delante de todos, hacien-

do lo que exhortaba, y con esta sola declaracion de su voluntad y ejemplo se animó todo el pueblo á querer imitar lo que via hacer á su reina y señora. Con esto se comenzaron á celebrar en las iglesias de los católicos, por todo el reino, los divinos oficios, y se dieron los púlpitos á los predicadores católicos, mandando callar á los herejes; y esto se confirmó mucho más despues con autoridad pública de los estados del reino, en los cuales se anularon las leyes que en tiempo de Eduardo se habian hecho contra la religion católica, y por toda Inglaterra y Hibernia y lugares sujetos á la corona se mandó restituir la forma antigua de los divinos oficios y de la misa. Tuvieron los herejes gran sentimiento y alteracion desta mudanza, pero no osaron tumultuar ni hacer resistencia. Aunque no faltó un hereje más atrevido y furioso que los demas, el cual, en la iglesia de San Pablo de Lóndres, estando predicando el primer predicador católico que subió en el púlpito despues que comenzó á reinar la reina María, en medio de un grandísimo auditorio, le tiró un puñal de punta para enclavarle; mas no le acertó, y quedó hincado y blandiendo en el púlpito. Tras esto, se siguió luégo un grande murmullo y alboroto de los herejes, y el predicador, por escaparse de sus manos, tuvo por bien dejar el sermón y esconderse. Otra vez disparó un pistolete otro hereje para matar el predicador en el mismo lugar; mas fué Dios servido que no le dió. Por estos dos insultos, de allí adelante se puso guarda á los predicadores, hasta que, con el tiempo y con el miedo de la justicia, se enfrenaron y sosegaron los herejes, y tuvo entera paz y quietud el reino. Con ser la reina María tan piadosa y deseosa de la salud eterna de su padre, y de hacerle unas honras muy solemnes, las dejó de hacer, y tomando el consejo de varones santos y sabios, no consintió que se hiciese oración pública por él, porque habia sido el autor y fuente de tan lastimoso y horrible cisma; teniendo más cuenta con las leyes de la Iglesia que no con su deseo y dolor.

En una cosa faltaron gravemente muchos del clero en estos principios, cuando se trató de restituir la religion católica, y fué que, como la Reina dió licencia para que se ejercitase como ántes, muchos clérigos que habian sido ordenados cismáticamente, en tiempo del rey Enrique y de Eduardo, sin tener cuenta con los cánones y leyes clesiásticas, ni examinar de qué obispos y cómo habian sido ordenados, y si estaban suspensos ó irregulares, ó ligados con alguna censura eclesiástica, con poca consideracion se abalanzaron á tratar los sacrosantos misterios y el divino sacrificio de la misa. Y por ventura no fué ésta pequeña causa que tan en breve se perdiese en aquel reino este bien, por justo castigo de Dios nuestro Señor, que quiere que las cosas santas se traten con la santidad y reverencia que conviene; aunque despues se hizo la reconciliacion del reino con la Sede Apostólica, y todos recibieron su absolucion y bendicion (como veremos), y es de creer que entónces los

que habian sido descuidados lloraron su pecado con amargura y hicieron penitencia dél.

CAPÍTULO XII.

Cómo, á suplicacion de la Reina, envió el Papa el cardenal Polo por su legado á Inglaterra.

Porque para reparar una quiebra tan grande y sanar una llaga tan encancerada y universal, que con la desunion y desobediencia de la Sede Apostólica habia recibido todo el reino, era menester mucho tiempo y mucho esfuerzo y espíritu del cielo, y no se podia hacer bien sin la voluntad y gracia del sumo Pontífice, suplicó la Reina al papa Julio III, que á la sazón presidia en la silla de San Pedro, que le enviase por legado al cardenal Reginaldo Polo, porque por ser natural del reino y de sangre tan ilustre, y haber padecido él y su casa tantas vejaciones y calamidades por la fe católica en tiempo del rey Enrique, su padre, le pareció sería buen instrumento para reducir con su grande virtud, doctrina y prudencia la fe católica en el reino, y sujetarle á la obediencia del Papa, como ella deseaba. Trató esto al principio con muy pocos obispos y con algunos consejeros de mayor confianza en muy gran puridad y secreto, por evitar los alborotos y desasosiegos que se podian temer. El Papa gustó mucho de la suplicacion de la Reina, y determinó de enviarle al cardenal Polo por su legado *à latere*; mas, porque sabía la turbacion y desconcierto que las herejías habian causado en aquel reino, y preveia las dificultades que en negocio tan arduo podian nacer, ántes de enviar al Legado despachó con toda diligencia á Francisco Comendon, su camarero, hombre solerte y despierto (que despues fué cardenal), á Inglaterra, para que se enterase del estado de las cosas, y le avisase á él y al Legado de todo lo que pasaba. Comendon hizo con tanto cuidado y prudencia lo que se le mandó, que demas de la noticia que tuvo del estado de todo el reino, habló algunas veces y trató secretamente con la Reina, y llevó á su Santidad una cédula de su mano, en la cual le pedia humildemente la absolucion del cisma pasado para todo el reino, y prometia obediencia á la Sede Apostólica, y de enviar sus embajadores para dársela públicamente, estando sosegado el reino y libre ya de los temores que á la sazón corrian. Con esta cédula de la Reina, y la buena relacion que le dió Comendon, se animó mucho el Papa á enviar al Legado, el cual hizo tambien por su parte otra diligencia para descubrir tierra y abrir más el camino, que parecia á muchos estar cerrado del todo. Escribió una carta á la Reina, cuya sustancia era ponerle delante la merced que nuestro Señor le habia hecho en darle el cetro y la corona de aquel reino, sin favor del Emperador ni de otro príncipe ninguno, sino con solo el socorro y ayuda del cielo, para que ella lo reconociese todo de su mano, y procurase servírselo y agradecérselo, y entendiese que suele su divina Majestad atribular y probar á los suyos y afinarlos con todas suertes de aflicciones, y despues de bien

ejercitados, los consuella y levanta. Que el servicio que ella habia de hacer á nuestro Señor era cortar las raíces de la confusion que habia en el reino, y procurar que refloriase en él la religion, paz y justicia, que estaban tan desterradas dél, que no quedaba rama, ni rastro, ni memoria dellas. Y que si miraba atentamente las causas de tanto estrago y turbacion, hallaria que la primera, y como fuente de todas, habia sido la desobediencia de la Iglesia; porque en el punto que Enrique, su padre, volvió las espaldas á Jesucristo y á su vicario, porque no le favoreció en el divorcio de la Reina, su madre, y despidió de sí la obediencia del Papa, en ese mismo punto salieron del reino, con esta obediencia, la verdadera religion, justicia y seguridad, y se trocó él en una cueva de ladrones. Y así, para sanar esta llaga, se habia de volver á la antigua y católica religion, y comenzar de la raíz y fundamento della (como se esperaba de su piedad, celo, prudencia y valor, que lo haria), reconociendo á la Sede Apostólica y dándole la debida obediencia, como á suprema cabeza, y uniéndose en la unidad y comunión de la Iglesia católica, para que por medio desta union y subordinacion pudiese recibir el influjo y espíritu que Dios suele comunicar á los miembros por medio de su cabeza. Que para servirla en esto y en todo, su Santidad le mandaba ir por su legado á Inglaterra, y él iba de buena gana, por ver á una señora sentada en su trono de reina, por la cual tanto habia padecido, y por servirla y ayudarla en negocio de tanto servicio de Dios y bien universal de todo el reino. Y que para acertar mejor á hacerlo, habia querido escribir primero aquella carta y saber su voluntad acerca de este punto de la obediencia á la Sede Apostólica, y de la disposicion que habia en el reino, y lo que conforme á ella mandaba su majestad que él hiciese. La Reina respondió con mucho amor y agradecimiento á esta carta, y significó al Legado el deseo grande que tenía de verle, y de ejecutar y poner por obra lo que le escribia; encargándole que se diese prisa, y pidiese para ella humildemente, en su nombre, la bendicion de su Santidad.

CAPÍTULO XIII.

Cómo la Reina trató de casarse con el Príncipe de España, y de las alteraciones que hubo por ello en el reino, y cómo se sosegaron.

Despues del consejo del cardenal Polo, que era hombre prudente y experimentado en los negocios públicos y particulares del reino, y de la autoridad que, como legado de la Sede Apostólica, traia para componer la religion (que eran dos cosas de mucha importancia), pareció á la Reina y á los de su consejo que convenia tambien tener, demas del brazo espiritual, otro temporal y fuerte, para reprimir y refrenar á los revoltosos y atrevidos, y ejecutar con fuerza lo que con prudencia se hubiese determinado. Para esto, aunque la santa Reina habia vivido hasta los treinta y ocho años de su edad en castidad, y por lo que á ella tocaba, deseaba perseverar en su virginal pureza, todavía, mirando

lo que á la mayor gloria de Dios y bien público convenia, á suplicacion de todo el reino y con parecer de varones católicos y cuerdos, determinó de casarse, juzgando que por este camino podria asentar y establecer mejor las cosas de la religion. Volviendo pues los ojos por todas partes para escoger el marido que para este fin é intento más le pudiese ayudar, aunque se habló y trató de muchos de dentro y fuera del reino, finalmente se resolvió casarse con el principe de España, don Felipe, hijo del emperador don Carlos y heredero de tantos y tan grandes reinos y señorios, el cual estaba viudo de la princesa doña Maria, hija del rey don Juan el III de Portugal y de la reina doña Catalina, hermana del mismo Emperador. Porque le pareció que tenia (como dijimos) necesidad de brazo fuerte y del valor de un principe catolicísimo y poderosísimo, como lo era el Principe, así para enfiernar el reino como para reducirle á la fe católica y á la obediencia de la Sede Apostólica. Tratóse este negocio con el Emperador, que á la sazón estaba en los estados de Flándes; y él, mirando el bien que se podia hacer á toda la cristiandad en reducir á la obediencia de la Iglesia católica aquel reino, y el acrecentamiento que se seguia á su hijo, y la seguridad á todos sus reinos y estados, si se juntasen con sus fuerzas las de un reino tan grande y poderoso, lo tuvo por acertado, y lo concluyó con ciertas condiciones, que para la paz, tranquilidad y sosiego de los ingleses se le pidieron de su parte, y así se hizo la capitulacion y se firmó de ambas partes; la cual, por no tocar precisamente á esta historia, que es eclesiástica, no pongo aquí. Mucho alteró la conclusion deste casamiento á algunos señores herejes y poderosos de Inglaterra, los cuales trataban de turbar la paz del reino, por estorbarle, y los frutos que dél se habian de seguir. Entre ellos fué uno el Conde de Devonía, hijo del Marqués de Oxonia, que pensó casarse con la Reina (porque ella habia dado á los principios alguna intencion dello), y por no haberle sucedido tumultuaba. Prendióle la Reina y echóle en la torre de Lóndres, y despues lo desterró á Italia. Otro fué el Duque de Sufolcia, á quien ántes habia perdonado la vida, y viéndole inquieto y que de nuevo revolvía el reino, le mandó cortar la cabeza. También á Tomas Viato, caballero principal, que alborotaba algunos pueblos, le venció y sujetó, no con armas ni con ejércitos de soldados, sino con su autoridad y confianza en Dios. Y á Isabel, su hermana, que andaba en estos tratos, por ser moza, á ruego de grandes personajes, la perdonó, y mandó encerrar en Volstochio. A estos y á otros muchos herejes y personas principales que habian conjurado contra ella, deseaba la Reina perdonar, porque era verdaderamente clemente y piadosa, y enemiga de derramar sangre (1). Y si algunos hom-

bres prudentes, con quien se aconsejaba, no fueran de contrario parecer, á la misma Jana y á su marido, que habia usurpado el reino, y á Dudley, que lo urdió, perdonára, como perdonó á sus cuatro hijos, que estaban ya condenados á muerte por traidores. Mas, como vió que habian usado mal de su clemencia, y que, confiados en ella, habian recaído, y el Duque de Sufolcia y sus consortes habian vuelto á pregonar á Jana, su hija, por reina, y alborotaban de nuevo el reino, y ponian en gran riesgo la paz y religion dél, mandó con mucho acuerdo cortar la cabeza á Jana y á su marido; porque, entre otros argumentos y pruebas de la bondad y piedad de la reina Maria, una fué muy grande, que perdonaba muy fácilmente las injurias y delitos que contra ella se cometian, y castigaba severamente las que eran contra Dios.

CAPÍTULO XV.

Del artificio diabólico que usaron los herejes para estorbar el casamiento de la Reina con el Principe de España.

Castigados los rebeldes y reprimidos los inquietos (como se ha dicho), se sosegaron los nuevos movimientos y alteraciones del reino. Mas, porque los herejes no podian llevar en paciencia el casamiento de la Reina con un principe extranjero tan católico y tan poderoso, ni la reconciliacion con la Sede Apostólica, que ya temian; como son gente naturalmente enemiga de toda paz y quietud, buscaron otras invenciones para alterar el pueblo de Lóndres, que era entónces aparejado para cualquier alboroto y engaño; pretendiendo alcanzar por arte y maña lo que con armas y fuerza no habian podido. Persuadieron á una pobre moza de diez y ocho años que se dejase encerrar en un rincón y vacío que hacian dos paredes de una casa, y que por ciertos caños y arcaduces bien compuestos diese gritos y dijese lo que ellos le ordenarian. Llamábase la moza Isabel Crosta, y el autor y artifice desta maldad, Dracho. No fué difícil persuadirle que lo hiciese; porque esta Isabel, demas de ser moza y liviana, era hereje y pobre, y se le prometió gran suma de dinero. Encerróse secretamente en el lugar aparejado y encubierto, y á deshora comenzó á dar unas voces lastimeras y horribles, pero tan claras y recias, que se oían por todo aquel barrio. Causó esta novedad grande admiracion y espanto. Acudió la gente á ver lo que era; maravillábase de una cosa como ésta, nunca oída, y los herejes, que andaban disimulados entre el pueblo, decian que aquella no era voz de hombre mortal, sino de algun ángel del cielo. Amenazaba este espíritu emparedado á la ciudad de Lóndres y al reino de Inglaterra si consentian que la Reina se casase con el Principe de España, ó si diese obediencia al Obispo de Roma. Decía á grandes voces que Dios enviaria hambre, guerra, pestilencia y todas las calamidades y miserias del mundo si tal consintiesen. Añadia, demas desto, muchas cosas contra el santo sacrificio de la misa, contra la confesion y penitencia, y contra los demas artículos

(1) Los escritores protestantes ingleses llamaban siempre á esta reina la *sanguinaria Maria*. La verdad ha logrado por fin abrirse paso, á pesar de las calumnias. William Cobbet y otros se burlan de llume y demas propaladores de ellas. (F.)

de nuestra santa fe católica, con una manera tan extraña, con una voz tan temerosa, que parecía algun oráculo ó respuesta de Apolo delfico (como decian los gentiles) ó de alguna sibila. Y los herejes, que (como dije) andaban disimulados, interpretaban estas profecías y amenazas, torciéndolas en ódio de nuestra santa religion. Con esto se comenzó á alborotar la gente. Vino el magistrado á ver lo que era, oyó las voces y no pudo descubrir el engaño. Despues de largos consejos, se determinó derribar la pared de donde parecia que salian las voces y todas las otras paredes que estaban al rededor. Cuando se quiso poner mano á la obra, la pobre moza salió, atónita y desmayada, de su emparedamiento, y con el temor del castigo, confesó de plano lo que pasaba. Los autores desta artificiosa maldad huyeron, y la moza, por haber sido engañada de otros, fué castigada ligeramente, y la cosa paró en risa y en mayor conocimiento y aborrecimiento de la herejía, la cual con estas artes diabólicas se sustenta.

CAPÍTULO XV.

Cómo se efectuó el casamiento de la Reina con el rey don Felipe, y por este medio la reconciliacion del reino á la Sede Apostólica.

Disipó el Señor los consejos de los herejes, desbarató sus armas y ejércitos, confundió sus esperanzas, descubrió sus secretos, artificios y maldades, y prevaleció la justicia de la Reina y su verdad. Concluyóse (como dijimos) el casamiento de la Reina con el príncipe de España, don Felipe, el cual, con grandísima armada y acompañamiento de muchos caballeros y señores, tomó puerto en Inglaterra, á los diez y nueve de Julio del año de mil quinientos cincuenta y cuatro, y fué recibido con el aparato y solemnidad que á tan gran príncipe convenia. Luégo se efectuó el casamiento entre él y la Reina con la misma pompa y majestad, habiéndole hecho renunciacion y traspaso ántes el Emperador, su padre, del reino de Nápoles y del ducado de Milan, para que, siendo ya, no solamente heredero de tantos reinos y estados, sino verdadero y propietario rey y señor, se casase con la Reina con mayor titulo y dignidad. Pasáronse algunos meses en regocijos y fiestas, y en conocerse y tratarlos españoles con los ingleses, y en entender el Rey y sus ministros bien las cosas del reino. Hubo á los principios grandes sospechas y temores en los ingleses; porque unos, por estar inficionados de herejía, aborrecian al nuevo rey, por ser príncipe tan religioso y católico; otros temían que con su gran poder querria sujetar aquel reino, y perpetuarle en su persona y en las de sus descendientes, y trocar el gobierno y alterar las leyes dél, y poner de su mano en él personas extranjerías á su gusto. Otros no podian ver tantos y tan lucidos caballeros y señores de tantas naciones, españoles, italianos, flamencos, borgoñones, todos vasallos del Rey, los cuales, con galas, libreas, aparato de casa y número y lozanía de criados, resplandecian en su

reino. Por estos y otros respetos, estuvieron á los principios los ingleses ariscos, secos y desabridos con los españoles, y disgustados por el casamiento del Rey. Mas fué tan admirable la prudencia, y tan extremada la modestia con que él se hubo en aquel reino, y la liberalidad que usó con los naturales dél, haciendo grandes mercedes á todos los que se habian mostrado leales y servido en sus trabajos de la Reina, y conservando los fueros y leyes del reino, y no sacando dél interese alguno para sí ni para los suyos, sino ántes dándole y enriqueciéndole con su hacienda y con la de la mucha y lucida gente que por su causa acudia á él, que comenzaron á perder el miedo que tenían, y amar y estimar (fuera de los herejes) con extraña benevolencia al Rey y á los de su córte. Y así, estando ya los ánimos más blandos y domésticos, se convocaron las córtes del reino para los doce de Noviembre de aquel año, y en ellas se trató y efectuó la reconciliacion de aquel reino con la Sede Apostólica, que era lo que los reyes tanto deseaban. Lo cual se hizo por la forma que el mismo rey don Felipe escribió á la princesa de Portugal, doña Juana, su hermana, que habia quedado por gobernadora de los reinos de España, en una carta de quince de Enero del año de mil quinientos cincuenta y cinco, la cual quiero yo poner aquí, para que cosa tan ilustre y insigne se entienda mejor por las palabras del mismo que Dios nuestro Señor tomó por medio para hacerla; y dice así:

« Por la que escribí á los cuatro y á los diez y ocho de Septiembre y cuatro de Noviembre pasado, ternéis entendido el principio que yo y la serenísima Reina habemos dado á los negocios deste reino, y cómo habíamos mandado convocar parlamento de los estados dél para los doce del dicho mes de Noviembre, para tratarlos con él; el cual se comenzó aquel dia. Y como nuestro principal intento era dar asiento en las cosas de la religion, con grande esperanza que nuestro Señor, cuya era la causa, ayudaria á nuestro buen deseo, hicimos todas las diligencias que nos parecieron convenir, con los principales del reino, y señaladamente para que tomasen bien la venida del muy reverendo cardenal Polo, que para este efecto habia sido nombrado por legado de su Santidad; el cual, demas de la causa de la religion, le impedia la entrada estar desterrado por ley del reino, que no se podia revocar sino en parlamento; y habiéndose acordado en él que viniese, le enviamos á llamar á Flándes, donde estaba, con dos caballeros principales deste reino, que son de nuestro consejo, y la entrada dél, mandamos que le esperasen los otros prelados y caballeros, los cuales le acompañaron hasta esta córte, á los veinte y tres de Noviembre, y nos habló y nos presentó el breve que traia de su Santidad. Á los veinte y ocho del mismo, en nuestra presencia, hallándose allí los estados del Parlamento, el Cardenal declaró la causa de su venida y el fin por que habia sido enviado por su Santidad, diciendo cómo traia

» las llaves para abrir la puerta que tantos años
 » habia que estaba cerrada, y en nombre del Vica-
 » rio de Cristo, admitir y recibir los deste reino,
 » usando con ellos de piedad y amor; y otras muy
 » buenas y santas palabras á este propósito. Pidién-
 » donos que pues Dios nos habia puesto en este lu-
 » gar que teniamos, hiciésemos lo que de nuestra
 » voluntad y obediencia para con aquella santa Sede
 » siempre habiamos hecho, y persuadiendo á los di-
 » chos estados que admitiesen esta benignidad y
 » merced, que nuestro Señor, por medio de su vica-
 » rio, usaba con ellos, con muchos ejemplos y razo-
 » nes muy eficaces. Acabada esta plática, le man-
 » damos responder que habiamos holgado mucho
 » con su venida y de entender su comision, y que
 » se fuese á reposar; que nos comunicariamos los
 » estados sobre ello, y les mandariamos responder
 » brevemente. Y siendo ido, mandamos decir á los
 » estados por el chanciller deste reino lo que nos
 » pareció convenir, y especialmente que considera-
 » sen la merced que nuestro Señor les hacia en lla-
 » marlos desta manera, y cuánto contentamiento
 » recibiriamos que mirasen y confriesen sobre ello,
 » y conociesen lo que debian á sí mismos y á sus
 » conciencias y al bien universal que de la buena
 » conclusion resultaria; y que nos terniamos por
 » muy servidos que nos respondiesen dentro de tres
 » dias. Y así, ellos comunicaron sobre ello los dos
 » dias siguientes; al tercero, que era el dia del
 » apóstol san Andres, y teniendo nos entendido que
 » los dichos estados traian resolucion de lo que se
 » les habia pedido, mandamos venir á palacio al
 » dicho cardenal; y hallándose él con nos y con los
 » dichos estados, ellos nos dieron, en su nombre y
 » de todo el reino, un memorial en latin, en que nos
 » suplicaban con toda instancia que porque cono-
 » cian el error en que habian estado, y que habian
 » sido cismáticos y desobedientes á la Iglesia, tuvié-
 » semos por bien de interceder con el dicho Legado
 » que los absolviese de lo pasado, y que ellos darian
 » la obediencia á su Santidad y á la santa Iglesia
 » romana; con muchas palabras en demostracion
 » de arrepentimiento de lo pasado. Leido el dicho
 » memorial en alta voz, nos hablamos aparte con
 » el dicho cardenal, y hicimos intercesion por ellos,
 » y él, en nombre de su Santidad, tuvo por bien ab-
 » solverlos y admitirlos en su gracia y de la santa
 » Iglesia católica. Y luégo, hincados todos de rodi-
 » llas, los absolvió, y ellos recibieron la absolucion
 » con mucha devocion y señales de arrepentimiento.
 » Y hecho este auto, bajamos á la capilla, y en nues-
 » tro acompañamiento el dicho Legado, á dar gra-
 » cias á nuestro Señor por esta crecida merced y
 » favor como hizo á este reino, y particularmente á
 » mí y á la serenísima Reina, en servirse de nos-
 » otros en cosa de tanto servicio suyo y honra de su
 » santísimo nombre. El domingo adelante el dicho
 » cardenal fué recibido en la iglesia mayor de Lón-
 » dres, como legado de su Santidad, con gran so-
 » lemnidad y las cruces y clerecía de toda la ciudad,
 » habiendo gran concurso de todo el pueblo, y se-

» ñales de contentamiento universal. Y poco despues
 » fuí yo, acabada la misa, acompañado del Legado,
 » á un corredor de la iglesia que cae sobre la plaza
 » de la ciudad, donde predicó el dicho chanciller, y
 » hubo muy grande auditorio de caballeros, ciuda-
 » danos y gente del pueblo, y en el sermon les de-
 » claró la merced que nuestro Señor les habia hecho
 » en sacarlos del error en que habian estado, exhor-
 » tándolos llevasen adelante lo que habian comen-
 » zado, y todo lo demas que al propósito convenia.
 » Despues yo y la serenísima Reina, con intercesion
 » del dicho parlamento, habemos hecho ley en que
 » se declara la órden que han de tener en el castigo
 » de los herejes y de los que contraviniesen á lo
 » que la santa madre Iglesia manda; renovando las
 » leyes que antiguamente habia sobre ello en este
 » reino, que son muy á propósito, y mandando do
 » nuevo que aquéllas se observen, añadiendo fuer-
 » zas para el castigo y ejecucion de todo. Asimesmo,
 » siguiendo lo que se habia prometido en la sumi-
 » sion que se hizo al dicho Legado, se han revocado
 » todas las leyes nuevas que se habian hecho en los
 » parlamentos pasados, despues que se apartaron de
 » la Iglesia contra la autoridad de la Sede Apostóli-
 » ca, declarándolos por estatuto público, y otras le-
 » yes y estatutos que se han hecho para el buen go-
 » bierno de la justicia y policia del reino. Espera-
 » mos en nuestro Señor que las cosas irán de bien
 » en mejor cada dia. He querido avisaros tan par-
 » ticularmente de todo, y del contentamiento que
 » de haber acabado esto nos queda, por el que ten-
 » dréis dello y el que generalmente se recibirá en
 » esos reinos. Y así os rogamos afectuosamente
 » que en todos los monasterios é iglesias dellos se
 » hagan oraciones y sacrificios, dando gracias á
 » nuestro Señor por el buen suceso que este nego-
 » cio ha tenido, suplicándole lo conserve y lleve
 » adelante.»

Hasta aquí son palabras del Rey, que declaran
 bien particularmente lo que sucedió en este bien-
 aventurado auto de la reconciliacion del reino de
 Inglaterra con la santa Iglesia católica, que, por
 ser cosa de tanto contento, las he puesto aqui, y
 quiero tambien añadir la forma que el reino tuvo
 en pedir la absolucion, y el Legado en darla, y fué
 desta manera. Dió el reino un memorial ó peticion
 en latin á los reyes, con un sobreescrito, que tra-
 ducido en castellano, decia así:

« Peticion presentada á los serenísimos señores
 » Rey y Reina de Inglaterra, en nombre y por parte
 » del mismo reino, para que impetren la absolucion
 » del cisma y de las herejías, etc., del reverendísi-
 » mo y ilustrísimo señor legado.»

Dentro decia estas palabras que se siguen:

« Nosotros, los señores espirituales y temporales
 » y comunidades, juntados en este parlamento, que
 » representamos todo el cuerpo del reino de Ingla-
 » terra y de todos sus estados y señoríos, de nues-
 » tro nombre y de todo el reino, por esta nuestra
 » peticion suplicamos humilmente á vuestras ma-
 » jestades sean servidos de exhibirla al reverendí-

«sumo en Cristo padre y señor cardenal Polo, enviado á este reino por el santísimo señor nuestro Julio papa III y por la santa Sede Apostólica; por la cual peticion declaramos que nos pesa en el alma del cisma pasado, y de haber en este reino y en sus señoríos negado la obediencia á la dicha Sede Apostólica, y estatuido ó consentido ó ejecutado, de palabra ó por obra, cualesquier leyes, ordenanzas y decretos contra su primaria y soberana autoridad. Y para testificar y declarar este nuestro arrepentimiento y pesar, damos nuestra fe, y prometemos por esta nuestra suplicacion, que estamos aparejados, y lo estaremos, de hacer todo lo que pudiéremos, con la autoridad de vuestras majestades, para que las dichas leyes, decretos y ordenanzas en este presente parlamento se anulen y deshagan, así en nuestro nombre como de todo el reino, que representamos. Y suplicamos humilmente á vuestras majestades que, como personas puras y limpias, y no amancilladas de la fealdad del cisma ni de la injuria hecha por este reino á la Sede Apostólica, y como reyes piadosos, á los cuales la divina Providencia nos ha sujetado, se dignen admitir esta nuestra humilde peticion, y procurar que cada uno de nosotros y todo el reino alcance de la Sede Apostólica, por medio del reverendísimo Legado, la absolucion, relajacion y liberacion de todas las censuras y sentencias, en las cuales habemos incurrido, conforme á las leyes eclesiásticas; y que seamos recibidos al gremio y unidad de la Iglesia de Cristo, para que este noble reino, con todos sus miembros, pueda servir á Dios y á vuestras majestades en esta union y perfecta obediencia de la Sede Apostólica y de los romanos pontífices que por tiempo fueren, á mayor gloria y honra de su divina majestad.»

La absolucion del Legado fué ésta: «Nuestro Señor Jesucristo, que nos redimió con su preciosa sangre y nos alimpió de todas nuestras manchas y pecados, para hermosearnos y tenernos como á esposa gloriosa, sin fealdad ni ruga, y á quien el Padre eterno ha constituido por cabeza de toda la Iglesia, y él por su misericordia os absuelve, y nosotros con la autoridad apostólica, por el santísimo señor nuestro Julio papa III, su vicario en la tierra, á nos concedida, absolvemos y libramos de toda herejía y cisma, y cualesquier sentencias, censuras y penas que por ellas hayais incurrido, á vos y á cualquiera de vosotros, y á todo el reino, y sus brazos y dominios, y os restituimos á la unidad de la santa madre Iglesia, como más largamente se contiene en nuestras letras. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.»

Antes que el Legado les diese esta absolucion, hizo un razonamiento largo, docto y eficaz, en el cual, con muchos lugares de la sagrada Escritura y maravillosos ejemplos, trató de la penitencia del pecador, y cuán agradable es á Dios, y cómo se gozan los ángeles cuando un pecador de véras se convierte. Despues hizo gracias á nuestro Señor,

que por su infinita misericordia habia dado al reino aquel ánimo y deseo de enmendarse y de volver á él, y con esto se levantó en pié, y lo mismo hicieron el Rey y la Reina, los cuales luego se inclinaron y pusieron de rodillas, y con ellos todo el reino; y el Legado, levantadas las manos y puestos los ojos en el cielo, suplicó humildemente á nuestro Señor que mirase todo aquel reino con ojos de piadoso padre, y le perdonase sus culpas, y echase del cielo su santísima bendicion; y luego le dió la absolucion en la forma que está dicho. Y cuando acabó las postreras palabras y dijo: *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, todos los que estaban presentes, con grande devocion y alegría, respondieron en voz alta: *Amén, Amén*; llorando los reyes y otros muchos, de puro gozo, los cuales amorosamente se abrazaban y decian entre sí: *Hoy somos renacidos en Cristo*. Hizose esta reconciliacion el dia de San Andres, el año de mil quinientos cincuenta y cuatro, y despues, en el sínodo que celebró el mismo Legado, como arzobispo Cantuariense, se ordenó que, para memoria perpétua deste tan incomparable beneficio de nuestro Señor, cada año se celebrase la fiesta de san Andrés en todo el reino con mayor solenidad que ántes, y que todo el clero y pueblo, dentro de cierto tiempo, y cada uno dél en su parroquia, hincado de rodillas, pidiese y recibiese esta gracia de la absolucion y reconciliacion. Lo cual se hizo en todo el reino, con grande alegría y voluntad de los pueblos. Poco despues se enviaron embajadores á Roma, á dar la obediencia, en nombre de los reyes y reino, á la Sede Apostólica, y fueron grandes las alegrías que por las buenas nuevas desta reducion de aquel nobilísimo reino se hicieron en aquella santa ciudad, con procesiones públicas, con el jubileo plenísimo que se concedió en ella por esta causa, y se envió por toda la cristiandad; con celebrar el mismo sumo Pontífice la misa de pontifical, y con las muchas y abundantes lágrimas de consuelo que derramó él y todo el consistorio de los cardenales cuando se leyó en él la carta que el rey don Felipe escribió de su mano á su Santidad sobre este negocio, cuyo traslado, al pié de la letra, me ha parecido poner aquí, y es el que se sigue.

«Muy santo Padre: Ayer escribí á don Juan Manrique que dijese á vuestra Santidad, ó le escribiese, en cuán buenos términos quedaban en este reino los negocios de la religion, y el dar la obediencia á vuestra Santidad, que es el principal. Ha sido servido nuestro Señor, á cuya bondad sola se debe atribuir, y á vuestra Santidad, que tanto cuidado ha tenido de ganar estas almas, que hoy, dia de San Andrés, en la tarde, todo este reino, unánimes y conformes los que le representan, y con gran arrepentimiento de lo pasado, y contentamiento de lo que venian á hacer, han dado la obediencia á vuestra Santidad y á esa santa Sede, y á intercesion de la Reina y mia, los absolvió el Legado. Y pues él escribirá á vuestra Santidad todo lo que es pasado, no diré yo sino

que la Reina y yo, como tan verdaderos y devotos hijos de vuestra Santidad, habemos recibido el mayor contentamiento que con palabras se pueda encarecer, conociendo que, demas de concurrir en esto el servicio de nuestro Señor, torna en tiempo de vuestra Santidad á ponerse en el gremio de su santa y universal Iglesia un reino como éste; y así, no me harto de darle gracias por lo que hoy se ha hecho. Espero en él que siempre conocerá vuestra Santidad que no ha tenido esa santa Silla hijo más obediente que yo, ni más deseoso de conservar y aumentar su autoridad. Guarde y prospere nuestro Señor la muy santa persona de vuestra Santidad, como deseo.» De Lóndres, á treinta de Noviembre de mil quinientos cincuenta y cuatro.—Muy humilde hijo de vuestra Santidad.—EL REY.

CAPÍTULO XVI.

Las dificultades que hubo en esta reconciliacion, y cómo se allanaron.

Destá manera se hizo la reducion del reino de Inglaterra á la union de la Iglesia. Túvose por muy particular gracia y dón de Dios que con tanta suavidad se hubiese hecho y dado fin á un negocio tan grave y lleno de tantas y tan importantes dificultades. El Legado por su parte, y los otros ministros fieles de los reyes, con grande sagacidad procuraron atajarlas, y con suavidad y blandura cortar los estorbos que en esta reconciliacion se ofrecian, que no eran pocos ni pequeños; porque, como el rey Enrique despojó todos los monesterios del reino, y usurpó y tomó para sí los bienes dellos, muchos de los cuales vendió ó trocó, ó donó á caballeros y personas poderosas, que habian acrecentado sus haciendas y honras con ellos, temieron éstos, con la reconciliacion del reino, perder los bienes que injustamente poseian, y que el Pontífice no querria darles la absolucion hasta que los volviesen á las iglesias, cuyos eran; lo cual se les hacia muy grave, porque, demas de perder tan gruesa hacienda, habida tan barato y con tanta facilidad, estaba ya ella mezclada y confusa con la otra hacienda seglar, y tan incorporada, que apenas se podia distinguir y apartar. Por esta razon temieron los que eran interesados (que eran muchos y muy poderosos), y contradijeron á la union y reconciliacion del reino con la Sede Apostólica. Acrecentóseles el temor cuando vieron que la Reina, con grandísima liberalidad y devocion, resignó luego en manos del Legado todas las rentas que el régio fisco, por órden de los reyes Enrique y Eduardo, cogia de los diezmos, primicias y otros bienes eclesiásticos, para que él dispusiese dellos á su voluntad. Y cuando entendieron el cuidado y ánsia con que la misma Reina procuraba que se restituyese (siquiera) alguna parte de los bienes que habian poseido aquellos antiquísimos y celeberrimos monasterios, para gloria de Dios y honra del reino, el cual todo en su parlamento pidió con grande instancia que el Legado hiciese una escritura é instrumento público, en el cual, en nombre y con au-

toridad del sumo Pontífice, absolviere y librase de todas las penas y censuras eclesiásticas estatuidas por los sagrados cánones á todos los que habian habido y poseido, ó habian y poseian, cualesquiera heredades y bienes de los monesterios, despues que comenzó el cisma, y así se hizo. Aunque por otro cabo no dejó el Legado de avisar á los tales injustos poseedores que mirasen y tuviesen bien delante los ojos los castigos gravísimos que Dios nuestro Señor ha hecho contra los que sacrílegamente han metido las manos en los bienes de la Iglesia (de cuyos ejemplos las letras sagradas é historias eclesiásticas están llenas), y que tuviesen cuenta con sus conciencias, aunque la Iglesia no usase del rigor de los sagrados cánones ni de su derecho. Con este instrumento público se sosegaron los que estaban alborotados y con recelo. En la misma escritura dispensó el Legado con todos los que se habian casado en grados prohibidos (porque eran innumerables, y no se podian apartar sin grave escándalo y mucho ruido), para que perseverasen en el matrimonio y los hijos fuesen legitimos. Confirmó los obispos que habian sido ordenados en tiempo del cisma, siendo de corazon católicos, y otros seis obispos que Enrique en el mismo tiempo habia instituido de nuevo. Aunque los obispos no se contentaron con esta comun absolucion y confirmacion, sino que despues cada uno por sí pidió perdon de su culpa, y particular confirmacion de su dignidad y obispado, la cual alcanzaron todos benignísimamente de la Sede Apostólica; uno sólo hubo que, más por descuido que por malicia, no la pidió, que fué el obispo Landafense, el cual despues solo entre todos los obispos recayó en el cisma, en tiempo de la reina Isabel, que hoy vive, para que se vean y noten y teman los juicios de Dios.

La escritura é instrumento del Legado se juntó con la del Parlamento y con las otras premáticas y decretos de las Córtes, y se publicó con ellos, y el papa Paulo IV, con sus letras apostólicas la confirmó y ratificó, y con esto se pacificaron y sosegaron los ánimos inquietos, como se ha dicho. Algun trabajo se pasó con los clérigos seculares, que poseian el monesterio de Vumester (1) (que es muy antiguo en Lóndres, y sepultura de los reyes de Inglaterra), porque el rey Enrique lo habia hecho iglesia parroquial, y ellos no querian salir de su posesion, y volver el monesterio á los frailes de san Benito, cuyo era, como lo mandaba la Reina. Mas despues, parte con ruegos, parte con amenazas, parte con darles otra cosa en recompensa de lo que dejaban, tuvieron por bien de obedecer.

CAPÍTULO XVII.

Cómo se castigaron los falsos obispos, y fué quemado el primado de Inglaterra, Cranmero.

Acabado este bienaventurado auto tan felizmente, se puso mano á limpiar el reino y desarrai-

(1) Westminster,

gar la zizafia sin daño del trigo, y á castigar á los que la habian sembrado, y con su malicia y poder la sustentaban. Entre éstos hubo algunos falsos obispos, de los que habian sido elegidos por los reyes Enrique y Eduardo, y ordenados fuera de la union de la Iglesia católica; los cuales, demas de ser herejes, habian conjurado contra la Reina y sido convencidos de crimen de lesa majestad. Contra éstos no quiso la Reina que se procediese segun las leyes civiles, sino que se tratasen sus causas en el tribunal eclesiástico. Así se hizo en la causa de Tomás Cranmero, arzobispo Cantuariense y primado de Inglaterra; porque, con ser tan pernicioso y pestilente como era, no consintió la Reina que se inquiriese contra él, ni se tratase su causa sino por orden del Papa y delante de un comisario apostólico; haciendo los procuradores de la misma Reina y del Rey don Felipe, su marido, oficio de acusadores, y no de jueces. Dieron en esto los reyes maravilloso ejemplo de religion y modestia, y mostraron el respeto que á las personas eclesiásticas se debe, aunque sean tan malas como era Cranmero, el cual fué hecho arzobispo Cantuariense de Enrique VIII, de la manera y para el efeto que dijimos (1). Éste es el que dió la sentencia del divorcio contra el Papa, en favor del Rey; éste el que se casó con su manceba públicamente; éste el que favoreció á los herejes, como hereje, y en tiempo de la reina Maria (llena ya y colmada la medida de sus maldades) fué preso y en las Córtes del reino convencido y condenado, con su propia confesion, por traidor, y degradado de los obispos católicos, y entregado al brazo seglar, y quemado en Oxonia, como obstinado é impenitente; porque, aunque con la esperanza del perdon y de la vida, al principio se fingió católico y penitente, y firmó de su propia mano que estaba presto y aparejado para abjurar las herejias una y muchas veces; pero no le valió, porque fué descubierto su fingimiento é hipocresía; y así, él y otros muchos herejes como él fueron quemados, renovándose las antiguas y saludables leyes civiles y eclesiásticas, que mandan que los tales sean castigados. Para hacer esto la Reina con mayor sosiego, presteza y eficacia, mandó que todos los forasteros que no tenian oficio público, ni eran tenidos por naturales, dentro de tantos dias, so graves penas, saliesen del reino. Con este solo mandato salieron más de treinta mil herejes de várias naciones y sectas, los cuales (como dijimos) en tiempo de Eduardo habian volado de todas partes á Inglaterra, como á guarida y puerto seguro de sus errores y maldades. Los cuerpos asimismo de Bucero y de otros herejes ya muertos se desenterraron y quemaron.

CAPÍTULO XVIII.

Cómo se reformaron las universidades y florecia nuestra santa religion.

Tras esto se siguió la reformation de las uni-

versidades, que, como arriba dijimos (2), son las fuentes de la república, y así los herejes las habian emponzornado con el veneno de su perversa dotrina. Para sanarlas se enviaron visitadores excelentes, y entre ellos fué uno Nicolas Ormaeto, que despues fué obispo de Padua, y murió en Madrid nuncio de su Santidad; el cual, con su gran celo y prudencia, visitó los colegios de Oxonia y de Cantabrigia, y los reformó y restituyó (cuanto le fué posible) al resplandor que habian tenido en los tiempos pasados, y al gobierno que les habian dejado los primeros fundadores. Despidió de las cátedras á los herejes y sospechosos de herejia; encomendólas á profesores católicos, y puso en sus manos la administracion y gobierno de las universidades y colegios. Trajéronse tambien de fuera del reino algunos hombres señalados en piedad, letras y prudencia, para esta reformation de las universidades. Entre ellos fué uno fray Pedro de Soto, religioso de la orden de santo Domingo, varon en religion, dotrina y experiencia eminente, el cual habia sido muchos años confesor del emperador Carlos V, y tenido mano en el gobierno de sus reinos. Estaba este padre á la sazón en Flándes, y fué llamado á Inglaterra, para que con su dotrina é industria limpiase la universidad de Oxonia, y reparase lo que en ella, poco ántes, Pedro Mártir habia destruido, y restituyese la teologia escolástica y sólida, y desterrase la compuesta y afetada elegancia de palabras de los herejes, con la cual suelen encantar y deslumbrar á la gente liviana é inorante. Hizolo el buen padre con mucho cuidado, ayudado de otros padres doctos de su misma orden, los cuales en breve tiempo, con su ejemplo y sabiduria, edificaron y animaron tanto á la juventud que se criaba en la universidad de Oxonia que con grande ánsia y estudio se dió á la dotrina católica, escolástica y maciza. Y los estudiantes que poco ántes habian oido á Pedro Mártir, y despues oian al padre fray Pedro de Soto, los comparaban entre sí, de la manera que el glorioso doctor san Agustin comparaba al bienaventurado san Ambrosio con Fausto Maniqueo, que habia sido ántes su maestro; porque dice san Agustin (3) que en los afeites y dulzuras de palabras Fausto excedia á san Ambrosio, como una ramera compuesta á una matrona modesta y grave; pero que en la ciencia de las letras y cosas sagradas, y en el juicio é inteligencia dellas, no se podia en ninguna manera comparar el hereje con el santo. Y fué tan grande el provecho que hizo el buen padre fray Pedro en la universidad de Oxonia, que esta semilla de fe, que al presente dura en Inglaterra, es fruto de lo que entónces él sembró, como lo dice en su *Historia* el doctor Sandero. Reformadas las universidades, y purgada la república de las inmundicias de las herejias, comenzaron á reflorar las iglesias, á fundarse nuevos templos, levantarse y consagrarse

(2) Lib. I, cap. II.

(3) Lib. V, *Confes.*, cap. XIII

(1) Lib. I, cap. XVII.

altares, dotarse nuevos colegios, edificarse monesterios de san Benito, de la Cartuja, de santa Brígida, de santo Domingo, de san Francisco y de las otras órdenes; porque muchas personas devotas daban con gran voluntad sus haciendas para ello, y los reyes iban, con su ejemplo, delante de sus súbditos, ayudando con su favor y limosnas para todo. Venian las gentes con grande alegría y devocion á los oficios divinos, á la confesion y comunión, y al santo sacrificio de la misa, y muy particularmente al sacramento de la confirmación, el cual en Inglaterra, más que en otra alguna nación, se solia frecuentar y reverenciar; de manera que se tenía por infamia y género de impiedad y digno de castigo, el no ser confirmado ántes de siete años. Y por esto los obispos, de comun consentimiento y concierto hecho entre sí, daban la confirmación á todos los niños en cualquiera diócesis que se hallasen indiferentemente, y los padres y padrinos eran obligados, por tradición y ley, de llevar á confirmar sus hijos al primer obispo que, después de ser bautizados, viniese siete millas cerca de donde ellos estaban; y como este sacramento no se hubiese administrado legítimamente en el tiempo que reinó Eduardo, eran tantos los niños que de todas las ciudades, villas, aldeas y pueblos se traían á los obispos para que los confirmasen, que no se podían dar manos, y algunas veces se hallaban en tanto aprieto, por la infinidad de los que concurrían, que era necesario le administrasen en los campos, y que la justicia se pusiese de por medio para que no fuesen ahogados ó maltratados del tropel de la gente. Demas desto, el Legado publicó sus constituciones sinodales, como arzobispo Cantuariense y primado del reino, y la forma que su clero habia de guardar para la reformation de la religion católica; la cual primero envió al sumo Pontífice, para que su Santidad la viese y aprobase; y los obispos de Inglaterra le escribieron pidiendo perdon humilísimamente del cisma pasado y del naufragio que habia padecido aquel reino, y ofreciéndose prontos á los mandatos del Papa, y suplicándole los tuviese en su gracia y por hijos de obediencia. Hubo muchos á quien no supo bien que en el clero se moderase la demasia de las mesas y la multiplicación de los beneficios, y así esto no se guardó. Desde entónces muchos varones temerosos de Dios y prudentes temieron que no les habia de durar mucho este bien, y que habian de ser castigados con mayores penas. Tambien hubo otro descuido ó demasiada blandura en castigar y corregir á los sacerdotes y religiosos que, con la licencia y libertad pasada, se habian casado; á los cuales mandaron apartar de sus mujeres y los privaron de los beneficios que poseían; pero muy presto los admitieron á otros y aún más pingües beneficios; de lo cual fué la causa la penuria grande que habia de sacerdotes.

CAPÍTULO XIX.

La muerte de la reina María.

Por estos ó por otros pecados del reino, ó porque los del rey Enrique aún no habian sido castigados con digno castigo, quiso nuestro Señor llevarse para sí á la Reina. Con su muerte la religion católica, que, como una nave poderosa, iba con vientos frescos navegando prósperamente y cortando las olas, ya bravas y agora mansas y obedientes, del mar, súbitamente dió al traves en aquel reino, y juntamente con ella, la paz, justicia y quietud. Murió la santa Reina á los diez y siete de Noviembre de mil y quinientos y cincuenta y ocho, de edad de cuarenta y tres años y nueve meses ménos un día, habiendo reinado cinco años y cuatro meses. Fué cierto esta señora bienaventurada, por sus grandes y reales virtudes, y por haber visto á todos sus enemigos y de Jesucristo debajo de sus piés, y así con el cetro asentada en el trono real, y por haber reducido aquel reino á la fe católica y obediencia de la Iglesia. Mas fué desdichada en ser hija de tal padre, y por serlo, en no tener hijos que le sucediesen, y en dejar el reino á una mujer que ella nunca tuvo por hermana, sino por bastarda y enemiga suya y de la religion católica, y que siempre temió que la habia de arruinar y destruir, y á quien por estas causas deseó y procuró excluir de la sucesión del reino. Mas porque ella por sí misma no pudo hacerlo, sin la voluntad del parlamento, por lo que en el testamento el rey Enrique habia dispuesto, con autoridad del mismo parlamento (como queda arriba referido), envióle á la hora de su muerte á rogar dos cosas. La primera, que todo lo que ella habia tomado prestado de sus súbditos, y se habia obligado á pagar debajo de su palabra real, y gastado en beneficio público, lo pagase Isabel enteramente. La segunda, que procurase de conservar la religion católica, que estaba ya confirmada y establecida en el reino, y no permitiese que se alterase y mudase. Oyó el recaudo de la hermana, Isabel, y prometió de hacer lo que se le mandaba; pero no lo cumplió. Muerta la Reina, dentro de pocas horas murió tambien, de unas cuartanas dobles, el cardenal Polo, para que juntamente se acabase la esperanza del remedio, y no hubiese quien resistiese á Isabel, ni piloto experto que pudiese contrastar á los furiosos vientos y á las espantosas olas de la mar.

CAPÍTULO XX.

De las virtudes de la reina doña María.

Fué la reina María pequeña de cuerpo, flaca, y en esto muy diferente de su padre; grave, mesurada; cuando moza, dicen que fué hermosa, y que después, con el mal tratamiento, perdió la hermosura, aunque no era fea; tenía corta vista, mas los ojos muy vivos y que ponían acatamiento en los que atentamente miraba; la voz gruesa y más de hombre que de mujer; el ingenio despierto, el ánimo resuelto y esforzado, y el consejo acertado y cuer-

do. Fué adornada de muy grandes y excelentes virtudes, como hija é imitadora de la reina doña Catalina, su madre. Tuvo, siendo doncella, tan extremada pureza, y una honestidad tan virginal y admirable, que, con vivir en palacio y ver la libertad desenfrenada de su padre, no parecia que sabia ni entendia cosa que tuviese sabor ni olor de córte, ni más que si desde el vientre de su madre se hubiera criado en algun encerradísimo recogimiento, entre purísimas y santísimas doncellas; y fué esto de manera, que su mismo padre, no creyendo tanto como en esta parte oia decir, quiso hacer pruebas dello, y en efecto las hizo, y quedó admirado y como atónito de la honestidad maravillosa de su hija, que era igual á la brutal torpeza suya dél, que no se puede más encarecer. Tuvo grandísima devoción y reverencia á todas las cosas sagradas, y particularmente al Santo Sacramento del altar; estaba muchas horas en oracion, postrada delante de su divino acatamiento, y oia cada dia ordinariamente dos misas con singular devoción y piedad. Y no se le pasaba dia en que no oyese misa; hasta el mismo dia en que murió la quiso oír, y en acabando el sacerdote de consumir, cerró los ojos y nunca más los abrió. Oia cada dia vísperas y completas, en su oratorio, con mucha atencion. Por maravilla la vió nadie ociosa. Cuando habia cumplido con sus devociones ó con los negocios públicos del reino, se ocupaba en hacer labor con sus manos, y hacíala extremada de buena y curiosa, y comunmente eran las cosas que hacia para el culto divino y servicio del altar. Tañia asimismo muy bien un clavicordio y una vihuela, y cuando, siendo más moza (para entretenerse y recrearse en sus penas), lo hacia, era con tanta gracia y velocidad de las manos, que admiraba á los grandes músicos y tañedores. Cuando se comulgaba, que era todas las pascuas y fiestas principales, y especialmente las de nuestra Señora, se vestia de las ropas más ricas y se arreaba con las joyas de más precio que tenía, adornando, no solamente con las virtudes su ánima, sino tambien el cuerpo con los vestidos, y testificando con el ornato exterior el cuidado interior que tenía de componerse para recibir dignamente al Señor, conforme al uso antiguo de Inglaterra, muy recebido de todos los señores y plebeyos. Tuvo maravillosa confianza en nuestro Señor, y una constancia admirable en sus persecuciones, que fueron muchas y muy pesadas. Cuando las Córtes mandaron que todos jurasen, so pena de la vida, que el segundo matrimonio del rey Enrique con Ana Bolena era válido, y el primero con la reina doña Catalina ilegítimo, quiso el Rey que su hija doña Maria tambien jurase, y tomó muchos medios blandos y rigurosos para persuadirselo; pero ella jamas lo quiso hacer. Y el Rey lo sintió y se embraveció de manera, que, como hombre ciego y fuera de juicio, determinó de mandarla degollar, y hubiera ejecutado este su furor, si Cromwelo, que tenía entónces el reino en su mano, no le hubiera aplacado, no por afición ni por buena voluntad que tuviese á la prin-

cesa doña Maria, sino porque le pareció que esta extraña y bárbara crueldad sería dañosa á sus intentos, que eran plantar y arraigar en el reino su falsa religion, y destruir los monesterios y todas las religiones sagradas, y mover, con el ejemplo del rey Enrique, á los otros príncipes, para que se apartasen de la obediencia de la Sede Apostólica. Tambien mostró esta constancia y pecho fuerte y animoso la Reina en resistir, como resistió, al Protector y á los otros impíos ministros del rey Eduardo, su hermano, que le querian quitar la misa y el oratorio que tenía en su casa; porque jamas se dejó vencer ni ablandar de las amenazas y halagos, promesas y artificios que con ella usaron, aunque veia que estaba en peligro su vida, por la maldad y tiranía de los que gobernaban. Y no ménos mostró esta su fortaleza y magnanimidad en mandarse publicar y pregonar por reina, luégo que supo que era muerto su hermano, aunque estaba (como se ha dicho) sola, desarmada y desamparada, y sus enemigos armados y poderosos con el ejército y con las fuerzas de todo el reino que tenían; pero, como estaba fiada de su justicia y estribaba en Dios, tuvo ánimo y valor para acometer y acabar una hazaña que, segun la prudencia humana, era muy dificultosa. Descubrió asimismo este valor cuando despues se alborotaron y tomaron de nuevo las armas los inquietos, porque más con oraciones que con soldados, y más con su autoridad que con ejército y espanto, los sosegó y consumió. Y en esto acaecieron muchos casos particulares y admirables, en que mostró esta fortaleza y constancia. Fué siempre la Reina muy agradable y benigna, y en extremo amada de todo el reino; de manera que, aún viviendo su padre y su hermano Eduardo, cuando ella estaba pobre y afligida, todos la deseaban servir y estar en su casa, y los señores y grandes del reino la importunaban que recibiese sus hijas para su compañía y servicio; y ella era tan modesta, que les decia: «Mucho me maravillo de lo que me pedis, porque yo no estoy en estado que os pueda hacer bien, y ántes yo recibo servicio en ello, que vosotros beneficio.» Cuando estaba en las aldeas, ántes y aún despues de ser reina, iba algunas veces disimulada, con un par de criadas, como compañeras, á visitar á sus vecinas, aunque fuesen mujeres de oficiales y hombres pobres, y les preguntaba muchas cosas y las consolaba y remediaba secretamente, como podia. Y si por ventura se quejaban que los criados de la Reina les habian hecho algun agravio, ó tomádoles las camas ó carros ó cavalgaduras para su servicio, ó no pagándoles su trabajo, ó cosa semejante, procuraba entender bien la razon de todo, y despues lo mandaba averiguar y castigar. Y desta benevolencia que tenía ganada, vino el acudir tanta gente á su servicio en muriendo el Rey su hermano, y llegársele treinta mil hombres armados (como dijimos) para su defensa, por el amor que todo el reino le tenía. Fué muy fácil, clemente y humana en perdonar y recibir en su gra-

cia á los que la habian ofendido, y muy severa y rigurosa en castigar las injurias que se hacian contra Dios nuestro Señor y contra la religion católica, como se ve en lo que en esta historia queda contado. Sabía bien la lengua latina, y razonablemente la española y la francesa, de manera que podia entender á los que hablaban, y ella declarar sus conceptos, y entendia tambien la italiana. En su postrera enfermedad, que fué de hidropesía, tuvo gran paciencia y mucha conformidad con la voluntad divina, y en lo postrero y más recio della, teniendo ya flaca la cabeza, desvariaba algunas veces y hablaba desconcertadamente; pero todas sus palabras eran de Dios, ó de nuestra Señora, ó de los ángeles, ó de la sagrada pasion de Jesucristo nuestro redentor, ó de cosas semejantes; de manera que descubria lo que tenía en su pecho y lo que cuando estaba en sí habia tratado y rumiado. Cuando la abrieron, despues de muerta, la hallaron el hígado gastado y consumido, y cortándole, salió del un licor verde, como zumo de yerbas estrujadas; y por esto creyeron muchos que le habian dado yerbas. Y podria ser que en tiempo de su padre ó de su hermano se las hubiesen dado; mas el médico que la abrió, me dijo á mí en Lóndres que no creia fuese verdad, y atribuía esta mala disposicion del hígado á otras causas. Halláronle tambien el corazon como seco y consumido, y no es maravilla, habiendo pasado tantas y tan extrañas fatigas y quebrantos de corazon; porque, siendo hija única del Rey y heredera de su reino, y princesa jurada del, se vió despojada de toda su autoridad real, y á su madre la Reina desechada y repudiada afrentosamente del Rey, y á sí misma declarada por ilegítima y bastarda, y lo que es más, obligada á servir y á obedecer á una ramera, que tenía nombre y corona de reina, de la cual indignísimamente era tratada. Y despues que murió el Rey su padre, fué combatida y acosada de los que gobernaban, ó por mejor decir, tiranizaban el reino en tiempo del rey Eduardo, su hermano, queriéndole quitar la misa, y muerto su hermano, el reino, con tan notables agravios y injusticias como se ha visto en el discurso desta historia; las cuales cosas todas, puesto caso que las sufrió con fuerte y varonil corazon, y con una paciencia invencible, que le daba nuestro Señor, no pudieron ellas dejar de hacer su efecto, y con tantos y tan recios golpes quebrantarla y consumirla, y fué grande maravilla que tanto tiempo ella hubiese podido resistir, y gracia particular del mismo Señor, que la guardaba para sublimarla y honrarla en esta vida, y dejarla por dechado de reinas y por ejemplo de toda virtud y santidad.

CAPÍTULO XXI.

Cómo comenzó á reinar la reina Isabel, y el Rey de Francia la tuvo por incapaz del reino.

Muerta la reina María, le sucedió en el reino su hermana Isabel, hija del rey Enrique y de Ana Bolena, como queda dicho. Mas el rey de Francia, Enrique, teniendo á Isabel por ilegítima y bastar-

da, mandó publicar por reina de Inglaterra y de Hibernia á María, reina de Escocia, que estaba casada con Francisco, delfín de Francia, su hijo, y era nieta de Margarita, reina de Escocia, hermana mayor del rey Enrique VIII, cuya línea se habia acabado (segun él decia) en la reina María. Y así, mandó poner las armas de Inglaterra en los doseles, repostero y vajilla de su nuera, la Reina de Escocia. Movióse á esto el Rey de Francia por ver que el papa Clemente habia declarado por su definitiva sentencia que el matrimonio pretense del rey Enrique VIII con Ana Bolena era ilegítimo, y los hijos que naciesen del; y que el mismo rey Enrique, cuando se halló más sereno y libre de pasion, mandó que en el parlamento del reino se declarase que la princesa doña María era su heredera, y que no estaba el reino obligado al juramento que tenía hecho á Ana Bolena y á Isabel, su hija. Escriben más: que dijo en su Consejo con mucha aseveracion que Ana Bolena no habia sido ni podido ser su mujer, por cierta causa que él habia en secreto comunicado con el arzobispo Cantuariense. Y aunque al tiempo de su muerte, por la autoridad que le dieron las Córtes, mandó en su testamento que Eduardo, María é Isabel, sus hijos, por órden le sucediesen, y esta voluntad del Rey fué aprobada por el Parlamento, pero ni el Rey su padre, ni el mismo Parlamento, declaró que el casamiento de Enrique con Ana Bolena, y lo que habia nacido del, era legítimo. Antes, en el primer año de la reina María, declararon las Córtes, y con ley perpétua establecieron, que el matrimonio del rey Enrique con la reina doña Catalina, conforme al derecho divino y humano, habia sido legítimo, y los hijos que habian nacido del; y anularon y revocaron todos los autos, procesos y sentencias dadas en contrario; lo cual se sigue que el otro matrimonio que se hizo, viviendo la reina doña Catalina, entre el rey Enrique y Ana Bolena fué ilegítimo, y asimismo la hija que nació del. Y las leyes municipales de Inglaterra excluyen del reino á los espurios é ilegítimos, como incapaces de la corona de aquel reino. Por estas razones, el Rey de Francia, como dijimos, mandó declarar por reina de Inglaterra á su nuera, la Reina de Escocia; mas no le valió, porque Isabel prevaleció y sucedió en el reino. Y por esta causa (á lo que se dice) quedó desde entónces muy enojada contra la Reina de Escocia, como contra aquella que habia usurpado el título de reina de Inglaterra, aunque ella no le usurpó, sino que se le dió su suegro, siendo ella de muy pocos años; y para cerrar este portillo y quitar la ocasion de dudar en el derecho de su sucesion, ha mandado en muchos decretos que despues se han hecho, que ninguno, so pena de la vida, sea osado afirmar que no pueda el Príncipe y los estados del reino nombrar el rey que quisiere; queriendo muchos que lo sea ántes cualquiera natural del reino, aunque sea hereje y perverso é ilegítimo, que no forastero alguno, por legítimo, bueno y católico que sea. Pero veamos los principios y progresos de la reina Isabel.

CAPÍTULO XXII.

Cómo se mostró luego la Reina enemiga de la religion católica, y lo que hizo para destruirla.

Todo el tiempo que reinó la reina María, su hermana, se mostró Isabel en lo exterior católica, aunque en lo interior se dice que no lo era; pero luego que tomó el cetro y el mando, y comenzó á reinar, dió muestras de lo que era, y engañada de la propia ambicion y de algunos consejeros herejes, se determinó alterar y trocar la religion católica; porque, viendo que habia nacido de matrimonio condenado por la Sede Apostólica, y que podia haber duda en su legitimidad y en el derecho que tenía á la sucesion del reino, conforme á los sagrados cánones, por no verse en este peligro y conflicto, quiso dar al traves con ellos y con todas las leyes eclesiásticas, y trató luego de mudar la religion. Para esto mandó callar á los predicadores católicos, dió licencia que los herejes que estaban desterrados del reino volviesen á él, y estando un obispo revestido para decir misa delante della, le ordenó que en la misa no alzase la hostia consagrada; por lo cual, el obispo Eboracense, á quien tocaba (muerto ya el cardenal Polo, que era arzobispo Cantuariense y primado del reino) el ungir la como á reina, no lo quiso hacer, ni ninguno de los otros obispos, sino uno que fué flaco, y casi el postrero y infimo de todos. Mas, porque no se le pudiese mover despues escrupulo, y decirse que no habia entrado por la puerta, y guardado las ceremonias antiguas y usadas por ley y costumbre en las coronaciones de los reyes, hizo el juramento solemne en su coronacion, de defender la fe católica y de conservar los privilegios y libertades eclesiásticas; porque los herejes, con quien ella se aconsejaba, le dijeron que por reinar, cualquiera cosa se podia simular y disimular, jurar y perjurar. Y por la misma causa se dejó ungir con el óleo sagrado, aunque cuando la ungian, por menosprecio y escarnio, volviéndose á sus damas, les dijo: «Apartaos, para que el mal olor deste óleo no os ofenda.» Yo estaba en este tiempo en Lóndres, en casa de don Gomez de Figueroa, entónces conde y despues duque de Feria, el cual habia sido enviado del católico rey don Felipe, su señor, á visitar y servir y asistir á la reina doña María, su mujer, que estaba mala, y por estar su majestad ocupado en la guerra contra Francia, no lo podia hacer por su persona, como deseaba. Y como el Duque era tan celoso de nuestra santa religion y tan devoto de la Compañía de Jesus, quiso que yo le acompañase, como uno della, y despues que murió la Reina, residió algunos meses en Lóndres, representando la persona del Rey, su señor, con grande autoridad, valor y prudencia. Entre las cosas que hizo, como caballero católico y valeroso, fué una, que le rogaron é importunaron mucho por parte de la reina Isabel que se hallase presente á la solenidad y fiesta de su coronacion, como se habia hallado á la del paseo por la ciudad de Lóndres y posesion que tomó del

reino; y el Duque preguntó si se habian de guardar en la coronacion todas las ceremonias usadas en las coronaciones de los otros reyes cristianos de Inglaterra, conforme al uso de nuestra santa madre Iglesia romana. Y como supiese que habia de haber alguna alteracion, nunca se pudo acabar con él que asistiese á la solenidad ni estuviese en la iglesia, ni en público ni encubierto, ni con los otros grandes del reino, ni aparte en un tablado que le quisieron hacer, por no autorizar con su presencia aquel auto impio, y dar ejemplo del recato y circunspeccion que en semejantes cosas, por pequeñas que parezcan, deben tener los católicos para no contaminarse. Tenía en su casa la Reina algunos criados de la nueva y perversa religion, ó por mejor decir, de ninguna, entre los cuales era uno Guillelmo Siculo, que habia sido secretario del rey Eduardo el Sexto; hombre sagaz y prontísimo y habilísimo para cualquiera cosa, y que se sabe servir maravillosamente del ingenio, consejo y conciencia para todo lo que quisiere; y por esto con tanto artificio se habia mostrado católico en tiempo de la reina María, que no habia más que pedir. Éste acudió á la reina Isabel, con grandes esperanzas de privar y valer, si ella, desarraigando la religion católica, y no haciendo caso de los consejos de los perlados y grandes del reino, le quisiese á él oír y tomar su parecer. Halló entrada en la Reina, y tomó por compañero de su maldad á Tomas Bacono, jurisconsulto, que era su deudo y hombre de tan pernicioso consejo como él, y procuró levantarle y acrecentarle con honra y riquezas, para tenerle más á su mano, y dar á una contra la religion católica. Estos dos han sido los más principales ministros de la Reina en el consejo y administracion del reino, aunque en el palacio real el que más ha privado ha sido Roberto Dudleyo, uno de los hijos del Duque de Northumbria, el que, siendo condenado, con sus hermanos, por traidor, fué perdonado de la reina María. Éste ganó tanto la gracia y voluntad de Isabel, que vino á tener esperanza de casarse con ella, habiéndosele muerto en buena coyuntura su mujer, con un suceso repentino para ella, y pensado y acordado por él.

CAPÍTULO XXIII.

Las Cortes que celebró la Reina, y la manera que tuvo para que se determinase lo que ella queria.

Pero, porque la Reina no podia por sola su autoridad deshacer los decretos que habia hecho el Parlamento en tiempo de la reina María, su hermana, en favor de la religion católica, ni alterarla ni mudarla, como deseaba, sino con autoridad del mismo parlamento, mandó conyocarle luego en Lóndres. Para que esto mejor se entienda, es de saber que en aquel reino no se tratan las cosas de la religion por via de comunidades y alborotos, á fuego y sangre, como se ha hecho en los reinos de Francia y Escocia y en los estados de Flándes; mas con color de leyes y mandatos reales, y decretos y pre-máticas de las Cortes, se han sembrado y estableci-

do las herejías. Ésta ha sido una sutil y artificiosa invencion, armada con el poder de la Reina y reino, para arraigar más sus maldades y sectas de perdicion. El parlamento y Córtes del reino están repartidas en dos salas: en la una se juntan los obispos y perlados, y los señores y grandes del reino, y ésta se llama la *sala alta*; en la otra, que es la *sala baja*, entran caballeros particulares, que comunmente son vicarios de las provincias, y otros hidalgos y ciudadanos honrados, que vienen por procuradores de las ciudades y pueblos principales, que tienen voto en el reino. Pues para alcanzar la Reina lo que pretendia en estas Córtes contra la religion católica, procuró que de las ciudades y provincias viniesen por procuradores y vicarios los que, por estar tocados de herejía, tenían inclinacion á la mudanza de la religion; y así, hubo poca dificultad para hacer que esta segunda y baja sala aprobase todo lo que por parte de la Reina se le propuso. Mas porque todos los obispos, que eran doctísimos y constantísimos, y muchos de los señores, por ser católicos y obligados á la reina María, resistian á la voluntad de la Reina, así por la verdad como por parecerles gran liviandad volver atras de lo que pocos años ántes habian hecho y jurado en la reconciliacion del reino, y protestado con los embajadores que enviaron á Roma, y no podia la Reina salir con su intento, tomó por medio engañar á algunos de los señores de más autoridad, y por medio de ellos á los demas. Para esto dió esperanza al Conde de Arundel que se casaria con él, y al Duque de Norfolcia que le alcanzaria una dispensacion del Papa, que él no podia alcanzar; y con esto, y con las promesas y dádivas que hizo á otros, tuvo la mayor parte de los votos en las Córtes y salió con lo que quiso. Aunque, con toda la diligencia, astucia y engaño que usó, no fueron sino tres votos más los que determinaron en las Córtes que se mudase la religion católica, que los que pretendian que se conservase. Cuando hubo salido con su intento la Reina, se burló del Conde de Arundel, como despues acá se ha burlado de otros muchos que han pretendido casarse con ella, diciendo que ella queria perseverar en su virginidad, y que sobre su sepultura se escribiese: *Aquí yace Isabel, que fué reina tantos años, y toda su vida doncella*. Y al Duque de Norfolcia pagó este servicio que le hizo, de manera, que despues de muchos trabajos, angustias y calumnias, le quitó la vida. Aunque esto se puede tomar por justo castigo de Dios, porque al Duque se le llegaron otros sus amigos, que tenían voto en las Córtes, y con su autoridad se derribó y cayó la religion católica en Inglaterra. Cuando se trataba desta lastimosa mudanza, vino al Duque una matrona de Lóndres, muy piadosa y grave, y le dijo: «Cuando distes vuestro voto á los herejes para que destruyeran la religion, no os acordastes, á lo que creo, que vuestra ilustrísima persona y familia habia sido maltratada y abatida de los mismos herejes, y restituida por la reina María, de santa memoria, y vos sublimado y puesto en este

P. R.

alto grado de dignidad que agora teneis; pero, porque habeis hecho esto, y amado más la gloria de los hombres que la de Dios, el mismo Dios tomará por instrumento á estos nuevos hombres para castigaros, y con vos á toda la nobleza antigua del reino, que ha consentido en este pecado.» Esto le dijo la buena mujer, y el suceso ha mostrado ser verdad lo que le dijo.

CAPÍTULO XXIV.

Cómo la Reina se llamó *suprema gobernadora de la Iglesia*, y de las leyes que para esto se hicieron.

La primera cosa que quiso la Reina fué ser *tendida y llamada suprema gobernadora de la Iglesia en todas las cosas espirituales de su reino*. Tomó este nombre de gobernadora, porque, siendo mujer, no parecia se podia llamar honestamente *suprema cabeza de la Iglesia*; el cual título, áun Calvino, con ser tan grande hereje y áun anticristo, lo reprendia en el rey Enrique, su padre. Y para ser reconocida por tal gobernadora, mandó que todos los arzobispos, obispos y perlados del reino, y todo el clero, so graves penas, hiciesen un solenísimo y detestable juramento, en esta forma:

«Yo N. testifico y declaro en mi conciencia que la Reina sola es *suprema gobernadora del reino de Inglaterra* y de los demas señoríos y estados sujetos á su majestad, no ménos en las cosas espirituales y eclesiásticas que en las temporales y civiles; y que ningun príncipe forastero, persona, prelado, estado ó potentado, de hecho ni de derecho tiene alguna jurisdiccion, potestad, superioridad, preeminencia ó autoridad eclesiástica ó espiritual en este reino. Por tanto, renuncio y repudio enteramente todas las tales jurisdicciones, potestades, superioridades y autoridades.»

Y porque algunos caballeros y señores no querian aceptar este juramento, y decian que no lo podian hacer con buena conciencia, para engañarlos mejor la Reina, tuvo por bien que los señores legos no jurasen, con tal que los eclesiásticos fuesen obligados á jurar, y que esto se decretase en las Córtes del reino, y así se hizo; pareciendo á los seglares que con esto se salian afuera, no teniendo cuenta de lo que tocaba á sus obispos y pastores, los cuales por esta via quedaron desamparados y enlazados; y fué castigo de Dios, porque en tiempo del rey Enrique, cuando se trató de saquear los monesterios y despojar los religiosos de sus bienes, ellos los desampararon y dejaron, y ahora los legos dejaron solos á los eclesiásticos; pero tampoco se pueden ir alabando desto los seglares, pues muchos dellos lo han pagado, y adelante todos lo pagarán más. Habia algunos que movian dudas y cuestiones sobre lo que comprendia este nombre de *suprema gobernadora de la Iglesia*. Mandó declarar la Reina en cierta visita que lo mismo que con nombre de *cabeza de la Iglesia* se habia dado á su padre y á su hermano, y no más. Y para que no hubiese duda de las cosas á que su potestad espiritual se extendia, se hicieron en las Córtes las leyes y declaraciones siguientes:

«1.^a Todos los privilegios y preeminencias, prerogativas, superioridades espirituales que se pueden haber por cualquiera potestad ó derecho, humano ó eclesiástico, para visitar, corregir, reformar el clero ó cualesquiera personas eclesiásticas, y para conocer y castigar todos los errores, herejías, cismas, abusos, etc., queremos que de aquí adelante sean anexas y unidas perpétuamente á la corona real.

«2.^a Declaramos que la Reina y sus herederos y sucesores en el reino tienen y deben tener de aquí adelante plenísima y entera potestad de nombrar y sustituir todos los que quisieren, para que en su lugar y en su nombre ejerciten la dicha jurisdiccion eclesiástica á su beneplácito y por el tiempo que ellos mandaren; y estos tales, así nombrados, puedan visitar las personas, castigar las herejías, cismas, errores y abusos, y en fin, ejercer cualquiera potestad y accion que cualquiera otro magistrado eclesiástico ha podido y puede ejercer.

«3.^a Asimismo ordenamos que niugun clérigo vaya á ningun siuodo, si no fuere llamado con letras y mandatos de su majestad, y que no haga ni ponga en ejecucion algun cánón, ley, constitucion, sinodal ó provincial, sin expreso consentimiento de su majestad, y licencia de hacer publicar ó ejecutar los dichos cánones, so pena de la cárcel y de otras penas, á arbitrio de su majestad.

«4.^a Tambien so manda que nadie salga del reino y de los estados de su majestad, para cualquiera visita, concilio, junta y congregacion que se haga por causa de la religion, sino que las tales cosas se hagan con autoridad real, dentro del mismo reino.

«5.^a Item, que los obispos no puedan ser nombrados ni ordenados por nombramiento, eleccion ó autoridad alguna, sino de la real, y que ellos no tengan ni usen de la jurisdiccion y potestad episcopal sino á beneplácito de la Reina, y no de otra manera, sino por ella ó por la autoridad derivada de su real majestad.»

Éstas son las leyes que se hicieron en el parlamento, y conforme á ellas, la Reina hace comisarios y vicarios suyos á hombres legos, para que ejerciten la potestad espiritual en todas las cosas y con todas las personas eclesiásticas, y que presidan en las juntas de las iglesias, y que se apele á ellos de los obispos, en la forma que se dijo arriba, cuando tratamos del rey Eduardo (1). Y es cosa que espanta ver que sea tan grande la ceguedad de los hombres que se tienen por cuerdos y políticos, que no vean la monstruosidad de tan desvariados decretos y leyes y que quieran que una mujer, que, segun el Apóstol (2), no puede predicar ni hablar en la Iglesia, sea cabeza de la Iglesia y juez de toda la potestad eclesiástica en su reino, diciendo san Juan Crisóstomo (3): *Cuando de Ecclesie prefectura agitur, universa quidem muliebris natura functionis*

istius moli, ac magnitudini cedat oportet; Cuando se trata de la gobernacion de la Iglesia, toda la naturaleza de las mujeres se ha de excluir y apartar de la grandeza y peso de tan alta administracion; porque, como Dios crió al principio la mujer del varon y para el varon, naturalmente quedó sujeta, de manera que el varon es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza del varon, y de Cristo Dios, como dice san Pablo. Y para declarar esta sujecion de la mujer, manda el mismo apóstol (4) que no ore ni profete la mujer sino cubierta la cabeza, por reverencia de los ángeles del cielo, que están presentes y asisten á los que oran, y de los sacerdotes y ministros de Cristo y dispensadores de los misterios divinos, que tambien se llaman ángeles en las sagradas letras, como lo dice san Ambrosio (5). Mas la malicia humana todo lo estraga y pervierte, y hace que la que no puede ser cabeza del hombre, se llame y se tenga por suprema y soberana cabeza de la Iglesia, inmediata á Cristo; y confunde las cosas civiles con las eclesiásticas, y las corporales con las espirituales, y á César con Dios; y quita toda la órden y distincion que hay entre el gobierno de las ánimas y de los cuerpos, entre el político, que mira la paz y tranquilidad de la república, y el espiritual y divino, que se endereza á conocer, amar y servir á Dios verdadero; y por este medio, fundado en la sangre de Jesucristo, alcanzar la gloria que para siempre ha de durar; que son desvarios prodigiosos y monstruosos, espantosos y horribles, y un caos de confusion, y un piélago y abismo sin suelo de infinitos desatinos y maldades. Pero continuemos lo que habemos comenzado.

CAPÍTULO XXV.

La persecucion que se levantó contra los católicos, por no querer reconocer á la Reina por cabeza de la Iglesia.

Viéndose la Reina, con el establecimiento destas leyes del parlamento, tenida y obedecida por suprema gobernadora de la Iglesia, hollando y menospreciando la autoridad de la Sede Apostólica, comenzó á ejercitar en las cosas espirituales su tiránica potestad. Ante todas cosas, se aplicó todas las rentas eclesiásticas, heredades y posesiones que habia renunciado la Reina su hermana, y restituido á las iglesias y monesterios para el culto divino y sustento de los frailes. Nombró sus vicarios y comisarios en las cosas espirituales, y dióles su sello particular para ellas; anuló las leyes antiguas que se habian hecho para castigo de los herejes; quitó la misa y forma de administrar los sacramentos y decir los oficios divinos, aunque, por respeto del Duque de Feria, se detuvo en lo de la misa algunos meses; ordenó nuevas ceremonias, pervirtió todo el culto divino, mandó que se celebrase en lengua vulgar, siguiendo las pisadas del rey Eduardo, su hermano; las cuales cosas se determinaron y establecieron en el parlamento, contradi-

(1) Lib. II, cap. III.

(2) I, Cor., XIV.

(3) Lib. II, De Sacerd.

(4) Cor., XI.

(5) Tomo IV, cap. II, In Serm. de iis qui mysteriis initiantur.

ciéndolas y oponiéndose con grande ánimo y celo todo el clero y los obispos, que solos eran los jueces verdaderos dellas, como lo dice san Ambrosio, escribiendo á Valentiniano, emperador (1), por estas palabras:

«¿Cuándo habeis oído, ¡oh clementísimo emperador! que tratándose de la fe, los legos hayan juzgado de los obispos? ¿Es posible que la lisonja pueda tanto con nosotros, que nos haga pervertir y olvidar del derecho sacerdotal, y fiar de otros lo que Dios á nosotros nos dió? Si el obispo ha de ser enseñado del lego, ¿que se sigue? Dispute, pues, el lego, y oiga el obispo; luego el obispo aprende del lego. Ciertamente, si revolviéremos las Escrituras divinas ó los tiempos antiguos, hallaremos, sin poder dudar, que en la causa de la fe, en la causa, digo, de la fe, los obispos suelen juzgar de los emperadores cristianos, y no los emperadores de los obispos.» Estas son palabras de san Ambrosio.

Pues como no quisiesen los perlados consentir á tan manifiesta impiedad, ni reconocer á la Reina por suprema gobernadora de la Iglesia, todos ellos, que eran trece, y hombres doctísimos y gravísimos, fueron depuestos de sus sillas (excepto uno) y despojados de sus dignidades, y acabaron con gran constancia y paciencia su peregrinacion en las cárceles, dando su vida por la fe católica. Pudo tanto el ejemplo destes santos y gloriosos perlados, que movió á la mayor parte del clero á seguirlos; y así, gran parte de los eclesiásticos, que tenían prebendas y dignidades en la Iglesia, ó las dejaron y se fueron fuera del reino, ó se las quitaron, y dieron á los herejes. Lo mismo hicieron muchos religiosos de todas órdenes, que salieron de Inglaterra, y tres conventos enteros de religiosos y religiosas; en lo cual el Duque de Feria, como en lo demás, mostró su piedad y valor; porque, como vió el pleito mal parado, y que con todos los medios que habia tomado no habia podido persuadir á la Reina y á los de su Consejo que no alterasen y pervirtiesen la religion católica, suplicó á la Reina que le hiciese merced de darle á él todos los religiosos y religiosas de su reino, para que él los enviase fuera dél, á partes donde pudiesen libremente guardar su profesion. Alcanzólo, aunque con gran pesar de los herejes y de los del Consejo, que deseaban lavarse las manos en la sangre de aquellos siervos de Dios, y ponían grandes estorbos y alegaban muchos inconvenientes á la Reina para ello; pero pudo tanto el celo y valor del Duque, que los recogió y llevó á su casa, y los sustentó en ella, y les procuró pasaje para Flándes. Y cuando salió de Inglaterra, sacó gran número de sacerdotes della en su compañía y de la Duquesa su mujer, y llegado á la corte del rey don Felipe, procuró con su majestad que los amparase y favoreciese y sustentase; y el Rey lo hizo entónces, y despues acá lo ha hecho siempre con la liberalidad y piedad que á tan católico y

gran príncipe convenia. Tras los religiosos, gran número de personas nobles y católicas, hombres y mujeres, corrieron la misma fortuna. La flor de las universidades y lo más granado y lucido de ellas, como arrebatado de un torbellino, fué á dar en los estados de Flándes, y de allí se derramó y esparció en varias partes de Europa. En este tiempo, de tres partes del reino, más de las dos eran católicas, y no llevaban bien esta mudanza de la religion, con no haber aún bien experimentado las calamidades increíbles que consigo traen las herejías; porque, dejando aparte los señores y caballeros principales católicos, que eran muchos, casi toda la nobleza de menor estofa era católica, y la gente comun y vulgar, especialmente los labradores, que en aquel reino son ricos y honrados, abominaban destas novedades, y no habia quien las abrazase, sino los pueblos que estaban cerca de Lóndres y de la corte, y algunas ciudades marítimas, y en ellas comunmente las personas regaladas y ociosas, mozos desbaratados y atrevidos, derramadores de sus haciendas y codiciosos de las ajenas; mujeres livianas y cargadas de pecados, y finalmente, la horrura y basura de toda la república. Por esta causa, muchos católicos, ó salieron del reino, ó resistieron á estas novedades y alteraciones, acordándose de la reconciliacion que poco ántes habia hecho todo el reino con la Iglesia romana. Mas, como la Reina comenzase á ejecutar sus leyes profanas so graves penas, y apretase y afligiese severamente á los que no las obedecian, por temor de los bienes temporales aflojaron muchos; y aunque en sus corazones eran católicos y creían lo que cree nuestra santa madre Iglesia, no dejaban de obedecer á los mandatos reales ó parlamentales, y por una parte tomaban los sacramentos secretamente como católicos, y por otra en público como herejes; y iban á los templos de los calvinistas y oían sus sermones, y se contaminaban con sus impías ceremonias, participando del cáliz del Señor y del de los demonios, y juntando á Cristo y Belial, como se hizo en tiempo del rey Eduardo. Con esta flaqueza y pusilanimidad de los católicos, tomaron ánimo los herejes para llevar adelante su empresa de la manera que en el capítulo siguiente se dirá, lo cual se ha de advertir y notar, para que todos entiendan la vigilancia y cuidado con que se ha de resistir á las herejías en sus principios, y las fuerzas que va tomando este fuego infernal, si no se ataja ántes que prenda y prevalezca.

CAPÍTULO XXVI.

La forma que dió la Reina en el gobierno espiritual.

Comenzó pues la Reina á entender en el gobierno espiritual del reino, y como soberana gobernadora de la Iglesia, á disponer y ordenar las cosas della conforme á las abominables leyes que en el parlamento se habian hecho. Ante todas cosas nombró sus visitadores, para que anduviesen por todo el reino y viesesen cómo se ejecutaban estas leyes, y si quedaba rastro ó señal del culto divino y pie-

(1) Epíst. xxxii, lib. v.

dad y religion católica, en la forma que dijimos habia hecho el rey Eduardo, su hermano, y aún con mayor rigor y violencia. Tras esto, se ocupó en distribuir los grados, repartir las dignidades, dar órden cómo se habian de ordenar los clérigos y consagrar los obispos, y los nombres y oficios que cada uno habia de tener, y el hábito que habia de usar en el púlpito, en la iglesia y fuera della. Quitaba algunas cosas de las ceremonias y ritos antiguos de la Iglesia católica, y dejaba otras, como le parecia que venia más á cuento, para ser tenida por mujer cuerda, sábia y mirada en sus cosas, y por este camino engañar más fácilmente á los católicos. Para esto mismo mandó quemar algunos herejes que habian venido de Francia, y no se conformaban del todo con los de su reino; ántes habia entre ellos grandes debates y contiendas. No quiso conceder á los nuevos clérigos y ministros suyos que anduviesen en hábito lego (como ellos querian); ántes mandó que en la iglesia usen ropas y sobrepellices, y fuera della, en público, de hábito clerical, y los obispos, de roquetes. Tampoco quiso que se mudasen los nombres de las dignidades y oficios antiguos y usados en la Iglesia católica, como ellos querian; sino que se llamasen arzobispos, obispos, presbíteros, diáconos, prepósitos, decanos, arcedianos, canónigos, como nosotros usamos, y que éstos gozasen de sus dignidades y títulos, y rentas della. Y aún procuró que el abad del monasterio de Vumester y sus monjes, que en tiempo de la reina Maria habian tornado á su convento, perseverasen en él y estuviesen en su pacífica posesion, y rogasen á Dios por ella, con tal que guardasen las leyes y decretos del parlamento, lo cual ellos no quisieron acetar. Todo esto hizo para conservar mejor el lustre y pompa exterior del clero, cuya cabeza se dice ella, y para dar á entender que su religion no era muy desemejante de la religion católica, y que tenia ánimo de volver á ella, y por este camino entretener y engañar á diversos príncipes católicos, con los cuales daba esperanzas de quererse casar; y tambien para poner freno, con este gobierno político y exterior, á los herejes, que, como agitados de Satanas, por ser en todo y por todo contrarios á la Iglesia católica, no quieren usar de cosa que tenga rastro della, y así perturbaban la órden y afean la hermosura, y confunden y pervierten todo el concierto y buen asiento de la jerarquía eclesiástica. Mandó que se usase en las iglesias de órganos, músicas, cruces, cirios y capas, y así se guardó mucho tiempo, porque cuando iba de camino y entraba en alguna ciudad, gustaba mucho que saliese el clero á recibirla con aparato y vestido de vestiduras sagradas, y que en la iglesia se hiciesen fiesta y regocijo. Y por la misma causa mandó que no se quitasen las campanas, y holgaba en gran manera que se repicasen y tañesen cuando ella pasaba cerca de alguna iglesia, porque todo esto le parecia que era majestad y grandeza, y aún para solenizar más con ellas las dos fiestas de su nacimiento y de su coronacion,

quo cada año se celebran por su mandado en el reino. El día que ella nació (que es á los siete de Septiembre) le tienen notado con letras coloradas y mayúsculas, y el día siguiente, que es de la gloriosa Natividad de nuestra Señora, con letras negras y minúsculas; habiendo abrogado y quitado sus principales fiestas, la de su Inmaculada Concepcion, Nacimiento y Asuncion gloriosa. Y aún escriben (cosa increíble y diabólica) que en la iglesia mayor de Lóndres, y no sé si en otras del reino, en lugar del antifona con que los católicos usamos (y ántes que entrase esta secta de perdicion se usaba en Inglaterra) acabar las completas, loando á nuestra señora y pidiendo su favor, aho-se cantan las alabanzas de Isabel. Mandó guardar el ayuno ó abstinencia de carne el viérnes y sábado, y añadió el miércoles, y cada principio de cuaresma propone un edicto y ordena, so graves penas, que no se coma carne, no por penitencia, ni religion, ni devocion, ni por hacer lo que Dios manda, sino por la comodidad y buen gobierno del reino, y para que los pescadores, que en él son muchos, ganen de comer, y haya entre año más abundancia de carnes y más facilidad de proveer sus armadas. Y ejecuta esta ley, y lleva las penas á quien no la obedece, y como suprema cabeza, dispensa en estos ayunos, mas no sin composicion y paga de algun dinero que por la dispensacion se le da.

El rey Eduardo, como se dijo, abrogó en córtes todos los cánones y leyes eclesiásticas que mandan que no se pueda casar el clérigo y religioso, y que los hijos dellos sean espurios y bastardos; la reina Maria revocó lo que habia hecho su hermano, y quiso que los sagrados cánones que tratan desto se guardasen y que estuviesen en su fuerza y vigor. Han procurado los herejes con todas sus fuerzas deshacer lo que hizo la reina Maria, y confirmar lo que ordenó Eduardo; mas no han podido salir con ello. Porque Isabel, como se precia tanto de doncella, y dice que por conservar su virginidad no se quiere casar, no ha querido consentir en ello. Verdad es que ellos se casan la primera y segunda y tercera vez, y comunmente con mujercillas infames y perdidas (porque no hallan otras, aún entre sus mismas herejes, que se quieran casar con ellos); pero no son tenidos por verdaderos sus matrimonios, ni están en tal figura, sino por amancebamientos, y las mujeres son tenidas y tratadas por ramera, y los hijos por ilegítimos y bastardos en todo el reino. Y son tan carnales estos predicadores deste nuevo evangelio, que les parece no poder guardar la castidad, porque como unas bestias siguen su sensualidad y apetito, y son tan desvengonzados, que siendo comunmente mancebos bien dispuestos y livianos, no suben á los púlpitos sino muy afeitados, polidos y compuestos, para provocar con su gesto, vestido, palabras y meneos á alguna mujercilla á amor torpe y deshonesto, y engañarla para que se quiera casar con alguno dellos. Pero tal evangelio, por tales predicadores y de tal manera se debe predicar.

CAPÍTULO XXVII.

Los medios que tomó el Papa y otros príncipes católicos para reducir á la Reina, y la sentencia que dió contra ella el papa Pío V.

Con estos medios que tomó la Reina, y con la vigilancia y rabia de sus ministros, hizo gran progreso la herejía en aquel reino. Deseando sanarle, y reducir á la Reina á la obediencia de la Iglesia, y quitarle todo temor y recelo, si alguno tenía, de perder el cetro por no ser legítima, el papa Pío IV, que habia sucedido á Paulo IV, envió un nuncio apostólico á Inglaterra para asegurar á la Reina lo que toca á la sucesion si quisiese volver en sí, y á rogarla y pedirle muy encarecidamente que no se echase á perder á sí y á su reino por ódio y aborrecimiento que tuviese á la Sede Apostólica. Mas ella no quiso ni oírle ni aún darle entrada en su reino. Y para hacer su Santidad en todo, oficio de piadoso padre, despues de haber mandado continuar el concilio de Trento, tornó á enviar otro nuncio para decirle que á lo ménos enviase al concilio algunos de sus ministros, que tratasen con los católicos los artículos controversos de nuestra santa fe. Pero sus falsos obispos y ministros, temiendo que por este camino se descubriría y manifestaría al mundo más su flaqueza é inorancia, persuadieron á la Reina que no lo hiciese. En el mismo tiempo otros reyes católicos le escribieron que no creyese más á unos pocos, nuevos, indoctos y mal intencionados hombres, que á todos los santos y sabios de la cristiandad, y á los príncipes antiguos de su reino. Entre ellos, fué uno el emperador Fernando, el cual tambien le rogó que soltase á los obispos que tenía presos, pues eran varones de vida y doctrina excelentes, y no habian cometido delito contra ella, ni eran acusados y presos sino por querer perseverar en la antigua fe y comunión de todos los cristianos, la cual el mismo Emperador seguía; y que á lo ménos diese á los católicos iglesias en su reino, para que se pudiesen juntar y celebrar los oficios divinos conforme al uso de la Iglesia católica. Pero ni con estas cartas, ni con otras que otras muchas personas señaladas le escribieron, la pudieron mover y ablandar. En el concilio de Trento, viendo esta tan intolerable contumacia, se trató de declararla por hereje y excomulgada; mas el mismo emperador Fernando intercedió que no se hiciese, esperando por ventura que se casaría con su hijo el archiduque Fernando (porque ella habia dado esperanzas dello), y que por este medio se podría reducir y emendar. Pero lo que no hizo el concilio de Trento, hizo algunos años despues la santa memoria de Pío V (que habia sucedido á Pío IV), fraile de la orden de Santo Domingo y varon santo, y tenido por tal aún de los mismos herejes. El cual, como otro Finees, vestido y abrasado del celo y amor de Dios, viendo y llorando las calamidades y miserias de un reino tan noble, y en los siglos pasados tan católico y piadoso, como ha sido el de Inglaterra, y queriendo, como padre y pastor universal, poner

remedio y enfrenar á la Reina, despachó una bula contra ella, la cual, traducida de latin en nuestra lengua castellana, me ha parecido poner aqui, que es la que se sigue.

Sentencia declaratoria del santísimo señor nuestro, Pío papa V, contra Isabel, pretensa reina de Inglaterra, y los herejes que la siguen, en la cual tambien se dan por libres los súbditos y vasallos del juramento de fidelidad y de cualquiera otra obligacion; y los que de aquí adelante la obedecieren, se declara ser excomulgados.

PÍO OBISPO, SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS,
PARA PERPÉtua MEMORIA.

« Jesucristo, nuestro Señor, que reina en las alturas, al cual ha sido dada toda potestad en el cielo, y en la tierra á solo Pedro, príncipe de los apóstoles, y al sucesor de Pedro, que es el romano pontífice, encomendó la santa católica y apostólica Iglesia, que es una, y se la dió para que con la plenitud de la potestad la gobernase. A este solo ha puesto por príncipe sobre todas las gentes y sobre todos los reinos, para que arranque, destruya, arruine, disipe, plante y edifique, y conservando al pueblo fiel atado con el vínculo de la caridad y de la unidad del espíritu, le presente al Señor salvo y entero. Nosotros, que habemos sido llamados, por benignidad del Señor, al gobierno desta Iglesia, y deseamos cumplir con nuestra obligacion, procuramos con todo nuestro cuidado y trabajo que esta unidad y religion católica (la cual, el Autor della, para probar la fe de sus fieles y para castigo nuestro, ha permitido sea fatigada con tantas tempestades) se conserve en su pureza.

» Pero ha crecido tanto el número de los impíos, y con ellos su poder, que ya no hay lugar en el mundo el cual ellos no hayan procurado inficionar con su perversa doctrina, y entre ellos, Isabel, esclava de pecados, pretensa reina de Inglaterra, lo procura con más ánsia; á la cual, como á puerto seguro y cierta guarida, se han acogido los más crueles enemigos de toda la Iglesia. Esta misma, habiendo ocupado el reino, ha usurpado con gran monstruosidad en toda la Inglaterra el lugar, autoridad y jurisdiccion de *suprema cabeza de la Iglesia*, y ha tornado á destruir y perder aquel reino, que se habia poco ántes reducido á la fe católica; porque ha prohibido el uso de la verdadera religion, que Enrique, su padre, apostatando della, destruyó, y María, reina legítima, de esclarecida memoria, con el favor desta santa Silla, habia restituido; y siguiendo y abrazando los errores de los herejes, ha echado del Consejo Real á los consejeros antiguos y nobles, y henchídole de hombres bajos y herejes. Ha oprimido á los amigos y deseos de la fe católica, y levantado á falsos predicadores y á los ministros de maldades. Ha quitado el santo sacrificio de la misa, las oraciones, ayunos, abstinencia de manjares, el celibato y los otros ritos y ceremonias católicas. Ha mandado derramar por todo el reino libros herejes y pestilentes, y que los misterios impíos de Calvino, que ella ha rece-

» bido y guardado, se guarden por los súbditos y
 » vasallos. Ha tenido atrevimiento de echar de sus
 » iglesias á los obispos, curas y otros sacerdotes
 » católicos, y privarlos de sus beneficios, y dispo-
 » ner dellos y de las otras cosas eclesiásticas á su
 » voluntad, y darlas á los herejes, y determinar
 » las causas de la Iglesia. Ha prohibido á los per-
 » lados, al clero y pueblo, que no reconozcan á la
 » Iglesia romana, ni obedezcan á sus mandatos y
 » canónicas sanciones. Ha violentado á muchos, y
 » hécholes tomar por fuerza sus leyes impías, y
 » abjurar la autoridad y obediencia del romano
 » Pontífice, y á tenerla á ella sola por cabeza en las
 » cosas temporales y espirituales, y hacer juramen-
 » to dello, y puesto graves penas y suplicios á los
 » que no la obedeciesen, las cuales ha ejecutado
 » contra aquellos que han perseverado en la unidad
 » de la fe y en la sobredicha obediencia. Ha encar-
 » celado y aprisionado á los obispos y curas católi-
 » cos, de manera que muchos dellos, del mal tra-
 » tamiento, enfermedad y pena, han acabado mise-
 » rablemente los dias de su vida. Las cuales cosas
 » todas son en todas las naciones tan manifestas y
 » tan notorias, y probadas con el testimonio gravi-
 » simo de muchos, que no queda lugar alguno para
 » excusarlas, defenderlas ó negarlas. Por tanto, nos-
 » otros, viendo que cada dia se multiplican más las
 » maldades y delitos de la dicha Isabel, y que por
 » su causa é industria crece la persecucion de los
 » fieles y la destruicion de la religion, y juntamen-
 » te entendiendo que está tan obstinada y empe-
 » dernida, que ni ha querido admitir los ruegos y
 » piadosas amonestaciones de los principes católi-
 » cos, ni permitir que entrasen en Inglaterra los
 » nuncios que esta santa Silla le ha enviado para
 » tratar con ella su remedio, habemos tomado
 » las armas de la justicia contra ella, forzados de
 » la necesidad, y no sin gran dolor de nuestra alma,
 » considerando que estamos obligados á castigar
 » aquella de cuyos progenitores tantos beneficios ha
 » recibido la república cristiana. Y así, armados de
 » la autoridad de Aquél, el cual, aunque indignos,
 » se dignó colocarnos en este supremo trono de jus-
 » ticia, con la plenitud de potestad apostólica, de-
 » claramos que la dicha Isabel es hereje y fautora
 » de herejes, y que los que la siguen en las cosas
 » sobredichas han incurrido en sentencia de exco-
 » munion, y que son cortados de la unidad del
 » cuerpo de Jesucristo; y asimismo que ella es pri-
 » vada del derecho pretenso del dicho reino, y de
 » cualquiera otro dominio, dignidad y privilegio; y
 » que los señores, vasallos y súbditos del dicho rei-
 » no, y todos los demas que de cualquiera manera le
 » han hecho juramento de fidelidad, están libres del
 » dicho juramento y de cualquiera obligacion de
 » vasallaje, fidelidad y obediencia, total y perpe-
 » tuamento. Y nosotros, con la autoridad destas pre-
 » sentes letras, los absolvemos y libramos dél. Y pri-
 » vamos á la dicha Isabel del derecho pretenso del
 » reino y de todas las otras cosas sobredichas, y man-
 » damos á todos los señores, súbditos, pueblos y á los

» demas sobredichos, á todos juntos y á cada uno
 » dellos, y los prohibimos que no sean osados á obe-
 » decer á ella ni á sus órdenes, mandatos y leyes,
 » atando con la misma sentencia de excomunion y
 » anatema á los que hicieren lo contrario. Y porque
 » seria muy dificultoso llevar estas presentes letras á
 » todas las partes donde serán menester, queremos
 » que el traslado dellas, firmado de mano de al-
 » gun escribano público, y sellado con el sello de
 » algun prelado eclesiástico, ó de su audiencia, ten-
 » ga la misma fe, en juicio y fuera dél, en cualquier
 » parte, que tendria el mismo original, si se ex-
 » hibiese ó mostrase. Dada en Roma, cabe San Pe-
 » dro, el año de la encarnacion del Señor de mil
 » quinientos sesenta y nueve, á veinte y cinco de
 » Febrero, en el año quinto de nuestro pontifica-
 » do.— *Cæsar Glorierius. — H. Cumyn.* »

CAPÍTULO XXVIII.

Lo que sucedió despues de la publicacion de la bula
 en Inglaterra.

Publicóse este bula de Pio V, afijándola en las
 puertas del falso obispo de Lóndres, y murieron
 por ello dos hombres, condenados por traidores; de
 los cuales fué uno Juan Feltono, varon noble y de
 ánimo esforzado, el cual, viendo la destruicion de
 su patria y que una llaga tan encancerada no se
 podia curar sino con fuego y medicina fuerte, mo-
 vido de celo de Dios, el dia del Santísimo Sacra-
 mento del año de mil y quinientos y setenta, afijó la
 bula impresa á la puerta de las casas del Obispo,
 donde estuvo hasta las ocho de la mañana del dia
 siguiente, y fué vista y leida de muchos, y trasla-
 dada de algunos. Ayudó á Feltono en esta hazaña
 un español, llamado Pedro Berga, catalan de na-
 cion y prebendado en la iglesia de Tarragona, el
 cual huyó, dejando á Juan Feltono (que no quiso
 huir) en manos de los herejes, y dellos fué conde-
 nado y justiciado, como traidor, con las penas y gé-
 nero de muerte que los tales pasan en Inglaterra,
 y en este libro queda contado. En el *Martirologio
 romano*, á los ocho de Febrero, se hace mencion de
 algunos santos monjes, que murieron por haber pu-
 blicado las letras apostólicas de san Félix, papa,
 contra Acacio, arzobispo de Constantinopla. Murió
 con grande alegría y constancia, y confesando que
 moria en la fe católica, y dió con este ilustre testi-
 monio gran consuelo y esfuerzo á los católicos, y
 pesar á los herejes. Causó esta sentencia de su Santi-
 dad varios efectos. Los católicos, como no tenian
 fuerzas para resistir, y vieron que la bula no se ha-
 bia publicado jurídicamente (como ellos decian) y
 con solenidad, y que los otros príncipes y provincias
 católicos trataban de la misma manera que ántes
 con la Reina, y que era muerto pocos años despues
 el Papa, y no sabian si su sucesor (que era Gre-
 gorio XIII) la habia renovado y confirmado, y
 finalmente, que habian de perder sus haciendas y
 sus vidas si hacian otra cosa, perseveraron en la
 obediencia de la Reina. Los herejes, puesto caso
 que en lo defuera mostraban burlarse de la bula, y

decian que era cocos para espantar niños, todavía interiormente se congojaban y carcomian, y más considerando que un papa tan santo como Pío V había pronunciado aquella sentencia, y que cada día más se animaban y crecían los católicos en su reino. Mas la Reina sintió este golpe tanto, que se encruelecó y embraveció, y convocadas sus Cortes, estableció algunas leyes atroces contra los que seguían la religion católica, entre las cuales fueron éstas.

«1.^a Que ninguno, so pena de la vida, llame á Isabel hereje, cismática, infiel ó usurpadora del reino.

»2.^a Que ninguno nombre á persona alguna ni diga que debe ser sucesora del reino, ni viviendo la Reina, ni despues de sus días, si no fuere hijo ó hija natural de la misma Reina.»

Que éstas son las palabras mismas de la ley. Y con ellas pone en peligro y confusion el reino, por no saberse quién le ha de suceder. Y diciendo que le ha de suceder hijo ó hija natural suya (lo cual es contra las leyes del reino), da á entender que tiene tal hijo ó hija natural.

»3.^a Que, so pena de perdimiento de bienes y cárcel perpétua, ninguno lleve, acepte ni traiga consigo cosa de devocion, traída de Roma, como *agnus Dei*, cruces, imágenes, cuentas benditas, ó otra cualquiera, bendecida del Papa ó por su autoridad.

»4.^a Que, so pena de la cabeza, ninguno traiga bula ni breve ni letras del Papa, ni absuelva á nadie de herejía ó cisma, ni le reconcilie á la Iglesia romana, ni se deje absolver ni reconciliar.»

Y para espantar más á los católicos, y hacer que no saliesen del reino, confiscaron los bienes de todos los católicos que por causa de la religion habían salido dél. Y como muchos quebrantasen estas leyes, ó fuesen calumniados que las quebrantaban, levantóse una gran tempestad contra los católicos, siendo unos despojados de sus haciendas, otros aprisionados y afligidos, otros atormentados cruelmente y muertos, así sacerdotes como legos de todos estados. Pero sucedieron en esta necesidad dos cosas, con que se alentaron los católicos y animaron mucho. La primera fué, que en la ciudad de Oxonia, habiéndose dado sentencia que se cortasen las orejas á un hombre de baja suerte, que se llamaba Rolando Gingles, porque era católico, apénas el juez hereje había pronunciado esta sentencia, cuando súbitamente él y todos sus asesores, escribanos y ministros de justicia fueron asaltados de una enfermedad, de la cual murieron allí luego algunos repentinamente, y otros, en número de más de trescientas personas, dentro de pocas horas ó días, sin haberse extendido este mal á otras personas ó partes de la ciudad. Y aunque los del Consejo de la Reina hicieron grandes pesquisas y averiguaciones para saber de dónde había venido aquella repentina infeccion, no hallaron razon ni causa alguna que se pudiese con verdad atribuir á

la naturaleza. Y así dijeron y publicaron que los papistas eran hechiceros y magos, y que dellos había nacido, de la misma manera que los gentiles atribuían á arte del demonio los milagros y maravillas que obraba nuestro Señor en defensa de los mártires, cuando ellos los atormentaban. Tambien otro doctor de leyes, llamado Unrito, arcediano de Oxonia, tratando cierto lugar de san Pablo, dijo al cabo: *De papa hic nullum verbum auditis*; y luego le asaltó una grave enfermedad y perdió casi la habla, y del púlpito le llevaron, no á la mesa, como él pensaba, sino á la cama, y dentro de pocos días murió. La segunda cosa que en este tiempo sucedió fué una division extraña de los herejes entre sí. Porque, demas de las sectas infinitas de perdicion que hay entre ellos, contrarissimas y diferentes unas de otras, se levantó una nueva secta pestilentísima de los que se llaman puritanos, los cuales con pláticas y sermones y libros escritos comenzaron á perseguir la religion y creencia de la Reina y de su parlamento, y á tacharla y reprehenderla como impía y supersticiosa en más de cien cabos. Y así hubo y hay hoy en día entre los mismos herejes grandes debates y peleas. Con esto los católicos venían cada día á ser más fuertes y constantes en nuestra santa fe, viendo por una parte la proteccion que Dios tenía dellos, y por otra la confusion que los herejes tenían entre sí.

CAPÍTULO XXIX.

La institucion de los seminarios de ingleses en Rems y en Roma, y el fruto dellos.

Pero lo que más ha aprovechado, alentado y esforzado á los católicos ha sido la institucion de los seminarios, que se ha hecho en Rems de Francia y en Roma, los cuales tuvieron su origen desta manera. Como la persecucion de la Reina y esta tempestad contra la fe católica fuese tan horrible y se encrueciese cada día más, algunos varones prudentes, celosos y temerosos de Dios, viendo que los otros medios que habían tonado para sosegar ó mitigar esta tormenta, no habían sucedido, y temiendo que los católicos ingleses que agora viven en Inglaterra ó fuera della, se acabarían con la edad, ó con el mal tratamiento de las cárceles y prisiones, ó con el largo y penoso destierro, ó finalmente, que desmayarian, viendo cada día muchos y crueles martirios de sus amigos y compañeros en aquel reino, juzgaron que para que en él no se secase de raíz la religion católica, convenia hacer uno como plantel ó seminario de mozos hábiles y católicos, que se fuesen criando, trasplantando y creciendo, y pudiesen succeder á los que se fuesen acabando, porque no dudaban sino que por más que esta secta de perdicion prevalezca, ha de caer, si los católicos no desmayan, y se ha de acabar, como se han acabado todas las otras que en los siglos pasados se levantaron contra la Iglesia católica y verdad de Dios. Pues ninguna secta de herejes hasta ahora ha podido agradar largo tiempo á los hombres, ni durar ni perseverar en un

estado, sino que siempre ha tenido grandes mudanzas y alteraciones, como se ve en la herejía de los arrianos, que (con tener de su bando el poder de los príncipes y monarcas del mundo) á la fin se acabó. Por esto, habiendo salido de Inglaterra gran número de mozos y de estudiantes hábiles, y hecho su morada en los estados de Flándes para vivir seguramente como católicos, recogieron en Duay debajo de la disciplina y gobierno del doctor Guillermo Alano (que en aquella universidad leía entónces teología, y ahora, por sus grandes virtudes, es cardenal), y poco á poco se vino á formar un numeroso colegio, sustentado al principio con limosnas de algunos siervos de Dios, y despues con la liberalidad y benignidad de la Sode Apostólica. Pero, porque los herejes de Inglaterra se alborotaron y amenazaban mayores males, fué necesario que este colegio se pasase á la ciudad de Rems, en Francia, disponiéndolo así nuestro Señor, y queriéndolo el Cristianísimo Rey de Francia, adonde se ha acrecentado mucho, con grande fruto y beneficio del reino de Inglaterra. Y para que este bien fuese mayor, la santidad del papa Gregorio XIII (cuyo nombre, por este beneficio y otros muchos semejantes á éste, que hizo á la Iglesia, será en todos los siglos de amable y gloriosa recordacion) hizo otro colegio de ingleses, muy señalado en Roma, en el hospital antiguo de aquella nacion, y le dotó de muy buenas rentas, y le encargó á los padres de la Compañía de Jesus, para que enseñasen y gobernasen á los colegiales ingleses que hubiese en él, á la manera que gobiernan y enseñan á los alemanes del colegio germánico y á los clérigos del seminario romano. Estos dos seminarios han sido como dos castillos roqueros, y han dado la vida y salud á los católicos que hoy dia hay en Inglaterra; porque della salen cada dia muchos mancebos bien inclinados y de excelentes ingenios, para ser instruidos y enseñados en las verdades católicas y macizas de nuestra santa religion, los cuales, despues de haber aprendido lo que es menester, y ser conocidos y probados algunos años, vuelven á aquel reino ya ordenados, y muchos dellos graduados, á enseñar y predicar lo que en estos seminarios aprendieron. Es esto de manera, que en estos pocos años se han criado en los dos seminarios, y se han trasplantado y entrado en Inglaterra más de trescientos clérigos, para cultivar aquella viña desierta y llena de fieras; lo cual ellos han hecho con tanto espíritu y esfuerzo, que muchos dellos la han regado con su sangre. Es cosa milagrosa y propia de la poderosa mano de Dios, el ver que en un tiempo como éste, en el cual por maravilla en las otras provincias de católicos hay hombre que quiera ser clérigo sino movido de su propio interese, hay en estos seminarios tantos mozos nobles, y algunos dellos mayores y ricos, los cuales, sin ninguna esperanza de premio, ántes con certidumbre de perder sus bienes y de pasar peligros, afrentas y muertes, con tan encendida devocion y deseo anhelan para

el sacerdocio, y lo reciban y ejerciten, sin ser parte su daño y peligro temporal, y los ruegos y persuasiones de sus padres, deudos y amigos, para desviarlos y entibiarlos deste santo propósito; ántes cuando oyen que alguno de sus compañeros ó de los otros católicos de Inglaterra es preso, atormentado y muerto cruelmente por la fe, parece que se avivan y animan más, y que arden sus corazones con mayores llamas y con más encendidos deseos de derramar la sangre por ella. De suerte que, como otros colegios son seminarios de oradores, filósofos, juristas, teólogos, canonistas y médicos, estos dos son y con verdad se pueden llamar seminarios de mártires. Al principio la Reina y los de su Consejo no hicieron caso de los seminarios, juzgando que los colegiales ingleses que se criasen en ellos, ó por necesidad ó por su interese, á la postre volverian á Inglaterra y acetarian beneficios y rentas de la Reina, y la servirian segun sus leyes y forma de religion, y que cuando hubiese algunos tan obstinados, quo no lo hiciesen, serian pocos, pobres, desterrados y afligidos, y así podrian hacer poco daño á su nueva iglesia, que está fortalecida con el brazo fuerte de una reina poderosa y armada de leyes rigurosas, y amparada de ministros y jueces cuidadosos y solícitos, y finalmente, sustentada y defendida con modos tan exquisitos y crueles. Mas, como dentro de pocos años entendieron que gran número de mozos hábiles y de raros ingenios salian de los colegios y universidades de Inglaterra, y pasaban la mar, y despues tornaban á ella ya sacerdotes, y con su ejemplo, sermones y libros enseñaban la verdad católica, y administraban secretamente los sacramentos, y alumbraban y animaban á muchos, y los absolvian de sus herejías y errores, y los reconciliaban á la Iglesia, y que con esto crecia cada dia más y se multiplicaba el número de los católicos, y que las aldeas, villas, ciudades y universidades del reino, y la misma córte y palacio de la Reina estaba lleno dellos, conocieron su daño, y con edictos atrocísimos y con penas y tormentos extraños procuraron atajarle.

CAPÍTULO XXX.

La entrada de los padres de la Compañía de Jesus en Inglaterra.

Grande alteracion causó en la Reina y en los de su Consejo el entender, como he dicho, la riza que los sacerdotes de los seminarios hacian en su secta; pero acrecentóse mucho más este sobresalto y cuidado con la entrada de los padres de la Compañía de Jesus en aquel reino, y con la guerra que con sus ministerios la hacian. Habian los católicos de Inglaterra tenido noticia del instituto desta religion, y de sus fines é intentos, y del fruto grande que de sus trabajos y ejercicios se sigue en todas partes, y más en las que están inficionadas de herejías, y por esto deseaban mucho conocerlos. Encendióse más este deseo con la relacion de los mismos ingleses que se habían criado en el seminario de Roma y tratado á los padres, y aprendido dellos virtud y

doctrina católica, y con estas armas tornado á su patria á defender y morir por la verdad. Así, con este deseo, procuraron los católicos, y hicieron grande instancia al general de la dicha Compañía, que enviase á Inglaterra algunos de sus soldados á esta tan importante conquista, que fuesen ingleses y supiesen la lengua y el uso de la tierra; porque muchos desta propia naeion, varones de vida y doctrina excelentes, en tiempo de su destierro habian entrado en la religion de la Compañía de Jesus y asentado debajo de su bandera, y parece que los llamaba el Señor, y que juntaba gente para la guerra que queria hacer. Los primeros, pues, que fueron enviados á esta gloriosa empresa, fueron dos padres de la Compañía, llamados el uno Roberto Personio y el otro Edmundo Campiano, ingleses de nacion, y en su compañía algunos sacerdotes escogidos del uno y del otro seminario. Diéronse tan buena maña, y trataron el negocio á que iban con tanta diligencia, fidelidad y espíritu del Señor, que en pocos meses, con las pláticas y exhortaciones que hacian por las casas, con los sermones y administracion de los sacramentos, con los libros que escribieron, y otras santas ocupaciones, ganaron del pueblo innumerables herejes para Dios, y de los caballeros y hombres letrados un buen número, y los reconciliaron á la Iglesia católica. La manera que tenian en esta dificultosísima y peligrosísima empresa, se puede sacar de un capitulo de una carta que escribió el mismo padre Campiano, que dice así:

«Llegado he á Lóndres; el buen ángel me guió (sin saberlo yo) á la misma casa que habia recibido al padre Roberto. Luégo acudieron á verme algunos mozos nobilísimos, saludáronme, vistiéronme, armáronme, compusieronme y enviáronme fuera de la ciudad. Cada dia, á caballo, ando alguna parte de la tierra. Hay, cierto, colmadísima cosecha. En el camino voy pensando el sermón, y llegado á casa, le perficiono y acabo. Despues hablo, trato y oigo á los que me vienen á hablar, confieso los, y á la mañana, acabada la misa, les predico y administro el Santo Sacramento del altar. Ayúdanos algunos clérigos eminentes en letras y virtud, y con esto se nos hace la carga ménos pesada y se satisface mejor al pueblo. No podrémos escapar mucho tiempo de las manos de los herejes, porque tenemos sobre nosotros infinitos ojos, espías y escuchadores. Lo mismo hacia san Eusebio Samosateno, el cual, vestido como soldado, visitaba las iglesias en tiempo de Constantino, emperador arriano, como se dice en el *Martirologio romano*, á 21 de Junio. Ando en hábito seglar y desgarrado y roto, y á cada paso le mudo, y el nombre. Recibo muchas cartas, en cuyo principio y primer renglon leo: *Campiano es preso*; y esto tantas veces, que tengo ya las orejas usadas á ello, como el perro del herrero á las martilladas; y así, el temor continuo ha ya desechado este temor. Estando escribiendo ésta, se embravece la persecucion cruelísima; la casa está triste, porque no se habla sino de la muerte ó de las prisiones, ó del

perdimiento de los bienes y de la huida de los della; y con esto van adelante animosamente, y las consolaciones del Señor, que nos envia en este negocio, no solamente nos quitan el temor de la pena, sino que nos regalan y recrean con infinita dulzura y suavidad. La conciencia limpia, el ánimo valeroso y esforzado, el fervor increíble, el fruto maravilloso, los que de todos los estados, edades y grados se convierten (que son innumerables) son gran parte para causar este consuelo. La herejía se tiene por infamia de todos los cuerdos; no hay cosa más soez y abatida, comunmente, que los ministros della. Con razon nos enojamos, viendo que en una causa tan perdida como ésta, los hombres indoctos, bajos, viles, facinerosos é infames tienen el pié sobre el pescuezo y mandan á hombres letrados, honrados, virtuosos, que son gloria y ornato de la república. No puedo alargar-me, porque me dan al arma.»

Esto todo dice el padre Campiano; y el padre Roberto Personio, en una carta escrita en Lóndres, á los diez y siete de Noviembre del año de mil y quinientos y ochenta, dando nuevas á los padres de la Compañía de Roma, de su entrada y de sus compañeros, pone los capitulos siguientes:

«La furia de la persecucion que ahora hay contra los católicos por todo este reino es grandísima y de manera, que llevan á las cárceles á nobles y plebeyos, hombres y mujeres, grandes y pequeños, hasta los mismos niños atan con cadenas de hierro, quítanles las haciendas, échanlos en mazmorras oscuras, infámanlos acerca del vulgo, por traidores y rebeldes, con públicos edictos y en los sermones y pláticas comunes.

«Los nobles que han echado en la cárcel, los meses pasados, por causa de la religion católica, son muchos, ilustres y ricos, y cada uno en su lugar poderoso; de manera que ya no bastan las antiguas cárceles de Inglaterra, pero ni aún las muchas nuevas que han hecho para ello; pero, con todo eso, se envían cada dia nuevos inquisidores para buscar y prender á otros, cuyo número, por la gracia de Dios, crece cada dia más; tanto, que cansan á los que los van á prender, porque hemos entendido que de un mes á esta parte se han dado los nombres de más de cincuenta mil, que recusan ir á las iglesias de los herejes, y despues se han hallado muchos más, segun pienso. Y desto se puede colegir la gran muchedumbre que hay de católicos de secreto, pues se hallan tantos que públicamente se ofrecen al peligro de la vida y arriesgan sus haciendas por no querer ir á las iglesias ni conventículos de los herejes.

«Maravillosa cosa es ver ahora en este reino la constancia y severidad con que los católicos huyen y abominan las iglesias de los herejes, y cuántos de su propia voluntad se ofrecen á las cárceles ántes que llegar ni aún á los lumbrales dellas. Propúsose poco há á algunos nobles que siquiera una vez al año fuesen á las iglesias de los herejes, aunque hiciesen primero protestacion que no iban por re-

»ligion ni con intento de aprobar aquella dotrina, sino solamente para mostrar la obediencia exterior á la Reina, y que con esto los librarian luégo de las cárceles; á lo cual ellos respondieron que no podian hacerlo con seguridad de sus conciencias.

»Un muchacho de diez años (á lo que entiendo), engañado por los suyos para ir delante de la novia el mismo dia de las bodas (como se acostumbra) á la iglesia, y siendo reprendido de los de su edad, que le decían que por aquello habia caido en el cisma, comenzó á llorar, sin admitir ninguna consolacion, hasta que despues de pocos dias me halló á mí, y corriendo y echándose á mis piés, con grande abundancia de lágrimas me pidió que le oyese la confesion de aquel pecado, prometiendo que ántes se dejaria atormentar con cualquier linaje de tormentos, que consentir otra vez en tan grande pecado. Dejo de contar otras infinitas cosas semejantes.

»Nuestro estado aquí es de manera, que aunque se prohíbe á todos nuestra conversacion con edictos públicos, con todo, donde quiera nos desean con grandísima aficion, y por donde quiera que vamos nos reciben con grande alegría. Muchos hacen largos caminos solamente por podernos hablar, y ponen á sí y á todas sus cosas en nuestras manos, y donde quiera nos dan con abundancia lo que habemos menester, y nos ruegan con ello. Los sacerdotes concuerdan con nosotros, ó por mejor decir, nos obedecen en todo con mucho amor; finalmente, es tan grande la opinion de nuestra Compañía acerca de todos, que nos pone en cuidado cómo habemos de corresponder á ella, especialmente estando tan léjos de aquella perfeccion que ellos piensan que hay en nosotros; y así, tenemos tanto mayor necesidad que otros de las oraciones de todos vuestras reverencias. Al padre Schervino prendieron cuatro dias há acaso, que yendo en busca de otro, cayeron en él; hizo una señalada prueba y confesion de su fe delante del falso obispo de Lóndres, y está ahora cargado de prisiones; pero, como me escribe, lo sufre con gran gozo, y cuando se ve por Cristo aprisionado, no puede tener la risa. Da gran tormento á nuestros contrarios el ver que no pueden con ningun género de crueldad apartar de su propósito ni á un solo católico, ni aun á las niñas; porque, habiendo el falso obispo de Lóndres preguntado á una doncella noble acerca del sumo Pontífice, y habiendo ella respondido constantemente y haciendo burla dél, públicamente la mandó llevar aquel hombre bárbaro y bestial al lugar público de las malas mujeres. Pero ella por el camino iba avisando á todos con voz alta que la enviaban á tan torpe lugar, no por deshonestidad suya, sino por causa de la fe católica y de su conciencia.

»Aquí se espera que brevemente y públicamente den la muerte á dos sacerdotes, cuyos nombres son Lotemio y Chritomio, el último de los cuales, llevándole dos dias há cargado de cadenas de hierro

»por las plazas para examinarlo, iba con tan alegre semblante, que el pueblo se maravillaba, y echando él de ver en ello, comenzó á reirse muy alegremente, y maravillándose más el pueblo, le decia cómo solo él se alegraba en caso tan miserable, teniéndole todos los otros hombres tan grande lástima y compasion. Respondió él que porque habia de recibir más provecho de aquel suceso; y ¿maravillaisos (dice) que el hombre se huelgue con su interese y ganancia?

»Al principio desta persecucion hubo algunos en una provincia deste reino, que, atemorizados, se rindieron á la importunidad de los comisarios de la Reina, y prometieron que de ahí adelante irian á las iglesias de los protestantes; cuyas mujeres, habiéndolo entendido, les hicieron resistencia, amenazando que se apartarian dellos y que no harian vida con ellos si por humanos respetos ellos se apartaban de la obediencia de Dios y de su Iglesia. Muchos hijos tambien se apartaban por lo mismo de los padres.

»Desde muy de mañana hasta gran parte de la noche, habiendo satisfecho á los divinos oficios, y predicado algunos dias dos veces, trabajo en una infinidad de negocios; pero los principales son respuestas á casos de conciencia que se ofrecen, dar órden á los otros sacerdotes, encaminándolos á los lugares y ocupaciones que son más á propósito; reconciliar cismáticos á la Iglesia, escribir cartas á los que á las veces son tentados en esta persecucion, procurar ayudas temporales para sustentar á los que pasan necesidad en la cárcel; porque cada dia me envia cada uno á representar las suyas brevemente. Son tantos estos negocios, que si no viese claramente que lo que hacemos es grande gloria de Dios, fácilmente desmayaria con tales fatigas; pero no debe desmayar nadie en cosas semejantes, porque me persuado muy ciertamente que (si mis pecados no lo impiden) ha de favorecer nuestro Señor, como siempre, nuestros intentos. Y no hay trabajo, de cuerpo ó de alma, tan grande, quanto es la consolacion que recibimos de ver la increíble alegría destos hombres por nuestra venida á estas tierras. Pido á vuestras reverencias rueguen á nuestro Señor por nosotros, y procuren las oraciones de los suyos, para que podamos en alguna manera satisfacer á lo que somos obligados y á la grande expectacion que de nosotros se tiene.»

Y para que mejor se entienda el fruto que estos padres y los otros sacerdotes, sus compañeros, hacian con sus ministerios, quiero poner aquí tambien otro pedazo de una carta de uno destos mismos sacerdotes, que habia labrado con sus trabajos aquella viña por espacio de un año; la cual escribió al rector del seminario inglés de Roma, que dice así:

«Nuestro negocio y nuestra mercaderia va bien y tiene buen despacho; porque, dado caso que hay muchos que la desprecian, y más que la contradicen, no faltan otros muchos que la compran, y muchos más que se admiran della. No se habla en

» Inglaterra sino de los padres de la Compañía de
 » Jesus, que aquí llaman jesuitas, de los cuales fin-
 » gen más fábulas y patrañas que los poetas anti-
 » guos de los monstruos. Del origen del instituto,
 » de la manera de vida, de las costumbres y do-
 » trina destos hombres, de sus acciones, fines é
 » intentos, se dicen tantas cosas y tan contrarias
 » entre sí, que parecen más sueños y quimeras
 » que razones. Y esto, no solamente se trata en
 » las pláticas y razonamientos particulares, sino
 » en los sermones se predica, y con libros impres-
 » sos se publica y se derrama por todo el reino.
 » La suma de todo lo que se dice viene á parar en
 » que ellos y los otros sacerdotes que han venido
 » con ellos, han sido enviados del Papa, como espías
 » del reino, y traidores y destruidores de toda la re-
 » pública. Algunos ministros de Calvino han escrito
 » contra Campiano y contra toda la orden de los je-
 » suitas, y particularmente contra la vida del padre
 » Ignacio de Loyola, su fundador; mas no se fueron
 » alabando, porque dentro de diez días se les res-
 » pondió de tal manera, que quedaron muy aver-
 » gonzados y corridos. Imprimense muchos libros
 » de nuestra parte, y derrámanse por todo el reino,
 » aunque no sin grandísima dificultad y peligro de
 » la vida; y para esto tenemos imprenta é impres-
 » ores secretos, y lugar escondido debajo de tierra,
 » el cual se muda muy á menudo, y mozos nobles,
 » que con gran cautela reparten los libros. Y es co-
 » sa maravillosa lo que se edifican y animan con
 » ellos los católicos, y los herejes se ofenden por-
 » que no saben ni pueden responder á ellos. Nunca
 » acabaria si quisiese contar particularmente el
 » celo y fervor de los católicos. Cuando algun sa-
 » cerdote viene á ellos, le saludan al principio y le
 » reciben como á hombre extraño y no conocido,
 » despues le meten en casa y le llevan á algun apo-
 » sento apartado, donde hay un oratorio. Allí luégo
 » se postran todos, é hincados de rodillas, le piden
 » la bendicion con grande humildad, y quieren saber
 » del cuánto tiempo ha de estar con ellos, porque
 » ellos querrian que fuese muy largo. Y si les dice
 » que luégo el día siguiente (porque, por el gran pe-
 » ligro que hay de caer en las manos de la justicia,
 » no se pueden detener), todos se aparejan para
 » confesarse la misma tarde, y la mañana siguiente,
 » oida la misa, se comulgan, y tras ella se sigue al-
 » guna plática y sermon del padre, para enseñarlos
 » y alentarlos, el cual les da otra vez su bendicion,
 » y se parte, acompañado, ordinariamente, de algu-
 » nos mozos nobles por el camino. Tienen los católi-
 » cos en sus casas (como solian en la primitiva Igle-
 » sia) muchos retretes y escondrijos para esconderse
 » y salvarse cuando vienen á buscarlos los ministros
 » de la justisia; y si vienen de rebato y á deshora,
 » dan al arma, huyen á las espesuras de los bosques
 » y á los riscos ásperos, y se meten en las cuevas, y á
 » las veces en las hoyas, estanques y lagunas. Esta-
 » mos algunas veces sentados á la mesa, tratando
 » familiarmente y con alegría y consuelo de algu-
 » na cosa de nuestra santa fe y de devocion (que

» éstas son nuestras ordinarias pláticas y entreteni-
 » mientos), y si oímos llamar á la puerta de la casa
 » con alguna más priesa y ruido, luégo nos azora-
 » mos todos, pensando que es la justicia, y á guisa
 » de venado que oye los ladridos de los perros y las
 » voces de los cazadores, estamos atentos con el áni-
 » mo y con las orejas. Dejamos la comida, encomen-
 » dándonos á Dios, y no hay quien boquee ni se me-
 » nee ni chiste hasta que el criado diga lo que hay.
 » Si no hay peligro, desencogémonos y volvémolos
 » á nuestra familiar conversacion, que, con el vano
 » miedo que tuvimos, suele ser aún más alegre y
 » regocijada que ántes. No hay católico ninguno en
 » estas partes que se queje que la misa sea prolija;
 » ántes no agrada á muchos la que no dura una ho-
 » ra casi entera. Si se dicen en un mismo lugar y día
 » seis y ocho misas (lo cual algunas veces aconte-
 » ce, por concurrir muchos sacerdotes juntos), de
 » muy buena gana los católicos las oyen todas. Por
 » maravilla hay pleitos y diferencias entre ellos,
 » porque todas las dejan en manos de los padres y
 » sacerdotes, y ellos los componen como les parece.
 » No se quieren casar con herejes, ni tratar ni orar
 » con ellos. Estando una señora presa por la fe, y
 » ofreciéndole libertad con tal que entrase una sola
 » vez en alguna iglesia de los herejes, nunca quiso,
 » diciendo que con limpia conciencia habia entrado
 » en la cárcel, y con limpia queria salir della ó mo-
 » rir. Obra es ésta de la diestra del muy Alto; por-
 » que en tiempo del rey Enrique todo este reino (en
 » el cual habia en aquel tiempo obispos, perlados,
 » religiosos y hombres de gran estofa y doctrina)
 » dejó la fe y la obediencia del romano Pontifice, y
 » obedeció á la voz del tirano. Y ahora, por la mise-
 » ricordia del Señor, persiguiendo la hija de Enrique
 » con más crueldad la Iglesia, no faltan niños y
 » niñas, hombres y mujeres, que, llevados á los tri-
 » bunales y presos y cargados de hierro, confiesan
 » auimosamente la verdad, despreciando sus penas,
 » tormentos y muertes. Vióse estos días más clara-
 » mente lo que obra el Espíritu de Dios en esta par-
 » te; porque, habiéndose publicado ciertos edic-
 » tos y leyes rigurosísimas contra los que recusaban
 » hallarse en las ceremonias é impíos ritos de los
 » herejes (que por esta causa llaman ellos *recusan-
 » tes*), luégo salieron más de cincuenta mil personas
 » de las más principales del reino y más aprobadas
 » y de mejor nombre y reputacion, y se ofrecieron á
 » pasar por las penas estatuidas en las mismas le-
 » yes; lo cual causó grande espanto y rabia en los
 » ministros de Satanas, y ellos se determinaron eje-
 » cutarla contra los sacerdotes y maestros de la ver-
 » dad, de quienes entendian que nacia esta fortale-
 » za y espíritu en los demas.» Todo esto dico en su
 carta aquel sacerdote.

CAPÍTULO XXXI.

Las leyes rigurosas que hizo la Reina contra los padres de la
 Compañía de Jesus y los otros sacerdotes católicos.

Para estorbar el fruto que estos padres hacian, y
 atajar los daños que, á su parecer, recibia la secta

de su falsa religion, á los quince de Julio del año de mil quinientos ochenta, mandó publicar la Reina un edicto muy severo y riguroso contra los jesuitas y sacerdotes y colegiales de los seminarios, declarándolos por traidores y revolvedores de su reino. En él manda:

«1.º Que todos los padres, tutores y personas á quientoca el cuidado y sustento de los hijos y pupilos, pasados diez dias de la publicacion del edicto, parezcan delante del Obispo, y le den los nombres de los hijos, pupilos y personas que están á su cargo fuera del reino, y procuren que vuelvan á él dentro de cuatro meses; y que en volviendo, den noticia al mismo Obispo, y que si no volvieren dentro deste tiempo, los padres y personas que dellos tienen cargo no puedan por ninguna via enviarles para su sustento dellos cosa alguna, ni encubrir á los que se la enviaren.

»2.º Item, que ningun mercader ni otra persona, pasado este tiempo, pueda enviar, por via de cambio ó de otra cualquier manera, cosa alguna para socorro y sustento de los que así quedaren fuera del reino.

»3.º Asimismo, que ninguno reciba, acoja, sustente, favorezca ó dé alguna ayuda á ningun jesuita, seminarista ó sacerdote que hubiere entrado en el reino, ó para adelante entráre, y que si en el tiempo de la publicacion deste edicto tuviere alguno en su casa, ó supiere adónde está, sea obligado á manifestarle y presentarle á la justicia, para que sea preso y castigado; y que el que no lo hiciere sea tenido por fautor, receptor y consorte de los tales jesuitas y hombres revoltosos y enemigos de la patria y de su majestad.»

Y esto todo se manda so gravísimas y cruelísimas penas. Para responder á estos edictos, y á las falsas calumnias que á los siervos de Dios se oponian, el cardenal Guillelmo Alano (á imitacion de san Justino mártir y de san Atanasio y de otros santos doctores) escribió una doctísima y muy grave apología, en la cual, con grande modestia y cordura, declara el intento del sumo Pontífice en la institucion de los seminarios, y el fin y santos propósitos que los padres de la Compañía de Jesus y los otros sacerdotes tienen en ir á Inglaterra, y trabajar en ella sólo para ganar almas y traerlas al verdadero conocimiento de Dios. Y trató este argumento con tan vivas razones, que los herejes no han podido responder á ellas, y los sacerdotes quedaron más animados para llevar adelante su empresa; y los católicos, que los recibian en sus casas con la misma voluntad y fervor de hacerlo siempre así, sin embargo de las amenazas y terribles penas que en el edicto se proponen. Mas no paró aquí el furor de la Reina, porque, viendo que los templos y conventículos de los herejes se iban en muchas partes desamparando, hizo otras leyes severas y graves. En ellas manda que cualquiera persona, hombre ó mujer, que llegáre á diez y seis años, sea obligada á ir á las iglesias protestantes, á rezar y oír sermon, so pena de veinte libras inglesas cada mes, que son

casi setenta ducados. Y con esta ley despojaron á infinitos católicos; y declara que es crimen de lesa majestad el aconsejar ó inducir á cualquiera persona que se aparte de la religion que ahora hay en Inglaterra. Demas desto, dobla la pena que en el primer parlamento habia puesto á los que oyesen misa.

Las cuales penas sufrieron los católicos. Y para ejecutar con mayor violencia estos sangrientos decretos, enviaron á las casas de los católicos, nobles y caballeros, acechadores y malsines, y tras ellos los ministros de la justicia, para prender á los sacerdotes que hallasen y á los huéspedes que los hubiesen recebido, y los despojasen de sus haciendas, y con exquisitas penas los atormentasen, despedazasen y acabasen. Y á hombres facinerosos y perdidos les prometieron perdon de sus delitos y maldades, y grandes premios y mercedes, si como buenos perros de muestra descubrian la caza, y manifestaban y prendian á los sacerdotes y jesuitas. Con esto se hincheron las cárceles (donde solian estar los ladrones) de gran número de católicos y siervos de Dios, de todos estados, y fueron tantos, que por no caber en las que ántes habia, se fabricaron otras de nuevo, y se enviaron á otras partes algunos de los presos que habia en ellas. Entre ellos el obispo Linconiese y el abad de Vumester, viejos venerables, que estaban presos, fueron traspasados á otra cárcel pestilente, y entregados á un hereje puritano, hombre bárbaro, que los trataba con extraña crueza é impiedad, quitándoles los libros para que no pudiesen estudiar, afrentándolos y ultrajándolos, publicando mil maldades de ellos, y llevando á su aposento secretamente, y sin que ellos lo supiesen, mujercillas infames, para hacer más creíble su mentira y calumnia artificiosa. Y así, estos santos padres, dentro de pocos dias, con gran paciencia y fortaleza, dieron sus almas á Dios.

CAPÍTULO XXXII.

De la vida, prision y martirio del padre Edmundo Campiano, de la Compañía de Jesus.

Entre los que prendieron, fueron muchos de los sacerdotes que, como dijimos, andaban por el reino confirmando á los católicos, y esforzando á los flacos, y alumbrando á los ciegos, y reconciliando con la Iglesia católica á los que se convertian; á los cuales todos afligieron con ásperas prisiones y todo género de molestias y penas, y con muertes atroces consumieron y acabaron. Quiero yo aquí decir algo de lo mucho que está escrito en algunos libros que andan impresos de sus ilustres martirios. Pero, porque el principal y como caudillo y capitan de todos los que en estos postreros años de la reina Isabel han muerto en Inglaterra y derramado su santa sangre por la fe de Jesucristo ha sido el padre Edmundo Campiano, de la Compañía de Jesus, trataré en este capítulo algo más difusamente de su vida y martirio, y en el siguiente tocaremos algo de los demas.

El padre Campiano nació en Lóndres, ciudad y

cabeza del reino de Inglaterra. Pasados los primeros años de su niñez, estuvo en el colegio de San Juan Bautista, en Oxonia, y por su singular ingenio y agradable condicion fué muy amado del fundador de aquel colegio, que se llamaba Tomas Bukito, en cuyas honras hizo una elegante y elocuente oracion en latin. Habiendo pasado por los ejercicios de letras y grados y oficios que en aquella universidad se suelen dar á los estudiantes de su calidad, aunque nunca le agradaron los errores de nuestros tiempos, todavía sus amigos y conocidos, que deseaban verle acrecentado y honrado, le persuadieron que se ordenase de diácono, porque luégo le darian púlpito y predicaria; y le dieron tan grande batería sobre ello, que se dejó vencer y ordenar de diácono segun el nuevo uso de la tierra, no entendiendo bien cuánto estos grados cismáticos sean odiosos y desagradables á Dios nuestro Señor; el cual, queriendo servirse deste mozo, y hacerle valeroso soldado y defensor de su Iglesia, poco despues le llevó con cierta ocasion á Hibernia (1), donde escribió la historia de aquella isla con grande elocuencia. De allí pasó á Flándes, y entró en el seminario de Duay, y en él estudió la sagrada teología y se graduó, y fué desengañado é instruido en la doctrina católica y en las verdades de nuestra santa religion. Y como tenía ya más juicio y conocimiento, y más devocion y celo, entendió mejor el error grave en que habia caído por haber recibido aquel grado de diácono cismático. Y tuvo tan grande remordimiento de conciencia, y congojóse de manera, que nunca pudo sosegar ni tener paz su alma, hasta que entró en religion, para hacer penitencia de aquel pecado, y librarse de aquel horrible y penoso escrúpulo, que como clavo traía atravesado en su corazon. Para esto se fué á Roma y entró en la Compañía de Jesus, y de allí fué enviado á Bohemia, donde estuvo ocho años, y se ordenó de sacerdote en Praga, enseñando, escribiendo y trabajando continuamente por la Iglesia de Dios, con muy grande gracia y talento. Por esto, entre los dos primeros que el general de la Compañía de Jesus nombró para enviar á Inglaterra, fué uno el padre Campiano. Pasando de camino por Rems, preguntó al doctor Alano qué le parecia de aquella su ida á Inglaterra, y el fruto que dello se podia esperar, y él le respondió que fuese de buen ánimo, porque en su patria podia hacer más provecho que no en Bohemia, pues la cosecha era más copiosa, y el premio de cogerla y encerrarla sería mayor, y que por ventura alcanzaria en Inglaterra la corona del martirio, la cual en Bohemia no podría tan fácilmente alcanzar. Llegó á Inglaterra el año de mil quinientos ochenta, dia del glorioso san Juan Bautista, que era su protector y abogado, y comenzó luégo á ejercitar sus ministerios y á predicar cada dia secretamente, y algun dia dos y tres sermones, á los cuales venía gran número de oyentes, y por

su medio se convirtieron muchos de los más sabios y honrados hombres del reino, y un grandísimo número de estudiantes y mozos nobles, y otras personas de todas suertes y estados. Luégo que llegó á Lóndres, desafió á los ministros de los herejes y se ofreció á disputar con ellos, y escribió un libro, en que, con mucha erudicion, espíritu y elocuencia, propone las razones que tenía para morir y vivir en la fe católica; á las cuales como los herejes no supiesen responder, fué tan grande el enojo y la rabia que tomaron contra él, que procuraron por todas las vias posibles que le prendiesen, y que se procediese contra él como contra traidor y revolvedor del reino, para que con esta color y velo se cubriese su inorancia y tontería; porque, siendo el padre Campiano entre mil hijos de la Iglesia uno dellos, y no el principal, ni la cabeza de los de la Compañía de Jesus que habia en Inglaterra, era tan temido de los herejes y tan estimado de los católicos, que le llamaban el capitán y la mano derecha del Papa. Sabiendo que andaban por prenderle, y que, segun las muchas y extraordinarias diligencias que usaban para cogerle, no podia escapar, si Dios milagrosamente no le libraba, escribió á los del Consejo de la Reina los capítulos siguientes, en que les declaraba las causas de su ida á aquel reino, y sus intentos, y dicen así:

«1.º Yo confieso que, aunque indigno, soy clérigo de la Iglesia católica, y que, por la misericordia de Dios, há ya ocho años que hice voto y tomé hábito de religion en la santa Compañía de Jesus y entré en una nueva milicia, debajo de la bandera de la obediencia, dando de mano á todo interese y honra, y haciendo divorcio con cualquier vanidad ó felicidad humana.

«2.º Por mandado de nuestro general, al cual tengo en lugar de Cristo, estando en Praga, que es la metrópoli y cabeza del reino de Bohemia, fui á Roma, y de Roma vine á Inglaterra, como fuera á cualquiera parte del mundo con mucha alegría, si me lo mandára.

«3.º Mi oficio es predicar el Evangelio, suministrar los sacramentos, enseñar á los simples, desengañar á los engañados, dar al arma contra los vicios y errores, en los cuales veo que muchos de mis naturales y desta mi cara patria están atollados y como ahogados.

«4.º Jamas tuve intencion, ni puedo en ninguna manera (porque tengo estrecha prohibicion de los padres nuestros que me enviaron) tratar de cosas concernientes al estado ó gobierno del reino, porque son ajenas de mi vocacion, y así, yo de buena gana huigo dellas y aparto mis pensamientos.

«5.º A honra de Dios nuestro Señor pido y suplico humildemente á vuestras señorías me manden dar audiencia pacífica y quieta en una de tres maneras: la primera, delante de vuestras señorías solas; la segunda, delante de los doctores y letrados de las universidades; porque yo me profiero de dar razon de mí y de confirmar la fe de nuestra santa

(1) Irlanda.

Iglesia católica, por argumentos invencibles de la sagrada Escritura, padres y doctores santísimos, historias, razones naturales y morales; la tercera, delante los letrados, juristas y canonistas, porque yo haré lo mismo en presencia dellos, y probaré mi fe con las leyes, estatutos y premáticas deste reino, que todavía están en su observancia, fuerza y vigor.

»6.º No querria decir cosa que pueda parecer presuntuosa ó arrogante, especialmente haciendo yo profesion de ponerme debajo de los piés de todos, y siendo, como soy y deseo ser, muerto al mundo; pero con todo eso, siento en mí un ánimo tan grande de servir y ensalzar la majestad de mi rey, Jesus, y tal confianza en su divino favor, y tal seguridad en esta empresa que tengo entre manos, que oso afirmar que no habrá protestante ninguno, ni ministro de alguna secta, que se atreva y pueda sustentar y defender su fe y creencia con argumentos y disputa, si venimos á las manos, como yo deseo.

»7.º Y por esto les ruego y pido encarecidamente que se armen y salgan en campo, ó todos ó cada uno dellos, ó las cabezas y capitanes dellos, porque yo solo me opondré á todos, confiado en la gracia del Señor y en su verdad; y desde ahora les aviso que cuanto más apercebidos vinieren, más me holgaré y serán de mí mejor recibidos.

»8.º Y porque sé que la Reina tiene muchas gracias naturales, y que Dios la ha ornado de grande juicio é ingenio, si su majestad fuese servida de hallarse presente á la disputa, ó de oir algunos sermones míos, confiaria en la divina bondad que por ventura, por el celo que tiene de la verdad y amor á sus pueblos, se inclinaria á deshacer algunas leyes rigurosas y dañosas á su reino, y á tratar con más blandura y clemencia á los que, sin culpa nuestra, dellas estamos oprimidos.

»9.º Y aún no dudo sino que vosotros, señores que sois del real Consejo de su majestad, y varones de tanta prudencia y experiencia en negocios de grande importancia, cuando hubiéredes oido estas controversias de religion fielmente declaradas, las cuales nuestros adversarios enseñan con tanta oscuridad y confusion, entenderéis cuán ciertos, cuán hondos, cuán seguros y firmes son los fundamentos sobre los cuales nuestra fe católica está edificada; y al reves, cuán flacos y caedizos son los de la parte contraria, por más que, por la malignidad del tiempo, parece que prevalece contra nosotros; y confío que, finalmente, mirando la obligacion de nuestro oficio y la salud eterna de vuestras ánimas, favoreceréis á los que por ella desean derramar la sangre. Muchos ingleses católicos y siervos de Dios tienen levantadas las manos al cielo, y ruegan á Dios continuamente por el bien de su patria. Innumerables estudiantes se aparejan y se arman con sólida doctrina y costumbres inculpables para esta empresa, con propósito de no dejarla hasta alcanzar vitoria ó dejar la vida en los tormentos. Todos los de la Compañía de Jesus somos un ánima y un corazon, y estamos determinados de morir en esta conquis-

ta, y no desampararla mientras que quedáre uno de nosotros vivo; y tenemos ánimo y esfuerzo (por sola gracia del que nos la da) para llevar alegrement cualquier cruz, por pesada que sea, que cargáredes sobre nuestros hombros, y padecer cárceles, prisiones, tormentos y muertes por la salvacion de vuestras ánimas. La cuenta está hecha, la empresa está comenzada, la causa es de Dios, á quien nadie puede resistir. Con sangre se sembró la fe de Jesucristo, y con sangre se ha de restituir.

»Si nouviéredes por bien aceptar benignamente lo que aquí os digo y ofrezco, y quisiéredes pagar con rigor mis trabajos, y la voluntad y ánsia con que he andado tantas leguas y venido á esta tierra por vos, no tengo más que decir, sino encomendar este negocio mio y vuestro á Dios, que es escudriñador de los corazones y justo juez, y da á cada uno el galardón conforme á sus obras. A este Señor suplicaré que nos dé luz, y con su gracia componga y concierte nuestros corazones ántes que venga el día de la paga, para que, en fin, seamos amigos en el cielo, adonde no hay discordia ni enemistad, y todas las ofensas é injurias son perdonadas. En el mes de Octubre del presente año de mil y quinientos y ochenta.»

Esto es lo que entónces escribió el padre Campiano, y dello se puede sacar su sabiduría, valor y espíritu en el negocio que trataba. Pero fué nuestro Señor servido, que finalmente fué preso por traicion de un hombre malvado, llamado Jorge Elioto, el cual habia sido ántes criado de Tomas Roper, y despues de la mujer de Gulielmo de Pedro, que fué secretario del Rey, y muerto su marido, habia quedado viuda; y en las casas destos habia vivido como católico entre católicos. Mas habiendo despues muerto á un hombre, y temiendo la pena de su delito, para escaparse della, entendiendo la ánsia que tenían los ministros de la Reina de prender y haber en sus manos al padre Campiano, se fué á uno dellos, y le ofreció que si le favorecia, él le descubriria y se le daria en sus manos, y así lo hizo. Y púdolo hacer; porque, como tenía nombre de católico, no se recelaban dél; y el mismo día que le prendieron, que fué á los diez y siete de Julio de mil quinientos ochenta y un años, oyó la misa del mismo padre Campiano y el sermón, que fué sobre aquellas palabras del Señor, que dijo, hablando con Hierusalem: *Hierusalem, Hierusalem, que matas á los profetas y apedreas á los que á tí son enviados*. Preso pues Campiano, hallándose en manos de sus enemigos, se hubo con ellos con tan notabla modestia, mansedumbre, paciencia y humildad cristiana en todas sus palabras y obras, que todos los buenos quedaron en gran manera edificados dél, y sus adversarios maravillados. Lleváronle á Lóndres, con otros sacerdotes y caballeros católicos, atadas las piernas y brazos, y por mayor escarnio, aguardaron el día de mercado, para que en su entrada hubiese más concurso y tropel de gente, y pusieron en la copa del sombrero que llevaba un letrero escrito de letras grandes con

estas palabras : *Este es Campiano, jesuita sedicioso*. Para imitar en esto, como en lo demas, á los tiranos gentiles, pues del glorioso mártir Atalo leemos que le llevaron al rededor del anfiteatro con una letra delante de los pechos, que decia : *Este es Atalo, cristiano* (1). Pasando por la Platería delante una cruz, con grande humildad se inclinó y hizo una gran reverencia y como pudo hizo la señal de la cruz en el pecho, lo cual dió admiracion á todo el pueblo. Fué atormentado en el potro ó caballete tres veces cruelísimamente y de manera, que él entendió que á puros tormentos le querian matar, y estando en el tormento, con gran mansedumbre invocaba el favor de nuestro Señor y el santo nombre de Jesus y de María. Estando colgado en el aire, y estirados y descoyuntados sus miembros, y con los brazos y piés atados á las ruedas con que le atormentaban, con grandísima caridad perdonó á sus atormentadores y á los autores de sus penas, y agradeció á uno dellos porque le habia puesto una piedra debajo del espinazo, quebrantado ya y despedazado, para algun alivio y refrigerio. No contentándose los enemigos destos y de otros muchos desmedidos y atroces tormentos con que afligieron y despedazaron su cuerpo, buscaron mil invenciones diabólicas para quitarle el crédito, ladrando los predicadores contra él, y publicando unas veces que ya se habia reducido; otras, que ya habia descubierto á todos los que le conocian y habian hecho bien; otras, que se habia muerto él mismo en la cárcel, y otros disparates semejantes á éstos. Solian otras veces los herejes disputar primero con los católicos que tenian presos, y procurar de ablandarlos con palabras, ó á lo ménos dar á entender al pueblo que se habian ablandado, y condescendiendo en alguna cosa con ellos; y cuando esto no podian alcanzar, venian á los tormentos, y con ellos los despedazaban, vengándose con las penas de los que con palabras y disputas no habian podido vencer. Con el padre Campiano lo hicieron al revés; porque ántes que le atormentasen no pensaron poderle convencer; mas despues, viéndolo descoyuntado y casi muerto, y que apenas podia echar la palabra de la boca, y que estaba solo y sin libros, creyendo que con el dolor del cuerpo estaria tambien oprimido su espíritu, ofuscado el entendimiento y turbada la memoria, acometiéronle con la esperanza de la victoria. Vinieron pues los más doctos y más estimados ministros herejes á la cárcel para disputar con él y tomar ocasion de calumniarle; mas quedaron tan corridos y afrentados de las respuestas que á ellos, siendo muchos y apercebidos, un solo hombre, tan maltratado y casi muerto, de repente les daba, que fué menester que los jueces le mandasen callar, amenazándole, si no lo hacia, con mayores tormentos. Cuatro dias duró la disputa, desde las ocho de la mañana hasta las once, y desde las dos hasta las cinco de la tarde. Pusiéronle una ley rigurosa, que no pu-

diese él preguntar nada, ni argüir contra los otros, sino solamente responder á lo que se le preguntase. Hallóse presente á la disputa gran número de herejes y de católicos disimulados. Fué increíble la modestia, blandura, paciencia y mansedumbre que nuestro Señor dió al padre Campiano en aquel tiempo para sufrir las voces, afrentas, injurias y contumelias con que los ministros herejes le trataban; y fué de manera, que muchos de los mismos oyentes herejes se admiraron y edificaron. Pero no fué ménos maravillosa la sabiduría y eficacia de que le armó el Señor, cuya causa él defendia, para concluir y hacer callar á todos sus adversarios (como se ha dicho), los cuales quedaron tan confusos y perdidos, que se determinaron de no disputar más de allí adelante con ningun jesuita. Viendo pues que no habian bastado tantos y tan ásperos y crueles tormentos como le habian dado, ni las disputas, para vencerle, quisieron ablandarle con halagos y promesas, como si ellas y todo lo que hay en el reino de Inglaterra y en el universo, de riqueza, honra, gloria y estado, fuera digna recompensa de la menor de sus virtudes y de aquella bienaventurada ánima, que estaba adornada con singulares gracias de Dios, y habia sido comprada con la preciosa sangre de Cristo nuestro redentor. Dióse la sentencia contra él y contra los otros susodichos compañeros, á los veinte de Noviembre del mismo año de ochenta y uno. Y el primero de Diciembre sacaron al padre Campiano solo, tendido en un zarzo, y á Rodolfo Eschervino y Alejaudro Brianto juntos en otro; los cuales le estaban aguardando, y le abrazaron amorosamente, y le dijeron algunas palabras de grande ternura y caridad. Cuando le sacaron delante del pueblo, dijo con voz alta : *Hermanos, Dios os guarde, Dios os bendiga á todos y os haga católicos*. Cuando le llevaron al suplicio arrastrando á cola de caballo, algunos herejes le molestaban y persuadian á grandes gritos que se redujese; otros, que eran católicos, se llegaban, y secretamente, como podian, le consolaban y le pedian consejo, y le alimpiaban y quitaban el lodo que le caia por encima. Llegado al lugar del martirio, adonde se halló casi toda la ciudad de Lóndres, levantado en el carro, y habiendo respirado un poco y tomado nuevo aliento, y sosegado el pueblo, con un aspecto grave y voz blanda y ánimo esforzado habló desta manera : *Spectaculum facti sumus Deo, angelis et hominibus*. Estas son palabras de san Pablo, que en vulgar quieren decir : *Somos hechos un espectáculo á Dios, á los angeles y á los hombres; las cuales se verifican hoy en mí, que, como veis, soy espectáculo á mi Señor y á los angeles y á vosotros, hombres*; y queriendo pasar adelante, le interumpieron y no le dejaron hablar, diciendo que confesase sus traiciones. Y como él se mostrase con vivas razones inocente, aparejándose para beber el último trago del cáliz de Jesucristo, se puso en una sosegada y profunda oracion. Estando en ella, le inquietó un ministro hereje, avisándole que dijese juntamente con él : *Señor, habed misericordia de*

(1) Eusebio, lib. v, cap. 4.

mi; al cual volviéndose Campiano con rostro manso y humilde, le dijo: *Vos y yo no somos de una misma religion, y así os ruego que os soseguéis. Yo no quito á nadie su oracion; mas deseo que los católicos solos hagan oracion conmigo, y que en este trance digan por mí una vez el credo*; dando á entender que moria por la fe católica, que en el credo se contiene. Tiraron el carro y quedó colgado, y medio vivo, cortaron la soga, y caído en tierra, le abrieron y cortaron las partes naturales de su cuerpo, y le sacaron las entrañas y arrancaron el corazon, y le hicieron cuartos, los cuales cocidos pusieron en la puente y en los otros lugares más públicos de la ciudad. Con esto el santo padre Campiano corrió felicísimamente su carrera, y dió su espíritu suavísimamente al Señor, protestando siempre que moria perfecto y verdadero católico. Movié tanto al pueblo la muerte del padre Campiano, y su mesura, gravedad é inocencia, que muchos se enternecieron y derramaron lágrimas, y fué menester que para sosegar los ánimos alterados imprimiesen los herejes libros, y en ellos excusasen su tiranía y diesen satisfacion al pueblo. Desta manera tan gloriosa y graciosa acabó este varon de Dios, y venció en Cristo todas las miserias deste mortal y frágil cuerpo, gozando ahora la triunfal corona de su dichosa confesion y martirio, que él consumó, por singular providencia del Señor, delante de toda la ciudad de Lóndres, adonde él habia nacido, para que sus ciudadanos, que no merecieron gozar de los trabajos y de la vida de un su natural y tan señalado varon, á lo ménos ahora sean convertidos de sus errores, y alumbrados con el resplandor de la verdad, por medio de las oraciones afectuosas que continuamente él representa delante del acatamiento de la soberana Majestad, y por merecimiento de aquella purísima sangre que por ellos y delante dellos, en testimonio de la misma verdad, él derramó.

CAPÍTULO XXXIII.

De los otros mártires y católicos afligidos.

Habiendo el padre Campiano triunfado gloriosamente del mundo, carne, demonio y herejía, y recibido la corona de gloria (como se ha dicho), Rodolfo Schervino, sacerdote virtuoso, letrado y prudente, que habia sido colegial del seminario de Roma, subió en el carro, para seguir por los mismos pasos á Campiano. Era Rodolfo hombre tan mortificado y debilitado con los ayunos, vigiliias, penitencias y otros espirituales ejercicios, que ponía admiracion á todos los que le trataban y conocian ántes que le encarcelasen. Y en la misma cárcel se hubo de tal manera, y trató su cuerpo con tal aspereza y rigor, que la guarda que le tenía á cargo quedó asombrado, y con ser hereje, le llamo varon de Dios, y decia públicamente que era el mejor y más devoto sacerdote que habia visto en su vida. Estuvo preso secretamente un año, y en este tiempo disputó muchas veces con los ministros herejes, así en secreto como en público, delante de muchos

caballeros y personas de cuenta, con grande admiracion de los circunstantes y confusion de los arguyentes. Fué tan grande el gozo y alegría que recibió su ánima cuando se vió preso y encadenado, y con unos grillos tan pesados, que no se podia menear, y cuando oía el sonido de la cadena, que no podia tener la risa, que con grande ímpetu le salia de la boca, ni las copiosas lágrimas que como dos fuentes despedían sus ojos, de puro placer, y decia que nunca en su vida habia oído música tan concertada, ni armonía tan suave, como lo era para sus oídos aquella música que le hacia el ruido de los grillos y cadena que traía. Pocos días ántes que le martirizasen, escribió á ciertos amigos suyos una carta, en que, entre otras razones, dice:

« Por cierto que yo esperaba ántes de ahora haber dejado este cuerpo mortal, y besado las preciosas y gloriosas llagas de mi dulce Salvador, » que está sentado en el trono de gloria, á la diestra » del Padre. Y este mi deseo, ó por mejor decir, de » Dios, pues es suyo, por habérmelo dado, como » yo creo, ha sosegado y regalado mi ánima de tal » manera, que la sentencia de muerte, despues que » se pronunció contra nosotros, no me ha mucho » atemorizado, ni dádomé pena la brevedad de la » vida. Verdad es que mis pecados son grandes, » mas yo me vuelvo á la misericordia del Señor; » mis culpas son infinitas, mas yo apelo á la clemencia de mi Redentor; no tengo confianza sino » en su sangre; su pasion amarga es dulce consuelo para mí; en sus manos preciosas nos tiene escritos, como dice el Profeta (1). ¡ Oh, si se dignase » escribirse él á sí en nuestros corazones, con cuánta alegría pareceríamos delante del tribunal de » la gloria del Padre eterno, cuya soberana é infinita majestad, cuando la contemplo, tiembla y » queda pasmada mi frágil carne, porque no puede » cosa tan flaca sufrir la presencia y majestad de » su Criador! »

Y en otra carta que escribe á un tío suyo, el día ántes de su muerte, le dice:

« La inocencia es la armadura y arnes impene- » trable de que yo estoy armado contra las calum- » nias infinitas que contra mí y mis compañeros se » han dicho; y cuando el soberano y justo Juez » quitará de la cara de los hombres esta falsa máscara de traiciones que se nos opone, entónces se » verá quién son los que tienen corazon limpio y » sincero, y quién inquieto y sedicioso. »

Despues que acabó Rodolfo su carrera felizmente, le siguió Alejandro Brianto, que era más mozo y habia estado en el seminario de Rems; sacerdote devoto, docto y de suavísima gracia en el predicar, y de maravilloso celo, paciencia, constancia y humildad. El tiempo que estuvo en la cárcel le afligieron con la hambre de manera, que faltó muy poco que allí no acabase la vida, porque mandaron que no le diesen cosa de comer ni de beber, y estuvo así muchos días, hasta que nuestro Señor le

(1) Isaías, 49.

proveyó de unos mendrugos de pan y un poquito de queso duro, y con esto, y con un poco de cerveza y algunas gotas de agua que cogia en el sombrero, de las canales del tejado, cuando llovía, se sustentó, y no pereció de hambre y sed. Entre los otros tormentos que le dieron (que fueron muchos y extraños), le metieron agujas entre las uñas y la carne, y cuando se las hincaban, se estuvo el Santo con una paciencia increíble, sin menearse ni moverse, rezando con ánimo constante y alegre el *Miserere mei*, y suplicando á nuestro Señor perdonase á los que así le atormentaban. Y uno de los jueces, llamado Hamono, viéndolo, se turbó, y como atónito y fuera de sí, comenzó á dar voces y á decir: «¿Qué es esto? ¿Qué cosa tan extraña es la que vemos? Si el hombre no estuviese bien fundado y firme en la religion, la grande constancia y firmeza deste hombre sería bastante para pervertirle.» En el caballete le estiraron y descoyuntaron con tan extraordinaria crueldad, que casi le despedazaron y desmembraron, porque no queria declarar adónde estaba Personio, y la imprenta para imprimir los libros. Despues, estando como sin sentido y sin poder menear mano ni pié, ni parte alguna de su cuerpo, le dejaron tendido en el suelo quince dias, sin cama ni otro refrigerio, con grandes penas y dolores. Cuando le llevaron á oír la sentencia de su condenacion, buscó forma para hacer una crucecita de madera, y la llevó descubierta, y se hizo abrir la corona, para que los herejes entendiesen que se preciaba de las órdenes sagradas y de su religion. Finalmente, padeció tan horribles tormentos, y con tan admirable constancia y alegría, que parecia uno de aquellos valerosos é invencibles mártires de los tiempos de Neron, Decio ó Diocleciano, los cuales humanamente él no pudiera sufrir sino con particular y extraordinario socorro del cielo. Y él mismo confesó que por un voto que hizo de entrar en la Compañía de Jesus, y otros espirituales ejercicios, le consoló el Señor en todas estas penas maravillosamente, y lo escribió á los mismos padres de la Compañía que estaban en Inglaterra, rogándoles que lo recibiesen en ella, en una carta que dice así:

ALEJANDRO BRIANTO, PRESO POR CRISTO, Á LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, SALUD EN EL SEÑOR.

«Cuando con diligencia me pongo á pensar, muy reverendos padres, la solicitud maravillosa con que Dios nuestro Señor busca el bien de sus criaturas y la salud eterna de nuestras almas, y el ansia grande con que desea poseer nuestro corazon por amor y tenerle por morada suya, quedo, por una parte, espantado y atónito, y por otra avergonzado y confuso de ver la villanía de los hombres, que nunca acabamos de servirle de varas, y hacer de nosotros y de todas nuestras cosas verdadero sacrificio y holocausto perfecto á su divina Majestad, movidos con tantas misericordias y beneficios como de su liberal y dadivosa mano habemos recebido, y atraídos y convida-

P. R.

dos con la esperanza del premio que nos promete, y atemorizados tambien con el temblor de sus amenazas y con el espanto de su riguroso y justo juicio; porque, dejando aparte los beneficios inmensos que nos ha hecho, el habernos criado de nada, y conservarnos en el sér que nos dió, habernos redimido tan á costa suya, habernos llamado y justificado despues de perdidos, y el habernos prometido la gloria que esperamos, ¿qué diré, que no contento con esto, nos está convidando y atrayendo á que, dejadala vanidad, le sigamos, diciendo con palabras llenas de amor y ternura: «Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os recrearé, y á los que me aman, amo, y el que por la mañana madrugare á buscarme, sin duda me hallará, y dichoso el varon que me oye y vela á mis puertas cada dia, y aguarda á los umbrales dellas; porque el que me hallare, hallará la vida y recibirá salud del Señor»? Y Él mismo, que nos manda le busquemos, nos enseña dónde le hayamos de buscar para hallarle, diciendo: «Dónde quiera que dos ó tres se juntaren en mi nombre, en medio dellos estoy.» Allí sin duda podemos entender se halla Cristo, donde muchos, unidos con el vinculo de la caridad, se juntan, con solo este blanco y fin de servir al Señor y honrarle, guardar sus santos preceptos y consejos, y acrecentar y extender cuanto fuere en sí su glorioso nombre y reino. Y el que á estas voces del Señor (dejada la vanidad y mentira que el mundo enseña) diere los oídos á su alma, este tal aprenderá la verdad y no andará en las tinieblas y sombra del error; mas con seguridad caminará á las fuentes claras del agua de la vida. En tales congregaciones y juntas, dedicadas de véras al servicio divino, se halla el camino derecho que nos lleva á la vida eterna, no ya inculto y cubierto de espinas y abrojos, sino muy trillado y allanado con las pisadas y ejemplos de los santos que por él caminaron; ni tampoco adornado y enramado con las flores y frescuras de los regalos y deleites de la carne, que tan brevemente se marchitan y se deshacen como un humo, sino rodeado y pertrechado con leyes, estatutos y reglas santísimas, y con avisos y consejos saludables, para que los pequeñuelos y que ménos saben no yerren ó se pierdan en él, echando por los despeñaderos del vicio y del pecado. Aquí se halla todo dispuesto con admirable orden y concierto, en número, peso y medida, como en lugar adonde verdaderamente reina la Sabiduría divina, cuyas obras siempre son ordenadas. Aquí florece y campea la disciplina religiosa, aquí se muestra el provecho de la correccion y aviso fraternal, aquí se ejercita el suave castigo de las pasiones y afectos desordenados, y aquí, finalmente, se halla una ferviente y santa emulacion, con que unos á otros se ayudan, provocan y incitan á la fraterna caridad. Pues por estas y otras cosas semejantes, que el Señor anteriormente me representaba, y muy á menudo en mi entendimiento revolvía, despues de la larga deli-

18

»beracion, me habia resuelto y determinado, dos años há, con firme y verdadero propósito de escoger esta suerte y modo de vivir, si Dios nuestro Señor fuese dello servido; y para mejor acertar en ello, lo comuniqué con un varon devoto y religioso, que entónces era mi padre espiritual, preguntándole me dijese si entendia que volviendo yo de mi tierra, adonde por justas causas me era necesario ir, me recibirian los padres de la Compañía en su religion; porque el Señor me llamaba eficazísimamente á ella. Respondióme que siendo aquel llamamiento de Dios, como era, ninguna duda estuviese en ello, sino mucha confianza que lo alcanzaria. Fué grande el esfuerzo y ánimo que con semejante respuesta cobré; y así, de allí adelante fueron muchas las veces que delante nuestro Señor torné á renovar y refrescar aquel santo propósito que Dios me habia inspirado; y hallándome á la sazón en Inglaterra, donde me parecia que mi trabajo é industria podria ser de algun fruto, empleándome en reducir algunas de aquellas almas, que tan descarriadas andan del verdadero camino de su salvacion, y tan ajenas del conocimiento de su Salvador, dilaté por entónces este intento hasta que Dios de allí me trajese donde cómodamente le pudiese cumplir; pero siendo servido nuestro Señor, por sus divinos y ocultos juicios, que yo esté al presente encarcelado y sin libertad para poder ejercitar este mi intento, y creciendo cada dia más en mí aquel divino impulso y llamamiento, y el deseo vivo de la perfeccion, tengo hecho voto de ello á nuestro Señor, despues de haberlo muy despacio mirado, sólo con fin de servir más á Dios de aquí adelante, para mayor gloria suya y tener más cierta la salvacion de mi alma, y para triunfar tambien del demonio, que me lo procura estorbar, con más insigne y gloriosa vitoria. Hice, pues, voto, como digo, que cada y cuando que el Señor fuese servido de sacarme de esta prision, me pondria en las manos de los padres de la Compañía de Jesus para que ellos hiciesen en este negocio lo que para mayor honra y gloria de nuestro Señor les pareciese, y que si (inspirádoselo Dios) me recibiesen, entregaria toda mi libertad á la obediencia de la Compañía y servicio de nuestro Señor; y este propósito y voto ha sido el que en los mayores trabajos de mi prision me ha consolado y me ha dado fuerza para padecer los tormentos que he padecido, y éste tambien es el que me daba confianza de alcanzar fortaleza y paciencia en los tormentos cuando, armado con él y con la intercesion de la Virgen Maria, nuestra Señora, me llegaba al trono de la divina Majestad á pedir mercedes. Y sin duda niuguna fué cosa guiada de la mano del Señor, porque vine á hacer este voto y última resolucion, cuando puesto delante de nuestro Señor, me parecia que, dejadas las cosas de la tierra, estaba profundamente contemplando las del cielo, lo cual pasó desta manera.

»El primer dia que el Señor me hizo merced de que por su santo nombre y fe fuese atormentado, ántes

»de entrar en el lugar del tormento, procuré recogerme un poco en oracion, encomendándome al Señor de véras con todas mis cosas, por aguardar un trance tan riguroso y dificultoso de pasar; y fué grande y singularísima la alegría y consolacion que recibia mi alma, repitiendo muy á menudo el nombre santísimo de Jesus y Maria, rezando el rosario, de donde nacia un ánimo fuerte y aparejado para cualquier peligro y combate que el demonio por medio de sus miuistros me ofreciese. Estando en esto, vínome á la memoria aquel antiguo propósito que el Señor me habia dado, de ser de la Compañía, y parecióme buena ocasion para confirmar con voto lo que ántes tanto habia deseado; y así, acabada la oracion, comencé interiormente á deliberar del negocio. Y despues de larga conferencia, hice voto liberalmente de entrar en la Compañía, si el Señor fuese servido de librarme de aquella prision. Y parece que luégo quiso nuestro Señor darme á entender que habia acetado mi sacrificio, porque en todas las tribulaciones y trabajos en que despues me vi, me parece que visiblemente me ayudaba su poderosa mano, confortándome en el mayor aprieto y necesidad, librando mi alma, como dice el Profeta, de los labios injustos y de la lengua engañosa de los que andaban bramando al derredor de mi, aparejados para hacer presa.

»En lo cual me aconteció una cosa, que si ha sido sobrenatural y milagrosa, yo no lo sé; Dios lo sabe; pero que haya pasado como lo diré, testigo me es delante de Dios mi misma conciencia. En el último tormento que padecí, cuando más los crueles verdugos mostraban en mi cuerpo su rabia, teniéndome atado con unos cordeles de las extremidades de los piés y manos, y tan estirado, que no habia parte en mi cuerpo, ni coyuntura, por pequeña que fuese, que no la desencajasen con la grande fuerza con que me tiraban, aconteció entónces que, ayudado de la divina mano, no sólo no sentia dolor alguno, mas ántes me parecia que realmente descansaba y recibia alivio del tormento pasado, y así perseveré todo el tiempo que me atormentaron con tanta quietud y serenidad, como si nunca tal por mí pasara; y fué tanta la novedad que les causó á los ministros y oficiales de la Reina, que me mandaron quitar del tormento, y que el dia siguiente se buscase algun nuevo y exquisito modo de crueldad para atormentarme. Lo cual como yo oyese, ninguna impresion hizo en mí, porque tenia grande confianza en la poderosa mano del Señor, que así como en los demas, tambien en aquel combate me daria paciencia y fortaleza; y entre tanto procuraba lo más que podia, considerar la pasion acerbísima de nuestro redentor Jesucristo, llena de infinitos dolores y trabajos, y aún estando en el tormento me pareció que alguno de los verdugos me habia herido en la mano izquierda, y que me salia sangre della; pero cuando me soltaron y advertí en ello, no hallé cosa semejante ni sentí dolor alguno en ella; otras cosas

«notables me acontecieron, que por brevedad de-
 «jeto.

«Pues para que vuestras reverencias puedan en-
 «tender mi deseo é intento, supuesto que moralmen-
 «te hablando, segun van los negocios, no hay es-
 «peranza por ahora de libertad, desde esta cárcel,
 «ausente con el cuerpo, y presente con el alma y
 «afecto de mi corazon, humildemente me pongo en
 «las manos de vuestras reverencias, suplicándoles
 «con todo el encarecimiento que puedo, me tengan
 «muy presente delante de nuestro Señor, y determi-
 «nen de mí libremente lo que juzgaren para la ma-
 «yor gloria de Dios y salud de mi alma, y si posi-
 «ble es que en ausencia yo sea recibido en la Com-
 «pañía, suplico á vuestras reverencias, por la san-
 «gre de Jesucristo, lo hagan, para que desta mane-
 «ra nuestro Señor me haga uno de sus siervos, y
 «para que, ayudado con las oraciones y sacrificios
 «de muchos amigos suyos, con mayor seguridad y
 «fortaleza vaya al premio que me ha propuesto.
 «Bien entiendo las muchas astucias y asechanzas
 «del antiguo adversario, el cual, como quiera que
 «sea serpiente astuta y culebra enroscada, procura
 «con mil ardidés engañar y hacer trampantojos
 «á las almas sencillas que no tienen á quien acudir
 «en sus necesidades, y ser guaridas con seguridad,
 «transfigurándose en ángel de luz, por lo cual, con
 «mucha razon nos aconseja el Apóstol que probe-
 «mos los espíritus y movimientos de nuestra alma,
 «y examinemos con diligencia si son de Dios. A
 «vuestras reverencias, pues, como á varones espiri-
 «tuales y diestros en semejantes batallas, enco-
 «miendo este negocio, suplicándoles por las entra-
 «ñas misericordiosas del Señor, se dignen regirme
 «y gobernarme con su consejo y prudencia. Y si
 «juzgaren por más expediente para el divino servi-
 «cio, utilidad de la Iglesia y salvacion eterna de
 «mi alma, el recebirme luégo, como he dicho, en la
 «Compañía del santísimo nombre de Jesus, yo pro-
 «meto desde ahora, delante de la divina Majestad,
 «perpétua sujecion á todos y cualesquier prepósitos
 «y superiores de la Compañía, que agora y en algun
 «tiempo la gobernaren, y á todas las reglas y esta-
 «tutos recibidos en ella, con todas mis fuerzas,
 «cuanto el Señor para ello me ayudáre. Del cual
 «propósito mio y voto quiero que me sea testigo
 «este dia en que lo hago, y esta escritura de mi
 «mano, en el dia del juicio, delante de aquel tribu-
 «nal justísimo del Juez de vivos y muertos.

«De la salud y entereza de mi cuerpo no tienen
 «vuestras reverencias que dudar; porque ya casi
 «estoy, por la bondad de Dios, tan recio y fuer-
 «te como ántes de los tormentos, y cada dia me voy
 «sintiendo con mayores fuerzas. No se ofrece al
 «presente otra cosa sino pedir encarecidamente ser
 «encomendado en los santos sacrificios y oraciones
 «de vuestras reverencias, para que el Señor me ayu-
 «de en estos trabajos de mi prision y cárcel, don-
 «de quedo aguardando por momentos la resolucion
 «de vuestras reverencias sobre este negocio. — De
 «vuestras reverencias indigno siervo, ALEJANDRO
 «BRIANTO.»

Volviendo pues á nuestra historia, todos estos
 fueron arrastrados, colgados en la horca, y deja-
 dos caer medio vivos y abiertos, y desentrañados
 y despedazados, y muertos como traidores y re-
 beldes á la Reina, en la misma manera que diji-
 mos del padre Campiano. Despues que estos tres
 esforzados capitanes pelearon y vencieron glo-
 riosamente, el año siguiente de mil y quinientos
 y ochenta y dos, á veinte de Mayo, fueron marti-
 rizados en Lóndres otros sacerdotes, y á los trein-
 ta de Mayo del mismo año otros cuatro sus com-
 pañeros, entre los cuales fué uno Tomas Cottamo,
 de la Compañía de Jesus, varon perfecto y santo.
 Y en el mismo año y en los siguientes otros
 muchos, así clérigos como seglares, en Lóndres
 y en otras ciudades de Inglaterra, han derramado
 su preciosa sangre con admirable paciencia y cons-
 tancia por la confesion de la verdad católica. Y ha
 habido muchos legos del pueblo, que no han que-
 rido entrar en las iglesias de los herejes ni hallar-
 se en sus profanas ceremonias, y por ello, y por
 no poder pagar las penas pecuniarias que confor-
 me las leyes del reino debian, han sido llevados á
 la vergüenza y azotados públicamente y maltra-
 tados con grande oprobrio y escarnio. No se han
 los herejes contentado con perseguir, atormentar
 y matar á los sacerdotes y hombres de mediana ó
 baja suerte, legos, sino tambien se han embrave-
 cido contra los caballeros principales, señores y
 aún grandes del reino, que han sabido ó oido que,
 cansados ya de su crueldad, y desengañados (por
 la misericordia de Dios) de sus errores, se han
 vuelto ó confirmado en la fe católica. Entre los
 señores que han encarcelado y muerto han sido el
 Conde de Arundel y el Conde de Nortumbria, que
 son de los más antiguos señores del reino, y más
 poderosos en nobleza, riqueza, deudos y estado.
 El Conde de Arundel, mayorazgo del Duque de
 Norfolcia, saliendo de Inglaterra, por no poder
 sufrir en ella las crueldades y extorsiones que
 cada dia se hacen á los católicos, y por vivir con
 más quietud y seguridad de su conciencia fuera del
 reino, fué preso en la mar, y echado en la cárcel
 con sus hermanos, tio, deudos, criados y amigos,
 adonde todavia está aguardando que hagan dél lo
 que han hecho del Conde de Nortumbria; al cual,
 despues de haber quitado la vida á su hermano
 mayor, por haber tomado las armas por la fe cató-
 lica, y de haberse servido dél (que entónces era he-
 reje) contra su propio hermano, le prendieron, y por
 buena suma de dineros le soltaron y le desterraron.
 Despues, entendiendo que era de corazon católico,
 le tornaron á prender, y procuraron acabarle con
 yerbas; mas no les sucedió, porque un médico ca-
 tólico se lo estorbó. Estando así preso en la torre de
 Lóndres, le hallaron una noche muerto en su cama,
 atravesado el cuerpo con una pelota de arcabuz.
 Publicaron luégo los herejes por todo el reino que
 el Conde se habia desesperado y puesto las manos
 en sí mismo, y muértose con aquel pistolete, por-
 que sabia las traiciones que habia tramado contra

la Reina, y temia la pena y castigo dellas, y otras cosas falsas y improbables, para encubrir y dar color á su maldad. Porque no se contentan con quitar las vidas á los católicos, sino procuran tambien quitarles las honras; ni les basta cometer las violencias que cometen, sino que echan las culpas dellas á los inocentes, como en el capítulo siguiente se verá.

CAPÍTULO XXXIV.

Cómo la Reina y sus ministros publican que los santos mártires no mueren por la religion, sino por otros delitos.

Tuvieron por costumbre los gentiles y paganos, cuando perseguian á los cristianos y querian con tormentos y muertes cruelísimas desarraigar nuestra santa religion del mundo, acusar falsamente á los mismos cristianos que perseguian, é imputarles muchos y atroces delitos, para que se entendiese que eran gente perniciosa, aborrecible y merecedora de tan grave castigo. Desta manera el emperador Neron, despues de haber abrasado la ciudad de Roma, y gozado de su lastimoso incendio algunos dias, como vió la murmuracion del pueblo, que contra él se levantaba, buscó falsos testigos, que echasen la culpa á los cristianos (1), y los acusasen como á incendiarios y revoltosos y enemigos de la paz y quietud del imperio; y con este título él los persiguió y afligió con increíbles linajes de penas y muertes. Tertuliano se queja (2) que los cristianos eran falsamente acusados de los gentiles que mataban los niños y los sacrificaban. Y para defenderlos desta calumnia y de otras, Justino mártir escribió una apología al emperador Antonino Pio (3), en cuya persecucion escribe Eusebio Cesariense que en Francia achacaban á los cristianos que comian carne humana, y cometian otros delitos tan feos y abominables, que no se pueden decir. Y con este nombre los despedazaban y consumian, y hacian odiosos al pueblo, y con ellos la fe de Jesucristo, nuestro redentor (4). Desta misma manera Juliano Apóstata, queriendo extinguir nuestra santa religion y ensalzar la idolatría, condenó á destierro y muerte á muchos clérigos, con color y voz de haber cometido muchos y graves delitos, y especialmente por haber maquinado y movido sedicion contra el imperio. Estas mismas pisadas han seguido los herejes, por estos mismos pasos han andado, con estos artificios y calumnias han pretendido derribar la verdad; particularmente cuando perseguian á los prelados y sacerdotes (que son guías, cabezas y pastores de la Iglesia), para hacerlos más odiosos y aborrecibles al pueblo, publicaban delitos enormes dellos y daban á entender que por ellos eran acusados y presos por facinorosos, y no por la fe (5). Así los emperadores

arrianos y sus obispos acusaron al fortísimo é invencible capitan de la Iglesia católica, san Atanasio, de nigromántico, deshonesto y traidor. Así el Presidente de Ponto, oficial de Valente, emperador hereje, persiguió á san Basilio, columna firmísima de la Iglesia, por la religion católica (6), mas con pretexto de otro delito, y hizo buscar (con maravilla y espanto de todo el mundo) en el aposento del mismo Basilio una doncella. Los vándalos, que tambien eran herejes arrianos, con espantosa fiera persiguieron en África á los católicos, imponiéndoles que habian tenido sus tratos é inteligencias secretas con los romanos, contra ellos (7). La emperatriz Teodora, mujer del emperador Justiniano, que era tocada de la herejía de Eutiquio (8), persiguió cruelmente á san Silverio, papa, y al clero, publicando falsamente que habian sido tomadas algunas cartas dellos, con las cuales llamaban en su favor á los godos para que se apoderasen de Roma y se hiciesen señores del imperio; sabiendo todo el mundo que todo era mentira, y que los afligia por la fe católica, la cual ella aborrecia. Lo mismo hizo Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia, que era arriano, con san Juan, papa, que le mató por la fe católica, aunque quiso dar á entender otra cosa. En el *Martirologio romano*, á los dieciseis de Diciembre, se hace mencion de muchas santas vírgenes, que murieron en la persecucion de los vándalos, de las cuales dice Víctor, que la escribió (9), que no murieron solamente por la fe católica, sino tambien porque nunca quisieron decir las mentiras y falsos testimonios contra los siervos de Dios, que los herejes con penas y suplicios les querian hacer decir. Y destos ejemplos se hallarán muchos en las historias eclesiásticas; pero en todas ellas no se hallará pintada tan al vivo esta artificiosa maldad, como en los herejes de nuestros tiempos, y particularmente en esta persecucion de Inglaterra que vamos tratando; porque todas las calumnias y miserias que la Iglesia católica ha padecido hasta agora de los gentiles arrianos, godos, vándalos, longobardos, donatistas, eutiquianos, mahometanos, husitas, hugonotes, ó de cualquiera otra diabólica secta de herejes y paganos, se pueden ver, como en un espejo, representadas en esta persecucion, de tal manera, que, cotejadas con ella, todas parecen cifra. No quiero tratar de la maldad con que acusaron falsamente de estupro y llamaron á juicio al arzobispo Armacano, y procuraron infamar de adulterio al santo mártir Tomas Cottamo, ni de las otras suciedades que han opuesto á otros siervos de Dios, y predicándolas en los púlpitos y derramándolas en las plazas, y publicándolas con libros impresos para pervertir y engañar á la gente vulgar, la cual, por su simpleza, está sujeta á semejantes engaños. Lo que quiero decir es, que no se han contentado estos ministros de Satanas con derramar tanta sangre

(1) Tacit., lib. v.

(2) *In Apolog. contra gentes.*

(3) Justin. Martir, *Apol.*, II, ad Antonin. Euseb., lib. v, cap. I et IV.

(4) *Hist. Tripart.*, lib. vi, cap. XXVII.

(5) Ruff., *Hist.*, lib. I.

(6) Gregor. Naclan., *in oratione de Bas.*

(7) Victor, *De persecutione vandalarum.*

(8) Paulo, diácono, lib. XVI.

(9) Victor, *De persecutione vandalarum*, lib. I.

de inocentes y santos y bienaventurados mártires; mas viendo que los que morian eran tan grandes letrados, que sus falsos predicadores no osaban disputar con ellos, y tan constantes, que los tormentos, por atroces que fuesen, no los podian vencer, juzgaron que no les convenia se entendiese que morian por causa de la religion, y fingieron otra de delitos y traicion, para que con este color y apariencia los simples creyesen que morian, no como católicos, sino como facinorosos y traidores. Buscaron esta invencion, porque muchas sectas de los herejes no sienten bien que nadie sea castigado por causa de la religion, y algunos no quieren que se tenga más cuenta della de lo que estuviere bien al Estado y conservacion civil de la república. Y tambien porque á ninguna persona cuerda puede parecer cosa justa que uno muera por hacer profesion de aquella religion en la cual todos sus antepasados, desde que recibieron la fe de Jesu-cristo, han sido bautizados, y han vivido y muerto y sido salvos, y que, por ser obedecida comunmente de toda la cristiandad, tiene nombre de religion católica. Y asimismo porque veian que por la constancia y fortaleza destos santos mártires en los tormentos, y por la muerte sufrida con tanta alegría y paciencia, infinita gente de Inglaterra se movia á seguir por cierta aquella fe que ellos confesaban. Y no ménos porque ellos alcanzaban nombre y honra de mártires entre los católicos. Y queriendo despojar desta gloria y triunfo á los que morian, y del ejemplo y esfuerzo dellos á los que quedaban, publicaban otros delitos y maldades. Y finalmente, porque por este camino tenian más fácil entrada y ocasion más aparente de arruinar y destruir á todos los caballeros ricos y señores que habian recebido en sus casas, ó de cualquiera manera favorecido, á los dichos sacerdotes y santos mártires, como á hombres encubridores y favorecedores de los enemigos de la Reina, y traidores á su real persona y corona. Y con esto, ni los sacerdotes osasen entrar en el reino, ni nadie hospedarlos ni acogerlos en él, ni comunicarlos por carta, ni enviar sus hijos á los seminarios de Roma ni de Rems para ser en ellos instruidos y enseñados. Por estas razones han sembrado los herejes de Inglaterra que ninguno destos bienaventurados mártires moria por la religion, sino por otros delitos gravísimos, y entre ellos, por haber querido matar á la Reina. Pero veamos cómo procedian en sus juicios y tribunales para colorar esta mentira y hacerla más creible y aparente.

CAPÍTULO XXXV.

La manera que tenian los herejes para estirar su mentira y hacer que pareciese verdad.

La manera que la Reina y los de su Consejo han tenido para afligir á los católicos y siervos de Dios es peor que la misma muerte que les daban; porque, siendo la causa de su muerte la confesion de la fe católica, y el no reconocer á la Reina por soberana cabeza de la iglesia de Inglaterra, han pu-

blicado (como dijimos) no ser ésta la causa verdadera de sus tormentos y muertes, sino el haber tratado en Roma y Rhems la muerte de la Reina, y conjurado contra el reino, y procurado que otros príncipes le invadiesen y usurpasen, y otras cosas tocantes á éstas. Quisiéronlas probar con algunos testigos falsos, comprados y pagados, hombres facinorosos y de mala vida, los cuales aún no supieron urdir ni tejer bien la tela de su maldad; porque acusaban á algunos que no se habian visto en su vida, por haber tratado esta conjuracion entre sí; á otros metian en la danza y hacian autores desta rebelion, tratada en Roma, que nunca habian salido de Inglaterra, ó no estaban en Roma cuando ellos dicen que esto pasó. Y los mismos testigos eran tales, que nunca habian visto ni conocido, ó apenas oido hablar, á muchos de aquellos contra quien testificaban. Pero, por alcanzar perdon de sus graves delitos, decian todo lo que los ministros injustos de la justicia les mandaban; y así lo confesó y escribió uno de ellos, llamado Juan Nicolas. Vióse claramente la mentira y artificio en el mismo tribunal y juicio; porque al principio, cuando prendian y encarcelaban y atormentaban á los santos de Dios, nunca les preguntaban sino cosas tocantes á la religion: á quién habian reconciliado á la Iglesia, dónde habian dicho misa, quién los habia recebido y sustentado, qué cosas habian sabido en la confesion (lo cual no se puede ni debe por ninguna via descubrir), y otras cosas semejantes. Despues, como esto no les sucedió, para colorar su maldad, enviaron cuatro doctores de leyes para que examinasen los mártires con seis preguntas ó artículos, y los apretasen de manera, que si no habian caido en culpa de rebelion, pareciese á los inorantes que caian, y ellos tuviesen ocasion de castigar el ánimo de los santos, ya que no podian castigar la obra; porque les preguntaban qué harian ellos, ó qué les parecia se debia hacer cuando tal cosa sucediese; qué hicieran si se halláran en Hivernia cuando los católicos tomaron las armas contra la Reina; si hay alguna causa justa para deponer ó privar del reino á la Reina ó á otro rey; qué se debia hacer, ó harian ellos, si la Reina cayese en alguna herejía ó apostasia, ó si fuese depuesta; qué aconsejarian en tal caso al pueblo; y otras cosas exorbitantes, con las cuales querian descubrir el corazon y los pensamientos, y castigarlos; siendo esto propio de Dios, en cuyos ojos están descubiertos y patentes, infinitamente más que á los de los hombres, las acciones y las obras. Y lo que excede toda tiranía y maldad, no solamente pretendieron castigar los pensamientos, estrujados y sacados de la boca por fuerza, y exprimidos con falsas suposiciones y calumnias, mas tambien los pecados no cometidos, sino que se podrian cometer, ó que probablemente se cometieran hallándose en la tal ocasion. Y si respondian los mártires que de los casos contingentes y por venir no podian decir cosa cierta, y que, si en algo faltasen, ellos se sujetarian á las leyes y á sus pe-

nas, ó con otra respuesta más general : que cuando sucediese lo que se les preguntaba, harían lo que la Iglesia católica, ó los sabios della, en semejantes casos determinasen, decían ellos que estas respuestas, tan cuerdas y justificadas, mostraban la mala voluntad y desafición que ellos tenían á la Reina y á su corona, y que por ella habían de morir; y en efecto, los mataban con la crueldad y fiereza que habemos visto, publicando y predicando que morían por rebeldes y traidores á la Reina. Para persuadirlo mejor escribieron un libro en inglés, que intitularon: *La Justicia británica ó inglesa*, y le imprimieron, y derramaron por todo el reino, en el cual quisieron probar que ninguno de los santos mártires había muerto en Inglaterra por la fe, ni por causa de la religion, sino por revoltoso, amotinador y alborotador del reino, y por haber conjurado contra la vida de la Reina; pero á este necio y falso libro respondió el cardenal Guillelmo Alano (de quien en esta historia algunas veces se ha hecho mencion) tan cuerda y gravemente, y con razones de tanto peso y verdad, que la mentira, mal compuesta, quedó corrida y descompuesta. Pregunto yo : ¿ qué manera de proceder es ésta? ¿ quién jamás tal vió ú oyó? ¿ qué tirano, qué bárbaro, qué gentil, qué tirano ó fiera, en cuántas persecuciones ha padecido hasta agora la santa Iglesia, ha usado este género de calumnia? Atormentar y despedazar á los cristianos, porque lo eran, usaban ellos, pensando que acertaban y que agradaban y defendían á sus falsos dioses. Imponer á los santos las culpas que no tenían, algunos malvados tiranos lo hicieron, para encubrir y dar color á su crueldad. Mas descubrir con artificio y preguntas y repreguntas los pensamientos, y castigarlos, y quitar la vida al inocente, no por la culpa que no cometió, sino por la que su enemigo sueña que podía cometer ó que cometería si se hallase en tal ocasion, esto es hacer á los hombres traidores, y no castigar las traiciones; no es seguir las leyes, sino pervertirlas y confundir la república, y mostrar sed insaciable de sangre humana. ¿ Quién consentiría que se examinasen la mujer, los hijos y criados de su casa, y que les preguntasen qué harían en caso que el marido, padre ó amo conjurasen contra el Principe; si le seguirían, si secretamente le favorecerían ó ayudarían, si lo darían de comer, y diciendo que sí, por esto solo los atormentasen y quitasen las vidas? ¿ Qué rey ó principe católico hay hoy en el mundo, que tuviese por agravio y castigase con pena de muerte al teólogo ó letrado que, disputando en las escuelas, afirmase que, en caso que el tal rey ó principe cayese en herejía, ó fuese cismático é infiel, podía ser depuesto y privado de su reino? Esto digo para que se vea que la herejía, no solamente hace al hombre infiel y desleal á Dios, sino inhumano, cruel, fiero y bárbaro, y quebrantador de todas las leyes divinas y humanas, y usurpador de lo que es propio de Dios, que es ver y castigar los corazones, y aún hacerse más que el mismo Dios, pues nunca él castiga sino las culpas

ya cometidas, y estos monstruos castigan las que se pueden cometer, ó las que, no siendo culpas, ellos piensan que lo son, y que los otros cometerían. Con estas y otras atrocísimas calumnias persiguen á los santos, quitándoles las vidas como á católicos, y las honras como á traidores y facinorosos, y haciéndoles dos veces mártires, en vida y en muerte. Mas el Señor como á tales los ha honrado, y por la doblada confusion que de sus perseguidores han recibido, les ha dado doblada gloria : primeramente, con la corona del martirio, por la confesion de la fe, que ha sido la verdadera causa de su muerte, y despues con el ilustre título y glorioso galardón que se debe á los que mueren inocentemente, como murió Abel y Naboth, el cual, siendo falsamente acusado de haber dicho palabras contra Dios y contra el Rey, fué condenado á muerte (1). Siempre serán bienaventurados estos valerosos mártires, por estar ya libres de las congojas desta vida mortal, y seguros debajo de la mano y proteccion de Dios, adonde no llega el tormento de la malicia humana ni la falsedad y engaño; pero mucho más bienaventurados son por haber alcanzado esta corona y triunfo con el derramamiento de su preciosa sangre, con la cual esperamos que se aplacará el justo enojo del Señor y se amansará esta tormenta pública, brava y espantosa, del pecado y herejía. La muerte dellos es preciosa delante del divino acatamiento; sus ánimas están en gloria, su memoria en bendicion y su nombre será eterno. Los cuerpos (que era la parte más baja y más flaca destos esforzados capitanes), aunque hayan sido despedazados y colgados de las horcas, y puestos en las astas, puertas y torres de la ciudad, y comidos de las aves, son muy honrados, y dignos de mayor reverencia que los cuerpos embalsamados de los más poderosos reyes del mundo, que yacen en sus reales y suntuosos sepulcros. En aquel día y en aquella misma hora que estuvieron en el carro para ser muertos, eran más dichosos y bienaventurados que la gente regalada y segura que los estaba mirando. Y puesto caso que aquellos dolores y breve ignominia parecia á los hombres carnales extrema miseria, no era así, pues los tormentos se acabaron en un momento, y la mejor parte dellos gozó ántes de Dios que sus cuerpos se enfriasen y saliesen de manos de sus atormentadores. Y muchos hicieron secretamente oracion á las ánimas gloriosas dellos, ántes que sus cuerpos fuesen hechos cuartos; pues para la honra deste mundo, que los herejes les han querido quitar, ¿ qué mayor gloria podían tener que la que tienen, y que por toda la cristiandad se ha derramado, de su valor y virtud? En Italia, en España, en Francia y en la misma Inglaterra se tienen en gran reverencia sus sagradas reliquias, y con cualquiera precio se compraría (si se pudiese comprar) cualquiera cosa, por pequeña que fuese, de sus carnes, huesos, cabellos ó vestiduras, ó teñida de una gota de su inocente sangre, como

(1) *Gen.*, 17, 3; *Reg.*, 1.

siempre se hizo en la Iglesia católica con los mártires de Cristo, reverenciando sus santas reliquias, besándolas y teniéndolas por un preciosísimo y riquísimo tesoro, y muriendo muchas veces por ello; pues en el *Martirologio romano* (1) se ponen por mártires siete mujeres, que murieron porque recogian las gotas de sangre que caian del cuerpo de san Blas, cuando le atormentaban, y á san Julian de Capadocia (2), que fué acusado y quemado á fuego lento, porque besaba los cuerpos muertos de las santos mártires.

Desde Oriente á Poniente, y de Setentrion á Mediodía, do quiera que hay católicos cristianos, correrá la fama destos esforzados soldados, vivirá su memoria y se derramará la suavísima fragancia de su celestial vida y gloriosa muerte. En Inglaterra muy muchos católicos van como en romería adonde sus cabezas y cuartos están colgados, como quien va á guardarlos, ó á preguntar cuyas cabezas y cuerpos son, y qué traidores han sido aquellos cuyas cabezas están levantadas sobre las demas; y con este color hacen oracion y satisfacen á la devocion que tienen con ellos. De manera que sus enemigos les han hecho mayores bienes con los tormentos y muerte cruel que les han dado, que todos sus amigos y todos los principes del mundo les pudieran hacer, aunque les dieran el cetro y la corona y dejarán el reino en sus manos. Y dado que los herejes no han pretendido esto, sino todo lo contrario; pero halo pretendido aquel Señor que con su eterna é inmutable providencia guia y endereza todas las cosas para su gloria y bien de sus escogidos, y toma por medio la sinjusticia y crueldad de los tiranos, para declarar el esfuerzo y paciencia de los mártires, y coronarlos y honrarlos, y con el ejemplo, merecimientos é intercesiones dellos ennoblecer, animar y defender su reino, que es la santa Iglesia católica. Y para que no podamos dudar desta verdad, ha sido servido darnos algunas prendas della, y obrar cosas admirables y milagrosas en las muertes de algunos destos soldados suyos, que en tiempo del rey Enrique y de su hija Isabel han derramado su sangre por su Iglesia, como en el capítulo siguiente se verá.

CAPÍTULO XXXVI.

Algunas maravillas que ha obrado Dios para gloria de los mártires de Inglaterra.

No hay consejo contra Dios, el cual comprende, como dice la Escritura (3), á los prudentes en su astucia. Él ha descubierto la maldad y artificio de los herejes, con que han querido oprimir á los católicos y siervos de Dios, no solamente quitándoles las vidas porque lo eran, sino tambien la fama y honra, publicándolos por traidores; porque ha hecho muchas cosas maravillosas para mostrar su inocencia y verdad, algunas de las cuales quiero yo aquí contar, para gloria del mismo Señor que

las hizo, y honra de sus mártires, y confusion de sus perseguidores. La cabeza del bienaventurado obispo Rofense fué puesta sobre una asta en la puente de Lóndres, donde estuvo muchos dias á vista de todo el pueblo, y fué cosa maravillosa que cuanto más allí estaba, más fresca y más hermosa y grave parecia; de manera que porque no se alterase el pueblo con esta vista y novedad, la mandó el rey Enrique quitar, como dijimos. Cuando Margarita, hija del excelente y santo varon Tomas Moro, quiso enterrar á su padre, no se acordó, con la pena, de llevar lienzo para amortajarle, ni dineros con que comprarle, y despues que cayó en su descuido, confiada en Dios, entró en una tienda, y concertó las varas de lienzo que le pareció bastarian para aquel oficio de piedad, y milagrosamente halló el justo precio que montaba el lienzo, como arriba queda referido. Un ciudadano de Vintonia tuvo una cruelísima tentacion de desesperacion muy largo tiempo, y no habiendo hallado para vencerla remedio ninguno, fué Dios servido que le hallase en el consejo y en las oraciones del santo mártir Tomas Moro, cuando aún vivia y era cancelario del reino. De suerte que todo el tiempo que pudo acudir á él y tratarle se halló libre de aquel afan y peligro; mas cuando prendieron á Moro, como no le podia hablar, tornóle la misma tentacion con mayor fuerza y vehemencia, hasta que el dia que le sacaron para martirizarle, rompiendo por las guardias y ministros de la justicia y el tropel de la gente que le acompañaban, se le puso este hombre delante, y le dijo su trabajo y afliccion, rogándole que le socorriese. El Santo le respondió: *Bien os conozco; rogad á Dios por mí, que yo rogaré por vos.* Fuése el hombre, y para siempre jamas no tuvo más aquella tentacion. Los cuartos de los santos cartujos que murieron por la fe católica en Lóndres se pusieron á las puertas de la ciudad y de su mismo monesterio, y escriben algunos que en más de tres meses estuvieron muy enteros, y que jamas se vió encima dellos cuervo ni grajo, como se ve sobre las carnes de los otros cuerpos muertos, hasta que poco á poco se fueron secando. Y ellos despues aparecieron á uno de sus monjes, que estaba tentado y afligido, y engañado del demonio, se queria desesperar y echarse una noche en el agua, y muchas veces se pusieron delante, entre él y el agua, cuando se queria arrojar, hasta que visto y socorrido de los otros frailes, volvió en si y reconoció su culpa y el engaño de Satanás, y el favor que por intercesion destos santos le habia venido del cielo. Estando Juan Estoneo, fraile de san Agustin, preso en la cárcel, porque no queria reconocer á Enrique por soberana cabeza de la Iglesia, acudió á las armas de los perfectos cristianos, que son oracion y penitencia, y con ayuno se afligió tres dias, suplicando á nuestro Señor con grande vehemencia que le favoreciese y esforzase en aquella batalla rigurosa de la muerte que esperaba. Al cabo dellos oyó una voz del cielo, que le llamó por su nombre y le mandó que animosamente perseverase en su buen

(1) Á 3 de Hebrero.

(2) Á 17 de Hebrero.

(3) Job., v; 1, Cor., iii.

propósito y muriese por la verdad, y él lo hizo, confirmado deste socorro del cielo. Otro doctor teólogo, llamado Juan Traversio, fué acusado en Hivernia por haber escrito un libro en favor de la suprema autoridad del Papa; y citado delante los jueces, y preguntado si era verdad, respondió que sí; y extendiendo los tres dedos con que habia escrito el libro, añadió: *Con estos tres dedos escribí el libro, y hasta ahora no me ha pesado de haberle escrito, por la gracia de Dios, ni creo que me pesará.* Fué condenado á muerte, y cortádole la mano y echada en el fuego; mas quiso Dios mostrar que le habia sido agradable lo que el santo varon habia escrito; porque toda la mano se quemó, y solos aquellos tres dedos quedaron enteros y sin lesion alguna, por muchas veces que el verdugo los arrojó en el fuego. Cuando quemaron al santo fray Juan Foresto, se escribe que el fuego no pudo acabar de quemar su cuerpo, y que al mediodia se vió por grande rato sobre su cabeza una paloma blanca como la nieve, con grande admiracion y espanto de mucha gente que estaba presente. Un caballero católico determinó una noche (aunque con peligro de la vida) quitar una pierna del santo mártir Campiano, que estaba enclavada en una pared, y así lo hizo, y por su devocion la tenía guardada en una arca de su cámara. Mas era tanto el olor suavísimo que daba, que todos los que le iban á visitar reparaban en ello, y le preguntaban qué olor tan suave era aquél; por no ser descubierto, determinó irse á Roma con ella, púsola en un baul entre su ropa, y vínose con él al puerto, y entregándole á un mercader, para que con otras mercaderías se le pasase á un puerto de Francia, adonde él se vino con otra embarcacion, el baul, ó por malicia ó por descuido, se quedó en casa de aquel huésped de Inglaterra, y fué tan grande la fragancia y suavidad que salió dél, que el huésped inglés le abrió, y hallando la pierna del Santo, causadora della, la llevó á la justicia de Londres, adonde se hacia gran pesquisa contra el que la habia quitado de su lugar; el cual llegó á Roma, alegre por haber llegado, y muy triste por haber perdido aquel tesoro. Cuando atormentaron á Alejandro Brianto la segunda vez, aconteció una cosa admirable, semejante á las que obraba el Señor cuando los emperadores gentiles despedazaban los cristianos para atraerlos á la idolatría; la cual el mismo Brianto cuenta, en una carta que escribió á los padres de la Compañía de Jesus que estaban en Inglaterra, y fué desta manera. Extendiéronle la primera vez, y estiráronle con cierto género de tormento, y con ciertas cuerdas atadas á los piés y de las manos tan cruelmente, que casi le descoyuntaron y le hicieron pedazos; y el dia siguiente, perdidos los sentidos y helada la sangre, y hecho el cuerpo un retablo de dolores, le volvieron al tormento con mayor crueldad que el primero. Encomendándose él á nuestro Señor, y suplicándole que le diese valor y fuerzas para pasar aquel tormento por su amor, lo hizo, por su misericordia, con tan grande abundancia de su gracia, que cuanto más se em-

bravecian los verdugos contra él, y con más violencia le estiraban los piés y las manos, tanto ménos dolor sentia, ó por mejor decir, no sentia ningun dolor; ántes con el nuevo tormento se reparaban los dolores del tormento pasado, quedando con la mente quieta y con el corazon sosegado, y con todos los sentidos enteros y como hombre que estaba en una cama regalada; lo cual dió á los jueces tan grande rabia é indignacion, que mandaron de nuevo atormentarle el dia siguiente, y ejecutándose su cruel mandato, y estando el inocente y santo sacerdote meditando la sagrada pasion de Cristo nuestro Señor, lo pareció que le habian dado una herida en la mano izquierda, y traspasándole la palma, y salíndole sangre della; que fué efecto de aquella intensa meditacion en que su ánima estaba absor-ta. Y con esto sintió alivio y tanta salud y fuerzas, que pide en su carta á los padres de la Compañía de Jesus que le reciban en ella y que no duden de su flaqueza, porque ya el Señor le habia restituido sanidad, como en la misma carta que pusimos arriba, más largamente se puede ver. Tambien escriben que sucedió otra cosa admirable en el martirio deste santo sacerdote, y fué, que despues que le ahorcaron, despedazaron y le sacaron el corazon y las entrañas, y las quemaron, pusieron los verdugos su cuerpo sobre una tabla, el pecho abajo, para descuartizarle, y estando así delante de mucha gente, se levantó de suyo en alto con grande estupor de los circunstantes. Estando preso Cuberto Manio, sacerdote y colegial del seminario inglés de Rhems, fué avisado que se aparejase para morir, porque dentro de tres dias habia de ser martirizado; y tomando él ésta por la mejor y más feliz nueva que se le podia dar, se dió muy de véras á la oracion y meditacion de la muerte. La segunda noche, despues que se aplicó más intensamente á estos espirituales ejercicios, se vió en el aposento donde estaba (poco despues de media noche) una luz muy resplandeciente y soberana, y los presos que estaban en los otros aposentos cerca del suyo, despavoridos y asombrados, le llamaron para saber dél qué luz era aquélla; porque bien sabian que no habia en el aposento ni fuego ni lumbré de candela; y él mansamente les respondió que se sosegasen y no tuviesen cuenta dello. Cuando Guillermo Lacio, caballero nobilísimo, fué preso por la fe católica, la prision dél, y el modo y todas las circunstancias que intervinieron en ella, reveló Dios nuestro Señor en sueños, la noche ántes, á un sacerdote católico, pariente y estrechísimo amigo suyo, el cual estaba preso por la misma fe. Casi lo mismo aconteció á Guillermo Filbeo, sacerdote, en la tierra llamada Henleo, el cual, durmiendo, tuvo una profética vision, en que le parecia que le despedazaban sus carnes y le abrian el cuerpo y le arrancaban las entrañas; y fué tan extraño el terror que desto tuvo, que dió grandes voces, y con ellas despertó y desasosegó á los de su casa; y todo lo que vió en sueños se cumplió al pié de la letra, siendo martirizado por la fe. Everardo Navo, sacerdote, despues

de haber sido colgado en la horca, y medio vivo dejado caer, y de haberle sacado las entrañas y echádaslas en el fuego, habló y dijo: *Oh felix dies!* ¡Oh dichoso día! Y como el verdugo le arrancase el corazón y le arrojase en una grande hoguera, saltó della dos veces; y la tercera que le echaron en el fuego, y encima del un haz de leña (para que no pudiese saltar), tan claro y manifiesto milagro levantó y apartó la leña, hasta que poco á poco se consumió el corazón con la fuerza del fuego; lo cual notaron muchos, y quedaron maravillados y movidos dello. Y como éstas, ha obrado el Señor otras maravillas, para animar á los católicos y confundir á los herejes, y honrar á sus santos y confirmar su verdad.

CAPÍTULO XXXVII.

Los martirologios y calendarios que hicieron los herejes en Inglaterra.

El demonio es mona de Dios, y en todo cuanto puede, procura usurpar la honra y gloria debida á la divina Majestad. En los templos, altares, sacrificios, ofrendas, y en todo lo que pertenece al culto divino y á aquella soberana reverencia que á solo Dios se debe (que llaman *latría*), ha procurado el maligno imitar á Dios, y que le reconozcan y sirvan como á Dios, engañando á infinidad de hombres, y enseñándoles á adorar la piedra y el barro, y la plata y el oro, y los dioses y obras de sus manos, y á él en ellas, como lo hizo antiguamente, y aún en muchas partes lo hace en nuestros días la ciega gentilidad. De la misma manera los herejes, que son hijos del demonio, y unos viboreznos, que salieron de las entrañas de la vibora, quieren ser monas de los católicos, no en la fe ni en la santidad, sino en la usurpacion de la honra que á ellas se debe, imitando en su falsa sinagoga lo que la Iglesia católica en la congregacion de los fieles representa. Por esto, viendo que la Iglesia católica tiene sus santos y mártires, y como á tales los reverencia y los propone en sus días, para gloria de los mismos santos y ejemplo é imitacion de sus obras, han querido ellos celebrar por santos y tener por mártires á los herejes que han sido quemados justamente, ó por sus delitos, ó por la fe. Jorge, obispo arriano, fué muerto en Alejandría por sus delitos, y fué tenido y honrado por mártir de los otros herejes arrianos, como lo dice Amiano Marcelino; y Salivo Donatista (1) fué muerto por otros herejes, tambien donatistas, pero de otra secta contraria, y los de la suya hicieron un templo y le tuvieron por mártir y reverenciaron, como lo escribe san Agustin (2). Pues siguiendo los ejemplos de los otros herejes, hicieron en Inglaterra nuevos martirologios y calendarios, en los cuales, borrando los antiguos mártires, confesores y vírgenes de la Iglesia católica (porque dellos no hacen caso), han canonizado á hombres impurisi-

mos y abominables en todo género de herejías y maldades, y los han puesto en sus calendarios y señalado sus días, y anotádolos con letras coloradas y mayúsculas. Desta manera ponen por confesores á Enrique VIII, Eduardo VI, Erasmo Roterodamo, Martin Lutero, Pedro Mártir y otros, y á Wicleff, Juan Hus, Cranmero y otros pestilentísimos herejes, que murieron quemados, llaman mártires; porque en su sinagoga y en estos calendarios no hay ni se pone vírgen alguna. Pero no es menester otra prueba para saber lo que ellos son, sino ver que honran y tienen por santos á hombres perdidos y de vida tan fea y abominable. Pues así como el demonio, por mucho que quiera imitar á Dios, y usurpar con engaño la honra que á él solo se debe, no es dios ni puede ser dios, sino mona de Dios, así el que el hereje tiene y reverencia por mártir, no lo puede ser, sino mona y sombra de mártir; porque, como gravísimamente dice el glorioso doctor san Agustin, no hace mártir la pena, sino la causa. Y por esto un santo obispo, que por ser católico y no querer consentir al emperador Constancio, arriano, estaba preso, le escribió desde la cárcel: *Interest ex qua causa, non ex quo pendeam stipitem*; no hace al caso que yo esté colgado de un palo ó de otro; la causa por que yo muero es lo que importa; que si así no fuese, todos los facinorosos y malhechores que mueren por sus delitos, diríamos que son mártires, y tanto mayores mártires, cuanto los tormentos que padecieron fueron más atroces, y más cruel la muerte con que acabaron. Mas este nombre no se debe sino á los que derramaron su sangre por Jesucristo y por su fe en la union de la Iglesia católica, de la cual los que están apartados y son cismáticos, ni son santos ni mártires, ni pueden ser tenidos por tales, como lo dice el bienaventurado mártir san Cipriano por estas palabras (3):

«¿Piensa por ventura estar unido con Cristo el que hace contra los sacerdotes de Cristo? Este tal lleva armas contra la Iglesia, combate contra la disposicion de Dios, es enemigo del altar, rebelde contra el sacrificio de Cristo, infiel por la fe, sacrílego por la religion, siervo desobediente, hijo impio y falso hermano. Despreciando los obispos y sacerdotes de Dios, se atreve á levantar otro altar y á ofrecer otra oracion.» Y más abajo: «No miró Dios la ofrenda de Cain, porque no podia tener propicio á Dios el que no tenía paz ni concordia con su hermano; ¿qué paz, pues, se prometen estos enemigos de sus hermanos? ¿Qué sacrificios creen que ofrecen estos despreciadores de los sacerdotes? ¿Piensan que cuando se juntan tienen á Cristo consigo los que se juntan fuera de la Iglesia de Cristo? Estos tales, aunque los maten y parezca que confiesan el nombre de Cristo, no pueden ser librados desta mancha con su sangre; la culpa del cisma y discordia es tan grave y fea, que no se puede con la muerte purgar. No puede ser mártir el que no está en la Iglesia; no puede alcanzar el reino

(1) Lib. xvii.

(2) *Adversus Parm.*, lib. iii, cap. últ.; y *Contra Crescen.*, lib. iv, cap. xlviii y xlix.

(3) Cipr., *De simplicitate*.

el que deja la Iglesia, que con Cristo ha de reinar.» Hasta aquí son palabras de san Cipriano. Pero dejemos esto, y sigamos el hilo y continuacion de nuestra narracion.

CAPÍTULO XXXVIII.

La falsa clemencia que usó la Reina con algunos sacerdotes, desterrándolos del reino.

Vió la Reina que con los tormentos y muertes no podia vencer los soldados valerosos del Señor, y que de la constancia dellos resultaba mayor triunfo para los que morian, y mayor esfuerzo para los católicos que quedaban, y admiracion y desmayo para los de su falsa religion; y que la fama destos martirios, derramada por el mundo, le acarreaba infamia y nombre de inhumana y cruel. Por esto buscó una invencion con que, aunque lo fuese, no lo pareciese, y con una aparente sombra de clemencia, las muertes pasadas de los santos no se atribuyesen tanto á su ánimo manso y benigno, quanto á las culpas atroces de los que por ellas habian padecido. Éste es uno de los males grandes y artificiosos que usan los herejes, que siendo, como son, los sangrientos, quieren parecer ovejas, y matando como serpientes venenosas, se nos venden por palomas. Mandó la Reina sacar de las cárceles de Lóndres, nuevas y viejas, que estaban llenas de católicos, veinte de ellos, y en una barca echarlos fuera del reino, mandándoles, so pena de la vida, que no volviesen á él; y así se hizo, á los veinte y uno de Enero del año de mil y quinientos y ochenta y cinco. Entre éstos habia tres padres de la Compañía de Jesus, y como el padre Gaspar Haivodo, que era uno dellos, en su nombre y de todos sus compañeros, se quejase á los ministros de la justicia porquo sin causa ni delito, y sin ser oidos, los desterraban de su patria para siempre, y dijese que en ninguna manera saldrian della, y que ántes querian morir por la fe y derramar su sangre delante de los otros sus hermanos católicos, no fué oido, ni cuando pidió que á lo ménos le mostrasen la sentencia de su condenacion, hasta que dos dias despues de partidos, estando ya en alta mar, tornaron á suplicar á los ministros reales que iban en el navio que se la mostrasen, y á puros ruegos se la leyeron. En ella se decia que, habiendo sido convencidos de grandes maldades y traiciones, y siendo merecedores de la muerte, la Reina esta vez, por usar de clemencia, se contentaba con su destierro. Entónces, con grandes lágrimas rogaron todos á los ministros de la Reina que los volviesen á Inglaterra para morir en ella como católicos, y no los llevasen á otras tierras con nombre de traidores, pues era falso lo que se les imponia. No pudieron acabarlo con ellos. Llegados á Rhems, en Francia, hallaron que los herejes habian publicado que ellos mismos, temiendo la muerte, habian procurado que los desterrasen de Inglaterra, y titubeado en la fe, y aún consentido en algo con los herejes, de lo cual no estaban poco afligidos los católicos y colegiales del

seminario de Rhems, los cuales, cuando supieron la verdad y todo lo que habia pasado, y vieron el ánimo con quo sus hermanos deseaban volver á Inglaterra para morir en ella, no se puede decir lo que se alegraron y consolaron. Tras esta manda, echaron otros veinte y dos sacerdotes, sacados de las cárceles de Eboraco y Hulla, de los cuales la mayor parte eran viejos, y pasaban algunos de sesenta y setenta años, y uno de ochenta; y muchos dellos habian pasado buena parte de su edad en la cárcel por la fe católica, y algunos veinte y seis años, con maravillosa fortaleza y constancia, sufriendo las vejaciones, fatigas y penas que en tan larga y tan áspera prision, y dada por mano de tan crueles enemigos, necesariamente habian de padecer. Despues echaron de la misma manera otros treinta sacerdotes, y con ellos dos legos, que estaban en diversas cárceles del reino, publicando graves delitos contra los inocentes, y jatando y magnificando la clemencia de la Reina, como si lo fuese ó lo pudiese ser la condenacion de los que no tienen culpa, el destierro perpétuo, la pena de la muerte al que lo quebrantáre, y finalmente, el dejar ó sus hermanos desamparados y las ovejas en la boca del lobo, por las cuales, como buenos pastores, los desterrados deseaban morir. Pero, siendo tan gran crueldad esta manera de destierro, no dejaban los herejes de pregonar la clemencia y blandura de la Reina, y derramarla y extenderla por todo el reino; dando á entender á los simples que no eran tan severos como se decia los castigos de los papistas y traidores, ni tanto el rigor que con ellos se habia usado, como ellos merecian por sus atroces delitos, por haber querido usar la Reina de su natural benignidad, con la cual habia dado la vida á muchos que no la merecian. Y tenian los herejes en las córtes y palacios de los principes y señores, hombres lisonjeros y perdidos, que sembraban estos ejemplos de clemencia, y los encarecian y magnificaban hasta el cielo. Mas para que mejor se entienda esta fingida clemencia, se ha de ponderar que en este mismo tiempo hizo la Reina otras leyes en su parlamento, el año de mil y quinientos y ochenta y cinco, contra los padres de la Compañía de Jesus y los otros sacerdotes de los seminarios que habemos dicho, y contra los demas católicos, tan rigurosas é inhumanas como dellas mismas se puede ver; porque, tomando por fundamento una falsedad, que los tales padres de la Compañía y sacerdotes habian conjurado contra la Reina y el reino, y habian sido convencidos dello, manda:

«1.º Que todos los de la Compañía y de los seminarios que se hallaren dentro del reino, salgan dél dentro de cuarenta dias, y los que están fuera, ó para adelante se ordenaren sacerdotes por autoridad derivada de la Sede Apostólica romana, no entren en el reino, so pena de ser tenidos por traidores é incurrir en crimen de lesa majestad. Y que el que los recibiere, sea castigado con pena de muerte y perdimiento de sus bienes.

»2.º Que los seglares que están fuera del reino,

y no volvieren dentro de seis meses, sean tenidos por traidores.

» 3.º Que los que enviaren algun subsidio ó ayuda ó socorro á los católicos fuera del reino, pierdan la hacienda y la libertad.

» 4.º Que el que enviáre fuera del reino á su hijo ó criado, sin licencia expresa de la Reina, dada por escrito, pague por cada vez trescientos y ochenta y tres ducados.

» 5.º Que el que no descubriere á cualquiera sacerdote, sea castigado á voluntad de la Reina.» Y no se exceptúa ni caballero, ni señor, ni grande, ni par de todo el reino, en estas leyes, las cuales se ejecutan con tan extraordinario rigor é inhumanidad, que declaran bien esta clemencia de la Reina y de sus ministros; porque, si hallan algun sacerdote diciendo misa, le tratan peor que á un esclavo, y con mayor impiedad que lo harian los más crueles tiranos y enemigos de Jesucristo. Llévanle, así revestido con las vestiduras sagradas, por las plazas, para vituperio de la órden sacerdotal, maltratándole unos con puñadas, otros con gritos y clamores, otros con injurias, coces y baldones; persiguiéndole y haciendo escarnio dél; y despues de haberse hartado destas injurias y afrentas, le encarcelan, aprisionan y le quitan la vida. Si le han de llevar á alguna ciudad apartada, para atormentarle en ella, la manera de llevarle es ésta: súbenle en una cabalgadura flaca y debilitada, que no se puede menear, sin freno y sin espuela ni otro aderezo, atados los brazos y las piernas. Y ántes de llegar á los pueblos por donde han de pasar, va siempre delante algun mensajero á avisar á la gente que traen algun sacerdote enemigo del evangelio y la república; que se aparejen para recibirle. Con esta nueva y aviso, sale de tropel toda la ciudad á recibir al ministro de Dios, silbándole, gritándole y deshonorándole hasta que sale della, ó entra en la horrible y tenebrosa cárcel. En sola la ciudad de Lóndres hay once cárceles públicas y bien capaces (sin otra más honrada, que hay para los que prenden por deudas), llenas de católicos y siervos de Dios, que están aprisionados por nuestra santa fe. Y en la Torre, que es una dellas, hay tantos linajes de tormentos y tantas maneras y formas de penas, que sólo el oirlas basta para entender bien esta clemencia de los ministros de la Reina; porque son tan nuevas y tan extrañas, que compiten con la ingeniosa crueldad de los antiguos tiranos, y en algunas cosas la sobrepujan; porque, dejando aparte los grillos, esposas, brete y otros instrumentos usados para atormentar los cuerpos, y cada miembro dellos con su pena particular, hay otros tan horribles y nunca oídos, tan penosos y espantosos, que solo Satanás los pudiera inventar, é inspirar á los herejes, sus ministros. Entre los otros tienen uno de hierro, en el cual meten al que quieren atormentar, de tal manera, que juntando la cabeza con los piés y con las rodillas, hacen del hombre como una bola, y le aprietan y aprensan con este tormento tan fuertemente,

por espacio de hora y media, que el cuerpo miserable, con la fuerza de la prensa, viene á reventar y echar sangre por todas partes, hasta las extremidades de las manos y de los piés, y en esta forma atormentaron al santo mártir Tomas Cottamo, de la Compañía de Jesus, y á otros. Pues el tratamiento que en estas cárceles se hace á los que están presos por la fe, muchas veces es más duro que la misma muerte; porque no los dejan hablar con nadie, ni ver á sus deudos, amigos, ó conocidos, ni escribir ni recibir carta dellos; ni se les puede dar limosna, ni hacer bien, sin gran peligro de los que la hacen. Ha acontecido en la cárcel Lansmense á algunos católicos nobles, no dejarles comer sino manjares podridos, ni beber sino agua corrompida, y esto por gran favor. Si alguno, del mal tratamiento y aspreza y mal olor de la cárcel, cae malo, la medicina con que le curan, y el regalo que le hacen, es quitarle la cama, si la tenía, apretarle con más ásperas prisiones, y finalmente, afligirle de manera, que muera, como lo han hecho muchos. Y cuando los ven espirar ó estar en agonía, no por eso se ablandan los herejes, ni enternecen; ántes se rien de los dolores de los que tienen por miserables, y con palabras afrentosas se los doblan. Y muchas veces publican cosas falsas contra ellos: ó que se han desesperado, ó que se han reducido á su secta, ó que disputando con sus ministros, no supieron responder, ó que han confesado sus traiciones y descubierto los cómplices y compañeros de sus maldades, ó otras cosas deste jaez, pero todas falsas y mentirosas. Cuando sacan á los católicos para ser justiciados, no usan con ellos de la humanidad que naturalmente usan los hombres con los otros hombres en aquel trance, que es procurar que tengan algun alivio y consuelo, ó ménos pena, muriendo ahogados ántes que corten la soga, ó que los abran y desentrañen, estando ya casi muertos, y con los sentidos casi sin sentido. Mas á los católicos, en colgándolos, dan voces para que corten la soga y los dejen caer, y estando con los sentidos más enteros y vivos, los abran y arranquen el corazon; y los verdugos lo hacen con tanto cuidado, que ha acontecido hablar clara y distintamente algunos santos mártires, teniendo el verdugo ya en sus manos arrancado y palpitando el corazon. Pues ¿qué diré de otra manera de castigo en que se manifiesta esta clemencia y blandura de la Reina? Doncellas honradas y honestas se mandan llevar al lugar público de las mujeres infames, para que allí sean deshonoradas y afrentadas, por no querer decir mal del Papa, ó consentir en cosa contra nuestra santísima fe. ¿Hay tormento más cruel ni más afrentoso y horrible, para una doncella virtuosa y casta, que éste? ¿Y que se dé por mano de los ministros de una mujer que se tiene por reina, y publica que no se quiere casar, sino vivir doncella perpetuamente! Tertuliano, en su *Apologético*, reprendiendo á los emperadores gentiles porque usaban desta infame y detestable maldad con las mujeres cristianas y honestas, dice estas palabras: *Condenando vosotros á la mujer cris-*

tiana al lugar público, y entregándola antes al rufian que al leon, dais á entender que entre nosotros se tiene por mayor tormento la pérdida de la castidad que cualquiera otro suplicio ni género de muerte (1). No pasemos más adelante en referir esta clemencia de la Reina, ó por mejor decir, de los de su Consejo, porque sería nunca acabar. Basta decir que el nombre de cristiano jamás fué tan odioso á los gentiles y bárbaros, como hoy lo es en Inglaterra el nombre de católico. Y que si la novedad de las opiniones, la diversidad y contrariedad de las sectas, la inconstancia y mutabilidad de la doctrina, la libertad y disolucion de la vida, y otras mil cosas, no bastasen para conocer y aborrecer la hipocresía y malicia de los herejes, esta tan inhumana crueldad bastaría para hacerse conocer y aborrecer; pues á hombres naturalmente benignos y amorosos, de tal suerte los ha transformado en onzas y tigres, y trocado el corazon de carne en corazon de diamante, que no los mueve el ser todos hombres y de la misma naturaleza, ni ser nacidos en una misma tierra y patria, ni la entereza de la vida, ni el respeto de las letras, ni la flor de la edad, ni el privilegio y reverencia de las órdenes sagradas, ni la compasion que se debe á los niños y mujeres; no canas, no nobleza y sangre ilustre, no palabras humildes, no copiosas lágrimas, no sollozos y gemidos lastimosos, ni otra cosa alguna es parte para ablandarlos y amansarlos, y mitigar la fiereza que usan contra sus naturales y hermanos inocentes. Esta es la clemencia de la Reina; pero mejor se entenderá cuando trataremos de la muerte de la Reina de Escocia, su sobrina, que será en acabando de contar los medios que ha tomado para asegurarse con la turbacion de los reinos convecinos.

CAPÍTULO XXXIX.

Los medios que ha tomado la Reina para turbar los reinos convecinos.

Esto es lo que pasa dentro de Inglaterra. Mas viendo la reina Isabel y los de su Consejo que les sucedian (á su parecer) bien las cosas, y que necesariamente habian de ofender sus tratos al Papa y á los demas reyes y príncipes cristianos, y que estando apartados de la fe y comunión de la Iglesia católica, no podian estar con la paz en su casa, ni con la seguridad de sus vecinos que deseaban, parecióles que para establecer y asegurar su reino y gobierno les convenia turbar la paz de las otras provincias vecinas, y especialmente las de Francia, Flándes y Escocia, y emprender el fuego en ellas, y revolverlas de manera, que sus príncipes tuviesen tanto que hacer en sus casas, que no pudiesen cuidar de la ajena. Con este consejo, quebrantando todas las ligas y confederaciones, antiguas y nuevas, que tenian con los mayores príncipes y monarcas de la cristiandad, y guardándolas en sola la apariencia, hicieron sus amistades y ligas con los rebeldes de casi todos los reyes, que eran juntamen-

te traidores de su patria y pestilencia de la cristiandad: en Escocia, contra la reina María; en Francia, contra los tres cristianísimos reyes hermanos; en Flándes, contra el católico rey don Felipe. Y de tal manera turbaron estos reinos y estados, enviando á ellos soldados, ocupando las tierras, tomando las ciudades, robando las haciendas de los mercaderes, infestando con sus armadas el mar Océano, solicitando á rebelarse los súbditos, y haciendo otros agravios y desafueros infinitos, que han echado á perder todo el reino de Escocia, y enredado al rey della en las miserias y calamidades que al presente tiene, é inficionado al reino de Francia, y puesto en peligro de perder la vida á los reyes Francisco II, Carlos IX y Enrique III. Han destruido y arruinado los estados de Flándes, y sustentado con sus dineros, armas, soldados, municiones, vituallas, ardidés y consejos, la guerra injustísima y sangrienta que ya há tantos años hacen contra su verdadero y legítimo señor. Y no se han contentado con esto; mas procuraron que se levantasen los estados contra el señor don Juan de Austria, gobernador dellos, y que el presidio de los españoles saliese fuera, y volviese á Italia; y no teniéndose aún por seguros, enviaron de Inglaterra un caballero noble, mozo y muy atrevido, llamado Egremundo Rathcliffo, para que á traicion matase al dicho señor don Juan. Aunque nuestro Señor fué servido que se descubriese la maldad, y fué preso el caballero, y confesando la verdad, le fué cortada la cabeza en la ciudad de Namur, y juntamente con él, á un su cuñado, que era su consorte y compañero en la traicion. A todos los herejes y amotinadores y turbadores de la república se han ofrecido y dado por compañeros, defensores y caudillos, para encender más y avivar las llamas infernales de la herejía contra la Iglesia católica. Y ha crecido tanto este mal deseo de derramar el veneno de la perversa doctrina por el mundo, y de embarazar á los príncipes católicos con guerras domésticas y desobediencia de sus vasallos, que para salir con su intento han enviado hasta Turquía y Moscovia sus embajadores, y solicitado aquellos príncipes contra la paz y buen progreso de la religion católica, usando en los principios de mafia y artificio, despues descubiertamente de fuerza y violencia. Porque, como la herejía es pestilencia, si no se ataja, cunde y crece cada día más. Por esto se ha atrevido la Reina á quitarse la máscara y descubrir el rostro, y con armadas y ejércitos, por mar y por tierra, tratar la guerra contra el católico rey don Felipe, buscando colores y achaques para ello, y favoreciendo á sus rebeldes. Ha tomado debajo de su amparo y protección á los de Holanda y Celandia, y puesto presidio de ingleses en las ciudades más principales de ellas, y ocupado los puertos que son más á su propósito; haes dado por gobernador al Conde de Lecestria, hombre sin Dios, sin fe, sin ley; el cual, despues de haber destruido su propia patria, destruye la ajena. No paró aquí este atrevimiento;

(1) Tert., 1, Apolog.

antes, tomando nuevos bríos y mayor esfuerzo, se ha atrevido á infestar los estados de las Indias, saquear algunas islas, tomar y echar á fondo las naves, y áun acometer y asaltar algunos puertos de España. Vió la Reina que muchos de su Consejo, y otra gente grave y prudente, hablaban mal della y la tenian por temeraria, porque, siendo mujer y señora de un reino no tan grande y poderoso, y malquista en él, y odiosa y aborrecida de los extraños, sin legítima ocasion habia rompido guerra contra un monarca del mundo tan poderoso. Porque, aunque es pacífico, manso y sufrido (y por esto, y por no hacer caso della, por ser mujer, ha procurado, como rey cristiano, ablandarla con beneficios, ántes de venir al rompimiento de las armas), todavía es magnánimo y celoso de la fe católica, conforme á su renombre; y cuando una vez se determina, es firme y constante en lo que emprende, y ha sido siempre victorioso en las guerras que ha tenido con los más poderosos principes del mundo. Pues para responder á estos juicios y reprehensiones, mandó publicar un libro, harto peor y desbaratado que la misma guerra que emprendió; en el cual, despues de haber puesto por primer principio y fundamento una cosa falsísima, pero digna de su fe y creencia: que los reyes cristianos, y ella particularmente, no está obligada á dar razon de sí ni de cosa que haga á hombre mortal, sino sólo á Dios, va dando las causas que le han movido á socorrer á los de Holanda y Celandia, y tomar su proteccion. Pero ellas son tan frívolas y falsas é indignas, que no hay para qué referirlas aquí. Porque todas ellas son más para manifestar que para excusar, la sinjusticia y sinrazon desta empresa, y más para acrecentar con nueva injuria la injuria pasada, que para defenderla. Y lo mismo que ahora hace con el Rey Católico, hizo ántes con el Cristianísimo Rey de Francia, usurpando algunas ciudades suyas en Normandía, y queriendo dar satisfacion dello con otro libro impreso, para deslumbrar á los inorantes y vender humo á los que poco saben, y burlarse de reyes tan poderosos, y reírse de los agravios y calamidades de sus reinos, causados por su industria y disimulacion.

CAPÍTULO XL.

La prision y muerte de Maria, reina de Escocia.

Mas aunque todos los reyes han sentido en sus reinos y estados los daños que habemos dicho, y la vecindad de Inglaterra les ha sido tan perjudicial, contra quien más se ha embravecido Isabel, y en quien más ha ejecutado su rabia y furor ha sido su sobrina Maria, reina propietaria de Escocia y reina que fué de Francia, y legítima heredera del reino de Inglaterra; á la cual Isabel mandó matar, y se ejecutó la sentencia en la forma y por las causas que aquí diré, sacándolo de las relaciones que he visto, venidas de París é Inglaterra, y de los libros que andan impresos, en latin y en frances, del martirio (que así se puede llamar) desta santa reina. Para que esto mejor se entienda, se ha de pre-

suponer que el rey Enrique VIII tuvo (como dijimos) dos hermanas, hijas del rey Enrique el Séptimo, su padre, que fueron Margarita, hermana mayor, y María, la menor. María primero fué casada con Ludovico XII, rey de Francia, y despues con el Duque de Suffolcia. Margarita se casó con Jacobo IV, rey de Escocia, y dél tuvo un hijo, que se llamó tambien Jacobo, que fué el Quinto deste nombre de Escocia; el cual, habiéndose casado con María, hermana de Francisco, duque de Guisa, tuvo della una hija, heredera de su reino, que se llamó María Stuarda (que es de la que vamos tratando), la cual, muerto su padre y siendo ya reina de Escocia, se casó, en vida de Enrique II, rey de Francia, con Francisco, su hijo primogénito y delfin y heredero y sucesor de su reino; y así, muerto Enrique, su padre, le sucedió y fué rey, y María, su mujer, reina de Francia. Fué Dios nuestro Señor servido que muriese en breve el rey Francisco, mozo de grande expectacion, y que no dejase hijos de la Reina; y con esto, le sucedió Carlos IX, su hermano, y despues Enrique III, que hoy vive. La reina María se volvió, ya viuda, á su reino de Escocia; y aunque no podia casarse en él con príncipe igual al Rey de Francia, su primer marido, todavía, para conservar la sucesion de su casa y la paz y religion católica en su reino, se casó con un caballero principal, llamado Enrique Stuart, señor de Darleyo, pariente suyo, y de la sangre antigua de los reyes de Escocia é Inglaterra. Deste caballero y nuevo rey tuvo un hijo, que se llamó Jacobo, como su abuelo, y es el rey de Escocia que agora reina, y el sexto deste nombre. Esto supuesto, tambien se ha de notar que la reina Maria de Escocia era legítima heredera y sucesora del reino de Inglaterra; porque, no dejando la reina Isabel, que hoy vive, hijos legítimos que, segun las leyes de Inglaterra, lo puedan ser, y acabándose en ella la línea del rey Enrique VIII, su padre, son llamados al reino los herederos más propincuos del rey Enrique VII, su abuelo, cuya hija mayor fué Margarita, reina de Escocia (como dijimos), y de Margarita era nieta y sucesora en el reino de Escocia y en el derecho del de Inglaterra esta María, de quien vamos hablando. A la cual comenzaron algunos señores principales de su reino á querer mal y aborrecerla, porque en el tiempo que ella era menor de edad y estaba en Francia, ellos habian hecho muchos desafueros y violencias, y por instigacion de la Reina de Inglaterra, robado las iglesias y destruido los templos de Dios, con grande desacato de su divina Majestad y opresion de sus siervos; lo cual todo querian ellos que confirmase y tuviese por bueno la Reina, despues que ya era mayor de edad y tenía el gobierno libre y habia vuelto á su reino de Escocia; y ella, como justa y católica reina, no lo habia querido hacer. Por este ódio que estos señores le tenían se conjuraron contra ella y la quisieron matar, estando aún preñada de su hijo, y á un secretario, que se llamaba David, le sacaron del mismo aposento de la

Reina y le dieron muchas heridas y le acabaron. Y tambien por la envidia y mala voluntad que algunos caballeros principales de su reino tenian al Rey, su segundo marido, le mataron; procurándolo un hermano bastardo de la misma Reina, llamado Jacobo, que era prior de San Andres, por gobernar, y no sin favor y espaldas de la Reina de Inglaterra, á lo que se entiende; la cual por este camino quería revolver y turbar la paz y la religion del reino de Escocia y apoderarse del Rey niño, y afligir á la Reina, su madre, porque era católica. Todo esto se hizo así; porque del Rey niño se apoderaron algunos caballeros y señores escoceses, amigos de la Reina de Inglaterra, y María, la reina su madre, fué presa y maltratada, é infamada de los herejes falsamente que ella habia muerto á su marido. Viéndose pues la pobre y afligida señora en este estado, y mujer viuda, desamparada y sola, y que se habia visto reina juntamente de Francia y Escocia, y ahora se veia presa en manos de herejes y de sus enemigos, y que su hijo, por ser niño y no estar en su libertad, no la podia ayudar y socorrer; encomendándose á Dios, quiso huir secretamente y acogerse á otro reino, pues no podia dejar de hallar favor en el Rey de Francia, su cuñado, y amistad y buena correspondencia en los duques de Lorena y Guisa, que eran sus primos y de su sangre. Supo esto la Reina de Inglaterra, y juzgando que si estaba la reina de Escocia libre en otro reino, no tendria ella tanta mano para turbar y pervertir el de Escocia, escribióle con cautela y engaño cartas amorosas; envióle, con sus embajadores, presentes y regalos; convidóla é importunóla que se fuese á su reino; ofrecióle armas y soldados para cobrar el suyo de Escocia, y castigar á los inquietos y rebeldes; dióle su palabra y fe real de ampararla y favorecerla. Fiése la engañada señora, como mujer de mujer, como reina de reina, como sobrina de tia, como sucesora y heredera del reino de Inglaterra de aquella á quien pensaba suceder, pareciéndole que cualquiera destos títulos bastaba para asegurarla, y no mirando que se fiaba, como católica, de hereje, y que esto solo bastaba para no fiarse y para temer que se habian de quebrantar todos los otros vínculos, por más estrechos que fuesen, y todas las otras obligaciones, y así fué; porque, entrando la reina de Escocia en Inglaterra con tantas prendas de seguridad, luégo fué presa y puesta en un castillo, y poco despues entregada al Conde Salopiense para que la guardase. Tomó la Reina este trabajo y prision, como sierva de nuestro Señor, con mucha paciencia y constancia, y determinóse de acudir á él con oraciones y santas obras, esperando de su mano el remedio y alivio de sus penas. Y como un padre de la Compañía de Jesus, que se llama Edmundo Augerio, frances de nacion (que la habia tratado en Francia), le hubiese escrito una carta consolándola y animándola en aquella afliccion, le respondió la santa Reina otra en frances, de su propia mano, que, por parecerme que declara bien su pie-

dad, sufrimiento y constancia, me ha parecido poner aquí al pié de la letra, traducida en nuestra lengua castellana, y dice así:

«Maestro Emundo: Yo he recibido con grande
»consolacion de mi espíritu las cartas que me ha-
»beis escrito, aunque no sin vergüenza y sin herir-
»me los pechos, confesándome indigna de la buena
»opinion que vos teneis de mí, sin yo merecerlo.
»Mas yo atribuyo vuestras alabanzas á la miseri-
»cordia de Dios, que os ha movido por este cami-
»no á escribirme y despertarme, para que de aquí
»adelante yo procure ser tal para con Él, cual vos
»pensais que soy. Y confio que vos suplicaréis á
»su divina Majestad, y que los de vuestra santa
»Compañía me ayudarán para que yo no falte de
»mi parte en recibir con humilde sumision todas
»las amonestaciones que le placirá enviarme, para
»que yo me sujete en todo á su santa voluntad en
»todas mis adversidades; de las cuales hasta aquí
»se ha dignado defenderme piadosamente, otor-
»gándome la paciencia, la cual yo le suplico me
»quiera conceder hasta el fin. Vuestro libro, de mí
»tan deseado como necesario para estos tiempos,
»no ha llegado aún á mis manos; yo no sé quién le
»tenga, y me holgaré mucho de haber uno. Y pues
»vuestra caridad se ha extendido á visitar y conso-
»lar á una pobre encarcelada y afligida por sus
»pecados, yo os ruego que cuando pudiéredes, lo
»vais continuando, y mezclando en vuestras cartas
»alguna parte de vuestras saludables amonestacio-
»nes y santas consolaciones, para despertar más
»mi espíritu, congojado con las adversidades, al
»conocimiento de sus culpas, y aspirar al verda-
»dero descanso y á aquella consolacion perdurable
»de la cual este mundo siempre nos aparta y des-
»via. Y si quisiédesdes tomar tanto trabajo por mí,
»y ordenarme una pequeña instruccion ó manera
»de orar, en la cual, demas de las ordinarias ora-
»ciones, pongais las que son más propias para los
»dias de fiesta más solenes y para el tiempo de
»mayor necesidad, para que puedan ser presenta-
»das á Dios nuestro Señor de mi pequeña familia
»congregada, con mayor uniformidad, vos haría-
»des una obra de piedad; porque no tenemos aquí
»persona de quien podamos tomar consejo, ni em-
»barazo para no poder emplear las horas que qui-
»siéremos en servicio de Dios. Si hubiese alguna
»buena obra y propia del estado de una encarce-
»lada, en latin ó en otra lengua vulgar, yo os rue-
»go que la hagais y la deis á mi embajador, y que
»le encargueis que me la envíe, y que tomeis tra-
»bajo de visitar á mis pobres estudiantes y de en-
»comendarles que hagan oracion por mí, tenien-
»do cuenta de hacerlo vos tambien, y de procurar
»que hagan lo mismo los padres de vuestro cole-
»gio, en cuyas oraciones y sacrificios mucho me
»encomiendo; porque yo de mi parte ofreceré á
»Dios mis oraciones, aunque simples é indignas,
»por la conservacion de vuestra santa Compañía
»en su servicio. Suplico á su Majestad me dé gra-
»cia de vivir y morir en él. De Ghelfild, á nueve de

«Junio.—Vuestra buena amiga, MARÍA, reina.»

Al principio, aunque estaba presa, tratáronla con más blandura y respeto; despues, viéndola tan constante en la fe católica, fueron siempre estrechándola y afligiéndola cada dia más. Mudáronle las guardas, y diéronla en manos de hombres bárbaros, fieros y herejes, los cuales con calumnias y otros tratamientos indignos de su real persona la persiguieron y afligieron; no la dejaron oír misa ni tener un sacerdote que se la dijese ni le administrase los sacramentos, lo cual ella, por su devoción y piedad, sentia más que la misma cárcel y todos los otros tormentos. Publicaron los herejes que se habia trocado, y de católica, convirtiéndose á su falsa secta, para infamarla y hacer que los príncipes católicos le perdiesen la devoción y buena voluntad que le tenían; y para dar color á su maldad, hicieron que un ministro hereje entrase en el aposento de la Reina, y que delante della rezase algunas oraciones en su lengua vulgar, para que oyéndolas la Reina, pareciese que habia comunicado con el hereje y consentido con lo que decia. Supo la Reina la fama que habia derramado y el intento que llevaba, y escribió sobre ello al papa Pio V, de santa memoria, una carta, que dice así:

«Beatísimo Padre: Despues de besar los santísimos piés de vuestra Beatitud, habiendo sido yo avisada que mis rebeldes, y los que los favorecen y entretienen en sus tierras, han tenido sus tratos é inteligencias, de manera que han procurado dar á entender al Rey de España, mi señor y buen hermano, que yo estoy mudada en la religion católica; aunque estos dias pasados he escrito á vuestra Santidad para besar humilmente sus piés y encomendarle mi persona, he querido escribirle esta carta, y por ella suplicarle que me tenga por hija devotísima y obedientísima de la santa Iglesia católica romana, y que no crea á las falsas relaciones que de mí habrán venido, ó por ventura vendrán á sus oídos, por instigacion de los sobredichos mis rebeldes, y otros de su misma secta, que publican que yo he mudado religion, para privarme de la gracia de vuestra Santidad y de los otros príncipes católicos. Atraviesa esto mi corazon de suerte, que no he podido dejar de escribir de nuevo á vuestra Beatitud para quejarme del agravio é injuria que me hacen. Suplico-le que se digne escribir en mi favor á los príncipes cristianos, que son devotos y obedientes hijos de vuestra Santidad, y que los exhorte que interpongan su autoridad con la Reina de Inglaterra, en cuyo poder yo ahora estoy, y que le pidan que me deje salir fuera de su reino, en el cual yo entré, asegurada de sus promesas, para pedirle socorro contra mis rebeldes. Y si todavía me quiere tener, y en ninguna manera me quiere dejar, que á lo ménos me deje ejercitar mi religion, lo cual me ha vedado y prohibido desde que yo entré en este reino. Y quiero que vuestra Santidad sepa la astucia que mis enemigos han usado para dar color á sus calumnias contra mí. Hicieron que un

ministro hereje entrase en el mismo lugar en que yo estoy estrechamente guardada, y que algunas veces rezase sus oraciones en lengua vulgar; y como yo no estoy en mi libertad, ni me permiten usar de mi religion, no se me daba nada de oírlas, creyendo que no erraria en ello; pero si en esto ó en otra cualquier cosa hubiese errado, yo, padre santísimo, pido á vuestra Santidad misericordia, y le suplico me perdone y me absuelva, y esté cierto que jamas no he tenido otra voluntad, sino vivir constantemente como hija devotísima, y de la santa Iglesia católica romana, en la cual yo quiero vivir y morir, conforme á los consejos y mandatos de vuestra Santidad, y me ofrezco do recatarme y de hacer tal penitencia para emienda de mis culpas, que todos los penitentes católicos, y especialmente vuestra Santidad, como padre y señor de todos, tenga entera satisfacion de mí. Entre tanto beso los piés de vuestra Santidad, y suplico á Dios que le guarde muchos años para beneficio de su santa Iglesia. Escrita en el castillo de Bourtho, el último dia de Noviembre de mil quinientos sesenta y ocho.—De vuestra Santidad devotísima y obedientísima hija, MARÍA, reina de Escocia y viuda del Rey de Francia.»

¡Qué firme debia estar en la fe católica la que escribió esta carta! ¡Qué obediente y devota al sumo Pontífice, la que con tanta reverencia se le humilla! ¡Qué delicada conciencia tenía la que con tanta sumision pide perdon y absolucion de lo que no era culpa, ó era culpa muy ligera! Estuvo en esta prision y cautiverio casi veinte años, sin haber podido jamas alcanzar de la reina Isabel licencia para verla. Y finalmente, viendo ella y los de su Consejo que la reina Maria era sucesora legítima del reino de Inglaterra (como habemos dicho), y católica y celosa de nuestra santa religion, y tan firme y constante en ella, que, con haberle ofrecido (á lo que se dice) de declararla en el Parlamento por legítima heredera y sucesora del reino (1), si prometia de conservar la falsa secta que hoy hay en él, no habia dado oídos á ello, queriendo ántes padecer por la fe católica que reinar entre herejes; y considerando que en tantos años y con tantas molestias y vejaciones no la habian podido enflaquecer ni ablandar, temiendo que si sucedia en el reino de Inglaterra, restituiria en él la religion católica, y castigaria á los herejes que ahora le mandan y arruinan, como lo habia hecho la otra reina Maria, de santa memoria, mujer del católico rey don Felipe; por asegurar su partido y establecer su falsa y perversa secta, determinaron de quitar la vida á la que habia de dar vida al reino, y muerte á sus errores. Para poderlo hacer con ménos ódio, indignacion y espanto de todo el mundo, buscaron color (como suelen), y achacáronla que habia tratado de librarse de la cárcel y de matar á la Reina de Inglaterra, y otras cosas falsas, indignas é improbables. Y habiendo preso á sus secretarios sobre esto, y apre-

(1) Sandero, *De visibile monar.*, lib. vii.

tádola á ella, y con várias preguntas y calumnias examinádola y molestádola, finalmente se resolvieron de ejecutar su mal intento y librarse de temor y cuidado. La misma Reina de Escocia escribió una carta, con gran secreto, á uno de sus principales ministros y criados, dándole cuenta de lo que habia pasado cuando la tomaron su confesion los comisarios de Isabel, y en ella (entre otras cosas, que dejo por no ser largo) dice éstas, que, porque descubren mucho la verdad deste negocio y quitan la máscara á esta artificiosa hipocresía que al presente reina en Inglaterra, las quiero poner aquí, traducidas de lengua francesa en la nuestra castellana.

« Los comisarios de la reina Isabel, que fueron » lord Boukhast, Amyas Paulet, mi grande enemigo, » un caballero llamado Dreu Droury y mister Beel » vinieron á mí, y me dijeron que el Parlamento y » estados deste reino han dado sentencia de muerte » contra mí, la cual ellos me notificaron de parte » de su reina, exhortándome á reconocer y confesar » las culpas que contra ella he cometido. Y más me » dijeron: que para animarme á la paciencia y ayu- » darme á bien morir y á descargar mi conciencia, » la reina, su señora, me enviaba dos personas ecle- » siásticas, que eran un obispo y un dean. Añadie- » ron que la causa desta mi muerte habia sido la » continua instancia que el reino le habia hecho » sobre ella, por asegurar su real persona, pues » siendo yo su competidora, y habiendo tomado mu- » cho tiempo há las armas desta corona, sin que- » rerlas jamas dejar sino con ciertas condiciones, » no puede ella vivir (viviendo yo) con entera quie- » tud y seguridad, especialmente viendo que los » católicos me llaman *su soberana señora* y que su » vida por esto ha estado muchas veces en peligro. » La segunda causa que me dieron desta su senten- » cia y determinacion, y la más principal y que » dicen que da más pena á la Reina, fué el saber » que mientras que yo viviere, no puede su religion » echar raíces, ni tener seguridad y establecimiento » en este reino. Yo respondí que daba gracias á » nuestro Señor y á ellos tambien por la honra que » me hacian en esto, pues me tenian por buen ins- » trumento para restituir la verdadera religion en » su reino; porque, aunque soy indigna de tan gran » bien, deseo merecer ser defensora de la fe católi- » ca, y tendréme por muy dichosa y bienaventura- » da cuando lo fuere; y que en testimonio y prueba » desta verdad, de muy buena gana derramaré mi » sangre, como lo tengo protestado. Y que si el » pueblo piensa que es necesario que yo dé la vida » para que esta isla tenga descanso y quietud, tam- » bien seré liberal della, á cabo de veinte años de » prision que he padecido. Quanto al obispo y dean, » dije que yo hacia infinitas gracias á nuestro Se- » ñor; que sin ellos, yo conozco mis pecados y las » culpas que he cometido contra mi Dios y contra » su Iglesia, y que no queria aprobar sus errores, » ni tener que dar ni tomar con ellos; pero que si » ellos quisiesen concederme un sacerdote católico

» (como yo se lo rogaba por amor de Jesucristo), » sería para mí muy gran regalo; porque deseaba » componer mis cosas y recibir los santos sacramen- » tos, como quien se despide deste mundo. Ellos » me dijeron que no pensase que moria por ser san- » ta ó mártir, pues moria por haber conspirado con- » tra la Reina y por haberla querido desposeer de » su coroua. Yo respondí que soy tan presuntuosa, » que deseo aspirar á estas dos coronas, de santa y » de mártir; pero que ellos, aunque tenian poder so- » bre mi vida y cuerpo, por permission divina, y no » por razon y justicia (pues yo era reina y *soberana* » *señora*, como siempre lo he protestado), no le te- » nian sobre mi ánima, ni me podian estorbar que » yo espere en la misericordia de Dios, y confie » que el que murió y dió su sangre por mí, aceta- » rá la mia y mi vida, que yo le ofrezco por la con- » servacion de su Iglesia, fuera de la cual, ni aquí » ni en otra parte yo no deseo mandar, ni quiero » reino temporal con pérdida de reino eterno. Que » lo que yo suplicaba á nuestro Señor era, que to- » mase en descuento de mis muchos pecados las » muchas penas y fatigas de cuerpo y espiritu que » padezco. Que contra la vida de la Reina yo no » habia conspirado, ni aconsejado ni mandado cosa » alguna, ni pasádome por la imaginacion lo que » ellos me achacaban; y por lo que toca á mi par- » ticular, á mí no se me daba nada dello. Aquí dije- » ron ellos: « A lo ménos habeis permitido que los » ingleses os llamen *su soberana señora*, y no les » habeis hecho contradiccion. » Respondí yo: « No se » hallará que yo haya usurpado en mis cartas, ni en » otra manera, ese título, ni usado dél; pero el re- » prender ó enseñar á personas eclesiásticas, ése no » es mi oficio, siendo yo, como soy, mujer y hija de » la Iglesia, por la cual, y por obedecerla, quiero » morir, y no matar á nadie para tomar su derecho. » Para acabar, anteayer vino á mi otra vez Paulet » con Droury, que es el más molesto dellos, y me » dijo que habiéndome avisado que reconociese » mis culpas y me arrepintiese dellas, no habia » mostrado dolor ni arrepentimiento alguno, y que » á esta causa la Reina habia mandado que me qui- » tasen el dosel y me avisasen que de aquí adelan- » te yo me tenga por una mujer muerta, sin honra » ni dignidad de reina. Yo respondí que Dios, por » su sola gracia, me habia llamado á esta dignidad, » y que yo habia sido ungida y consagrada justa- » mente por reina; y así pensaba volver á Dios la » dignidad real con mi ánima, pues de su sola ma- » no la habia recibido. Y quo yo no conocia á su » reina por superiora, ni á los de su Consejo, here- » jes, por mis jueces, y que yo habia de morir reina, » á pesar de todos ellos, pues no tenian otro poder » sobre mí sino el que tienen los salteadores de ca- » minos que están en un bosque, sobre el más jus- » to príncipe de la tierra. Mas que yo esperaba en » Dios que, despues de haberme librado deste cau- » tiverio, él mostraria su justicia. Que no era mara- » villa que en esta isla, donde tantos reyes han si- » do muertos con violencia, yo, que soy de su san-

»gra dellos, corra la misma fortuna. Viendo que
 » mis criados no querian poner mano en el dosel
 » para descolgarle; ántes que mis pobres damas da-
 » ban gritos y pedian á Dios venganza contra la
 » Reina y su Consejo, el dicho Paulet llamó siete
 » ó ocho hombres de guarda, y les mandó quitar
 » el dosel, y él se sentó y se cubrió, y despues me
 » dijo que ya no era tiempo de pasatiempos y de
 » recreos para mí, y por eso habia de quitar mi me-
 » sa de estado. Ayer llamé mi pequeña familia y la
 » junté, para que todos mis criados sean testigos de
 » mi fe, que es la católica, y de mi inocencia, y les
 » encargué delante de Dios que dijessen la verdad
 » de todo lo que saben. Yo he remitido á los seño-
 » res duques de Lorena y de Guisa, y á los otros
 » mis deudos, todo lo que toca á la salud de mi áni-
 » ma, descargo de mi conciencia y reparo de mi
 » honra. Encomendadme á la Ruhe, y decilde de mi
 » parte que se acuerde que yo le prometí de mo-
 » rir por la religion católica, y que, á lo que veo, ya
 » estoy libre desta promesa, y que yo le ruego que
 » me encomiende á Dios, con todos los de su órden.
 » Yo estoy muy contenta, y siempre lo he estado, de
 » sacrificarme y ofrecer mi vida por la salud de las
 » almas desta isla. Quedad con Dios; que ésta será
 » la postrera vez que os escribiré; tened memoria
 » del alma y honra de la que os ha sido reina, se-
 » ñora y amiga. Y yo suplico á Dios que, pues yo
 » no puedo, él os pague los servicios que me habeis
 » hecho, como el más principal y más antiguo de
 » mis criados, á los cuales dejo huérfanos y desam-
 » parados en sus benditas manos. De Frodinghaye,
 » el juéves veinte y cuatro de Noviembre, mil y qui-
 » nientos y ochenta y seis.—Vuestra aficionada y
 » buena señora, MARÍA, reina.»

Por esta carta se ve claro el ánimo y piedad des-
 ta santa Reina, y cuán aparejada y firme estaba en
 morir por la fe católica, y que la causa principal y
 verdadera de su muerte fué por verla tan constan-
 te en ella, y temer los herejes de Inglaterra que si
 ella vivia y venía á tener el cetro y la corona de
 aquel reino, ellos pagarian con sus cabezas el es-
 trago y ruina que han causado en él. Vese asimis-
 mo la inhumana y bárbara crueldad con que tra-
 taron á esta afligida y dichosa señora los postre-
 ros años de su prision, pues la privaron de la au-
 toridad y servicio debido á su real persona y esta-
 do. Y no ménos se descubren la paciencia, sufri-
 miento y magnanimidad que ella tuvo en estos
 sus trabajos y fatigas. Tambien escribió otra carta
 á la reina Isabel, su tia, en la cual dice estas ra-
 zones, que declaran lo mismo:

«Yo me he determinado de abrazarme con solo
 » Jesucristo, el cual nunca desampara á los atribu-
 » lados que le aman de buen corazon, y los cum-
 » ple de justicia y consuelo, especialmente cuando
 » les falta todo el favor humano, y ellos acuden á
 » su proteccion. A él se dé la honra y gloria, pues
 » no me ha engañado mi esperanza; ántes me ha
 » dado corazon y fuerza, *in spem contra spem*, para
 » padecer las injusticias, calumnias, acusaciones y

P. R.

» condenaciones de mis enemigos con ánimo re-
 » soluto y determinado de sufrir la pena por la obe-
 » diencia de la Iglesia católica, apostólica y roma-
 » na. Cuando me notificaron de vuestra parte la sen-
 » tencia de la postrera junta de algunos de vuestros
 » estados, y me avisaron que me aparejase para el
 » fin de mi largo y penoso destierro, yo rogué á
 » vuestros ministros que os diesen gracias, de mi
 » parte, de tan buenas y agradables nuevas como
 » aquéllas eran para mí. Yo no quiero acusar á na-
 » die, sino perdonar á todos de buen corazon, como
 » desearia que cada uno me perdonase, si yo le hu-
 » biese ofendido; y deseo y suplico á Dios que él
 » primero me perdone. Lo que yo sé es, que ningun-
 » na persona está tan obligada á mirar por mi hon-
 » ra como vos, señora, pues soy vuestra sangre y
 » reina soberana, y hija de rey. Por tanto, madama,
 » por reverencia de Jesucristo (á cuyo nombre todos
 » los potentados del mundo obedecen y se arrodia-
 » llan), yo os suplico tengais por bien que, despues
 » que mis enemigos se hubieren hartado de mi san-
 » gre inocente, todos mis pobres y desconsolados
 » criados juntos lleven mi cuerpo á Francia, para
 » que sea enterrado en tierra santa, con algunos de
 » mis antepasados, y particularmente con la reina
 » mi madre y señora, que está en gloria. Muéveme
 » á pedirlos esto por ver que en Escocia han sido
 » maltratados los cuerpos de los reyes, mis proge-
 » nitores, y los templos derribados y profanados, y
 » que padeciendo en esta tierra, no puedo ser en-
 » terrada con vuestros predecesores, que lo son
 » tambien míos. Y lo que más importa, que, confor-
 » me á nuestra sagrada religion, estimamos mucho
 » ser enterrados en tierra santa y limpia. Y porque
 » tengo temor de la secreta tiranía de algunos de
 » vuestros consejeros, tambien os suplico que no
 » se ejecute la sentencia de mi muerte sin que vos,
 » señora, lo sepais. No porque me espanten los tor-
 » mentos y penas (que yo estoy aparejada para las
 » sufrir), sino porque temo que han de publicar y
 » derramar por el mundo mil mentiras della, como
 » lo han hecho de otros. A esta causa deseo que
 » todos mis criados estén presentes á mi muerte y
 » sean testigos de mi fin, y que acabo en la fe de
 » mi Salvador y en la obediencia de su Iglesia. Yo
 » os pido otra vez, madama, y de nuevo os suplico,
 » por la pasion de Jesucristo y por nuestro deudo,
 » y por el amor del rey Enrique el Séptimo, vuestro
 » abuelo, y bisabuelo mio, y por la obligacion y
 » respeto que debe una mujer á otra mujer, y una
 » reina á otra reina, que me otorgueis esta mi pos-
 » trera peticion. Y si me la concedeis, vea yo vues-
 » tra postrera respuesta y llegue á mis manos lo
 » que me quisiéredes escribir. Por acabar, suplico
 » humildemente á Dios, que es padre de misericor-
 » dias y justo juez, que os alumbre á vos con la luz
 » de su santo espíritu, y á mí me dé gracia para aca-
 » bar en perfeta caridad, como yo propongo de
 » hacer, perdonando mi muerte á todos los que son
 » causa della ó han tenido parte en ella, y ésta se-
 » rá mi oracion hasta mi postrera boqueada y úl-

«tino fin. Yo me tengo por muy dichosa, por ver
 » que nuestro Señor me lleva y libra deste frágil
 » cuerpo ántes que venga la calamidad y grave
 » castigo sobre esta pobre isla, que la amenaza y
 » veo venir sobre ella, si no temo y reverencia do
 » véras á Dios, y el gobierno político del reino no
 » toma mejor camino. No lo interpreteis á soberbia
 » ó presuncion si, como quien sale ya deste mundo
 » y se apareja para el otro, os dijere que os acor-
 » deis que vendrá dia en que delante del universal
 » y justo Juez vos daréis cuenta de vuestras obras,
 » tan estrecha y tan rigurosa como los que vamos
 » delante de vos. Y que deseo que los que me to-
 » can en sangre y son de mi tierra piensen con
 » tiempo y entiendan bien lo que desde que la lum-
 » bre de la razon se descubre en nosotros debíamos
 » todos entender, para regular nuestros apetitos de
 » manera, que los cuidados de las cosas temporales
 » den su lugar á los de las que son perdurables y
 » verdaderas. De Fodringhayo, á diez y nueve de
 » Diciembre de mil quinientos ochenta y seis.—
 » Vuestra hermana y sobrina, presa injustamente,
 » MARÍA, reina.»

Queriendo pues ejecutar la sentencia dada con-
 tra la Reina de Escocia, Isabel despachó una cédula
 real para los condes de Scherusbery, de Kent, de
 Erby, de Comberland y de Pembrok, mandándoles
 que fuesen al castillo de Fodringhayo, donde esta-
 ba presa la Reina, y que se ejecutase la dicha sen-
 tencia en el tiempo, lugar y forma que á ellos
 mejor pareciese. Y en esta cédula real, entre otras
 cosas, dice Isabel que se ha determinado á esto:

«Por condescender á los continuos ruegos que
 » los de su Consejo y otras personas graves con
 » grande instancia le habian hecho, por evitar los
 » ciertos y evidentes daños que, si no se ejecutase
 » la dicha sentencia, podrian suceder, no solamente
 » contra su vida, sino tambien contra las de sus
 » mismos consejeros y sus descendientes, y contra
 » el estado público del reino, así en lo que toca al
 » evangelio y verdadera religion de Cristo, como
 » para la paz y quietud dél.»

Con este despacho y cédula real, á los catorce
 de Febrero deste año pasado de mil quinientos
 y ochenta y siete, partió de Lóndres un secretario
 del Consejo, grande enemigo de la Reina de Esco-
 cia, que se llamaba Beale, y llevó consigo al ver-
 dugo ordinario de Lóndres, aunque disfrazado con
 vestido de terciopelo y una cadena de oro. Y á los
 diez y siete de Febrero, á las tres de la tarde, vi-
 nieron los comisarios al castillo, donde estaba la
 Reina, y le leyeron las letras patentes de su comi-
 sion, y le dijeron que se aparejase para morir la
 mañana siguiente. No se turbó la Reina con esta
 embajada, mas levantó luego el corazon y los ojos
 al cielo, y despues con rostro sereno y grave res-
 pondió que no podia creer que tal fuese la volun-
 tad de la Reina, su tia, así por la palabra y fe real
 que la habia dado ántes y despues de haber entra-
 do en su reino, como por una carta que pocos dias
 ántes la misma Reina le habia escrito, en la cual

le aseguraba que no se haria violencia alguna á
 su real persona. Replicaron ellos que, no obstante
 lo que decia la Reina, la voluntad de su señora era
 que muriese. Aquí la buena Reina respondió que
 se maravillaba mucho que se usase con ella de tan
 grande rigor, siendo reina tambien, como lo era
 la de Inglaterra, y soberana señora y libre, y por
 ninguna via sujeta á las leyes de Inglaterra, é inno-
 cente y sin culpa de lo que le oponian, como lo
 testificaria hasta la muerte; y que esto era mostrar
 que la Reina, su tia, tenía tanta sed de sangre de ca-
 tólicos, que no se podia hartar sino con la de su
 sobrina. Pero, pues Dios nuestro Señor era padre, y
 por este camino la queria librar de las miserias
 desta triste vida, y dar fin á su largo y penoso
 cautiverio, y á aquel tratamiento que, no como á
 reina, sino como á esclava, se le habia hecho los
 postreros años de su prision, que ella se conforma-
 ba con la voluntad de su Señor y Padre, el cual
 tiene cuidado de sus escogidos y lleva á cada uno
 por el camino que más le conviene. Que ella paga-
 ria con su muerte la deuda que todos los mortales
 tenemos, y esperaba en Dios que, pues era servido
 que la suya fuese tan rigurosa y tan sin culpa de
 lo que ellos decian, por ella le serian perdonadas
 las otras que habia cometido en toda la vida, y
 lavadas con la sangre de Jesucristo, su redentor;
 de manera que la muerte le fuese principio de ver-
 dadera y eterna vida, y escalera para el cielo. Aña-
 dió más: que aunque habia muchos años que
 aguardaba este golpe (porque de tal reina no se
 podia aguardar otra sentencia), y se habia aperce-
 bido para recibirle; pero por ser tan fuerte y el
 más terrible de la vida, holgaria que se le diese
 algun poco de tiempo más, para aparejarse y pro-
 veerse mejor para tan peligrosa é importante jor-
 nada, y tener junto de sí algun sacerdote católico,
 virtuoso y prudente, que la confesase, ayudase y
 esforzase; porque con esto en alguna manera se
 mitigaria su dolor, y se ablandaria el rigor de la
 crueldad que con ella se usaba. Negáronle la di-
 lacion que pedia la Reina, y en lo del sacerdote
 le dijeron que la Reina, su señora, por su acostum-
 brada clemencia y por el amor que tenía á su áni-
 ma, le habia enviado quien la sirviese y consolase.
 Preguntó la Reina: *¿Es católico esa persona que
 decis, y tiene la fe y comunión de la Iglesia romana?*
 Y como respondiesen que no, dijo la santa Reina:
 «No es eso lo que yo quiero ni lo que yo he menes-
 ter.» Yo soy católica, y católica tengo de morir, y
 por ser católica muero, y téngolo por muy gran
 merced de Dios. Sin sacerdote me favorecerá mi
 Dios, que ve mi buen deseo, y sin los medios or-
 dinarios puede salvar y salva á las ánimas, que él
 mismo con su sangre compró. Con esto, la Reina se
 cerró en su aposento, y escribió á su limosnero un
 billete con estas palabras:

«Yo he sido hoy combatida y tentada de los he-
 » rejes contra mi religion, para que recibiese con-
 » suelo por su mano dellos. Vos sabréis de otros
 » que á lo ménos yo he hecho fielmente protesta-

» cion de mi fe, en la cual quiero morir. Yo he
» procurado de haberos y pedidoos para confesar-
» me y recibir el Santo Sacramento. Hánmelo nega-
» do cruelmente, como tambien que mi cuerpo sea
» llevado desta tierra, y de poder estar libremente,
» y escribir, si no es por mano dellos y con volun-
» tad de su señora. Y así, faltándome el aparejo, yo
» confieso humilmente con gran dolor y arpen-
» timiento todos mis pecados en general, como lo
» hiciera en particular, si pudiera; yo os ruego que
» esta noche queráis velar y orar conmigo, en sa-
» tisfacion de mis pecados, y de enviarme vuestra
» bendicion. Avisadme por escrito las oraciones
» más propias y particulares que debo hacer esta
» noche y en la mañana, y todo lo demas que os pa-
» reciere que me puede ayudar para mi salvacion.
» El tiempo es corto y no puedo escribir más.»

Despues desto, postrada en el suelo, delante el divino acatamiento, comenzó con copiosísimas lágrimas y afectuosos suspiros á resinarse en las manos de Dios, y á suplicarle que, pues era servido que así muriese, le diese fortaleza y constancia en aquella hora. Toda la noche estuvo en oracion, si no fueron algunos ratos, que se levantaba para tratar con su mayordomo y encomendarle lo que de su parte habia de decir al Rey, su hijo, y á otros, y luego volvía á su oracion. Al fin, postrándose delante del Santísimo Sacramento (que todo el tiempo de su prision, por particular beneficio de nuestro Señor, habia tenido consigo), movida por un cabo de grande devocion á aquel manjar, que da vida y esfuerzo á los que le comen, y por otro, de temor que no fuese maltratado de los herejes despues de su muerte; por no haber sacerdote que se le administrase, ella misma le tomó por viático y escudo, con toda humildad y con el acatamiento debido, á la manera que los cristianos antiguos lo hicieron, cuando, en tiempo de las persecuciones de los tiranos, por no poder venir á las iglesias para comulgarse, se comulgaban en sus casas por su mano (1). Y este uso duró despues muchos años en tiempo de paz (2).

Habian hecho un cadalso de doce piés en cuadro, en la sala grande del castillo, cubierto de paños negros, y puesto en él una almohada de terciopelo negro y un tajon, en que la cabeza de la Reina se habia de cortar. Habian encerrado á todos sus criados y criadas, y dejándole solamente á su mayordomo y un médico y dos damas, que la acompañasen y sirviesen; los cuales, cuando vieron que se allegaba ya la hora y asomaba el ejecutor de esta tiranía con sus ministros para llevar á la Reina, comenzaron á dar grandes alaridos y á deshacerse en lágrimas, como habian hecho toda la noche. Mirólos la Reina con ojos amorosos y llorosos, y díjoles: «Mucho me mara-

villo que vosotros, que habeis sido tantos años compañeros de mis trabajos y penas y deste miserable cautiverio, ahora lloreis y lamenteis mi libertad y la vuestra. Vosotros os iréis á vuestras casas libres, y yo (como confío en mi Dios), libre ya de los males infinitos deste mundo, comenzaré á tener vida y descanso.» Eran ya las ocho de la mañana, y los que la tenian en guarda le daban prisa, y le decian que se aparejase; y ella con semblante sosegado y constante respondió que ya estaba á punto, y que aún las dos horas que le quedaban de vida, hasta las diez (que era el término señalado), de buena gana se las daria, si aquello bastaba para satisfacerles y darles contento. A su mayordomo de nuevo encargó que dijese á su hijo lo que le habia mandado, y le sirviese y llevase su bendicion, la cual allí le echó, haciendo la señal de la cruz con la mano. No tuvo ánimo ninguno de sus criados de llevarla de la mano al cadalso, adonde habia de morir, porque todos estaban traspasados y caidos de dolor, y porque no querian ellos ser guías y ministros de su señora en una tragedia tan lastimera y dolcrosa como era ésta. Y porque se sintió flaca, por su poca salud y mal tratamiento pasado, y por haber velado toda la noche, Paulet le dió dos hombres que la ayudasen. Estaba la Reina vestida de terciopelo negro; en la una mano llevaba un crucifijo, y en la otra un libro, del cuello pendiente una cruz, y de la cinta un rosario. Desta manera salió á la sala, y subió en el tablado con tan maravilloso esfuerzo y con tanta alegría como si fuera á una gran fiesta y real convite. Subida en el tablado, volvió los ojos con gran gravedad y mesura, y miró la gente que estaba presente, que serian como trescientas personas, que solas habian dejado entrar (sin otras muchas que quedaban fuera), y hablóles en esta manera:

«Creo que entre tantos que aquí estais presentes, y veis este espectáculo lastimoso de una reina de Francia y Escocia, y heredera del de Inglaterra, habrá alguno que tenga compasion de mí y llore este triste suceso, y dé verdadera relacion á los ausentes de lo que aquí pasa. Aquí me han traído, siendo reina ungida y soberana señora, y no sujeta á las leyes deste reino, para darme la muerte, porque, siendo reina, me fié de la fe y palabra de otra reina, que es mi tia. De dos delitos me acusan, quoson: el haber tratado de la muerte de la Reina, y haber procurado mi libertad. Mas por el paso en que estoy, y por aquel Señor que es Rey de los reyes y supremo Juez de los vivos y de los muertos, que lo primero me levantan, y que ni ahora ni en algun tiempo jamas traté de la muerte de la Reina. Mi libertad he procurado, y no veo que el procurarla sea crimen, pues soy libre y reina y soberana señora. Pero, pues Dios nuestro Señor quiere que con esta muerte yo pague los pecados de mi vida, que son muchos y muy graves, y que muera porque soy católica, y que con mi ejemplo aprendan los hombres en qué paran los cetros y grandezas deste mundo, y entiendan bien cuán espantosa cosa

(1) Esto se saca de Tert., lib. 1, *Ad uxorem Cypr. de lapsis*. Clement. Alexand., *Stro.* lib. 1.

(2) Greg. Nacianc., *in orat. in laudem Gorgonire*. Hier., *in Apol. ad Pamma*. Ambr., *in orat., fun. f. Satyri*; et Basil., *Ad Cæsaream Patritiam*.

es la herejía, yo aceto la muerte de muy buena voluntad, como enviada de la mano de tan buen Señor, y os pido y ruego á todos los que aquí estais y sois católicos que rogueis á Dios por mí, y que me seais testigos desta verdad, y que muero en la comunión de la fe católica, apostólica y romana. Y protesto en esta última hora que la causa principal de haber procurado mi libertad ha sido el deseo y celo de restituir y ensalzar nuestra santa y católica religion en esta desventurada isla; y si viviera muchos años, no dejára de procurarlo, aunque ellos no pudieran ser muchos, por la poca salud y mucha flaqueza que tengo, como podeis ver; y así, voy contenta y alegre, porque, habiendo de morir una muerte, muero por tan buena causa.»

Acabado este razonamiento, se puso en oración con sus dos damas, hablando en latín con Dios. Llegóse un dean hereje, que se llamaba Pedro Borungo, como quien la queria ayudar en su oración y disponerla para aquel paso; miróle con aspecto grave y turbado, y no quiso que se le acercase, diciendo que ella era católica, y que en la fe católica protestaba querer morir. Quiso el perverso hereje porfiar y de nuevo tentar la constancia en la fe de la santa Reina; mas ella se enojó, y dió voces y dijo: «Callad, dean, que me turbais, y no os quiero oír ni tener parte con vos.» Y así, mandaron los condes al dean que callase, porque no diese pena á la Reina. Aunque uno dellos, que fué el Conde de Ken, la tornó á tentar y á desasosegar, burlándose del crucifijo que llevaba la Reina en la mano; pero no le valió, porque ella le tenía metido en su corazón. Y así, dijo al Conde: «Justo es que el cristiano en todo tiempo, y más en el de la muerte, traiga consigo el marco de su redención.» Mostró otra vez deseo y ánsia de algun sacerdote católico, y de nuevo se le negaron. Tornó á repetir que era inocente, perdonó á todos sus enemigos, rogó por los que injustamente la habian condenado á muerte, y particularmente por la Reina de Inglaterra. Animó y consoló á sus damas, que estaban allí caídas y atravesadas de dolor, avisándolas que convirtiesen sus lágrimas en oraciones por su ánima; que fueron las postreras palabras que les dijo. Luégo se presentó á la muerte, enclavados los ojos en el cielo, como arrobada y suspensa, con una magnanimidad y constancia admirable.

¡Oh reina fuerte! ¡Oh reina constante! ¡Oh reina alumbrada y esforzada con el espíritu del cielo, para despreciar y hollar las cosas precederas de la tierra! ¿No os acordais, señora, de vuestra esclarecida sangre y soberana majestad? ¿No de aquel tiempo florido de vuestra inocencia, hermosura y gallardía? ¿No del trono, no de la corona real, no del cetro y señorío? ¿No de vuestra grandeza, mandando é imperio? ¿No de los grandes señores y señoras que os servian, de las guardas y soldados que os acompañaban, de los pueblos y reinos que os obedecian y adoraban? Pues ¿cómo no os turba la memoria de todo eso que perdistes, y no os aflige

el trueque miserable y la suerte lastimosa que al presente teneis, viéndoos sola y desamparada, en un tablado, rodeada de sayones, el verdugo al lado y el cuchillo á la garganta, y que siendo reina ungida, moris por mano de otra reina, vuestra tia, de quien por serlo os fiastes? Ninguna destas cosas fué parte para que se turbase la santa Reina; porque tenía el corazón y los ojos puestos en el cielo, y sabía que esta vida es una comedia, y que todos los que viven en ella, aunque sean reyes, son representantes; y como amaba lo que es eterno, y deseaba lo que amaba, y moria por la fe católica, no se enflaqueció ni se turbó; ántes con ánimo invencible, ella misma comenzó con sus propias manos á bajar el collar de su ropa para aparejar el cuello al golpe. Quisola ayudar el verdugo, y ella estuvo tan en sí, que le dió de mano, diciendo que aquél no era su oficio. Una de sus damas le puso el velo delante de los ojos, y con esto, puesta de rodillas, dijo ciertas oraciones, y suplicó con grande afecto y amorosos suspiros á Dios nuestro Señor que ya que, por sus pecados, no habia merecido en su vida alcanzar de su divina Majestad el remedio y salud de aquel triste reino de Inglaterra, á lo ménos acetase en aquella hora su muerte y la sangre que por su fe y verdad derramaba, y le ofrecia, por la conversión de tanta gente descaminada y perdida; invocando para esto á la serenísima Reina de los ángeles, nuestra Señora, y á todos los bienaventurados espíritus y santos del cielo, é importunándolos mucho que acompañasen y favoreciesen aquella su oración, y alcanzasen ellos del Señor lo que ella por sí no merecia. Hizo asimismo oración por toda la santa Iglesia, por el Papa, por el Rey su hijo, por el Rey de Francia y Rey de España, y por la misma Reina de Inglaterra, pidiendo á Dios con corazón afectuoso y ardiente que la alumbrase y convirtiese á su santa religion. Con esto dijo tres veces aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*. Luégo puso la cabeza sobre el madero, y el verdugo se la cortó con una hacha, unos dicen en dos, otros en tres golpes, y la tomó en la mano, diciendo en voz alta: *Dios guarde á nuestra reina Isabel, y esto venga sobre los enemigos del Evangelio*. Y la alzó y mostró á todos los circunstantes; y despues, por una ventana, la mostró á los que estaban defuera. Voló el espíritu de la santa Reina, puro y limpio y lavado con su sangre, al cielo, dejando al cuerpo, su compañero, tendido en el suelo y revuelto en la misma sangre; y con este espectáculo quedaron sus criados desmayados y llorosos, los circunstantes atónitos, los herejes alegres y los católicos desconsolados y afligidos; el Rey, su hijo, y el Cristianísimo Rey de Francia, su cuñado, obligados á vengar esta injuria tan atroz de su madre y hermana; y los demas reyes de la cristiandad á castigar la afrenta que el nombre y majestad real (que es reverenciado en todo el mundo) en la muerte de María, reina de Escocia, ha recebido; la cual ha permitido Dios para que entendamos todos que hay otra vida, y en ella premio cier-

to y castigo; pues en ésta mnere María, reina, por mano de Isabel; y que no hay seguridad ni firmeza en las coronas, cetros y señoríos; pues una reina tan esclarecida de Escocia y Francia murió á manos del verdugo de Lóndres. Y para que todo el mundo quede asombrado, por una parte, de tan bárbara crueldad, y por otra, esforzado, con este ejemplo, para morir por la fe católica, y acabe de entender cuán horrible monstruo es la herejía. Cubrieron el cuerpo con un paño negro, y llevaronle á un aposento, y al momento sonaron todas las campanas de la comarca y hiciéronse luminarias; y lo mismo mandó la Reina de Inglaterra se hiciese en la ciudad de Lóndres, con grande fiesta y regocijo; y la misma Reina se paseó por la ciudad (á lo que dicen) sobre un caballo blanco, para mayor muestra de su contento y alegría. Éste fué el fin de María Stuarda, reina de Escocia y de Francia, y ésta es la historia y lastimosa tragedia, escrita breve y sencillamente. Aunque los herejes (como suelen), para dar color á su impía y bárbara crueldad, dan otras causas desta muerte (como he dicho) é infaman falsamente á la Reina. No pudieron sus criados alcanzar que les diesen el cuerpo, para desnudarle ellos con la decencia y respeto que se debía, sin que el verdugo le tocase; ántes él le quitó la escofia de la cabeza, la cual pareció allí blanca y llena de canas, y despues trató el cuerpo con sus manos sangrientas como quiso, para que la sustancia deste hecho y los accidentes y circunstancias dél todo fuese de una misma manera. Recogieron toda la sangre de la santa Reina, lavaron todas las cosas que habian sido teñidas della, hasta los vestidos, tablas, madera, y quemaron el paño negro que estaba sobre el tablado, y habia sido manchado de la sangre copiosa que se habia derramado encima dél. Y todo esto se hizo porque no quedase rastro ni señal de aquel martirio, ni cosa de que para su devocion se pudiesen aprovechar los católicos; de la manera que se hizo en Francia en la persecucion de Vero, emperador; porque quemaban todas las cosas que habian sido de los santos mártires, y echaban en el rio Ródano las cenizas para que no quedasen por reliquia, y con la vida del cuerpo se acabase su memoria, como lo dice Eusebio (1). Vivió la santa Reina cuarenta y cuatro años y casi dos meses; nació el año de mil quinientos cuarenta y dos, de la ilustrísima sangre de la casa Stuarda y de Lorena; murió, como hemos dicho, á los diez y ocho de Febrero de mil y quinientos ochenta y siete, conforme al calendario gregoriano. Fué muy hermosa. Sabía bien las lenguas escocesa, inglesa, francesa, española y latina. Su cuerpo, dicen que al cabo de algunos meses se enterró en Petriburgo, donde está enterrado el cuerpo de la santa reina doña Catalina. Pues si esta historia es verdadera, como se dice y se escribe, *obstupescite, cæli, et desolamini, portas ejus, vehementer* (2); maravillaos, cielos, y

las puertas del cielo, asombraos en gran manera. Y la razón de maravillarse es, que en nuestros dias, entre hombres que tienen nombre de cristianos y prudentes y políticos se haya hallado un ejemplo tan atroz y de tan extraña crueza, cual entre bárbaros, infieles é insensatos hasta ahora jamas se ha visto ni oído; porque, ¿qué mayor inhumanidad puede ser, que no amparar una reina á otra reina, su vecina, viéndola desamparada y oprimida injustamente de sus vasallos? ¿Qué mayor desamor, que no dar la mano la tia á la sobrina, y la que está sentada en el trono real á la que legítimamente le ha de suceder? ¿Qué mayor infidelidad, que prender y tener cautiva tantos años á una reina que, convidada, rogada é importunada de otra reina, entró en su reino debajo de su palabra y fe real? ¿Qué mayor crueldad, que tratarla tantos años, no como á reina ni con el respeto que se debe á una tan alta princesa, y no quererla ver ni oír, ni darle un sacerdote para su alivio y consuelo? ¿Qué, no concederle que su cuerpo fuese llevado á Francia, como ella misma, por la postrera gracia, con tanto encarecimiento se lo habia escrito y rogado? ¿Qué mayor hipocresía que buscar color para cubrir esta misma impiedad con velo y capa de justicia? ¿Puédese esto encarecer ó creer? ¿Hay entendimiento que lo alcance ó lengua que lo explique como ello es? Pues áun no es esto lo fino desta maldad; no ha llegado á su punto esta fiera y bárbara hipocresía. Reyes ha habido que mataron á otros reyes por venganza ó por asegurar sus estados y señoríos; pero hacíanlo de manera que en su misma crueldad habia algun rastro ó señal de humanidad; porque daban muestras de tener sentimiento de lo que hacian y respeto á la majestad real en el modo con que lo hacían. Pero ¿quién jamas ha visto ni oído que una tia á su sobrina, y una reina á otra reina, le mandase cortar la cabeza por manos del verdugo ordinario, que las tenía ensangrentadas en atormentar y despedazar á los ladrones, homicidas y hombres facinorosos de la república? ¿En qué historia de indios y bárbaros se lee que se hayan hecho luminarias, fiestas y regocijos por la muerte de una reina inocente, y que la misma reina que le da la muerte, se vista galana y pasee la ciudad á caballo con alegría, como quien triunfa de su enemiga? En Inglaterra sólo se ha hecho esto en todo el mundo, y por mano de herejes se ha hecho, y por ellos solos se podia hacer. Porque, como la herejía es un monstruo infernal, todos los frutos que nacen della son monstruosos é infernales. Y si para conocer esta verdad no bastaban los innumerables ejemplos que ántes teníamos de crueldad, violencia y tiranía que han usado los herejes en nuestros tiempos, este solo basta por todos, y bastará en todos los siglos advenideros; pues es tal, que en Tartaria y en la Scitia y en cualquiera nacion, por áspera, fiera é inhumana que sea, los mismos bárbaros, cuando le oyeren, no le creerán.

(1) *Hist. eccles.*, lib. v, cap. 1.

(2) *Ierem.*, II.

CAPÍTULO XLI.

La felicidad que los herejes de Inglaterra predicán de su reino.

Ya hemos visto la clemencia de la Reina de Inglaterra y de sus ministros. Buen argumento es della la muerte cruel de la Reina de Escocia, con la cual, y con la turbacion de los otros reinos y estados (de que hemos tratado) han quedado los herejes tan ufanos, que con estar Inglaterra como está, y como se puede sacar desta historia, no faltan lisonjeros y hombres de conciencia rotos, y de vida y de fe perdidos, que escriben y publican que nunca aquel reino estuvo en mayor prosperidad; tomando esto por argumento para persuadir que su falsa religion es verdadera, pues así es favorecida de Dios. Mas en lo uno y en lo otro se engañan, porque la sobrada prosperidad y copia de bienes temporales no es cierta señal de los que la tienen, ser más amigos y más favorecidos de Dios, pues él da estos bienes á los buenos y á los malos, á los fieles é infieles, como cosas que son indiferentes y de poca sustancia. Antes en esta vida Lázaro (1) recibe males, y el rico avariento bienes, y Antioco despoja el templo y el *sancta sanctorum* (2), y los que confiesan y adoran á Dios son dél maltratados y afligidos. Y esto permite el Señor para que los buenos, ó purguen acá, con la tribulacion, algunas culpas que, como hombres, tienen, ó acrecienten sus merecimientos, y no le sirvan por cosas tan bajas y rateras como son las de la tierra, y los malos con ellas sean pagados de algunas buenas obras que hicieron, y castigados de las malas en el infierno. Y por esta causa, muchos santos tienen por cosa peligrosa, y señal de la ira y indignacion de Dios, la larga y continua prosperidad de los bienes temporales que tienen los malos en esta vida. Porque aunque el vulgo llame bienaventurado aquel *cujus hæc sunt*, el Profeta, con lumbre del cielo, dice: *Beatus populus cujus dominus Deus ejus* (3). Pero aunque fuese verdad (que no lo es) que la extraordinaria prosperidad de los bienes temporales es señal del favor extraordinario de Dios, es tan al revés lo que ellos dicen de Inglaterra, que ningun reino ni provincia de cristianos calienta hoy el sol, que esté más miserable y afligida. Lo cual dirá, no el vulgo inorante, que toma las cosas á bulto, sino cualquiera persona cuerda y grave, que las pesáre con justo y verdadero peso. ¿Qué felicidad puede tener un reino donde no reina la justicia, por la cual cada uno es señor de lo que es suyo y de sí; donde no hay sosiego y quietud; que está lleno de cargas, de agravios, de sospechas y temores? ¿Hay justicia en Inglaterra? ¿Júzgase segun las leyes del reino, ó segun el apetito y antojo de los jueces, que la tuercen á su voluntad? Hablaré lo que he leído en libros de autores graves, ó he oído á personas dignas de fe, por ser virtuosas, cuerdas y muy expe-

rimentadas en las cosas de aquel reino, y que tienen mucha noticia dél. No hay más justicia que el favor, ni otra ley que la gracia ó desgracia de la Reina y de sus consejeros, ni otro medio para alcanzarla sino el comprarla, ni otros testigos sino falsos; y hay en esto tan grande estrago y corrupcion, que se venden y emprestan los testigos y juramentos falsos, y se hallan muy fácilmente para todo lo que se quiere. Y no es maravilla que el hereje, que es infiel á Dios, lo sea tambien, en la administracion de la justicia, con los hombres. Pues los que tienen casas, tierras y heredades ó censos, juro y rentas, son forzados á venderlas, aunque no quieran, y darlas al precio que quisiere cualquiera persona del Consejo de la Reina ó que tuviere su favor. Y el caballero, mayorazgo ó mujer rica no se puede casar á su voluntad con quien bien le está, sino con quien le fuere mandado, y esto sin réplica y sin alguna excusa; porque, de otra suerte, serán afligidos y maltratados. Grave cosa es padecer sinjusticias de cualquiera persona, pero gravísima padecerlas de los mismos que tienen la vara de justicia, y están obligados, por razon de su oficio, á deshacer los agravios y injusticias de los otros; porque es cosa sin remedio, quando la tiranía, con nombre y título de justicia, armada de poder, ejecuta sus agravios y violencias, como se hace en Inglaterra. Pues la moneda usual de oro y plata no es tan pura ni fina como fué ántes que entrase en el reino la herejía; porque en tiempo de Enrique VIII y de Eduardo y Isabel, sus hijos, se ha falsificado y mezclado con otros metales, y así vale mucho ménos la moneda que ántes valia; y ésta es otra sinjusticia, y tanto más dañosa y perjudicial, quanto es más general, y toca, no á pocas personas, sino á todas las del reino. A ésta causa la mercadería más rica y de más precio y más gananciosa para los ingleses, y la que ellos con más solicitud y cuidado buscan, es el oro fino de los escudos y la plata cendrada y pura de los reales de España, para falsificarla y mezclarla con la suya. ¿Qué diré de los pechos, alcabalas y tributos con que está cargado todo el reino de Inglaterra despues que comenzó en ella este lastimoso cisma? Pero dejemos lo que hicieron los reyes Enrique VIII y Eduardo VI, su hijo, pues en esta historia, quando hablamos dellos, se contó; y digamos solamente lo que la reina Isabel hace, y lo que al presente pasa en Inglaterra. Con no haber habido en ella guerra defensiva, ni haber sido acometido aquel reino en estos treinta años, ni tenido necesidad de imponer nuevas gravezas para su defensa; con todo eso, cada tres años suele la Reina imponer á todo el reino una muy pesada carga. Porque ha llegado á mandar que los eclesiásticos le paguen la tercera parte de sus rentas de cada un año, y los nobles y caballeros la cuarta, y la quinta la gente popular; de suerte que en tres pagas coge para sí todas las rentas eclesiásticas, y en cuatro las de la nobleza, y en cinco las de todo el reino. Pero dejemos estos y otros males, pues no

(1) Lucæ, xix.

(2) Macha., i.

(3) Psal. cxliii.

son los mayores que hay en Inglaterra. No son los pecados del rey Enrique y de Eduardo é Isabel, sus hijos, tan ligeros, que con penas tan ligeras como éstas se hayan de purgar; mas son tales, que no se pueden castigar en esta vida sino con ellos mismos, permitiéndolos el Señor para castigo y pena de los mismos que los cometen, afligiendo á todo el reino con los efectos que de los mismos pecados y maldades nacen, como mala fruta de mal árbol. Y así, sacando unos pocos que gobiernan y mandan, y hacen y deshacen lo que quieren á su voluntad, y por esto parece que viven con alguna prosperidad y contento (aunque, por ser fundado en tiranía y agravios de muchos, no puede ser verdadero y durable), todo el resto del reino está miserablemente oprimido y afligido, y necesariamente ha de vivir descontento y con las penas que consigo trae la herejía. Y para que esto mejor se entienda, se ha de advertir que toda Inglaterra está partida en dos partes: la una es de los que son católicos, que es la mayor y la mejor; y la otra es de herejes, que es la menor y peor. Los católicos, unos son verdaderos y macizos; otros, aunque lo son de corazón, por temor de las penas obedecen en lo exterior á los mandatos de la Reina y del Parlamento. Los herejes (que ellos llaman protestantes), unos son calvinistas, otros puritanos; que estas dos son las principales sectas, dejando otras muchas que hay de ménos nombre y estima. Pues no tomemos este negocio á carga cerrada, sino desenvolvámonle y despleguemos lo que está cogido, y vamos desmenuzando y considerando en particular la felicidad ó miseria que cada una destas suertes de gente tiene, para que por ella examinemos y entendamos esta prosperidad que nos predicau del reino de Inglaterra. Porque si cada uno de los miembros y partes dél halláremos que está afligido y miserable, necesariamente habrémos de confesar que todo el cuerpo que se compone destos miembros lo está, pues no tiene otro sér el todo, que el que resulta de sus partes. Y comencemos por aquellos á los cuales en todas las naciones del mundo, aunque sean infieles y bárbaras, siempre se da la primera honra y el primer lugar, que son los sacerdotes y perlados. ¿Qué miserias y calamidades no ha padecido y padece el clero de Inglaterra? ¿Qué obispo ó perlado católico ha quedado, que no haya sido depuesto de su dignidad, echado de su Iglesia, despojado de sus bienes, desterrado de su patria ó afligido con cárceles y prisiones, y muerto con extraña crueldad y violencia? No hay para qué contar las vejaciones y tormentos que padecen los otros sacerdotes católicos, pues del discurso desta historia se puede sacar; pero mucho mejor lo entendería el que viese las cárceles llenas de sacerdotes y católicos y siervos de Dios; el que viese los grillos, cadenas, esposas, cepos y nuevos géneros de tormentos con que cruelísimamente son descoyuntados y despedazados; el que viese la indecencia, gritaría y inhumanidad con que los llevan al tribunal entre gente perdida, y las calumnias con que los

aprietan, y la injusticia con que los condenan. ¡Cuántos católicos ha habido que, despues de haberles quitado sus haciendas, han sido condenados á cárcel perpétua! ¡Cuántos que en la misma cárcel han muerto de hambre, mal olor y peor tratamiento! ¡Cuántos que han sido arrastrados, colgados, desentrañados y hechos cuartos por nuestra santa religion! ¡Cuántos hombres honrados y ricos han venido á extrema pobreza y perdido sus patrimonios y haciendas, por las calumnias de mal-sines, mentiras de acusadores, falsos juramentos de testigos desalmados y por la maldad de inicuos jueces! ¡Cuántos han sido forzados á salir del reino y andar peregrinando fuera dél con suma pobreza y incomodidad, ó vivir en él á sombra de tejados, huyendo de un lugar á otro, escondiéndose entre breñas, montes, bosques y desiertos, y á las veces entre pantanos, por escapar del ímpetu y furor de los herejes! ¡Cuántas mujeres casadas se han apartado miserablemente de sus maridos, por haber ellos huido y sido desterrados ó presos! ¡Cuántos hijos han quedado huérfanos! ¡Cuántas doncellas honestas solas y desamparadas! Son tantas, que no se pueden contar ni explicar las calamidades y miserias que los verdaderos católicos, ricos y honrados, hoy dia padecen en Inglaterra. Pues los labradores y oficiales católicos, y la otra gente menuda, como no pueda pagar las penas pecuniarias que por las leyes están impuestas á los que oyen misa ó no van á las iglesias de los herejes, son por ello afligidos y atormentados, para que paguen con el cuerpo lo que no pueden con la bolsa. Á unos sacan á la vergüenza, afrentándolos y azotándolos públicamente. Á otros les horadan ó cortan las orejas. Á otros les dan otras penas más rigurosas. Estos todos, que son infinitos y la mejor parte del reino, no podemos decir que gozan desta prosperidad. Pues los otros que son en el corazón católicos, aunque exteriormente, por temor de la pena, obedezcan á la ley, no son más dichosos ni gozan de mayor prosperidad. Porque, aunque en la apariencia disimulan y van á las iglesias de los herejes, con todo eso, porque no se pueden encubrir tanto los corazones, que por algunos indicios no se barrunte lo que hay en ellos, los herejes los aborrecen y no se fian dellos, y están siempre sospechosos, y les miran á las manos, y hacen exámen y pesquisa de sus vidas, y ellos viven en perpétua congoja, solicitud y temor. Y peor es el tormento de la propia conciencia, que los despedaza y consume; pues por una parte juzgan que los artículos que se les proponen, y ellos juran, son falsos y monstruosos y contra Dios y sus conciencias, y por otra los abrazan y obedecen, por no perder sus haciendas y sus vidas. Y oyen cada dia á los ministros de Satanás, que ninguna cosa leen, hablan y predicán sino blasfemias contra Jesucristo, nuestro redentor, y su vicario, y contra la Iglesia y los sacramentos, y santos del cielo y de la tierra. Y no solamente viven en este congojoso y miserable estado, pero muchas veces muer-

ren en él; porque, por el amor que tienen á sus mujeres y á sus dulces hijos, no se atreven á descubrirse, queriendo ántes perder sus ánimas que los que bien quieren pierdan sus haciendas. Éstos, que son innumerables, tampoco se pueden llamar felices. Pues los herejes, ¿qué paz y felicidad pueden tener, con la turbacion y inquietud de sus conciencias, con la variedad de las sectas y contrariedad de opiniones, y la mudanza que cada dia hacen de sus dogmas? Entre los calvinistas y puritanos hay tan grande disension, que cada dia escriben los unos contra los otros; y los puritanos, que se tienen por más celosos y de mejor conciencia, tienen la secta de los calvinistas por una quimera, y escriben públicamente contra ella y contra la Reina y los de su Consejo porque la permiten, y dicen que ninguno en ella se puede salvar. En esto muestran que ni tienen contento, ni lo pueden tener, pues vacilan y altercan en la religion, la cual es el fundamento de toda la prosperidad y felicidad de la república, y faltando ella, necesariamente ha de caer y faltar, como nos lo enseña la experiencia. ¿Qué felicidad puede tener un reino donde ninguno puede entrar sin ser mil veces catado y examinado, y preguntado y apretado con mil juramentos, ni salir dél sin licencia expresa, dada por escrito de la Reina, como si todo él fuese una cárcel, y ella sola tuviese la llave para abrirla? ¿Qué seguridad puede haber donde hay tantas causas de temer por haber quebrantado todas las leyes divinas y humanas, y contra las ligas y confederaciones y amistades antiguas, movido guerra á los príncipes y reyes vecinos y poderosos, favorecido á sus rebeldes, conmovido sus pueblos, usurpado sus ciudades, robado las haciendas de sus súbditos, destruido la religion y abrasado con fuego infernal sus estados, reinos y señoríos? ¿Qué quietud y sosiego puede haber donde, en sabiendo que un pobre clérigo llega para decir misa, tiemblan como si trajese consigo la pestilencia y asolamiento del reino; donde, en viendo venir de lejos alguna nave, se teme no vengan contra el reino; en sabiéndose que algun príncipe católico hace gente, se piensa que es contra él; en fundándose algun seminario ó colegio, en cualquier otra provincia, para recoger y amparar á los católicos ingleses que andan desterrados de sus tierras, en dándoles favor ó socorro, luégo sueñan que es contra su estado y para destruicion de su reino? ¿Qué bienaventuranza puede tener un reino que está colgado de la vida de una mujer no moza ni muy sana, y que no sabe quién la ha de suceder, ni á quién pertenece el derecho de la sucesion; donde ni se puede hablar ni tratar dello, so pena de perpétua cárcel y perdimiento de sus bienes, por ley expresa y decreto del mismo reino, como en esta historia queda referido? (1). ¿Qué hombre ilustre y rico hay en el mundo, á quien nouviésemos por desdichado si no supiese ó no quisiese saber quién

habia de ser heredero de sus bienes? Pues ¿con cuánta más razon se puede tener por miserable un reino que se ve en tan grande aprieto y necesidad, y sabe cierto que el postrer dia de la vida de la Reina ha de ser el postrero de su sosiego y quietud, como lo confiesan los consejeros de la misma Reina, y dicen que con ella morirá y quedará enterrado el reino, por las revueltas que necesariamente se le han de seguir, á causa de no estar declarado el sucesor, ni poderse tratar dél? Pues la misma Reina no tiene mayor felicidad que los de su reino, así porque la verdadera felicidad de los buenos reyes consiste en la felicidad de sus vasallos, como por las congojas y sobresaltos que necesariamente ha de tener, viendo á su reino afligido y descontento, y los príncipes y reyes poderosos ofendidos con tanta razon y enojados contra sí; y viéndose así puesta en tal estrecho, que ha mandado hacer ley en el parlamento de su reino (2), que ninguno pueda matar á la Reina. Pero si esta ley se hizo para mostrar el verdadero temor que tiene la Reina de ser muerta, bien se ven las olas y tormentas de su corazon, y que con ellas no puede ser cumplida su felicidad. Y si la ley se hizo para dar á entender que tiene temor, aunque no le tenga, y por este camino hacer odiosos á los de la Compañía de Jesus y á otros sacerdotes católicos, como revoltosos y hombres que maquinan alguna traicion contra su vida, ¿qué mayor infelicidad puede ser que haber de sustentar su estado con semejantes embustes y artificios? Pero todos ellos, y las calamidades y miserias que en esta historia habemos referido, y otras gravísimas é innumerables que se podian contar, son frutos del cisma y herejía que agora florece en Inglaterra

CONCLUSION DESTA OBRA.

Acabemos ya la historia desta sangrienta y lastimera tragedia. No pasemos adelante en referir otras innumerables cosas que podriamos, graves, extrañas y propias della, porque todas son del mismo jaez de las que quedan escritas, y declaran, ó la impiedad de la Reina de Inglaterra contra Dios nuestro Señor, ó la crueldad contra sus siervos, ó la sinrazon y temeridad contra los otros reyes, ó la disimulacion é hipocresía con que todo esto se hace. Juntemos, pues, este fin con el principio deste libro. Visto hemos el principio miserable del cisma de Inglaterra, y cómo se plantó con incesto y carnalidad, y se ha regado con sangre inocente, y ha crecido y so sustenta con agravios y tiranía; el pecado y castigo del rey Enrique y de Ana Bolena; la flaqueza de los perlados en no resistir á los principios, y la penitencia que desta culpa hicieron con ser despojados de sus dignidades, haciendas y vidas; la lisonja y sumision de la nobleza de aquel reino, la cual, engañada de Isabel con falsas esperanzas, consintió en la mudanza de la religion, y

(1) Lib. II, cap. XXVIII.

(2) Cap. I. *Decretorum in Parlamento*, 29 Martii 1553.

agora llora la pena deste pecado. Hemos visto lo que va de reina á reina, de la santa reina doña Catalina, primera mujer del rey Enrique, á las cinco que tuvo despues; de la reina doña María, su hija, á Isabel, hija de Ana Bolena, que agora vive; la ruina de los monesterios, la destruicion y saco de las iglesias, el asolamiento de las religiones, la crueldad y tiranía de los herejes, y la paciencia y constancia de nuestros santos mártires. Pues ¿qué habemos de sacar de aquí? ¿Qué habemos de aprender? ¿Qué nos enseñan estos ejemplos, sino que miremos bien dónde ponemos el pié, y á quién seguimos y por dónde andamos; pues es cierto que los caminos torcidos tendrán hoy dia el mismo paradero que tuvieron los años pasados, y que en todo tiempo el que sembrára corrupcion cogerá muerte y corrupcion? ¿Quién no refrenará sus pasiones desordenadas y se irá á la mano en ellas, viendo al rey Enrique anegado en un abismo de infinitas maldades por haberse aficionado locamente á una mujer baja, deshonesta, fea, hija y hermana de sus amigas, y lo que es más, hija suya propia dél, y haberse descasado de su legitima mujer por casarse con ella, y que ella misma le haya dado tal pago, que para castigo de sus culpas le haya sido cortada públicamente la cabeza? ¿Quién no pondrá tasa á su ambicion, viendo el fin que tuvo la de Volseo? ¿Quién se fiará de la privanza y favor de su rey, considerando la cumbre de privanza y trono en que estuvo Cromwelo, y su miserable caída? ¿Quién hará caso de las dignidades y cargos alcanzados con malos medios y artificios, si pusiere los ojos en la entrada de Cranmero en el arzobispado Cantuariense, y su salida? Pues ¿qué diré de la impiedad del Protector y del loco atrevimiento de Juan Dudley, y de los servicios lisonjeros de los duques de Sufolcia y de Norfolcia, y del fin desastrado que todos tuvieron, por justo juicio de Dios, que, aunque un tiempo sufre con blandura y espera con paciencia, al cabo castiga con severidad, y recompensa la tardanza con la terribilidad de la pena? ¿A quién no pone admiracion la devocion, paciencia y prudencia de la santa reina doña Catalina, y la firmeza y constancia en la fe de su hija la reina doña María, y el ánimo y esfuerzo en derramar su sangre por Cristo de la otra María, reina de Escocia, cuyas vidas se cuentan en esta historia? ¿Qué fortaleza resplandece en los santos mártires que han padecido por nuestra santa religion en tiempo del rey Enrique y de Isabel, su hija! ¿Qué rayos tan esclarecidos se descubren de sus virtudes! ¿Qué testimonios de su fe y esperanza! ¿Qué pruebas de su caridad, esfuerzo y valor! ¿Cómo se ve el poder de la verdad católica, pues así triunfa de la mentira! Y los que la enseñan y mueren por ella, caídos se levantan, y muertos viven, y de la ignominia pasan á la honra, y de la cruz á la corona y gloria inmortal. Todos estos ejemplos debemos nosotros tener delante, para huir los malos, é imitar y seguir los buenos; que éste es el fruto que desta historia debemos sacar; porque entre los

otros títulos y alabanzas que se dan á la historia, es una y la más principal ser *magistra vitæ*, ser maestra de la vida humana, porque enseña lo que se debe huir y lo que se debe obrar. Por esto se escriben los ejemplos abominables de los hombres malvados, y los castigos que tuvieron, para que nosotros temamos y escarmentemos, y nos guardemos de caer en ellos; y se escriben las virtudes heroicas de los varones santos y excelentes, para que sepamos que está ya trillado el camino de la virtud, y que no es tan áspero como parece, y sigamos las guías que con tanta alegría y esfuerzo nos van delante. Y esto, no sólo se ve en las historias profanas de cuantos graves autores las han escrito, sino tambien en las eclesiásticas que escribieron santísimos doctores y varones admirables, que fueron lumbreras y ornamento de la Iglesia católica. Y lo que es más, esto mismo se ve en las sagradas letras, inspiradas y dictadas por el Espíritu Santo, en las cuales, así como se escribe la obediencia de Abraham, y la sinceridad de Isaac, y la tolerancia de Jacob, y la castidad de Josef, y la aparicion de Job, y la mansedumbre de Moisés, y la devocion y confianza en Dios del rey David; así nos pinta el adulterio del mismo David, la insipiencia de su hijo el sabio Salomon, la flaqueza del fuerte Sanson, y otros innumerables ejemplos de cruelísimos reyes y pestilentísimos tiranos, para que sigamos los buenos y evitemos los malos. Y por esto dijo el glorioso apóstol san Pablo que todo lo que está escrito en la divina Escritura, está escrito para nuestro enseñamiento y doctrina; porque todo lo que en ella se escribe sirve, ó de freno para el vicio, ó de espuela y estímulo para la virtud; pero, aunque podamos aprender desta historia lo que habemos dicho, dos provechos, entre otros, son los más principales que debemos sacar: el primero es, conocer bien y aborrecer la herejía; el segundo, criar en nuestros pechos un vivo y encendido celo de la honra de Dios y de la salvacion de las ánimas de los ingleses, nuestros prójimos, que vemos tan descaminados y perdidos. Para saber bien cuán pernicioso y espantoso monstruo es la herejía, sería menester queuviésemos lumbre del cielo; porque con ella penetraríamos lo que es, y cuán rica joya es la fe, y las virtudes inestimables y tesoros y riquezas infinitas que se encierran en ella; pues es la raíz, origen y fundamento de todas las virtudes, las cuales faltan faltando la fe, y se secan como se seca el árbol, cortada la raíz que en ella se sustenta, y sabemos que la fe se pierde por la herejía. Mas, dejando esto aparte, si queremos entender algo de las calamidades que ella trae consigo, pongamos los ojos en las que ha acarreado al reino de Inglaterra, que son tantas, que no se pueden contar, y tan extrañas, que no se pueden creer; pues vemos en esta nuestra historia mil monesterios por ella asolados, diez mil iglesias profanadas y destruidas, derribadas por el suelo las memorias antiguas de los santos, quemados sus cuerpos y derramadas al viento sus cenizas sagradas,

echados de sus casas con violencia todos los religiosos, violadas las monjas consagradas á Dios, é innumerables siervos suyos descoyuntados con atroces tormentos. Vemos á una mujer, hija y nieta de Enrique VIII, é hija y hermana de Ana Bolena (que fueron los que quedan referidos), como un abominable monstruo é ídolo asentada en el templo de Dios, tomando el oficio y nombre de gobernadora y cabeza de la Iglesia; que quita y pone, visita, corrige y castiga á los obispos, y les concede y restringe la facultad de ordenar y confirmar, y ejercer los demas actos pontificales, á su beneplácito y voluntad. Y por no haberla querido obedecer, ha perseguido, maltratado, depuesto, encarcelado, apisionado, y finalmente muerto, á todos los obispos católicos que habia en Inglaterra. Vemos un reino noble, rico, poderoso, y el primero ó de los primeros que públicamente recibieron el Evangelio, que solia ser un paraíso de deleites, un jardín de suavísimas y hermosísimas flores, una escuela de virtudes, del cual han salido fortísimos mártires, santísimos obispos, sapientísimos doctores, confesores ilustres, purísimas y castísimas vírgenes, y entre ellas santa Ursula con las once mil, hecho una cueva de bestias fieras, un refugio de traidores, un puerto de cosarios, una espelunca de ladrones, una madriguera de serpientes; madre de impiedad, madrastra de toda virtud, fuente de errores, y finalmente roca espantosa, en la cual ha dado al traves y hecho lastimero naufragio la santidad y religion; adonde, no solamente han concurrido de todas partes los herejes, que son monstruos infernales, sino que de allí, como de un castillo fuerte, han pregonado guerra contra la Iglesia católica, y procurado inficionar las otras provincias y reinos, é inquietar los príncipes católicos, y turbar la paz de la Iglesia, y tienen perdida á Escocia, desasegada Francia, los estados de Flándes afligidos, y hasta los reinos de España y de las Indias puestos en cuidado y solicitud. Vemos una tiranía tan impía y bárbara, que con nombre de cristiandad ha quitado la misa y desterrado á Dios de su reino; que ha citado y mandado parecer en juicio á los santos del cielo, y condenádoslos por traidores, y que castiga por crimen de lesa majestad el tener ó traer cualquiera cosa bendita de Roma; que ha ejecutado su rabia y furor en una reina por ser católica, y héchola morir públicamente degollada por mano del verdugo ordinario de Lóndres. Si contra el mismo Dios es impía, ¿con quién será piadosa? Si contra los santos del cielo se atreve esta tiranía, ¿quién estará seguro della en la tierra? ¿Qué cosa santa y de devocion no aborrecerá la que por traer un *agnus Dei* descoyunta y mata á los que le traen, con atrocísimos tormentos? Si el nombre y majestad real no bastan para defender y librar de la muerte á una reina inocente, sobrina, sucesora, huésped, engañada con esperanzas blandas y falsas promesas, ¿qué católico que caiga en sus manos se podrá escapar? ¿Qué sangre no beberán los que se hartaron de su propia y real sangre? Pero ellos son enemi-

gos capitales del género humano, y la herejía, como fuego infernal é incendio abrasador y pestilencia destruidora del universo, debe ser de nosotros aborrecida más que la propia muerte. Para esto nos aprovechará esta historia, y no ménos para despertar y avivar en nuestros corazones un santo y encendido celo de la honra de nuestro Señor y del bien del reino de Inglaterra; porque una de las cosas en que más se muestra ser uno hijo de Dios es si el celo de la honra de su padre le come y despedaza las entrañas; si tiene un vivo y fervoroso deseo que su santísimo nombre sea glorificado, un cuidado sobre todos los cuidados, que sea conocido, estimado, obedecido y reverenciado de todos este gran Señor, y que se cumpla en todo su voluntad, en el cielo y en la tierra. Si sus ofensas atraviesan nuestro corazon y le traen marchito y seco, y más las que son más universales y perjudiciales, como son las de Inglaterra, pues su veneno é infección se derrama y extiende por todo el mundo, ¿qué cristiano habrá que no sienta y llore tantas y tan atroces injurias de Jesucristo; que no se derrita en lágrimas viendo la perdicion de infinitas ánimas que cada día se van al infierno; que no se compadezca de un número innumerable de católicos, sacerdotes, señores, caballeros, ciudadanos, mozos y viejos, hombres y mujeres, niños y niñas, que están miserablemente afligidos en Inglaterra; que si él estuviese en otro semejante y miserable estado, no descasc' ser socorrido y ayudado? ¿Quién de nosotros con todas sus fuerzas no procurará deshacer una tiranía tan bárbara, y quitar este oprobrio de toda la cristiandad? ¿Con qué podemos nosotros los españoles servir á nuestro Señor la merced que nos hace en conservar estos reinos en nuestra santa fe católica, sanos, limpios y puros de herejías, sino con el celo de la misma fe católica y deseo de su gloria, y que se conviertan ó se destruyan los herejes? Y si una vez se restituyó la misma fe católica, estando desterrado de aquel reino, siendo rey dél el rey don Felipe, nuestro señor, procuremos que se conserve ó que se cobre lo que entónces se ganó. No sería de ménos honra para España si echase el demonio de Inglaterra, que lo es haberle desterrado de las Indias, donde ántes de la predicacion del Evangelio era servido y adorado; especialmente que, echándole della, se echará en grande parte de otras muchas provincias de la cristiandad, que por su comunicacion, é industria de los que agora la gobiernan, sustentan sus errores y maldades. Y si ellos, abrasados de fuego infernal, atizan este incendio y ceban esta tormenta, y fomentan este aire corrupto y pestilente, y lo derraman y extienden por los otros reinos, y envían á Moscovia y á los príncipes herejes, y solicitan al Turco para desasegarnos y quitarnos, si pudiesen, la fe y la eterna salud de nuestras ánimas, ¿por qué nosotros nos dejaremos vencer de su endiablado furor, y no harémos por Dios nuestro Señor y por nuestra santa ley lo que ellos con tan extraña rabia y solicitud hacen contra él y contra ella? Herejes hay que,

cuando sale impreso algun libro de autor grave y católico contra sus herejías, por el cual temen que será menoscabada su secta de perdicion, se con-
ciertan con el mercader de libros y compran todos los cuerpos que tienen del tal libro, y los queman, para que no parezcan, y por ellos sean convencidos sus errores. Pues ¿qué celo infernal es éste, qué solicitud, qué cuidado? ¿Quién de nosotros hace otro tanto por la verdad, como estos ministros de Satanás hacen por su mentira? Velemos, pues, y estemos alerta, y traigamos como clavo atravesado esta ánsia y piadoso celo, y de dia y de noche supliquemos afectuosamente á nuestro Señor que se compadezca de aquel reino y le mire con ojos de piedad; que consuele á una infinidad de católicos desconsolados y oprimidos; que se acabe la impiedad y tiranía de gente desalmada y sin Dios; que valgan los merecimientos de tantos santos y santas como ha habido en aquella isla, y la sangre que aún está fresca y caliente, y estos años con tan gran copia han derramado tantos y tan valerosos soldados suyos por su amor. Llamemos á las puertas del cielo; pidamos favor á todos aquellos bienaventurados espíritus y ánimas puras que reinan con Dios, acudamos á la Reina soberana nuestra Señora, y representemos por sus manos con humil-

dad y confianza al Padre eterno el pecho abierto de su precioso Hijo; y esto no tanto para tener nosotros quietud temporal, y porque no infesten nuestros mares ni roben nuestras armadas los corsarios de Inglaterra (aunque éste es respeto justo y honesto, pero ménos principal), cuanto para que el mismo Señor sea glorificado y prosperada su santa Iglesia. Y para que seamos oídos más fácilmente, emendemos nuestras vidas y mostremos con las obras nuestra fe y celo santo; demos, si fuere menester, nuestras haciendas, trabajos y vidas por cosa tan grande; tengamos por muy gran merced de Dios (como realmente lo es) derramar la sangre por su santísima fe, y ser parte para atajar tantas y tan abominables ofensas como cada dia se cometen en Inglaterra contra su divina Majestad, y para excusar tan irreparables daños de las ánimas como vemos. Y con esto, esperemos en la infinita misericordia del Señor que, ó alumbrará á los herejes ciegos y les dará gracia para que vuelvan en sí, ó que los acabará y los desarraigará de la tierra, como acabó y dió fin á tantos otros enemigos suyos, que se levantaron en los siglos pasados contra su esposa la santa Iglesia católica, apostólica y romana.

SEGUNDA PARTE

Ó LIBRO TERCERO

DE LA HISTORIA ECLESIASTICA DEL CISMA DE INGLATERRA.

AL BENIGNO Y PIADOSO LECTOR.

Estos años pasados, benigno lector, publiqué la *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*, con deseo de despertar los ánimos de los que la leyesen á la consideracion y ponderacion de las cosas tocantes á nuestra sagrada religion, tan notables y extrañas como son las que desde que comenzó han sucedido en aquel reino; para que, despues de consideradas, se maravillase de los profundos y secretos juicios de Dios, que ha dejado á un reino tan grande, y que solia ser tan católico, caer en un abismo de infinitas maldades, y permite que los herejes dél tengan brazo para afligir y perseguir con tanta fiereza á los católicos, y para que le alabasen y magnificasen por el esfuerzo y espíritu con que arma y fortalece á los mismos católicos, y les da victoria de todos sus enemigos. Porque entre los otros argumentos que tenemos para conocer y estimar la verdad de nuestra santa fe católica (que son innumerables y gravísimos), no es el menor el que nos dan los gloriosos mártires que murieron por esta misma fe, escrito con su preciosa sangre y sellado con el sello de su bienaventurada muerte; ni el ver cuán vanos y locos son todos los consejos y invenciones de los tiranos contra Dios, el cual con huestes de moscas y mosquitos los humilla y confunde, como lo hizo con Faraon, y por medio de los hombres y mujeres flacas, triunfa de todo el poder del infierno. Esto se puede muy bien ver en esta persecucion que la santa Iglesia católica padece al presente en Inglaterra; porque, siendo una de las más crueles y horribles que ella desde su principio ha padecido, hallarémos que le va bien con estos trabajos, y que con los vientos ásperos y contrarios llega más presto al puerto, y que por uno que muere por la fe católica, nacen ciento que desean morir por ella, y que son más los que pelean por nosotros que contra nos, y que cuanto es mayor el furor de Satanás y la rabia de sus ministros, y más impetuosas las ondas de sus persecuciones, tanto muestra ser más fuerte y firme esta peña viva, sobre la cual está fundada la Iglesia. No se puede fácilmente creer cuán terrible y espantosa sea esta tormenta que pasan los católicos en Inglaterra, los cuales andan por todas las partes del reino tan acosados y consumidos, que apenas pueden resollar. Quitanles las haciendas, privanlos de la libertad, apriétanlos con la aspereza y horror de las cárceles y prisiones, descoyúntanlos con atrocísimos tormentos, infámanlos por traidores, acábanlos con muertes cruelesísimas; todo el reino está armado contra ellos, y ellos muriendo vencen, y cayendo derriban á sus adversarios, y por el mismo camino que ellos pretenden arrancar la fe católica, el Señor la arraiga y fortifica más. ¿Cuántas veces acontece que los gobernadores de las provincias, y jueces, que comunmente son los más obstinados herejes de todo el reino, por la paciencia y modestia que ven padecer á los católicos, se convierten, y sustentan y ayudan secretamente á los mismos católicos muchos meses y años, ántes que ellos se descubran y sean conocidos por católicos; y que los mismos ministros y predicadores herejes, tocados de la mano del Señor, se vuelvan á él y abracen la fe católica, y con disimulacion la defiendan, y aún, favorecidos de la divina gracia, vengán á morir por ella, con tanto fervor cuanta era la perfidia con que ántes la perseguían? Pues ¿qué diré de los alcaides, porteros y guardas de las cárceles, que, con ser herejes fieros y los mayores enemigos de la fe católica, y que por ser conocidos por tales los ponen en aquellos oficios, mo-

vidos ellos y sus mujeres y criados de la vida y ejemplo de los católicos que tienen presos, se ablandan y rinden y entran por el camino de la verdad, y sin que se entienda, los proveen de todo recaudo para decir misa en la misma cárcel, y les dan libertad para escribir y recibir cartas? Y no pocas veces ha acontecido que algunos caballeros principales y criados de la Reina, siendo católicos encubiertos, se hayan arriscado á hacer decir misa en el palacio de la Reina, y aún sobre sus mismos aposentos. Y finalmente, cuanto más el demonio rabia y procura con todas sus artes ahogar esta semilla del cielo, tanto ella más nace y crece en las personas y lugares donde ménos pensaban, y en los mozos, hombres y mujeres, y que por razon de su edad y estado parece que debian gustar más de los regalos y deleites del mundo, se ven tantos y tan admirables efectos de la divina gracia, que los mismos herejes no los pueden negar, ni dejar de confesar su miedo y espanto. Éste es el dedo de Dios, éstas son sus obras, éstas sus maravillas, dignas de perpétua admiracion y alabanza. Pues habiendo sido tan bien recibida esta mi *Historia*, y seguidose, por la misericordia del Señor, algun fruto della, he querido yo añadir algunas cosas de las que, por brevedad, habia dejado en la primera impresion, y aún enriquecerla en este tercero libro ó segunda parte con las que despues que se imprimió han sucedido, y son de mucho peso y consideracion, y propias de lo que yo en ella pretendo, que es poner delante de los ojos de los que le leyeren esta persecucion y victoria de la Iglesia católica, cercenando todo lo que toca al estado y gobierno político, y no necesario para continuar esta tela que vamos tejiendo del cisma del reino de Inglaterra. Tampoco me obligo á abrazar y decir todo lo que hay, porque esto otros lo harán, sino de escoger algunas de las cosas más notables que han venido á mi noticia, y representarlas al piadoso lector para que se aproveche dellas, y para que en los siglos venideros quede la memoria desta obra tan señalada del Señor y deste triunfo de su esposa la santa Iglesia, y los herejes se confundan, y los católicos se edifiquen y esfuercen, y Dios sea glorificado en sus mártires, y ellos sean más reverenciados y imitados de los fieles. Que por estos mismos fines que yo tengo en esta escritura, muchos santísimos y doctísimos varones tomaron trabajo de escribir las otras persecuciones que ha padecido la Iglesia, entre las cuales ésta de Inglaterra no es la ménos áspera y espantosa, ni ménos maravillosa y gloriosa que las demas.

LIBRO TERCERO

DEL SCISMA DE INGLATERRA,

EN EL CUAL SE TRATAN ALGUNOS MARTIRIOS, Y OTRAS COSAS QUE HAN SUCEDIDO EN AQUEL REINO
DESPUES QUE SE PUBLICÓ LA PRIMERA PARTE DESTA HISTORIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

El edicto que se hizo contra los católicos, por persuaslon del Conde de Lecestre, y de su muerte y la de algunos siervos de Dios.

Despues que la Reina y los de su Consejo se vieron libres del miedo y espanto que habian tenido de la armada de España, súbitamente como leones se volvieron contra los católicos de su reino, para perseguirlos y acabarlos; y así, se hizo luégo un edicto cruelísimo contra ellos, para buscarlos en todas partes, y ejecutar en ellos su rabia y furor. El principal autor deste edicto fué Roberto Dudleyo, conde de Lecestre, el cual era enemigo capital de la fe católica y de todos los que la profesaban, y tan furioso y bárbaro, que decia que deseaba ver pintada toda la ciu-

dad de Lóndres con sangre de católicos. Este desventurado hombre fué hijo de Juan Dudleyo, duque de Nortumbria, al cual le fué cortada la cabeza en el tiempo de la reina María, como á traidor, y cuatro hijos suyos fueron condenados á la misma pena, de los cuales era uno Roberto Dudleyo, y fué perdonado, con los otros sus hermanos, por la clemencia de la misma reina María, y despues de su muerte tuvo tanta gracia y cabida con la reina Isabel, que vino á ser el hombre más poderoso de todo el reino, en las cosas de la paz y de la guerra, gobernándolas á su voluntad. Era gobernador de Holandia y Celandia, capitan general del reino; tenía todas sus fuerzas en su mano, y no contento con estos favores y cargos, pretendia otro extraordinario y

supremo sobre todo el reino, el cual le habia ya concedido la Reina; y hallando los de su Consejo dificultad en la ejecucion, y no queriendo firmar y sellar la patente del nuevo cargo el Chanciller del reino, fué tanto lo que el Condé lo sintió, y lo que se embraveció (porque á los grandes señores y privados llégales al alma cualquiera resistencia que se les hace en cosa que quieran), que de repente le dió una enfermedad tan terrible, que luégo le acabó con un género de muerte horrible y espantoso, aunque otros dicen que su segunda mujer le acabó, y que fué juicio de Dios, en castigo de la muerte que él habia dado á su primera mujer y al Conde de Exestia, primer marido desta segunda. Pero de cualquiera manera que ello haya sido, vino tan á tiempo la muerte deste tirano, que todos los que le conocian y sabian su mal ánimo, y lo que trataba contra los católicos, lo tuvieron por una singular providencia del Señor, que con el castigo de hombre tan impío y malvado queria mostrar la que tiene de su Iglesia; porque, habiendo sido este hombre hijo de padre católico, y que estando ya en el cadalso para morir, exhortó con grande afecto á todo el pueblo que perseverase en la fe católica y se guardase de los herejes que arruinaban aquel reino (como en el segundo libro de la primera parte desta historia queda referido) (1), y con haberle hecho Dios merced de librarle de la muerte á que estaba condenado; no conociendo los dones del Señor, le volvió las espaldas, y desvanecido con la grande privanza de la Reina, y engañado con el viento próspero que le llevaba, se pervirtió de tal suerte, que para mostrarse más celoso servidor de la Reina, era el más cruel y furioso enemigo de los católicos que habia en aquel reino, y se dió á una vida tan rota y tan perdida como era la religion que profesaba. Pero nuestro Señor le cortó los pasos, y despues de haberle levantado, le derribó de la manera que dijimos, para escarmiento de los hombres que, engañados de la prosperidad y de su blanda fortuna, se olvidan de la rueda en que ella está, y viven como si no hubiese Dios ó como si él no fuese justo juez, ni tuviese premio eterno para el bueno y castigo para el malo.

Con la muerte del Conde de Lecestre se suspendió por un poco de tiempo la ejecucion del edicto, que estaba á punto; mas, porque Dios nuestro Señor habia ordenado de hacer tan señalado servicio, como es darles la corona del martirio, á algunos siervos suyos que para tan alta dignidad habia escogido, la Reina mandó que matasen á la mayor parte de los que el Conde habia sentenciado en su vida, por parecerle que con la muerte del Conde los católicos tomarian ánimo y brío; y así fueron martirizados muchos siervos de Dios en diversos lugares del reino.

En Lóndres se levantaron seis horcas nuevas para ejercitar esta impía crueldad, y en las aldeas y villas cerca de Lóndres martirizaron á muchos, y to-

dos murieron con grande constancia, paciencia y gozo de sus ánimas. Cuando estaban al pié de la horca los santos mártires, no los dejaban los herejes hablar al pueblo, porque con las palabras dellos no se alterase; y queriendo uno de los sacerdotes, llamado Deano, varon muy grave y letrado, declarar á los presentes la causa por que tanta sangre se derrama hoy dia en Inglaterra, los herejes le taparon la boca con tanta furia y violencia, que casi le ahogaron, y quedó amortecido. Mas, aunque no hablaban los mártires en aquel tiempo, su mismo silencio hablaba por ellos, y el ver morir á tantos y tan santos hombres inocentes y de vida ejemplar, y muchos dellos mozos nobles, que pudiendo gozar de los deleites desta vida, la dejaban con grandísima alegría, era un sermon muy eficaz para persuadir á los circunstantes que era verdadera aquella fe por la cual ellos con tanto espiritu y esfuerzo morian.

Aconteció en este tiempo en Lóndres, que llevando á justiciar á los bienaventurados mártires, una mujer principal, y que los conocia, los topó, y con fortaleza y pecho cristiano los animó para que muriesen con grande paciencia y constancia, como mártires de Jesucristo, y postrada á sus piés, les pidió la bendicion; pero luégo la prendieron los herejes y la llevaron á la cárcel.

A otro hombre católico, que, espantado de ver llevar á la horca tantos sacerdotes y legos juntos, se santiguó, como lo tenía por costumbre, luégo le echaron mano, y con grande gritería y alboroto le echaron en la cárcel.

Pero otra cosa sucedió, de mayor edificacion, y fué que estando uno destos mártires en la escalera para ser ajusticiado, pidió encarecidamente al pueblo que si allí habia algunos católicos, rogasen á Dios por él, porque tenia necesidad de su favor y ayuda. Los católicos que estaban presentes, movidos destas palabras, pensaron que aquel siervo de Dios, en su trabajo yagonia, era combatido del demonio con alguna grave tentacion, y comenzaron secretamente á rogar á Dios por él; mas entre los otros hubo uno más fervoroso, el cual, juzgando que pues el mártir no dudaba morir públicamente por la confesion de la fe católica, él tambien estaba obligado á honrarle y ayudarle allí delante de todos con su oracion, se puso de rodillas, rogando con grande afecto y devocion á Dios por él; de lo cual quedó el mártir consolado y animado para morir, y los herejes tan turbados y enojados, que luégo le prendieron para castigarle por aquel atrevimiento.

Entre los otros que esta vez murieron por la fe católica, fueron una mujer, llamada Margarita Warda, y otro mozo noble, por nombre Tomas Felton. La mujer fué sentenciada á muerte por haber dado ayuda á un sacerdote para que se saliese de la cárcel, y ántes de darle muerte, por muchos dias la azotaron muy crudamente, y atada de los brazos, la colgaron y tuvieron suspensa en el aire, estando siempre con un ánimo tan alegre y varonil, que ponía admiracion, y decia que aquellos tor-

(1) Lib. II, cap. X.

mentos eran un ensayo, en que Dios la ejercitaba para el martirio que habia de alcanzar por su misericordia; y así, llegada la hora de la muerte, la aceptó y sufrió con maravillosa constancia y edificacion de los que la vieron morir.

El mozo Tomas Felton era noble, como dijimos, y de muy lindo aspecto, y sobrino del glorioso mártir Juan Felton, el que fué martirizado, algunos años ántes, por haber publicado en Lóndres la bula de Pío V contra la Reina (como queda escrito en la primera parte desta historia) (1), y por esto, y porque era mozo brioso y muy celoso en las cosas del servicio de Dios y de la religion católica, los herejes le cargaron de hierros y cadenas para cansarle, y le echaron en una cárcel muy sucia, entre ladrones, donde por tres meses y medio estuvo muy apretado y con muy mal tratamiento. Pero él no se trocó ni enflaqueció; ántes, acordándose que su tío habia sido valeroso mártir de Jesucristo, y teniendo esperanza, con la gracia del mismo Señor, que él tambien lo podia ser, tuvo una extremada fortaleza y paciencia, la cual no pudiendo sufrir los herejes, le sacaron á martirizar, con grandísima lástima de todos los que le vieron morir; porque, demas de las partes tan raras de naturaleza que Dios le habia dado, era adornado de excelentísimas virtudes, de piedad, devocion, fervor, sufrimiento en los trabajos, y de una mansedumbre singular áun para los mismos enemigos que le quitaban la vida.

CAPÍTULO II.

Las caídas de dos católicos, y lo que el Señor obró por medio delias.

Como los tormentos que los herejes dan á los católicos son tan atroces, y el artificio que usan para pervertirlos tan extraño, alguna vez permite Dios que caiga alguno de los que presumian de si y se tenian por fuertes, para que las caídas de los tales nos sirvan de conocimiento de nuestra flaqueza, y de escarmiento, y las vitorias nos manifiesten más la bondad del Señor y nos animen y esfuerzen. En esta persecucion de que vamos tratando, permitió Dios que dos se dejasen vencer del temor y espanto de los tormentos (como tambien lo leemos de otros en las persecuciones pasadas), pero de manera, que sus caídas levantasen á muchos caídos, y á ellos mismos y á todos los católicos fuesen de admirable provecho. Uno dellos era sacerdote y se llamaba Antonio Tirelo, el cual, al principio por miedo, y despues engañado de su ambicion y de las promesas y esperanzas que le dieron, se hizo hereje, y por persuasion de los ministros de la Reina, acusó falsamente á muchos caballeros principales de Inglaterra, y al doctor Guillelmo Alano, y á los padres de la Compañía de Jesus y á otros sacerdotes, levantándoles que en Roma habian tratado con el papa Gregorio XIII, de feliz recordacion, de matar á la Reina de Inglaterra y de revolver el reino, que es el color y capa

con que los que ahora le gobiernan, procuran cubrir su impiedad y tiranía. Despues que cayó este desventurado sacerdote en un abismo tan profundo de maldades, el Señor, con su infinita misericordia, se apiadó dél, y le dió la mano y le tocó el corazon para que reconociese y llorase su culpa, y volviese á la fe católica. Y así se determinó de salir del reino de Inglaterra, para recogerse y llorar, y hacer penitencia de sus pecados con alguna quietud y seguridad; pero ántes de salir, escribió un papel, en el cual abjuraba sus errores y declaraba la falsedad y mentira con que habia acusado á tanta gente noble, católica é inocente. Salió de Inglaterra y estuvo algun tiempo fuera della, viviendo como católico; mas despues, ó tentado del demonio, ó movido de liviandad ó de otro respeto vano, tornó á ella, y como ya se habia publicado la declaracion que habia hecho ántes de su fe é injusta acusacion, los ministros de la Reina le prendieron, y con halagos y temores, con espantos y promesas, se esforzaron de persuadirle que volviese á su secta, y con otra declaracion, contraria á la primera, manifestase su creencia, y testificase que era verdad todo lo que ántes habia dicho contra los católicos. Para que esto se hiciese con mayor solenidad y aplauso, y como quien triunfa de la religion católica, le mandaron que delante de todo el pueblo públicamente confesase su fe, y se desdijese de lo que habia escrito, y abjurase la fe católica, y confirmase todo lo que se contenia en su primera acusacion contra los sacerdotes y siervos de Dios. Él dijo que lo haria; mas como la conciencia le atormentaba, y el Señor, que le queria salvar, no le dejaba sosegar, y en su corazon era católico, despues de haberlo mirado mucho y encomendado á Dios, se resolvió de hacer lo que aqui diré.

En un dia señalado, en que habia de hacer Antonio Tirelo su declaracion, convocaron los ministros del demonio toda la gente de lustre que pudieron para que viniesen á la plaza de San Pablo (que es el templo más principal de la ciudad de Lóndres, y de mayor concurso del reino), donde se habia de celebrar este auto tan abominable que ellos pretendian. Vinieron muchos caballeros y eclesiásticos, y consejeros de la Reina, con grande regocijo, y otra infinidad de gente concurrió tambien á la fiesta, por la expectacion desta novedad, y por la voz que por toda la ciudad los mismos ministros habian derramado. Estando todo el auditorio ya junto y con grande silencio, subió al púlpito Antonio Tirelo, y con el rostro algo lloroso y turbado comenzó á dar razon de si, y á manifestar las causas por que en aquel lugar tanta gente y tan principal se habia congregado, y á decir con grande sentimiento que él era grandísimo y miserabilísimo pecador, enemigo de Dios y de su santa Iglesia, de la cual habia apostatado, y perseguido á muchos varones inocentes, contra toda razon y justicia. Queriendo pasar adelante y declarar que era católico, y los engaños de los herejes, ellos le ataparon la boca y le mandaron callar, y con grande rabia fueron á

(1) Lib. II, cap. XXVIII.

él, y le echaron mano para derribarle del púlpito; más él llevaba muchos traslados, que habia escrito, de una protestacion de su fe y abjuracion de las herejías, y confesion verdadera de las mentiras que habia dicho contra el Papa y contra los sacerdotes y caballeros católicos, por inducimiento y persuasion de los ministros de la Reina, con otras muchas y muy buenas razones, que andan impresas con su misma abjuracion. Estos traslados y papeles arrojó y esparció allí delante del pueblo, diciéndolo á grandes voces: «Pues no me dejan hablar, ahí veréis lo que creo y lo que siento, y la verdad de todo lo que por mí ha pasado. Mi ánima ofrezco á Dios, y el cuerpo á todos los tormentos y penas que me quisieren dar los ministros de la Reina, que no me podrán dar tantos, que yo no merezca más. Fué grande el alboroto que hubo en todo el auditorio, y el ruido que este hecho causó en Lóndres, el sentimiento de los herejes, y el contento y esfuerzo de los católicos, y el furor con que los ministros de la Reina mandaron prender luego al sacerdote, al cual echaron en una horrible cárcel, para vengarse dél y atormentarle con más atroces y exquisitos suplicios que á los demas.

El otro fué un mozo virtuoso ántes de la caida, pero simplicísimo, y así fué engañado de los ministros herejes; llamábase Juan Chapnia. Este, despues que cayó y fué puesto en libertad, luego comenzó á sentir el verdugo de la propia conciencia y arrepentirse y llorar su desventura. Escribió á un amigo suyo católico, que habia dejado preso en la cárcel, una carta, en la cual dice estas palabras:

«Cuando yo estaba delante del tribunal de los jueces con mis compañeros para recibir la sentencia de la muerte y juntamente la corona del dichoso martirio que mi Señor, por su misericordia, me queria dar (¡ay dolor!), viniéronme á la memoria las palabras ponzoñosas que los ministros herejes me habian dicho el dia ántes, las cuales me turbaron, y el temor de la muerte y la dulzura desta vida me trocaron el corazon y me hicieron perder la corona. Ando agora descarriado y como oveja perdida, traigo el corazon atravesado como con un clavo de intolerable dolor. Rogad á Dios por mí, y con mi ejemplo escarmienten todos, y no confien en su fortaleza, ni den oidos á las razones engañosas de los herejes, que son como silbos de serpiente venenosa.»

Como los católicos supieron la tristeza y ánsias que este pobre mozo padecia por haber caído como flaco, animáronse y recatáronse, y hicieron más oracion á Dios, para que los tuviese de su mano y no los dejase caer.

CAPÍTULO III.

El martirio que se hizo en Oxonia, de dos sacerdotes y dos legos católicos.

No se contentaron los herejes con la sangre de los católicos, tan copiosa, que derramaron el año de mil quinientos ochenta y ocho, por la ocasion y modo que habemos referido; mas llevaron su cruel-

dad adelante, y el año de mil quinientos ochenta y nueve hicieron otros martirios no ménos atroces é ilustres que los pasados. Entre ellos, en la ciudad y universidad de Oxonia, en casa de una viuda vieja, muy católica, á media noche, con grande ruido prendieron á dos sacerdotes; el uno se llamaba Jorge Nicolas y el otro Yaxleo, ambos del seminario de Rems, y á un caballero, llamado Belsono, que habia veuido á visitar al padre Jorge, y á un criado de casa, que tenia por nombre Omfrido, muy siervo de Dios, el cual habia servido con mucha devocion á los católicos necesitados más de doce años. A la viuda mandaron los ministros de justicia que tuviese su casa por cárcel y que diese buenas fianzas, y le embargaron toda su hacienda, y á los cuatro, dos sacerdotes y dos legos, presentaron al vicescancelario de la universidad, que los examinó, en compañía de algunos otros jueces. El sacerdote llamado Jorge, en presencia de gran muchedumbre de gente, con voz alta y clara y ánimo valeroso dijo: «Yo confieso que, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, soy sacerdote de la verdadera, santa, católica y apostólica Iglesia romana.» No fué menester más para llamarle traidor á él y á los demas, y para apretarlos y afligirlos terriblemente, y más cuando vieron que el dicho sacerdote habia confundido y hecho callar vergonzosamente á algunos ministros herejes que quisieron disputar con él. Y así, despues de haberlos tenido en la cárcel, y sacádolos algunas veces encadenados y cargados de prisiones á su audiencia, y no podido convencerlos, ni sacar dellos cosa de las que querian, ordenaron los jueces que todos cuatro se llevasen á Lóndres con la mayor deshonra que se pudiese; y así se hizo, padeciendo por todo el camino infinitas injurias, afrentas y malos tratamientos, por la crueldad y fiereza de los sayones que los acompañaban. Llegados á Lóndres, no se puede fácilmente creer los gritos, blasfemias y palabras injuriosas con que fueron recibidos de todo aquel pueblo hereje y malvado. Salia toda la gente á verlos, como á unos monstruos, y acompañarlos hasta la cárcel; mas ellos iban apercibidos y armados de paciencia, para sufrir con alegría todas las afrentas y penas que sus enemigos les quisiesen dar, por amor de su dulcísimo Salvador Jesucristo, cuya cruz tenian metida en su corazon. Despues que estuvieron en las cárceles de Lóndres algunos dias, fueron presentados á Francisco Val-singamo, secretario del Consejo de Estado, que era grandísimo hereje é inimicísimo de los católicos; éste les preguntó muchas cosas, para enredarlos y tener ocasion de perseguir á los que los habian recibido en sus casas y favorecido; pero el padre Jorge Nicolas no respondió, sino que todos eran católicos, y el sacerdote (aunque indigno) de la Iglesia romana. Aquí el hereje exclamó y dijo con grande furia: «Si sois sacerdote, ¿luego sois traidor á la corona real?» A lo cual respondió el siervo de Dios: «Yo me maravillo mucho, señor, desta vuestra consecuencia, porque el primero que alumbró

á este reino de Inglaterra y le sacó de las tinieblas de la idolatría fué sacerdote, los que despues nos han enseñado la luz evangélica y la fe que profesamos fueron sacerdotes, los que más han ilustrado y honrado este reino en todo género de cosas han sido sacerdotes.» A esto respondió el secretario: «Entónces los sacerdotes tenían otro oficio que el vuestro, que es turbar el reino y alborotarle contra la Reina.—Si predicar el evangelio de Jesucristo, dijo el sacerdote, y enseñar á la gente inorante la verdadera fe y religion católica, es turbar el reino, yo os confieso que nosotros los sacerdotes le turbamos; mas si hay grandísima diferencia de lo uno á lo otro, ¿por qué haceis tan grande injuria á Dios y tan notable agravio á sus ministros?» Finalmente, como no pudiese sacar lo que deseaba, echaron á los dos sacerdotes en una casa infame, con los hombres facinorosos y perdidos, y allí los atormentaron y los tuvieron colgados en el aire por espacio de quince horas, sin poder sacar palabra de las que pretendian, sufriendo con grande paciencia y alegría los santos sacerdotes las penas que les quisieron dar. Como no les sucedió el camino de los tormentos, volviéronse los herejes á sus mañas y artificios. Enviaron á un hombre de manga, bien instruido, para que se fingiese católico y se confesase con ellos, y les dijese que él era católico y deseaba ser enseñado en las cosas de nuestra santa fe, y que como habia tanto peligro y tantas espías y católicos fingidos, no se osaba descubrir á nadie, sino á ellos, por ver la merced tan señalada que Dios les hacia de ser mártires y padecer por su fe; que les rogaba que le instruyesen en lo que debía hacer, y que le dijese á qué persona podria él acudir para que en su lugar encaminase su ánima á la vida eterna. El padre Jorge, que demas de ser hombre docto y siervo de Dios, era tambien muy prudente, olió luego la malicia, y diciéndole lo que le pareció, no quiso pasar adelante ni nombrarle persona. Con esto el falso católico quedó burlado, y hizo echar al padre Jorge en una sucia y honda cueva, llena de sabandijas ponzoñosas, y al otro llevaron á la Torre de Lóndres, amenazándolos con nuevos tormentos. Allí estuvieron hasta que el Consejo determinó que ellos y los otros dos legos fuesen vueltos á la ciudad de Oxonia, y que para temor y escarmiento de los estudiantes, se hiciese justicia dellos en aquella ciudad. Con esta resolucion, los volvieron á Oxonia con el mismo y aún mucho peor tratamiento que los habian traído. Ante todas cosas sentenciaron á la buena vieja, en cuya casa habian sido presos, á cárcel perpétua y á confiscacion de todos sus bienes; y ella era tan católica y tan sierva de nuestro Señor, que tuvo por muy buena paga de los servicios que le habia hecho en hospedar treinta años á los católicos y sacerdotes en su casa, el verse despojada della y de todos sus bienes, y perdida su libertad; y deseaba y pedia á Dios que le diese gracia para morir con sus padres y hermanos espirituales. Hecho esto, se dió la sentencia

P. R.

contra los clérigos, que fuesen arrastrados y ahorcados y hechos cuartos, como traidores, porque habian sido ordenados con autoridad del Papa, contra el mandato de la Reina, y por haber entrado en su reino sin su licencia, para alborotarle y enseñar dotrina falsa; y á los dos legos, que los ahorcasen, por haber sido compañeros y encubridores de los dichos sacerdotes.

Oida esta sentencia, los siervos de Dios le dieron muchas gracias por aquel beneficio inestimable que les hacia, y se abrazaron unos á otros, mostrando grandísimas señales de alegría; y el dia que los sacaron para darles la muerte, con un semblante devoto y alegre saludaron á una grande multitud de gente que los estaba aguardando, diciendo: «Venimos á morir por la confesion de la fe católica, que es la fe de nuestros padres y de nuestros abuelos.»

El primero que se ofreció al sacrificio fué el padre Jorge, el cual hizo primero oracion al Señor, y luego la protestacion de su fe; y queriendo hablar algunas palabras al pueblo, no le dejaron, y así acabó santamente su vida. Tras él fué el otro sacerdote, el cual, como tenía á Jorge por maestro y padre, se abrazó con su cuerpo muerto, y pidió á su ánima que rogase á Dios por él; y queriendo hablar al pueblo, tampoco se lo permitieron, y hecha la confesion de la fe, murió con grande sentimiento de todos los circunstantes, porque era mozo noble, y de muy buena gracia y agradable aspecto. En tercero lugar vino el caballero Belsono, el cual era mozo y muy gentil hombre, y llegando á la horca, como viese los cuerpos muertos de los sacerdotes, y que los hacian cuartos, los besó con grande ternura y reverencia, pidiendo á las ánimas dellos (que ya estaban gozando de Dios) que le alcanzasen gracia para seguirlos con fortaleza y constancia, porque él se tenía por muy dichoso por haber sido su espiritual hijo, y por haberse de presentar á Dios con tan buena compañía; y con esto dió el espíritu al Señor con mucha alegría.

El postrero que cumplió este glorioso auto fué el buen criado Omfrido, el cual subió al lugar del martirio, como si fuera á alguna fiesta, con rostro alegre y risueño. Estando ya en la escalera, se volvió al pueblo y dijo: «Buena gente, yo os llamo por testigos, en la presencia de Dios y de sus ángeles, que muero hoy por la confesion de la fe católica.» Enojóse un ministro hereje destas palabras, y dijo: «Desventurado de tí, ¿áun no sabes qué quiere decir católico, y hablas desta manera?» Respondió el mártir: «Bien sé lo que es ser católico, aunque no lo sé explicar con palabras de teología, y tambien sé lo que debo creer y lo que vengo á testificar con mi sangre, que es todo lo que cree la santa madre Iglesia romana»; y con esto se despidió de todos, y murió santamente.

Este espectáculo y esta justicia que se hizo en Oxonia, causó grande sentimiento en los que se hallaron presentes, y no menor admiracion, la cual se acrecentó más con la novedad de lo que aquí diré. Los cuartos de los dos sacerdotes y santos már-

tires, conforme al tenor de la sentencia, se pusieron, con sus cabezas, sobre las murallas viejas del castillo de Oxonia, adonde los ministros herejes fueron despues á verlas con grande contento y regocijo; y como las viesan muy lindas, con la rabia y espíritu diabólico que traen consigo, arremetieron á ellas y les dieron muchas cuchilladas en las caras, para afearlas y desfigurarlas; y por esta causa, los jueces despues las mandaron quitar y ponerlas, con sus cuartos, sobre las puertas de la ciudad.

Allí colgaron los cuartos delanteros de tal manera, que las manos de todos caian hácia abajo; pero fué cosa maravillosa que la mano derecha del sacerdote Jorge se halló de suyo levantada hácia arriba y como amenazando á la ciudad; y aunque los herejes procuraron (como suelen) escurecer esta maravilla, y sembraron que era cosa natural y algun encogimiento de nervios, todavia todos los católicos y los más de los mismos herejes entendieron que era obra sobrenatural y propia del Señor; porque, habiéndose cocido aquellos cuartos en agua hirviendo, no veian cómo se pudiese causar aquel encogimiento de nervios que los otros decian, especialmente acordándose que el dicho padre, estando delante de los jueces, y viendo la maldad y injusticia con que los condenaban, aún contra las mismas leyes del reino, les habia dicho que advertiesen bien que habia otro juez más grande y poderoso, que les tomara residencia y condenaria aquella impiedad con pena eterna. Y como no le quisieron oír vivo, parece que nuestro Señor quiso que muerto los amenazase y predicase. Confirmóse esta opinion por la que comunmente tenia todo el pueblo de la santidad del padre Jorge, y del fervor, celo, caridad y alegría con que continuamente se habia ocupado seis años por toda aquella tierra en ganar ánimas para Dios. Y porque se acordaban de algunas cosas notables y maravillosas que Dios habia obrado por él en este santo misterio. Entre ellas fué una, que estando un mancebo hereje, llamado Areot, preso en el castillo de Oxonia, por haber sido ladron famoso y por muchos gravísimos delitos que habia cometido, algunos católicos que en la misma cárcel estaban presos con él, le comenzaron á persuadir que reconociese sus culpas, y se volviese á Dios y á la fe católica, y que pues habia de morir, que muriese como católico y tomase aquella muerte en pago de sus graves culpas. Y como el mozo era de buen natural y entendimiento, abrió el corazon al rayo de la divina luz, y mostróse aparejado para hacer lo que los católicos le aconsejaban. Ellos dieron aviso por cartas al sacerdote Jorge, y él les dió la orden que habian de tener para disponer aquel ánima á reconocer y llorar sus culpas, y aparejarse á confesarlas al tiempo que él avisaria; y guardándose la orden que él habia dado, el ladron, con la divina gracia, vino á tener tan grande sentimiento de sus pecados, que de noche y de dia no hacia sino derramar lágrimas, deseando ya morir por satisfacer á Dios por ellos. Fué avisado una noche que la mañana siguiente

habia de morir, y luego se fué á los católicos, y echándose en el suelo, dijo: «Héme aquí, señores padres y maestros míos; héme aquí, yo muero, y muero sin confesion.» Pasó toda aquella noche en llorar sus pecados y hacer penitencia, y rogar á Dios que no le desamparase en aquella necesidad. La mañana siguiente se publicó la justicia que se habia de hacer. Concurrió grandísima multitud de gente de toda aquella comarca, por ser el ladron muy conocido y famoso. Entre los otros que vinieron, vino el buen Jorge, que habia sido avisado de los católicos; pero disimulado y en hábito de caballero, y entró como pariente del ladron en la cárcel, y como quien venia para visitarle y consolarle. Despues de haberse saludado en presencia de todos, se apartaron un poco de la gente, debajo de un árbol que estaba en el patio de la cárcel, y allí, como quien le consolaba y exhortaba á la muerte, le estuvo hablando, y el ladron se confesó con grandísima abundancia de lágrimas, y el sacerdote Jorge secretamente le dió la absolucion, y abrazándose, se despidió dél, y se salió de la cárcel sin ser conocido. Luego el ladron se declaró por católico, y por más asaltos que los herejes le dieron, nunca le pudieron trocar ni pervertir; ántes, cuando le llevaron á la horca, con grande alegría dijo que si tuviera mil vidas, las diera todas de muy buena gana por la confesion de la fe católica; y decia esto con tanto afecto y devocion, que besaba los instrumentos de su muerte, las ataduras, la soga, la escalera, la horca, hasta al mismo verdugo; causando admiracion la mudanza que el Señor habia obrado en el corazon de un salteador de caminos, y dando confianza de perdon á cualquiera pecador, por grave que sea, que se quisiere convertir, y mostrando la fuerza que tiene para convertir ánimas la religion católica, que en esto (como en las demas cosas) es divina, y es diferentísima de todas las sectas de infieles y herejes, y de cualquiera falsa religion.

CAPÍTULO IV.

Otros mártires que murieron en Londres.

El año de mil quinientos y noventa fueron presos Eduardo Jones y Antonio Mideltono, sacerdotes. El primero habia estado muchos años en Inglaterra y hecho grande fruto en las almas; porque, como tenía poca barba y parecia de pocos años, no le tenían por sacerdote, y así podia estar más disimulado. El segundo habia poco ántes venido á Inglaterra; mas, porque era hombre fervoroso y de grande talento en el predicar, tuvo grande nombre entre los católicos, y por esto mismo fué muy aborrecido y perseguido de los herejes. Ambos fueron presos en Londres por engaño de ciertas espías, que, siendo herejes, para descubrirlos y cogerlos mejor, se fingian católicos. Luego que los prendieron, hicieron levantar dos horcas delante de las casas donde fueron presos, y sin examinar la causa, ni hacer proceso, ni dar sentencia, fueron ahorcados y descuartizados, y puesto un titulo sobre las horcas con estas palabras: *Por*

traicion y por favorecer la invasion deste reino, que pretenden los forasteros; queriéndolos hacer con esta deshonra más odiosos al pueblo. Mas claramente se ve que la inocencia y constancia de los justos puede más que la malicia y artificio de los herejes; porque en la ciudad de Lóndres, donde ellos padecieron, el pueblo que estaba presente cuando martirizaban algun católico, solia ántes dar voces y á grandes gritos llamarle traidor, y despues acá no lo hace; ántes los más callan, y vuelven á sus casas tristes, melancólicos y confusos.

El padre Antonio Mideltono, estando sobre la escalera para ser colgado, pidió licencia para hablar cuatro palabras al pueblo, y no le fué concedida, y dijo: «Pues que no puedo hablar largo, solamente os digo que yo llamo á Dios por testigo que me dan la muerte por la religion católica romana, y por ser sacerdote y predicar la palabra de Dios, y suplico á su divina Majestad que acete esta muerte en remision de mis pecados, y que con ella se confirmen en su santa fe los católicos y se conviertan los herejes. A estas palabras respondió un caballero que estaba á caballo entre la otra gente para ver aquel espectáculo: «Bien habeis dicho, padre, y muy á propósito, y eso basta»; el cual, con otro caballero compañero suyo, fué luego preso y llevado á la cárcel.

En el principio de cuaresma hicieron morir en Lóndres al padre Cristóbal Vales, sacerdote, mas en diferente manera, porque fué con capa de justicia y por via de proceso, y porque, siendo sacerdote ordenado con autoridad del Papa, y estado en Roma, habia entrado en Inglaterra, contra sus leyes, y por esta sola causa fué condenado. Ántes le atormentaron cruelísimamente para saber dónde habia dicho misa, y quién le habia acogido en su casa y sustentado, y le tuvieron casi veinte y cuatro horas colgado en el aire, descoyuntándole; mas fué tan grande su constancia, sufrimiento y modestia, que edificó extrañamente á los católicos y admiró á los herejes.

Al tiempo de pronunciar la sentencia, preguntándole los jueces si tenía más que alegar en su defensa, dijo: «Una sola cosa me queda por preguntar. Si san Agustin, el que fué enviado de san Gregorio papa á Inglaterra, y fué el predicador y maestro de su fe, haya sido traidor ó no.» Y respondiendo ellos que no, dijo el Santo: «Pues ¿por qué me acusais y me condenais á mí á la muerte como á traidor, que he sido enviado á Inglaterra de la misma Silla Apostólica que envió á Agustin, y he venido para el mismo fin que vino él, y no se me puede oponer cosa que no se haya podido oponer á san Agustin?» Pero no aprovecharon estas palabras ni razones para que no fuese condenado, y juntamente con él un ciudadano de Lóndres, llamado Hornero, por haber dado recado á algunos sacerdotes. A éste le sucedió una cosa notable la noche ántes que muriese, y fué, que estando rezando de rodillas en la cárcel oscura, con vela, vió sobre la sombra de su cabeza una corona, y ponién-

dose las manos sobre la cabeza, no halló cosa en ella.

Levantóse y comenzó á pasear para ver si aquella era imaginacion y engaño de la vista; mas, como él se movia, se movia tambien la corona sobre la sombra de la cabeza, y duró esta vision una hora, con la cual quedó él muy consolado, porque le pareció que con aquella señal el Señor le llamaba y le animaba al martirio. Y echóse bien de ver el día siguiente el efeto deste regalo de Dios, porque murió con extraordinaria fortaleza y alegría.

Volviendo de España, este año de mil quinientos noventa, dos religiosos de la orden de santa Brígida (adonde habian venido á suplicar á la majestad del Rey Católico que socorriese al monesterio de las monjas inglesas de la misma orden, que está en Ruan de Francia, echado de su patria), y llevando muy buen despacho, y doblada la limosna que ántes les daba su majestad, fueron presos de los herejes de la Rochela, por traicion del capitan de la misma nave en que iban. En la Rochela fueron presentados al Príncipe de Biarne, y por su orden fueron examinados y tan maltratados por muchos dias, que si no fuera por un frances católico, que secretamente les dió de comer, murieran de hambre en la misma cárcel.

A cabo de muchos dias los mandó entregar Vandoma á un hereje inglés, para que los llevase presos en su nave á Inglaterra, porque, como vió que eran pobres y constantes, y que no podia sacar de ellos ni rescate ni aviso, quiso ganar gracias con la Reina de Inglaterra, enviándole este presente. El capitan de la nave inglesa á quien fueron entregados era hombre fiero y bárbaro, y tal, que no parece que tenía cosa de hombre, y así los trató con grande y extraña aspereza. Y para que los siervos de Dios padeciesen y mereciesen más, la navegacion de la Rochela á Inglaterra, que suele ser de muy pocos dias, duró sesenta, y en todo este tiempo, demas de andar los padres cargados de hierros y cadenas, y desabrigados y casi desnudos en lo recio del invierno, no les daban de comer sino unas pocas de habas saladas con agua, sin pan, y éstas en tan poca cantidad, que perecian de hambre. Era de manera, que los mismos herejes que iban en la nave lo decian al capitan; pero él era tan obstinado y tan enemigo de los religiosos, que no se movia por cosa que se le decia; ántes atribuia las tormentas y vientos contrarios que padecia su nave, al llevar en ella aquellos enemigos de Dios (que así los llamaba), y por esto trató algunas veces de echarlos en la mar, para que se ahogasen. Aunque, cuando estaban en algun grande peligro y necesidad, la propia conciencia le hacia conocer que eran amigos de Dios, y así les hablaba con blandura, pidiéndoles que rogasen á Dios que la navo se salvase, y prometiendo de tratarlos mejor. Mas como aquel sentimiento no nacia de virtud, sino de miedo, y era exprimido como por fuerza, en pasando el peligro volvía á su natural crueldad. Llegaron pasados dos meses, con muchos y largos

y penosos trabajos de la mar, y fueron recibidos en tierra con otros mayores de los herejes, los cuales los echaron luego en las cárceles, para apretarlos y consumirlos.

CAPÍTULO V.

La muerte de Francisco Valsingamo, secretario de la Reina.

Murió en el principio del año de mil y quinientos noventa y uno Francisco Valsingamo, secretario de Estado de la Reina, el cual era hombre feroz, de condicion áspera y colérica, y tan grande hereje y tan celoso de extender la secta de Calvino en todas partes, que no se puede fácilmente creer. Con este diabólico celo se dió á perseguir cruelísimamente á los católicos; y como tenía grande mano en el gobierno por razon de su oficio y por el favor de la Reina y amistad del Conde de Lecestre, ejecutó muchas y muy grandes crueldades contra ellos. Pero en dos cosas se señaló más. La primera, en perseguir á los seminarios y á los sacerdotes que vivian en ellos. La segunda, en sembrar zizafia y discordias entre los príncipes, y pegar fuego en los reinos ajenos, para tener en el de Inglaterra quietud. El odio y aborrecimiento que este mal hombre concibió y mostró contra los seminarios, se ve por las cosas que hizo para arruinarlos, si pudiera; porque primeramente procuró que el Rey Cristianísimo de Francia echase de su reino á todos los ingleses católicos, y particularmente á los que estaban en el seminario de Rems; y no lo habiendo podido alcanzar, buscó forma para turbar y disgustar los ánimos de los mismos mozos que vivian en los seminarios, y sembrar entre ellos division y discordia. Tampoco esto le salió; ántes, habiéndose entendido su astucia y artificio, los mozos se confirmaron en su santo propósito y se unieron más entre sí, y del veneno de la víbora se hizo triaca. Despues desto, tentó de dar ponzoña al doctor Alano, que en aquella sazón era rector del colegio de Rems, y el principal autor y columna de los seminarios, pareciéndole que derribado este pilar, caería todo el edificio, y para esto envió algunos hombres, ingleses y de otras naciones, á Francia y á Italia; y aún pasó más adelante esta maldad, y trató de hacer emponzoñar las aguas que bebían los que moraban en estos seminarios, para acabarlos á todos de una vez. Pero, como el Señor se quiere servir dellos, y se han fundado con su bendicion, no han podido todas las artes y malicias de los hombres empecerlos ni mellarlos. La otra cosa en que se desveló mucho Valsingamo fué (como dije) en pegar fuego y soplarle en los reinos y estados circunvecinos, en lo cual ponía extraña diligencia y medios exquisitos. Y para esto gastaba y derramaba su hacienda en espías, avisos, inteligencias y correspondencias que tenía en todas las provincias de católicos y herejes, cristianos é infieles. Por estos avisos, y por ser secretario de Estado, tenía entrada con la Reina, y le pintaba las cosas de manera, que le diesen gusto y no supiese más dellas de lo que á él le estaba bien para sus intentos

(que es uno de los daños que padecen los príncipes de sus privados, cuando no son los que deben). Pero estando Valsingamo en esta pujanza y prosperidad, y viviendo con grande fausto, soberbia y regalo, y habiendo gastado toda su hacienda y la de otros sus amigos por servir á la Reina y perseguir á los católicos, cargado de deudas, le hirió Dios y le visitó con un apostema vergonzosa y horrible que se le hizo en las entrañas, con la cual, como otro Antioco ó Maximino (1), acabó su triste vida, y comenzó la muerte sin fin, quedando todos los católicos de aquel reino haciendo gracias á nuestro Señor que los hubiese librado de las manos de verdugo tan cruel, y enseñado con su muerte á todos los hombres que no se fíen tanto de la felicidad temporal, ni piensen que ha de durar para siempre lo que es caduco, breve y momentáneo.

CAPÍTULO VI.

De las cruces que aparecieron en Inglaterra.

En este mismo año de mil quinientos noventa y uno, á los veinte y tres de Abril, día de San Jorge martir. patron de Inglaterra, hácia la tarde, en el condado de Norfolcia, que es del reino de Inglaterra, apareció en el cielo un círculo grande, con otros dos menores y tres soles, cada uno en el suyo. El de enmedio era más claro y resplandeciente, los otros dos de los lados no daban tanta luz, aunque era bastante para alumbrar la noche. El sol de enmedio estaba rodeado de un círculo pequeño, que miraba hácia la parte de Occidente y cortaba el círculo mayor. Dentro deste círculo mayor habia otro menor, y en él una cruz, á manera del aspa de san Andres, entre el Norte y Mediodía. Debajo deste círculo menor, hácia la parte de Oriente, y opósita del sol de enmedio, habia otra cruz, tambien de san Andrés, pero mayor que la otra y más clara, que tambien partía el círculo mayor. Estos círculos y cruces vieron muchos claramente, á lo que de Inglaterra hombres graves escribieron. Sobre esta aparicion de cruces se hicieron muchos discursos y varias interpretaciones; y el padre maestro fray Alonso Chacon, de la órden de los predicadores, escribió é imprimió en Roma un tratado acerca della y de otras semejantes apariciones, especialmente de las cruces que en el mes de Mayo siguiente del mismo año se vieron en las ciudades de Burges y Amian, y en otras ciudades y villas de Francia, y en la misma ciudad de París, donde se vieron muchas cruces en diferentes días y templos, en las sobrepellices, albas, casullas, toallas de los altares y en los corporales, y algunas dellas tan pegadas, que no se podían sacudir ni quitar con ninguna arte ni diligencia. Lo que el Señor quiso significar con estas cruces, Él solo se lo sabe; porque, aunque suele su divina Majestad despertar á los hombres con estos prodigios, no quiere declararles siempre su voluntad, para que se sujeten

(1) II, *Mach.*, ix; Euseb., *Histor.*, lib. III, cap. XXVIII.

á Él y estén pendientes de su inefable y secreta providencia. Lo que yo puedo decir es, que la cruz siempre es señal de alegría y consuelo para los que son amigos della, y de tristeza y pena para sus enemigos.

Bien sabemos que la cruz que vió Constantino (1) en el cielo cuando iba á hacer guerra á Magencio, tirano, fué señal de la vitoria que Dios le queria dar y le dió por virtud de la misma cruz, y que por esto le dijo la voz del cielo : «Constantino, en esta señal vencerás» (2). Y tambien sabemos que la cruz que, siendo san Cirilo patriarca de Hierusalén, apareció sobre el monte Calvario, y se extendia hasta el monte Olivete, fué señal de muchas y muy ilustres vitorias. Y porque hablamos de Inglaterra, el año de ochocientos y diez y nueve, haciendo guerra Hungo, rey de los pictones, contra Athles-tano, rey de los ingleses, y viendo su peligro, suplicó al apóstol san Andres que le favoreciese en aquella batalla que le queria dar, y el santo apóstol le apareció, y le prometió que el dia siguiente alcanzaria la vitoria (como la alcanzó), y para confirmacion desta verdad, apareció en el cielo una cruz de san Andres muy clara y resplandeciente sobre los reales de los pictones.

Y estando el valeroso capitan general Alonso de Alburquerque, con su armada de Portugal, en la isla llamada Camarena (3), que es en el estrecho del mar Bermejo, á la parte de Occidente, pegada al reino del Preste Juan, le apareció en el aire el estandarte de la santísima cruz resplandeciente, el cual adoró él y todos sus soldados y marineros con grandísima reverencia y celestial consuelo, tomando esta señal divina por prendas ciertas de las vitorias que el Señor les queria dar contra los gentiles y bárbaros de la India, en la cual, con la conversion de los moradores della, se habia de plantar y reverenciar la cruz en que el mismo Señor habia vencido y triunfado de sus enemigos.

Y otros muchos ejemplos se hallan en las historias sagradas y profanas, antiguas y modernas (4), que nos declaran esta verdad, y las mercedes que nuestro Señor ha hecho á su Iglesia, dándole la cruz por prendas que se las queria hacer. Y al contrario, tambien leemos que muchas veces aparecieron las cruces para espanto y castigo de los malos, como aconteció á Juliano Apóstata cuando, para perseguir á los cristianos y favorecer á los judíos, quiso tornar á edificar el templo de Hierusalén, y teniendo ya abiertos los cimientos y todos los materiales á punto para comenzar la obra, el fuego del cielo los consumió, y en los libros y vestidos de los cristianos y de los judíos y gentiles apare-

cieron muchas cruces negras, las cuales los judíos y gentiles no podian quitar. Y todo esto fué para castigo del perverso y malvado emperador, que con tanto artificio é impiedad hacia guerra á la cruz y al Señor, que murió en ella por nuestro amor.

Pero mi intento no es referir aquí lo que se halla en las historias acerca de las cruces que en diversos tiempos y con varios efetos han aparecido (véalo quien quisiero en el tratado que he dicho del padre fray Alonso Chacon); sólo pretendo decir lo que en Inglaterra sucedió en este tiempo, que en ella se derrama tanta sangre de los católicos, para animarlos á ellos y á los de Francia que no desmayan con esta tempestad que padecen, por más brava y espantosa que sea, sino que se abracen con aquel Señor que murió en la cruz por darnos vida, y por medio della conquistó el mundo y rindió los corazones de los gentiles, derribó la idolatría y venció la muerte, mundo é infierno.

En el año del Señor de quinientos y veinte y nueve (5), siendo emperador Justiniano Segundo deste nombre, hubo en Antioquía un terremoto horrendo, que asoló casi toda la ciudad y obligó á los moradores della á salir de sus casas descalzos, con grandes gritos y alaridos, pidiendo misericordia al Señor. Fué revelado á un santo y religioso varon que sobre las puertas de las casas escribiesen estas palabras : *Christus nobiscum : state*. Cristo está con nosotros ; teneos y estad quedos. Y con esto solo se aplacó la ira de Dios y cesó de temblar la tierra. Y lo mismo aconteció á san Eutimio, patriarca de Constantinopla, cuando siendo echado con violencia de su silla, vió en una isla, donde la tormenta le habia arrojado, una cruz en la pared, con esta letra : *Christus nobiscum est : state*. Y con esto quedó consolado y lo habemos de quedar todos los católicos, pues sabemos que Cristo está con nosotros, y que lo estará hasta la consumacion del mundo, como él mismo lo dijo y nos lo tiene prometido, y que en virtud desta señal del cielo, se ablandarán los vientos y se amansarán las hondas, y la tempestad se convertirá en bonanza, y vendrá tiempo en que, estando la mar como una leche, será hollada de los constantes siervos del Señor y verdaderos hijos de su esposa la santa Iglesia.

CAPÍTULO VII.

La entrada de algunos sacerdotes del seminario inglés de Valladolid en Inglaterra, y lo que della sucedió.

Entraron en este tiempo en Inglaterra once ó doce sacerdotes ingleses, que eran las primicias del seminario que en Valladolid el Rey Católico y otros señores y personas piadosas sustentan con sus limosnas, como adelante se dirá. Entraron, como suelen, disfrazados, y cuatro dellos, que iban en hábito de marineros y grumetes, fueron presos y llevados á la córte y presentados al Almirante, el cual los dió por libres por la buena razon que su-

(1) Euseb., lib. *De vita Constan.*, capítulos xxii, xxiii y xxiv. Greg. Nazian., orat. iv, in *Julianum*.

(2) Nicep., lib. vii, cap. xlix. Sozom., lib. iv, cap. iv. Hector Boetius, *Hist. Scolor.*, lib. x, pág. 199, et Joannes Leslæus, *De gestis Scolor.*, pág. 179.

(3) Los *Anales de Portugal*, y Mafco., lib. v, *Historia de las Indias*.

(4) Sócrates, lib. iii, cap. xvii. Nicep., lib. x, capítulos xxxii y xxxiii. Cedrenus, pág. 252. Ruf., lib. x, capítulos xxxviii y xxxix.

(5) Nicep., lib. xvii, cap. iii, et lib. xxiv, cap. xxxiv. Cedrenus, pág. 303.

picron dar de sí. Pero despues que se supo el engaño, y con todas las diligencias que usaron los herejes no pudieron haberlos en las manos, y entendieron que tras los que ya habian entrado, se aparejaban otros para entrar y seguir á los primeros, no se puede creer el susto y pasmo que tuvieron los del Consejo de la Reina, como si ya todo su reino estuviera conquistado de los enemigos y perdido. Para vengarse de los que ya estaban dentro del reino, y espantar á los que querian venir á él, determinaron de martirizar á dos sacerdotes del seminario de Rems que tenian presos; el uno se llamaba Jorge Bisley, mozo de grande ánimo y valor, y el otro Monfredo Escoto, hombre de rara virtud y santidad, que habia trabajado muchos años en aquella viña, con aprovechamiento de innumerables ánimas, y en pago de sus trabajos recibió este galardón del Señor. El uno y el otro murió con grande constancia, confesando públicamente nuestra santa fe católica, y rehusando el perdón y favor de la Reina, que les ofrecia.

Otros mártires se hicieron en diversos lugares y provincias de Inglaterra por este tiempo, los cuales escribe más particularmente uno de los sacerdotes que andan en ella, en una carta, que me ha parecido poner aquí:

«Aquí, dice, la fruta ordinaria de cada día son muertes, martirios, tormentos, cruces, cárceles; y todas las cartas que de acá se os envían no pueden ser de otra materia, sino de las calamidades y miserias que padecen los católicos, ni tratar sino de las muertes que se dan y de la mucha sangre que se derrama. No se ha mudado el rostro y figura en Inglaterra; el mismo es que solia el furor de los herejes, y la rabia con que persiguen á los católicos; pero bendito sea el Señor, que tambien el vigor dellos y su constancia es el que siempre ha sido. Y así, vuestra reverencia no aguarde en mis cartas argumento nuevo y no oído; porque los tiempos son tales, que ya no tratan los herejes de la muerte y martirio de los siervos de Dios, sino de los tormentos que les han de dar, y del género de muerte con que los han de acabar.

«En la ciudad de Yorke, este mes de Abril, Roberto Therfio, sacerdote, que fué colegial del seminario de Rems, peleó valerosamente y acabó su curso felicísimamente, y acompañó al sacrificio Tomas Batinsono, lego, que fué su compañero en vida y muerte y en la gloria del martirio, y le habia muy bien ayudado á trabajar en la viña del Señor.

«En Vintonia, asimismo en el mes de Julio, sucedió otro martirio semejante á éste, con pública fiesta y aplauso de todos los católicos; porque un sacerdote llamado Rogerio Kinsonio, y un lego casado, por nombre Rodolfo Milnero, murieron por la fe con grande constancia y fueron á gozar de Dios. Y amonestando el juez á Rodolfo que volviese en sí y tuviese cuenta de su mujer, moza, y de ocho hijos que tenía, y que con ir á la iglesia de los calvinistas una sola vez, le perdo-

»naria y librería de la horca en que estaba, respondió con grande ánimo y espíritu que no era tan loco, que por una cosa de tan poca sustancia como era la mujer y los hijos, quisiese perder á Dios. Verificándose en él lo que Cristo, nuestro redentor, dijo: que el que no aborrecia al padre y á la madre, y á la mujer y á los hijos, y aún á sí mismo, por su amor, no era digno dél.

«En el mismo lugar y tribunal fueron condenadas siete doncellas nobles por haber recibido al dicho sacerdote en su casa para decir misa, y como los jueces, viéndolas, no se atreviesen á ejecutar la sentencia de muerte contra ellas, pareciéndoles que para espantarlas bastaba haberla pronunciado, y las mandasen volver á la cárcel, comenzaron ellas con grande abundancia de lágrimas á dar voces, y á rogar y pedir con mucha instancia á los jueces que ejecutasen la sentencia, y no las apartasen de su dulcísimo Padre, porque era justo que, pues habian sido compañeras en el delito, lo fuesen en la muerte, y que esperaban en Dios que, como les habia dado ánimo para hacer lo que habian hecho, se le daria tambien para morir gloriosamente por su santa fe católica. ¡Oh mujeres no mujeres! ¡Oh pechos varoniles y fuertes! ¡Oh flaqueza humana y fortaleza de Dios!

«En Lóndres, el mismo mes, murieron otros dos sacerdotes con maravillosa alegría y constancia, y edificación de sus hermanos. El uno se llamaba Jorge Beseleyo, el cual, ántes que le matasen, fué atormentado con varios y exquisitos tormentos para que dijese con qué católicos habia tratado y de quién habia sido recibido y hospedado; pero, por mucho que le apretaron, nunca pudieron sacar cosa dél.

«Con Beseleyo padeció la muerte el gravísimo y santísimo varón Monfredo Escoto, sacerdote, con tan grande suavidad de su espíritu y modestia, que los mismos herejes se espantaron; por donde el principal caudillo de todos estos sayones de la Reina despues se alababa, y decia que habia hecho un grande beneficio al reino y servicio á la Reina, por haberle quitado de delante un papista tan devoto y tan extenuado con penitencias, ayunos y vigiliass.

«En la Torre de Lóndres, este mes de Agosto, echaron preso á Tomas Pormorto, colegial del seminario de Roma, y le pusieron en la cámara del tormento.

«En la misma torre está ahora preso el nobilísimo caballero Tomas Fikiharbe, el cual, habiendo hecho heredero á un sobrino suyo de sus bienes, el mal sobrino, por gozar dellos, acusó á su tío que habia recibido en su casa á un sacerdote, y siendo ya de ochenta años, desea y espera cada día la felicísima muerte de su martirio.

«Mas como á río vuelto es la ganancia de los pescadores, por los muchos peces que concurren, así Dios nuestro Señor, en medio destas aguas turbias y persecuciones de los católicos, nos consuela con la pesca abundante que tenemos. En Lón-

«dres habemos estado juntos sesenta sacerdotes, administrando los sacramentos, predicando muy á menudo, reconciliando al gremio de la santa Iglesia cada dia algunos; y para no alargarme, nuestro carísimo hermano Tomas Estauco, que fué de vuestro colegio, en una sola provincia ha ganado para el Señor trescientas ánimas. Y yendo la Reina á holgarse estos dias á esta provincia, el Conde de Herfordia, que es el capitan de los puritanos, le dijo que él podría salir á recibir á su majestad, cuando fuese menester, con mil y doscientos papistas de aquella provincia, de los que no quieren ir á las iglesias de su religion. Ésta es la esperanza que tenemos, éste nuestro consuelo, el ver que las cosas espirituales nos suceden prósperamente, y que cada dia se aumenta el número de los fieles; y tambien el ver la division grande que hay entre los mismos herejes, y que los puritanos persiguen terriblemente á los protestantes, y que los consejeros de la Reina y los capitanes de mar y de tierra principales andan discordes y traen bandos y capitales enemistades entre sí.» Ésta es la carta del sacerdote.

CAPÍTULO VIII.

De tres falsos profetas puritanos que se levantaron en Inglaterra.

En el mismo tiempo que en Lóndres se martirizaban tantos sacerdotes y legos católicos, se levantaron tres herejes puritanos de espíritus y costumbres bien diferentes. Éstos publicaban que eran profetas de Dios, enviados del para remedio de aquel reino. El primero, llamado Copengero, decia que era profeta de misericordia. El segundo, cuyo nombre era Ardentono, afirmaba ser profeta de justicia y de venganza. Y el tercero, que se decia Harqueloto, representaba á Cristo. Subieron en la plaza de Lóndres en unos carros, y llamando la gente á grandes voces, les propusieron quienes eran y á qué venian, y hablaban muy mal de la religion y gobierno de la Reina, reprendiéndola ásperamente porque se fiaba del Arzobispo de Cantuaria y del caballero Hattou, gran chanciller del reino, los cuales decian que eran reprobados de Dios y dignos de muerte, y traidores á la Reina y á la república, por ser contrarios á su secta de puritanos. Decian más: que la Reina habia de ser castigada y privada de su reino y estado; aunque el profeta de misericordia añadió que Dios habia determinado de hacer este castigo en el cuerpo de la Reina, y que su ánima se salvaria. Hecho esto, el Cristo fingido quebró una figura de la Reina, con grande admiracion y turbacion de los que allí estaban presentes; y porque eso parecia ser principio de alguna rebelion y alboroto concertado entre los puritanos, le prendieron y le ahorcaron en la plaza principal de Lóndres, á siete de Agosto de mil quinientos noventa y uno. A los otros dos echaron en la cárcel de los locos, azotándolos cada dia para que asesasen y revocasen las profecias que habian dicho contra la Reina, lo cual ellos no quisieron hacer; y así, se entiendo que murieron en la cárcel.

Cuando ahorcaron al falso Cristo, murió blasfemando y llamando á Elías, para que enviase fuego del cielo, y dió su maldicion á todos, diciendo que el Papa y la pestilencia los consumiese.

Es tan grande la discordia y enemistad que hay entre los herejes calvinistas y puritanos, que no se puede creer, y cada dia crece más. En el puerto de Gravisenda prendieron á un puritano, llamado Norton, que iba á Holanda para imprimir un libro compuesto en inglés contra los obispos de la Reina y sus malas vidas. Cogieronle con buena cantidad de dineros que llevaba para la impresion. Otros ministros y predicadores de la secta puritana, huyendo de Inglaterra á Escocia, imprimieron otro libro contra la Reina y su gobierno y contra su secta de protestantes. Y con ser esto así, y haber tanta division en sus sectas, y tan grande ódio y enemistad entre los que las siguen, y escribiéndose libros y levantándose profetas contra la misma Reina, ella deja vivir á cada uno como quiere, y á solos los católicos persigue con tanta inhumanidad, como se ve por todo lo que se ha escrito en esta historia.

CAPÍTULO IX.

La muerte de Cristóbal Hatton, cancelario del reino.

Los falsos profetas puritanos acabaron, como habemos dicho, y Cristóbal Hatton, cancelario del reino, contra el cual principalmente enderezaban sus palabras, acabó tambien en breve su jornada, porque murió á los diez y siete de Octubre de aquel mismo año. Habia subido á aquella tan alta dignidad por favor de la Reina, que siendo él mozo de muy linda gracia y aspecto, y estudiante, y representando, con otros compañeros suyos, una comedia delante della, con tanta gracia hizo su parte, que la Reina se le aficionó extrañamente; y comenzándose á servir del, de grado en grado le subió á los más altos oficios, y lo colocó en la suprema dignidad del reino. Era el cancelario más moderado que los otros sus compañeros, y á lo que se entendia, católico en su corazon, y enemigo de la sangre que de ellos se derramaba. Mas, por otra parte, se habia entregado de tal manera á la voluntad de la Reina, y deseaba tanto agradarle y servir (por no caer de su favor y privanza), que no se atrevia á decirle la verdad, ni á repugnar á los otros del Consejo, que en las cosas tocantes á nuestra religion eran más violentos y crueles. Que éste es otro género de hombres y ministros de los reyes, que miden sus acciones con la voluntad, buena ó mala, de sus amos, y no con la justicia y la razon; y por no perder la gracia del Príncipe, pierden la de Dios, y piensan que no tienen culpa en lo que se hace mal, porque no les agrada lo que se hace. Mas el que hace mal y el que lo consiente (como dice san Pablo) merecen la misma pena, y muchas veces para con Dios el no decir la verdad es venderla. Vino Hatton á ser muy rico y poderoso, y deseando casarse para tener hijos y dejarles la mucha hacienda que habia amontonado, nunca la Reina se lo

consintió, y por esto, y mucho más por lo que he dicho, todos los cuerdos le tuvieron por desdichado é infeliz, aunque el vulgo inorante, que miraba aquella sola representacion y fausto con que en sus ojos resplandecía, le llamaba bienaventurado. Visitóle (á lo que se escribió) algunas veces la Reina, y asistióle los postreros dias de su enfermedad, y procuró que fuese curado con todo cuidado y regalo; mas no pudo librarle de la muerte, que, á lo que se sospechó, fué de veneno, ni ahora podrá librar su triste ánima del infierno.

He hecho particular mencion en esta historia del Conde de Lecestre, de Valsingamo y de Hatton, por haber sido de los principales ministros de la Reina, y sus queridos y privados, y los que, por darle gusto y mostrarse más celosos de su servicio, se señalaron más contra nuestra santa religion, ó impugnándola como crueles enemigos, ó no la defendiendo como falsos amigos, para que por estos ejemplos aprendan los ministros y privados de los reyes lo que deben hacer para cumplir con Dios primero, que los puso en aquel lugar, y despues con sus señores, que fian dellos su honra y conciencia, y la justicia y quietud de los reinos, y saquen de los sucesos ajenos lo que á ellos les puede suceder, y de la brevedad y vanidad de la prosperidad que otros tuvieron, lo poco que les ha de durar la que ellos tienen, para que de tal manera vivan y se gobiernen, que cuando ella se acabare no se acabe su felicidad.

CAPÍTULO X.

El edicto que publicó la Reina contra los sacerdotes y católicos, y las muertes dellos.

A los diez y siete de Octubre murió el Cancelario, y luégo el dia siguiente, que fué á los diez y ocho, se publicó un edicto de la Reina contra los católicos, el más bravo y riguroso de cuantos hasta aquel tiempo se habian publicado. Entendiósse que el Cancelario, por ser (como dijimos) más moderado y aficionado en su corazon á los católicos, habia detenido la publicacion deste edicto, por tenerle por cruel y perjudicial á todo el reino, y porque no queria que Gulielmo Cecilio, tesorero general, que era el autor dél, mandase tanto y se apoderase de los negocios del reino, y favoreciese á banderas desplegadas á los herejes puritanos, como lo hacia; pero en muriendo el Cancelario, como quedó Cecilio solo al timon y sin estorbo, salió con su intento y hizo que se publicase el edicto, el cual es tan extraño y bárbaro, y lleno de tantas mentiras y disparates, que basta leerle para entender esto ser así; y despues de haber dicho algunas cosas que pertenecen á la continuacion y cumplimiento desta historia, pondremos la suma dél en su lugar.

Publicó la Reina su edicto, y luégo, para ejecutar las penas que en él se contienen contra los católicos, envió sus comisarios y pesquisidores por todo el reino para que los inquiriesen y buscasen con increíble diligencia, y con no menor crueldad los castigasen. Con esto, la persecucion y aflicion que

padecian los católicos, aunque era ántes muy terrible y como un rio caudaloso y arrebatado, con la avenida deste edicto salió como de madre y se embaveció, y llegó á un punto tan subido, que solos los que la padecen la pueden créer.

Entre los otros que martirizaron en Lóndres, fué uno el padre Pateson, sacerdote del seminario de Rems, al cual, la noche ántes que le diesen la muerte, le echaron en un calabozo muy hondo, entre siete ladrones, que el dia siguiente habian de morir con él. Y fué nuestro Señor servido de dar su espíritu á este su siervo, de manera que convirtiese á seis dellos á nuestra santa fe (porque todos eran herejes), y así murieron protestando que eran católicos, y confesando nuestra santa fe con grande paciencia y alegría suya, y edificacion y esfuerzo de los católicos que estaban presentes, y enojo y rabia de los herejes, los cuales, para vengarse del sacerdote que los habia convertido le abrieron vivo y le hicieron cuartos con bárbara crueldad, y tiranía. Que es semejante á lo que leemos en el *Martirologio romano* (1), de siete ladrones mártires, los cuales fueron convertidos á la fe por san Jason y san Sosipatro, que estaban presos con ellos, y despues animados á morir por Jesucristo.

Tambien en la ciudad de Norvico martirizaron á otro sacerdote, que prendieron en casa de un caballero llamado Gray, al cual echaron en el castillo de Lóndres. Y ántes habian martirizado en la misma ciudad de Lóndres á siete juntos, tres sacerdotes de los seminarios de Rems y de Roma, y cuatro legos, dos caballeros y dos criados suyos, por haber tratado con los dichos sacerdotes.

Martirizaron asimismo en Lóndres á otro sacerdote muy mozo y de aspecto angélico, cuya muerte causó grande sentimiento, no solamente por lo que tocaba á su persona, sino porque tambien dieron la muerte á una señora muy principal, hija de millor Copley y casada con un caballero de mucha estofa, sólo por haberle hospedado en su casa. Era esta señora muy moza, pero de grande celo en las cosas de la religion, y así murió con grande resolucion, rehusando el perdon y la vida que los ministros de la Reina le ofrecieron á ella y al sacerdote, si quisiesen ir á sus sinagogas. Al sacerdote hicieron cuartos y á ella ahorcaron, con lástima grande de todos. Con el furor desta tan grande tempestad, muchos caballeros y personas de respeto, católicas, han dejado sus casas y retirádose, quién á Irlanda, quién á Flándes, quién á otros lugares remotos y seguros; y muchos estudiantes hábiles y católicos de las universidades de Cantabrigia y Oxonia, entendiendo, por el edicto de la Reina, que hay seminarios de ingleses fuera de Inglaterra, han salido della para buscarlos y vivir en ellos como católicos, y volver á su patria de la manera que adelante se dirá. Lo cual ha dado mucho que pensar á los del Consejo de la Reina, viendo que se deshacen

(1) Veinte y cinco de Abril, y los griegos hacen mencion dellos en su *Monologio*.

sus trazas, y que no aprovechan nada sus espantos y tormentos, y que por medio dellos la fe católica prevalece.

Así como los herejes muestran lo que son en lo que hacen, así el Señor manifiesta quién es en la virtud que da á los católicos para resistirles y vencerlos, y más á mujeres tiernas y flacas, que á imitacion de las santas antiguas, se han mostrado verdaderas hijas de la Iglesia católica en la pérdida de la hacienda, de la honra y de su libertad, en los tormentos y en la misma muerte, como se ve en el ejemplo desta señora que acabamos de decir, que quiso ántes morir en una horca que reconocer á la Reina por cabeza de la iglesia de Inglaterra, y en el de las otras siete doncellas que tenían por género de muerte no morir por la misma causa, como queda referido. Y para que esto mejor se entienda, quiero en el capítulo siguiente tratar de la constancia de algunas otras mujeres, que, por no perder la fe católica, tuvieron por ganancia la pérdida de sus haciendas, la afrenta por honra, la cárcel por suma libertad, y la muerte cruel por regalo y principio de eterna vida.

CAPÍTULO XI.

De algunas mujeres principales que por la fe católica perdieron sus haciendas, honras y vidas.

Entre los otros ministros de la Reina que más cruelmente han perseguido á los católicos, ha sido Emundo Traffordo, caballero noble por sangre, pero pobre y muy ostinado de la secta de Calvino. A éste hicieron comisario de la provincia de Maucestre, y él, parte por el aborrecimiento que tenía á nuestra santa religion, y parte porque con la hacienda de los católicos esperaba salir de necesidad, se determinó de ejecutar su oficio de manera que la Reina quedase satisfecha de la buena voluntad con que, por servirla, perseguía á los católicos, y su casa acrecentada de bienes y favor. Porque la primera cosa á que los ministros de la Reina echan ojo es, que los católicos en quien quieren hacer presa sean hombres que tengan sustancia, de la cual ellos se puedan aprovechar. Deseaba mucho el comisario Emundo afligir á una señora que se llamaba Alana Roseahl, cuñada del cardenal Guillermo Alano, que habia sido casada con su hermano, del cual, ya difunto, le habian quedado tres hijas, que se llamaban Elena, Catalina y María, y la mayor era de diez y seis años. Deseábalo por saber que era grande católica y favorecedora de los sacerdotes católicos, y porque, no pudiendo haber á las manos al cardenal Alano, queria vengarse dél en persona que tanto le tocaba. Ella fué avisada de la venida y ánimo del comisario, y para armarse de Dios contra el impetu de Satanás, oyó misa y comulgó en ella, y suplicó á nuestro Señor que le diese fuerzas para entrar en la batalla con sus enemigos, y perder ántes la hacienda y la vida que faltar un punto á lo que debía á mujer cristiana y católica; teniendo por muy grande merced la ocasion de padecer por su santo nombre. Hecho esto, que

fué lo primero y lo principal, determinó de esconderse en alguna parte segura y sin sospecha, y dejar á sus tres hijas para que guardasen la casa y hacienda, de la cual les habia hecho donacion. La mañana, pues, de los Reyes, los ministros de la Reina, con grande tropel de gente perdida, entraron en la casa desta señora, y se hicieron dar todas las llaves y armas que habia en ella, y tomaron juramento á los criados para saber dónde estaba su señora; y como viesan un retrato de un caballero, que estaba en una pieza, pensando que era del doctor Alano, fué tanta la rabia que les vino, que diciendo contra él mil injurias y baldones, comenzaron con los puñales á dar en el retrato y á hacerle pedazos, y echándole en el suelo, á pisarle con los piés. Despues, habiendo buscado todos los rincones de la casa y cogido todo lo bueno que habia en ella, hasta los vestidos de aquellas tres honestísimas doncellas, y en otra casa mil y quinientos ducados (que la buena madre habia escondido para remedio dellas en caso que les sucediese alguna desgracia), se quedaron muy despacio en la misma casa, así por comer y destruir todo lo que en ella habia, como porque esperaban que con este entretenimiento descubrirían dónde estaba la buena madre. Ella fué avisada de todo lo que pasaba, y viendo que aquellos sayones se estaban muy de asiento en su casa, olvidada ya de los bienes que habia dejado en ella y de todo lo demas, sólo tenía cuidado de sus hijas, temiendo que no se les hiciese algun agravio, ó que ellas, asombradas de los espantos de los herejes, no hiciesen ó dijese alguna cosa que desdijese de la santa institucion en que ella las habia criado. Con esta ánsia y solicitud las avisó de lo que habian de hacer para huir y librarse de las uñas de aquellos lcones, entre los cuales estaban como unas corderas, acordándose siempre de los consejos de su madre y animándose entre sí para perder ántes la vida que la fe católica; y buscando algun camino seguro ó ménos peligroso para escaparse, fué nuestro Señor servido que, queriéndolas ya llevar presas, les dió tiempo oportuno y una maravillosa comodidad para que, estando durmiendo las guardias, á media noche, las tres doncellas se saliesen por la puerta de su casa sin ser sentidas, y yendo hácia la ribera, hallasen un barco que Dios les tenía aparejado, con el cual pasaron de la otra parte del rio, andando fuera de camino, sin osarse descubrir á nadie por no caer en manos de algun hereje. Finalmente, al cabo de catorce dias de trabajo y afan, llegaron adonde estaba su buena madre, más muerta que viva, suspensa entre la esperanza y el temor de lo que habia de ser de sus hijas, aunque siempre muy confiada en la bondad de Dios, que nunca desampará á los que confían en él, y por su amor y celo de su religion quieren ántes perder todo lo que tienen en esta vida que apartarse un punto de su santa fe.

No bastó este gozo tan grande que la madre tuvo de ver fuera de peligro á sus tres hijas, para perder el cuidado de su sustento y remedio dellas,

viendo que ya no tenían padre ni hacienda, ni abrigo ni amparo sino á ella. Para esto procuró que algunos caballeros amigos suyos, á quien ella habia hecho donacion de sus bienes en favor de sus hijas, y por esto y por otros respetos le tenían obligacion, pareciesen delante de los jueces en nombre dellas, y les pidiesen la hacienda, que era suya por el testamento de su padre y por la donacion de la madre. Mas como los hombres son más amigos de su interes que del ajeno, y con la adversidad se mudan y olvidan de las obligaciones, fundadas en virtud y agradecimiento, y hay tan pocos que quieran ser compañeros en los trabajos y fieles en la adversa fortuna, ninguno de ellos quiso hablar por ellas, temiendo de ofender á los del Consejo de la Reina, para la cual se habia confiscado la hacienda, y por ser materia de religion que es tan odiosa en Inglaterra. Aconsejaban á la madre algunos amigos que enviase á sus mismas hijas para que pareciesen por sí al juicio y pidiesen la restitution de sus bienes; porque, siendo la justicia tan clara y tan conforme á las leyes de Inglaterra, y las hijas doncellas y de tan tierna edad, tenían por cierto que alcanzarian fácilmente por sus personas lo que con grande dificultad otros no podrian alcanzar. Mas la santa madre, como mujer varonil y tan católica y experimentada, entendiendo que sus hijas no serian oidas en el tribunal de los jueces ántes que prometiesen de ir á sus sinagogas, y que si no lo quisiesen prometer, las mandarian prender y echar en la cárcel y despojar de toda la hacienda; por no poner en peligro á sus hijas de perder la religion católica ó su libertad, nunca quiso tomar este peligroso consejo, ni permitir que sus hijas anduviesen por los tribunales.

Dióse sentencia contra los bienes, y luégo el Gobernador tomó la posesion de todos los que pudo hallar, y áun de otros que no eran suyos della, aunque estaban en sus casas. Acudió la madre, por medio de terceros y amigos, al Consejo supremo de la Reina, para que deshiciesen el agravio que se habia hecho á sus hijas por los jueces inferiores. Pero despues de haber gastado mucho tiempo, no sacó otro provecho sino conocer que cuanto los del Consejo estaban en más alto lugar, tanto eran más pérfidos herejes, y ménos se compadecian de los trabajos y miserias de sus hijas, y con mayor sed codiciaban sus bienes; porque los más levantados puestos y preeminentes cargos, si no caen en personas de grande seso y virtud, suelen ser ocasion á los que los tienen de miserables caidas, y materia y cebo para fomentar el fuego de la codicia y ambicion y deshonestidad, como se vió en este negocio.

Destá manera perdió la hacienda esta venerable matrona; mas no por eso perdió la paciencia y alegría de su ánima, ántes hizo gracias al Señor por la merced que le habia hecho, teniendo por mayor tesoro la pobreza de Cristo que todas las riquezas que habia poseido en Inglaterra, de la cual determinó de salir con las dos mayores de sus hijas, por-

que queria ántes vivir en un destierro pobre y seguro, fuera della, que en su patria con sobresalto y peligro; y así, se partió, y guiada del ángel del Señor, habiendo pasado grandes trabajos y peligros por mar y por tierra, y estando muchas veces escondida de dia en los bosques y cuevas, y caminando de noche, al cabo de dos meses llegó á Rems, á salvamento, con grandísimo consuelo de todos los católicos, y especialmente del doctor Alano, su cuñado, que en aquel tiempo era superior y retor del seminario de Rems, y ahora, por sus grandes merecimientos, es dignísimo cardenal de la santa iglesia de Roma.

Este ejemplo es de una señora viuda y de tres hijas doncellas, que quisieron ántes perder la hacienda y la patria que la fe católica; veamos ahora otros de las que por la misma fe perdieron su libertad, honra y vida.

A una señora principal, mujer de un caballero llamado Mordant, estando presa por la fe católica, le mandó decir la Reina que por ser quien era, y mujer de tal marido, ella la mandaria soltar con que hiciese una sola cosa y muy fácil, y era que pasase una sola vez por una iglesia de los herejes, entrando por una puerta y saliendo por otra, al tiempo que ellos celebraban sus oficios. Ella respondió que nunca Dios tal permitiese, y que ántes perderia la gracia de la Reina y de su marido y de todos sus parientes y amigos, que eran muchos, que mostrar flaqueza ó disimulacion en la confesion de su fe y en la obediencia que debia á su Dios y Señor; y así, estuvo presa muchos años por no haber querido condescender con la voluntad de la Reina.

A otras tres señoras ilustrísimas en sangre, que habian sido presas estando juntas oyendo misa el dia de Pascua de Resurreccion, las llevaron públicamente por las calles de Lóndres, con toda la afrenta que se puede imaginar, y delante dellas iba, vestido como estaba, el sacerdote que les decia misa, y todos los herejes gritando por las calles y diciendo mil baldones é injurias; pero ellas, con una paciencia y fortaleza invencible, lo sufrieron todo, dejando á los herejes espantados, y á los católicos muy edificadas por la alegría con que padecian aquella afrenta por la confesion de nuestra santa fe.

Otra señora, llamada Clitera, que tambien era casada y muy noble, estando delante de los jueces para ser examinada, despues de haber protestado que era católica, aparejada para morir por su fe, no quiso responder á las otras preguntas que le hacian los jueces, por no tenerlos por legitimos en la causa que se trataba, y por no poner estorbo á la muerte que deseaba padecer por Jesucristo; los jueces la amenazaron que si no respondia le darian una muerte cruelísima; pero ella siempre estuvo fuerte y constante en no querer responder; y así, le dieron la muerte que aquí diré.

Extendieron en el suelo á la sierva del Señor, boca arriba, y con cuerdas le ataron y estiraron los piés y las manos; debajo de los riñones le pusieron

una piedra grande esquinada, y sobre el pecho un tablon, sobre el cual fueron cargando poco á poco mucho peso, hasta que la hicieron reventar la sangre por la boca, orejas y narices, y desta manera dió su ánima al Señor, con grande paciencia y alegría, los ojos puestos en el cielo, y su corazon en aquel que era todo su deseo y su bien. Grande crueldad pareció ésta á todos los circunstantes, que miraban un linaje de muerte tan horrible y espantosa en una mujer tan noble y por tal causa. Pero la herejía es furia infernal, y no tiene tasa ni modo en su impiedad y crueldad.

Hasta aquí habemos hablado de algunas mujeres, doncellas, casadas y viudas, que han padecido por Cristo. Ahora, para acabar este capitulo, digamos algo de algunas monjas, esposas del Señor, que han hecho lo mismo, para que las mujeres de cualquier estado tengan ejemplos que imitar.

Entre los religiosos que salieron de Inglaterra para los estados de Flándes, huyendo la persecucion de Isabel, fueron cuatro conventos enteros, dos de frailes cartujos y franciscos, y otros dos de monjas, el uno de Santo Domingo, y el otro de Santa Brígida, que se llamaba el monesterio de Sion. Los dos destos monesterios, que fueron el de los frailes de San Francisco y el de las monjas de Santo Domingo, se deshicieron con el tiempo. Los otros aún quedan en pié, y se han sustentado y sustentan con las limosnas de su majestad Católica. El de Santa Brígida ha tenido grandes borrascas y tormentas, y sido perseguido terriblemente de los herejes de Inglaterra, así porque viven en él vírgenes limpias y consagradas á Dios, y enemigas de las carnalidades y torpezas que ellos usan, como porque otras muchas hijas de caballeros y personas principales salian de Inglaterra, y las venian á buscar para imitarlas y estar en su compañía. Mas como no se pudiesen todas sustentar, por ser muchas, despues de mucha oracion y penitencia, determinaron de repartirse, y que las más ancianas pasasen con su convento á Ruan de Francia, y las más mozas y más nobles y emparentadas se volviesen á Inglaterra, donde pudiesen ser proveidas y amparadas de sus deudos y conocidos, y así se hizo. Llegaron á Inglaterra las monjas; al principio, quando las vieron los herejes, comenzaron á regalarlas, pensando que fácilmente las podrian pervertir con blandura, por ser mozas y de pocos años de religion. Pero como no les sucediese, las prendieron y repartieron por diversas cárceles del reino, queriendo espantarlas con rigor. Mas ni el regalo las pudo ablandar, ni el espanto derribar. Con esto, los del Consejo les dieron como por cárcel las casas de algunos señores del reino, en las cuales fué tan grande el ejemplo que dieron estas siervas del Señor, que, movidas dél muchas doncellas nobles, se determinaron de seguir las y abrazarse con Cristo nuestro Señor en perfeta castidad: ¡tanto puede la virtud afinada con los trabajos que se padecen por Dios! Vino á noticia de los jueces lo que pasaba, y mandaron que sacasen de las casas donde estaban, y las vol-

viesen á las cárceles públicas con muy mal tratamiento y grande inhumanidad. Una dellas, que se llamaba Isabel Sandera, hermana del doctor Nicolas Sandero, escribe en una carta las muchas veces que la prendieron y affigieron, en la cual, entre otras cosas, dice: «Prendiéronme los alguaciles la segunda vez en la casa de mi propia hermana, y como si hubieran preso á un grande salteador, con mucho cuidado me llevaron delante de más jueces que Anás y Caifás, y Pilato y Heródes; porque no acababan de presentarme delante de todos los alcaldes, que en aquella comarca son muchos. Hacianme muchas preguntas impertinentísimas; pero yo satisfacía á todas brevemente con responder que yo era mujer y monja, y que lo primero bastaba para asegurarles que no podía revolver el reino; y lo segundo, para que entendiesen que mi religion era la católica, pues en la suya no habia monjas. Querian que les dijese qué católicos conocia yo en Inglaterra, y otras cosas semejantes. Y así, enojados, me echaron finalmente en la cárcel de la ciudad de Vintonia, donde me apretaron tanto y acortaron la comida por algunos dias, que pensé morir de pura hambre; pero Dios nuestro Señor me remedió con la caridad de los católicos que estaban presos en la misma cárcel, los cuales, por espacio de tres años que estuve en ella, me proveyeron con mucha voluntad de todo lo necesario. Importunáronme muchas veces los herejes que fuese con ellos á sus iglesias para oír sus sermones, y porque no lo quise hacer me dieron muchas molestias, trayéndome de audiencia en audiencia, y presentándome delante de todos los tribunales, en todas sus córtes, que cada seis meses se juntan en las provincias, acusándome de muy pertinaz y obstinada, y condenándome á pagar ochenta ducados por cada mes que habia rehusado de ir á sus sinagogas, que montaba casi quinientos ducados cada seis meses, que habia entre unas córtes y otras; las cuales sumas, como se multiplicaban cada dia, y yo no tenía con qué pagarlas, me condenaron á cárcel perpétua. Muchos trabajos se pasaron en estas córtes y tribunales (demas de la deshonra y afrenta), por las desvergüenzas de los alguaciles y sayones y otros ministros viles, á que estamos sujetas las mujeres, y por la compañía de gente infame, facinorosa, y por muchas blasfemias é indecencias, que me hubieran dado grande pena y affliccion, si no la hubiera vencido con la consideracion de lo que pasó el Señor en sus juicios por nuestros pecados.

Y para acortar, estando yo una vez presa en un castillo, con la ayuda y favor que tuve en él, me descolgué una noche por las murallas, atada á una sogá, no con deseo de huir de la cárcel, sino de llegar á Ruan, donde nuestra madre abadesa me mandaba que yo procurase volver; que este deseo de obedecer á mis superiores me dió fuerzas para ponerme en aquel tan peligroso trance, como fué verme en una noche oscura colgada en el aire de aquella sogá, y despues que llegué al suelo, sola,

»desamparada y sin saber dónde volver la cabeza, »y con necesidad de huir por aquellos campos para »ponerme en salvo. Finalmente, despues de muchos y varios sucesos y prisiones, fué nuestro Señor servido de librarme y traerme á este convento »de Ruan, con grande consuelo de mi ánima y de »las otras monjas mis hermanas, quo no se hartaban de dar gracias á nuestro Señor por la maravillosa providencia con que me habia sacado de tantos peligros y aflicciones. Sea siempre bendito »su santo nombre.»

CAPÍTULO XII.

Prenden los herejes á cuatro niños hermanos por la fe, y quedan burlados.

No solamente persiguen en Inglaterra á los sacerdotes y á los demas católicos que por su nobleza, letras y autoridad pueden defender la fe católica, y estorbar el progreso de la falsa secta de Calvino, y las mujeres casadas, viudas y doncellas, como habemos visto; pero no perdonan á los niños, cuya tierna edad, aún entre los mismos bárbaros, suele ser exenta de toda injuria. Dejemos los demas ejemplos, y digamos de uno solo, porque es muy ilustre y nos enseña mucho la malicia de los herejes y la bondad del Señor, que triunfa dellos aún por niños de tan poca edad. Habia cuatro hermanos, que se llamaban Tomas, Roberto, Ricardo y Juan Worthintonio, hijos de un caballero y sobrinos de un sacerdote, que tambien se llamaba Tomas Worthintonio, hermano de su padre. El mayor dellos tenía diez y seis años, y el menor no doce cumplidos. Fueron presos todos estos cuatro niños en la provincia de Lancastre por los ministros de la justicia, en una casa en que buscaban al sacerdote su tio. Fué cosa de maravillar los modos y artificios que usaron los consejeros de la Reina y sus falsos obispos y ministros para pervertir y engañar á estos niños, y la constancia, discrecion y espíritu que el Señor les dió para no dejarse engañar ni apartarse de la fe católica, ni decir cosa que pudiese parar perjuicio á los sacerdotes y católicos, por quien les preguntaban; porque primeramente, habiéndolos apartado y puesto los dos menores en un lugar, y á los dos mayores en otro, tuvieron á Juan, que era el menor de todos, sin comer todo un dia, amenazándole que le matarian de hambre, y haciéndole por fuerza beber mucho vino para que se embriagase, y estando la cabeza, con la beodez, encalabriada y turbada, respondiese sin perjaicio á las preguntas que le hacian los comisarios. Pero fué el Señor servido de guardar su seso al niño, y así, cuando le preguntaban, respondió que ellos le habian hecho beber tanto para que perdiese el juicio; pero que él estaba en sí, aunque con el estómago tan gastado, que no estaba para responderles ni para hablar palabra. Y con esto, se escapó de sus manos. Despues llamaron al mayor de los hermanos, que se llamaba Tomas, y habiéndole regalado mucho el conde Arbi, y héchole grandes ofrecimientos, y prometídole de recibirle en su casa y de

honrarle y acrecentarle en ella, con que sólo fuese á alguna de sus iglesias ó oyese algun sermón de los ministros herejes, nunca el católico niño se dejó mover, diciendo siempre que estimaba más el ser católico que todos los favores y mercedes que le podia hacer el Conde; y como le apretasen para que debajo de juramento respondiese á lo que le preguntaban, que era, dónde habia oido misa, dónde estaba el sacerdote su tio, y otras cosas semejantes, respondió que él no podia hacer lo que le mandaban, ni jurar, porque aún no sabia bien lo que era juramento, ni en qué casos se podia jurar, ni cómo, segun la ley de Dios, se debia jurar, y que hasta saber esto bien no queria encargar su conciencia. Lo mismo sucedió en el exámen que hicieron los otros dos hermanos, á los cuales tambien con várias preguntas quisieron enredar, sin poder sacar palabra dellos que pudiese perjudicar ni hacer daño á ninguno de los católicos. Y para no alargarme y contar en particular todas las cosas que sucedieron en cuatro meses que tuvieron presos á estos niños (aunque no siempre juntos ni en un lugar), solamente quiero decir que, con haber intervenido en el exámen que les hicieron muchas veces algunos grandes y señores y principales ministros de la Reina, falsos obispos, predicadores, letrados y otros ministros de justicia, y haber usado con ellos de todas las mañas y astucias que los herejes suelen, para pervertirlos, de regalos, promesas, amenazas, azotes, buenos y malos tratamientos, nunca pudieron ablandarlos ni torcerlos y sacarlos un punto de su constancia y religion. Antes, habiéndolos llevado por fuerza á la escuela de un maestro calvinista, para que allí, con la mala compañía de los otros muchachos y por institucion del maestro hereje, bebiesen blandamente la ponzoña de la herejia, nunca quisieron leer libro ninguno ni oirle, que tratase de materia de religion; diciendo que ellos estaban tan bien enseñados en lo que habian de creer, que no tenian necesidad de nueva dotrina ni de nuevo maestro; y fueron de tal manera favorecidos de aquel Señor que quiere ser alabado por la boca de los niños, que con su ejemplo y buenas palabras movieron á muchos de los otros niños de la escuela á querer ser católicos y imitarlos. Y dijeron tan buenas razones y tan cuerdas acerca de las cosas de nuestra santa fe que les preguntaban, que un predicador hereje que iba á sembrar la zizaña de su falsa dotrina en los pechos de aquellos niños, no supo responder á lo que ellos, enseñados de Dios, hablaban. Tampoco pudieron acabar con ellos que fuesen por su voluntad á las iglesias de los herejes; y mandándoselo por mandado de la Reina, respondieron que en las cosas temporales y civiles ellos le obedecieran, mas que en las de la religion no tenian obligacion de obedecerla; y otras razones como éstas dijeron, con que quedaron muy confusos los herejes, y los católicos edificados y animados á dar la vida por aquella fe y religion, por la cual unos niños de tan poca edad con tanta firmeza y constancia habian

peleado. Despues que el Señor los probó, y con su ejemplo mostró la fuerza que tiene la verdad aún en la boca de los niños, y su divino espíritu en los corazones de los pequeñuelos y simples, los libró por diferentes caminos de las manos violentas de los herejes; y pasados algunos meses, trujo á salvamento á tres dellos al seminario de Rems, para que siendo en él enseñados, puedan con mayor ánimo y esfuerzo volver á Inglaterra, á batallar y vencer á los herejes, sus enemigos.

CAPÍTULO XIII.

Que los herejes de Inglaterra publican que los católicos son hechiceros.

Entre los otros agravios que en Inglaterra hacen los herejes á los católicos, es tratarlos como á magos y hechiceros, á la manera que hacian los tiranos y emperadores gentiles que perseguian á los cristianos; porque cualquiera cosa de virtud extraordinaria y heroica ó de milagro que Dios obra en ellos, luego lo atribuián á encantamiento ó hechicería. Si el fuego no los quemaba, si el cuchillo no los heria, si el agua no los ahogaba, si las llagas que tenían por virtud divina se sanaban, eran llamados los santos *hechiceros*, *encantadores* y *maléficos*, como se ve en las historias sagradas de los mártires. Esto mismo se usa ahora en Inglaterra, para que veamos la consonancia y correspondencia que hay entre esta persecucion presente y las antiguas, y sepamos que el autor de las pasadas lo es tambien de la presente, y que, como aquellas se acabaron, se acabará ésta, y triunfará la santa Iglesia de los que ahora la persiguen. Quemóse la Torre de Lóndres con un rayo venido del cielo, y luego los herejes publicaron que los papistas (que así llaman á los católicos), por el pacto que tienen con el demonio, habian causado aquel incendio. Castigaron los herejes á un librero católico por haber dicho algunas palabras en favor de nuestra santa religion, y mandáronle que él mismo se cortase las orejas, que le enclavaron en un madero por ello; y el Señor (que, aunque es paciente, tambien es y se llama Dios de venganza) castigó á los inicuos jueces y á los que habian asistido á la condenacion del librero católico, quitándoles la vida casi súbitamente. Este milagro y aviso del Señor, que fué muy notorio, los ministros herejes publicaron que habia sido por artificio y malicia de los católicos. Destos ejemplos podria contar algunos; pero, dejando los otros, referiré uno solo, por el cual se entenderá mejor esto que digo, y lo que los católicos hacen en beneficio de los herejes, y la paga que ellos les dan, que todo esto redundará en mayor conocimiento y confirmacion de nuestra santa religion.

Un caballero cortesano principal, que en su razon era católico, cayó malo, y apretándole la enfermedad, comenzó á pensar en la otra vida, y queriendo componer sus cosas y aparejándose para morir, mandó llamar á un sacerdote para confesarse y tratar con él de su ánima. El sacerdote, en-

tre otras cosas, le avisó que si tenía hacienda ajena, la restituyese, y si habia ofendido á alguno, lo diese satisfacion. El enfermo, para seguir este consejo, acordándose que debia no sé qué cantidad de maravedis á un hereje calvinista (aunque la deuda no era muy averiguada), mandó que se le pagase, y murió. La mujer del caballero muerto deseó cumplir la voluntad de su marido y pagar aquella deuda; mas hallaba en hacerlo grande dificultad, porque temía que si ella se descubria y enviaba aquellos dineros al calvinista, él la acusaria, y padecería por ser católica. Llamó al sacerdote con quien su marido habia tratado aquel negocio, y propúsole la congoja y dificultad, y rogóle que él mismo se encargase de hacer la restitucion de su mano, porque con esto ella saldría de escrúpulo y de peligro. El sacerdote, por hacer buena obra al marido difunto y á la mujer viva, se encargó de hacer la restitucion; porque, aunque tenía recelo que si se entendia que él era sacerdote, le podria suceder algun grande trabajo, nunca creyó que haciendo bien al hereje y restituyéndole aquella hacienda, sería tan endiablado, que le volviese mal por bien. Encomendándose pues á Dios, se fué disfrazado á buscar aquel hombre á la ciudad donde estaba, y dejando el caballo en que iba en el meson, se entró por sus puertas, y tomándole aparte, le dió los dineros, dándole el otro, ántes que se los diese, la palabra de no preguntar ni querer saber más de la persona que se los enviaba, ni de la que se los traia, ni de la causa por que se los daba. Con esto se volvió el sacerdote al meson para tomar su caballo y escaparse apriesa. Mas luego el calvinista le descubrió y le hizo prender, publicando que era algun demonio en figura de hombre, que venía á engañarle con aquellos dineros. Porque ¿cómo era posible, dice, que un hombre ofreciese dineros á otro hombre y se los diese graciosamente, no siendo ántes su conocido? Prendieron al sacerdote, aprisionáronle, encerráronle en un aposento, pusieronle guardas y publicaron que era demonio en forma humana, y convocaron al pueblo, el cual venía á ver este monstruo y ofrecía dineros porque se le dejasen ver. Finalmente, despues de haberle maltratado desta manera, le acusaron como á traidor y por crimen de lesa majestad, y le quitaron el caballo y los dineros que llevaba, y acompañado de muchos sayones, le enviaron á Lóndres, donde le echaron de una cárcel en otra, hasta ponerle en la Torre, en la cual estuvo cuatro años, pagando con grandes molestias y penas la culpa de tan grave delito como, al parecer de los herejes, es el restituir hacienda ajena. ¿Quién por este ejemplo no los conocerá? ¿Quién no aborrecerá tan diabólica secta? ¿Quién no se maravillará de la paciencia del Señor, que los sufre? ¿Quién no peleará contra estos monstruos? ¿Quién no tendrá por cierta la victoria?

CAPÍTULO XIV.

El provecho que han sacado los católicos desta persecucion.

Éstos son los modos que los herejes de Inglaterra usan para desarraigar la religion católica de aquel reino y acabar (si pudiesen) á todos los que la profesan, de una vez. Modos por cierto sin modo, y medios impíos, crueles y infames, y propios de herejes calvinistas y traidores del infierno, y aprendidos en la escuela de Satanás. Pero, para que se vea la bondad del Señor, y cuánto es más poderoso su brazo que la malicia y desalmamiento de sus enemigos, sepan todos los católicos que leyeren esta historia, y alaben por ella al Señor, que todo lo que los ministros de la Reina han acabado con todas sus máquinas y tiros que han azestado contra nuestra santa religion en su reino, ha sido fortificarla más, y purgar y afinar á los católicos, y hacerles reparar en muchas cosas en que ántes desta persecucion no reparaban, y vivir con mayor cautela y recato en la confesion de su fe. Porque cuando murió la reina María y se mudó la religion en Inglaterra, siendo presos ó huidos los obispos y perlados católicos, quedó el pueblo como ovejas sin pastor, y con grande escuridad y tinieblas en el gobierno espiritual de sus ánimas; y así, usaban algunos católicos de muchas supersticiones y disimulaciones dañosas, y de juramentos impíos contra la autoridad de la Sede Apostólica, y esto con poco ó ningun escrúpulo de conciencia. Iban á las sinagogas de los herejes, oían sus sermones, y llevaban sus hijos y familias para que los oyesen. Parecíales que para ser conocidos por católicos bastaba no ir juntamente con los herejes á sus iglesias, sino ántes dellos, y volverse despues. Comulgábanse en la cena sacrilega de Calvino, ó hacian que los escribiesen como si hubiesen comulgado, y oían secretamente misa en sus casas, pensando que con esto cumplian con Dios. Enviaban sus hijos para que fuesen bautizados de los ministros herejes, y las velaciones de los matrimonios asimismo se hacian por mano dellos. Y todo esto se hacia sin escrúpulo, por la inorancia de los sacerdotes católicos que habian quedado, y lo tenían por lícito, ó lo disimulaban por su flaqueza y temor. Ahora, por la misericordia de Dios, todos los católicos entienden que no basta creer con el corazon la fe católica, sino que tambien es necesario confesarla con la boca para salvarse. Y que no solamente pecó Júdas por haber vendido á Cristo, nuestro Señor, sino tambien san Pedro por haberle negado. No quieren negar que el Papa es cabeza universal de la Iglesia católica y vicario de Cristo en la tierra, ni admitir por ninguna via que la Reina tenga alguna autoridad espiritual en Inglaterra. Saben que no pueden ir á las sinagogas de los herejes ni oír sus sermones, y que tienen obligacion de vedar á sus hijos y familias que no vayan á ellas, para no sacrificar al demonio los que engendraron para Cristo. Tienen grandísima veneracion á los santos sacramentos de la Iglesia, á los sacerdotes y á todas las cosas sa-

gradadas; y por más que la Reina publique leyes rigurosas y penas de muerte contra los que trujeren consigo *agnus Dei*, cruces, medallas y cuentas benditas, y las ejecute con tan grande inhumanidad, es tan grande la piedad de los católicos, que quieren ántes aventurar sus vidas que perder el fruto de su devocion. Finalmente, se ve que esta tan horrible persecucion ha apurado y afinado á los católicos, y con el fuego de la misma tribulacion ha purgado la escoria de las culpas pasadas, y los ha hecho más resplandecientes y fuertes en el amor del Señor.

CAPÍTULO XV.

Por qué los católicos de Inglaterra no quieren ir á las sinagogas de los herejes, ni tener á la Reina por cabeza de su iglesia.

Porque en los más de los martirios que habemos contado en esta historia se ve que los principales capítulos que oponen á los católicos los herejes son dos: el no querer ir á sus sinagogas ni oír á sus predicadores, y el no querer confesar á la Reina por cabeza espiritual del reino de Inglaterra, bien es que declaremos en este capítulo las causas precisas y obligatorias que tienen los católicos para hacer lo que hacen. Para esto primeramente se ha de suponer que es tan grande la impiedad y maldad de cualquiera hereje, que, como dice el glorioso doctor de la Iglesia san Jerónimo (1), no hay hombre tan abominable ni tan impío, que el hereje no le exceda en impiedad. Y por eso san Juan Evangelista (2) y muchos santos llaman á los herejes antecristos. Y san Ireneo, escribiendo contra Valantino hereje, dice que nunca los apóstoles quisieron tratar ni hablar con los herejes. Y san Atanasio, en la *Vida de san Antonio Abad*, escribe que aborrecia el Santo á los herejes de tal manera, que aconsejaba que ningun católico se llegase á ellos. Y san Cipriano, en una epístola (3), nos avisa que ni comuniquemos ni comamos ni hablemos con ellos, sino que estemos tan apartados y tan léjos de los herejes, como ellos lo están de la Iglesia. Y san Leon papa (4) dice estas palabras: «Huid los coloquios y razonamientos de los herejes, como la ponzoña de la víbora, y no tengais que ver con aquellos que con el nombre de cristianos hacen guerra á la fe de Cristo. Y Teodoreto, en su *Historia*, cuenta (5) que en la iglesia samosatena, que era católica, no habia hombre que quisiese oír al Obispo cuando predicaba, porque era hereje, ni entrar en el baño con él, ni despues, sino vaciando primero toda el agua en que él se habia lavado. Y Lucifero, obispo de Caller, en Cerdeña, que fué desterrado, por la fe católica, de Constancio emperador, le escribió un libro, en el cual prueba con muchos lugares de las divinas letras que no podian los ca-

(1) Lib. vii, in Isai.

(2) II, Joan ii et iv. Cip., lib. iv, ep. vii. Cil., contra Auxen. Aug., lib. ii, contra advers. leg., et Prof., cap. ii.

(3) Lib. iii, cap. iii, ep. iii.

(4) *De passione Domini*.

(5) Lib. iv, cap. xiv.

tólicos comunicar con buena conciencia con los herejes. Y como estos dichos y ejemplos hay otros muchos de los santos, que, por haberlos referido en nuestro libro de la *Tribulacion*, los dejamos. Y aunque en todas las cosas han de tener los católicos este recato, mucho más es necesario en las que tocan á la religion y confesion de nuestra santísima fe, que es purísima y con ninguna disimulacion ni fealdad debe ser amancillada. Supuesto este fundamento, lo que los ministros de Satanás pretenden en Inglaterra es apretar á los católicos para que hagan algun reconocimiento y vasallaje, en materia de religion, de la obediencia que tienen á la Reina como á suprema cabeza espiritual; y por señal deste reconocimiento y obediencia, quieren que vayan á sus sinagogas y oyan su diabólica doctrina, lo cual no pueden con buena conciencia hacer los católicos; porque por el mismo caso darian á entender que consienten y tienen por bueno lo que hacen los herejes. Como tampoco sería lícito al cristiano traer el vestido que trae el moro ó judío por señal de su secta y de su fe, porque sería protestar con el tal vestido que no es cristiano. San Eusebio, obispo de Verceli, desterrado, por la fe católica, de Constancio, emperador arriano, fué entregado á un obispo, que habia sido compañero del mismo Arrio, que se llamaba Patrofilo, el cual era grandísimo hereje y cruelísimo. Este encerró en una oscura y horrible cárcel al Santo y le tuvo algunos dias sin darle de comer, amenazándole que no se lo daría si no lo tomaba de su casa y por mano de sus criados, y esto con intento de publicar, si no lo tomaba, que él mismo se habia muerto de hambre y desesperado; y si lo tomaba, que habia comunicado con él y que era de su misma fe. El Santo se determinó de morir ántes que comer lo que el obispo hereje de su casa le enviaba, no porque se quisiese matar, sino porque juzgaba que le estaba mejor morir que dar ocasion al hereje para publicar que se habia ya concertado y convenido en la misma fe con él, que era lo que él pretendia. Pero escribióle una carta, diciéndole las causas que le movian para no comer de su mano, y que si muriese de hambre, no sería él homicida de sí mismo, sino el falso obispo, que le mataba con esta ocasion. Y valió al Santo esta resolucion; porque ni murió de hambre ni comunicó con el hereje, y Dios fué en él y por él glorificado.

Esto es lo que toca al ir los católicos á las iglesias de los herejes y oír sus sermones. Pero mucho más peligrosa y monstruosa cosa es la que pretende la Reina, que la juren y tengan por cabeza espiritual del reino de Inglaterra; y hay tantos y tan prodigiosos y horribles monstruos en este monstruo, que apenas se pueden contar; porque, dejando aparte que una mujer no es capaz, por su misma naturaleza, para ser cabeza del hombre, y mucho ménos de toda la iglesia de un reino, con este nombre le dan potestad para conferir á los otros lo que ella no tiene ni puede tener ni dar, que es dar á los obispos y sacerdotes potestad de predicar, de

regir ánimas y de administrar los sacramentos, no pudiendo ella ni predicar ni áun hablar en la iglesia, como dice san Pedro. Y no solamente quieren que tenga esta autoridad, como aneja á la potestad real, pero tambien que establezca y ordene lo que han de predicar los predicadores, con qué ceremonias se han de administrar los sacramentos, cómo Dios ha de ser reverenciado y servido, y que castigue y prive de sus beneficios á los que no guardaren las órdenes y leyes eclesiásticas que ella diere. Que es un océano de desvarios, desconciertos y sacrilegios, y un abismo de disparates y errores.

Porque primeramente quitan la potestad al Papa, que es cabeza de la Iglesia y vicario general de Jesucristo en la tierra, para que no pueda mandar en las cosas espirituales de Inglaterra; y siendo pastor universal, al cual el Señor encomendó todas sus ovejas, ellos no quieren reconocerle por tal y ser apacentados y recogidos por él; mostrando con esto que no son ovejas del rebaño de Cristo. De aquí se sigue que ponen dos cabezas en un mismo cuerpo místico de la Iglesia, una en Roma y otra en Inglaterra, ó por mejor decir, que hacen tantas cabezas, cuantos hay reinos de cristianos; pues la misma razon tendria cualquiera rey para ser cabeza espiritual de su reino, que la Reina, engañada, pretende tener en el suyo. Y con esto vendria la santa Iglesia á tener tantas cabezas cuantos reyes tiene, y á ser un monstruo horrendo y espantoso, siendo, como es, una; ó haber tantas iglesias cuantas cabezas hubiese, y á dividirse y hacerse pedazos la comunión santa de la Iglesia, que profesamos en el símbolo apostólico, y á multiplicarse aquella unidad y á romperse aquel fudo y vínculo con que todos los cristianos de todo el universo, aunque derramados en diversas provincias y con leyes y costumbres tan diferentes, estamos atados entre nosotros, como miembros, y hacemos un cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, y en su lugar su vicario. Demas desto, se abre la puerta á todos los errores y herejías que cualquiera rey apasionado ó cualquiera hombre desvariado y atrevido querria inventar y defender, y se cierra á los buenos medios que para convencerlas y castigarlas hay en la Iglesia. Porque ni se juntarian concilios generales si los reyes, como cabezas espirituales de sus reinos, no quisiesen, ni ya que se juntasen, serian obedecidos sus mandatos y decretos, como se ha visto en Inglaterra acerca del concilio de Trento, al cual ni quiso la Reina enviar sus embajadores y prelados, ni despues de acabado, admitir sus definiciones y decretos, por tenerse por cabeza espiritual y suprema de su reino, y fuente de la cual, despues de Cristo, ha de manar en él toda la potestad espiritual, sin reconocer ni admitir alguna do fuera de su reino; con lo cual excluyen dél á todos los obispos, arzobispos y patriarcas que no son ingleses, ó si lo son, no han sido consagrados por virtud desta suprema potestad de la Reina, para que no tengan autoridad ni jurisdiccion ni potestad bastante para juzgar y decidir

las controversias ó errores tocantes á la religion que hay en Inglaterra. Y finalmente, confunden y pervierten el órden de todas las cosas divinas y humanas, prefiriendo el cuerpo al ánima, el gobierno civil al espiritual, y el reino de la tierra al del cielo, el inferior al superior, las ovejas al pastor, y haciendo de la cabeza piés, y de los piés cabeza, y dando libertad al súbdito para que juzgue á su juez, y eximiendo á la Reina de la censura y disciplina eclesiástica, de la cual ninguno que sea hijo verdadero y de la familia de Cristo puede estar exento. Y hay otros infinitos desatinos en este título de *cabeza* ó de *gobernadora espiritual*, que usurpa la Reina, y tantos y tan prodigiosos y horribles monstruos de errores y maldades, que pone admiracion y espanto el ver que hombres de razon no los vean, y quieran con leyes, penas y muertes sustentar una tan infame y diabólica tiranía. Y tambien se ve que para deshacerla, ó no sujetarse á ella, están obligados los católicos á dar sus vidas y morir despedazados y consumidos, aunque sea con extraños tormentos (como mueren), por esta verdad, en Inglaterra.

San Atanasio llama al emperador Constancio antecristo (1), por haber usurpado la potestad espiritual, y dice dél estas palabras: «¿Qué cosa ha dejado éste por hacer, que sea propia del antecristo? ¿Qué cosa más podrá el antecristo cuando venga, ó cómo no hallará hecho el camino para sus astucias y engaños, pues ha levantado su tribunal para conocer de las causas eclesiásticas y hacerse príncipe y juez de los pleitos que nacen dellas?» Y en otro lugar dice: «¿Quién, viéndole determinar como presidente las causas eclesiásticas, y hacerse cabeza de los obispos, no juzgará con mucha razon que es aquella abominacion de desolacion que profetizó Daniel?» Y va probando que jamas la Iglesia tomó autoridad de los emperadores, ni hubo lisonjeros tan desvergonzados, que aconsejasen á los príncipes cosa tan fea, ni príncipe tan atrevido, que la usurpase. Osio, obispo de Córdoba (cuya autoridad en el concilio Niceno fué grandísima), escribió al mismo emperador estas palabras: «No os entremetais en las cosas eclesiásticas, ni nos mandeis en ellas lo que habemos de hacer, mas aprendedlas de nosotros, porque Dios os encomendó á vos el imperio, y á nosotros lo que es propio de la Iglesia.» Lo mismo le aconsejó Leoncio obispo; y el Emperador, como escribe Suidas (2), avergonzado y corrido de lo que habia hecho, despues de ser avisado, no lo hizo más. Y conforme á esto, san Ambrosio (3), hablando con Valentiniano el mozo, emperador, le dijo: «No te engañes, oh emperador, ni pienses que tienes derecho, por serlo, sobre las cosas divinas; no te ensalces; mas si quieres imperar largo tiempo, sujétate á Dios, pues está escrito que se dé á Dios lo que es de Dios, y á César lo que es del César. Al emperador pertenecen

los palacios, y al sacerdote las iglesias. Los muros de las ciudades están á vuestro cargo, y no las cosas sagradas.» Y por no alargarme, dejo lo que dice san Hilario, san Gregorio Nacianceno, san Crisóstomo y otros muchos santísimos y sapientísimos doctores, contra esta abominable potestad que la reina Isabel usurpa en su reino. Sólo quiero añadir que es tan detestable y fuera de todo buen juicio y razon, que el mismo Calvino (cuyo evangelio es abrazado con tanta impiedad en Inglaterra, que por defenderle derraman la sangre inocente de tantos siervos de Dios) tuvo por blasfemos á los que dieron al rey Enrique VIII, padre de Isabel (con ser varon, y no mujer), el título de *cabeza de la Iglesia*; porque es cosa tan monstruosa, que aun, con ser él tan fiero monstruo y un retrato vivo de Satanás, la tuvo por tal. Y los otros herejes luteranos tambien lo reprenden y abominan, y los mismos caballeros y señores de Inglaterra, cuando establecieron en su primer parlamento este disparate tan nuevo y extraño, y mandaron que se hiciese el juramento para declarar que la Reina era *cabeza de la Iglesia de su reino*; viendo que era cosa absurda, se eximieron ellos de hacer el tal juramento, y obligaron á los obispos y perlados y personas eclesiásticas que le hiciesen, como lo escribimos en el segundo libro de la primera parte desta historia (4).

Pues siendo todo esto tan grande verdad, y teniendo todos los católicos de Inglaterra tan precisa obligacion de hacer lo que hacen, y de dar mil vidas que tuviesen por no infernar sus almas, y confesar una cosa tan fea y tan monstruosa, tan contraria á nuestra santa fe y á la doctrina de todos los santos, tan perjudicial á la union de la santa Iglesia, tan aborrecida y vituperada de todos los hombres que tienen algun uso de razon, los ministros de la Reina (como si no tuviesen ninguna) persiguen con tanta violencia y crueza á los católicos, como queda referido, no por otro delito sino porque se quieren salvar. Y no se contentan con las leyes y edictos que en los años pasados se han publicado contra ellos; pero cada dia sacan otros más rigurosos y barbaros, entre los cuales el más extraño y que más descubre su maldad es el que publicaron el año pasado de mil y quinientos y noventa y uno, del cual hicimos arriba mencion. Y para que por él mismo se entienda mejor lo que digo, me ha parecido ponerle aquí, trasladado fielmente en nuestra lengua castellana.

CAPÍTULO XVI.

El edicto que publicó la Reina contra nuestra santa religion, y contra el Papa y el Rey catolico que la defiende.

La Reina.—*Declaracion de las grandes turbaciones que se traman contra la república por una muchedumbre de sacerdotes de los seminarios y de jesuitas, los cuales son enviados secretamente y deramados por el reino para maquinár extrañas trai-*

(1) En la epístola que escribió á los solitarios.

(2) Suidas, en Leoncio.

(3) Ep. xxxiii.

(4) Lib. II, cap. xxiv.

ciones debajo del falso nombre de religion; y la provision y remedio necesario para atajar este mal, publicado por el edicto de su majestad.

« Aunque teníamos muchas razones probables para pensar que ya al cabo de casi treinta y tres años que reinamos (en los cuales Dios todopoderoso perpetuamente nos ha conservado en la pacífica posesion de nuestro reino), la malicia cruel y violenta de nuestros enemigos habia de aflojar y ser más debil y moderada, especialmente la del Rey de España, que ya tantos años ha procurado sin ninguna justa causa turbar nuestra república; y no solamente él, sino todos los demas que dependen dél, y que esta su enemistad se ablandaria y trocaria en humor más manso y pacífico, y que este rey se dispondria á vivir quietamente y en concordia con nosotros y con los otros principes cristianos sus vecinos, y que desta manera se podria establecer una paz universal en la república cristiana, la cual al presente, por las guerras y armas deste rey, y no por otra cosa alguna, está perturbada y confusa; todavía, teniendo atencion á lo que hace al presente, con mayor aparato y poder que jamas ha hecho, claramente entendemos lo contrario. Pero creemos que Dios, que es señor de los ejércitos, se sirve que estos tales hombres, que no se contentan con lo que tienen, ni quieren vivir pacíficamente, caigan y se arruinen y despeñen, y que por esta causa ha permitido que este rey en su vejez, que es más apta para la paz que no para la guerra, y en un tiempo que debería estar muy contento de sus señoríos propios, sin querer por armas y violencia usurpar los ajenos (porque tiene hoy día más coronas, más reinos y naciones debajo de su imperio, y posee mayores y más copiosas riquezas temporales que ninguno de sus antepasados, ni ninguno otro principe cristiano jamas tuvo); pues en esta edad, digo, ha permitido Dios que haya comenzado una guerra injustisima y á toda la república cristiana peligrosísima, contra el presente rey de Francia, lo cual es manifiesto que ahora dos años quiso hacer contra nosotros y acometer nuestro reino, y esto en el mismo tiempo que trataba con nosotros de paz; mas Dios le resistió, y no solamente á él, sino á todo su ejército le dió ocasion de reconocerse y humillarse.

» Por tanto, habiendo entendido agora por cosa cierta que el Rey de España, para dar algun color á sus acciones tan exorbitantes y violentas, ha procurado que un milanés, vasallo suyo, sea ensalzado al papado de Roma, y que le ha engañado para que sin el consentimiento del colegio de los cardenales gaste y consuma los tesoros de la Iglesia en hacer soldados en Italia (que ántes no oia ningun ruido de armas) y en otras muchas partes, para enviarlos á Francia, debajo del gobierno de su sobrino, para invadir aquel reino, que siempre dió la mano á la Iglesia en todos sus trabajos; y como quiera que esta guerra tan generalmente y con tanto poder comenzada contra Francia no pue-

P. R.

de dejar de ser muy peligrosa á nuestros estados y señoríos, especialmente teniendo por muchas vias avisos ciertos que los aparejos del Rey contra nuestra corona y reinos, por mar y por tierra, para el año siguiente, son mayores que lo han sido hasta agora.

» Demas desto, sabiendo nosotros que para promover y llevar adelante este negocio, sirviéndose el Rey de la potestad del Papa, tan grande amigo suyo y tan dependiente en todo de su voluntad, ha tratado con algunas cabezas y principales autores de disensiones, ingratos y súbditos deste reino (que son hombres bajos y soeces), que con grandes trabajos y á costa del mismo Rey rigen una muchedumbre de muchos disolutos, los cuales, parte por no tener que comer, parte por delitos que han cometido, han salido de su patria, y son fugitivos, rebeldes y traidores á ella.

» Y como para alimentar y sustentar á estos tales se hayan erigido, con nombre de seminarios, ciertos recogimientos en Roma y en España y en otras partes, en los cuales habiendo aprendido lo que parece que basta para tramar y urdir las sediciones y revoluciones que pretenden, los tornan á enviar secretamente á nuestros reinos, con muy largos poderes del pontífice romano para persuadir á todos aquellos con quien se atreven de tratar, que dejen la obediencia que deben á nos y á nuestra corona, y que con la esperanza de la invasion de los españoles, les den á entender que han de ser enriquecidos en gran manera con las riquezas y tesoros de los otros nuestros fieles súbditos.

» Por esta misma causa los dichos sacerdotes toman estrecho juramento á nuestros súbditos con quien tratan, que dejarán la sujecion natural que tienen á nos debida, y que ofrecerán la obediencia y su hacienda y fuerzas al Rey de España, para ayudar á su ejército cuando vendrá. Y para hacer esto con más eficacia, y engañar más fácilmente al pueblo simple, estos sembradores de estas traiciones traen consigo ciertas bulas papales, algunas de indulgencia, que prometen el cielo á todos los que siguieren sus consejos; otras de maldiciones, que amenazan á damnacion eterna del infierno á los que no oyeren las persuasiones inicuas y desvariadas que les hacen.

» Y puesto caso que este género y manera de proceder de los papas haya sido usado en algunos lugares antiguamente, todavía nosotros habemos procurado impedirla con la ejecucion de las leyes que habemos hecho contra estos rebeldes, y esto solamente por sus traiciones y por el crimen de lesa majestad, y no por razon de religion, como sus fautores falsamente lo publican, para dar color á sus maldades. Y vese claramente su falsedad, porque en los procesos criminales que contra ellos se hacen, no son acusados ni condenados ni muertos sino por el crimen de lesa majestad, y porque, entre otras cosas, afirman que si el Papa enviase algun ejército contra nos y contra nuestra religion, ellos le seguirian y ayudarian. Tambien se ve evi-

dentemente que ninguno destos muere por el negocio de la religion, porque en nuestro reino muchos hombres ricos son conocidos, que siguen religion contraria de la nuestra, y no por eso son castigados ni privados de la vida ni de sus posesiones y bienes y libertad; solamente se les manda que paguen cierta pena pecuniaria al tiempo que recusaren ó que no quisieren ir á nuestras iglesias. Y este nuestro modo tan blando y moderado de gobernar, clarisimamente da á entender cuán falso es lo que estos fugitivos de nuestro reino publican en los otros reinos, y los libelos infamatorios que divulgan.

»Y no obstante todo esto, sabemos por cosa cierta que algunas cabezas destos escondrijos ó receptáculos, que estos traidores llaman seminarios ó colegios de jesuitas, de muy poco acá han persuadido de nuevo al Rey de España que aunque aquella grande armada española, aparejada contra nos, tuvo infeliz suceso, mas que si otra vez hiciese esta empresa, hallaria dentro desta isla muchos millares de hombres (porque así lo pintan ellos á su propósito), que en saltando su ejército en tierra le sigan. Y aunque el Rey, segun las reglas de prudencia y la experiencia pasada, no debe de tener esperanza alguna, ni pensamiento de enviar sus soldados á Inglaterra, todavía con estas informaciones y promesas le hacen dudar y vacilar.

»Estas informaciones principalmente le da al Rey en España un cierto estudiante, que se llama Personio, el cual, porque pretende ser confesor del Rey Católico, hace esto; y al romano Pontifice se las da otro estudiante, por nombre Alano, el cual, por las traiciones que ha maquinado contra nos, ha sido honrado con el capelo de cardenal. Estos dos han dado á estos príncipes la lista de muchos hombres que piensan que son ó serán de su bando, especialmente en las marinas de nuestros reinos, y fautores y ayudadores de los españoles cuando llegáre á ellas su ejército. Y puesto caso que el Papa y el Rey entienden bien que la mayor parte de las cosas que éstos les dicen son falsas, pero viendo que estos seminarios, sacerdotes y jesuitas son idóneos ministros para sus impíos intentos, y para conservar el pueblo reconciliado en su desventurada constancia, con gran secreto han enviado á Inglaterra muchos de ellos dentro de pocos dias, es á saber, en espacio de diez ó doce meses, para que repartidos por el reino den á entender á sus cómplices que el Rey está muy determinado (como lo habemos sabido de algunos dellos que se han preso) de experimentar el año siguiente otra vez sus fuerzas, y emplearlas todas contra Inglaterra. Pero porque algunos de los consejeros del Rey, que son más prudentes que los demas, son de parecer que el Rey perderá en esto el tiempo y la costa, y el Rey ha pensado que si contra nosotros no fuere de efecto, podrá su armada fácilmente volverse contra Francia, ó contra los estados de Flándes, ó contra alguna parte de Escocia, adonde tambien han penetrado algunos desta mala casta de los seminarios.

»Por tanto, siéndonos tan descubiertos y patentes

los intentos del Rey de España, que ya no podemos dudar dellos, aunque confiamos en Dios, que es el defensor de todas las causas justas, que los deshará y aniquilará (como hasta ahora siempre lo ha hecho), todavía, por no faltar á nuestro oficio, habiendo debajo de su poderosa mano recibido la suprema gobernacion deste reino, juzgamos que tenemos obligacion de tomar todos los medios que el mismo Dios nos ha dado, y con ellos concurrir, con su divino favor, para acrecentar nuestras fuerzas con la ayuda y servicio que nos harán nuestros fieles súbditos, y para ejecutar las leyes contra estos sediciosos, con su buena diligencia, y hacer y ordenar otras cosas para estorbar que estas traiciones no tengan efecto.

»Para esto, ante todas cosas, pedimos y encargamos á todos los eclesiásticos, nuestros súbditos, que usen toda diligencia para que en la iglesia haya píos ministros, los cuales, con su doctrina y con el ejemplo de vida, conserven constantemente el pueblo en la profesion del Evangelio y en lo que está obligado á hacer para con Dios y para con nos, especialmente viendo que unos pocos caudillos y capitanes destos traidores y sediciosos continuamente velan, y procuran por medio de los seminarios engañar al pueblo rudo é ignorante, y sacarle fuera de seso y juicio.

»Lo segundo, en lo que toca á nuestras fuerzas, que por mar y por tierra se han de aparejar para romper estos odres hinchados que de España nos amenazan, esperamos que, guardándose la orden que acerca desto habemos dado, seremos más poderosos que nunca para resistir á los enemigos; pero tambien requerimos á nuestros súbditos que con las manos y con las bolsas y con sus consejos nos ayuden, y que todos insten con oraciones á Dios que nos asista y dé su mano en esta defension tan debida, honorífica, necesaria y útil, pues es solamente para defender nuestra patria natural, para conservar nuestras mujeres, familias y hijos, nuestras honras, nuestras haciendas, nuestra libertad y nuestros sucesores contra los extraños y avaros y contra unos asoladores desesperados y traidores monstruosos.

»Lo tercero, para poner con tiempo remedio oportuno contra estas tramas secretas y astutas de los seminarios y jesuitas y de los otros traidores (sin los cuales, parece que el Rey de España, agora á lo ménos, no intentaria novedad alguna), y de los que con una cierta color falsa de santidad se entran blandamente en los ánimos de nuestros súbditos, para pervertir sus conciencias y disponerlos poco á poco á sus traiciones, habemos determinado de enviar luego á todos los condados y provincias de nuestro reino, y á todas las ciudades, villas y lugares dellas que están á la marina, nuestros comisarios con mandatos amplísimos para que con suma diligencia y modos exquisitos inquieren todas las personas sospechosas que persuaden ó se dejan persuadir á dar obediencia, cualquiera que sea, al Papa ó al Rey de España.

»Y porque se sabe que muchos de los dichos seminarios entran en nuestro reino disfrazados y con diferente traje, por parecer ser lo que no son, y se entran en las universidades y en los palacios de los príncipes, y se ingieren con grande artificio en las familias de los caballeros y mujeres principales para encubrirse más seguramente, por tanto mandamos y severísimamente ordenamos á todos y á cada una persona, de cualquier género, estado, sexo, condicion y dignidad que sea, y áun á todos los oficiales de nuestro palacio, y á nuestros ministros y magistrados, y á todos los señores de cualquiera familia, rectores de alguna comunidad, que luégo tomen cuenta exactísima de todas aquellas personas que á lo ménos en estos catorce meses pasados han frecuentado sus casas ó habitado en ellas, ó tratado, ó dormido, ó comido, ó al presente hacen algo desto, ó para adelante lo han de hacer; y sepan particularmente el nombre, la condicion y calidad destas personas, en qué parte de Inglaterra han nacido, adónde han tratado ó conversado por lo ménos un año ántes que viniesen á su casa, cómo y de qué se sustentan, qué hacen ó adónde suelen ir, con quién conversan, y si á sus tiempos ordenados por nuestras leyes van á la iglesia á oír debidamente los divinos oficios.

»Todos estos exámenes, con sus respuestas, mandamos que particularmente se escriban en los libros, y que estos libros los guarden diligentemente, como unos registros ó calendarios, en su casa cada padre de familias, para que nuestros comisarios, cuando les pareciere, puedan por ellos entender las condiciones de las personas de que tuvieren sospecha, y conocer la diligencia y fidelidad de los mismos padres de familias.

»Y si alguno de mala gana respondiere á estas preguntas, ó en las respuestas titubeáre, queremos que este tal luégo sea preso, y que sea enviado con buena guarda á alguno de los comisarios que estuviere más cerca. Y lo mismo mandamos que se haga de los padres de familias y dueños de las casas que fueren negligentes ó remisos en hacer este examen, y que sean castigados de los comisarios, conforme á la calidad del delito. Y si alguno se halláre que haya favorecido á estas dichas personas sospechosas, ó dentro de veinte dias despues de la publicacion deste edicto hecha en las provincias, no las descubriere á los comisarios, queremos que este tal sea castigado con la misma pena que lo suelen ser los cómplices, fautores y coadjutores de los traidores y rebeldes, en lo cual estamos determinados con gran firmeza de no permitir que haya favor ó mitigacion de la pena por respeto de persona alguna, de cualquiera dignidad ó condicion que sea, y de no admitir excusa alguna de negligencia ó omision de los que no descubrieren á estos traidores, ó no hicieren el dicho examen con gran cuidado de todas las personas que de cualquiera suerte fueren sospechosas; pues esto en ninguna manera es contrario, sino muy conforme á las leyes antiquísimas de nuestros reinos, y á sus muy loables costumbres,

para conservar la obediencia de los súbditos, tan debida á nosotros y á nuestra corona. Dada en nuestro palacio de Richmondia, á los diez y ocho de Octubre de mil quinientos noventa y uno, y á los treinta y tres de nuestro reinado.»

Este es el edicto de la Reina, el cual querria que el piadoso y prudente lector leyese y considerase con atencion; porque por él solo entenderá el estado presente de la religion en Inglaterra, tan bien como por todo lo que en esta historia queda referido. Pues si miramos el intento que lleva y las razones que dice, y el hilo y contexto del mismo edicto, hallaremos que es impío contra Dios, falso y desatinado en lo que dice contra el sumo Pontífice y contra el católico rey de España, don Felipe; fiero y bárbaro contra los sacerdotes de los seminarios y contra los jesuitas, y á todo el reino de Inglaterra gravísimo é intolerable, y que está lleno de falsedades y de muchas contradicciones y repugnancias, que el que le compuso, ó no advirtió ó disimuló. Bien veo que no es propio oficio de historiador responder á semejantes calumnias, sino contar lo que pasó con verdad y llaneza, y de manera que deleite y aprovecho al lector; pero porque éste que tratamos es negocio de Dios y de su religion, y mi intento en escribir esta historia ha sido poner delante de los que la leyeren una de las más bravas y horribles persecuciones que hasta agora ha padecido la santa Iglesia, y declarar por una parte la impiedad de los herejes de nuestro tiempo, y por otra el artificio y maña que usan en sus maldades, por las razones que dije en el principio deste libro, y todo lo que yo puedo escribir se contiene como cifrado en este edicto, quiero pedir licencia al benigno lector, no para examinarle por menudo y responder á sus desatinos, sino para declarar más por extenso que suelo la parte dél que toca á nuestra santa religion. Porque, como esta historia no se escribe solamente para los que agora viven y saben lo que pasa, sino tambien, y mucho más, para los que no lo saben y para los que en los siglos venideros (con el favor del Señor) la leerán, conviene que sepan la verdad como ella es, y no como en el edicto se pinta; pues por ser publicado de una reina, cuyos consejos deberian ser graves y circunspectos, los decretos justos y considerados, y las palabras dellos muy verdaderas y precisas, si creyesen lo que en él se dice, quedarian engañados gravemente, y no conseguiria yo el fruto que en este mi trabajo pretendo. Y así, es necesario que, pues ponemos el edicto, pongamos tambien el contraveneno y la triaca con que se ha de leer, para que no inficione y mate esta ponzoña á los que leyeren creyendo ser verdad lo que en él se dice, y formando conceptos tan contrarios á la misma verdad. Cuatro cosas principales contiene el edicto. La primera, quejas y mentiras contra el rey católico de España, don Felipe. La segunda, desacatos y desvergüenzas contra el Papa. La tercera, falsedades y disparates contra los seminarios. La cuarta, ordenaciones contra los sacerdotes dellos y con-

tra los padres de la Compañía de Jesus, y nuevos y exquisitos modos para prenderlos y acabarlos. El intento del edicto tira á dos fines. El primero, á hacer odiosa y aborrecible nuestra santa religion y á los católicos que la profesan y sacerdotes que la enseñan. El segundo, á espantar á los ingleses, súbditos de la Reina, con los temores de la armada y traiciones que finge, para que por este camino vengan á aborrecer más á los colegiales de los seminarios, que dico que son causa dellas, y juntamente con más prontitud y liberalidad sirvan á la Reina con sus haciendas para su defensa. Yo no quiero aquí tratar sino lo que toca á nuestra santa religion, que es lo propio de mi historia, y lo que yo desde el principio della he seguido, dejando las demas cosas que no son tan conjuntas y encadenadas con la misma religion, que me obliguen á escribir dellas. Por este respeto no hablaré aquí de las necesidades y desvarios que contiene el edicto contra el Papa y contra el Rey Católico, sino en dos puntos solos, que pertenecen á la religion, así por no salir de la senda que llevo, como porque las cosas que dicen son tan notoriamente falsas y desbaratadas, que no tienen necesidad de otra respuesta sino de leerlas y considerarlas, para tenerlas por tales. Y porque no es justo que pongamos en disputa y en cuentos las acciones tan prudentes, justas y moderadas, y conocidas y alabadas de todos los cuerdos por tales, de principes tan grandes y de tanta majestad, para dar satisfaccion de lo que una mujer engañada con la herejía y mal aconsejada de sus ministros publica contra ellos en un edicto tan necio y tan desconcertado como éste. Aunque lo que yo no hago aquí, por estos respetos que digo, han hecho otros escritores, y respondido al edicto, y con la luz de la verdad deshecho las tinieblas y mentiras que en él se contienen. Destos que han escrito han venido á mis manos dos: el uno, el libro que se intitula: *Exemplar literarum missarum à Germania ad Dominum Gulielmum Cecilium consiliarium regium*. El cual Cecilio se entiende que es el principal autor deste edicto. Y el otro de un doctor teólogo, que se llama Andres Filopatro, impreso en Leon, este año pasado de mil quinientos noventa y dos; á los cuales me remito.

CAPÍTULO XVII.

Que este edicto es impío y blasfemo contra Dios.

Pues para comenzar yo á hablar de lo que pretendo, ante todas cosas digo que este edicto de la Reina es impío y blasfemo contra Dios nuestro Señor; porque en él encarga mucho la Reina á todos los eclesiásticos sus súbditos que en las iglesias haya píos ministros que con su doctrina y ejemplo de vida conserven el pueblo en la profesion del Evangelio; pregunto yo: ¿qué evangelio es éste en que el pueblo de Inglaterra se ha de conservar? ¿Es el evangelio que Cristo nuestro redentor nos dejó, el que inspiró y dictó el Espiritu Santo, el que escribieron los evangelistas, el que publicaron los apóstoles, el que declararon los santos

doctores, el que abrazaron los fieles, el que defendieron con su sangre innumerables ejércitos de valerosísimos martires, el que la Iglesia romana, desde san Pedro hasta Clemente VIII, que hoy vive, por espacio de casi mil seiscientos años ha conservado y enseñado? ¿Es el evangelio que guardan todas las naciones, provincias y reinos que por todo el universo tienen nombre de católicos? ¿Es el evangelio que hasta Enrique VIII todos los principes y reyes cristianos de Inglaterra con tanta devocion y piedad han seguido, el que ha sido confirmado con tantos y tan esclarecidos milagros en todos los siglos y regiones del mundo? ¿Es aquel evangelio por el cual muchos caballeros y señores dejaron los palacios de los reyes y dieron de mano á las pompas y regalos, y desamparando las ciudades, poblaron los yermos y desiertos, y los convirtieron en jardines y paraíso; por el cual los monesterios se hinchieron como unas colmenas de un número sin número de doncellas delicadas y de infinitos ciudadanos del cielo, que han vivido vida de ángeles en cuerpo mortal? ¿Es aquel evangelio que nos predica cruz, penitencia, aspereza de vida, mortificacion de nuestras pasiones, menosprecio del mundo, y deseo y ánsia de la eternidad, y obediencia á Dios y á sus ministros, castidad y humildad, paciencia, mansedumbre y todas las otras excelentísimas y divinas virtudes que nos enseñó Jesucristo con su doctrina y ejemplo? Éste es el evangelio de Jesucristo, nuestro salvador; esto lo que nos enseñan estos sus maestros, estos sus efectos. Mas el que agora florece en Inglaterra es evangelio de Calvino y de Satanás, su maestro, fundado en incesto y carnalidad del rey Enrique, que, viviendo su legitima mujer, se casó con una ramera, hija suya, tan torpe y deshonesto, que el mismo rey, por sentencia pública, la hizo degollar. Es un evangelio enseñado en Inglaterra por Bucero y Pedro Mártir, dos insignes apóstatas y la hez y oprobrio de las religiones, acrecentado y establecido por Juan Calvino, discípulo de Bucero, picardo de nacion, hombre sin fe, sin ley, sin Dios, desterrado por sus vicios; cuya doctrina fué pestilente, la vida abominable y la muerte espantosa y horrible, y la secta es un fuego de alquitran y un incendio infernal que en pocos años ha abrasado y consumido tantas provincias y reinos. Es un evangelio que quita á Dios la bondad, haciéndole autor de nuestras culpas y pecados, y á los hombres el libre albedrio, y á la Iglesia los sacramentos, y á las buenas obras el merecimiento, y la eficacia y virtud á la divina gracia; blasfemo contra nuestro Redentor, injurioso contra los redimidos; que dilata los senos del infierno y abre el camino para todo pecado y corrupcion. Es un evangelio que ha sacado innumerables religiosos y monjas de los monesterios y amancilládolos con abominables torpezas y deshonestidades, y enseña á mentir, á perjurar, á fingir y disimular, y con una falsa blandura y modesta hipocresía mostrarse á los principios oveja, y despues viendo la suya despedazar,

matar y beber la sangre, y acabar como lobos carniceros las ovejas y el ganado del Señor. ¿Cuántas sediciones y alborotos ha excitado este vuestro nuevo evangelio en el mundo desde que comenzó? ¿Cuántas ciudades ha asolado, cuántas provincias ha arruinado, cuántos reinos ha abrasado, qué de sangre no ha derramado? Dígalo Francia, dígalo Flándes, dígalo Escocia, dígalo vuestro mismo reino de Inglaterra; pues las tiranías, violencias y crueldades tan desmedidas y atroces que en él se usan el día de hoy, todos son frutos deste vuestro evangelio; y siendo él tal, ¿le teneis por evangelio de Dios? ¿qué mayor impiedad puede ser que ésta, qué mayor blasfemia contra el mismo Dios? el cual, así como en sí mismo es bondad eterna é infinita, así aborrece toda maldad, y siendo la fuente donde mana tan limpia y tan clara, su doctrina no puede ser turbia y cenagosa. Y la pureza del evangelio que Cristo fundó con su santísima vida y muerte no admite las fealdades, mancillas y abominaciones que este vuestro evangelio nos predica, ni es posible que dos caminos tan diversos y contrarios como son vicios y virtud, maldad y bondad, pecado y gracia, vayan á parar á un mismo término, y que la luz y las tinieblas, Cristo y Belial, concurren en una.

Por esto dije que este edicto de la Reina es impío contra Dios, pues tiene por evangelio de Dios una doctrina tan monstruosa é impía como enseña este su nuevo evangelio, que se plantó (como queda dicho) con incesto y se riega con sangre inocente y se sustenta con engaño y bárbara inhumanidad. Para conservar este tal evangelio, encarga la Reina á sus eclesiásticos que pongan píos ministros en sus iglesias, que le conserven con su doctrina y ejemplo. Los ministros son tales cual es el evangelio que profesan, y la doctrina que enseñan tan pestilente como lo es la fuente y manantial de donde ella nace, y la vida de los ministros tan profana, deshonesta y viciosa, que muchas veces por ella paran en la horca, y que, por no ofender los ánimos de los que leyeren esta historia, la quiero yo aquí callar. Ésta es la primera cosa que ordena Isabel en su edicto; éste es el fundamento principal de todo lo que dispone: que se conserve en su reino el evangelio de Calvino, y se desarraigue el de Jesucristo nuestro redentor.

CAPÍTULO XVIII.

La guerra de Francia, que el edicto llama injustísima.

La que es tan impía contra Dios (como en el capítulo pasado dijimos), ¿qué maravilla es que sea para con los hombres atrevida, y que no tenga respeto ninguno á los príncipes y reyes de la tierra la que así trata al Rey de los reyes y al Príncipe soberano del cielo? Pero dejemos lo demas, y hablemos solamente de lo que toca á la religion, que es lo que habemos propuesto. Tal es la calumnia de Isabel contra el Papa y contra el Rey Católico por haber emprendido una guerra, que ella llama injustísima y peligrosísima, contra el reino

de Francia. Digo que es materia de religion, porque toda la razon de llamar esta guerra injustísima es por ser contra el Príncipe de Bearne, que es hereje calvinista y de su secta y falsa religion, y parecer á Isabel que es impiedad impugnarla é injustísima la guerra que se hace contra ella. Y ésta es la causa por que reprende en su edicto al Papa y al Rey Católico por haber tomado las armas contra el Príncipe de Bearne, y no permitido que sea oprimido el reino de Francia y arrancada dél por mano de hereje tan pertinaz, la fe católica, que con tanta piedad y devocion ha florecido hasta ahora en aquel cristianísimo reino. Mas ¿por qué llama Isabel invadir y acometer el reino de Francia lo que es defenderle, ampararle y sustentarle en la fe católica? ¿Por qué dice que es contra el reino lo que es contra el tirano que quiere oprimir al reino? No es el reino cristianísimo de Francia el Príncipe de Bearne, no algunos pocos caballeros engañados que le siguen, sino el cuerpo de todo el reino, las provincias y ciudades, los parlamentos, las religiones, las universidades católicas, los príncipes y señores, los estados del reino, que juntos en su asamblea, que ellos llaman, ó córtes generales de los estados, excluyeron de la sucesion del reino á cualquier hereje, y por consiguiente, al Príncipe de Bearne, por ser hereje relapso. A todo este cuerpo y reino confederado y unido con una santa liga, y perseguido y maltratado, quiere socorrer el Papa, y con mucha razon; porque si cualquiera rey y príncipe católico debe favorecer y ayudar á los católicos del reino de Francia, como miembro deste cuerpo místico de la santa Iglesia, y favorecer á otro miembro tan principal y tan importante; si todos los otros católicos y fieles, para cumplir con su nombre y profesion, deben acudir de la manera que pueden á esta tan grande necesidad, ¿qué debe hacer el que es cabeza de toda la Iglesia, pastor universal y príncipe de todos los otros prelados y pastores, oyendo balar y gemir á sus ovejas, y viendo al lobo carnicero, hambriento y furioso, que se las quiere tragar? ¿Qué ha de hacer un padre que ve perderse tantos hijos, un labrador que ve quemar sus mieses y descepar sus viñas? ¿Cómo permitirá el Papa que un reino como el de Francia, tan grande, tan rico, tan poderoso, tan católico, tan obediente y devoto á la Sede Apostólica, que tantas veces le ha en sus mayores trabajos amparado y defendido, sea asolado y abrasado y destruido, y sujetado á un tirano que es obstinado y relapso calvinista, y pretende extinguir la fe católica y quitar la obediencia al Papa en aquel reino, y en todo el mundo si pudiese? Y habiendo la misma Sede Apostólica, por estos respetos, excluido con su sentencia y gravísimas censuras al Príncipe de Bearne del reino, ¿cómo puede dejar de llevarlo adelante, y procurar con las armas y con los otros buenos medios, que valga y sea firme lo que con tanto acuerdo y razon una vez determinó? Especialmente habiendo él despues de la sentencia manifestado más su perfidia y obstinacion, y vejado

el reino y querídole usurpar, y afligido y muerto á tantos católicos, y hecho tantos y tan abominables delitos, que por ellos solos merecia ser privado del reino. Y porque la reina Isabel parece que quiere manchar al Papa de ingrato, por no acordarse de los beneficios que la Sede Apostólica ha recibido en otros tiempos del reino de Francia, para que se vea la vanidad y disparate desta reprension, pregunto yo: ¿quiénes eran los reyes de Francia, que en sus necesidades socorrieron á la Sede Apostólica? ¿Eran calvinistas y hugonotes, como lo es el Príncipe de Bearne? No, cierto; porque entónces no habia hugonotes ni calvinistas en el mundo. Reyes católicos eran, que reconocian y obedecian y reverenciaban al Papa como á cabeza y príncipe supremo espiritual de la Iglesia, y como á tal le socorrian y defendian, y con las armas y fuerzas de su reino de Francia (que era católico como ellos) le defendian. Pues siendo esto así, y queriendo la Sede Apostólica pagar lo que debe al reino de Francia, y dar la mano al que tantas veces con tanta gloria se la dió á ella en sus necesidades, ¿no es agradecimiento ayudar á los católicos franceses, que son hijos y herederos de los católicos antiguos que la sirvieron, y no á los herejes, que le quieren arruinar? ¿No es justo procurar que se conserve en Francia aquella religion por la cual ella ha florecido, y sus reyes han sido poderosos y ganado el título glorioso de *Cristiantísimos*, para que no prevalezca el que la pretende extinguir y dar al traste con todo lo que es cristiandad y evangelio de Jesucristo? ¿Qué nueva lógica y manera de argumentar es ésta? Los católicos de Francia muchas veces han ayudado y socorrido á la Sede Apostólica en sus trabajos contra los herejes ó príncipes cismáticos que la afligian; luego la Sede Apostólica obligada está á no desamparar á los católicos de Francia, y dejarlos en manos de los herejes para que los aflijan, acaben y aniquilen; porque esta consecuencia evidentemente se sigue de lo que en su edicto pretende la Reina. Éste es el grande engaño que el rey católico don Felipe ha persuadido al sumo Pontífice: que haga oficio de padre y pastor, y cabeza de la Iglesia y vicario de Jesucristo, y que la Sede Apostólica vuelva por aquella fe y religion que es y con razon se llama católica, apostólica y romana, y que no deje perder un miembro tan grande, tan ilustre y tan importante para todos los demas, como lo es el reino de Francia, y que le dé la mano en esta su lastimera opresion y miseria; pues tantas veces, cuando florecia, la dió él á la misma Sede Apostólica. Y aunque para que los sumos pontífices que estos años han presidido en la Iglesia católica hiciesen esto, no ha sido menester que el Rey Católico se lo persuadiese, porque ellos de suyo estaban puestos en hacerlo, como cosa tan debida y necesaria y propia de su oficio; pero cuando el Rey Católico los hubiese incitado á ello, y dado de la espuela al caballo que corria, prometiendo juntar sus fuerzas con las de la Sede Apostólica, ¿qué culpa ó qué engaño seria? Isabel y todos los

herejes le llamarán engaño; mas todos los católicos y prudentes dirán que es obra de piadosísimo y celosísimo príncipe, como lo ha sido el haber emprendido esta guerra, que Isabel llama injustísima. Pero veamos en qué consiste la injusticia desta guerra. ¿No es justo que un rey católico, y que entre todos los reyes cristianos se precia deste glorioso título de *Rey Católico*, defienda la fe católica? ¿No es justo que dé la mano á todo un reino tan cristiano y católico, que se lo suplica, como lo es el de Francia, y no tiene otro remedio para salir de tan grande cautiverio como es estar debajo de un tirano hereje, que le atormenta y desuelle, ó le haga perder la fe católica, como lo hace hoy Isabel en Inglaterra? ¿No es justo que el vecino ayude á su vecino, y el poderoso al flaco y miserable? ¿No es justo no dejar cobrar fuerzas al enemigo hereje, para que no las convierta despues contra sus reinos, y haga guerra en ellos á las ánimas de sus vasallos, y estrague y pervierta la religion católica? Si Isabel no tiene por guerra injusta el favorecer al Príncipe de Bearne con dineros, armas, soldados, municiones y pertrechos de guerra, por mar y por tierra, para que tiranice el reino de Francia y arruine en él la religion católica, porque siendo hereje calvinista, como ella, juzga que tiene obligacion de llevar adelante su diabólica y pestifera secta, ¿por qué será guerra injusta favorecer á los católicos de todo un reino, para que se defiendan del tirano y conserven la religion que por espacio de mil y doscientos años tuvieron todos los reyes de Francia? ¿Será por ventura lícito á Isabel favorecer al hereje tirano para que destruya tan católico y noble reino, y no será lícito al príncipe católico socorrerle para que se defienda y sustente? Y tanto es más admirable y digno de perpétua predicacion este santo celo del Rey Católico, cuanto entre los reyes de Francia y España ha habido los años atras guerras largas y reñidas, y cuanto más (segun el afecto humano) pudiera holgarse de ver turbado el reino de Francia.

CAPÍTULO XIX.

De los seminarios de ingleses que se han instituido para beneficio del reino de Inglaterra.

Pero porque la reina Isabel en este su edicto pone su mayor fuerza contra los seminarios que en Francia, Italia y España se han hecho de algunos mozos ingleses católicos, que se quieren emplear en reducir los herejes de Inglaterra á nuestra santa religion, y publica que el Papa y el Rey Católico favorecen y se sirven destos seminarios para revolver el reino de Inglaterra, y contra estos mozos, que llama seminaristas, y los sacerdotes que salen de ellos, y contra los padres de la Compañía de Jesus, que los gobiernan y enseñan, asesta sus tiros y máquinas y ejercita su furor y braveza, bien será que demos razon destos seminarios y de lo que en ellos se hace, ántes que respondamos á las mentiras que en el edicto se contienen, y declaremos las penas y crueldades que contra gente tan inocente y santa

se ejecutan en Inglaterra, que es la segunda cosa en que Isabel tacha al Papa y al Rey Católico, y es propia de la religion.

Presuponiendo, pues, todo lo que de los seminarios de Rems y de Roma, y del fruto que dellos se sigue, queda escrito en el segundo libro desta historia (porque por brevedad no lo quiero aquí repetir), conviene á saber: que algunos pontífices romanos mandaban criar algunos mozos naturales de los reinos cristianos apartados, y enseñarlos la doctrina católica y las ceremonias de la Iglesia romana, para enviarlos despues á sus reinos á enseñar á sus naturales lo que en ella habian aprendido, san Gregorio I, pontífice romano (1) (al cual con tanta razon el venerable Beda llama apóstol de Inglaterra), leemos en su vida, que mandaba criar en los monesterios, á su costa, muchos mozos ingleses, y Gregorio VII, á este propósito, escribió un breve á Olao, rey de Norvegia, del tenor siguiente (2):

«Queremos que sepais que nuestro deseo sería hallar manera para enviaros algunos de nuestros hijos, que fuesen fieles y doctos, para enseñaros é instruiros en toda ciencia y doctrina de Jesucristo, y para que, siendo vosotros instruidos suficientemente segun el Evangelio y la doctrina apostólica, no vacileis; ántes arraigados y fundados sobre el fundamento firme, que es Jesucristo, crezcáis con mayor abundancia y perfeccion en la virtud de Dios, y conformando con vuestra fe las obras, recibáis el fruto y premio dellas, digno de eterna retribucion; lo cual, por sernos cosa muy dificultosa, así por la distancia grande de las tierras, como por no tener personas que sepan vuestra lengua, os rogamos (como tambien lo habemos rogado al Rey de Dinamarca) que nos enviéis algunos mozos nobles de vuestro reino, para que estando debajo de las alas de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y habiendo aprendido con cuidado las leyes sagradas y divinas, puedan volver á vos y llevaros los mandatos desta santa Silla Apostólica, no como hombres no conocidos, sino como naturales y vuestros, y todo lo que toca á la religion cristiana tratarlo y predicarlo en vuestro reino con prudencia y fidelidad, por haberlo acá aprendido y saber vuestra lengua, y ser gente virtuosa y que podrá cultivar y coger fruto, con el favor del Señor, de lo que hubiere sembrado en vuestro reino.»

Siguiendo, pues, el ejemplo de los dos Gregorios, I y VII, sus predecesores, Gregorio XIII, de feliz recordacion, despues de haberse comenzado el seminario inglés en Duay, y mudándose á la ciudad de Rems, en Francia (como queda referido), instituyó el seminario de Roma para los mismos ingleses, y para establecerle y perpetuarle más, despachó una bula, á los veinte y tres de Abril del año de mil y quinientos y setenta y nueve, que fué el séptimo de su pontificado, en la cual, declarando su intencion

en la ereccion é institucion deste seminario, dice estas palabras:

«Viendo con entrañable dolor de nuestra ánima que tantos enemigos se han confederado contra la santa esposa del Señor, y que por tantas partes la impugnan y combaten, y que con los antiguos enemigos, que son los infieles y turcos, se han juntado de nuevo los herejes y cismáticos, los cuales, armados de impiedad y maldad, y movidos de las furias infernales, procuran con todas sus fuerzas arruinarla; y considerando á lo que por razon de nuestro oficio pastoral estamos obligados, oponemos las fuerzas que Dios nos ha dado contra el ímpetu de sus enemigos, y armamos los pueblos que él nos ha encomendado, para que puedan resistir á los asaltos de gente tan cruel y perniciosas. Y como no se halle remedio más cierto ni defensa más fuerte que el instruir y enseñar con doctrina católica la juventud de las naciones pervertidas, porque por su natural facilidad y blandura, con ménos trabajo se imprime en ella la virtud, habemos procurado desde el principio de nuestro pontificado que se instruyesen en esta nuestra ciudad, á nuestra costa, colegios de diversas naciones, que fuesen como seminarios de la fe católica.

«Y estando ocupados en esto, y volviendo los ojos al reino de Inglaterra, que en otro tiempo fué poderoso y floreció en piedad y celo de la religion católica, y ahora está asolado y consumido de la herejía, y teniéndole la debida compasion, y acordándonos que el sumo pontífice Gregorio Magno convirtió aquel reino á la fe de Cristo nuestro Señor, y que desde aquel tiempo quedó muy devoto y reverente á esta santa silla y al romano Pontífice, y que aún en este tiempo tan oscuro y tenebroso ha habido en aquel reino algunos varones señalados é ilustres, los cuales han derramado la sangre y puesto sus vidas por la autoridad desta misma silla y por la verdad de la fe católica; y teniendo delante de nuestros ojos muchos mancebos ingleses, los cuales, desterrados de su patria y huyendo de aquel reino miserable, desampararon á sus padres, casas y haciendas, y movidos del espíritu del Señor, se ponen en nuestras manos para ser enseñados en la religion católica, en que nacieron, con ánimo de alcanzar ellos, primero la salud eterna, y despues de haber aprendido las ciencias necesarias, volver á Inglaterra para alumbrar y reducir á los demas; nosotros, imitando en esto al santo pontífice Gregorio I, y el paternal afecto que tuvo con esta nacion, para que, como á él deben aquellos pueblos la institucion de la fe, así se alegren de la restitution de la misma fe, que por nuestro medio el Señor obrará, como esperamos, y abrazando la devocion destes mancebos para con la Sede Apostólica, y el deseo que tienen de aprender la doctrina católica, de nuestro propio motu y cierta ciencia, y con la plenitud de la potestad apostólica que tenemos, para gloria de Dios todopoderoso y aumento de la fe católica, y provecho y

(1) Juan Diácono, en su *Vida*, lib. II, cap. XLIX.

(2) En la *Historia de la Iglesia metropolitana Upsalense*, de Juan Magno Goto, se halla este breve.

«bien de la nacion inglesa, que tanto amamos, erigimos y instituimos perpetuamente, en las casas del hospital de los ingleses desta ciudad, un colegio inglés.»

El fruto destos seminarios de Rems y de Roma ha sido tan copioso, que demas de los muchos colegiales, y hijos dellos, que han derramado su sangre por nuestra santa fe en el reino de Inglaterra, andan hoy dia por él más de trescientos sacerdotes, alumbrando y reconciliando á los ciegos herejes, confirmando y sustentando á los dudosos, consolando y esforzando á los católicos, y volviendo por la honra y gloria del Señor. Y es esto de manera, que ninguna cosa más temen la Reina y los de su Consejo que á estos clérigos de los seminarios, y contra ningunos católicos ejercitan más su rabia y furor; porque dicen que los otros enemigos extranjeros, aunque sean muchos y poderosos, no pueden hacer guerra sino á los cuerpos de sus vasallos, mas que éstos la hacen á los entendimientos y voluntades, y conquistan los corazones, y en ellos plantan y arraigan la religion católica y la reverencia y obediencia al Papa; y ésta tienen por la mayor de sus calamidades, porque ven que con la mudanza de religion, necesariamente ha de haber mudanza en el gobierno, y á esta causa han apretado tanto con leyes rigurosísimas y bárbaras á los católicos de su reino, que han obligado á salir dél y desterrarse de su patria á muchos mozos hábiles y bien inclinados, y á caballeros ricos y poderosos y á otra innumerable gente católica, por no perder en sus casas, ó la vida ó la fe. Y no bastando ya los dos seminarios de Roma y de Rems para sustentar estos mozos ingleses, por ser tantos y salir cada dia más de Inglaterra, el católico rey don Felipe Segundo deste nombre, nuestro señor, ha sido servido, conforme á su grandísima piedad y renombre, de ampararlos y favorecerlos, no solamente con sus limosnas (como siempre lo ha hecho) para que en el seminario de Rems se sustenten, sino para que acá en España tengan segura guarida y morada cierta, y otro seminario en la villa de Valladolid, el cual se ha comenzado este año pasado de mil quinientos ochenta y nueve, y con el favor de Dios y de su majestad, y con otras limosnas de algunos prelados y señores, personas devotas y piadosas, ha tenido tan buen progreso y aumento, que podemos esperar dél tan copiosos y saludables frutos como de los otros dos seminarios de Rems y de Roma, y ya tenemos pruebas dello por lo que algunos de los colegiales del seminario de Valladolid hacen y padecen hoy dia en Inglaterra, que es tanto, que ha movido á la iglesia y ciudad de Sevilla á abrazar y recoger estos mozos ingleses, y darles casa para su morada, y limosnas para su sustento, y regalarlos con extraordinaria caridad, con la cual se ha ya dado principio á otro seminario inglés en aquella insigne y nobilísima ciudad este año de mil quinientos noventa y tres, la octava del glorioso mártir santo Tomas Cantuariense, primado de Inglaterra, ha-

llándose presentes el Cardenal Arzobispo y la Iglesia y Regimiento, y gran parte de los caballeros y personas de cuenta de la misma ciudad de Sevilla. Y cierto que ha hecho el Señor gran beneficio á nuestra nacion en darle gracia que acoja amorosamente á los extranjeros y ampare á los desamparados, y meta en sus entrañas á los que padecen por la fe católica, y sustente y esfuerce á los que se curten y ensayan para mártires, y con las obras muestra la amistad y buena correspondencia que ha habido entre estas dos naciones, y pague la caridad que nuestros españoles estos años han recibido en Inglaterra, en sus necesidades, de los ingleses católicos, y dé á entender que el odio y aborrecimiento que ahora tiene España á Inglaterra no es con las personas, sino con las herejías, ni con todos sus naturales, sino con los que de ellos son enemigos de Jesucristo y aborrecen y persiguen su fe y sus sacramentos, y han alzado bandera contra Dios. Y finalmente, que siguen en esto el ejemplo de su rey y señor, el cual ha abrazado con tanta piedad estos seminarios, y con tanta benignidad los favorece, que no se contentando con las limosnas que les da y con los otros beneficios que les hace; estando en Valladolid este año pasado de mil quinientos noventa y dos, quiso hacer y autorizar esta obra de los seminarios ingleses con su persona y con la del Príncipe nuestro señor y de la serenísima Infanta, sus hijos, yendo á visitar el de aquella villa, y hallándose presente á algunos ejercicios de letras que en él se hicieron. Este seminario inglés, que se comenzó en Valladolid (1) con voluntad y autoridad del Rey Católico, ha sido tambien confirmado y establecido por Clemente VIII, que hoy vive, el cual este mismo año, que es el primero de su pontificado, despachó una bula, á instancia y suplicacion del mismo Rey, que dice así:

CLEMENTE PAPA VIII.

«Como no haya presidio más firme ni remedio más eficaz contra los que con sus errores y falsas opiniones procuran impugnar la Iglesia romana, que instruir en la religion católica la juventud de las provincias que están inficionadas de herejías, por ser los ánimos de los mozos blandos y fáciles para imprimirse en ellos la virtud; y considerando esto pía y atentamente, nuestro carísimo en Cristo hijo Felipe, rey católico de las Españas, cuya excelente benignidad y liberalidad, sin duda digna de rey católico, muchos mozos ingleses desterrados han experimentado, los cuales, huyendo del miserable reino de Inglaterra (que en otro tiempo tanto floreció y fué devotísimo de la fe católica, y ahora está opreso y de grandísimas miserias afligido, y asolado con la ruina y estrago de las herejías), han acudido á los reinos de España, haya procurado que en la villa de Valladolid, que es de la diócesi de Palencia, se

(1) Tambien se erigieron poco despues colegios para escoceses é irlandeses en Sevilla, Alcalá y Salamanca. En esta última ciudad subsiste aún el colegio de nobles irlandeses.

» erigiese y fundase un colegio de ingleses, para
 » honra y gloria de Dios todopoderoso, y para
 » abrigo y recogimiento de los mismos ingleses que
 » por la fe católica han querido voluntariamente
 » desterrarse del dicho reino, y pretenden volver á
 » él á su tiempo para reducir el camino de la ver-
 » dad á los otros ingleses sus naturales, que andan
 » descarriados, y señaládoles cierta renta cada año
 » para sustento de los estudiantes y de las otras
 » personas que en él moráran, y nos haya humil-
 » mente suplicado, por medio del amado hijo y no-
 » ble varon Antonio, duque de Sesa y de Soma, su
 » embajador acerca de nos y de la Sede Apostólica,
 » que nos dignemos con la benignidad apostólica
 » confirmar la ereccion é institucion del dicho cole-
 » gio y proveer todo lo que más convenga. Nosotros,
 » alabando en gran manera en el Señor el piadoso
 » propósito y obra digna de toda alabanza del rey
 » Felipe, inclinándonos á sus ruegos, con la autori-
 » dad apostólica y de nuestra cierta ciencia, aproba-
 » mos y confirmamos la ereccion y institucion del di-
 » cho colegio, y todas las cosas y cualquiera dellas
 » que desta institucion se haya seguido, supliendo
 » todos y cualesquiera defectos, así del hecho como
 » del derecho, que por ventura en ella hubiesen in-
 » tervenido.»

Esto es lo que los sumos pontífices y el Rey Católico han hecho, y la intencion con que lo han hecho, como por las mismas bulas y instituciones de los seminarios se ve; lo cual, no solamente no se puede con razon reprender, mas se debe por mil títulos magnificar y alabar. Porque, hablando primero del Papa, ¿á quién han de acudir los católicos de Inglaterra, acosados y afligidos, sino á la cabeza de la Iglesia católica? A aquel que, segun dice san Jerónimo, es puerto segurísimo de la comunión de los fieles y la piedad del toque que distingue la falsa doctrina de la verdadera y el oropel del oro fino. A aquel que es el primer pastor y obispo de nuestras ánimas, y vicario universal de Jesucristo. A aquel que, por razon de su oficio, ha recibido con más plenitud la unción del Espíritu Santo, y más abundancia de caridad, misericordia y compasion, y no tiene por extraño á ningun fiel, de cualquiera parte de la cristiandad que venga á él. A aquel que siempre fué refugio y guarida de todos los santos obispos perseguidos, los cuales acudieron á la Silla Apostólica por favor, socorro y consuelo, como san Cipriano á Cornelio y á Estéban, papas; Atanasio á Márcos y á Julio, Crisóstomo y Agustin á Inocencio, Basilio á Liberio, Jerónimo á Damaso, Teodoreto á Leon Magno, y otros santísimos varones se recogieron debajo de las alas y proteccion de otros sumos pontífices, conforme al tiempo y á su necesidad. ¿A quién han de acudir los ingleses que andan desterrados de su patria por su fe, sino á aquel que tiene el lugar de los que fueron apóstoles de Inglaterra y predicaron esta misma fe por la cual ellos padecen; á aquel cuya silla siempre fué alivio y amparo de todos los cristianos afligidos, proveedora de sus

necesidades, dispensadora de los bienes de la Iglesia, para reparo y sustento de los que padecian por Cristo, como lo escribió Dionisio, obispo de Corinto, y lo refiere Eusebio Cesariense, en su *Historia*? Pues siendo esto así, ¿con qué vergüenza pueden los herejes calvinistas vituperar, ó á los ingleses católicos, si por andar de ellos tan maltratados, aperreados y afligidos, acuden á la Sede Apostólica, como á su madre piadosa y benignísima, ó á la misma Sede Apostólica, si como á hijos amados y perseguidos por su defensa, los acoge, ampara y sustenta? Pues si volvemos los ojos al Rey Católico, ¿qué tienen estos monstruos que calumniar ni que decir, sino mostrar que son de aquellos de quien dice el Profeta: «Ay de vosotros, que lo bueno decís que es malo, y lo malo bueno; de las tinieblas haceis luz, y de la luz tinieblas»? El rey don Felipe, como rey verdaderamente católico, favorece á los que padecen por la fe católica, y como poderosísimo rey, sustenta tanta gente noble, honrada y necesitada; y como piadosísimo, se duele de los trabajos y calamidades extrañas de tantos y tales sus fieles hermanos, que por tales tiene á los que el Señor del mundo á boca llena llama hermanos. Y este hecho ¿no es digno de perpétua alabanza y predicacion? En todos los siglos pasados siempre fueron honrados y reverenciados y socorridos de los cristianos los que padecian por Cristo; y por esto Severo Sulpicio, en su *Historia* (1), escribiendo de los santos obispos que fueron desterrados, por la fe católica, de Constancio, emperador arriano, dice estas palabras: «Cierta cosa es que estos santos así desterrados fueron acatados y venerados de todo el mundo, y socorridos con limosnas en grande abundancia, y visitados con embajadas de todos los pueblos y provincias de la cristiandad. Y san Ambrosio (2), hablando de los mismos santos obispos, dice: «Anduvieron discurriendo por todo el mundo, como hombres que no tenían nada y todo lo poseían. Cualquiera lugar á que llegaban se tenía por un paraíso, y nunca les faltó nada, porque eran abundantes de fe; ántes ellos enriquecían á los otros, porque, aunque eran pobres de dinero, eran ricos y abastados de la divina gracia.»

CAPÍTULO XX.

Que los herejes de Inglaterra reprenden al Papa por los seminarios que sustenta de ingleses, y los nuevos cristianos del Japon le agradecen los que ha hecho en su reino.

Para que mejor se vea lo que acabamos de decir, y que lo que hace el Papa en amparar á los católicos desterrados de Inglaterra y favorecer á los seminarios ingleses no es para revolver aquel reino, como publica el edicto de Isabel, sino por cumplir con la obligacion de su oficio y con la cura paternal que, como pastor universal, tiene de toda la Iglesia; dejando de hablar de los otros seminarios que para beneficio de tantas provincias fundó Gre-

(1) Lib. II.

(2) Epist. XXVII, *Ad vercellenses*.

gorio XIII, de gloriosa memoria, quiero poner aquí dos cartas de dos reyes del Japon para el papa Sixto V, en que, entre otras cosas, le agradecen las limosnas que dió para sustentar á los padres de la Compañía de Jesus y á los colegiales de los seminarios del Japon. Tambien servirán estas cartas para darnos á conocer la diferencia que hay entre la impiedad y aborrecimiento que la Reina de Inglaterra y sus ministros tienen á la Sede Apostólica, y la devocion y reverencia para con ella de los príncipes cristianos de los reinos del Japon. Y para que con esto los desventurados herejes se confundan y lloren su ceguedad, y los verdaderos hijos de la santa Iglesia se consuelen y alegren en el Señor, y le hagan infinitas gracias por la proteccion que tiene della y por el cuidado de dilatarla, amplificarla y extenderla en reinos y provincias tan apartadas, y de traer tantas ovejas, que estaban descarriadas y perdidas, á su conocimiento y amor, para que se junten con las otras que tiene por acá, y todas juntas sean un rebaño y estén debajo de un pastor, como el mismo Señor dijo que lo haria. Que cierto, para todos los siervos del Señor que se afligen y consumen por las calamidades de la santa Iglesia, y lloran sus daños y pérdidas, es materia de gran consuelo y alegría el considerar la dilacion que en nuestro siglo Dios ha hecho de nuestra santa fe en tantos y tan extendidos y remotos reinos; y que, aunque con una mano nos hiere y azota, con otra nos sana y regala, y las pérdidas de los herejes que padecemos, las suple y recompensa con las ganancias tan copiosas de la gentilidad. Él sea bendito y alabado para siempre por esta merced que hace á su Iglesia. Pero veamos las cartas, que nos manifiestan esta verdad.

Traslado de una carta escrita en lengua del Japon, con su declaracion en lengua portuguesa, de don Protasio, rey de Arima, á la buena memoria del papa Sixto V; cuyo sobrescrito era éste:

CARTA DE DON PROTASIO, REY DE ARIMA, Á LA SANTIDAD DE SIXTO V.

El título de dentro decia así: *Al grande y santísimo papa Sixto V, que en tierra tiene el lugar del Rey del cielo, don Protasio, rey de Amira, con grande reverencia ofrece esta carta.*

«Santísimo Padre y entre todos los cristianos el supremo: A los diez y seis de la sexta luna (que fué á los veinte y uno de Julio del presente año de noventa) llegó aquí el padre visitador de la Compañía de Jesus, con Gingua, don Miguel, mi primo, don Mencio y los otros compañeros que fueron á Roma en nuestro nombre, para poner sus cabezas debajo de los piés de vuestra Santidad. Con la llegada dellos he recibido tanta alegría como si hubiera ganado mil otoños y otros diez mil años de vida. Hame contado don Miguel las honras y favores que de vuestra Santidad, del rey don Felipe y de otros príncipes cristianos de Europa ha recibido. Por las cuales hago tantas gracias á vuestra Santidad, que no las puedo explicar con

»pluma ni papel. Tambien me ha dado la carta que
»vuestra Beatitud se ha dignado escribirme, en la
»cual me hace gracia de ponerme honradamente
»entre los otros reyes cristianos. Ha asimismo
»traido del santo leño de la verdadera cruz en que
»Cristo nuestro redentor murió, y el estoque y sombrero que vuestra Santidad suele enviar á los reyes y príncipes cristianos. Todos estos favores son tales y yo los estimo en tanto, que me he determinado de conservar las cosas sobredichas con perpétua memoria, como principal tesoro y ornamento de mi casa. Porque, demas que esta honra es la mayor que yo puedo recibir en este mundo, resulta tambien en beneficio de la ánima para la otra vida. Yo habia determinado de recibir estos dones con la mayor fiesta y solemnidad que en mi estado se pudiese hacer, así por lo que ellos merecen, como por guardar la orden de vuestra Santidad; mas, por la persecucion que Cuabacundono, señor universal del Japon, ha movido, tres años há, contra los padres y cristianos en estas partes, ha parecido al padre visitador que se difiera este solemne recibimiento hasta que él vuelva del Meaco, adonde va á visitar á Cuabacundono, con una embajada que le lleva de parte del Virey de Indias; porque teme que si se hiciese ántes, podria causar grande alteracion y enojo en el pecho de Cuabacundono. Por esta razon no he podido agora hacer lo que deseaba. Mas, vuelto que sea el padre visitador, recibiré los dichos dones humilmente, y con extraordinaria alegría me los pondré sobre la cabeza.

»Tambien he entendido la grande ayuda que vuestra Santidad ha dado para sustentar á los padres, seminarios é iglesias, de lo cual estamos todos tan alegres y consolados, que nuestros corazonces jubilan y saltan de placer, porque nos persuadimos que habiendo vuestra Santidad puesto los ojos sobre esta cristiandad del Japon, no podrá ella sino ir muy adelante, y yo de mi parte beso los piés á vuestra Santidad por ello, porque confío que por este medio ha de crecer mucho la santa ley del Señor en estos reinos del Japon.

»En esta gran persecucion que ha ejecutado Cuabacundono, todos nos habemos visto en gran trabajo y tribulacion, y yo en particular, porque contra la orden y mandato del, recibian mis tierras la mayor parte de los padres, como todavía los tengo, poniéndome á extremo peligro por ello de perder mi persona y estado. Mas, como los padres no tienen otro remedio, y como siervos de Dios habian determinado de morir todos en Japon ántes que desamparar esta cristiandad, me pareció cosa conveniente arriscarlo todo por servicio de nuestro Señor, el cual con su paternal providencia, no solamente hasta agora me ha librado de los peligros, mas me ha acrecentado y prosperado en todas las cosas, habiéndose en el mismo tiempo perdido y arruinado infinitos señores gentiles, donde se ha aumentado en los cristianos del Japon la fe y confianza en Dios, y agora, con la ida

» del padre visitador á Cuabacundono, todos tene-
 » mos cierta esperanza que con ella se pondrá fin á
 » esta persecucion, la cual, así como hasta aquí ha
 » sido una prueba destos nuevos cristianos, así es-
 » pero en nuestro Señor que para adelante se se-
 » guirá della grande aumento y la conversion del
 » Japon. Y porque lo demas vuestra Santidad lo sa-
 » brá del padre visitador, acabo poniendo humil-
 » mente mi cabeza debajo los piés de vuestra Bea-
 » titud, y escribo la presente con aquella reveren-
 » cia y humildad que se debe á vuestra Santidad, á
 » los nueve años de la era llamada Tenscio, á los
 » diez de la luna octava, que son los veinte y dos
 » de Setiembre del año de mil y quinientos y no-
 » venta. Postrado á los piés de vuestra Santidad.
 » — ARIMANO SCIURINO DAIBU, DON PROTASIO.»

Traslado de otra carta de don Sancho, señor de Omura, para el mismo papa, y escrita de la misma manera que la pasada.—El sobrescrito della:

CARTA DE DON SANCHE, SEÑOR DE OMURA,
 PARA LA SANTIDAD DE SIXTO V.

Dentro tenía por título: *Ofrézcase la presente al grande y santísimo papa Sixto V, al cual yo adoro humildemente, como á vicario de Dios.*

« Santísimo Padre: Este año de noventa ha tor-
 » nado Gingua, don Miguel, primo del rey don Pro-
 » tasio y mio, con sus compañeros, que en nombre
 » del mismo Rey de Arima y de don Bartolomé,
 » mi padre, fué los años pasados, con el padre visi-
 » tador de la Compañía, á dar la obediencia á vues-
 » tra Santidad; con cuya vuelta habemos recibido
 » extremada consolacion, oyendo las grandes hon-
 » ras y favores que vuestra Santidad les ha hecho, y
 » por su respeto todos los otros príncipes de la cris-
 » tianidad, y la proteccion y cura paternal que vues-
 » tra Beatitud, como vicario de Cristo nuestro Señor
 » en la tierra y cabeza de toda la Iglesia, tiene de
 » toda esta cristiandad del Japon, y la ayuda que
 » ha dado á los padres de la Compañía para que se
 » puedan sustentar, y los seminarios y colegios y
 » gastos excesivos que hacen en el Japon, por lo
 » cual estamos todos tan alegres, que nos parece que
 » no hay alegría que con esta nuestra se pueda igua-
 » lar; y juntamente habemos recibido una nueva
 » luz y conocimiento de la verdad y caridad cris-
 » tiana. Yo, por lo que á mí toca, hago infinitas gra-
 » cias á vuestra Santidad, y las que deseo hacerle
 » no se pueden declarar con tinta ni papel. Y pues
 » don Bartolomé, mi padre, es ya difunto, yo quedo
 » en su lugar, con perpétua obligacion de servir á
 » vuestra Santidad, por el leño de la santa cruz y
 » estoque que por don Miguel enviaba á mi padre,
 » las cuales cosas tengo yo por el más rico tesoro
 » que yo ni todos mis descendientes jamas podria-
 » mos alcanzar, y las tendrémos por un profundo
 » piélago y un colmo de tantos beneficios recibidos
 » de vuestra santa mano, y que por ella nos han
 » sido enviados del cielo. Mas, por la persecucion
 » que Cuabacundono, señor universal del Japon, ha

» levantado contra estos padres y contra la cris-
 » tianidad en estos reinos, no ha sido agora tiempo
 » oportuno para recibir las cosas sobredichas con
 » aquella solemnidad y fiesta que yo habia deter-
 » minado. Y así, ha parecido al padre visitador y á
 » mí tambien que lo dejásemos por agora hasta que
 » vuelva el dicho padre, que va á visitar á Cuaba-
 » cundono, con una embajada y presente del Virey
 » de la India, y esperamos que con su ida se ha de
 » restituir la paz á estos cristianos, porque ya pa-
 » rece que se va apacando y se muestra más des-
 » nudo por esta embajada. Y porque de lo que yo
 » he hecho en esta ocasion en servicio de nuestro
 » Señor y de los padres, acogiendo buena parte de
 » ellos en mis tierras, y poniendo por ello á pe-
 » ligro mi persona y estado, y de lo demas que ha
 » sucedido en esta persecucion, vuestra Santidad lo
 » sabrá por cartas de los mismos padres, hago fin
 » poniendo humildemente los piés de vuestra Santidad
 » sobre mi cabeza, y suplicándole me dé su santa
 » bendicion. Escribo la presente con la reverencia y
 » humildad que se debe á vuestra Beatitud, á los
 » nueve años de la era que llamamos Tenscio, á los
 » diez de la octava luna, que son los veinte y dos
 » de Setiembre del año de mil y quinientos y no-
 » venta.

» Con las manos alzadas y con reverencia ofrez-
 » co esta carta á los piés de vuestra Santidad.—OMU-
 » RA SCIM PACIRO NOBU ACHE, DON SANCHE.»

Éstas son las cartas de los reyes del Japon; pero volvamos á lo que decíamos de los seminarios ingleses, que son abrazados y favorecidos de la Sede Apostólica y del Rey Católico y de los otros príncipes y señores que se precian deste nombre, y con sus limosnas abrigan y sustentan á los que viven en ellos y se curten para mártires.

CAPÍTULO XXI.

Las calidades que han de tener los que entran en los seminarios, y el juramento que hacen, y las cosas en que se ocupan en ellos.

En estos seminarios no se admiten todos los ingleses que á ellos vienen indiferentemente, sino con gran delecto se escogen los que son más aptos para el fin que se pretende. Éstos son comunmente mozos de mediana edad, hábiles, virtuosos, bien inclinados y conocidos por tales. Entre ellos hay muchos nobles é hijos de caballeros y señores, y algunos mayorazgos y personas de mucha cuenta y de los más principales de aquel reino, los cuales, tocados de la mano de Dios, y guiados con su espíritu y esforzados con su gracia, dejan sus casas, padres y parientes, y todo el regalo y comodidad que entre ellos podrian tener, por no perder la fe católica, ó ponerse á peligro de perderla. Tambien vienen algunos hombres doctos y ejercitados en buenas letras para perficionarse en ellas y en toda virtud, y volver despues á su patria para sembrar en ella la doctrina católica, y desarraigar las espinas y malezas de aquella villa tan inculta y des-

amparada. Todos estos, despues de haber sido examinados, conocidos y probados por muchos dias, se admiten, y hacen un juramento y promesa á Dios nuestro Señor de emplearse en su servicio, y de recibir á su tiempo los sacros órdenes y volver á Inglaterra; que es del tenor siguiente :

JURAMENTO DE LOS ALUMNOS DE LOS SEMINARIOS INGLESES.

«Yo, N. N., alumno del tal colegio inglés, considerando los beneficios que Dios nuestro Señor me ha hecho, y aquel principalmente de haberme sacado de mi patria, que está tan trabajada de herejías, y haberme hecho miembro de su Iglesia católica; deseando no ser del todo ingrato á tan grande misericordia del Señor, he determinado de ofrecerme todo á su divino servicio en cuanto yo pudiere, para cumplir el fin de este colegio. Y así, prometo y juro al omnipotente Dios que estoy aparejado con mi ánimo, cuanto su divina gracia me ayudáre, para recibir á su tiempo los sacros órdenes y volver á Inglaterra, á procurar ganar y convertir las almas de aquellos projimos, cada y quando que al superior deste colegio, conforme á su instituto, le pareciere, mandándomelo en el Señor.»

Este es el juramento.

El tiempo que esos colegiales ingleses están en el seminario tienen sus superiores, que en Roma, Valladolid y Sevilla son padres de la Compañía de Jesus, á los cuales obedecen con mucha exaccion; tienen sus reglas y estatutos, los cuales guardan con gran puntualidad; tienen las horas de todo el dia repartidas en ejercicios de virtud y de letras; de manera que desde la hora en que se levantan hasta la del acostarse no hay tiempo ocioso ó perdido. Las cosas en que comunmente se ejercitan son para aprovechamiento y perfeccion de sus ánimas, ó para aprender las ciencias que son necesarias para la reduccion de los herejes que pretenden. Para sus ánimas usan de la oracion vocal y mental, el decir ó oír misa con devocion cada dia, el rezar sus horas, rosario y letanías, el exámen de la conciencia, la leccion de alguna cosa sagrada á la mesa, el confesarse y comulgarse cada ocho dias, el predicar las fiestas miéntras se cena, el oír algunas pláticas de cosas que pertenecen á su fin, y á los medios para alcanzarle, y otras como éstas. Y no se pone ménos cuidado en que sean bien enseñados en todo género de letras, así humanas como divinas, en las lenguas latina, griega y hebrea, en todas las partes de la filosofia natural y moral, en la sagrada escritura y en la teología escolástica, y muy particularmente en las materias controversas, que los herejes de Inglaterra con sus errores escurecen y ponen en duda. Para que estando ellos armados y bien instruidos en las verdades macizas y sólidas de nuestra santa fe católica, puedan más fácilmente responder á los argumentos vanos de los herejes, y confundirlos. Y para esto tienen su estudio particular, sus lecciones,

sus repasaciones, sus conferencias y conclusiones y disputas, y todos los otros ejercicios literarios que les pueden ser de provecho. Y es mucho para alabar al Señor el ver cuán aprovechados salen éstos colegiales en virtud y en ciencia; porque, como el blanco y fin de sus estudios é intentos es Dios, el mismo Dios los ayuda y favorece.

Cuando parece á los superiores destes colegios ó seminarios ingleses que los colegiales están ya robustos y dispuestos para empresa tan ardua y dificultosa, echan mano de los más maduros y sazonados; y aunque todos desean ir á morir por nuestra santa fe, no se da á todos lo que todos desean, hasta que venga su vez, y entre tanto se envían los que se juzgan más á propósito, quedando los demás con grande envidia de la buena suerte que les cupo, y rogando á Dios por ellos, y despidiéndose con lágrimas y sollozos de sus dulces hermanos, no porque van á ser atormentados y muertos cruelísimamente en Inglaterra, sino porque no pueden ellos acompañarlos y ser tan presto partícipes de sus suplicios, coronas y triunfos.

CAPÍTULO XXII.

El ánimo y modo con que vuelven estos mozos á Inglaterra.

El ánimo con que van estos valerosos soldados y guerreros del Señor á tan gloriosa y peligrosa conquista es admirable, y dado de la propia mano de Dios; sin el cual sería imposible que tantos mancebos nobles, delicados y aún regalados en sus casas, entrasen con tanto ánimo y denuedo en un golfo espantoso de infinitos peligros y dificultades, y en una selva de fieras bravas, que se apacientan de sangre humana, de las cuales saben que han de ser despedazados, si Dios milagrosamente no los escapa de sus garras.

Para que mejor se entienda este celo y fervoroso deseo que tienen estos mozos de los seminarios ingleses de morir por Dios, y la alegría y esfuerzo con que vuelven á su patria para derramar la sangre por la fe católica, quiero poner aquí las palabras que uno dellos, en su nombre y de sus compañeros, dijo en latin, este año pasado de mil y quinientos y noventa y dos, á la santidad de Clemente VIII, yendo ocho dellos del seminario de Roma á tomar su bendicion, de camino para Inglaterra.

«Vamos, dijo, beatísimo padre, á Inglaterra, que es nuestra patria, la cual los años pasados era verdadera hija de la Iglesia romana, y obedientísima, y agora, por su gran desdicha, le es contraria y cruel enemiga. Vamos á un bosque de fieras y á una selva de errores y herejías, que en otro tiempo fué un vergel deleitoso de santidad y religion. Vamos á Inglaterra, que es miserable por estar perdida, y más miserable por no conocer su perdicion, y miserabilísima porque, si la conoce, no se reconoce ni se enmienda, sino que con una perversa y diabólica obstinacion se jacta y nos predica su miseria. Y aunque ella nos aborrece, y siendo hijos suyos, nos tiene por traidores, y como á tales nos

amenaza con tormentos y muertes, nosotros la reconocemos y la amamos y abrazamos como á nuestra madre amantísima. Porque si la impiedad ha apagado en ella el amor natural, para que, siendo nosotros sus hijos, nos apareje la muerte, justo es que la piedad y amor divino nos despierte y encienda á nosotros, para que le procuremos la vida y la salud, aunque sea á costa de nuestro trabajo y de nuestras vidas. Vamos ó para reparar la religion católica de Inglaterra, si el Señor nos favoreciere, ó para dar la vida por la misma religion católica y por la autoridad de vuestra Santidad, si Dios nos hiciere esta merced. Vamos á peligros ciertos con incierta esperanza, porque no sabemos lo que Dios será servido de hacer; pero, de cualquiera manera que ello suceda, vamos muy confiados en la bendicion de vuestra Santidad, la cual nos será guía en el camino, esfuerzo en los peligros, y prendas del socorro y favor del Señor. Esta bendicion suplicamos humildemente á vuestra Santidad que nos dé, y que pues esta santa Silla, estando nosotros fuera de nuestra patria y desterrados, con tanta caridad nos ha sustentado, agora, que volvemos á ella, nos acompañe y esfuerce con su bendicion. Y no solamente pedimos esta bendicion para nosotros, pero con todo el acatamiento y mayor instancia que podemos, suplicamos á vuestra Santidad que no se olvide de aquella nuestra desventurada patria, ni deje de pensar de su remedio; por esta vuestra diestra, padre santísimo, que es instrumento de la divina clemencia; por las llamas tan encendidas del amor de Dios, que arde en el pecho de vuestra Santidad; por esa benignidad que, como á vicario suyo, le ha dado Cristo nuestro redentor para con todas las ánimas que él compró con su sangre; echados y postrados á sus beatísimos piés, le pedimos, rogamos y suplicamos que socorra y dé la mano á Inglaterra, aunque ella no lo merezca ni lo pida, ántes lo repugne y lo contradiga. Propio es de la bondad de Dios derramar sus dones á los ingratos y desconocidos. Más puede la voluntad de vuestra Santidad de lo que nadie puede pensar; sepan todos que con la piedad y voluntad, no ménos que con la autoridad y dignidad, está vuestra Santidad cerca del cielo. Nosotros, pocos y flacos, vamos á pelear contra un ejército innumerable y cruelísimo de amalecitas. Vuestra Santidad, como otro Moisés, estando en este santo monte, levante las manos al cielo y alcáncenos valor para pelear y gracia para vencer. Y si por ventura alguna vez, por ser las manos pesadas y estar cansadas con el peso de tantos y tan importantes negocios, no pudieren estar alzadas en nuestro favor, no faltarán quien con sus oraciones y cuidados, como Aaron y Hur, las sustenten, para que no se fatiguen, y nosotros podamos, por virtud dellas, menear nuestras manos y las armas espirituales, y alcanzar vitoria de nuestros enemigos. Pluguiése al Señor, padre beatísimo, para decir lo que siento; pluguiése á Dios, digo, que yo fuese tan dichoso y bienaventurado, que mereciese perder esta vida por mi Señor Jesucristo, por

mi patria y por esta santa Sede Apostólica, y morir por la confesion de la fe católica. ¡Oh qué feliz dia sería para mí, en que, muriendo, comenzase yo á vivir! Y ¡qué glorioso será para vuestra Santidad, si mis compañeros venciesen! ¡Oh qué bienaventurado y divino sería el pontificado de vuestra Santidad, si en su tiempo Inglaterra se reconociese, si las ovejas descarriadas volviesen á su pastor, si el cetro y la corona de aquel reino se arrojase á estos piés, que yo ahora beso humildemente! ¡Si la fe y la piedad, que debajo de Clemente VII se perdió en Inglaterra, en tiempo de Clemente VIII, con gozo del cielo y de la tierra, se cobrase y volviese á reflorar!»

Estas palabras dijo el mancebo del seminario inglés con tanta ternura y afecto, que sacó muchas lágrimas de los ojos de los circustantes, que se enternecieron de oirlas; y el Papa mismo, conmovido dellas, le respondió desta manera: «Grande envidia (si así se puede llamar) os tenemos por haberos el Señor escogido para una empresa tan excelente como esta, y para que trabajéis en su viña, que es vuestra patria, con esperanza casi cierta del martirio; y tendríamos por muy dichosa suerte si os pudiésemos acompañar y morir con vosotros y ser particioneros de vuestra felicidad y corona. Mas, porque no podemos hacer esto, por estar aquí detenidos con el gobierno y solicitud de toda la Iglesia universal, ni merecemos derramar la sangre en vuestra patria, que en otro tiempo fué devotísima desta Santa Sede, no dejaremos de acompañaros con el deseo y con nuestras oraciones, y de suplicar á nuestro Señor que conserve en vosotros el espíritu que ha dado á vuestros corazones. Procurad vosotros de avivar y acrecentar más con las virtudes y santas obras este fervor y piedad que Dios ha encendido en vuestras ánimas, para que sea perseverante hasta el fin, que es al que se da la corona, y para que dé fruto tan abundante y colmado como nosotros confiamos que dará, por la bondad del Señor, que para tan gloriosa empresa os escogió.» Y dichas estas palabras, se retiró á otro aposento el sumo Pontífice, derramando gran copia de lágrimas. Y para que se vea que lo que dijo el colegial del seminario, que se llamaba Francisco Monfort, hablando con su Santidad, era verdad y que le salian del corazon aquellas palabras tan encendidas, con que declaraba el deseo que tenía de morir por Cristo, ántes de seis meses cumplidos despues que las dijo, las puso por obra, y murió en Inglaterra constantemente por el Señor.

CAPÍTULO XXIII.

Cómo vuelven los de los seminarios á Inglaterra, y lo que hacen en ella.

Con este ánimo vuelven á Inglaterra estos fuertes soldados del Señor. Estos son los intentos que llevan en su conquista. Vuelven disfrazados, porque, como son tan rigurosas las leyes de aquel reino contra ellos, y se ejecutan con tan extraña diligencia, y hay tantas guardas, espías, perros y

malsines, y es tanta la ganancia de cualquiera que descubre esta caza, y tan grande la pérdida de quien la encubre, no pueden entrar sino con hábito disimulado, ó de soldados, ó de mercaderes, ó de marineros, ó otro semejante, ni andar de otra manera por el reino, para no ser conocidos y no caer luégo en manos de los herejes y perder sus vidas, y hacerlas perder á los otros católicos que los acogen y hospedan en sus casas; como lo hacia san Eusebio, obispo Samosateno, el cual en el tiempo de Constancio, emperador arriano, vestido de soldado y desconocido, iba visitando las iglesias de los católicos y confirmándolas y esforzándolas, y finalmente murió mártir glorioso de Cristo, como se dice en el *Martirologio romano* (1).

Uno de los principales avisos que se les da, cuando vuelven á Inglaterra, es, que no se entremetan en el gobierno político y temporal del reino, ni si va bien, ni si va mal; porque no den ocasion á los herejes, sus enemigos, para decir dellos con alguna color de verdad lo que ahora con tan grande mentira publican, que son traidores y revoltosos, y que por esto los matan y hacen justicia dellos. Y así, en lo que se ocupan es en edificar la gente con quien tratan con su santa vida, en enseñar á los iguorantes, en esforzar á los flacos, en sustentar á los fuertes, en dar la mano á los caidos, en confundir á los herejes, en consolar y animar á los católicos, en mostrarles que Dios permite esta tan extraña y bárbara persecucion contra ellos, para probarlos y afinarlos en la virtud, y darles tanto más gloriosa corona, cuanto mayores y más duras hubieren sido sus batallas y peleas, y que presto se acabará, y que entre tanto el mismo Señor que la permite, dará fuerzas para llevarla y venerarla. Y como ellos son los primeros que se ofrecen al trabajo y al peligro, al tormento, á la horca y al cuchillo, tienen gran fuerza sus palabras, é imprímense en los corazoucs de los que las oyen. Predican, cuando pueden, en público, y cuando no, en los oratorios secretos amonestan á los que los oyen, y con pláticas espirituales los alimentan, para que no desmayen, y con la prolijidad y terribilidad de tan horrible tempestad pierdan la áncora de la confianza en el Señor. Dicenles misa, confiésanlos, comúlganlos, échanles su bendicion, y si tienen algunas dudas, decláranse las, y si entre ellos hay algunas diferencias ó pleitos, luégo los componen; porque los católicos les tienen tan grande amor y respeto, que todo lo dejan en sus manos. Demas desto, cuando el Señor alumbra y toca el corazon de los herejes para que se reconozcan y vuelvan al camino de la verdad (que suele ser muchas veces y en gran número), enséñanlos y instrúyenlos en lo que han de creer y tener, conforme á nuestra santa religion católica, apostólica y romana, y reconcilianlos, para que, de siervos y esclavos de Sathanas (con el favor del Espíritu Santo), sean hijos de Dios y incorporados como miembros en el cuerpo

místico de Jesucristo, nuestro salvador, que es la santa Iglesia, esposa suya.

Éstos son los seminarios ingleses, que se han hecho en Francia, Italia y España. Éste es el fin y el blanco en que tienen puesta su mira el Papa y el Rey Católico, y todos los buenos que los han favorecido y favorecen. Éstas son las calidades de los mancebos que en ellos se reciben; éste es el juramento que hacen, éstos los ejercicios en que se ocupan en los colegios, y despues en Inglaterra. Éste el ánimo con que van, éste el recato y prudencia con que viven, éste el fruto que han hecho, ésta la guerra que unos pocos y al parecer flacos sacerdotes hacen al pecado, á la herejía y al infierno, con tan grande turbacion y espanto de la Reina y de sus ministros, que están como azogados y desparvoridos, y se desvelan en buscar medios para resistirlos, y no los hallando, hacen leyes sangrientas y bárbaras contra ellos, pensando en balde espantarlos con sus penas y violencias. Pero veamos qué dice la Reina en su edicto contra las verdades tan ciertas y averiguadas destos seminarios que habemos referido.

Primeramente, dice que el Rey Católico (contra el cual principalmente va enderezado el edicto), para llevar adelante el negocio de la turbacion de Inglaterra, sirviéndose de la potestad del Papa, tan grande amigo suyo, ha tratado con algunas cabezas de sediciones y súbditos ingratos suyos, hombres bajos y soeces, que recojan una muchedumbre de mozos disolutos, los cuales, parte por no tener que comer, parte por los delitos que han cometido, han salido de su patria y son fugitivos, rebeldes y traidores; que estos tales, despues de haber aprendido en los seminarios lo que les basta para revolver el reino de Inglaterra, vuelven á él con muy largos poderes del Pontífice romano, y persuaden á los súbditos de la Reina que dejen su obediencia, y les dan esperanza que han de ser enriquecidos sobremanera si los españoles entraren en Inglaterra, y les toman estrecho juramento que se rebelarán contra la Reina y ayudarán al rey don Felipe, y prometen el cielo á los que lo hicieren, y amenazan con el infierno á los que no lo hicieren, por virtud de ciertas bulas del Papa.

Esto es lo que publica el edicto. Cuantas falsedades hay en esto que dice de los seminarios, mírese bien; porque se hallarán más mentiras que palabras, y fácilmente el piadoso y atento lector, con la verdad de lo que aquí queda declarado, podrá por si mismo deshacer las tinieblas desta gente perdida, y entender cuán ciegos son los que piensan que todos los otros lo son tanto, que no ven á la luz de mediodía. Nosotros no queremos refutar estos disparates, ni tratar en particular dellos, sino rogar al que esto leyere que los considere, y se maraville que en nombre de una reina se impriman cosas tan falsas y absurdas, y que sean creidas del vulgo ignorante, por estar pervertido con la herejía y con el ódio y aborrecimiento de todo lo que le puede desengañar.

(1) *Martirologio romano*, á veinte y uno de Julio.

CAPÍTULO XXIV.

La crueldad del edicto contra los seminarios y jesuitas.

Siendo, como son, tan fieros y inhumanos los edictos pasados de la Reina contra los sacerdotes de los seminarios y jesuitas, y el rigor con que se ejecutan tan extraordinario y bárbaro, que en la sustancia y en el modo exceden á todos los edictos y leyes, por sangrientas que hayan sido, de todos los tiranos que hasta ahora han perseguido la Iglesia católica, añade Isabel en este edicto otras diligencias mayores para buscarlos y olerlos y sacarlos debajo de la tierra, á fin que ninguno se pueda escapar de sus manos. Porque, no contentándose de los jueces, tribunales y justicias ordinarias de todo el reino, y de una infinidad de sayones, porteros, corchetes, alguaciles y otros ministros que la sirven, manda en este edicto que se deputen y crien comisarios particulares, y que se envíen á todas y á cada una de las provincias ó condados del reino (que son casi cuarenta), para que con suma diligencia y modos exquisitos busquen, inquieran y prendan á los tales sacerdotes. Y no solamente en cada provincia se han instituido y enviado estos comisarios, pero en todas las ciudades, villas, aldeas y parroquias de cada provincia se han nombrado y señalado personas que con grande vigilancia atiendan á hacer esta inquisicion y pesquisa, y se les ha dado la instruccion secreta de lo que deben hacer, y mandado que dividan entre sí los términos y partidos de su comision; que se junten con gran diligencia cada cuarenta dias por lo ménos, para conferir lo que se ha hecho y dar orden en lo que se debe hacer; que cuando tuvieren noticia que alguno de quien sospecharen se ha ausentado, den aviso secretamente á los comisarios de las otras provincias, para que le busquen y prendan y se le envíen á recaudo. En esta instruccion se les da la forma del interrogatorio que deben usar y de las preguntas que deben hacer á los católicos, cuando los examinan, y se les manda que cada tres meses escriban á la Reina y al Consejo todo lo que hubieren hallado, y que sustituyan y crien todos los otros comisarios que les pareciere, para que en su nombre puedan hacer lo propio que ellos mismos hicieran, y esto con amplísima y espléndida potestad, y sobre todos los caballeros y señores y grandes del reino, y ministros y criados de la misma Reina, de cualquiera dignidad y preeminencia que sean, á los cuales, y á todos los padres y cabezas de familias de todo el reino, se les manda, so gravísimas penas (y con apercibimiento que se ejecutarán sin ninguna remision ni mitigacion, ni respeto de persona), que hagan exámen de todas las personas que dentro de catorce meses han frecuentado sus casas, ó entrado, comido, bebido ó dormido en ellas, y lo demas que se contiene en el edicto, y que todo lo que hallaren, lo escriban en ciertos libros para esto señalados, y los guarden para que puedan dar luz á sus comisarios. Y que el que no respondiere expeditamente, ó titubeáre

cuando fuere preguntado, luégo sea preso y enviado á los dichos comisarios con buena guarda. Y que los dichos padres de familias sean tambien castigados si fueren negligentes en hacer este exámen y en escribirle y guardarle, y mostrarle en los libros. Y que el que hubiere favorecido á los tales sacerdotes, ó no los descubriere, sea castigado con las penas que lo suelen ser los fautores y receptores de los traidores y rebeldes. Añádense á este tan riguroso mandato dos cosas, que le hacen más espantoso, y la condicion de los católicos de Inglaterra más lastimera y miserable. La una, que, con ocasion deste edicto, no hay hombre tan abatido y vil, aunque sea la hez del pueblo, que no tenga libertad para afligir á cualquiera católico, por honrado que sea; el mesonero, el bodegonero, el oficial de cualquiera oficio, hasta el pregonero y el ganapan, tienen facultad de inquirir, de acusar, de prender, de llevar por fuerza á los tribunales y cárceles y molestar y apretar á los católicos que quisieren, ó vengarse de sus enemigos, aunque sean herejes, fingiendo que son católicos y que no obedecen á las leyes de la Reina. Y no pocas veces acontece que los hombres más facinorosos, los ladrones homicidas, los falsarios y escandalosos y turbadores de la república, por librarse de las penas y castigo que merecen por sus delitos, toman por remedio el inquirir y acusar algun católico, por ser el más eficaz que hoy dia pueden hallar en aquel reino, y por este medio, no solamente no son castigados, pero alcanzan premios y mercedes. La segunda cosa es, que como la lisonja y el deseo de agradar á los príncipes es tan comun y tan poderoso, y la Reina y sus principales ministros han declarado tan descubiertamente y con tanta véhemencia el odio que tienen á nuestra santa religion y á los sacerdotes de Dios, que la enseñan y predicán en su reino, no se pueda creer los que, por dar gusto á ella y á sus privados, y mostrarse celosos de su servicio (sin tenerlo por oficio, ni irles nada en ello), se levantan cada dia y se hacen pesquisidores y descubridores y espías, y ejecutores del edicto contra los católicos, pareciéndoles que así serán conocidos por vasallos leales y servidores celosos de la Reina, y como tales serán galardonados. Y no solamente la gente plebeya y comun hace esto, pero tambien ha habido algunos de los más principales señores del reino que se han abatido á hacer oficio de porquerones y de espías, y de buscar y revolver por sus mismas personas los rincones de las casas, para hallar y prender algun sacerdote de los seminarios ó de la Compañía de Jesus, ó otra persona católica que en su casa le hubiere recibido. Por donde se ve el aborrecimiento tan extraño que ellos tienen á la verdadera y santa religion de la Iglesia romana, y que la herejía hace á los hombres (por más que sean ilustres y caballeros), no sólo lisonjeros y viciosos, sino tambien apocados y viles.

Pensará, por ventura, alguno que estas solamente son palabras de la Reina contra los sacerdotes

que salen de los seminarios y contra los jesuitas, y que aunque son palabras graves, severas, injuriosas y falsas, pero, en fin, que no son más que fieros y palabras, de las cuales no se debe hacer mucho caso, y que la terribilidad de sus edictos y la institucion de nuevos comisarios, y la muchedumbre de tantos pesquisidores y ministros, y todo lo demas que dispone y manda contra los católicos, es más para espantarlos que para ejecutar en ellos las penas de sus edictos. Pero no es así; ántes pasa tan adelante su furor y braveza, que parece que se ha desnudado de toda humanidad y blandura mujeril, y vestidose de la fiera de tigre, ó por mejor decir, los que la aconsejan y son autores de las crueldades tan extrañas que contra gente tan inocente y deseosa de su bien se ejecutan en Inglaterra. Porque contra estos sacerdotes, parece que se han armado todos los demonios y los herejes, sus ministros, con todos los géneros de suplicios, tormentos y penas que en el infierno se han podido inventar. Para éstos son las cárceles, los grillos, las esposas, las cadenas, los cepos, los bretes y todos los otros instrumentos con que se suelen atormentar los hombres facinorosos y desalmados. Para éstos es la hambre, la sed, la desnudez, el fuego y el hielo, el calor y el frio, y todo el mal tratamiento que jamas hombres usaron contra hombres. Contra éstos se embravecen los ministros de la Reina, los predicadores claman en los pulpitos, los falsos obispos hacen rigurosa pesquisa, los malsines ejercitan toda su malicia, los jueces dan la sentencia y los sayones la ejecutan, y todo el pueblo, engañado, da voces y los persigue con calumnias, baldones y afrentas. Éstos son los atormentados, descoyuntados, arrastrados, ahorcados, y estando aún vivos, desentrañados. Éstos son despedazados y puestos sus cuartos por las torres, plazas y puertas de las ciudades, como en esta historia se puede ver.

De suerte que no hay linaje de tormento, ni muerte tan afrentosa y atroz, que no se ejecute en estos santos sacerdotes y en los que los hospedan, ocultan, ayudan y favorecen.

CAPÍTULO XXV.

Cuán gran falsedad sea que ninguno muere en Inglaterra por causa de la religion, como le dice el edicto.

No pára aquí esta fiera y bárbara crueldad, ni se contentan estos monstruos infernales con quitar la vida á los católicos y siervos del Señor; pero para quitarles tambien la honra, publican que no mueren por causa de la religion, sino como rebeldes y traidores, lo cual dice la Reina en este edicto claramente. En el segundo libro de la primera parte desta historia (1) tratamos largamente de la falsedad desta tan evidente mentira, y las razones por que los ministros de la Reina toman esta color, imitando en esto á los tiranos gentiles y á los herejes, que en los siglos pasados persiguieron la

Iglesia católica por causa de la religion, los cuales publicaban que lo hacian porque los cristianos y católicos eran facinorosos y cometian innumerables y detestables delitos. A aquel lugar remitimos al piadoso y curioso lector. Éste es el mayor agravio y tiranía que se hace contra estos bienaventurados mártires, pero no es nueva ni inventada ahora en Inglaterra, sino usada de los otros herejes y fieros tiranos (como dijimos), por quitar la gloria y honra de mártires á los que mueren por la fe católica. San Hilario llama, por esta causa, perseguidor engañoso á Constancio, emperador arriano, y dice que era más atroz y cruel que Decio ni Nerón. Y san Gregorio Nacianceno, escribiendo contra Juliano Apóstata, dice estas palabras (2): «Embraveciase contra nosotros el impío emperador, y para que no alcanzásemos las honras que se suelen dar á los mártires (porque tenian envidia dellas á los cristianos), la primera cosa que artificiosamente procuró fué, que los que padecian por Cristo fuesen castigados como facinorosos y culpados.» Y en otro lugar: «Esto es lo que pretende el Apóstata: hacer fuerza, y dar á entender que no la hace, y que nosotros seamos atormentados y muertos y privados de la honra que se suele dar á los que padecen por el santo nombre del Señor. ¡Oh singular locura de hombres desvariados!» Todas éstas son palabras de san Gregorio Nacianceno.

Con mucha razon por cierto este gloriosísimo y elocuentísimo doctor llama singular locura la de Juliano Apóstata, porque con artificio queria negar lo que todo el mundo veia, y dar á entender que morian los cristianos por ser malvados, sabiendo todos que morian por ser cristianos. Esto mismo podemos nosotros con verdad decir del autor deste edicto. ¡Oh locura singular! ¡oh disparate extraño de hombre desvariado, que una luz tan clara, tan resplandeciente, en una cosa tan palpable y que se toca con las manos y se puede probar con tanta evidencia, estés tan ciego, que pienses que nos puedes cegar y quitar la vista, y hacer que no veamos lo que con nuestros ojos vemos, y palpamos con nuestras propias manos. Primeramente, de tantos sacerdotes, seminaristas y jesuitas que han muerto estos años en Inglaterra por vuestras manos, dadme uno que haya tomado las armas contra la Reina, que haya estado en campo contra ella, que haya persuadido á sus súbditos que le quiten la obediencia en las cosas civiles, que son propias de los principes temporales. Dadme alguno que haya sido acusado de homicidio, de hurto, de adulterio ó de otro grave delito, como cada dia lo son los ministros de vuestra perversa secta, y castigados por ellos. No hallaréis, ni podréis con verdad decir, que ninguno de los ministros de Dios haya sido acusado ni castigado por facinoroso; demas desto, ¿á cuántos destos gloriosos sacerdotes, al tiempo que los atormentábades, y aún en el mismo punto que estaban al pié de la horca para dar

(1) Lib. II, cap. XXXIV.

(2) Orat. prima in Jul.

su espíritu á Dios, les ofrecisteis la vida y libertad y áun grandes premios, con que confesasen á la Reina por suprema cabeza de Inglaterra; dando á entender que por sólo no tenerla por tal les dábades la muerte? ¿Cuántos al mismo punto de su muerte protestaron delante de todo el pueblo que morían inocentes y sin culpa de las traiciones y delitos que falsamente les oponían, y sólo por ser católicos y por no hacer contra su conciencia, reconociendo á la Reina por cabeza espiritual de la iglesia de Inglaterra, y llamaron á Dios por testigo y juez desta verdad? ¿A cuántos, que la querían protestar, y desengañar á la gente que habia concurrido al lastimero espectáculo de su muerte, les mandasteis callar y les tapasteis la boca, porque no se entendiese la verdad y la inocencia con que morían? ¿Y hoy día vuestras cárceles, llenas de católicos, legos ricos y honrados, de caballeros ilustres, de grandes señores, de sacerdotes venerables, de varones eminentes, no dan voces contra vosotros y claman que están presos por solo título de religion? Mas para convencer más claramente esta calumnia y mentira, no es menester sino leer aquella instruccion secreta que la Reina da á sus comisarios, que, como dijimos, ha enviado y constituido en todas las provincias, ciudades y villas del reino, para ejecutar contra los católicos las penas de sus sangrientos edictos. El título desta instruccion es éste: *Ciertas instrucciones y mandatos más secretos de la Reina y de sus consejeros, dados á los comisarios ó inquisidores, á quien se ha dado autoridad para ejecutar el edicto que se promulgó poco há contra los sacerdotes y los demás católicos, en cada una de las provincias de Inglaterra.*

El segundo capítulo pues desta instruccion comienza con estas palabras:

«Segundariamente, pediréis al obispo de la diócesis en la cual está cada provincia, y á su secretario, provisor, arcediano, y á los prepósitos y gobernadores públicos y á los procuradores de las provincias, secretarios de las justicias, escribanos y otros ministros oficiales del reino, y á los corregidores y magistrados de cualquiera ciudad, villa ó lugar, la razon, el número, los nombres y la morada de todos aquellos que en estos años pasados han sido descubiertos, acusados ó presentados delante dellos ó de sus tribunales, por causa de religion y por no haber querido ir á nuestras iglesias públicas, agora sean hombres, agora mujeres, y todos los procesos que se han formado contra ellos por esta causa, delante de otros jueces.» Éstas son las formales palabras de la instruccion secreta, la cual ha querido Dios que se descubriese, para que por ella constase la verdad y se entendiese la falsedad del edicto, que tan desvergonzadamente afirma que ninguno de los católicos muere por causa de la religion, sino por traidor y por haber ofendido el estado y majestad de la Reina. Y porque ésta es cosa importantísima para la gloria de Dios y para la honra de sus mártires, y edificacion y ejemplo de los fieles, y confusion de los herejes,

y averiguacion de la verdad, y conocimiento del artificioso engaño de los ministros de la Reina, los cuales algunas veces se desnudan, al parecer, de lobo, y en hecho de verdad se visten de lobo, porque siempre son lobos, y lobos carniceros y crueles, quiero detenerme un poco más en este punto, y probarle por los mismos annales, historias y capítulos de las córtés de Inglaterra, quo ellos llaman capítulos parlamentales.

En los annales pues de aquel reino, escritos por Holinshedo y Stou, autores herejes, y escritos con autoridad pública, para memoria perpétua del gobierno y hazañas de Isabel, en el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, se leen estas palabras: «En el primer año de la Reina, en el mes de Julio, Nicolas Hethe, arzobispo Eboracense y los obispos Eliense y de Lóndres, y otros trece ó catorce juntos, habiéndoles sido mandado que pareciesen delante de los consejeros de la Reina, porque no querían jurar que su majestad era cabeza de la Iglesia, y por otros artículos tocantes á la religion, fueron privados de sus obispados, y lo mismo se hizo con muchos decanos, arcedianos, rectores y vicarios y otros eclesiásticos, los cuales, despojados de sus beneficios, fueron echados en diversas cárceles.» Todo esto dicen los annales de Inglaterra, y en los mismos de Stou se dice: «El año veinte del reinado de la Reina, á veinte de Noviembre, Cuberto Mayno, sacerdote y licenciado en teología, fué arrastrado hasta la horca, colgado y hecho cuartos en la villa de Lavestonia, del condado de Cornubia, porque anteponía la potestad eclesiástica del Papa á la de la Reina.» Y en la misma hoja dice: «A tres de Febrero, luégo por la mañana, Juan Nelsonio, sacerdote, por haber negado el primado eclesiástico de la Reina y dicho otras palabras como éstas contra su majestad, fué sacado de la cárcel que se llama Neugat, y arrastrado hasta el lugar del suplicio, y ahorcado y desentrañado y hecho cuartos. Y á los diez y siete del dicho mes, cierto hombre, que se llamaba Scherwodo, por este mismo crimen de lesa majestad fué sacado del castillo de Lóndres hasta la horca, y acabó su vida con este mismo género de muerte.» Holingsedo, en su *Crónica*, el año de mil y quinientos y setenta y cuatro, dice estas palabras: «El año diez y seis del reinado de la Reina, á cuatro de Abril, el domingo de Ramos, en Lóndres, fueron presas tres ilustres mujeres, estando en sus casas oyendo misa; es á saber: la mujer del varon Morleo, con sus hijos y otros muchos, y en otra parte de la ciudad, á la misma hora, fué presa Guilforda, viuda, que habia sido mujer de un caballero principal, con otras mujeres de cuenta, y al mismo momento fué presa en otro cabo la mujer de otro caballero, que se llamaba Bruna, con otros muchos de su casa; las cuales todas por este mismo delito fueron encarceladas, y siendo acusadas y convencidas, fueron condenadas, segun la forma de la ley.» Todo esto dice Holingshedo. Confirmemos más esta verdad. Acabado el parlamento y córtés de los estados del reino de In-

glaterra, se suele hacer un perdon general á todos los delinquentes que están presos, por malvados y facinerosos que sean; á solos los católicos exceptúan deste perdon, y para ellos solos hay excepcion. Y así, el año de mil y quinientos y ochenta y uno, que fué el veinte y tres del reinado de Isabel, en el auto parlamental donde se contiene este perdon general, se añaden luégo estas palabras: «Pero se declara que esta concesion general de perdon y gracia, en ninguna manera se pueda extender en favor de ninguna persona que en este último dia de la presente sesion del Parlamento esté presa, ó debajo de cualquiera otra guarda, por su pertinacia y no haber querido ir á nuestras iglesias ó hallarse presente á los oficios divinos, ó por otra cualquier cosa ó causa perteneciente á esta su obstinada pertinacia en el negocio de nuestra religion, la cual está ya establecida en este nuestro reino. Por donde ordenamos que todas estas tales personas, que por esta causa están privadas de su libertad, no puedan gozar del beneficio de nuestra general gracia, perdon y remision, miéntras que perseveraren en la dicha su pertinacia y desobediencia.» El año de mil y quinientos y ochenta y cinco, que fué el veinte y siete del reinado de Isabel, en el mes de Marzo, se hizo en el Parlamento una ley cruelísima contra los católicos, y en el principio della se dice lo que contiene este edicto: que los sacerdotes que entran en Inglaterra pretenden alterarla y revocarla y matar á la Reina, tomando esto por fundamento de su ley; y habiéndolo encarecido con gravísimas palabras, olvidado el autor dellas, en el noveno parágrafo de la misma ley pone estas otras: «Entiéndese, pero, que este estatuto y todo lo que en él se comprende, no se extiende á ningun jesuita, sacerdote ó seminarista, ó á otro cualquiera sacerdote, diácono, religioso ó eclesiástico (como está dicho), el cual en espacio destos cuarenta dias, ó dentro de tres dias despues que en adelante entráre en este reino ó en los otros dominios de su majestad, se sujetáre á algun arzobispo ó obispo deste reino, ó algun justicier de la paz, en el condado donde llegáre, y luégo verdadera y sinceramente, delante del dicho arzobispo, obispo ó justicier de la paz, hiciere el juramento de la religion que se ordenó el primer año del reinado de la Reina, y le firmáre de su mano, y confesáre, perseveráre en confesar y reconocer que debe obediencia á su majestad en las leyes, estatutos y ordenaciones que se han hecho ó se harán en las causas tocantes á la religion.» ¿Puédese decir por palabras más claras, más expresas, más evidentes, que la causa total desta persecucion es la de la religion? Pues en sujetándose á la de la Reina cualquiera sacerdote, aunque sea de alguno de los seminarios ó jesuitas, cesa el enojo y se le remiten todas las penas. ¡Oh verdad, cuán grande fuerza tienes para hacerte confesar aún á tus mismos enemigos! Éstas son las palabras formales de sus autos, de los capítulos, de sus córtés, de sus leyes, de sus crónicas y de sus annales, traducidas

fielmente de latin en nuestra lengua castellana. Veamos ahora cómo dice con ellas el edicto de la Reina.

El edicto dice que ningun católico muere por causa de la religion; los annales dicen que algunos varones destos, y sacerdotes, han sido arrastrados, colgados, desentrañados y hechos cuartos por no reconocer á la Reina por suprema cabeza de la Iglesia. ¿Es ésta causa de religion? Los annales dicen que muchas mujeres principales, por oír misa, han sido presas y condenadas, segun el tenor de la ley. El oír misa ¿no es materia de religion? El edicto dice que ninguno por causa de la religion es privado de su vida ni de sus posesiones y bienes y libertad; y los annales dicen que tantos obispos y arzobispos, prelados y personas eclesiásticas, constituidas en dignidad, fueron despojados de sus iglesias, rentas y beneficios, y presos y maltratados en diferentes cárceles, por artículos tocantes á la religion. ¿No es esto perder la libertad, la hacienda y la vida? No solamente nos consta por lo que aquí habemos referido que son castigados, atormentados y muertos los católicos por causa de la religion; pero, habiendo remision y perdon para todos los delinquentes herejes en Inglaterra, no la hay para los católicos inculpables y inocentes, pues los capítulos parlamentales, que hacen gracia á todos los presos herejes, la niegan á los católicos que lo están por causa de la religion; de manera que el adúltero, el homicida, el salteador de caminos, el perjuró, el blasfemo y cualquiera otro hombre, por facineroso y abominable que sea, puede alcanzar gracia y perdon, siendo hereje, por virtud destos capítulos de córtés; y el católico, sólo por serlo, está excluido de toda gracia y perdon. Y siendo esto tan cierto y tan notorio como habemos probado, dice el edicto de la Reina que ninguno muere ni es despojado de sus posesiones y bienes y libertad por causa de la religion, sino por traidor y rebelde á su legítimo rey y señor. ¡Oh desvergüenza propia de herejes! Pero veamos qué razones trae el edicto para confirmar esta tan manifiesta mentira.

CAPÍTULO XXVI.

Las razones del edicto para probar que ninguno muere en Inglaterra por causa de la religion.

Con tres argumentos prueba el edicto que ninguno padece en Inglaterra por razon de la religion. La primera, porque en los procesos criminales que contra los católicos se hacen, no son acusados ni condenados ni muertos sino por el crimen de lesa majestad. La segunda, porque en el reino de Inglaterra, muchos hombres ricos y conocidos siguen diferente religion de la de la Reina, y no por eso son privados de la vida, hacienda y libertad. La tercera, porque se procede con un modo tan blando y tan moderado, que aún á estos hombres de contraria religion, por no querer ir á las iglesias de los herejes, no se les manda sino que paguen cierta pena pe-

cuniaria. Examinemos estas tres razones, veamos el peso y verdad que tienen; porque, puesto caso que hayamos convencido la falsedad de la conclusion, es bien que desvolvamos sus argumentos, para que ellos mismos testifiquen nuestra verdad.

La primera razon es, porque en los procesos criminales no se hace mencion de la religion, sino del crimen de lesa majestad, la cual ser falsísima, los mismos procesos criminales lo testifican, pues en muchos dellos no se hace mencion de otro algun delito sino de la religion. El año de mil y quinientos y setenta y ocho, á los siete de Febrero, se hizo justicia en Lóndres de un mozo, ó por mejor decir, muchacho, de obra de catorce años, de muy gentil gracia, llamado Tomas Sherodo, al cual, despues de haberle tenido preso seis meses, y fatigado con prisiones, cadenas, hambre y otros tormentos en el castillo de Lóndres, le ahorcaron, ¿por qué? No por haber salido sin licencia de Inglaterra, no por haber estado en Roma, no por haberse criado en los seminarios ni ordenádose con autoridad del Papa, no por haber vuelto al reino (de donde nunca habia salido) para turbarle, no por sedicioso jesuita ni por sacerdote revolvedor ó traidor. Pues ¿por qué? Solamente porque, siendo apretado de los jueces con preguntas extrañas, confesó la suprema potestad del Papa sobre toda la Iglesia. Y esto consta por los mismos actos públicos de los jueces. Y casi al mismo tiempo y en el mismo castillo de Lóndres fué martirizado otro mozo lego, por nombre Coperio, sin acusarle ni probarle otro delito sino que queria ir á vivir al seminario de Rems, y haber sido preso en el camino. Pues á Marco Tipeto, que era de tierna edad, ¿no le horadaron con un hierro ardiente las orejas? ¿No las cortaron á un librero, que se llamaba Roulando Ginx, y á otro hombre noble Valengero, por sola causa de religion? Y el año de mil y quinientos y ochenta y tres, Juan Bodeo y Juan Slado, dos mozos doctos y de excelente ingenio, fueron martirizados, el uno en Vintonia y el otro en Andovero, porque negaban que la Reina no tenía la potestad papal en las cosas eclesiásticas, como la misma sentencia de los jueces lo manifiesta. Y el año de mil y quinientos y ochenta y cuatro, Gullielmo Cantero en Lóndres y Ricardo Vito en Wallia, despues de haber sido atormentados, fueron muertos, el uno por haber hecho imprimir un libro católico, y el otro por haber confesado sus pecados á un sacerdote. Dejo otros innumerables ejemplos, porque éstos bastan para reprobear la falsedad de la primera razon del edicto. Los que quisieren más, hallarán gran copia destes ejemplos en el libro intitulado *Concertatio Ecclesiæ catholicæ in Anglia, adversus Calvinum, papistas et puritanos, sub Elisabetha Regina*, en el cual se ponen los mismos procesos y confesiones de los mártires. Está impreso en Tréveris, el año de mil y quinientos y ochenta y ocho; en él se halla una peticion que ciertos caballeros católicos, presos por la religion, presentaron al Conse-

jo de la Reina, en la cual le dan cuenta de las calamidades y miserias que padecian en la cárcel, y le suplican que se apiade dellos y mitigue sus penas, y al cabo ponen estas palabras: «Si con vuestro favor impetráremos de su majestad lo que le suplicamos (aunque há mucho tiempo que estamos presos y que habemos sido condenados por no haber querido ir á los sermones ni á los templos de los calvinistas), todavía llana y sinceramente protestarémus que no dejamos de hacerlo por obstinacion y por no querer obedecer á su majestad, sino por escrúpulo de nuestras conciencias y por causa de la religion, porque en lo demas reconocemos por nuestra señora, príncipe y reina clementísima á su majestad.» ¿Puédese decir más claro y por palabras más expresas que estos caballeros estaban encarcelados y privados de sus bienes por causa de la religion? Ciertamente que, considerando yo algunas veces conmigo mismo la aseveracion con que esta falsedad se afirma en el edicto, y la facilidad con que por las mismas sentencias de los jueces y por los actos públicos se puede convencer, no puedo creer sino que hay alguna significacion y inteligencia particular en Inglaterra acerca destes nombres, *religion* y *traicion*, *católico* y *rebelde*, la que los otros hombres y provincias fuera de aquel reino no usan ni entienden, porque en todas las otras partes del mundo, religion es una virtud que enseña á honrar y reverenciar á Dios con debido culto interior y exterior, y traicion es una conspiracion contra la persona ó estado del Príncipe; mas en Inglaterra se confunden estos vocablos, y por lo mismo se toma religion y traicion, porque hay en ella otro sentido y otro propio lenguaje que el que es comun de todas las demas naciones. De aquí es que se han hecho leyes contra los que profesan la religion católica, como si por el mismo caso que son católicos fuesen rebeldes y traidores. Pongamos un ejemplo. Manda la Reina que ninguno, so pena de la vida, se ordene por autoridad del Papa; que no diga misa; que no confiese á nadie ni se confiese; que no traiga bula ni breve ni letras del Papa, ni absuelva á nadie de herejía ó de cisma, ni le reconcilie á la Iglesia romana, ni se deje absolver ni reconciliar. Manda que ninguno traiga consigo cosa alguna de devocion, venida de Roma, como *agnus Dei*, cruces, imágenes, cuentas de perdones, etc., y á todos los que hacen algo desto los tiene por traidores y amigos del Papa, y enemigos suyos y contrarios á su suprema potestad espiritual, y como á tales los persigue, atormenta y acaba. De aquí es que si un sacerdote dice misa, dicen que es traidor, y como de tal hacen justicia dél; si confiesa, es traidor; si absuelve, es traidor; si reconcilia algun hereje, es traidor; si trae consigo alguna reliquia ó cruz ó otra cosa de devocion, es traidor; y siendo todos estos actos de la religion católica, dicen que son de rebeldes y revoltosos, y enemigos de la Reina y contrarios á su corona, y como á tales (como dije) los tratan, porque en el vocabulario de los mi-

nistros de la Reina, lo mismo es religion católica que traicion, y hacer cualquiera cosa que pertenezca á la religion es lo mismo que cometer alvosía contra la Reina; y así dicen que no matan á nadie por la religion, sino por la traicion; porque para ellos la mayor traicion que puede haber es el ser católico y hacer cualquiera demostracion, por pequeña que sea, de serlo; que es argumento evidente del ódio y aborrecimiento que estos miserables tienen á Dios y á su santa fe, pues entre ellos el más grave y más atroz delito, y castigado con más rigurosas penas, es el ser católico. Pero vamos á la segunda razon, que es el haber en el reino de Inglaterra muchas personas ricas de contraria religion, las cuales no son por ello castigadas ni privadas de la vida ni de sus posesiones y bienes y libertad. Desta razon no quiero decir más de lo que ya se ha dicho arriba, cuando probamos que muy muchos son presos y despojados de sus bienes y de su libertad y de su vida por causa de la religion católica; solamente añadiré que esta segunda razon es contraria á la tercera, en la cual, para magnificar la moderacion y blandura de la Reina en el castigar á los católicos, se dice que solamente se les manda que paguen cierta pena pecuniaria. Y digo *que es contraria*, porque, si los católicos pagan alguna cantidad de moneda por pena, luego son castigados por ser católicos y se menoscaba su hacienda, y así son privados della; que todo es repugnante y contrario á la segunda razon. Mas aquí se debe advertir que el edicto no declara qué cantidad es la que se manda pagar, la cual es tan grande, que apenas se puede creer, ni jamas el Turco, ni el Jerife, ni el príncipe de los tártaros, ni otro alguno, por bárbaro que sea y enemigo de la religion de sus súbditos, les impuso tributo tan grave y carga tan pesada por ódio de su religion.

Cualquier católico, de cualquiera edad, condicion, estado ó dignidad que sea, hombre ó mujer, como tenga diez y seis años, está obligado á ir á las iglesias de los herejes, ó á pagar cada mes veinte libras de Inglaterra, que son más de sesenta y seis escudos de oro. Y no por pagar esta suma quedan libres para servir á Dios en la fe católica, conforme á sus conciencias; antes quedan siempre cautivos y con un temor y sobresalto perpétuo. Si oyen misa, han de pagar otra pena; si confiesan sus pecados al sacerdote, son castigados por traidores. Y así podríamos especificar en los demas artículos tocantes á nuestra santa religion. Y aún acontece muchas veces, y es cosa muy ordinaria, que habiendo pagado la pena pecuniaria por no haber ido á las iglesias de los herejes, prenden á los católicos y los aprietan y afligen, y roban el resto de sus haciendas, porque no la pueden ellos defender de ánimos tan codiciosos, y sacarla de las uñas de tantas aves de rapiña. Y así, en aquella peticion que dije arriba que algunos caballeros presos dieron al Consejo de la Reina, se dice: «Recorrimos á la clemencia de su majestad y la misericordia de vues-

tras señorías, suplicándolos humildemente que consideren cuanto ménos valen las rentas de nuestro patrimonio, y el esquilmo que de nuestras tierras podemos coger, de lo que es menester para pagar las penas pecuniarias que se nos imponen, y juntamente el peligro que tenemos de caer en alguna mala contagion por la infeccion del aire y estrechura de la cárcel, y multitud de presos y copia de enfermos peligrosos, que cada día se van aumentando. Por todas las cuales cosas somos forzados de suplicar á vuestras señorías intercedan por nosotros con su majestad, primeramente para que alcancemos su gracia, y despues para que modere las penas pecuniarias de manera que las podamos pagar, quedándonos con alguna miseria, con que nos podamos pobremente sustentar á nosotros y á nuestras mujeres afligidísimas y á nuestros hijos mendigos; y finalmente, para que, ya que estamos presos y aherrojados, tengamos la carcelería más libre y ménos duras prisiones.» Pero acabemos ya este capítulo, porque deste argumento escribió un docto y grave libro el ilustrísimo y reverendísimo cardenal Guillelmo Alano, respondiendo á un hereje imprudente y arrojado, que se atrevió á escribir un tratado, que llama *La justicia británica*, en el cual necia y desvergonzadamente quiere probar que en Inglaterra ninguno es castigado por causa de la fe católica, como lo dijimos en el segundo libro desta historia (1).

CAPÍTULO XXVII.

Que este edicto es gravísimo y intolerable á todo el reino de Inglaterra.

No es este edicto de la Reina solamente impío contra Dios, necio y falso contra el Papa y contra el Rey Católico, fiero y bárbaro contra los sacerdotes de los seminarios y contra los padres de la Compañía de Jesus; pero aún es infame para los que gobiernan aquel reino, y para todo él intolerable y peligroso, y esto quiero ahora explicar.

¿Qué mayor infamia puede ser para la Reina y para los de su Consejo, que ser con tanta razon tenidos por todo el mundo por inhumanos, crueles y bárbaros? Porque si la benignidad es propia virtud de los grandes príncipes, y por ella son amados, loados y respetados aún de aquellos á quien no se extiende su clemencia, la crueldad dellos justamente será aborrecida. Pues ¿qué crueldad hay en el mundo, que se pueda igualar con la que hoy día se usa en Inglaterra, donde la religion, la inocencia, la santidad, la erudicion, la nobleza, las canas, la tierna edad de cualquier sexo y estado son tan crudamente perseguidas y arrastradas; donde no se ve sino muertes de católicos y siervos de Dios, no por otro delito sino porque lo son? ¿Qué nacion, qué rey, qué provincia hay hoy día en el mundo tan apartada de la comunicacion y sér humano, donde se vea lo que se usa en Inglaterra? Los turcos dejan vivir á los cristianos en su reli-

(1) Lib. II, cap. XXXIV.

gion, los luteranos en Alemania á los católicos sin fuerza y opresion, en la parte de Francia que está estragada, y en Escocia, aunque los calvinistas han hecho muchos desafueros y violencias, han sido por tumulto popular ó furor militar, no por via de sentencia y juicio. Los árabes, los scitas y bárbaros no maltratan á los que no los ofenden, aunque sean de otra religion diferente de la suya. En Inglaterra sola no hay respeto, no hay término ni medida contra la religion católica, y aquel se tiene por más fiel á la Reina y más valiente, que más hinca la lanza y con más braveza lava sus manos en la sangre de los inocentes, y esto hacen los que se tienen por humanos, por cuerdos, por políticos, y publican que su gobierno es moderado y blando, y conforme á las leyes antiguas y loables costumbre de su reino; que así lo dice el edicto. ¡Oh ignorancia de las leyes antiguas, si tal creen, y desvergüenza increíble si, sabiéndolas, nos quieren dar á entender que lo que ellos hacen contra Dios y contra sus santos es conforme á las leyes antiguas del reino de Inglaterra! Porque las que ellos en su edicto llaman leyes antiguas, son las que en el año veinte y cinco del reinado del rey Eduardo el Tercero se hicieron contra los que fuesen convencidos de haber cometido crimen de lesa majestad, y se especificaban en ellas los casos que se deben tener por tales, y entre los cuales es haber conjurado contra la vida del Príncipe ó hacer gente contra él, como se prueba manifiestamente, y los políticos de nuestro tiempo, que ahora tienen el gobernalle del reino de Inglaterra, dicen que todo lo que ellos hacen, en matar y consumir tanta y tan ilustre gente inocente, va fundado en las leyes antiguas de Eduardo III, no por otra consecuencia sino por la que declaramos arriba. Es sacerdote, luego es traidor; confiesa la suprema potestad del Papa, luego es enemigo de la Reina; dice misa, luego quiere la matar; confiesa y reconcilia, luego hace gente contra el reino; porque, como dijimos, en su vocabulario, *católico* y *traidor* son nombres que llaman sinónimos y significan una misma cosa.

Pues si consideramos el yugo que con este edicto se echa á todo el reino de Inglaterra, hallaremos que es gravísimo é intolerable; porque no sé yo qué mayor servidumbre y miseria puede ser, que estar obligados todos los padres de familias de todo el reino, y tantas otras personas, de cualquier género, estado, sexo, condicion y dignidad que sean, á hacer un exámen tan riguroso y una inquisicion y pesquisa tan menuda y curiosa de todos los que hubieren entrado en sus casas, y de sus calidades, modos de vivir y religion, y escribirlo todo en sus libros y guardarlo, y presentarlo á los comisarios; y que si no lo hicieren, ó fueren remisos en ello, sean castigados sin remision, y con graves penas de los mismos comisarios. ¡Cuán grave carga es ésta para todo el reino, para los que inquieren y para los que son inquiridos, para los examinadores y para los examinados! Si un pesquisidor solo basta para afli-

gir á un pueblo, tantos pesquisidores en cada pueblo ¿cuánto le afligirán? Y tantos comisarios por todo el reino, ¿cómo le atalarán y asolarán? ¿Hay langosta que así roa y consume los frutos de los campos, como estos comisarios y jueces abrasan la tierra por donde van? ¿Cuántos habrá que no sepan ó que no puedan escribir, por la vejez, enfermedad ú otro accidente? ¿Cuántos que, aunque escriban, no escribirán á gusto de los comisarios, y serán castigados como descuidados y negligentes? ¿A cuántos, despues de haber escrito con sumo cuidado, se les perderán los libros, ó alguno se los hurtará por hacerles mal? ¿Cuántas ocasiones se dan con este edicto á la venganza, á la codicia, á la envidia, á la crueldad, á la perfidia? ¿Cuántos, sin culpa, serán despojados de su hacienda y libertad, y serán punidos como desobedientes y transgresores del edicto, por el antojo del comisario, y la malevolencia del enemigo, y falsa acusacion del malsin, y codicia del escribano, y maldad de los otros ministros de justicia, y todo el reino será como una cueva de ladrones, que le roban y destruyen con la vara de justicia? Grave cosa es que ninguno pueda entrar en el reino de Inglaterra, sin ser mil veces catado y preguntado y repreguntado, y apretado con mil juramentos. Más grave que esté todo el reino cerrado como una cárcel, de la cual ninguno puede salir sin licencia expresa de la Reina (como lo dijimos en esta historia) (1); pero en fin, el que no entra ni sale puédese librar destas molestias; mas que un pobre caminante, que entra en un bodegon ó en un meson á comer y beber haya de dar tantas veces cuenta de sí, y ser examinado de su nombre, manera de vida y religion, ó que estándose el hombre en su casa, no tenga quietud ni seguridad, y que esté por ley sujeto á la malquerencia de su enemigo; que la maldad atrevida de un hombre desalmado esté armada con autoridad de la Reina para arruinar á cualquiera que se le antojáre, y esto en todas las provincias, ciudades, villas, aldeas y parroquias de todo el reino, gravísima cosa es, intolerable carga es, y yugo insufrible y lamentable; y no sé yo cómo los consejeros de la Reina no lo ven, y el peligro que de lo que hacen se les puede seguir, de manera que no sólo sean tenidos por impíos contra Dios, de todos los buenos, y por crueles, de todos los hombres que usan de razon; mas tambien por imprudentes, de todos los que saben de gobierno de Estado y de conservacion de los reinos. El sólo tratar tan ásperamente á los católicos, como en Inglaterra se hace, puede ser ocasion de alguna revolucion de aquel reino; porque, como los católicos en él sean tantos, y muchos dellos tan ricos y principales, y tengan deudos y amigos, y se vean tan apretados y afligidos, no por otro delito sino por querer guardar aquella religion en que vivieron y murieron sus padres, y ellos nacieron, y aún muchos de los mismos que los afligen, y que esta tan horrible tormenta dura ya tantos años, y se embra-

(1) Lib. II, cap. VII.

vece cada dia más, sin esperanza de que se haya de aplacar mientras vivieren los que la fomentan y destruyen aquel reino ¿qué maravilla sería que la paciencia se convirtiese en desesperacion, y el sufrimiento en furor, y que no solamente los verdaderos católicos (que son muchos), pero aún los otros que con el corazon lo son (aunque exteriormente obedezcan á las leyes del reino), y los deudos y amigos dellos, por más que sean herejes, como sean hombres y allegados á razon, sientan mal de la sinrazon que se hace, y de la fiereza y crueldad con que cada dia son despedazados y muertos sus deudos y amigos? Siempre fué cosa peligrosa el apretar mucho á los súbditos. Muchas veces leemos que la violencia ha turbado y aún perdido los reinos, y que por el rigor demasiado del Príncipe se le han atrevido los vasallos fieles y obedientes, y perdido el respeto, le han quitado la obediencia y aún la vida. Pues si con la afliccion de los católicos se junta la apretura de los herejes de todo el reino, y el yugo intolerable que les impone la severidad deste edicto, ¿qué se puede esperar ó qué se puede temer? Considérenlo bien los autores del edicto; que más vale que ellos lo consideren que no que yo lo diga, y que se acuerden que no hay hoy nacion en el mundo que haya pasado más mudanzas en el gobierno que la suya, y que comunmente han nacido en castigo del menosprecio de la religion, como se ve por lo que Gildas el sabio y el venerable Beda escriben, y han notado otros prudentes y curiosos historiadores de las cosas de Inglaterra.

CAPÍTULO XXVIII.

Por qué se publican estos edictos, siendo tan falsos y perjudiciales.

¿Preguntará por ventura alguno qué es la causa porque, siendo verdad lo que hemos dicho, salgan edictos tan terribles y atroces, y llenos de tantas falsedades y repugnancias, de una reina que, como mujer, es, de su condicion, más amiga de paz que de guerra, y de regalos y entretenimiento más que de tormentos y muertes, especialmente viendo el yugo intolerable que echa á todo su reino, el peligro que dello á su vida y estado le puede venir? Con mucha razon, por cierto, se puede hacer esta pregunta; mas para responder bien á ella es menester declarar primero el estado presente de Inglaterra, y en cuyas manos está el gobierno, y quién son los pilotos que rigen esta nave con su autoridad y consejo; porque el gobierno de cualquier reino depende de los principales consejeros y ministros del Rey, y cuáles ellos son, tal es el gobierno, é importa tanto que los consejeros sean los que deben ser, que en ninguna cosa debe el Rey poner mayor vigilancia y cuidado que en escoger las personas á quien ha de tener cabe sí para creerlas y fiarles los negocios del reino; porque si acierta en esto, acierta mucho, y si yerra, es error sin remedio y universal. Hombres sabios hubo que pusieron en duda cuál es mejor ó menos mal: que el Rey sea

bueno y los consejeros malos, ó al revés, buenos los consejeros y malo el Rey; porque, si el Rey sigue el consejo de los buenos consejeros, con él se reportará, por más mal inclinado que sea, y no hará agravios y desafueros; pero por más bien intencionado que él sea, por más que desee acertar, si se fia de hombres ambiciosos, interesados y apasionados, ellos, por guiar el agua á su molino, le pintarán las cosas con tales colores, y las vestirán con un hábito tan honesto de justicia, piedad y utilidad, que, por más injustas, dañosas y abominables que sean, el Rey las abraza y las ordene, y no sienta el daño hasta que por su misma autoridad no pueda volver atras. Y muchas veces acontece que los mismos malos consejeros, por llevar la suya adelante, y no parecer que se engañaron en lo que una vez aconsejaron al Príncipe, inventan cada dia nuevos enredos y nuevos embustes, y los representan y persuaden á su señor, como cosas de grande importancia para su servicio y bien del reino. Esto todo se puede ver en esta nuestra historia, y probarse con los ejemplos del cardenal Volseo, de Cromwel y otros que dejo por decir, lo que toca á los edictos y al estado presente de aquel reino. Tomó por principales ministros Isabel, en el principio de su reinado, algunos hombres bajos, codiciosos, herejes calvinistas, que le persuadieron que para establecer su reino mudase la religion católica y no reconociese á la Sede Apostólica. Hizolo así y entrególes el reino; y ellos, como hombres de bajo suelo, han dado tras toda la nobleza del reino, como herejes calvinistas, y por el ódio que tienen á la religion católica, y por la crueldad que les es tan natural (aunque cubierta con una falsa máscara de mansedumbre), han procurado desarraigar nuestra santa fe de todo aquel reino, y hartarse de sangre de católicos, y como avaros y codiciosos, enriquecerse con las haciendas y despojos de tanta gente principal, inocente y rica, los cuales, con título de traidores, han afligido y perseguido. Éstos, pues, para llevar adelante su empresa, y solos ser reyes y tener paz en su reino, con la turbacion y guerra de los ajenos, han sido autores de los agravios y injurias que la Reina ha hecho á los otros reyes sus vecinos, y de los robos, insultos é incendios que se han cometido en tantas y tan diferentes partes. Éstos son los que por medio de los corsarios, sus amigos y paniaguados, han infestado la mar y enriquecido con nuestros despojos, y con la parte que llevan dellos, y con los presentes y dones que los mismos corsarios les dan de lo que han robado, por tenerlos propicios y favorables. Éstos son los que, siendo ántes pobres, viles y apenas conocidos, con el mando y favor que tienen, han amontonado grandes tesoros y comprado muy gruesas rentas, edificado suntuosos palacios y héchose señores de título. Y no contentándose aún con todo esto (porque la codicia no tiene tasa ni término), ni viéndose hartos de lo que no puede dar hartura, buscan nuevas minas y nuevos caminos para tener más. Y como, por ser herejes, juzgan que los cató-

licos son indignos de la vida y de la hacienda, procuran quitárselas; la una, para que no les sea estorbo en lo que pretenden, que es perpetuar su abominable secta en Inglaterra, y la otra, para enriquecerse ellos con ella. Y porque no pueden hacer esto sin gran ofension, no dando alguna justa ó aparente causa, y la de la religion (que para ellos es la más principal), algunos herejes más blandos no la aprueban ni la tienen por bastante, han inventado y fingido otra de rebeliones y conjuraciones contra la vida de la Reina, para poner en necesidad á la misma Reina de servirse dellos y sustentarlos en sus cargos, y para destruir y asolar todo aquel reino. Y para que tenga alguna color y apariencia de verdad lo que mienten, publican que los sacerdotes y católicos tienen sus inteligencias con el Papa y con el Rey Católico, y que por su mandado van á Inglaterra, para que, ganando ellos los ánimos y depониendo las voluntades de los súbditos de la Reina, sean mejor recibidos los ejércitos y armadas que se aprestan contra aquel reino. Ésta es la origen y fuente desta mentira, ésta es la raíz desta maldad, éste es el hilo por donde se ha de sacar este ovillo, éste la urdiembre de todo este artificio. De aquí salen los agravios contra el Rey Católico, los desatinos contra el sumo Pontífice, las violencias y tiranías contra los sacerdotes de Dios, y los edictos tan necios y desbaratados como éste, para dar color á la mentira y engañar al pobre pueblo de Inglaterra, y sacarle las entrañas con nuevos servicios, imposiciones y tributos, de los cuales siempre llevan su parte (y no es la menor) los ministros de la Reina, y para hacer sus mangas, le aconsejan y procuran que publique tan detestables edictos; y ella, como mujer que es, amiga de placer y de reinar, y que se ve ya puesta en estrecho tan peligroso, y metida en una corriente tan arrebatada y alterada, con el sentimiento de tantos y tan poderosos príncipes, deja gobernar á los que tomó por pilotos de su nave cuando en ella se embarcó.

CAPÍTULO XXIX.

Lo que deben considerar los autores de esta persecucion.

Pero yo ruego afectuosamente á los autores de los edictos que se acuerden que son hombres y cristianos, y que se precien de cuerdos y prudentes; porque, siendo hombres, no se desnuden de la humanidad y se vistan de la crueldad, que es propia de las bestias fieras. Acuérdense que los sacerdotes y católicos, cuya sangre derraman, tambien son hombres y cristianos como ellos, y que son sus naturales y conterráneos, y muchos deudos y parientes. Y pues la misma naturaleza enseña aun á los animales más feroces á no hacer mal á los otros animales de su misma especie, ¿por qué ellos, siendo hombres, se olvidan que lo son y hacen carnicería de los otros hombres sus hermanos? Y pues son cristianos, acuérdense de la mansedumbre y benignidad que Cristo nos enseñó con sus obras y palabras, y que no quiso que su Evangelio se predicase ni platicase en el mundo por fuerza de armas, ni

con rigor y aspereza, sino con suavidad y blandura, y con la sangre de los mismos que le predicaban, para que testificasen que era verdad lo que predicaban, pues por ella daban la vida, y saquen desto, y de la paciencia, sufrimiento y alegría que tienen los que en Inglaterra mueren por la fe católica, que ella es la verdadera y la que nos enseñaron los santos apóstoles, pues se riega con sangre de los que la enseñan, como con sangre se plantó. Y que no puedan ser humanas ni fingidas las virtudes tan heroicas y sublimes que resplandecen con tanta luz y claridad en los tormentos tan exquisitos y muertes tan atroces de tantos siervos de Dios, sino que el mismo Dios se las da y los esfuerza para que mueran por la verdad; y sus perseguidores son sayones, verdugos y tiranos, é imitadores de los Nerones, Dioclecianos, Maximinos y otros príncipes cruelísimos, que hicieron contra los cristianos lo que ellos ahora hacen contra los católicos aun con más rigor. Y porque (como dije) se precian de cuerdos y prudentes, yo les pido que consideren cuántos años há que comenzaron á perseguir á los católicos de Inglaterra, y affligir á los sacerdotes de los seminarios y á los jesuitas; las diligencias que han usado para prenderlos, los exámenes con que los han apretado despues de presos, las calumnias y traiciones que les han impuesto, los suplicios y muertes que les han dado. Y finalmente, que no han dejado cosa de cuantas han podido imaginar, ó para espantarlos y divertirlos que no entrasen en Inglaterra, ó para acabar los que ya hubiesen entrado. Pues ¿qué es lo que han aprovechado en tantos años, con tantas leyes acerbas y edictos rigurosos, con las cárceles, con las cadenas y prisiones, con los tormentos, con la desnudez, con la hambre, con la ignominia y falsa infamia, y con todas las otras armas que han tomado y usado, por medio de tantos y tan impíos y solícitos y crueles ministros como tienen por todo el reino, para descoyuntar con penas atroces y matar con muertes horribles á estos sacerdotes y siervos del Señor? ¿Hase acabado la fe católica en Inglaterra por estos embustes y violencias? ¿Hase acabado la raíz que la sustenta? ¿Han dejado por ventura de entrar estos jesuitas y seminaristas en vuestro reino, y de predicar y convertir almas para con Dios, atemorizados destos vuestros edictos y penas? No, por cierto; ántes vosotros mismos confesais en este vuestro edicto que han entrado más sacerdotes en Inglaterra en breve tiempo, que habian entrado ántes en muchos años. Pues ¿qué es esto? ¿No veis aquí expresamente la mano de Dios? ¿No veis aquí que él pelea en los católicos contra vosotros? ¿No veis que la sangre que de católicos derramais es semilla de católicos, y que por uno que matais da Dios vida á mil herejes, que se convierten á la fe católica, por ver la constancia y seguridad con que ellos mueren, y la impiedad y crueldad vuestra, con que les dais la muerte? Y juzgad que éstas son pruebas ciertas y argumentos indubitables de ser verdadera aquella religion que obra tales y tan

grandes efectos. Porque, si esto no fuese así, ¿cómo podrian tantos mozos delicados, ricos y tiernos, desear tanto la muerte, que hace temer y temblar á los hombres robustos y valientes? ¿Cómo podrian tener esfuerzo y alegría en lo que los esforzados se congojan y se enflaquecen? ¿Cómo á porfía procurarian volver á Inglaterra, y entrar en el coso para ser garrochados de innumerables alguaciles y ministros herejes, si el Señor con su espíritu no los moviese y guiase y esforzase, como lo hizo con los otros mártires que murieron por esta misma fe y santa religion? Pues si Dios pelea en ellos, ¿pensais vosotros poderlos vencer? Si Dios los envia, ¿pensais poderles estorbar la entrada? Si Dios los multiplica, ¿pensaislos vosotros agotar? Si Dios los esfuerza, ¿pensais vosotros quitarles el ánimo, y que desmayarán por vuestras leyes y tormentos? Considerad que los gigantes comenzaron la torre de Babilonia (1), mas no la pudieron acabar, y que Dios disipó é hizo vano el consejo de Achitofel, de suerte que él mismo se ahorcó (2), y que Heródes no pudo salir con el suyo, aunque mató á los inocentes, ni los judíos que crucificaron al Señor (3) excusaron la calamidad de su ciudad y de su templo, como pretendian, con la muerte de Cristo, y que el impío apóstata Juliano (4) al cabo conoció que no podia contrastar contra Dios, y dijo: *Vicisti, Galilæe*; Vencido has, Galileo (que así llamaba por desprecio á Cristo, nuestro redentor), Porque, como dice el Sabio (5), no hay sapiencia, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor. Y es cosa dura y sin fruto tirar coces contra el aguijon, como lo probó Saulo (6) ántes que se convirtiese, y ántes que él, el rey Faraon, el cual, cuanto más procuraba de extinguir el pueblo de Israel, tanto Dios le favorecia y multiplicaba más, y al cabo de tantos prodigios, milagros y plagas, con destruicion suya y de su reino, le libró; porque, como dice Job: *Quis restitit ei, et pacem habuit?* Cuando se comenzó el seminario de Duay, le pretendistes arruinar y no pudistes. Trasplantóse á Rems, en Francia, y tomastes todos los medios posibles para deshacerle, y no solamente no salistes con ello, pero por ejemplo dél se hizo el de Roma. Cuando visteis estos dos castillos levantados contra vuestra perfidia y furor, asestastes todas vuestras máquinas contra ellos, y de vuestros combates y asaltos resultó el fundarse el tercero seminario en Valladolid. Con la nueva dél os embravecistes y perdistes el juicio, publicando un edicto tan atroz como falso contra todos los seminarios y los sacerdotes que salen dellos, y ejecutando las penas del edicto con extremada fiereza y crueldad. Lo que habeis ganado es, que por vuestro mismo edicto se entienda por toda Inglaterra, y particularmente

en sus universidades, que fuera della hay seminarios para criar ingleses católicos, y que hayan salido tantos y tan buenos estudiantes, mozos hábiles y virtuosos, á buscarlos, que no cabiendo ya en los tres seminarios de Rems, Roma y Valladolid, se ha comenzado el cuarto en Sevilla para acogerlos y sustentarlos, y tras éste hará Dios otros, si fueren menester; porque el consejo de su divina Majestad no puede ser vencido, como dijo Gamaliel. Traed á la memoria los ejemplos de todos los otros tiranos y perseguidores de la Iglesia, y acordaos de sus desastrados fines, y de las vitorias, triunfos y coronas que Dios finalmente dió á los que murieron por él, y que hoy dia todos los católicos los honramos y reverenciamos, estando la memoria de los que los martirizaron, ó muerta y sepultada en perpétuo olvido, ó viva con eterna ignominia, y ardiendo sus desventuradas ánimas en el infierno. Y tened por cierto que lo mismo os acontecerá á vosotros, y que por el mismo camino que tomáis para atormentar, matar y infamar por traidores á estos siervos del Señor, el mismo Señor los honra más y hace gloriosos por todo el mundo. Y yo he visto la imagen del bienaventurado padre Edmundo Campiano, de la Compañía de Jesus, al cual vosotros con tanta rabia despedazasteis en Lóndres por la fe católica, hecha subtilísimamente de pluma en las Indias; al mismo padre Campiano, atado y estirado y desmembrado con vuestras ruedas, al tiempo que le atormentábades; siendo en aquellas partes (como lo es en éstas) tenido y reverenciado por mártir de Jesucristo, y los que le atormentaron, odiados, aborrecidos y escupidos como tiranos y enemigos de Dios y de su Iglesia, sin haber sido parte vuestros falsos edictos y pregones para quitarle esta gloria, y para hacerle traidor contra vuestra reina y vuestro reino. Y si los ejemplos antiguos de los otros tiranos no os espantan y ponen freno, á lo ménos los modernos y frescos, y de vuestros mismos compañeros, os deberian avisar y reportar. ¿Dónde está Bacon? ¿dónde Walsingamo? ¿dónde el Conde de Lecestre, Ruberto Dudleyo? ¿dónde Hatton, chanciller del reino? Todos son muertos y acabados, y algunos dellos con muertes horribles y espantosas, las cuales vosotros con mucha razon podeis temer. Pues volveos á Dios (7), no seais tan crudos contra sus siervos; mirad que teniéndolos por enemigos, y tratándolos como tales, sois ocasion que sean honrados y reverenciados; mitigad ó revocad vuestros edictos; imitad á los perseguidores antiguos de la iglesia, que viendo que perdian tiempo, y que con sus persecuciones ellos crecian, deshicieron las leyes que habian hecho contra ella. El emperador Trajano mitigó la persecucion contra los cristianos, por aviso de Plinio. Adriano, su sucesor, escribió en su favor á Minucio Fundano, procónsul, y les dió para su habitacion á Jerusalem. Antonio Pío los encomendó á los pueblos de Asia, confesando que ado-

(1) Gen., xix.

(2) Reg., xvii.

(3) Math., ii.

(4) Theodor., lib. iii, cap. xx.

(5) Prov., xxi.

(6) Act., ix.

(7) Plin., lib. x, epíst.; Mart. Justin. Apolon. y Niceph., lib. ix, cap. xxvii; Euseb., lib. iv, cap. v; Dion., Casen., Adria., Justin., ibi, y Xiphilino.

rabán á un Dios inmortal (1). Marco Antonio no quiso que ninguno por ser cristiano fuese acusado. Galieno vedó que no fuesen perseguidos. Y finalmente, por no alargarme, Maximino, con haber sido una fiera espantosa contra los cristianos, y haber hecho edictos rigurosísimos contra ellos, y leyes cortadas en metal para que fuesen perpétuas, las revocó, entendiendo que no aprovechaba nada ni podía contrastar contra Dios.

CAPÍTULO XXX.

Lo que debe animar á los sacerdotes de los seminarios y otros católicos en esta conquista.

Mas porque temo que mis palabras no serán oídas de los que están obstinados y empedernidos en su ceguedad; dejándolos á ellos, me vuelvo á vosotros, hermanos y padres carísimos de la Compañía de Jesus, y á los colegiales y sacerdotes de los seminarios, que el Señor ha escogido por soldados y capitanes suyos para tan gloriosa conquista. Y puesto caso que yo quisiera más ser vuestro compañero en el trabajo y en el peligro, en vuestras peleas y en vuestras coronas; pero, ya que no merezco tan dichosa suerte, holgarme he á lo ménos de vuestro bien, acompañaros he con el corazon y hallarme he presente en vuestras batallas. No teneis necesidad que yo os anime, pues el Señor es vuestra guía y vuestro esfuerzo; mas para animarme á mí, y consolarme con la memoria deste tan estimable beneficio que de la mano del Señor habeis recibido, os ruego y exhorto que le tengais continuamente muy vivo en la memoria, y le pondeis y estimeis en lo que es razon, y afectuosamente le abraceis y agradezcais. Acordaos siempre que estando vuestro reino en Inglaterra debajo de una noche profunda y tenebrosa, como otro Egipto (2), el Señor ha enviado en vuestros corazones, como en la tierra de Jesen, su claridad y su luz. Considerad con atencion á cuán alta dignidad os ha llamado, pues os ha hecho guías de los desaminados, maestros de los ciegos, dispensadores de sus sacramentos, predicadores de su fe y verdad, soldados, capitanes suyos, para una empresa tan admirable y divina como la que teneis entre las manos. Aparejad pues el corazon con oraciones, penitencias y buenas obras, y particularmente con un ardiente deseo y celo de la gloria deste gran Señor y de la salud de vuestros hermanos, y disponeos y armaos con el escudo de la fe y con la celada de la salud, y con la espada de dos filos de la palabra de Dios, para entrar en esta batalla; no desconfieis por ser vosotros tan pocos y el ejército de vuestros enemigos innumerable, ni desmayeis por ser vosotros flacos, pobres y desvalidos, y ellos fuertes y poderosos, y armados de poder y maldad. Acordaos que el Señor es muy celoso de su gloria, y que para que el hombre no la usurpe y la tome para sí, muchas veces la vitoria que no quiere dar

á los ejércitos grandes y poderosos, la da á gente flaca y civil, y por esto quiso que Abrahan (3) con solos los criados de su casa desbaratase el campo vitorioso de cuatro reyes, y que Jonatas con un solo paje de lanza (4) pusiese terror en el ejército de los filisteos, y que solos los lacayos ó pajes de los príncipes venciesen las huestes innumerables de Benadab y de los treinta y dos reyes (5) que le acompañaban, y que con la quijada de un jumento matase Sanson mil de los enemigos (6), y David con la honda al soberbio y armado gigante (7), y el profeta Elías solo, cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y una mujer á Sisara (8), capitan general de Iabin, rey de Canaan, y finalmente la santa Judit á Holoférnes (9), cargado de vino y de sueño y de orgullo, y que destruyese todo el poder de los asiros. Traed á la memoria la historia de Gedeon (10), cuando Dios le envió contra los ejércitos tan grandes de Madian, que parecian una infinidad de langostas, que no quiso que llevase más de trescientos soldados, para que no pensase el pueblo de Israel que habia alcanzado la vitoria por sus fuerzas y valor. Y confiad en el Señor, que á trescientos de vosotros que andan hoy en Inglaterra les dará la vitoria muy cumplida de todos sus enemigos; con que, como los otros trescientos soldados de Gedeon, lleven consigo las trompetas de la verdadera y sonora doctrina, y las lámparas encendidas de caridad, y no teman quebrar las vasijas de barro, que son sus cuerpos, y dar sus vidas peleando por el Señor. Tampoco os espante la braveza y furor de vuestros enemigos, ni los tormentos tan horribles que os tienen aparejados, porque el Señor os librará dellos, como libró á Daniel (11) del lago de los leones, y á los tres bienaventurados mozos, sus compañeros, del horno de Babilonia (12), y á Jonas del vientre de la ballena (13); y cuando fuere servido que padezcais, os dará fuerzas para padecer, y entre las penas estaréis más fuertes que vuestras penas, y encarcelados, más libres que vuestros carceleros, y caidos, más levantados que los que están en pié, y atados, más sueltos que los que os ataren, y juzgados, más altos que los que dieron la sentencia contra vosotros. Vuestras heridas serán rosas y flores, y la sangre que de vuestro cuerpo corriere, será púrpura real; despedazado vuestro cuerpo, estará entero el espíritu, y consumidas las carnes, no se menoscabará vuestra virtud; desfallecerá la sustancia, mas perseverará la paciencia, y vuestra muerte será para Dios un gratisimo sacrificio. El glorioso mártir

(3) *Gen.*, xiv.

(4) *I, Reg.*, iv.

(5) *III, Reg.*, x.

(6) *Jud.*, xv.

(7) *I, Reg.*, xxviii.

(8) *Jud.*, iv.

(9) *Jud.*, ix.

(10) *Jud.*, vii.

(11) *Dan.*, vi.

(12) *Dan.*, iii.

(13) *Jon.*, iii.

(1) De sus edictos consta. Euseb., lib. vii, capítulos xvi y xvii; Euseb., lib. ix, capítulos vii y ix.

(2) *Exod.*, x.

san Cipriano, esforzando á unos santos obispos y sacerdotes y á otros muchos, que estaban presos en la cárcel por Cristo, dice estas palabras :

« Prendieron vuestros piés con cadenas y ataron con prisiones infames los miembros dichosos y templos de Dios, como si con el cuerpo se pudiese prender el espíritu, ó vuestro oro precioso se pudiese inficionar con el tocamiento del hierro. Para los hombres consagrados á Dios, y que con religiosa virtud testifican su fe, no son estas prisiones sino ornamentos, ni atan los piés de los cristianos para la infamia, sino glorificanlos para la corona. ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales no serán desatados por el carcelero, sino por Cristo! ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales por el camino de la salud van derechos para el paraíso! ¡Oh piés atados por un poco de tiempo en el siglo, para que siempre estén libres en compañía de Cristo! ¡Oh piés detenidos con grillos y con la ira del adversario, los cuales corr gran ligereza han de correr por un camino glorioso á Cristo! Detenga la crueldad y malignidad del adversario, presos vuestros cuerpos; mas vosotros muy presto volaréis destas penas de la tierra al reino del cielo. No está regalado vuestro cuerpo con cama blanda, mas está regalado con el refrigerio y consolacion del Espíritu Santo; los miembros, cansados con los trabajos, tienen por cama la tierra; mas no es pena dormir y reposar con Cristo. Están vuestros cuerpos afeados y descoloridos y cubiertos de polvo; mas lo que de fuera ensucia el cuerpo, espiritualmente lava y purifica el ánima. Es pequeña la racion de pan que ahí os dan; mas no vive el hombre con solo pan, sino con la palabra de Dios. Fáltaos la vestidura en tiempo del frio; mas el que haya vestido á Cristo abundantemente está abrigado y adornado. Están erizados los cabellos de la cabeza medio trasquilada; mas como sea Cristo la cabeza del hombre, de cualquier manera que ella esté, por la gloria dél está muy hermosa. Esta fealdad y escuridad para los ojos de los gentiles, ¿con qué resplandor será recompensada? Esta pena breve del siglo, ¿con cuán esclarecida y eterna gloria será remunerada, cuando el Señor (segun dice el Apóstol) (1) reformará el cuerpo de nuestra humildad, y lo hiciere semejante al cuerpo de su claridad?»

Todas éstas son palabras de san Cipriano (2), traducidas de latin en nuestra lengua castellana por el padre fray Luis de Granada, en las cuales se ve el espíritu deste glorioso santo, y la bienaventurada suerte de los que padecen y mueren por Cristo. Y con mucha razon; porque ¿qué mayor felicidad puede haber que morir por aquel Señor que murió por nosotros, y pasar tormentos por el que así fué atormentado por nosotros, y la muerte que debemos á la naturaleza, ofrecerla en sacrificio al Autor de la vida? ¿Qué mayor felicidad que comprar cielo y vida perdurable con la vida

frágil y momentánea, la cual, que queramos, que no, en un soplo se ha de acabar? ¿Qué mayor felicidad que ser de aquella capitania y de aquel fortísimo escuadron de gloriosísimos mártires que hermosen y enriquecen el cielo? ¿Cuántos criados y siervos padecen por sus amos y señores, y mueren por otros hombres como ellos, que no se lo han de agradecer, ni pueden pagar? ¿Cuántos soldados se entran por las picas y por las bocas de fuego y de la artillería por servir á sus reyes y ganar nombre de valientes y esforzados? ¿Cuántos padecen de sus enemigos ó por sus delitos, tantos y tan ásperos y aún más atroces tormentos que nuestros dichosos mártires de Inglaterra, por el Señor? ¿Cuántos enfermos llevan con paciencia sus largas y terribles dolencias, y muchas veces dolores más agudos, por cobrar la salud, que no saben si cobrarán, ni lo que, si la cobraren, les ha de durar, por ser tan frágil y quebradiza? Pues ¡oh soldados de Cristo! ¡oh siervos fieles del Señor! no os espanten los tormentos, que, si son ligeros, se pueden llevar, y si son recios, no pueden durar. Ésta es vuestra empresa, ésta vuestra guerra, ésta vuestra conquista. Aquí hay batallas, hay peleas, hay heridas; pero tambien hay vitorias, coronas y triunfos, aunque con muy gran desigualdad; porque los combates son breves y ligeros, y los premios y coronas inmortales.

CAPÍTULO XXXI.

Prosigue el capítulo pasado, y decláranse en particular tres causas que pueden animar más á los mártires.

Tres cosas, entre otras, os deben esforzar en esta guerra. La primera, la causa que defendeis. La segunda, el modo con que padeceis. La tercera, la esperanza cierta de la vitoria. La primera pues es la causa, la cual, y no la pena, hace al que padece mártir; porque no habeis de volver á Inglaterra (3) ni trabajar en ella para revolver aquel reino y turbarle, y quitar la vida á la Reina, y ocuparos en el gobierno temporal, como lo publican vuestros enemigos; porque no son tan bajos vuestros pensamientos, ni conviene que les deis á ellos ocasion justa para calumniaros; sino para volver por la honra de Dios, para defender la paz y unidad de la Iglesia, para salvar vuestras ánimas y las de vuestros padres, deudos y amigos, para conservar la dignidad del sacerdocio de Cristo, la majestad del eterno y santo sacrificio de la misa y de los otros sacramentos, la verdad incorrupta y sin mancha de aquella doctrina que Dios ha depositado en su Iglesia, el sentido puro y verdadero de las sagradas letras, como las han declarado y interpretado los santos doctores; para no perder aquella herencia que por medio de los santos Gregorio, papa, y Agustino, apóstoles de vuestra patria, recibieron y guardaron y os dejaron vuestros padres. Si morir por el menor articulo de nuestra santa fe, si dar la vida por la menor verdad de

(1) Phil., m.

(2) Part. II del *Gathe.*, cap. xxvi.

(3) Aug., cap. lxi.

nuestra santa religion, por la defensa de un sacramento, ó por una palabra de la ley de Dios, ó por la salvacion de un ánima, es cosa gloriosísima, ¿qué será morir por tantos artículos, por tantas y tan importantes verdades, por tantos sacramentos, por toda la ley de Dios y por la salvacion de las ánimas de todo un reino? San Juan Bautista estimó tanto el predicar la verdad y el reprender la deshonestidad de Heródes, que dió la cabeza por ello (1). San Mateo quiso ántes morir que aconsejar á Efigenia que se casase, porque habia hecho voto de virginidad. San Pedro y san Pablo no dudaron de apartar de la torpe conversacion de Neron algunas amigas suyas, y de convertirlas á nuestra santa y purísima religion, por lo cual, y por otras causas, enojado él, les quitó la vida. Y por hablar de Inglaterra, el fortísimo mártir santo Tomas, y primado de aquel reino, ¿no dió la sangre por la libertad de la Iglesia? El obispo Rofense y Tomas Moro, que fueron la gloria de Inglaterra y ornamento de nuestro siglo, y otros muchos religiosos, doctores, sacerdotes y legos, ¿no escogieron ántes los crudos tormentos y muertes afrentosas, que aprobar el monstruoso casamiento del rey Enrique? Pues ¿cuánto mayores y más importantes son las cosas que ahora se tratan? ¿Cuánto más va en lo que ahora se enseña y predica en Inglaterra, que en suma es el evangelio de Calvino, impío, sucio, cruel, diabólico y fuego infernal, para abrasar aquel reino y toda la cristiandad; el cual vosotros, favorecidos del Señor, habeis de procurar apagar, aunque sea con rios de vuestra sangre, pues há muchos siglos que ningunos mártires tuvieron más honesta y divina ocasion para derramar la suya, que la que ahora vosotros teneis?

La segunda cosa que os ha de animar para entrar en esta batalla con gran denuedo y confianza, es el modo que agora se usa en Inglaterra para perseguir á los católicos y arrancar de raíz, si pudiesen, de aquel reino nuestra santa religion; porque, como en esta nuestra historia queda declarado (2), no se trata el negocio de la religion en ella por via de insultos, tumultos ó ruido y sedicion popular, sino por via de tribunales y juicios, y con una apariencia y representacion de falsa justicia. En los siglos pasados, leemos que los arrianos y los donatistas y circunceliones, herejes, algunas veces en Italia y en África tumultuaron, y armados de impiedad y furor, dieron de repente sobre los católicos y los mataron. En nuestros dias sabemos que en Francia, en Celandia y Holanda los calvinistas (que son la quinta esencia de la herejía y tizones del infierno) con mayor rabia y fiereza hicieron carnicería de innumerables católicos, religiosos, sacerdotes y personas eclesiásticas y seglares, hombres y mujeres, sin preceder acusacion ni proceso, ni darles tiempo para volver por

sí ni para descargarse, ni aún para resollar. Porque bastaba saber que eran católicos, para acabarlos cruelisimamente, en ódio de la religion católica, que ellos tanto persiguen y aborrecen. Y aunque los que así murieron, no les negamos el nombre y honra de mártires, porque la causa de su muerte fué la fe católica; pero todavía es más ilustre y más perfecto género de martirio el que se alcanza en Inglaterra, donde hay cárceles y prisiones, tormentos y penas; donde hay exámen riguroso y preguntas y respuestas sobre si es sacerdote, si dijo misa, si confesó, si absolvió, si reconcilió, si cree la suprema potestad del Papa, si confiesa que la Reina es cabeza de la Iglesia; donde los deudos y amigos con ruegos pretenden ablandar, y los jueces algunas veces engañar con falsas esperanzas, y otras espantan con amenazas y descoyuntan con tormentos; donde con prometer de ir á las iglesias de los herejes, ó pedir perdon á la Reina, se remite la pena y se ofrece la libertad y la vida y grandes premios aún á los que están ya al pié de la horca, y otras cosas semejantes, que muestran ser más voluntario vuestro martirio y mayor vuestra constancia, y que con maduro juicio y deliberacion confesais delante de los hombres al Señor y moris por su verdad, sin que ninguna cosa de las que en esta vida suelen turbar y trocar los corazones sea parte para alterar y pervertir el vuestro, ni apartarle de su loable firmeza y santa constancia. Y digo que este modo os ha de mover á seguir con mayor ánimo esta empresa, porque (como dije) por él se alcanza un linaje de martirio más perfecto y más semejante al de nuestros antiguos y bienaventurados mártires, y más glorioso para Dios, y de más merecimiento y honra para los que así mueren, y de mayor edificacion para toda la Iglesia católica, y ejemplo y provecho de los fieles y aún de los mismos herejes, que no pocas veces se convierten, y despues mueren por la misma fe, porque vieron morir por ella con tanta fortaleza y mansedumbre á los católicos.

Pues ¿qué diré de la seguridad y certidumbre que tenemos de la vitoria? Los soldados, por muchos y valientes que sean, cuando dan un asalto á alguna ciudad ó entran en alguna batalla, siempre pueden estar con recelo y dudar si vencerán ó serán vencidos, por ser varios y no pensados los sucesos de las guerras. Mas en esta nuestra espiritual guerra y conquista estamos ciertos de la vitoria, no solamente porque sabemos que si no morimos en ella, vencemos, y si morimos, vencemos mucho más; pero porque somos ciertos que ninguna crueldad de tiranos, ni malicia de herejes, ni furor de perseguidores, ni las mismas puertas y todo el poder del infierno podrán jamas prevalecer contra aquella Iglesia y fe que está fundada sobre la piedra y confesion de san Pedro, como nos lo dijo y prometió el Señor (3), y que todas las ondas y tempestades que se levantan contra esta

(1) De san Ambrosio lo trae César Baronio, en la primera parte de sus *Anales*.

(2) Lib. 4.

(3) Math., xxvi.

fuerte roca, por bravas y horribles que sean, se han de quebrar y deshacer, quedando ella siempre firme y entera. ¿Cuántas persecuciones ha padecido hasta ahora la Iglesia católica, de judíos, de gentiles, de moros, de emperadores romanos, de reyes bárbaros, de godos, vándalos, hunos, longobardos, de herejes novacianos, arrianos, donatistas, eutiquianos, iconoclastas, alligenses, husitas, calvinistas y de otras innumerables sectas de perdición? Son tantas, que no se pueden contar, y tan extrañas, que apenas se pueden creer. Todas las ha vencido la verdad, de todas ha triunfado la Iglesia, y regada con la sangre de sus fuertes defensores, siempre ha crecido; porque cuantos más dellos morían, más nacían y se multiplicaban para su defensa. Sería nunca acabar si quisiésemos explicar estas victorias y triunfos de la Iglesia católica como conviene, y declarar por menudo la impiedad y crudeza de los tiranos, la terribilidad de los tormentos, la paciencia y constancia admirable de los mártires, y el fin glorioso que tuvieron, y la victoria y paz que con estas tan continuas y sangrientas guerras alcanzó siempre la fe católica, por virtud y gracia de Cristo, nuestro redentor. Solamente quiero referir lo que de una destas persecuciones escribe Severo Sulpicio, el cual, hablando de la persecución de Diocleciano y Maximiano, que fué terribilísima, dice estas palabras (1):

«En este tiempo casi todo el mundo fué regado con la sagrada sangre de los mártires, porque á porfía corrían todos á estos gloriosos combates, y con mayor estudio se buscaba entónces el martirio por medio de la muerte gloriosa, que agora con reprehensible ambición se apetecen y negocian los obispados. Con ningunas guerras jamás el mundo quedó tan vacío de gente, ni jamás vencimos con mayor triunfo, como cuando con las ruinas y estragos de diez años no podíamos ser vencidos.» Y así dijo gravemente Tertuliano (2), hablando con los gentiles: *Plures efficimur, quoties metimur à vobis, semen est sanguis christianorum*. Y san Jerónimo (3): *Persecutionibus Ecclesia crevit, martiriis coronata est*. Y Prudencio á este mismo propósito dijo: *Nec furor quisque sine laude nostrum cessit, aut clari vacuus cruroris martirum semper numerus, sub omni grandine crescit*. De manera que, como escribe san Agustín (4), los mismos príncipes deste siglo, que solían perseguir á los cristianos por amor de sus falsos dioses, vencidos ya y rendidos á los mismos cristianos, que no les resistían, sino morían, volvieron la hoja, y hicieron leyes y emplearon su poder contra los ídolos por los cuales ántes mataban á los cristianos, y la cumbre altísima del imperio romano, quitando de su cabeza la imperial diadema, se humilló y postró delante del sepulcro de Pedro pescador. Pues ¿qué diré de los herejes,

que con igual crueldad y mayor peligro han perseguido la Iglesia? Han sido siempre tan ilustres las victorias que Dios ha dado á la Iglesia católica contra los herejes, sus enemigos, que aunque no hubiese otro testimonio para conocer que ella sola es la legítima esposa y querida del Señor, y que todas las otras religiones son falsas sectas y rameras y mancebas de Satanás, este solo argumento bastaría para evidencia desta verdad. Y por no alargarme, sola la herejía de Arrio es suficientísima prueba de ser la Iglesia católica invencible y inexpugnable; porque lo que enseñaba, era que el Hijo de Dios no era consustancial al Padre, que es decir que no era igual al Padre ni verdadero Dios, sino criatura; con lo cual derribaba el fundamento de toda la religion cristiana. Los que enseñaban esta falsedad eran muchos filósofos y hombres letrados y de sutil y agudo ingenio; entre ellos, muchos obispos y pastores y maestros de los demas; los que la defendían eran los emperadores y príncipes y señores del mundo, y defendíanla con toda la braveza y fiereza que se puede imaginar, persiguiendo, atormentando y con muertes exquisitas acabando y consumiendo á todos los católicos que podían, á los sacerdotes y prelados y doctores de la Iglesia católica, sin perdonar á hombre ni mujer, á viejo ni á niño, á pobre ni á rico, á doncella ni á casada. Las provincias que inficionó, y en las cuales se extendió, fueron muchas, en Oriente y Poniente, al Septentrion y al Mediodia. El tiempo que duró aquella pestilencia fué muy largo, pero al fin tuvo fin y se acabó, quedando la verdad vencedora, y la santa Iglesia triunfando de sus enemigos, á los cuales el Señor castigó de tal manera, que Arrio, inventor y maestro de aquella blasfemia, murió repentinamente, echando las entrañas, y Constancio y Valante, emperadores, y Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia, y Hunerico, rey de los vándalos en África (que fueron los más señalados tiranos que la defendieron y con mayor saña y porfía persiguieron á los católicos), tuvieron desdichados y tristes fines. Por esto el glorioso padre san Agustín, declarando aquellas palabras del salmo LVII: «Ellos se aniquilarán y pasarán, como el agua que corre»; dice: «Hermanos míos, no os espanten las aguas de los arroyos, porque, aunque á tiempo corren y hacen ruido, presto se acaban y no pueden durar mucho. Muchas herejías son muertas; corrieron por sus arroyos cuanto pudieron; corrieron y secáronse los arroyos, y agora apenas se halla la memoria dellas y se sabe que haya sido.» Y en otro lugar (5): «Ésta es la Iglesia santa, Iglesia una, Iglesia verdadera, Iglesia católica, que pelea contra todas las herejías; bien puede pelear, pero jamás podrá ser vencida. Todas las herejías han salido della, como sarmientos inútiles, cortados de la vid, y ella siempre queda firme en su raíz, porque las puertas del infierno no la podrán vencer.» Esto hará el Señor

(1) Lib. II *Sacræ Historiæ*.

(2) *In Apolog.*

(3) Hiero., *Epis. ad Teofil. adversus errores*; Joan. Hierosolim., lib. IV, *in Cæsa martires*.

(4) *Epist. XXIV.*

(5) Lib. I, *De symbol.*, cap. V.

(como esperamos) en esta persecucion de Inglaterra, si no desconfiamos, si tenemos fuerte, y (oh padres y hermanos amantísimos en Jesucristo) esforzados con su divino espíritu y promesa, peleamos valerosamente. Y en esto no hay que poner duda, porque el mismo Señor nos lo ha prometido y la experiencia nos lo enseña, y lo que fué será, y nuestros mismos perseguidores con sus edictos lo confirman, y nos dan á entender que temen y que ya van de vencida, y que con toda su artificiosa crueldad y industria no han podido espantar á nuestros esforzados soldados, ántes que han entrado en mayor número en Inglaterra en pocos meses que habian entrado en muchos años atras. Pues si nuestros enemigos temen y tiemblan, ¿qué tenemos nosotros que temer, ó por qué no debemos confiar en aquel gloriosísimo Capitan General y Señor nuestro, que nos dice: *In mundo presuram habetis, sed confidite, quia ego vici mundum?* Éste es el que ha vencido en su Iglesia á los tiranos, á los reyes y emperadores y monarcas del mundo. Éste es el que ha derribado á los piés de su esposa á los herejes y á los dogmatizadores y maestros infernales, que la querian afean y inficionar. Éste es el que pelea ahora con nosotros y por nosotros; y teniéndole al lado, ¿podemos temer? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* No se puede dudar de la victoria con tal guía, con tal escudo, con tal valedor. De nuestra parte pelea la verdad contra la mentira, la fe contra la infidelidad, la religion contra la impiedad, la justicia contra la injusticia, la paciencia contra la crueldad, la Iglesia de Dios contra la sinagoga de Satanás. Por nosotros está el Evangelio de Jesucristo, fundado en su cruz, regado con la sangre de tantos y tan gloriosos mártires, confirmado con innumerables milagros, declarado por tantos y tan santos y sabios doctores, y obedecido y reverenciado sin interrupcion, por espacio de mil y seiscientos años, de todo el mundo. Santo en la doctrina que enseña, fuerte y eficaz para trocar y convertir las ánimas, uno en todos lugares, tiempos, naciones, las cuales, con ser tantas y tan distantes, están con el vínculo y nudo deste evangelio atadas entre sí y unidas á su cabeza visible, que es el Pontífice romano, esclarecido con la lumbré de la profecía, honrador de los que le abrazan y obedecen, y castigador y destruidor y triunfador de todos sus enemigos. Por nosotros están el poder del Padre, la sabiduría del Hijo y la bondad y favor del Espíritu Santo, y todas aquellas bienaventuradas jerarquías de ángeles y escuadrones de santos que hay en el cielo, y particularmente de los que en Inglaterra vivieron ó murieron por esta misma fe que ahora nosotros defendemos contra el evangelio de Calvino, que se plantó con incesto (como habemos dicho), y se riega con sangre, no de los que le predicaban, sino de los que le impugnan, y se sustenta con tiranía y bárbara crueldad.

CAPÍTULO XXXII.

Por qué Dios permite esta tan grande persecucion contra los católicos en Inglaterra.

Para conclusion de lo que á esta historia del cisma del reino de Inglaterra habemos añadido, nos resta declarar lo que se nos ofrece acerca desta tan extraña persecucion que el Señor, con su inefable y secreta providencia, permite en aquel reino; porque temo que la gente comun y popular, y aún algunos hombres prudentes de la prudencia deste siglo, mirando con los ojos de carne lo que agora pasa en Inglaterra, y el poder que Dios da á sus enemigos, y la tiranía con que ellos usan dél, quizá se escandalizarán y dirán que Dios desampara su causa, y que no vuelve por su honra y por la de sus fieles siervos, ó á lo ménos que podrán con razon preguntar qué sea la causa desto. A esta duda y pregunta quiero yo responder aquí, y satisfacer, con el favor del Señor, á los que desta obra tan suya se maravillan. Y porque en el libro (1) que estos años escribimos de la *Tribulacion* tratamos copiosamente desta materia, y declaramos por qué Dios permite las herejías y que los herejes é infieles prevalezcan algunas veces contra los católicos y fieles, y desenvolvemos otras dudas tocantes á esto, remitiendo el lector á aquel lugar, sólo hablaremos en éste de la persecucion particular de Inglaterra.

Digo, pues, que á mi pobre y flaco juicio, en esta tormenta tan espantosa que padecen los católicos de Inglaterra resplandece sobremanera el poder y la misericordia de Dios, que es el patron y piloto desta barca de su Iglesia, y el quo la rige con el gobernalle de su paternal providencia, y por tan terribles tempestades la hace llegar al seguro y deseado puerto de la bienaventurada eternidad. Porque, como él en todas sus obras pretende su gloria y nuestro provecho, estas dos cosas juntas se hallan más aventajadamente en esta persecucion de Inglaterra que en ninguna prosperidad se pudieran hallar. Porque ¿qué mayor servicio puede hacer el hombre á Dios que dar la vida por él? Y ¿qué cosa más honrosa y más provechosa puede haber para el mismo hombre, que morir por aquel Señor que murió por él? En las batallas y victorias de los santos mártires, la gloria de Dios y la utilidad de los mismos mártires están tan asidas y trabadas, que á la medida que crece la una, crece la otra, y de la mayor honra del Señor se sigue mayor honra y corona para el mártir. Y como el Señor es tan celoso de su honra y tan amigo de nuestro bien, no es maravilla que permita estas peleas, de las cuales él ha de ser tan glorificado, y los hombres tan aprovechados; porque, como gravemente dijo Séneca, los hombres gustan de ver lidiar á otro hombre con un toro ó con otra fiera, y Dios

de verle lidiar con un duro tormento ó con una grande adversidad. Y no solamente resplandece la gloria de Dios en esta obra, por ser Él glorificado en ella del hombre, el cual (como muy bien dice el padre fray Luis de Granada) con su muerte testifica que es tan alta la majestad y bondad de Dios, que quiere padecer todos los tormentos que la furia de los otros hombres y de los demonios pudieren inventar, ántes que decir ó hacer cosa contra su santa ley; mas tambien porque en ella se manifiesta en gran manera el poder invencible de la gracia del mismo Dios, y esto en dos maneras: la una alentando y esforzando la flaqueza del que padece, y dándole victoria de sus mismas penas, y la otra, haciendo que la santa Iglesia, derramando sangre, triunfe y haga burla de todos los tiranos y poderosos principes, sus enemigos. Consideremos por una parte las armas con que pelea el demouio contra estos bienaventurados mártires que hoy mueren en Inglaterra por nuestra santa y católica religion, y por otra el esfuerzo y valor con que ellos resisten y vencen, y entenderémos fácilmente cuánta y cuán admirable sea la fuerza de la divina gracia. Contra ellos pelean los demonios y los hombres, ministros de los mismos demonios; pelean la hambre, la sed, la desnudez, la afrenta, los regalos, las esperanzas, los temores y promesas vanas; pelean los tormentos de la cárcel, de las cadenas, del potro, de la rueda, del fuego, de la horca y del cuchillo, y de la misma muerte, y no cualquiera, sino atroz y cruelísima; pelea la flaqueza de nuestra carne y la complexion del hombre, que es la más sensible y delicada de todas, y el amor propio, con todas las fuerzas de nuestra naturaleza. Y con ser tantos y tan poderosos los enemigos, y tantas y tan fuertes y cicaladas las armas con que pelean, es tan grande el poder de la divina gracia, que es fuerza á nuestros mártires, á hombres y á mujeres, á niños y doncellas, y les da gran valor y ánimo para resistir y vencer, y esto con tanta fortaleza, paciencia y alegría, que confunden á sus jueces, y cansan á los verdugos y asombran á los herejes, y esfuerzan á los católicos, y dan materia de gozo á los ángeles del cielo. Y no solamente á los que están en la misma Inglaterra, y no pueden escapar, da este ánimo y esfuerzo el Señor; pero á los mozos y sacerdotes que viven en los seminarios y están fuera de aquel reino y de peligro, los enciende con tan ardientes llamas de su amor, que mueren de deseo de morir y de volver á Inglaterra para entrar á pelear contra tantos y tan fuertes enemigos como en esta historia queda escrito; y aun otros muchos hay que no son ingleses, ni viven en Inglaterra, sino fuera della, con toda paz y quietud, los cuales, movidos y animados con el ejemplo de tantos y tan gloriosos mártires de Inglaterra, desean ir á ella por acompañarlos en sus suplicios y derramar su sangre por el Señor. A esto propósito, y para confirmacion de todo lo que arriba habemos dicho, quiero referir aquí lo que César Baronio, escritor de la *Historia eclesiástica* diligen-

tísimo, dice, hablando de santo Tomas Cantuariense (1).

«Merecido ha (dice) ver nuestro siglo, por esta parte felicísimo, muchos Tomases, santísimos sacerdotes, y otros varones nobilísimos de Inglaterra, coronados (para decirlo así) con más ilustre corona de martirio que no fué santo Tomas, y acrecentados con dos títulos de mártires, pues no sólo han muerto, como santo Tomas, por la libertad eclesiástica, sino tambien por conservar, defender y restituir la fe católica, han dado gloriosamente sus vidas. Entre ellos son los que la santa Compañía de Jesus, en el aprisco de sus colegios, con el pasto de su santa doctrina, ha apacentado y engordado, para que, como corderos inocentes, por el martirio se ofrezcan hostias vivientes al Señor. Tambien son destos los que los seminarios de Roma y de Rems, que son como dos torres fuertes y como dos castillos roqueros de nuestra santa fe, edificados contra Aquilon, han enviado á Inglaterra para que triunfen y sean coronados. Ea, pues, ¡oh juventud inglesa, de ánimo excelente, animate! ¡Oh mozos valerosos y constantes, corred con esfuerzo y alegría, pues habeis asentado debajo de tan gloriosa bandera, y en el juramento que habeis hecho de fidelidad habeis juntamente prometido derramar vuestra sangre!

» Por cierto que cuando os miro y os veo ir con largo paso al martirio, y casi vestidos de la nobilísima ropa de púrpura de vuestra sangre, querria seguiros y digo: Muera mi ánima la muerte de los justos, y mis postrimerias sean como las destos gloriosos caballeros.»

Todo esto dice César Baronio. Y si este esfuerzo que da Dios á los que mueren, y este deseo tan encendido de morir por su amor, que Él comunica á muchos siervos suyos, es grande argumento de valor y poder de su gracia, ¿cuánto mayor y más eficaz prueba deste mismo poder será la victoria que por este mismo medio alcanza la santa Iglesia de todos sus enemigos? Porque no solamente el mártir muriendo vive y cayendo vence, y postrado en el suelo se levanta, y arrastrado y desentrañado es coronado de gloria; pero la santa Iglesia, cuyo soldado es el mártir, vence tambien en él, y por esta muerte triunfa de todos los tiranos y herejes, sus perseguidores, y de los demonios y de todo el poder del infierno. Demas desto, para los mismos católicos de Inglaterra es de grande utilidad esta persecucion, porque con ella se prueban, apuran y afinan, y despegan sus afectos de la tierra, y los trasladan al cielo, y acosados, afligidos y aborreidos del mundo, y sin tener en qué hacer pié en él ni en qué estribar, cada dia hacen de sí suavísimo sacrificio; y así creo yo que hoy dia hay más santos y más finos católicos en Inglaterra que hubo en el tiempo de su prosperidad temporal; porque la prosperidad comunmente hace á los hombres

(1) En las anotaciones del *Martirologio romano*, á 29 de Diciembre.

flojos, tibios y regalados, y esta grande tribulacion, fervorosos, penitentes y constantes mártires. Y puesto caso que algunos católicos con la persecucion desfallezcan y vuelvan atras, éstos suelen ser los que viven rota y desconcertadamente y están poco firmes en la fe; mas los que no están fundados sobre arena, sino sobre la peña viva, que es Jesucristo, crecen en virtud con la persecucion, como el árbol bien plantado con las heladas y lluvias. Pues para la Iglesia católica ¿de cuánta gloria es esta fortaleza de nuestros mártires? ¿De cuánto aviso, de cuánta edificacion, de cuánto ejemplo? ¿Qué gran gloria es de la santa Iglesia tener por hijos á tan ilustres caballeros, por soldados á tan valerosos guerreros, por defensores á tantos y tan esforzados capitanes? Y que no solamente los haya tenido, sino que hoy día los tenga y se precie dellos, y el siglo presente no tenga en esta parte envidia á los siglos pasados, y lo que vemos nos haga más creible lo que oímos, y los mártires que hoy padecen en Inglaterra nos quiten la admiracion de los martirios que leemos en las historias sagradas. ¿Qué diré de otro provecho que se saca desta persecucion? Que es un saludable y necesario aviso para todas las provincias y reinos de la Iglesia católica, de cómo se deben haber con los herejes. Porque ¿quién no escarmentará en cabeza ajena, viendo lo que pasa en Inglaterra, y que un reino que ántes florecia en religion, en virtud, en humanidad, en paz y concordia, en libertad y dulce comunicacion y llaneza entre sí, sea al presente una Babilonia por la variedad, contrariedad y confusion de las herejías; una cueva de ladrones, por las injusticias y desafueros que en él se usan; un matadero de siervos de Dios, por la sangre que de ellos se derrama; una guerra y discordia civil, por la que hay entre los católicos y herejes; una servidumbre y miserable cautiverio, por la opresion y tiranía con que está afligido todo el reino, y más particularmente los que son de la antigua y santa y apostólica religion; y que todo este incendio se haya emprendido de una centella infernal de amor ciego de un rey, y crecido de la manera que vemos, por la secta de Calvino, que profesa su hija, si profesa alguna? Pues ¿qué cuidado, qué vigilancia deben tener los reyes y príncipes y repúblicas católicas, para no dejar saltar este fuego infernal en sus reinos y señoríos, viendo abrasado con él al de Inglaterra? ¿Qué ánimo deben tener los católicos para defender hasta la muerte su fe, viendo cómo son tratados sus hermanos? Y por lo que ven en las casas de sus vecinos, cómo deben estar alerta en la suya, y no fiarse de la blandura aparente y fingidas promesas de los herejes, con las cuales suelen engañar á los católicos (como los han engañado), y despedazarlos y consumirlos, cuando se ven con el mando y el palo. ¿Qué sería hoy del reino de Francia, si el ejemplo de lo que padecen los católicos en Inglaterra no tuviese á los católicos franceses avisados y despiertos? Porque si con ver á ojos vistas lo que ven,

y saber que una mujer que para ser reina juró de conservar en su reino la religion católica, despues la ha destruido, hay algunos que juzgan y persuaden á otros que es bien admitir por rey de Francia al Principe de Bearne, siendo calvinista relapso, y tan obstinado, que nunca jamas ha querido ni aún fingir ni hacer juramento de guardar la fe católica (con ser cosa que los mismos calvinistas enseñan que lícitamente se puede hacer para mejor engañar), ántes ha jurado en las córtes de Montalvan que siempre será hereje, y protestado que no mudará religion aunque por ello hubiese de ganar treinta coronas y reinos de Francia. ¿Cuántos más le seguirian y estarian en esta ceguedad y error, si no tuvieran delante este ejemplo tan vivo, tan sangriento y tan significativo de Inglaterra? Todos estos provechos saca el Señor desta persecucion, y no ménos enseñarnos que si queremos que Él nos tenga de su poderosa mano y nos conserve en su santa fe católica, debemos nosotros, con el favor de su gracia, despedir de nuestros corazones todos los pecados, y con mayor cuidado aquellos que abren puerta á la herejía; porque el hombre no suele caer de golpe en un extremo de maldad; blandamente entra el vicio, y poco á poco se va perdiendo la virtud, y cuando el ánima está presa y cautiva, busca y abraza aquella doctrina con que mejor pueda dar color á sus pasiones. Y pues vemos lo que ha acontecido á los otros reinos, no nos debemos descuidar en el nuestro. Y este aviso y recato no es pequeño fruto desta persecucion de Inglaterra, como tampoco lo es el despertarnos y movernos á compasion, y á imitacion de los ingleses católicos, que así padecen por nuestra santa religion, á compasion por verlos tan apretados y afligidos, desterrados de su patria, echados de sus casas, perdidas las haciendas, privados de la honra y libertad, tratados como traidores, atormentados y muertos como sediciosos y rebeldes. Porque, en fin, todos somos hermanos y miembros de un mismo cuerpo místico, que es la santa Iglesia, cuya cabeza es Jesucristo, y en su lugar en la tierra el sumo Pontífice romano. Y siempre entre los cristianos fué obra muy usada y loable el recoger, amparar y socorrer á todos los que padecen por Cristo, como en esta historia queda escrito. Pero en lo que más nos debemos esmerar y lo que con mayor estudio debemos procurar, es imitar los ejemplos destos fuertes soldados, y con la memoria de sus peleas despertar nuestra tibieza y flojedad, y cobrar nuevo esfuerzo y nuevos aceros para resistir á la pena y al dolor, al trabajo y á cualquiera género de adversidad.

¿Quién en su pobreza no se consolará, acordándose cuantos católicos hay hoy en Inglaterra, nobles y ricos, los cuales fueron ahora despojados en sus haciendas y aherrajados en las cárceles, no tienen un andrajo con que cubrir su desnudez, ni un bocado de pan con que sustentarse? ¿Qué enfermo habrá que cuando, por estar más apretado de su dolencia, se congoja y casi pierde la paciencia, no

se aprehenda, pensando el sufrimiento que tienen tantos sacerdotes y mujeres delicadas en sus horribles tormentos? Y cuando el trabajo nos cansa y el ayuno nos desmaya, y las otras miserias desta vida nos afligen, será de grande alivio el traer á la memoria la vida que pasan los católicos en Inglaterra, y sacar fruto desta su persecucion, la cual permite el Señor para su mayor gloria (como dijimos) y mayor bien nuestro, para confirmar nuestra fe, avivar nuestra esperanza, encender nuestra caridad, darnos á entender el poder de su divina gracia, esforzar nuestra paciencia, despertar nuestra devocion, condenar el regalo de nuestra carne, avergonzar nuestra flojedad, y finalmente, confundir nuestra negligencia, viendo lo que el hombre podria con el favor de Dios, que á nadie le niega, y lo poco que hace para alcanzar la bienaventuranza.

No se acaban aquí los frutos admirables que podemos sacar todos los católicos desta persecucion de Inglaterra; otros hay tambien que pertenecen á los mismos herejes, nuestros perseguidores, de los cuales se sirve el Señor como de alguaciles, fiscales y verdugos de su divina justicia, y les da el mando y la vara por el tiempo que es servido, para que, con la medida y tasa que les permite, ejerciten la paciencia de sus fieles y consuman la escoria de sus culpas, y afinen la virtud y acrecienten sus merecimientos y coronas. Dales Dios esta, como ellos llaman, felicidad (aunque no es sino castigo) para convidarlos y atraerlos con ella al conocimiento de la verdad y á su amor; y si no se convirtieren, para pagarles en esta vida alguna buena obra que ha-

rán, pues en la otra les queda una eternidad en que padecer tanto más terribles tormentos, cuanto mayores habrán sido sus pecados, y la paciencia y longanimidad del Señor más larga en sufrirlos y esperarlos; que propio es de su divina Majestad recompensar la tardanza con la graveza de la pena, y alzar y detener el brazo para herir con mayor fuerza, y proceder con pasos lentos y espaciosos al castigo, para enseñarnos á nosotros (como dice Plutarco) la paciencia, y á no querer luégo vengar nuestros agravios é injurias, y para dar tiempo al malo que se arrepienta, y no ménos para que no se pierda el fruto que ha de nacer dél; que muchas veces de un Achab, rey impío y cruel, nace un Ezequías, rey santo y perfecto, y un san Pedro mártir de padres herejes, como la rosa de las espinas. En lo cual todo se ve la inefable misericordia é inmensa bondad del Señor (1), que de los mayores males del mundo saca mayores bienes, y permite que haya tiranos para que no falten mártires, y que los hombres perversos tengan la vara y ejerciten su crueldad contra los cuerpos de los buenos, para que ellos manifiesten mejor la paciencia y virtud de sus almas, como permite que la santa Iglesia católica sea perseguida, atribulada y afligida, para que, pasando por el crisol, sea más pura, más santa y más perfecta, y se entienda que aunque alguna vez se eclipsa, como la luna y se oscurece, nunca (como dice san Ambrosio) desfallece ni se menoscaba su virtud (2).

(1) Aug., lib. xviii, *Civit. Del.*

(2) Ambr., *Exameron., in opere quartæ diei.*

AL PIADOSO LECTOR.

Para que mejor se entienda la crueldad de los herejes deste tiempo del reino de Inglaterra, y la constancia y fortaleza de nuestros mártires, y la gloria de la Iglesia católica, que tiene tantos y tan valerosos soldados para su defensa, y con ellos tan cierta la victoria, y los mismos santos, que padecieron por Cristo, sean honrados, y edificados y aprovechados con su ejemplo los fieles, quiero poner aquí brevemente una suma de los mártires que han padecido y muerto por nuestra santa religion despues que comenzó á reinar Isabel en Inglaterra, y particularmente de sacerdotes y colegiales de los seminarios, que son los que más guerra le hacen y los que con más celo y fervor se ocupan en esta santa conquista; remitiendo al lector que quisiere ver esto más difusamente, al libro que se intitula *Concertacion de la Iglesia católica en Inglaterra*, impreso en Tréveris, el año de 1588, en el cual se escribe que han sido muertos, desterrados y despojados de sus bienes los siguientes:

De los eclesiásticos, un cardenal, tres arzobispos, diez y ocho obispos, un abad, cuatro priores religiosos, cuatro conventos enteros de religiosos; deanes de iglesias catedrales, trece; arcedianos, catorce; canónigos, más de sesenta; sacerdotes, por la mayor parte nobles y de sangre ilustre, quinientos y treinta; muchos hombres de letras, y entre ellos quince rectores de colegios; doctores en teología, cuarenta y nueve; licenciados en teología, doce; doctores en leyes, diez y ocho; doctores en medicina, nueve; maestros de escuela y música, once.

De los seglares, la serenísima María Estuarda, reina de Escocia; condes, ocho; barones, diez; caballeros principales, veinte y seis; nobles, mas de trescientos y cincuenta y seis; y de la gente comun, un grandísimo número.

Mujeres, más de ciento y diez, entre las cuales fué una Ana Somerseta, condesa de Nortumbria, y otras muchas señoras y mujeres principales, como en el dicho libro se puede ver.

Mas porque, como dije, contra los sacerdotes de los seminarios se embravecen más los herejes de Inglaterra y contra ellos ejecutan su furor, quiero poner aquí distintamente el número y los nombres de los que dellos han muerto por nuestra santa religion, y el año en que murieron, para que de aquí saquemos el fruto que por los trabajos de los que agora viven, y por los merecimientos é intercesion de los que ya murieron por el Señor, podemos esperar de su inmensa bondad.

BREVE RELACION DE LOS MÁRTIRES QUE HAN SALIDO DE LOS COLEGIOS Y SEMINARIOS DE INGLESES QUE HAY EN ROMA Y EN REMS DE FRANCIA, Y PADECIDO EN INGLATERRA POR DEFENSA DE LA FE CATÓLICA.

Año del Señor de 1577.—Cutberto Maino, sacerdote y licenciado en teología, fué el primer mártir de todos los seminarios ingleses; hombre docto y muy santo. Fué ahorcado y hecho cuartos por haberse hallado en su aposento un *agnus Dei* y un traslado impreso del jubileo universal del año de 1575.

Año del Señor de 1578.—Juan Nelsono, sacerdote, padeció el mismo martirio por la constancia que tuvo en afirmar que la Reina, siguiendo la doctrina de Calvino, era hereje.

Tomas Shervodo, mancebo estudiante, fué martirizado en Lóndres por la misma constancia.

Año del Señor de 1581.—Edmundo Campiano, sacerdote de la Compañía de Jesus, licenciado en teología, famoso predicador y grande letrado, fué preso á traicion, estando predicando en casa de un caballero principal. Diéronle tres veces tormento, y al fin le sentenciaron á muerte, con once compañeros sacerdotes, la cual aceptó con mucha alegría. Y ejecutóse la sentencia en Lóndres, á 1.º de Diciembre.

Rodolfo Cervino, sacerdote del seminario inglés de Roma, y el primer mártir de aquel colegio, hombre docto y de grande espíritu y celo, fué preso tambien estando predicando en casa de un caballero. Murió juntamente con el padre Campiano.

Alejandro Brianto, sacerdote, fué martirizado por haberle hallado en Lóndres, en el aposento donde vivía el padre Personio, de la Compañía de Jesus, y por no querer descubrir adónde estaba el dicho padre, le dieron tres veces tormento, y en el postrero, que fué el más riguroso de todos, con un voto que hizo á nuestro Señor, de entrar en la religion de la Compañía de Jesus, no sintió algun dolor, como él lo testificó en una carta suya, que anda impresa. Fué martirizado en el mismo dia y lugar, con los dos pasados.

Everardo Hanse, sacerdote, fué martirizado este año, porque iba contra una nueva ley de la Rei-

na, en que se mandaba que ninguno persuadiese á otro que fuese católico.

Año del Señor de 1582.—Juan Paino, sacerdote, fué martirizado á título de que queria matar á la Reina, usando los herejes desta invencion para hacer odioso el nombre de los sacerdotes.

Tomas Cotamo, sacerdote de la Compañía de Jesus, por cumplir su palabra, se presentó y confesó que era sacerdote, aunque sabía de cierto, conforme al rigor de la persecucion, que habia de morir por ello; y así, le martirizaron.

Tomas Fordo, sacerdote, licenciado en teología, fué preso juntamente con el padre Campiano, y martirizado con muchos compañeros, levantándoles los herejes que se habian unido con el Papa y el Rey de España, contra la Reina de Inglaterra.

Roberto Jonfen, Ricardo Queremano, Guilielmo Filbeo, Diego Tompson, Lorenzo Jonsono, Juan Shirto, Guillermo Lacio, Lucas Quirbeo, todos sacerdotes, murieron por lo mismo.

Año del Señor de 1583.—Guillermo Harto, Guillermo Chupelen, sacerdotes, Ricardo Thirgildo y Juan Bodi y Juan Slado, estudiantes, fueron martirizados por lo mismo, y por haber defendido que el Papa era cabeza de la Iglesia en Inglaterra, y no la Reina.

Año del Señor de 1584.—Jorge Adocke, Juan Mundino, Diego Fen, Tomas Emerfordo, Juan Nuterio, Tomaso Cotesmoro, Roberto Holmes, Rugero Waquéman, Diego Lumax, sacerdotes, fueron condenados en diversos tribunales, y justiciados por la misma confesion de la fe.

Año del Señor de 1585.—Tomas Cruder, Hugo Talere, Duarte Poli, Laurencio Vaux, sacerdotes, padecieron por lo mismo, despreciando la vida y favor que á todos les ofrecia la Reina si dejasen la religion católica, como á muchos de los demas ha ofrecido.

Año del Señor de 1586.—Eduardo Transamo, Nicolas Wodfen, Ricardo Sargeant, Guillermo Tomp-

sono, Roberto Anderton, Guillermo Marsden, Francisco Ingelbey, Roberto Dibdal, Juan Adams, Juan Low, Estéban Ransam, Juan Finglo, Juan Harrison, Guillermo Croquet, sacerdotes, y Gabriel Embringan, estudiante, fueron ahorcados y hechos cuartos por la misma causa.

Año del Señor de 1587.—Tomas Pilchardo, Juan Sandes, Juan Hamley, Alejandro Croe, Martin Sher-son, Edmundo Siques, Roberto Sutton, Roberto Wilcoques, Duarte Campiano, Guillermo Vero, Gabriel Thimbelby, sacerdotes, este año padecieron por la misma confesion de la fe.

Año del Señor de 1588.—Juan Holford, Tomas Hunto, Guillermo Hartleo, Guillermo Spencer, Roberto Murtono, George Flower, Tomas Morgant, Roberto Ludlamo, Guillermo Wiges, Ricardo Simpson, Nicolas Garlique, Guillermo Guntero, Ricardo Lieghe, Diego Clarqueson, Duarte Burden, Duarte Lames, Cristóbal Buxton, Juan Wuit, sacerdotes, y Tomas Felton, mancebo noble y sobrino de mártir, Hugo Moro, Tomas Linche y Juan Robinsono, todos cuatro estudiantes de los seminarios, fueron martirizados con mucha crueldad, á título de que tenían inteligencia con la armada de España; invencion para hacer odiosa la causa de la fe.

Año del Señor de 1589.—Juan Anna, Roberto Dalbeo, George Nicolas, Ricardo Yaxleo, sacerdotes, y Tomas Belsono, mancebo estudiante, despues de muchas afrentas y malos tratamientos, fueron martirizados en Oxonia y otras partes, este año, por la fe católica.

Año del Señor de 1590.—Milo Gerardo, Francisco

Diconsono, Cristóbal Bales, Antonio Mideltano, Roberto Jonas, sacerdotes, martirizados en este año.

Año del Señor de 1591.—Edmundo Geninghis, Eustaquio Vito, Polidoro Plasdeno, Unfredo Escoto, Jorge Bisco, Edmundo Duc, Ricardo Holiday, Juan Hogo, Tomas Hylleo, sacerdotes, padecieron el mismo martirio.

Año del Señor de 1592.—Tomas Pormorto, Ricardo Guilliams, Francisco Monfort, Juan Thulesio, sacerdotes, con más de otros veinte, fueron martirizados este año en diversas partes de Inglaterra, por un nuevo edicto de la Reina contra la fe católica, y particularmente contra los que van de los seminarios de España. Y no se han podido saber aún los nombres ciertos y verdaderos, porque, por disimularse más, suelen estos sacerdotes de los seminarios mudarse los nombres y el hábito para entrar en Inglaterra.

Éstos son los mártires que han salido de los seminarios ingleses, fuera de otros muchos de todo género de personas seglares, que á persuasion destos sacerdotes, han tenido la misma constancia en los tormentos y martirios por la confesion de nuestra santa fe. Y ultra destos ciento y ocho mártires que aquí se cuentan, hay más de otros tantos que están en las cárceles, y más de otros trescientos sacerdotes que andan continuamente en la misma empresa, predicando y confesando, y reduciendo la gente engañada al conocimiento de la verdad, y consolando á los católicos en sus trabajos, trayendo siempre sus vidas á peligro por amor del Señor.

ADICIONES Á ESTA HISTORIA, TRADUCIDAS DE LATIN EN CASTELLANO,

DE UN CATÁLOGO DE LOS MÁRTIRES QUE MURIERON EN INGLATERRA POR NUESTRA SANTA FE CATÓLICA, QUE SE IMPRIMIÓ EL AÑO 1614, EN EL COLEGIO INGLÉS DE SAN OMER, DE FLÁNDES, Y DE LOS CLAROS VARONES DE LA COMPAÑÍA DEL PADRE JUAN EUSEBIO NIREMBERG, QUE PROSIGUIÓ EL PADRE ALONSO DE ANDRADE, DE LA MISMA COMPAÑÍA (1).

Año de 1593.—Diego Byrdo, seglar, fué martirizado en el lugar llamado Vintonia, en 25 de Marzo.

Antonio Pagio, clérigo presbítero del colegio duacense, fué martirizado en Yorck, en 20 de Abril.

Josef Lampson, presbítero del colegio duacense, fué martirizado en Novocastri, en 27 de Julio.

Guillermo Dauries, presbítero del colegio duacense, fué martirizado en Bcumaritio, en 27 de Julio.

Eduardo Watersono, presbítero del colegio duacense, fué martirizado...

1594.—Guillermo Harringhson, presbítero del colegio duacense, fué martirizado en Lóndres, en 18 de Febrero.

Juan Cornelio, presbítero del colegio romano, de la Compañía de Jesus, fué martirizado.

(1) En várias de las ediciones posteriores á la de 1603 se hallan estas adiciones, que hemos creído no deber omitir.

Juan Bograno, noble seglar, fué martirizado.

Patricio Salmon, seglar.

Juan Careo, seglar, fué martirizado en Dorocestria, en 4 de Julio.

Juan Bosto, presbítero del colegio duacense, fué martirizado en Dunelmio, en 19 de Julio.

Juan Ingramo, presbítero del colegio romano, fué martirizado en Necocastel, en 25 de Julio.

Jorge Swallowelo, maestro de fuego, fué martirizado en Darintonia, en 29 de Julio.

Edoardo Osbaldestono, presbítero del colegio duacense, fué martirizado en Yorck, en 16 de Noviembre.

1595.—Roberto Southwello, presbítero de la Compañía de Jesus, fué martirizado en Lóndres, á 3 de Marzo.

Enrico Walpolo, presbítero de la Compañía de Jesus, y Alejandro Rolingo, presbítero del colegio

duacense, fueron martirizados en Yorck, en 7 de Abril.

Guillermo Fernando, presbítero del colegio duacense, fué martirizado en Berbique, en el mes de Agosto.

1596.—Jorge Erringstono, Guillermo Gibsonus, Guillermo Knighto y Enrique Abboto, seglares, fueron martirizados en Yorck, en 29 de Noviembre, por haberse reconciliado á la Iglesia romana y haber animado á los demas en hacerse católicos.

1597.—Guillermo Anlabeo, presbítero del colegio duacense, Tomas Warcopo, noble seglar, y Edoardo Fulthropo, seglar, fueron martirizados en Yorck, en 4 de Julio.

Juan Jono, presbítero de la órden de san Francisco, fué martirizado en Lóndres, en 2 de Julio.

1598.—Juan Brettono, noble seglar, fué martirizado en Yorck, en 1.º de Abril, por haberse reconciliado á la Iglesia católica romana y haber esforzado á los demas de seguir la misma religion, y no haber querido llamar la *Reina cabeza de la Iglesia*.

Pedro Snowo, presbítero del colegio duacense, y Rodolfo Grimstono, noble, fueron martirizados en Yorck, en 15 de Junio.

Cristóbal Robinsono, presbítero del colegio duacense, fué martirizado en Carlile.

Ricardo Hornero, presbítero del colegio duacense, fué martirizado en Yorck, en 4 de Setiembre.

1599.—Matías Harisono, presbítero del colegio duacense, fué martirizado en Yorck.

N. Dowdal, irlandés de nacion, mercader, fué martirizado en Oxonio, en 13 de Agosto, por no haber querido reconocer á la Reina por suprema cabeza de la Iglesia.

1600.—Cristóbal Warthono, del colegio de la Santísima Trinidad, compañero del padre Oxonio, despues prior del colegio duacense, y sacerdote, fué martirizado en Yorck, en 28 de Marzo.

Juan Rigbeo, noble seglar, fué martirizado en Lóndres, por haberse reconciliado á la Iglesia católica romana, en el lugar llamado Santo Tomas Wateringes, en 21 de Julio.

Tomas Sprotto, presbítero del colegio duacense, y Tomas Honto, presbítero del colegio de Sevilla, fueron martirizados en Lincolnia, en el mes de Julio.

Tomas Palasero, presbítero del colegio de Valladolid, Juan Nortono, noble seglar, y Juan Talibotto, noble seglar, fueron martirizados en Dunelmo, en Julio.

Roberto Nuttero, presbítero del colegio duacense, el cual el año 1585 fué llevado de la Torre de Lóndres en destierro, volvió el mismo año á su tierra, y Eduardo Thuvingo, del mismo colegio, fueron martirizados en Lancastria, en 26 de Julio.

1601.—Juan Pibush, presbítero del colegio duacense, fué martirizado en Lóndres, en 11 de Febrero.

Rogero Filcocko, presbítero del colegio de Valladolid, despues admitido en la Compañía de Jesus.

Marcos Barckwortho, presbítero del colegio de

Valladolid, despues admitido en la órden de san Benito, y Ana Lina, noble viuda, fueron martirizados en Lóndres, en 27 de Febrero.

Roberto Midletono, presbítero del colegio de Sevilla, y Thurstano Hunto, presbítero del colegio duacense, fueron martirizados en Lancastria, en el mes de Marzo.

Tomas Tichburno, mozo noble, y Tomas Hackshot, seglar, fueron martirizados en Lóndres, en 24 de Agosto.

1602.—Diego Harisono, presbítero del colegio duacense, y Antonio Bato, seglar, fueron martirizados en Yorck, en 22 de Marzo.

Francisco Pagio, presbítero del colegio duacense, admitido en Inglaterra en la Compañía de Jesus, y ordenado de sacerdote, siendo novicio, fué preso de los herejes en Lóndres, y ahorcado y hecho cuartos por ser sacerdote católico, en 29 de Abril.

Tomas Tychborno, presbítero del colegio romano, y Roberto Warkinsono, presbítero del colegio duacense, fueron martirizados en Lóndres, en 29 de Abril.

Diego Ducketro, seglar, fué martirizado en Lóndres, en 30 de Abril.

1603.—Guillermo Ricardsono, presbítero del colegio de Sevilla, fué martirizado en Lóndres, en 27 de Febrero.

Reinando el rey Jacobo, despues de la muerte de Isabel Epina de Inglaterra, que sucedió en este año de 1603, en 24 de Marzo, Jacobo, muy poderoso rey de Escocia, habiendo admitido el gobierno de los reinos de Inglaterra é Irlanda, halló primeiramente buenas todas las leyes que habian sido dadas contra los católicos, confirmólas de nuevo, y en el mismo año hizo unas ordenanzas públicas, añadió otras leyes más crueles á las primeras, de las cuales se hizo un librillo, que contenia, poco más ó ménos, treinta artículos nuevos, diciendo que su pensamiento no era de verter sangre de católicos, como tenia por costumbre la reina Isabel, pero que pretendia solamente desterrar los sacerdotes de sus reinos, y obligar á los católicos seglares á pagar un tributo ó farda, y así lo hizo luégo. De los muchos que se hallaban en las cárceles, escogió veinte y un sacerdotes y tres seglares, que hizo pasar á Francia en una misma nave. Publicó asimismo que todos los que hubiesen quedado en Inglaterra, así en una parte como en otra, hubiesen de salir, so pena de muerte, dentro de cuarenta dias, de todos sus reinos y provincias, desterrados para sienpre. Pocos obedecieron á este edicto, y hallando á muchos, hizo desterrar á unos, y á otros hizo poner en duras prisiones, y impuso graves penas á los seglares que no querian entrar en los templos de los herejes. En fin, desnuda de todos los bienes, condena á cárcel perpétua, y pone en manos de las justicias todos los que no quieren jurar contra el poder del Pontífice (lo que los herejes llaman *juramento de fidelidad*), y no contentándose de todos estos males, vertió la sangre de muchos sacerdotes y segla-

res, quitándoles las vidas (*sin acordarse de la palabra*), de los cuales se sigue el catálogo.

1604.—Juan Sugero, presbítero del colegio duacense, fué condenado á muerte, ahorcado y descuartizado, solamente por ser sacerdote y porque se habia criado en dicho seminario, y tambien por no haber salido del reino, conforme á los edictos del Rey. Y con él Roberto Grisoldo, seglar, fué ahorcado en Barbique, en el mes de Agosto, por haberle admitido en su casa.

Laurencio Bausleo, seglar, fué condenado á muerte y ejecutada al instante, en la ciudad de Lancastria, en el mes de Agosto, por haber impedido que no se tomase otra vez un sacerdote que se habia librado de manos de los verdugos.

1605.—Tomas Welburno, maestro de fuegos, y Juan Fultheringo, seglares, fueron martirizados en Yorck, en 1.º de Agosto, por haber provocado á algunas personas en seguir á la religion católica.

Guillelmo Bruuneo, seglar, fué martirizado en Riponia, en 5 de Setiembre, por la misma causa.

1606.—Eduardo Olcorno, presbítero de la Compañía de Jesus, y Rodolfo Ashleo, seglar, fueron martirizados en Vigornia, en 7 de Abril.

Enrico Garneto, inglés, preso y condenado á horca y hacerle cuartos en Lóndres, porque no quiso descubrir lo que sabía en confesion sacramental y por ser sacerdote católico. Vióse en su muerte su rostro en una espiga, en que cayó una gota de su sangre, perfectamente retratado, con un cristal delante; en la frente tenía una cruz en una estrella, en la barba un querubin con alas, en la cabeza una corona de grama; esta espiga, aplicada á los enfermos, les dió milagrosa salud; la cabeza y las partes del cuerpo se vieron cubiertas como de grana, y un compañero suyo vió su alma entrar en el cielo muy gloriosa, y Dios ha hecho por él muchos milagros. Fué su glorioso martirio á 3 de Mayo.

1607.—Roberto Drevureo, presbítero del colegio de Valladolid, fué condenado á muerte, como los demas, porque era sacerdote; ofreciéronle la vida si hacia el juramento (que llaman ellos *de fidelidad*); pero la menospreció. Fué martirizado en Lóndres, en 26 de Febrero.

1608.—Mateo Flatero, presbítero del colegio duacense, despues de haber rehusado de hacer el juramento contra la autoridad del Pontífice, fué condenado á muerte, y por ser sacerdote fué martirizado con gran crueldad en Yorck, en 21 de Marzo. Así quo fué puesto en la horca, cortaron la soga y cayó en el suelo y se tuvo en piés, y medio aturdido, procuró andar; pero uno de los verdugos le cortó la mitad de la cabeza, y otro le echó en el suelo con grande fuerza y le detuvo, miéntras el otro le abria la barriga para sacarle el corazon.

Jorge Gerbasio, natural de Boasmia, en el condado de Susexra, de padres nobles, por ser sacerdote y por no haber querido hacer el juramento de los herejes, y confesar al Rey por suprema cabeza de la Iglesia, fué degollado en Lóndres, á 2 de Abril.

Tomas Garneto, sacerdote del colegio de Valla-

dolid, enviado á Inglaterra, fué preso por los herejes, y llevado á destierro en compañía de otros muchos, el año de 1616, el cual, volviendo á Inglaterra. Fué preso segunda vez, y condenado á muerte, fué martirizado en Lóndres, en 23 de Junio.

1610.—Rogerio Caduvallador, sacerdote del colegio de Valladolid, habiendo rehusado el hacer juramento contra el Pontífice, aunque, segun las leyes del Parlamento, no fuese crimen que mereciese la muerte, de miedo que los herejes tuvieron que no fuese castigado ligeramente, le acusaron delante los jueces como si fuese culpado del crimen de lesa majestad, y por ser sacerdote, fué martirizado en Limister, en el mes de Setiembre.

Jorge Napperro, natural de Oxonia, sacerdote, vivió algun tiempo en Ambéres, esperando mejor ocasion para dar la vuelta á su patria, de donde habia sido desterrado; pero como el año de 1603 fué el primero del reinado del rey Jacobo, habiendo entrado en Inglaterra, cayó en manos de los persecutores, los cuales hicieron todas las diligencias posibles para hacerle jurar contra la potestad del Pontífice; y viéndose burlados, y por ser sacerdote, le martirizaron en Oxonia, en Noviembre.

Juan Roberto, que fué algun tiempo superior del colegio de Valladolid, y despues monje de san Benito, habiendo pasado á Inglaterra, fué preso y desterrado entre otros muchos, y por ser sacerdote fué martirizado en Lóndres, en 10 de Diciembre.

Tomas Sommero, inglés de nacion, seglar y maestro de fuegos, por haber instruido en la fe católica romana á sus discípulos, habiéndole cogido los herejes, fué desterrado con otros veinte, y habiendo vuelto á Inglaterra, fué preso segunda vez y martirizado en Lóndres, en 10 de Diciembre del mismo año.

1612.—Guillelmo Scotto, sacerdote y monje de la órden de san Benito, no pudiendo obligarle al juramento de los demas, y por ser sacerdote, fué martirizado en Lóndres, en 9 de Junio.

Ricardo Neuuport, natural del condado de Nortantonia, presbítero del colegio romano, habiéndole desterrado del reino, se fué á Roma á visitar las santas reliquias de los apóstoles, y volviendo á Inglaterra, fué preso otra vez y desterrado; pasó á España, á Santiago de Galicia, y volviendo tercera vez á Inglaterra, hizo voto que si le echaban della iria á visitar la Tierra Santa; y habiéndole cogido los herejes, fué martirizado en Lóndres, en 9 de Junio.

Juan Almundo, natural del condado de Lancastria, sacerdote del colegio romano, habiendo acabado el curso de sus estudios, pasó á Inglaterra, y el año de 1605 disputó contra los herejes y los venció, sobre todo á un archiministro de Lóndres, que no tuvo que responderle más de injurias y amenazarle de los tormentos. A lo cual respondió que Cristo le decia no temer á los que hiereu el cuerpo, porque no tienen potestad para ofender el ánima. Y pudiendo, como otros, salir de la cárcel, no quiso, estando siempre firme en la fe. Fué martiriza-

do y descuartizado en Lóndres, en 5 de Diciembre.

1628. — El padre Edmundo Arousmitheo, inglés de nacion, murió ahorcado en Lóndres, y le hicieron cuartos los herejes por jesuita predicador de la fe, en 7 de Setiembre (1).

1629. — El padre Juan Meagh, irlandes, fué acometido en un camino de los herejes villanos, y dejando á muchos que iban con él, le hicieron pedazos por ser sacerdote católico, y le enviaron mártir al cielo, en 31 de Mayo (1).

1642. — El padre Tomas Holando, de la Compañía de Jesus, natural de Inglaterra, y de la provincia lancastrense, nació el año de 1600; fué martirizado por la fe de Cristo en la ciudad de Lóndres, en 22 de Diciembre, siendo de edad de cuarenta y dos años (1).

1644. — El padre Rodolfo Corbeo, de la Compañía de Jesus, nació en un lugar cerca de Dublin, en Irlanda, el año de 1591, juéves, á 25 de Marzo, y fué martirizado por la fe de Cristo en Lóndres, en 17 de Setiembre, siendo de edad de cuarenta y siete años (1).

1645. — El padre Enrique Morseo, de la Compañía de Jesus, inglés de nacion, fué martirizado por la fe en Lóndres, á 1.º de Febrero, siendo de edad de cincuenta años (1).

El padre Ricardo Bradleo, inglés, insigne operario de la Iglesia, anduvo en los ejércitos predicando y confesando á los soldados, con gran rabia de los herejes, de los cuales uno le disparó un balazo en la cabeza, y defendióle Dios de la muerte; le prendieron en Manchestría, ciudad, y le trataron tan duramente por ser sacerdote jesuita, que consumido de afanes y calamidades, murió gloriosamente por la fe que predicaba, en 30 de Enero.

1647. — Hermano Cuberto Prescoto, inglés, natural de Lóndres; sirvió muchos años en el seminario de la Compañía á la juventud, por lo cual fué preso y llevado á Lóndres y encarcelado rigurosamente porque no quiso hacer el juramento de fidelidad al Rey que hacen los herejes, adonde estuvo muchos años, y murió, consumido de calamidades y trabajos, en 20 de Febrero (2).

El padre Guillermo Boyton, irlandes, trabajó gloriosamente en Irlanda, su tierra, en reducir á la fe los herejes, de los cuales fué tan perseguido,

que no cesaron hasta quitarle la vida públicamente, ajusticiado sin justicia, en 13 de Setiembre (3).

1649. — El padre Juan Batheo, irlandes, fué preso en su tierra, con otro hermano suyo sacerdote, por católico y jesuita, y los ataron á dos palos en la plaza, y con públicos pregones los escopetearon los herejes en 16 de Agosto.

El padre Roberto Nereruillo, irlandes, anduvo encubierto muchos años en Hivernia é Inglaterra, hasta que conociéndole los herejes, le acometieron durmiendo, y le sacaron de los piés de la cama y le arrastraron por la casa, pisándole y baldonándole por sacerdote y jesuita, cuyos nombres aborrecen grandísimamente. Moliéronle todos los huesos á palos, y dejándole medio muerto, acabó su vida con vehementes dolores, sufridos por la fe católica, en 15 de Junio.

1650. — El padre maestro Grimes, frances, anduvo muchos años encubierto en Inglaterra, confortando á los católicos y administrando los sacramentos hasta que fué preso por los herejes en tan duras y penosas prisiones, que consumido del mal tratamiento, dió la vida por Cristo en 11 de Agosto (3).

1651. — El padre Pedro Urit, de la Compañía de Jesus, inglés de nacion, natural de Esliptonio, de la provincia Northontonia, fué martirizado en Lóndres por sacerdote católico, siendo de edad de cuarenta y seis años; murió con aclamacion de santo de todos los católicos (3).

1652. — El padre Juan Vorthingtono, inglés, trabajó cuarenta y seis años en Inglaterra, confortando á los católicos y reduciendo á los herejes; los últimos años de su edad fué preso y trabajado con penosísima cárcel, adonde, consumido de trabajos y malos tratamientos, murió en defensa de la fe católica, en 23 de Enero (3).

1666. — En este año los ingleses tomaron en el mar una nave de Hivernia, en la cual hallaron dos religiosos del glorioso san Bernardo; porque eran católicos los llevaron á Lóndres y los ahorcaron. Pero la siguiente noche los castigó la divina Majestad en el incendio tan grande y repentino que sobrevino en dicha ciudad, que abrasó más de doce mil casas de las de fábrica más hermosa, sin que bastasen los medios de las fuerzas humanas para reprimirle.

(1) El padre Juan Eusebio

(2) Andrade.

(3) Andrade.